



Universidad Autónoma de Madrid

Departamento de Filología Española - Facultad de Filosofía y Letras

Programa de Doctorado en Literaturas Hispánicas y los Géneros Literarios en el Contexto Occidental

Temas de orientalismo y egipcianismo en “La novela del Egipto”, de José de Castro y Serrano

Tesis Doctoral para optar al título de Doctor en Literatura Española

Presentada por

Mohamed Mahmoud Abdelkader Metwaly

TESIS DOCTORAL

Dirigida por

Prof. Dr. Oscar Barrero Pérez

Madrid, enero de 2016



Universidad Autónoma de Madrid

Departamento de Filología Española - Facultad de Filosofía y Letras

Programa de Doctorado en Literaturas Hispánicas y los Géneros Literarios en el Contexto Occidental

Temas de orientalismo y egipcianismo en “La novela del Egipto”, de José de Castro y Serrano

Tesis Doctoral para optar al título de Doctor en Literatura Española

Presentada por

Mohamed Mahmoud Abdelkader Metwaly

TESIS DOCTORAL

Dirigida por

Prof. Dr. Oscar Barrero Pérez

Madrid, enero de 2016

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ

وَأَخْفِضْ لَهُمَا جَنَاحَ الذُّلِّ مِنَ الرَّحْمَةِ وَقُلْ رَبِّ ارْحَمْهُمَا كَمَا رَبَّيْتَنِي صَغِيرًا.

(سورة الإسراء، آية ٢٤)

مَرَجَ الْبَحْرَيْنِ يَلْتَقِيَانِ. بَيْنَهُمَا بَرْزَخٌ لَا يَبْغِيَانِ. فَبِأَيِّ آلَاءِ رَبِّكُمَا تُكَذِّبَانِ.

(سورة الرحمن، آيات ١٩، ٢٠، ٢١)

وَقُلْ رَبِّ زِدْنِي عِلْمًا.

(سورة طه، آية ١١٤)

DEDICATORIA

**A mis queridos padres, a mi hermano Safwat, a mí querido hijo Mahmoud
y a los olvidados *fellahs* de Egipto que construyeron el canal de Suez.**

AGRADECIMIENTOS

Ante todo no sería posible presentar esta Tesis Doctoral sin hacer justicia a quienes han hecho posible la realización de esta Tesis Doctoral que corona una larga carrera universitaria ya comenzada en El Cairo en el año 1992, año en que comencé mis estudios en el Departamento de Lengua y Literatura Españolas de la Facultad de Lenguas y Traducción de la Universidad de Al-Azhar, del que me licencié en el año 1997 en Filología Hispánica.

Por diversas razones esta Tesis Doctoral se debe, principalmente, a mi director, Prof. Dr. Óscar Barrero Pérez. Realmente, él se merece mi más profundo agradecimiento, no solo porque me ha dirigido con mucho cariño, sino porque ha tenido mucha paciencia y sinceramente yo le considero un excelente profeta de la literatura española. Así que aprovecho esta ocasión para expresar mi sincera gratitud a mi director de Tesis por las valiosas correcciones que me anotó y, además, por sus consejos y apoyos tanto espirituales como académicos que me brindó en todo momento, no solo durante la realización de la presente tesis, sino también en otros asuntos de interés. Todo esto ha sido, verdaderamente, de gran utilidad, me ha servido mucho y espero que él acepte mis cordiales, sinceros y profundos agradecimientos y gratitudes. También, debo confesar que esta Tesis Doctoral es fruto de las ideas que me sugirieron el erudito D. Pedro Martínez Montavéz, la profesora Carmen Ruiz Bravo-Villasante y el Profesor Mario Hernández Sánchez y por lo tanto les mando a todos mis mejores saludos y agradecimientos.

Por otro lado, agradezco al Ministerio de Educación de España concederme una beca FPU para la realización de esta Tesis Doctoral. La beca duró cuatro años, pero yo tardé más tiempo de lo debido en llevarla a cabo por diversos motivos tanto personales como profesionales que me han alejado bastantes años del sendero académico.

Ante todo, agradezco infinitamente a mi padre el Hag/ Mahmoud Abdelkader, que descanse en paz, y a mi madre la Haga/ Faiza Abdelrahman que Allah le conceda salud, firmeza y paciencia, quienes me apoyaron incondicionalmente a lo largo de todas las etapas de mi vida.

No es posible olvidar aquí expresar mi profunda estimación y gratitud al espíritu de los que descansen en paz mi tío el Ing. Eid Abdelkader, mi tía Zakía Abdelkader, la Dra. Sahar Mohamed Abdelkader y el Prof. Dr. Abdelfattah Awad, Ex-Consejero Cultural de la Embajada de la República Árabe de Egipto en España, por su continuo apoyo y ayuda, y mucho más, por haberme aconsejado siempre y constantemente.

Es imprescindible expresar mi más profundo y sincero agradecimiento al Ministro de Educación Superior de Egipto, el Prof. Dr. Ashraf El Shihy, al Decano de la Facultad de Letras de la Universidad de El Zagazig el Prof. Dr. Abdalla Askar, al General Mostafa Hadhoud, al Ex-ministro de Economía el Dr. Mostafa El Said, al Prof. Dr. Alí Ibrahim Menufi, Catedrático de Filología Española de la Universidad de Al-Azhar, a la gran orientalista norteamericana Prof. Dra. Lily Litvak, quien con su orientación me iluminó las ideas acerca de ciertos puntos en esta tesis, al Prof. Dr. El Sayed Suheim, Ex-Consejero

Cultural de la Embajada de Egipto en España y a todo el personal administrativo y técnico del Instituto Egipcio de Estudios Árabes, Islámicos y Mediterráneos —muy especialmente, el Sr. D. Hany Al-Maadawi, D^a. Almudena García y D. Benito— por su constante y continuo apoyo, ayuda y colaboración.

Asimismo, agradezco muy cordial y sinceramente a mi esposa, Dra. Marwa Mahmoud, mi hermana, D.^a Fátima Mahmoud, mi hermano, D. Ahmed Mahmoud, Dra. Reda Mohamed y Dr. Tarek Ibrahim Mahmoud. Agradezco muy especialmente a abuela, D.^a Amina Barakat, mi tío D. Ahmed Abdelkader, mi tío, Abdelgawad Abdelrahman, mi tío, D. Mohamed Abdelrahman, mi tía, D.^a Azima Abdelrahman y mi tía, D.^a Gamila Abdelrahman.

También extendiendo mi agradecimiento y gratitud a todos mis amigos y colegas a quienes estimo y aprecio, que me han apoyado moralmente, en muchos momentos y me han inspirado, así que agradezco muy encarecidamente a D. Fernando Pérez Herrero, D.^a Olga Villafañe Prado, Dr. José Carlos Quirós González, D. José Luis Mayoral, D.^a Estrella Nicolás, Dra. Elena Perulero, D.^a Raquel Carretero, D. David Trigueros, D. Damián Lozano, D. Valeriano Heredia Torres, D. Anderu Mohamed Dean, el General Rushdy Ahmed y su distinguida esposa, Dr. Hosam Rushdy, el General Ahmed Rushdi, Dra. Eman Rushdy, D. Mohamed Eid, D. Ehab Ahmed Abdelkader, D.^a Nadia Ahmed Abdelkader, Dr. Yaser Gamal, D. Yaser Khalil, Dr. Yaser El Saeid, D. Hasan Mostafa, D. Ahmed El Hagri, D. Ali Hasan, D. Maher Madi, D. Salah Atiya, D. Tamer Omara, Dr. Alí Abdellatif, Dr. Mohamed Diab, Dr. Mahmoud Diab, el Dr. Abdelaziz Fahd, Dr. Ihab Youssef, el Dr. Said Kotb, Dr. Ahmed Wefky, Dra. Hala Yousef, Dra. Sherin Mahmoud, Dra. Dalia Nabil, D. Osama Alam, D. Ahmed Ashraf El Shihy, D. Abdelbadie Hasan, el General Goma Hasan; D. Rafael Ruiz Girela, D. Rafael Ferrando Torres, D.^a Joaquina Cabello Hidalgo, D.^a Blanca Villuendas, D. Luis Fuente, D. Ramón Ibrahim, Dr. Ahmed Hagag, y finalmente dedico un especial agradecimiento a D.^a Mariam Moreu. Asimismo extendiendo mi agradecimiento a todos aquellos que compartieron fases de mi vida y no cabe aquí el lugar para mencionar sus nombres: un millón de gracias por vuestro constante, continuo e incondicional apoyo, ayuda y colaboración presentadas muy amablemente a lo largo del desarrollo de mi Tesis Doctoral.

Finalmente, me gustaría expresar mi admiración y gratitud a los profesores especialistas en orientalismo por allanarme el camino de la investigación mediante sus escritos sobre exotismo, orientalismo, arabismo, egipcianismo y marroquismo; todos ellos con sus publicaciones sobre esta temática causaron en mí una extraña seducción y de este modo contribuyeron directa e indirectamente a mi formación socio-cultural. Ellos con sus investigaciones y escritos me motivaron para seguir su senda: Prof. Dr. José Antonio González Alcantud, Prof. Dr. Bernabé García López, Prof. Dr. Saad Mohamed Saad, Prof. Dr. Juan Martos Quesada, Prof. Dr. Mauro Jiménez Martínez, Prof. Dr. Joaquín Rubio Tovar y Prof. Dr. Antonio Fernández Insuela.

Fdo.: Mohamed Mahmoud Abdelkader

Correo electrónico: elsenderodelfaraon@yahoo.es

INDICE

I.	INTRODUCCIÓN	15
II.	EL CONOCIMIENTO Y LA RELACIÓN CON EGIPTO EN LA CULTURA ESPAÑOLA DESDE 1850 HASTA 1900. ORIENTALISMO Y EGIPCIANISMO	25
II.1	EL CONOCIMIENTO Y LA RELACIÓN CON EGIPTO EN LA CULTURA ESPAÑOLA DESDE 1850 HASTA 1900	27
II.2	ORIENTALISMO Y EGIPCIANISMO	63
III.	LA CONSTRUCCIÓN DEL CANAL DE SUEZ: REPERCUSIONES DE DISTINTO ORDEN. REPERCUSIONES LITERARIAS	81
III.1	LA CONSTRUCCIÓN DEL CANAL DE SUEZ: REPERCUSIONES DE DISTINTO ORDEN. REPERCUSIONES LITERARIAS	83
III.2	HISTORIA DEL CANAL DE SUEZ A TRAVÉS DE LOS SIGLOS	85
III.3	EL TRABAJO FORZOSO EN LA CONSTRUCCIÓN DEL CANAL DE SUEZ.....	89
III.4	EL USO EXCESIVO DEL TRABAJO FORZOSO	104
III.5	LA MUERTE DE LOS <i>FELLAHS</i> DE SED EN LAS ZONAS DE EXCAVACIÓN.....	122
III.6	LA IMAGEN OLVIDADA DEL <i>FELLAH</i> EGIPCIO Y SU UTILIZACIÓN SOCIAL	125
III.7	REPERCUSIONES DE LA INAUGURACIÓN DEL CANAL DE SUEZ. REPERCUSIONES LITERARIAS.	131
IV.	VIDA Y OBRA DE JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO	141
IV.1	VIDA Y OBRA DE JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO	143
IV.2	EL ORIGEN DE LAS MISTERIOSAS CARTAS DEL EGIPTO APARECIDAS EN <i>LA ÉPOCA</i> EN 1869	148
V.	TEMAS DE ORIENTALISMO Y EGIPCIANISMO EN <i>LA NOVELA DEL EGIPTO</i>	161
V.1	TEMAS DE ORIENTALISMO Y EGIPCIANISMO EN <i>LA NOVELA DEL EGIPTO</i>	163
V.2	TEMAS DESCRIPTIVO-HISTÓRICOS Y PERSONAJES RELEVANTES	179
V.2.1	Las Pirámides, símbolo de la grandeza del antiguo Egipto	182
V.2.2	La Esfinge como testigo del tiempo	187
V.2.3	El renacimiento faraónico.....	189
V.2.4	La decadencia del imperio faraónico	191
V.2.5	Alejandro Magno y el fin del antiguo Egipto	192
V.2.6	La reina Cleopatra y Marco Antonio	195
V.2.7	Mohamed Alí, un reformador del Egipto del siglo XIX	204
V.2.8	El jedive Ismail y su papel en la vida egipcia del siglo XIX	213
V.2.9	Fernando de Lesseps.....	222
V.3	TEMAS POLÍTICOS Y SOCIALES	226
V.3.1	La pirámide social de los antiguos egipcios	226
V.3.2	Las fiestas de inauguración del canal de Suez	228
V.4	TEMAS RELIGIOSOS Y ÉTICOS	231
V.4.1	Filosofía ética y moral de los antiguos egipcios	231
V.4.2	La religión en la vida de los antiguos egipcios	233
V.4.3	Cambises y su guerra contra la religión faraónica	238
V.4.4	La religión del Egipto faraónico y la religión cristiana	239
V.4.5	La religión cristiana	242
V.4.6	La religión musulmana	248
V.4.7	Las mezquitas y el arte en El Cairo del siglo XIX.....	251
V.4.8	La generosidad, el honor y la nobleza de los árabes	255
V.5	TEMAS CULTURALES, CIUDADES, LUGARES Y COSTUMBRES	259
V.5.1	La gran Biblioteca de Alejandría	262

V.5.2	La ciudad de Alejandría	268
V.5.3	La ciudad de Puerto Said	273
V.5.4	La ciudad de El Cairo en el siglo XIX	275
V.5.5	Los bazares de El Cairo	280
V.5.6	Costumbres populares: la comida egipcia, el café y el narguilé.....	284
V.6	TEMAS DEL HARÉN.....	289
V.6.1	La situación de la mujer en Egipto del siglo XIX	293
V.6.2	La mujer <i>fellahina</i> egipcia del siglo XIX.....	314
V.6.3	El baile oriental y el arte popular egipcio del siglo XIX.....	320
V.6.4	La celebración de una boda egipcia y el matrimonio en el siglo XIX.....	328
VI.	CONCLUSIONES	333
VII.	BIBLIOGRAFÍA	343

RESUMEN

La novela del Egipto se escribió con motivo de la inauguración del canal de Suez el 17 de noviembre de 1869. Esta obra se considera la herencia narrativa de la historia de Egipto del siglo XIX, y se distingue por su descripción detallada del país del Nilo. De la misma manera, la obra refleja que la relación cultural de España con Egipto se remonta a tiempos muy lejanos y quedó grabada en la memoria de viajeros y estudiosos españoles, así como también de los gobernantes egipcios.

El gran interés que despertó el egipcianismo en escritores, artistas y arqueólogos, españoles y europeos residió en que descubrieron lo maravilloso, lo misterioso y lo mágico de un país que fascinó al mundo entero, tanto por su escritura jeroglífica como por la majestuosidad de sus pirámides. Los viajeros del siglo XIX, a través de sus cuentos, relatos y de sus cuadernos de viajes, ayudaron a forjar una imagen orientalizante de Egipto y de los países del Oriente árabe. Los escritores de la época plasmaron con éxito un imaginario egipcianista que repercutió en las conciencias occidentales y que, de forma directa, se trasladó a la literatura, estableciendo con ello un puente entre la imagen y la realidad que perduró durante décadas. Las revistas ilustradas en la segunda mitad de la centuria decimonónica, ayudaron igualmente a popularizar dicho imaginario, mediante la publicación de cuentos orientales y artículos sobre Egipto.

En esta tesis he comprobado que el orientalismo y el egipcianismo envolvieron tanto a escritores europeos como a un notable número de historiadores, estudiosos, investigadores y escritores españoles de tendencia arabista. Bajo la superficie de las manifestaciones arábigo-andaluzas, intentaron con sus escritos y con su metodología científico-cultural, reconstruir lo que hubo en España durante los siglos de convivencia entre las tres culturas o, más bien, entre las tres religiones. Estos excelentes literatos del siglo XIX, contribuyeron con sus obras, a la devolución de una parte del florecimiento histórico que tuvo en España la cultura arábigo-islámica.

José de Castro y Serrano, en *La novela del Egipto*, trató varios temas de orientalismo y egipcianismo: temas de la civilización faraónica, temas de la cultura copta y temas de la civilización islámica.

Este trabajo destaca la imagen olvidada del *fellah* o campesino egipcio que trabajó para el bien de la sociedad. El *fellah* egipcio yace desde la antigüedad en la base de la pirámide social, razón por la cual en esta tesis he intentado resaltar su relevante papel en la construcción del canal de Suez; ellos soportaron con sus trabajos grandes penurias muriendo muchos de sed y de epidemias, que se propagaron entre la comunidad de los trabajadores egipcios.

José de Castro y Serrano en su acercamiento a los temas religiosos y éticos, nos lleva a la reflexión de lo religioso como compensación de nuestra pequeñez humana ante la brevedad de la vida terrenal. La religiosidad egipcia del contexto faraónico había preparado al país para admirar las atribuciones sobrenaturales de los monarcas sucesivamente

invasores. Después llega el islam y con él la maduración definitiva al influir esta religión, en el ámbito de la conciencia social egipcia.

José de Castro y Serrano se acerca en su novela a la religión cristiana en el Egipto copto, que representa la autenticidad y la pureza del cristianismo oriental como dogma. Los coptos son la encarnación del alma y de las arraigadas costumbres del antiguo pueblo egipcio. La liturgia copta es una de las más estrictas del mundo por su antigüedad y por su carácter didáctico. Doctrinas como la copta ya desaparecieron en muchos lugares del mundo, pero en Egipto la situación es distinta, porque en este país, al parecer, todo se eterniza bajo la sombra de las pirámides.

En *La novela del Egipto* se alaba la generosidad, el honor y la nobleza de los árabes, entendidos estos, no solo como creyentes de la religión islámica, sino como un grupo social con costumbres religiosas cotidianas. El escritor pondera en su obra, la extraordinaria hidalguía de los árabes y hace una especial referencia a la vida de Hatim At-Taey como uno de los personajes más generosos de la historia árabe.

La obra también trata de temas culturales como la gran Biblioteca de Alejandría. El autor nos describe en primera persona su visita a la ciudad de El Cairo del siglo XIX y va enumerando las cosas que contempla en esta ciudad milenaria. José de Castro y Serrano mezcla en su obra vidas pasadas traídas al presente y narra haber vivido ocho largos meses en ocho cortos días. En resumidas palabras el autor da rienda suelta a una fantasía occidental, que se alimenta de ensoñaciones orientales.

En *La novela del Egipto*, el escritor habla sobre la mujer egipcia y su situación en la vida social del Oriente árabe. La imagen de la mujer egipcia en virtud del orientalismo es una visión del exotismo y del imaginario orientalista, que se reflejará con nitidez por parte del autor en algunas descripciones. Otro de los temas importantes abordados por el escritor en *La novela del Egipto* es el tema del harén; el harén es una de las novedades que los cristianos encontraron cuando llegó el islam. José de Castro y Serrano trata el tema de la poligamia asegurando que es el elemento cultural de separación entre Oriente y Occidente. El autor critica las costumbres islámicas que se desarrollan en torno al harén y a la legitimidad de la poligamia. Es aquí donde aparece de nuevo el argumento esencial por el cual los occidentales supuestamente, rechazan el islam. El tratamiento que en el mundo musulmán se le da a la mujer, considerándola como un ser humano de segunda clase, es lo que verdaderamente focaliza su atención. El autor sabe que en este aspecto sus lectores españoles, van a compartir su opinión.

Finalmente, sólo cabe añadir que José de Castro y Serrano, en *La novela del Egipto*, ha sido un buen egipcianista en el más amplio sentido de la palabra, porque escribió todo en el ámbito de su temática oriental. Asimismo, José de Castro y Serrano fue un fiel egipcianista que se acercó a la realidad social del Egipto del siglo XIX.

PRIMER CAPÍTULO:

I. INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

En esta tesis doctoral se abordará el orientalismo literario español centrándose en su visión crítica; también se destacará la imagen de Egipto en la narrativa española del último tercio del siglo XIX. Muy especialmente centraré todo mi esfuerzo en destacar la imagen de Egipto en *La novela del Egipto*, de José de Castro y Serrano, y de manera general aludiré a los escritores orientalistas “egipcianistas” españoles contemporáneos de dicho escritor.

Si uno se pregunta por qué ha sido escogida esta novela de José de Castro y Serrano, en especial como punto de partida o más bien como tema central, la respuesta es muy sencilla: porque esta obra coincide con una situación histórica y literaria que son sumamente importantes desde el punto de vista tanto histórico como literario; así que en este tema de trabajo se considera muy relevante el hecho de resaltar y arrojar luz sobre toda una etapa tanto a nivel histórico como a nivel literario.

Se ha elegido *La novela del Egipto* de José de Castro y Serrano como punto de partida y tema central de esta tesis porque la publicación de la obra coincide con una situación histórica y literaria sumamente importante.

La novela del Egipto de José de Castro y Serrano fue escrita en un periodo de plena transformación de la sociedad española y por otra parte, se escribió para inmortalizar un importantísimo acontecimiento internacional que ocurría en Egipto en aquel momento: la apertura del canal de Suez. Todo esto significaba el fin de una determinada etapa histórica y literaria y el comienzo de otra nueva en la historia del mundo oriental y occidental; también la apertura del canal de Suez significó enlazar por primera vez en la historia humana a Oriente y Occidente, y este encuentro se convirtió pocos años después en un choque brutal entre ambas civilizaciones.

Se pretende recuperar algunas obras orientalistas egipcianistas que han sido ignoradas por la crítica tanto tradicional como moderna. Esta singular recuperación de las obras de temática egipcia se producía en el marco global del proceso secularizador del pensamiento europeo, en auge durante el siglo XVIII y a lo largo del siglo XIX. Es bien sabido que en aquella época, los intelectuales europeos solo se interesaron por estudiar un elemento determinado del gran Oriente Árabe que es el “islam”. Lo primordial para los intelectuales occidentales era el estudio y el análisis del componente religioso; así que el mundo árabe, su historia y su cultura no eran considerados nada más que como un potencial enemigo ideológico de Occidente. Para confirmarlo nos bastaría con citar lo que dijo don Modesto Lafuente en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia en el año 1853: “(...) nos lo presentaron por espacio de siglos nuestros antiguos cronistas e historiadores como un pueblo inculto, bárbaro y grosero, mirándolo y haciéndolo mirar solo por el prisma de la religión”.¹

¹Lafuente, Modesto, Contestación de Antonio Cabanilles en *Discursos leídos en la sesión pública de la Real Academia de la Historia en la recepción de Don Modesto Lafuente*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1853, p. 9.

La llegada del siglo XIX significó el comienzo de una nueva era de orientalismo histórico-literario, y ya se podía hablar de cambio de hábitos literarios y del descubrimiento de nuevas formas de orientalismo, que consistirían en interesarse por el estudio de otros contenidos que no tenían nada que ver con el aspecto religioso, para que de esta forma pudieran incorporarse temáticas de procedencia cultural y antropológico-social; así pues, el estudio de las diferentes culturas, y sobre todo, de la cultura arábigo-egipcia, adquiriría todo su valor en aquel contexto intelectual de hipervaloración del fenómeno cultural.

Pero solo mirándolo y analizándolo de esta manera se podrá comprender el porqué del cambio del objeto de estudio y la variación temática que se aprecia en los puntos de vista de los orientalistas europeos. Este cambio de rumbo nos llevaría también a estudiar detenidamente los componentes de aquella cultura arábigo-egipcia, despreciada anteriormente desde la óptica teológica, y que a partir de entonces empieza a ser apreciada como exponente de una conocida diferenciación de índole cultural: esto ocurre simplemente porque con la llegada del siglo XIX no solo la religión musulmana pasa a ser el tema central de la inquietud occidental, sino la lengua, los usos, y las costumbres de otras civilizaciones antiguas de Oriente, como, por ejemplo, la civilización faraónica, copta e islámica y otras exóticas y lejanas culturas. Todas estas temáticas se convirtieron entonces en el objeto central de la ilustración erudita occidental.

Cabe destacar aquí las palabras del prestigioso crítico Julián Marías, en un artículo suyo en el periódico *ABC* en 1999, comentando una película española titulada "Solas", se refirió de paso también a una gran figura literaria del siglo XIX, José de Castro y Serrano, injustamente olvidado, diciendo:

Esta película me ha hecho recordar a un viejo escritor, enteramente olvidado, a quien leí desde hace setenta años, y a quien, por cierto, Clarín miraba con malos ojos -tentación que a veces empañaba sus evidentes virtudes-: José de Castro y Serrano (1829-1896). Era andaluz, granadino, y escribió bastantes libros de interés: "Cartas trascendentales", "Cuadros contemporáneos", sobre exposiciones universales; un delicioso libro, "La novela del Egipto", crónica de la inauguración del canal de Suez en 1869, y que fue publicada en el diario "La Época" de la siguiente manera. Mientras que el autor estaba encerrado en su casa de Madrid, con la información que le enviaba la hija del gran erudito Pascual Gayangos, casada con el diplomático Riaño, que "supo guardar el secreto, a pesar de ser mujer", como dice la dedicatoria del libro, José de Castro y Serrano escribió *La novela del Egipto*.²

Por todo ello surge nuestro interés en intentar rescatar fundamentalmente del olvido una figura orientalista como es José de Castro y Serrano y su obra de temática oriental *La novela del Egipto*. También en nuestro estudio se abordarán de una forma pasajera otras figuras orientalistas del último tercio del siglo XIX, que escribieron obras con motivo de la inauguración del canal de Suez. Dichos escritores relataron y publicaron sus experiencias en Oriente, como, por ejemplo, Gregorio Andrés y Espala, quien escribió en 1870 *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, entre otros de la época como Arturo Balsasano y Tropete, autor del libro *De la puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem*, en 1870. El Catedrático de Griego en la Universidad Central Lázaro Bardón y Gómez en

² Marías, Julián, "Solas", *ABC*, 5.VIII, (1999), p. 3.

1870 escribió un interesante libro titulado *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*. En 1870 Antonio Bernal de O'Reilly escribió *Viaje a Oriente. En Egipto*. Ciertamente nada aportan a la historia de la egiptología en España, pero indican el nivel de interés cultural en esta materia egipcianista de la España del último tercio del siglo XIX.

El interés que despierta en la actualidad el estudio de aquella época del último tercio del siglo XIX se centrará más bien en iluminar aspectos más descuidados tanto por la crítica tradicional como por la moderna. Una de estas cuestiones de gran valor sintomático consiste en la recuperación y el estudio de aquellos escritores orientalistas “egipcianistas” que injustamente han quedado olvidados por diversas razones. Entre ellos destacaremos a José de Castro y Serrano y su gran obra de temática puramente oriental-egipcia *La novela del Egipto*.

El presente trabajo contribuirá a descifrar las incógnitas acerca de una etapa histórica muy polémica e importante porque significa el anuncio de una verdadera era de exploración colonial y el comienzo de la hegemonía de Occidente sobre Oriente. Así que esta tesis doctoral contribuirá al conocimiento de uno de los escritores cuya obra aún no ha sido estudiada, en parte debido a que su producción literaria no se ha reeditado y quizás también a que no se ajusta al canon de valores establecidos.

Aunque se han publicado varios artículos y monografías sobre el orientalismo en general³, la bibliografía específica sobre José de Castro y Serrano es bastante escasa; entre los trabajos existentes destaca la labor del arabista Pedro Martínez Montávez, que se ocupó del orientalismo literario español en “Un relato de ficción sobre la apertura del canal de Suez”⁴, donde abordó brevemente el estudio de *La novela del Egipto*; dada la falta de documentación específica en este trabajo se estudiará la trayectoria del orientalismo español con especial atención a la temática del orientalismo en el último tercio del siglo XIX y destacando la imagen de Egipto trazada por José de Castro y Serrano en la obra mencionada, con el fin de descubrir el proceso a través del cual se va configurando la novela. Intentaré descubrir los pormenores de esta tendencia “egipcianista” del autor, su quehacer narrativo y los rasgos esenciales del orientalismo de su época. De esta forma se logrará un mayor conocimiento de este escritor orientalista, paso decisivo para la correcta comprensión e interpretación, dentro de un contexto histórico-literario vital muy preciso. Como ha afirmado Roger Chartier⁵, conocer los entresijos que rodean el proceso de creación de cualquier obra es primordial para comprender los modos de producción y recepción de la misma en el ámbito de una sociedad determinada.

³ Entre ellos habría que citar, por su importancia, el libro del profesor Abdellah Djbilou titulado *Diwán Modernista. Una visión de Oriente*, Madrid, Taurus Ediciones, 1986, así como otro libro de Mohamed Abdo Hatamleh, *El tema oriental en los poetas románticos españoles del siglo XIX*, Granada, Ediciones Anaya, 1972.

⁴ Martínez Montávez, Pedro, “Un relato de ficción sobre la apertura del canal de Suez”, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid*, Madrid, XXI (1981-1982), p. 79.

⁵ Chartier, Roger, “La pluma, el taller y la voz. Entre crítica textual e historia cultural”, en Rico, Francisco (Dir.), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, Valladolid, Universidad de Valladolid y Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, (2000), pp. 243-257.

En este trabajo también se utilizaron documentos que he encontrado en distintos archivos, tanto en Egipto como en España, y que nunca antes se habían estudiado: artículos de prensa, correspondencia gubernamental, documentos de índole diversa sobre el gran acontecimiento internacional que supuso la apertura del canal de Suez, así como las listas de invitados y literatos españoles que asistieron a la ceremonia de inauguración del canal, etc. El análisis específico de cada una de las cartas, anotaciones e informaciones relacionadas con este acontecimiento resultará sumamente importante para la correcta interpretación de la obra, ya que todo este material aportará una serie de datos fundamentales para conocer la obra de nuestro autor, así como el momento histórico en que se escribió y cómo quedó reflejado en *La novela del Egipto*.

Así mismo, a lo largo de mi trabajo se recuperaron algunas obras de temática egipcia dentro del proceso secularizador del pensamiento europeo que fue desarrollándose a lo largo de los siglos XVIII y XIX. En épocas anteriores los intelectuales europeos se limitaron a estudiar el islam, estimando que lo primordial era el análisis del componente religioso; el mundo árabe, su historia y su cultura eran considerados únicamente como enemigo potencial para Occidente. El siglo XIX significó el comienzo de una nueva era del orientalismo histórico-literario; en ese momento ya se puede hablar de cambio de hábitos literarios y del descubrimiento de nuevas formas de orientalismo caracterizadas por un creciente interés en el estudio de otros aspectos antropológicos y sociales que van más allá del aspecto religioso. La religión musulmana deja de ser el tema central de la inquietud occidental, dando paso al conocimiento de la lengua, los usos y las costumbres de otras civilizaciones antiguas de Oriente, como la civilización faraónica.

De esta manera, dentro del marco de la producción literaria orientalista encontramos que no son pocos los autores que adoptan los temas históricos como principal fuente de inspiración. Este trabajo no es un ciclo cerrado sino que será un punto de partida para futuras investigaciones en el fructífero campo literario e inagotable río del egipcianismo español, mediante el cual se podría llegar a la conclusión de que la mayoría de los autores con sus escritos de temática oriental-egipcia intentaban brindar algún rasgo de interés que atendiese a ciertas circunstancias históricas consideradas cruciales en el largo camino de lucha entre las civilizaciones: Oriente y Occidente; de hecho hay una gran colección de obras literarias escritas en castellano de carácter oriental y con temática principalmente egipcia.

En esta tesis se investigará cómo el Oriente Árabe e Islámico ha constituido, desde muy antiguo, una preocupación habitual y mantenida para Occidente, ejerciendo sobre él una especie particular de fascinación. Este hecho, en definitiva, resulta sencillamente natural, porque tanto geográfica como históricamente ese Oriente es uno de los "otros" más inmediatos y directos, y por ello, más en confrontación también con Occidente. Además se destacará cómo, en el siglo XIX, algunos escritores e intelectuales españoles se interesaron más en revalorizar la cultura árabe y olvidar el desprecio fomentado por las cuestiones religiosas.

Es bien sabido que tradicionalmente Marruecos fue el territorio que históricamente había recibido más trato y una gran atención por parte de España. Una mayor parte del

orientalismo español se concentró en una visión muy particular y subjetiva que viene heredada del mitificado acervo andalusí. Pero con el paso del tiempo y a pesar de que la tónica orientalista no ha variado cualitativamente, se aprecia un ligero cambio en la trayectoria temática del orientalismo español, con la aparición de la obra de José de Castro y Serrano *La novela del Egipto*, en 1870, fruto inmediato de la apertura del canal de Suez y de la participación española en los descubrimientos monumentales en Egipto durante el último tercio del siglo XIX. Este es el contexto histórico-literario en el que José Ramón Mélida e Isidro López escribieron su obra *El Sortilegio de Karnak: Novela Arqueológica*, en 1880, y el diplomático, historiador y literato español Eduardo Toda y Güell escribió *A través del Egipto*, en 1889.

Desde los albores de la historia, Egipto ha sido un punto de mira de los demás pueblos. Así pues, muchos escritores europeos han sentido lo maravilloso, lo misterioso y lo mágico de un país que fascina al mundo entero tanto con su escritura jeroglífica como con la majestuosidad de sus pirámides. La espléndida civilización faraónica no ha dejado de dar cabida al asombro de la humanidad y a la curiosidad tanto como a abrir puertas en pos de fuentes del saber e incluso vías para acceder a infinitos paraísos de riquezas tanto culturales como materiales. Por ello, no ha de extrañar que la temática egipcia fuese tratada en la cultura occidental desde diferentes aspectos. Los escritores occidentales procuraron brindar en sus textos una visión particular que, aunque estaba teñida del subjetivismo que encierra siempre la mirada propia, forjó una imagen de misterio y de leyenda, a la manera de los antiguos griegos. Así que a lo largo de los siglos muchos viajeros cristianos, judíos y musulmanes fueron pioneros en dar los primeros datos al ofrecer una coincidente serie de tópicos acerca del País de los Faraones. Con ellos, y con la Biblia, más la herencia clásica, se asentaron los cimientos de la fantasía española en torno al lugar “Egipto”.

Por todo ello, se procurará realizar un estudio detallado y específico sobre las relaciones culturales entre España y Egipto. Intentaré también resaltar la imagen de Egipto en la literatura española del siglo XIX, ya que siempre ha habido vínculos histórico-culturales entre ambos países, plasmados a lo largo de los siglos. De hecho, los autores orientalistas españoles consideraron los temas históricos como una de las principales fuentes de inspiración y de fascinación, intentando así brindar algún rasgo de interés que atendiese a ciertas circunstancias históricas relacionadas con el legendario Egipto. Tales circunstancias se consideran cruciales en el largo camino de la permanente lucha de civilizaciones y, sin duda, uno de los acontecimientos considerados como lazo entre Oriente y Occidente es la apertura del canal de Suez.

La primera tarea que habré de abordar será el estudio detenido de la documentación obtenida, para lo cual utilizaré una metodología basada en el análisis de toda la información recogida acerca de la apertura del canal de Suez, *La novela del Egipto* de José de Castro y Serrano y algunas obras egipcianistas del siglo XIX. A partir de entonces, Egipto se convirtió en un punto de atención para los escritores orientalistas europeos que, en esencia, exploran tres grandes líneas de investigación: ideológica, antropológica y descriptiva. Estas tres dimensiones son, precisamente, las que se desarrollan en *La novela del Egipto*, uno de

los libros narrativos fundamentales que se han publicado hasta la fecha y que aborda la historia y la civilización del país del Nilo desde la época de los faraones hasta la apertura del canal de Suez en 1869. Considero, por tanto, que esta novela no es solamente un texto narrativo, sino que debe ser considerada, además, como un documento único, tanto por la precisión de los datos que recoge como por la cantidad de información que aporta, sirviendo al mismo tiempo de guía fundamental para las venideras generaciones del egipcianismo español.

La novela del Egipto es una interesante y exhaustiva obra de temática orientalista en la que la realidad y la imaginación fluyen juntas, puesto que se levanta sobre una indudable plataforma ideológica y, por ello, ofrece un gran interés para ser también valorada desde una perspectiva histórico-literaria y político-social. Y para que el lector tenga una pista sobre el contenido de la obra y sus principales líneas resulta muy ilustrativo indicarlo brevemente: *La novela del Egipto* está dividida en seis jornadas o capítulos, en los que el autor se asoma al antiguo Egipto caminando entre su historia y analizando su filosofía. Allí, visita la ciudad de Alejandría y llora sobre los escombros de su Biblioteca; investiga el origen del antiguo canal faraónico y evoca a Cleopatra. Asimismo, llega hasta el canal de Suez recorriéndolo de punta a punta, habla de Fernando de Lesseps, el *fellah*⁶ egipcio y el río Nilo. Se traslada a El Cairo para visitar a Ismael Pachá y rinde un homenaje al fundador del Egipto moderno, Mohamed Alí; hace turismo por toda la capital frecuentando palacios, bazares y mezquitas; habla sobre la situación de la mujer en Oriente y luego deposita una ofrenda a los Santos Lugares de la antigua Heliópolis. Después, el autor se va a presenciar los preparativos de la ceremonia de la apertura del canal de Suez y es convidado por uno de los ministros del jedive⁷ para asistir a un espléndido baile egipcio. En el último capítulo, recuerda las glorias oscuras de la empresa del canal y estudia las vías de Oriente desde lo antiguo hasta hoy valorando la roturación del istmo de Suez. Finalmente, trae a la memoria las hazañas de españoles y portugueses y tras presenciar una boda egipcia, asciende a la gran pirámide para terminar su obra.

Por otra parte, cabe destacar que *La novela del Egipto* no se dedica tan solo a la descripción del acontecimiento de la inauguración del canal de Suez, ni siquiera a narrar los múltiples avatares de la vida por los que pasó el gigantesco proyecto, aunque todo ello forma parte esencial del componente de la obra de Castro y Serrano. La historia de la apertura del canal de Suez no es sino un excelente pretexto que permitió al autor abordar otras cuestiones y sentar juicios sobre algunos de los problemas más palpitantes y trascendentales de la época, además de exponer sus propias ideas y sentimientos sobre hechos y personas del presente, sobre los pueblos orientales, o sobre las culturas y las

⁶ El *fellah* es un campesino, agricultor o jornalero agrícola que trabaja en los campos de Egipto. La palabra *fellah* es un término que se utiliza en todo el Oriente Medio desde la época otomana y más tarde se utilizará para referirse a los habitantes del campo y para los agricultores. Los *fellahs* forman el 60% de la población egipcia. Los *fellahs* suelen llevar una vida humilde y siguen viviendo en casas de adobe, al igual que sus antepasados.

⁷ Según la definición de la Real Academia Española la palabra jedive significa soberano: es un título peculiar que se daba al virrey de Egipto.

civilizaciones. Desde luego, existe una buena documentación, pero también hay una cierta intencionalidad y una específica visión de los asuntos vinculados a su tiempo. Es una obra digna de ser considerada como un excelente "documental sobre Egipto"; además se considera como una amplia historia humana que respira verosimilitud. No obstante, si se mira bien, se trata de una obra iluminadora o, más bien, de una novela que refleja el verdadero pensamiento occidental hacia Oriente. Es importante resaltar que la mayor parte de las obras orientalistas eran una deliberada falsificación tanto del pasado lejano como de la actualidad, ya que resultaba "rentable", daba fama y dinero, y, de paso, servía para propósitos diversos. Solo unas pocas obras literarias orientalistas podrán servir para entender tanto la mentalidad como la realidad de los pueblos orientales sin suplantarla.

En este trabajo abordaré también la capacidad descriptiva de la voz que aparece a la hora de pintar el entorno social del país, desde la perspectiva básicamente costumbrista que cabía esperar, y con el específico entendimiento, brillante y superficial de los tipos y ambientes populares. Las descripciones de nuestro autor en *La novela del Egipto* se caracterizan por ser todo un decorado tremendamente pintoresco que, desde luego, describe con la espontaneidad y la frescura de aquél que lo hubiera contemplado realmente. En parte, podría servir para la reconstrucción documental de El Cairo de la época como una ciudad indescriptible e incomparable, desafiante a las facultades descriptivas e imaginarias de cualquier escritor, y, desde luego con una mayor capacidad de "profundización" en la visión. El autor de esta obra goza de una suprema, evidente y elegante capacidad para trazar y poner de relieve a los personajes históricos. En este sentido, la pluma de Castro y Serrano se hace especialmente amable y sugerente a la hora de pintar los personajes femeninos; de hecho, su trabajo descriptivo se percibe claramente en sus "nostalgias a la reina Cleopatra".

En definitiva, *La novela del Egipto* es toda una obra de antropología social e historiografía, y el autor analiza de una manera real la vida social egipcia a través de los siglos. El autor hace del acontecimiento de la apertura del canal de Suez un viaje de lo antropológico a lo sociológico, en un intento de aportar datos de carácter cultural y al mismo tiempo ficciones de carácter civilizador. Pero ¿cuál es el origen de la hipótesis del trabajo? ¿Cuál es la intención del autor, la consigue o no, es creíble o no? ¿Se toma esta hipótesis como verdad porque lo dice en sus conferencias del Ateneo y lo transcribe en la prensa diaria o todo ocurría en Egipto de la forma en la que él lo narra? Para esclarecer estas dudas, se estudiaron archivos egipcios y españoles relacionados con el acontecimiento de la apertura del canal de Suez.

Espero que este trabajo contribuya a descifrar las incógnitas acerca de una etapa histórica muy polémica e importante: el Egipto del siglo XIX, una época especialmente dolorosa e inquietante para el Oriente Árabe, con el incalculable impacto y transformaciones que produce. Creo, además, que responde a la necesidad de estudiar a fondo aquella época, que contribuirá a su correcta comprensión, y que, sin duda, nos servirá para entender mejor la actual situación árabe, ya que el estudio de aquella época ayudará en cierta medida a aproximarnos mejor al pensamiento y a la conducta del mundo oriental.

SEGUNDO CAPÍTULO:

**II. EL CONOCIMIENTO Y LA RELACIÓN CON EGIPTO EN
LA CULTURA ESPAÑOLA DESDE 1850 HASTA 1900.
ORIENTALISMO Y EGIPCIANISMO**

II.1 EL CONOCIMIENTO Y LA RELACIÓN CON EGIPTO EN LA CULTURA ESPAÑOLA DESDE 1850 HASTA 1900

Egipto atrajo la atención de Europa gracias a su excepcional situación geográfica, a su posición internacional situada entre África, el Oriente Árabe y Europa. El mágico País del Nilo se ha distinguido por ser un punto de conexión entre Oriente y Occidente, tanto geográfica como comercialmente, sobre todo después de la apertura del canal de Suez el 17 de noviembre de 1869. Del mismo modo, fue también considerado un punto de confrontación entre Inglaterra y Francia, habiéndose adelantado a ellos el califato otomano. Egipto siempre ha sido un importante punto de encuentro entre Oriente y Occidente. Desde la invasión napoleónica de 1798, este país ha constituido el acceso más importante para los occidentales que buscaban comprender las culturas islámicas. Así, habían encontrado en Egipto una clave para entender estas culturas y, por otro lado, Egipto lograba conservar su excepcional historia nacional a través de estos orientalistas. La cultura y la sociedad egipcia (desde el siglo XIX hasta la actualidad) han sido prolijamente estudiadas a través de la tradición educadora que mantenían los estudios orientales. La mayor parte de las ciencias humanísticas (tales como la arqueología, antropología, historia de la religión, historia de la literatura o historia del arte) se ha ocupado de diferentes aspectos de la cultura egipcia o islámica. Egipto ha estado, además, bajo una fuerte influencia cultural occidental que comenzó en la época de la invasión de Napoleón y, sin embargo, no ha dejado de mantenerse inmersa en su esfera cultural y religiosa islámica.

Por otro lado, la cuestión orientalista también atrajo la atención de los políticos europeos, especialmente la de los de Inglaterra y Francia, las mayores potencias que rivalizaban por repartirse los territorios que perdía el imperio otomano. Dicho reparto se consumó con la invasión de Egipto por parte de Francia en el año 1798 y duraría hasta finales de la Primera Guerra Mundial. Continuó con la posterior invasión de Egipto por parte de Inglaterra en 1882 al crecer la importancia del país después de la apertura del canal de Suez. Además de la importancia geopolítica y comercial, sin duda los occidentales conservaban su nostalgia por El Cairo, ciudad donde habían contemplado cosas maravillosas que imaginaban semejantes a lo que leían en *Las mil y una noches*. Los occidentales siempre han sido cautivados por el sueño oriental y sus recuerdos en los que se mezclaba la realidad con la imaginación.

En los últimos años del reinado de Mohamed Alí Bajá, que gobernaba en Egipto en nombre del sultán otomano desde 1805 hasta 1848, había recesión en la vida cultural de Egipto y con la llegada de Abbas I, que gobernó Egipto desde 1848 hasta 1854, el país sufrió un declive total. La mayor parte de los efectos secundarios del renacimiento educativo desarrollado por Egipto durante el reinado de Mohamed Alí Bajá propició que se perdieran la influencia y el impacto de las misiones científicas que se habían enviado a Europa. A este caso de recesión política se refiere Raouf Abbas Hamed diciendo que:

Dominó un caso de recesión en la vida política egipcia desde el comienzo del reinado de Mohamed Alí Bajá hasta la segunda mitad de los años sesenta del siglo XIX. Fue un gobernador absoluto dominando totalmente los asuntos internos y externos del país, sin que participaran los hijos de la patria en dirigir los asuntos internos del país de forma activa, con excepción de un pequeño número de ellos; a quienes recibieron una parte de educación en la época de Mohamed Alí se les dio la oportunidad de asumir algunos cargos en las funciones del gobierno y su consiguiente correlación con la clase de los aristócratas turcos, que eran la columna vertebral del aparato administrativo en aquel entonces.⁸

Los orientalistas que pudieron visitar Egipto desde 1840 hasta 1900 pretendían describir la imagen de un Egipto "oriental", es decir, su objetivo se centraba en destacar los barrios populares, los zocos con carpas, las gentes rezando en las mezquitas y la descripción de los maravillosos monumentos de la civilización faraónica.

Durante el reinado de Ismail⁹ (1863-1879), la educación recibió una gran atención por parte del estado, estableciéndose numerosas escuelas públicas que no solo cubrían los gastos de estudio, sino los de manutención de los estudiantes. Quedó entonces reconstruido el consejo de las escuelas, que había sido abolido durante el reinado de Mohamed Said, y aumentó el presupuesto de la educación gradualmente, y el gobierno volvió a enviar las misiones científicas a Europa, con lo que el número de becarios en el reinado de Ismail llegó a 218 estudiantes, destinados principalmente a estudiar en Francia.

El reinado de Ismail presenció un renacimiento periodístico gracias a algunos escritores de Siria que se refugiaron en Egipto escapando de la tiranía de las autoridades otomanas de su país. Al mismo tiempo, contribuyeron a este renacimiento un buen número de jóvenes egipcios educados y cultos. Igualmente, la presencia de Ŷamāl al-Dīn al-Afgānī¹⁰ en Egipto ayudó a crear un clima intelectual único y la prensa favoreció la emergencia de una opinión pública en Egipto. Muchos de los discípulos de Ŷamāl Al-Dīn Al-Afgani, como

⁸ Abbas Hamed, Raouf, *Taṭawwur al-muŷtāma‘ al-miṣrī fi l-qarn al-tāsi‘ ‘aṣar* (El desarrollo de la sociedad egipcia en el siglo XIX), El Cairo, Editorial Dar Annaḥda Al Arabiya, 1988, p. 183.

⁹ “La actividad comenzó a recuperarse en la vida política egipcia bajo el gobierno de Ismail, que introdujo una serie de normas europeas modernas de una manera que ha cambiado un poco la forma de Estado, y permitió a algunos notables egipcios la oportunidad de asumir el cargo de algunas posiciones administrativas importantes, y vio así que sería conveniente complementar la forma del estado moderno con la formación de un parlamento en el que participan de los notables egipcios en debatir los asuntos internos de una manera ordenada dentro de un marco específico de modo que no afecta a la esencia del gobierno absoluto e impide a que se convierta el Consejo en un Órgano Representativo Constitucional.” Ibidem, p. 184.

¹⁰ Ŷamāl al-Dīn al-Afgani nació en 1838 y murió el 9 de marzo de 1897; fue un pensador y activista político que recorrió la Persia Kayar, Afganistán, Egipto, la India y el Imperio otomano durante la segunda mitad del siglo XIX intentando conseguir la unidad de la comunidad musulmana para hacer frente al imperialismo de Occidente. Precursor del antiimperialismo, fue uno de los fundadores del modernismo islámico y del panislamismo, y ha sido descrito como "menos interesado en la teología que en organizar la respuesta musulmana frente a la presión de Occidente." Vali Nasr, *The Shia Revival: How Conflicts within Islam Will Shape the Future*, New York, Norton, 2006, p. 103).

Cuando un año antes de morir fue acusado de haber instigado el asesinato del Sha de Persia Naser al-Dīn, Al-Afgani, después de proclamar su inocencia afirmó: “He luchado, y sigo luchando, por un movimiento reformista en el podrido Oriente, donde me gustaría sustituir la arbitrariedad por la ley, la tiranía por la justicia, y el fanatismo por la tolerancia”. Su mandamiento coránico favorito era: “Dios no cambiará la condición de un pueblo mientras este no cambie lo que en sí tiene”. El Noble Corán, Sura “El Estruendo”, versículo número 11.

Adib Isaac, Abdallah El Nadim,¹¹ Yacoob Sanoua e Ibrahim El Muelhy contribuyeron a aquel renacimiento periodístico e intelectual. La prensa floreció durante el periodo de la ocupación británica con el crecimiento del movimiento nacional, se difundió la prensa árabe y creció el número de sus seguidores. Los periodistas que la escribían estaban jugando el papel de los medios de comunicación entre las distintas tendencias políticas y la opinión pública egipcia. Al contrario de lo que sucedió con la prensa, la enseñanza se encogió relativamente bajo la ocupación británica y casi se centró la educación en las escuelas coránicas locales “Alkatatib”. Se limitó así la enseñanza al marco de suministrar a la administración egipcia sus necesidades y las de sus funcionarios. Por otro lado, las autoridades de la ocupación británica estaban atentas a debilitar las influencias francesas en el sistema educativo egipcio y a moderar la lengua árabe, sustituyéndola por la lengua inglesa. De esta forma, la educación era exclusivamente para las clases sociales altas, ya que la enseñanza ya no era gratuita como lo había sido antes, puesto que los alumnos se incorporaban o con gastos completos o con gastos parciales. Esta situación ponía de manifiesto la atención de los ingleses en colocar a los hijos de los ricos para que se vincularan con ellos mismos, sencillamente porque esto les proporcionaba intereses creados para dominar cultural y económicamente las funciones del estado.

La sociedad egipcia en el siglo XIX se componía de tres categorías diferentes: turcos, egipcios y extranjeros. Los turcos representaban la aristocracia gobernante y a su cabeza se colocaba la familia de Mohamed Alí Bajá. Así pues, las altas funciones del estado hasta finales del siglo XIX eran exclusivas de la aristocracia turca, que incluía mezclas de turcos de Asia Menor, Marruecos y los circasianos,¹² además de los kurdos, sirios, armenios y algunos de los egipcios cercanos a los gobernantes (su número era muy limitado). En la mayoría de los casos de estos últimos, sus amos, con el fin de acostumarlos a la vida turca, los obligaban a casarse con las concubinas turcas o circasianas, para que se adaptasen de ese modo a la tradición y al nuevo estilo de vida.

A este asunto se refiere Raouf Abbas Hamed diciendo que:

¹¹ “Abdallah El Nadim era uno de los oradores de la Revolución de Ahmed Orabi que abundantemente denunciaba los malos hechos cometidos frívolamente por los ricos, quienes gastaban sus fortunas y su oro en lo que no vuelve beneficiosamente ni a ellos mismos ni a la patria salvo que con la corrupción, luego aparece su avaricia con los pobres e incluso son avaros con su patria a pesar de lo que habían recaudado de la sangre de los hijos de la patria.” *Ibidem*, p. 203.

¹² Los circasianos, cherquesos o cherqueses son un grupo étnico del noroeste del Cáucaso, Circasia, que viven principalmente en la república rusa de Karacháyevo-Cherkesia, donde componen el 11% de la población. Su idioma es el circasiano, que pertenece a la familia Abjasio-Adiguea, también llamada familia caucásica noroccidental de las lenguas caucásicas.

Los circasianos emigraron desde Cabardia (en la actual república rusa de Kabardino-Balkaria) entre 1780 y 1825, estableciéndose en los valles altos de los ríos Zelenchuk y Urup. En 1785, el norte del Cáucaso se había convertido en una provincia rusa. En las grandes guerras territoriales subsiguientes entre Rusia, Persia y Turquía, se libraron numerosos e intensos combates en la región del Cáucaso. Los circasianos opusieron una larga resistencia a la dominación rusa y cuando fueron finalmente derrotados en 1864, unos 400.000 resultaron muertos. Más de un millón de circasianos tuvieron que huir de la tierra de sus antepasados e ir a Turquía con tan solo la esperanza de regresar algún día (véase Muhayir (Cáucaso). Según las afirmaciones de muchos historiadores, solo la mitad de ellos llegó a Turquía. Muchos se convirtieron al islam.

Los turcos se quedaron representando una clase social extraña flotando sobre la superficie de la sociedad egipcia, alejados de todo lo que es egipcio, y están dispuestos a aferrarse a la tradición turca y a utilizar la lengua turca como lengua de habla y comunicación entre la elite excelente de categoría social prestigiosa; se quedaron mirando hacia los egipcios con una mirada de superioridad, la mirada del seguido sobre la del seguidor y considerarán al egipcio por lo alta que sea su categoría social, no nada más que un *fellah* “campesino” destinado al servicio del turco.¹³

Pero la ocupación de cargos públicos y del gobierno por parte de los egipcios propició la apertura de las puertas para su ascensión durante el reinado de Mohamed Said, que gobernó Egipto desde el 24 de julio de 1854 hasta el 18 de enero de 1863. Por su parte, el jedive Ismail hizo que algunos egipcios llegaran a ocupar altos cargos; todo esto, por lo tanto, les permitió relacionarse con los turcos y así pudieron seguir su forma de vida rompiendo hasta cierto punto con su aislamiento del resto de la sociedad egipcia. Estos acontecimientos los impulsaron a compartir lazos de sangre que más tarde se fortalecieron, ya que los altos funcionarios egipcios elegirían mantener vínculos matrimoniales con las familias turcas. Simultáneamente, esta situación condujo a que surgieran vínculos sociales entre los turcos y entre algunos egipcios de la sociedad burguesa y de la clase alta.

Apenas había llegado a su fin el siglo XIX cuando la clase social turca se limitó exclusivamente a la familia de Mohamed Alí Bajá con sus distintas ramas y a algunas familias turcas muy allegadas a ella. A este hecho contribuyó la afluencia de turcos en Egipto durante el reinado de Mohamed Alí Bajá y sus sucesores, que comenzó a limitarse después y hoy en día no existe ya ninguno de los elementos turcos, circasianos o kurdos que eran los componentes de la casta turca (la élite), ya que no aceptaron la inmigración a Egipto. De igual forma, el cese de la importación de los mamelucos desde el reinado de Ismail impidió que esta categoría social fuera abastecida con los recursos humanos necesarios que le garantizaran un crecimiento continuo.

La posesión social de los turcos se vio socavada después de la ocupación británica en 1882, pues las altas funciones gubernamentales eran reservadas para los europeos en general y para los ingleses en particular. Las autoridades de la ocupación se limitaron a encargar las funciones importantes a la nueva generación de los hijos de la élite de la sociedad egipcia o de los turcos, que habían sido educados en universidades o institutos europeos y eran más afines a las ideas de los ocupantes. Algunos de ellos fueron nombrados directores; otros, en cambio, fueron designados como jueces o fiscales en la administración pública, llegando a ser reconocidos en sus cargos.

Mientras, los grandes propietarios agrícolas egipcios y los funcionarios del estado que consiguieron donaciones de terreno agrícola durante el reinado de Mohamed Alí Bajá, así como los descendientes de ambos, aumentaron sus propiedades comprando a los pequeños propietarios rurales o comprando terrenos agrícolas del estado. También las

¹³ Ibidem, p. 174.

grandes familias de los jeques, los alcaldes y los beduinos mejoraron su situación económica y social de esta manera.

Los grandes propietarios egipcios imitaron a los turcos en su estilo de vida, adoptando las apariencias de la civilización europea como ellos. De esta manera, habitaron las ciudades, edificaron palacios siguiendo los modelos modernos, construyeron grandes mansiones y vivieron, al igual que ellos, una vida lujosa. Este fue el motivo por el cual han sido tan fuertemente criticados por los escritores y literatos en sus obras, ya que gastaban sus fortunas en elementos inútiles para la ciudadanía y les exigían que construyesen centros educativos y fábricas para evitar que el país se convirtiera en presa fácil bajo la dominación de la economía europea. Con el paso del tiempo, mientras que los grandes propietarios egipcios aumentaban su número, la comunidad turca estaba decreciendo debido a las circunstancias políticas, económicas y sociales que acontecían en Egipto.

La tercera categoría de los grandes propietarios agrícolas se componía de los extranjeros europeos y sus propiedades se situaban en la zona del Delta y sobre todo en la zona del canal de Suez; asimismo, había algunos grandes propietarios sirios, judíos egipcios y coptos que obtenían nacionalidades extranjeras para beneficiarse de los privilegios que se otorgaban a los extranjeros y para protegerse a la sombra de los gobernantes, asegurando así sus terrenos y demás propiedades de la nacionalización.

La clase media estaba seguida por la clase de los grandes propietarios. Así, la escala social de la segunda mitad del siglo XIX se componía de los medianos propietarios, de los profesionales libres habitantes de las ciudades y de los pequeños funcionarios del gobierno. Los medianos propietarios eran aquellos que poseían como propiedades terrenos con menos de cincuenta *fédenos* y más de cinco *fédenos*. Las circunstancias económicas de estos no hacían de ellos una fuerza de valor efectivo en la sociedad rural porque sus propiedades estaba decreciendo, bien por la herencia según la legislación islámica o bien porque perdieron sus terrenos a causa de las deudas.

El crecimiento de la clase media ha sido vinculado con el desarrollo de la sociedad de la ciudad en aquel tiempo y se trató de un crecimiento limitado a pesar de los cambios que presenció la época de Mohamed Alí Bajá. Como la ciudad era entonces el centro del gobierno (influida en la segunda mitad del siglo XIX por las nuevas revoluciones), se concentraron en ella los aparatos del estado moderno, su nueva fuerza militar, sus instituciones educativas y sus fábricas modernas; por ese motivo, las ciudades como El Cairo se convertirían en el centro de polarización que unía a la gente para trabajar en los dispositivos del gobierno y en sus instituciones, fuera de manera voluntaria u obligada. A causa de ello, la sociedad de la ciudad conoció la aparición de nuevos grupos de los que antes carecía, como los *Efendis* de los funcionarios del estado, que se convirtieron, debido a su componente nacional y cultural, en la vanguardia de las categorías de la sociedad egipcia aperturista. Las diferentes influencias, fueran internas o externas, de las categorías sociales que más aceptaban lo nuevo junto a sus miembros pudieron desarrollar sus vidas de una nueva forma en lo que respecta al estilo de sus casas, muebles, vestidos y a sus relaciones familiares, asemejándose con esto a la clase aristocrática gobernante. No obstante, algunos

de ellos no rompieron con sus vínculos de origen rural, aunque guardaron una fuerte sensación de superioridad con los de las zonas rurales.

Dentro de los profesionales liberales, grupo importante de la clase media radicado exclusivamente en las ciudades, se pueden diferenciar por un lado, los extranjeros que estaban más vinculados con sus intereses en el país, y, por otro, los egipcios descendientes de origen rural que recibieron su educación en las escuelas superiores en Egipto o en las universidades europeas. Esta clase social bien formada que impulsó los cambios y que pudo incorporarse al estado, eligió mantenerse en el ejercicio de sus profesiones, la abogacía, la medicina o la ingeniería. Todos estos ciudadanos expresaban a finales del siglo XIX los intereses de los habitantes de las ciudades egipcias y jugaron un papel muy importante a la hora de liderar los movimientos de liberación nacional.

El papel de la clase media en la sociedad egipcia de la segunda mitad del siglo XIX estaba muy limitado y, no tuvo la oportunidad para desarrollar un crecimiento natural dentro de la sociedad urbana debido a la política acaparadora de Mohamed Alí Bajá que sufrieron en particular los profesionales, artesanos y comerciantes. Este gobernante concentró toda la riqueza en manos del estado y cuando se acabó su reinado se acabó también el dominio sobre los asuntos económicos y el sistema de monopolio; comenzó el periodo del libre comercio, pero la clase media preparada pero sin recursos económicos suficientes era incapaz de sustituir al estado en el terreno empresarial, dándose paso así al libre comercio. La clase media era incapaz de entrar al campo para sustituir al estado y se vio obligada a abandonar el terreno del capitalismo europeo. Llegaron las inversiones extranjeras al mercado egipcio y adquirieron los bancos, con las compañías hipotecarias, de servicios públicos, la industria del cigarrillo, el tabaco y los molineros, azucareros y otros campos de inversión retrasando con todo ello la posibilidad de que fuesen los egipcios los que controlaran la economía y que la clase media se incorporara como motor de desarrollo.

Finalmente, encontramos a los *fellahs* en la parte más baja de la pirámide social formando su base ancha. Cuando hablamos de los *fellahs* de entonces nos referimos a quienes tenían en propiedad menos de cinco *fédenos* o los trabajadores agrícolas que no poseían nada. No había mucha diferencia entre los *fellahs* que menos propiedades agrícolas controlaban y los *fellahs* que carecían de propiedades, puesto que ambos estaban por debajo de la línea de la pobreza y no tenían recursos económicos con los que poder financiar los trabajos agrícolas, por lo que tenían que endeudarse con egipcios y extranjeros. Muchos, al no poder pagar sus deudas, perdieron sus propiedades. Asimismo, estos *fellahs* padecían un trabajo forzoso tanto en las propiedades de los amos turcos como en las de los extranjeros, los bajás egipcios o en la excavación del canal de Suez, donde murieron miles sufriendo hambre, sed y epidemias. Además de estas multitudes de *fellahs*, había otra casta trabajadora situada en la base de la pirámide social. Esta casta se formó a finales del siglo XIX y trabajó en las fábricas y en las empresas de capitales extranjeras. Este grupo social se componía de tres elementos esenciales: los *fellahs* que emigraron del campo e ingresaron para trabajar en las nuevas fábricas, los artesanos, que desarrollaron sus experiencias con el avance de la industria cuando las comunidades se volvieron débiles, y los trabajadores extranjeros que

vinieron de países en donde se intensificó el conflicto entre el trabajo y el capital. Ambos eran la levadura de la lucha colectiva practicada por los trabajadores egipcios cuando llegaba a su fin el siglo XIX.

Por todo ello, han contribuido las fuerzas sociales en los acontecimientos que se vivieron tras la crisis financiera de Egipto, y que finalizó con la intervención extranjera en el país. Así cayó Egipto víctima de la ocupación inglesa. Dicha fuerza social contribuyó a la medida de acuerdo con sus intereses y se identificaron sus aspectos negativos y positivos en términos de daños, mediante los intereses o el interés que los benefició como consecuencia de ello.

La sociedad egipcia comenzó a relacionarse con la cultura europea gracias a las escuelas modernas que estaban administradas por europeos y por egipcios que eran enviados en misiones científicas a continuar su formación en el extranjero. Después del reinado de Mohamed otros factores contribuyeron a que el contacto con la cultura europea aumentase: prensa extranjera, aumento del número de escuelas extranjeras, creación de escuelas modernas egipcias. Esta comunicación con la cultura europea se consolidó después del reinado de Mohamed Alí Bajá cuando se añadieron al desarrollo de la enseñanza otros factores como la divulgación de la prensa, las escuelas extranjeras, la creación de las empresas, la excavación y la inauguración del canal de Suez. A estos factores se añade la fuerte inmigración extranjera que contribuyó a estrechar las relaciones con Occidente.¹⁴

Las ciudades egipcias presenciaron en la segunda mitad del siglo XIX una afluencia de inmigrantes extranjeros, sobre todo en los años sesenta del siglo XIX, como consecuencia de las grandes oportunidades financieras asociadas con el comercio de algodón o los proyectos de desarrollo y urbanización introducidos por Ismail. Después de que la población extranjera se estimara en diez mil personas en la época de Mohamed Alí, esta comunidad creció en 38.653 en 1878 y luego el número se elevó a 112.574 en 1897 y a 151.414 en 1907 (ya en su mayoría vinieron todos de Grecia e Italia).

Aunque siempre existieron vínculos entre España y Egipto debido a la proximidad geográfica y a su papel como puente entre Oriente y Occidente, es con la apertura del canal de Suez y con el interés comercial que supone cuando en España aumentan significativamente los contactos con Egipto. No conviene olvidar tampoco el interés que para las élites culturales tienen el islam y Egipto con todas sus demás culturas presentes en su territorio. Para España, el paso por la ruta marítima del canal de Suez gozó de un gran interés tanto comercial como cultural, y su apertura supuso una revolución histórica en los contactos entre la cultura europea y la cultura islámica, que tuvo un carácter especial tras la ruptura del istmo del Suez, que no solamente enlazó el Mediterráneo con el mar Rojo sino

¹⁴ Mohamed Ali Baja contrato a los europeos en la administración de las escuelas y para la enseñanza, pero estaba contribuyendo al mismo tiempo a no seguir dependiendo de los extranjeros. Por esta misma razón envió a los jóvenes egipcios en misiones para estudiar en Europa. Estas misiones científicas no solamente mejoraron la enseñanza sino que también tuvieron una influencia social no menos importante que los objetivos anteriores. Abbas Hamed, Raouf, *Ta awwur al-muýtāma' al-mi ṭ šrī fī l-qarn al-tāsi' 'ašar* (El desarrollo de la sociedad egipcia en el siglo XIX), ob. cit., p. 107.

que significó un matrimonio cultural entre Oriente y Occidente. De este modo, existen indudables vínculos históricos que enlazaban ambas culturas en un increíble intercambio de papeles históricos, como si se tratase de un juego de ajedrez entre la cultura europea y la cultura islámica: precedentes y antecedentes, modernidad y atraso, pioneros y continuadores; en esta dualidad de pensamiento de la historia humana, ambas culturas nos muestran un movimiento basculante, que parece oscilar entre dos polos antagónicos y simultáneos: cuando una cultura se eleva, la otra parece bajar. Así, como acabamos de ver, sucede en el siglo IX y así también parece suceder en el siglo XIV, en el que se inicia la vía nominalista de Ockham en el seno de un pujante Renacimiento. A su vez, esto se sincroniza con el retroceso de la cultura islámica, que, tras las Cruzadas, pareció replegarse en las fronteras de su propia identidad y tuvo en Ibn Taymiyya su voz más influyente.

Con el presente estudio se intenta cubrir un vacío y desbloquear un tema en el campo de las visiones nacionales dentro del ámbito del Mediterráneo oriental, además de ver qué nos aportará la historiografía escrita a partir de las fuentes de primera mano que dormitan en los archivos tanto españoles como egipcios. Ante la vista se extiende también un panorama vasto e incitante para el historiador interesado en el proceso de formación de su imaginaria, pues el conflicto, en consecuencia, no quedó cerrado, sino que, por el contrario, sigue abierto, especialmente ahora, cuando España parece reconocer que es también un país del Mediterráneo y que debe volver a su lugar de interacción. Por su parte, Egipto, país concebido geopolíticamente como puente intercultural y como bisagra de civilizaciones, demuestra su carácter internacional.

Nuestra intención ha sido llenar un vacío bibliográfico, revelando las imágenes convencionales que sobre Egipto sobrevivían en el imaginario colectivo de los españoles del siglo XIX. Nos motivó, además, la curiosidad de constatar cuánta información nueva y cuánta reflexión original suscitó en la bibliografía del tema la relación con Egipto en la cultura española del siglo XIX; tampoco faltaron aquellas opiniones teñidas de lo que Edward Said ha denominado “*orientalismo romántico*”¹⁵ (Blasco Ibáñez y Gómez Carrillo).

En la memoria histórica de España, se quedó grabada una incesante lucha entre las tres grandes religiones, componentes de la esencia ecuménica española: cristianismo, judaísmo e islamismo. La derrota del reino de los nazaríes de Granada, la expulsión de los musulmanes decretada por los Reyes Católicos en 1492 y la expansión del imperio español son evidentes testimonios del crecimiento trascendental y del fanatismo religioso que caracterizó toda esta época teñida de sangre y de intolerancia. Por ello, durante varios siglos, las huellas del islam español yacían profundamente reflejadas en el imaginario, como si de las sombras de la caverna de Platón se tratase, tanto en la cultura como en la lengua o en la historia, también en los manuscritos o en la geografía del arte mudéjar, cuyo gran valor fue reflejado por muy pocos eruditos e investigadores.

¹⁵ Said, Edward W., *Orientalismo*, Presentación de Juan Goytisolo, Traducción de María Luisa Fuentes, Barcelona, Liberduplix, 2008.

Desde los albores de la historia de Egipto, siempre han sido mencionados en las narraciones de la Biblia relatos que enfatizaban las diferencias entre Egipto e Israel, los entramados de los vínculos políticos, comerciales e ideológicos en ocasiones amistosos y muchas veces conflictivos y complejos. Egipto, como una encarnación de la verdad, al mismo tiempo simboliza la oscuridad y el error histórico, debido sobre todo a la esclavitud vivida por los israelitas en Egipto; “el pueblo elegido” quedó varado entre los senos del Egipto Faraónico. Moisés ha sido mencionado en la Biblia como la personificación de la confrontación y el antagonismo entre sus seguidores fieles, que representan “la Verdad Divina”, y los del Faraón de Egipto como representación de “la Falsedad”. Moisés fue presentado como liberador del yugo egipcio, hecho que para Occidente fue el símbolo de la egiptofobia. Su figura bíblica se mantuvo viva durante siglos en la tradición occidental. Se construyó de esta forma una imagen de Egipto que era la antítesis de los ideales occidentales, la imagen de Egipto como la tierra del despotismo, la *hybris*, la brujería, y el culto a los animales y a la idolatría.

Por el contrario, las fuentes clásicas solían ofrecer una imagen muy distinta de Egipto, e incluso una versión muy diferente de la figura de Moisés; pero hasta el Renacimiento, Occidente no participó del conocimiento de los escritos clásicos en la misma medida en la que lo había hecho de la Biblia. Por eso, los relatos de Heródoto, de Halicarnaso, de Diodoro de Sicilia, de Estrabón, de Plutarco o de los demás historiadores y escritores que hablaron con mucha estima y admiración de la tierra del Nilo y del saber de los antiguos egipcios no tuvieron un gran impacto en Occidente, por lo menos durante los primeros catorce siglos de la Era Cristiana. Del mismo modo, la historia de Egipto escrita por Manetón de Sebenitos, sacerdote egipcio del siglo III a.C. para su monarca, Ptolomeo II Filadelfo (284-246 a.C), y la versión que en ella se daba de Moisés, presentado como un sacerdote egipcio rebelde que se había erigido en líder de una colonia de leprosos, no pudieron competir con la idea del Moisés hebreo del texto bíblico.

A pesar de las connotaciones negativas que Egipto y lo egipcio suscitaban en Occidente, viajar hasta las tierras del Nilo fue en muchos casos un deseo para el cristiano. Asimismo, existían otras referencias bíblicas, como la huida a Egipto de la Sagrada Familia, narrada tanto en el Nuevo Testamento como en otros textos apócrifos (Santos Otero, 1991)¹⁶, que lo hicieron destino de peregrinaciones cristianas desde la Antigüedad tardía. Así pues, el interés de Europa por lo egipcio conoció un importante estímulo durante el Renacimiento cuando se descubren supuestos “textos egipcios”, como el tratado sobre jeroglíficos de Horápolo, en 1419 en la isla de Andros, en el Egeo, e impreso en traducción latina en 1505, y el *Corpus Hermeticum*, que fue llevado a Italia por un agente de Cosimo de Médicis en 1460, y traducido al latín en 1463 por Marsilio Ficino. Este y otros escritores del Renacimiento como Francesco Colonna o Athanasius Kircher reconstruyeron la filosofía hermética como si fuese la antigua teología y sabiduría de Egipto. Estos autores se sintieron capaces de completar la imagen clásica de Egipto que transmitían los escritos griegos y

¹⁶ Santos Otero, Aurelio, *Los evangelios apócrifos. Colección de textos griegos y latinos. Versión crítica, estudios introductorios y comentarios*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1991.

latinos, casi unánime e inequívocamente egiptofílica, que contrastaba de manera acusada con la visión extremadamente egiptofóbica ofrecida por la Biblia.

La relación cultural de España con Egipto se remonta a tiempos muy lejanos; de modo que se quedó grabada en la memoria de viajeros, estudiosos españoles, gobernantes egipcios. En este clima, emprendió desde España su aventura hacia Egipto don Antonio de Orleáns, duque de Montpensier, afincado en Sevilla; era el hijo menor del rey de Francia Luis Felipe de Orleáns y estaba casado con la infanta María Luisa, matrimonio del que nacería María de las Mercedes (1860-1878), primera esposa de Alfonso XII (1857-1885). Este viaje de don Antonio de Orleáns fue realizado en 1845 según el relato de su secretario Antonio Latour, publicado en 1849. Aquel viaje coincidió en el tiempo con la magnífica expedición prusiana dirigida por el egiptólogo, lingüista y museógrafo Richard Carl Lepsius (1810-1884), que contaba con la aprobación y el apoyo de Federico Guillermo III de Prusia (1770-1840), quien consiguió para las colecciones de sus museos más de quince mil objetos antiguos que fueron llevados a Berlín y regalados oficialmente por Mohamed Alí Bajá de Egipto entre 1805 y 1848.

La visita a Egipto de don Antonio de Orleáns era de carácter oficial, en calidad de embajador de Francia. Su viaje no tenía la pretensión de ser una expedición científica, pero iba acompañado de dibujantes, pintores y de los primeros fotógrafos, lo que permitió que a su vuelta a Europa pudieran editarse espléndidos grabados y buenas fotografías. Además de los encuentros oficiales con Mohamed Alí Bajá en El Cairo, bien documentados por Antonio Latour, su libro narra la visita a las grandes pirámides de Giza y otras excursiones a diversos lugares de interés arqueológico. La embarcación en la que viajaban remontó el Nilo hasta Asuán, y de regreso visitaron las ruinas de los grandes templos faraónicos de Karnak y Luxor y las tumbas de los antiguos monarcas en el ya por entonces bastante explorado Valle de los Reyes, en el desierto Occidental. Hasta la necrópolis real don Antonio de Orleáns se desplazó a caballo, antes del amanecer.

A medida que se sucedían los hallazgos arqueológicos, las expediciones científicas y la investigación en los museos europeos que adquirirían las grandes piezas faraónicas traídas por exploradores y tratantes de arte a Europa, la idea y la ilusión de viajar a Egipto se fueron extendiendo por amplios sectores de la sociedad europea y acercándose progresivamente a las posibilidades de un mayor número de personas. La indiferencia mostrada por los gobernantes egipcios hacia las antigüedades faraónicas estaba ocasionando la pérdida y dispersión del legado del Antiguo Egipto. La situación llegó a ser tan alarmante que hubo quejas emitidas desde Europa que hicieron variar la actitud de las autoridades egipcias hacia su patrimonio arqueológico. Mohamed Alí Bajá y sus descendientes estuvieron interesados en mantener buenas relaciones con Europa, especialmente con Francia, que en aquellos años proporcionaba a Egipto la infraestructura y el dinero necesarios para llevar a cabo la modernización del país. Los gobernantes egipcios apoyaron, por tanto, a los científicos europeos, especialmente a los franceses. En 1835 se dieron los primeros pasos para la salvaguarda del patrimonio arqueológico de Egipto. Mohamed Alí, sin duda en aras de abordar de manera diplomática las quejas levantadas en Europa sobre la indefensión del

legado faraónico, proclamó el quince de agosto de aquel año un edicto que contemplaba medidas para evitar la salida incontrolada de antigüedades hacia Europa (Reid, 2002: 56-57). En el decreto se especificaba qué antigüedades susceptibles de ser sacadas de forma ilegal del país habían de ser enviadas, para evitar su tráfico, al señor Rifā'a Al-Ṭaḥṭāwī (1801-1873), director de la Escuela de Lenguas ubicada en Ezbekeiya, un barrio situado en las inmediaciones del viejo Cairo, a orillas del lago que le daba nombre. El decreto establecía la construcción de un nuevo edificio junto a la Escuela de Lenguas destinado a albergar y exhibir las antigüedades que fueran reunidas para que así pudieran ser admiradas por los viajeros que visitaran el país, sin sugerirse otra posible audiencia interesada. Como supervisor de este planeado museo, en el que podemos encontrar el embrión del futuro Museo Egipcio de El Cairo, se nombró a Yusuf Diya Efendi, y se estableció que entre las funciones del director estaría la inspección anual de los lugares arqueológicos del Alto Egipto, visita en la que además de supervisar los lugares arqueológicos se recogerían antigüedades que irían ampliando la colección.

Con estos primeros pasos se iniciaron las trayectorias del Servicio de Antigüedades y del Museo Egipcio de El Cairo. Las primeras medidas de protección y de control de las antigüedades estaban dictadas y eran significativas, pero resultaban insuficientes para salvaguardar el legado faraónico. Las dificultades que conllevaba el control de los lugares y objetos arqueológicos en un país de patrimonio tan rico como Egipto eran enormes; entre otras muchas la amplia dispersión de los yacimientos, la localización de muchos de ellos en zonas despobladas o escasamente habitadas, la presencia cada vez mayor de occidentales interesados en llevarse con ellos al final de sus viajes objetos faraónicos, la indiferencia de los egipcios y, sobre todo, la consideración, de acuerdo a la legislación que estuvo vigente hasta 1857, de que las antigüedades eran propiedad del jedive. El mismo Mohamed Alí, poco después de proclamar el decreto mencionado, ordenó la construcción de dieciocho fábricas de salitre; para la construcción de una de ellas se dinamitó el noveno pilón del templo de Karnak en Luxor.

En 1864, se realizó el viaje a Egipto del español Antonio Bernal, que se detuvo en el país del Nilo de camino a su destino diplomático en Siria y Líbano. En 1876, Antonio Bernal publicó en Madrid *Viaje a Oriente* en dos volúmenes, dedicando el primero de ellos a Egipto. Se trata de un relato costumbrista e impregnado de detalles que incluye la descripción de las grandes pirámides de Guiza y el relato de su visita a estos colosales monumentos. En 1866, pasó por Egipto, camino de Constantinopla, el diplomático don Adolfo de Mentaberry, quien publica sus recuerdos en Madrid en 1873, en el libro titulado *Viaje a Oriente. De Madrid a Constantinopla* con un amplio prólogo de Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897).

Las primeras miradas de la investigación española se dirigieron hacia Egipto en 1867, cuando se creó en Madrid el Museo Arqueológico Nacional mediante Real Decreto de Isabel II (1830-1904), fechado el 20 de marzo. La arqueología estaba presente en el ambiente intelectual de España en aquella época, y el interés por el Antiguo Egipto y por viajar a ese destino eran notables. Como dato de interés podemos recordar que en 1868,

pocos meses después del nacimiento oficial y administrativo del Museo Arqueológico Nacional, el académico don Antonio Balbín de Unquera leyó, ante la Academia Real Española de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso, el discurso inaugural del año académico titulado “Arqueología Egipcia”.¹⁷

En esta misma línea de intenciones se promovió y llevó a cabo el viaje de la *Fragata Arapiles* al Oriente Mediterráneo. Esta embarcación partió de Nápoles en el verano de 1871 rumbo a Oriente, llevando a bordo una comisión científica dirigida por Juan de Dios de la Rada y Delgado, arqueólogo y conservador del antiguo Departamento de Prehistoria y Edad Antigua del Museo Arqueológico Nacional. La misión de esta expedición era adquirir antigüedades de los ámbitos del Mediterráneo, próximo oriental y egipcio, para aumentar con ellas las colecciones del Museo Arqueológico Nacional. Pero los contratiempos del viaje fueron muchos, causados, en buena medida, por el exiguo presupuesto del que se disponía, insuficiente para cumplir los objetivos previstos. En su recorrido por los puertos mediterráneos, la embarcación permaneció dos días en Alejandría, donde los científicos pudieron adquirir la cabeza de una estatua masculina de época ptolemaica que hoy se exhibe en el Museo Arqueológico Nacional.

En aquellos momentos, España vivía una situación tanto política como económica muy delicada, situación que sin duda incidió en el escaso éxito de acciones tan interesantes como la promovida en 1869 por Ruiz Aguilera desde la Dirección General de Instrucción Pública, o el viaje de la fragata *Arapiles*, empresas que manifestaban el interés por la arqueología abierta al Mediterráneo, Oriente y Egipto, y por el estudio de los logros culturales y estéticos de las sociedades antiguas de aquellos lugares. Los monumentos egipcios son eternamente hermosos y por eso Ramiro Amador de los Ríos ha continuado su expedición al Alto Egipto para estudiar en el templo de Luxor los espléndidos orígenes del arte griego; sería él el primer arquitecto español en explorar aquellas regiones y aquellos monumentos entre dificultades y privaciones extraordinarias, por lo que merece que se valoren la entereza y el entusiasmo por el arte que tal resolución supone.

Esta información es relevante a la hora de establecer los primeros pasos dados por estudiosos españoles interesados en el arte y en la arqueología del Antiguo Egipto en las tierras del Nilo. No hablamos ya de viajeros fascinados por Egipto y Oriente, sino de estudiosos de Bellas Artes que emplean su tiempo y los escasos recursos de su pensión para trasladarse a El Cairo y al Alto Egipto, animados por el deseo de estudiar los logros artísticos del Egipto faraónico. La estancia en Egipto de Aníbal Álvarez y de Ramiro Amador de los Ríos ocurrió en momentos muy tempranos de la egiptología. El Museo de El Cairo, estudiado por Aníbal Álvarez, era el ubicado en Bulaq, y estaba dirigido por Auguste Mariette, pues la realidad económica de Egipto, endeudado cada vez más con las naciones europeas, conllevó que el proyecto del Centro de Estudios del Antiguo Egipto que tanto

¹⁷ Balbín de Unquera, Antonio, *Arqueología egipcia*. Discursos leídos ante la Academia Real Española de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso en el acto solemne de la inauguración del año académico 1868, Madrid, s. i., 1868.

gustaba al jedive Ismail no llegara nunca a realizarse. La esfinge de Gizeh estaba liberada de las arenas del desierto según se percibe en fotografías realizadas en esas fechas, pero el templo de Luxor, cuya arquitectura interesaba a Ramiro Amador de los Ríos para un proyecto de estudio definido (conocer “los espléndidos orígenes egipcios del arte griego”), permanecía aún cubierto de ruinas, arena y escombros, ya que sabemos que el Servicio de Antigüedades Egipcio se ocupó de su limpieza una década más tarde.

De 1873, solo tres años antes de la visita de Ramiro Amador de los Ríos, tenemos la descripción de la visita al templo de Luxor por parte de la británica Amelia B. Edward (1831-1892; Rees, 2000), presente en su afamado libro *A Thousand Miles up de Nile*, publicado en Londres en 1877:

Luxor es un pueblo grande habitado por una mezcla de árabes y coptos; (...) el templo ha formado el núcleo de la ciudad, cuya parte más antigua ha crecido dentro y alrededor de las ruinas. La entrada principal mira al norte hacia Karnak. Las torres gemelas del pilono deterioradas, con las cornisas caídas, y aprisionadas en escombros, son aún grandiosas. En el frente, y a cada lado de la puerta central, hay sentados dos colosos con corona, maltratados, sin cara y enterrados hasta la barbilla (...). A pocas yardas frente a ellos, se levanta un obelisco solitario, también medio enterrado. Los colosos son de granito negro; el obelisco es de granito rojo (...). Su compañero, ya deteriorándose imperceptiblemente bajo las influencias de un clima extraño, observa con indiferencia las pequeñas revoluciones y contrarrevoluciones de la Plaza de la Concorde (...). Tras esta entrada se extiende un intrincado laberinto de callejones y pasadizos ahumados y sucios. Chozas de adobe, palomares de adobe y una mezquita de adobe, están pegados como avisperos dentro y alrededor de las ruinas. Arquitrabes labrados con los títulos reales servían de apoyo a los tejados de escuálidas cabañas. Exquisitos capiteles asomaban por entre cobertizos en los que los búfalos, camellos, burros, perros y humanos convivían en insalubre hermandad. Los gallos cantaban, las gallinas cacareaban, las palomas se arrullaban, los pavos emitían su sonido característico, los niños enredaban, las mujeres cocían el pan y parloteaban, y toda esa rutina sórdida de la vida árabe tenía lugar entre caminos tortuosos que enmascaraban las columnatas y borraban las inscripciones de los faraones. Seguir el plano de esta parte del edificio era entonces imposible...¹⁸

Tal y como el director de la Academia de Bellas Artes de Roma, José Casado, indicara en sus informes, los investigadores españoles que visitaron Egipto en aquellas fechas, muy especialmente Ramiro Amador de los Ríos, merecen un gran reconocimiento, máxime cuando conocemos por la misma fuente que llevar a cabo su empresa no hubo de ser sencillo, dadas las privaciones derivadas de la exígua pensión que la Academia ofrecía a sus pensionados y de la realidad del Egipto de aquellos días.

Acerca de la aventura que Ramiro Amador de los Ríos realizó en la mágica tierra del Nilo, diríamos que fue una satisfactoria investigación que obtuvo muy alta calificación por la Academia de Bellas Artes de Roma. En aquella época, Egipto seguía atrayendo a la alta burguesía española. Algunos viajes se realizaron por placer o por motivos de trabajo que conllevaban la formación de colecciones de antigüedades, casi siempre de pequeños objetos,

¹⁸ Edwards, Amelia B., *Mil millas Nilo arriba* (traducción y prólogo de R. Pujol), Barcelona, Edición 2003, pp. 123-126.

que en ocasiones fueron vendidas o donadas al Museo Arqueológico Nacional, el cual fue incrementando así su colección egipcia.¹⁹

Las colecciones más significativas fueron la de Tomás Asensi, comprada por el Museo en 1876, la de Víctor Abargues, adquirida por el Museo en 1877 y la de Eduardo Toda y Güell, cónsul español en El Cairo entre 1884-1886, que llegó a formar una abundante e interesante colección de antigüedades egipcias, hoy repartidas entre la Biblioteca-Museo Víctor Balaguer de Vilanova i la Geltrú (Barcelona) y el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Desde su llegada a Egipto, Eduardo Toda y Güell estuvo en contacto con Gaston Maspero, sucesor de Auguste Mariette en el Servicio de Conservación de Antigüedades de Egipto. Toda y Güell se interesó por el conocimiento y el estudio del Antiguo Egipto y Nubia, y era amigo de Maspero, con quien frecuentaba El Círculo de Egiptólogos que residían en aquellos años en El Cairo y en Luxor. En enero de 1886, Eduardo Toda y Güell tomó parte en la expedición al Alto Egipto que todos los años emprendía el Servicio de Conservación de Antigüedades de Egipto, que recorrió las ruinas de Menfis, Saqqara, Asiut y Dendera, deteniéndose algunos días en Tebas, donde Toda llegó a verse involucrado en importantes trabajos arqueológicos, como la excavación de la tumba del noble Sennedyem, en Deir el Medina (Montero Blanco, 1990: 20), realizada bajo su supervisión en enero de 1886, mientras Maspero se ocupaba del desescombros del enorme templo de Luxor, abrumadora tarea que la escritora Amelia Edwards recordó en la edición de su libro *A Thousand Miles up the Nile* de 1891:

El profesor Maspero durante los dos últimos años de su cargo oficial (...) ha hecho por esta grandiosa reliquia de la época faraónica lo que su predecesor (Auguste Mariette) hizo por el más reciente templo de Edfú. Las dificultades de realización de esta gran empresa fueron tan desmesuradas que al principio parecieron insuperables. Primeramente los *fellahs* rehusaron vender sus casas; Mustafá Aga pidió el exorbitante precio de 3.000 libras por su residencia consular, construida entre las columnas de Horemheb, mirando al río; y no se pudo conseguir el permiso para derribar la mezquita del primer gran patio del templo a ningún precio. Tras doce meses de negociaciones, los *fellahs* fueron expropiados a un precio justo. (...) Alrededor de treinta familias aceptaron abandonar el lugar, aunque ocho o diez se resistían a marcharse a ningún precio. Los trabajos de demolición comenzaron en 1885. En 1886, las pocas familias que se aferraban al lugar, siguieron el ejemplo de las otras; y en el transcurso de la temporada se limpió el templo de lado a lado, quedando tan solo la antigua mezquita dentro del recinto, así como la casa de Mustafá Aga en el lateral del río. Siguió la dimisión del profesor Maspero en 1887, y desde entonces los trabajos fueron supervisados por su sucesor, M. Grébaud, consiguiendo que, en lugar de un sórdido laberinto abarrotado de chozas de adobe, patios, establos, pasadizos y montones de basura, apareciera un noble templo, solo superado por el de Karnak, de grandioso diseño y belleza de proporciones, que

¹⁹ Pons Mellado, E., *El redescubrimiento de Egipto por españoles: las primeras colecciones del Museo Arqueológico Nacional*, en Córdoba Zoilo, J. M.; Jiménez Zamudio, R. y Sevilla Cueva, C. (eds.), *El Redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto. Viajes, hallazgos e investigaciones* (Supplementa ad Isimu. Estudios Interdisciplinarios sobre Oriente Antiguo y Egipto, II Series: Acta et Symposia, vol. I), Madrid, 2001, pp. 295-307.

ahora ostenta sus avenidas de columnas y realza sus arquivadas labradas que surgen a lo largo de la orilla del Nilo.²⁰

Eduardo Toda y Güell siguió, sin duda, de cerca estos avances de la egiptología. Su interés en la disciplina le llevó a crear los llamados “Estudios Egiptológicos”, serie de publicaciones que recogió hasta tres monografías del citado autor. La intención de Eduardo Toda y Güell era crear en España una Escuela Egiptológica, pero aquella iniciativa no pasó de ser un interesante propósito que lamentablemente no llegó a materializarse. El interés por el Antiguo Egipto quedó también plasmado en la producción científica de otros estudiosos españoles, cuyas obras vieron la luz antes del siglo XX. La egiptología apasionaba en España tanto como en otros lugares de Europa o de América. Durante el siglo XIX, esta disciplina vivió en España una fase inicial en la que destaca el esfuerzo individualizado de algunas, muy pocas, personas y en la que las instituciones apenas participaron. Los logros de esta primera etapa, en la que se dieron los primeros pasos, fueron escasos. Sin embargo, aquellos primeros pasos y aquellos primeros logros fueron suficientemente significativos para mantener viva en España la inquietud por la egiptología, que a día de hoy no ha cesado y que avanza con firmeza.²¹

Es efectiva la imagen de Egipto en la literatura española del siglo XIX, y por lo tanto es evidente que hay ciertos vínculos histórico-culturales entre ambos países que se han ido quedando legiblemente plasmados a lo largo de los siglos. De este modo, los autores orientalistas españoles consideraron los temas históricos como una de sus principales fuentes de inspiración y de fascinación, intentando así brindar algún rasgo de interés que atendiese a ciertas circunstancias históricas relacionadas con el legendario Egipto; tales circunstancias se consideran cruciales en el largo camino de la permanente lucha de civilizaciones y, sin duda, uno de los acontecimientos considerado crucial, verdadero y significativo entre Oriente y Occidente fue la apertura del canal de Suez. Las relaciones hispano-egipcias desde 1850 hasta 1900 estaban regidas por dos aspectos esenciales: por una parte, su relación con el Califato Otomano, que sufría una aguda decadencia; por otra parte, España por esas fechas no vivía su mejor momento. Hablo en concreto del periodo que se inicia en el reinado de Isabel II (1833-1868) y los años de la crisis política y constitucional del reinado de Alfonso XIII (1886-1931).

Como Egipto estaba bajo el mando de la Sublime Puerta Otomana, esta era una obligación técnico-histórica que nos hace volver atrás la mirada y contemplar el panorama de las relaciones hispano-turcas durante la segunda mitad del siglo XIX.²² Sin embargo, según ha explicado el profesor García Gómez en uno de sus prólogos: “La crisis española

²⁰ Edwards, ob. cit., p. 128.

²¹ López Grande, María José, *El viaje a Egipto. Primeros viajeros españoles y primeras miradas de la investigación española hacia las tierras del Nilo*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004, pp. 89-101.

²² En 1898 España como Imperio se quedó podada y reducida a su vieja sede peninsular, más bien arrinconada y tranquila, y por este mismo motivo, el desastre producido fue ante todo espiritual y literario más que político. Pero la situación en el Imperio Otomano era muy distinta ya que sus enemigos no se conformaron tan solo con mutilarlo por fuera, sino que querían acabar con él, despedazarlo por dentro e incluso borrarlo del mapa; por eso, el revulsivo no podía ser literario, sino que más bien fue un desastre político-militar.

del siglo XIX y la “Cuestión de Oriente”, no pueden ser comparadas como si se tratara de dos situaciones análogas y rigurosamente simétricas.”²³

Con este fondo histórico, el tema de las relaciones culturales entre España y Egipto parece ser más diáfano en cuanto al período elegido, 1850-1900, ya que hay un postulado de fondo esencial en nuestro enfoque: el de que las relaciones culturales en épocas de crisis y decadencia de imperios (el imperio otomano musulmán y el imperio español) es un terreno fundamental para indagar en el tema de las percepciones nacionales y sociales recíprocas. Tanto la cuestión de Oriente como la decadencia del Imperio Otomano eran difícilmente contrarrestables y llamaron la atención de muchos estudiosos, hombres de literatura y orientalistas de apariencia diversa en todo el viejo continente, muy en particular desde que estalló la Guerra de Crimea (1853).

Partieron desde España en dirección hacia el Oriente Islámico muchos viajeros, misioneros, conferenciantes del Ateneo de Madrid y escritores que visitaron Egipto, además de otros fantasiosos que nunca estuvieron como José de Castro y Serrano, autor de *La novela del Egipto*. Todos ellos redactaron libros, ensayos, cuentos, novelas, impresiones y memorias que fueron impresas entre 1850-1914, y en las que el tema egipcio encontró un buen asiento y un mejor cultivo. De esta forma, se trataba de recuperar con gran rigor, la imagen española de Egipto en una época ingrata históricamente para ambas naciones del Mediterráneo, para los dos países-puente entre Oriente y Occidente: Egipto por su canal de Suez y España por ser considerada la llave de la gran puerta de Occidente; enlazándose eternamente Oriente y Occidente.

Sin ningún lugar a dudas, la ruptura del istmo de Suez marcó un antes y un después en las relaciones entre Oriente y Occidente y esta apertura del Canal tuvo grandes repercusiones a todos los niveles y muy especialmente a nivel socio-cultural, además de comercial. En la segunda mitad del siglo XIX, tomaron la iniciativa en el envío de expedicionarios asociaciones como la fundada para la *Exploración de África* y la *Sociedad Geográfica de Madrid*. Mientras, la apertura del canal de Suez²⁴ originó una furia literaria tanto en Europa como en el resto de las regiones del mundo. A pesar del impulso recibido por las asociaciones y los mecenas de cierta importancia, las expediciones científicas y arqueológicas españolas en la zona del Oriente Árabe (sobre todo en Egipto) fueron escasas si las consideramos en comparación con otros países europeos; esto se debe a que el número de españoles residentes en Oriente era mínimo.

A esta escasa participación en los hallazgos arqueológicos y misiones científicas se refiere Víctor Morales Lezcano en relación con los viajeros españoles que han recorrido el Oriente islámico:

²³ Garrigues, Emilio, “Un desliz diplomático. La paz hispano-turca”, *Revista de Occidente*, Madrid, 1962, prólogo de E. García Gómez, pp. XV-XVI.

²⁴ La apertura del canal de Suez fue un acontecimiento de suma importancia que tuvo memorables ecos en la imprenta a gran escala internacional. Véase Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez y excursión al mediodía de Italia*, Madrid, Imprenta de R. Labajos, 1870; véase también Litvak, Lily, *El Ajedrez de Estrellas. Crónicas de viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*, Valladolid, Editorial Verde Lis, 2013.

En lo concerniente al mundo otomano, árabe-musulmán y extremo oriental, la ciencia geográfica, la arqueología, los estudios filológicos y los inventarios de reconocimientos naturalistas generados por autores españoles en el terreno científico, estos imperios coloniales no dejaron de tener concomitancia con la densidad de sus “saberes orientales y africanos.

Viajeros. Ciertamente es que hubo viajeros españoles al Oriente musulmán a lo largo del siglo XIX. Somos de la opinión, sin embargo, que ni por la calidad de las firmas, ni por el mero número de aquellos que se inspiraron en el país, el paisaje, las costumbres y el arte de las latitudes visitadas, admiten comparación con la nómina de escritores turcomanos y orientalizantes que procedían de Alemania, Francia, Inglaterra e Italia.²⁵

La aportación científica española en este campo cayó en picado desde 1808.²⁶ Tampoco en las artes plásticas o en la pintura se logró fundar en España nada parecido a la Escuela de Pintura Orientalista Francesa que desde Delacroix (pasando por Fromentin y Gèrôme, Renoir y Matisse) hizo del sultán y del serrallo, de la odalisca y del cuerpo de jenízaros, del mercado de esclavas, de las ruinas (*caravan-serrallo*) y de los aspectos exóticos de la vida cotidiana en la medina, los zocos y el gran bazar, los *leit-motiv* de su iconografía.²⁷

Sin embargo, muchos son los viajeros españoles de distinción religiosa y literaria, que, a su vez, nos han dejado memoria de acontecimientos relevantes de la Cuestión de Oriente en el terreno de las descripciones etnográficas, costumbristas, antropológicas e incluso sociopolíticas, como es el caso del Padre Hugolino Masiá Lucas, misionero apostólico en Egipto entre 1853 y 1913 durante la invasión británica. Este religioso analizó la intervención militar de los ingleses en el país faraónico, denunciándola sin tapujos, como causa del endeudamiento del cuerpo social egipcio con el colonialismo europeo triunfante por aquellas fechas.²⁸ Además, estos viajeros encontraron inspiraciones en fascinantes ciudades del Oriente Árabe como El Cairo, Jerusalén y Damasco. Los grandes escritores egipcianistas supieron captar con su depurada prosa la atmósfera de su pasado y su presente, de su esplendor perdido, de la melancolía de sus barrios y de sus construcciones célebres. El Cairo, en especial, tuvo muchos antecedentes sobre la sensibilidad de viajeros e ingeniosos escritores, ya que la vida en esta ciudad tiene un especial encanto y una alegría sonora con sus multitudes risueñas, sus jardines floridos y sus paseos umbrosos.

Egipto se convirtió en el punto de mira para los escritores europeos que, en esencia, explorarán tres grandes líneas de investigación: ideológica, antropológica y descriptiva.

²⁵ Morales Lezcano, Víctor, *España y la Cuestión de Oriente*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1992, p. 94.

²⁶ España había iniciado ya su “tibetanización”, como la bautizó Ortega y Gasset. O sea, el fenómeno de repliegue hispano sobre sí mismo, de desconexión creciente con el progreso ambiental de la Europa más avanzada hacia 1800. La España, en síntesis, que nos narra José Blanco White en sus *Cartas* y que irá cayendo en picado política, militar, económica y culturalmente entre 1808-1898. La España “que desprecia cuanto ignora”. *Ibidem*, p. 112.

²⁷ Litvak, Lily, *El jardín de Aláh: temas de exotismo musulmán en España (1880-1913)*, ob. cit., en nota 72; véase también Litvak, Lily, *El sendero del tigre, Exotismo en la literatura española de finales del siglo XIX, 1880-1913*, Madrid, Taurus, 1986.

²⁸ Masiá Lucas, Hugolino, *Cartas sobre los sucesos acaecidos en Egipto durante el período de la última guerra*, Barcelona, Editorial Jesús, 1883, pp. 52-109 y 121-130.

Estas tres dimensiones son, precisamente, las que se desarrollan en *La novela del Egipto*, uno de los libros narrativos fundamentales que se han publicado hasta la fecha y que aborda la historia y la civilización del país del Nilo desde la época de los faraones hasta la apertura del canal de Suez el 17 de noviembre de 1869. *La novela del Egipto* no es solamente un texto narrativo, sino que debe ser considerada, además, como un documento único, tanto por la precisión de los datos que recoge como por la cantidad de información que aporta, sirviendo al mismo tiempo de guía fundamental para las generaciones venideras del egipcianismo español.

De esta manera, dentro del marco de la producción literaria europea, encontramos que todos estos autores orientalistas adoptan los temas históricos como principal fuente de inspiración; de hecho, hay una gran colección de obras literarias de carácter oriental y con temática principalmente egipcia escritas en castellano. Este signo demuestra, por tanto, que la temática egipcia llegó a su pleno auge en el último tercio del siglo XIX y que el trascendental egipcianismo es un fructífero campo literario e inagotable río de influencias interculturales, pues todos estos autores con sus escritos de temática oriental-egipcia intentaban brindar algún rasgo de interés público que atendiese a ciertas circunstancias históricas consideradas cruciales en las sucesivas oleadas de orientalismo y de mareas socioculturales entre Oriente y Occidente.

A lo largo del siglo XVIII, varios exploradores, viajeros y escritores europeos remontaron el Nilo hasta el Alto Egipto. Uno de los más destacados de aquella época fue el jesuita francés Claude Sicard (1677-1726), que en 1707 identificó por primera vez la antigua Tebas, “Luxor”, con sus principales centros religiosos. Trazó un mapa científico completo desde el Mediterráneo hasta Asuán, en donde determinó y localizó los monumentos más significativos²⁹. También el reverendo inglés Richard Pococke (1704-1765), a quien se atribuye la primera descripción moderna del Valle de los Reyes³⁰ acompañada de un plano detallado del mismo, aparecido en su libro *Observations on Egypt*, publicado en Londres en 1743³¹; por su parte, el escocés James Bruce siguió los pasos de Pococke, adentrándose en el Valle de los Reyes y visitando algunas tumbas reales que en su obra *Travels to Discover the Source of the Nile*, aparecida en Edimburgo en 1790, son descritas como «sepulcros magníficos y estupendos». Otro viajero inglés, Williams Georges Browne (1768-1813), visitó Egipto en 1792 y su obra, *Travels in Africa, Egypt and Syria*, nos ofrece los escasos datos que conocemos sobre el interés de los árabes por el Valle de los Reyes. Browne comenta que, en los treinta años previos a su visita, el hijo de un jeque había explorado aquel territorio en busca de tesoros.

Es importante recordar también en esta referencia a los ilustrados viajeros que visitaron Egipto, como el danés y capitán de la marina Frederick Ludwig Norden (1708-1742), quien llevó a cabo largas exploraciones, adentrándose en las tierras de Nubia. Sus

²⁹ Romer, J., *Los últimos secretos del Valle de los Reyes. Una singular aventura arqueológica*, Barcelona, s. i., 1985, pp. 39-40.

³⁰ *Ibidem*, pp. 40-41.

³¹ Reeves, N., & Wilkinson, R. H., *Todo sobre el Valle de los Reyes. Tumbas y tesoros de los principales faraones de Egipto*, Barcelona, s. i., 1999, pp. 52-53.

viajes quedaron plasmados en su obra *Travels*, bellamente ilustrada y publicada por vez primera en 1751, en la que da a conocer en Europa los monumentos faraónicos. La sociedad europea recibía con mucho agrado los relatos de los protagonistas de aquellos viajes y exploraciones, publicados en grandes libros ilustrados que recogían toda la experiencia y conocimientos derivados de su aventura. Aquellas obras eran ventanas abiertas hacia los fabulosos lugares visitados, extraordinarias formas de difusión que inspiraron en muchos de sus lectores el ansia de viajar y de conocer de primera mano las maravillas que en los libros estaban descritas. La publicación de aquellas obras suponía un gran beneficio tanto para el autor como para el editor y, asimismo, con las ilustraciones que realizaban los propios autores o escritores que publicaban para ese fin, emprendían mediante ellas y sus textos el anhelado viaje en el alma de los ciudadanos europeos.

A finales del siglo XVIII (desde junio de 1798 a septiembre de 1801), tuvo lugar la expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto, lo que significó el comienzo de los primeros estudios sistemáticos de los monumentos de Egipto y la publicación de una obra formidable, la *Description de l'Égypte*, una extraordinaria enciclopedia sobre el país egipcio, sus gentes, su geografía, su flora, su fauna, su geología y todos los monumentos antiguos y medievales visibles en aquella época, que fueron convenientemente medidos y dibujados por una cohorte de sabios que Bonaparte llevó consigo junto a sus soldados a las orillas del Nilo.³² Los minuciosos estudios realizados durante la Campaña Napoleónica habían sido dados a conocer mediante la divulgación de los exploradores con la finalidad de recuperar a los sabios dispersos por toda la región; estos tenían que incorporarse a las columnas militares hubieran o no terminado el trabajo emprendido. La expedición reunió unas tres mil ilustraciones que fueron la base de los diversos volúmenes de una gran Enciclopedia, la *Description de l'Égypte*, que costó veinte años de trabajo editorial y una suma impresionante a la tesorería francesa, primero bajo Napoleón y más tarde bajo la dinastía restaurada de los Borbones.

La expedición francesa fue una fuente directa para la llegada a Europa de antigüedades egipcias desde su procedencia original en las tierras del Nilo. Muchos objetos antiguos egipcios llegaron a Francia, pero los quince monumentos más importantes que los franceses habían consignado como propiedad científica de la expedición fueron desviados a Londres en virtud del artículo XVI del Tratado de Alejandría;³³ entre ellos estaba la Piedra de Rosetta³⁴, monumento que iba a ser una pieza inestimable en el desciframiento de la escritura jeroglífica egipcia, labor que, emprendida por diversos sabios, fue brillantemente culminada en 1822 por Jean François Champollion (1790-1832).

³² López Grande, María José, *Aventureros, sabios y arqueólogos a la orilla del Nilo. El redescubrimiento del antiguo Egipto*, Madrid, Sociedad Geográfica Española, 2002, pp. 68-70.

³³ López Grande, María José, *Configuración y exhibición de la colección de antigüedades egipcias del Museo Británico. Los primeros años: 1756-1924*, Madrid, Editor Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Historia Antigua, Centro Superior de Estudios de Asiriología y Egiptología, 2001, p. 279.

³⁴ Clayton, Peter A, *The Rediscovery of Ancient Egypt. Artist and Travellers in the 19th Century*, London, Published by Thames & Hudson, 1984, p. 26.

De la misma manera, cuando la Ilustración iluminó el paisaje intelectual europeo, la cultura árabe parecía adormecida hasta la llegada de los franceses a Egipto. Y decimos *parecía*, con la cautela que impone nuestra misma puesta en guardia ya enunciada respecto a los peligros de toda generalización abusiva y, por tanto, empobrecedora desde el punto de vista intelectual.

Enfocando bien la luz para ver con mejor claridad el estado de la cuestión que estamos investigando, se ve, por una parte, la cultura francesa que acompañaba a los soldados de Napoleón en su Expedición Egipcia y, de otro lado, una cultura árabe en gran medida anquilosada. Sin embargo, no hay que suponer que el encuentro de ambas culturas fuera un suceso con resultados espectaculares y de amplios alcances a todos los niveles; lo cierto es que solamente un pequeño grupo de ilustrados árabes en Alejandría y unos pocos ulemas de la prestigiosa mezquita de Al Azhar supieron ver lo que estaba sucediendo, como lo atestigua el relato de uno de esos intelectuales árabes, el jeque Al Yabarti, y los propósitos del erudito Azhari Hasan Al Attar, cuya intención renovadora se cumplirá en su discípulo Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī (1801-1873).

El grupo de sabios y científicos que Napoleón llevó a Egipto, además de dedicarse a la explotación de la herencia faraónica con grandes resultados, como muestran los avances en el desciframiento de las escrituras jeroglíficas realizados por Champollion, mostró a los asombrados egipcios de todas las clases sociales que pudieron acceder a sus demostraciones, los descubrimientos relativos a la electricidad natural, la mineralogía y la química en sus elementos primeros, derivados de los descubrimientos que en estos campos habían hecho los franceses en el siglo XVIII. Es esa modernidad, además de la guillotina, la que los franceses presentan a los árabes de forma directa. Otra, tal vez de mayor alcance pero menos espectacular, fue la utilización de la imprenta como medio rápido para difundir pasquines y boletines de noticias relativas a la ocupación francesa entre los súbditos del Imperio Otomano que, en ese momento, eran los egipcios.

La labor de recopilación de informaciones sobre el pasado faraónico del país del Nilo, llevada a cabo con notable celo y brillantez por el numerosísimo equipo de científicos que acompañaba la expedición napoleónica, así como la creación de un efímero Institut d'Égypte y la publicación de la que sigue siendo una obra cumbre del Viaje a Egipto y de la egiptología, la *Description de l'Égypte* (1809), mostraban el nuevo ímpetu que en el siglo XIX iba a recibir el interés por un país que se había acabado integrando, tal vez a su pesar, en el ámbito de intereses de las potencias occidentales. El eco de esa expedición, además de en los monumentales volúmenes de la *Descripción de Egipto*, puede observarse en los numerosísimos testimonios contemporáneos, cuidadosamente recogidos en un libro reciente por Philippe de Meulenaere.³⁵

De esta forma, la campaña francesa en Egipto ayudó a abrir las vías de comunicación entre Oriente y Occidente y favoreció la activación del movimiento de orientalización

³⁵ Meulenaere, Philippe de, *Bibliographie raisonnée des témoignages oculaires imprimés de l'expédition d'Égypte*, París, s. i., 1993.

europeo en todos los ámbitos a lo largo del siglo XIX. De dicha participación cabe mencionar los siguientes hechos:

1. El valor artístico, científico y cultural de Egipto atrajo la atención de las sociedades europeas. Aumentó el interés de los artistas y de los escritores orientalistas gracias a la reacción de la parte egipcia después de la publicación de la obra que describía Egipto, y por el activo papel informativo que jugó Occidente a favor de la expansión de la cultura orientalista en Europa.

2. La presencia de la expedición francesa en Egipto ayudó a que llegaran una gran cantidad de alumnos egipcios a diversas partes de Europa hasta la aparición de la etapa de la invasión británica en 1882. Por otro lado, las ventajas que se les brindaban a los orientalistas influyeron en que estos decidieran instalarse en Egipto.

3. La campaña francesa fue la base para la construcción de los organismos científicos, administrativos y tecnológicos en el ámbito de la investigación científica sobre los restos arqueológicos y el entorno urbano y ambiental egipcio. Su método fue imitado por los demás orientalismos, incluso después de finalizada la expedición francesa. Y, por otro lado, persistieron las investigaciones en los centros orientalistas de la sociedad francesa, que continuaron de la misma manera en la mayor parte de los países europeos de la época.

Tras la campaña de Napoleón, Egipto empieza a recibir la visita constante de curiosos y de estudiosos que, al tiempo que contribuirán al nacimiento y a los primeros pasos de la egiptología científica, también serán responsables (no siempre conscientes) de la apropiación de Egipto por parte de Europa. Quien posiblemente mejor ha contribuido a definir esa apropiación ha sido Edward Said en varios de sus trabajos pero, sobre todo, en su libro *Orientalismo*, que se ha convertido en una de las bases de los estudios poscoloniales, en cuanto que ya allí se analizaban críticamente los mecanismos de producción y diseminación del conocimiento generado por Occidente. Tanto Edward Said como la pléyade de autores que han seguido matizando su postura suelen estar de acuerdo en que en esa apropiación subyace un fortísimo componente de dominio, de deseo colonialista, de ansias de aprehender esa realidad ajena para integrarla en el propio dominio mental e intelectual y, en último término, justificar el imperialismo de las grandes potencias que durante el siglo XIX desarrollaron una política expansionista desconocida hasta entonces y que solo ha remitido (al menos en teoría) durante los procesos de descolonización sucesivos al final de la Segunda Guerra Mundial. Ese discurso orientalista "es un estilo occidental que pretende dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente, puesto que se halla construido no sobre la experiencia de Oriente, sino sobre el prejuicio.

La visita francesa de 1798 tendrá, en 1826, su cumplida respuesta cuando una misión de estudiantes turcos y egipcios integrada por oficiales de los ejércitos del jedive Mohamed Alí llega a París para aprender en las academias militares francesas y, de ese modo, contribuir a la modernización del ejército egipcio o, como hemos dicho, tomar como ejemplo la modernidad de las tácticas militares europeas y ponerlas en práctica en los regimientos árabes. Este será el gran momento del citado Rifā'a Al-Ṭahṭawī, pues él será

quien, por consejo del también mencionado Hasan El Attar, tendrá la misión de velar por la buena conducta de los estudiantes árabes en la capital de Francia, estudiantes que no solo eran egipcios, sino también turcos, como correspondía a una región nominalmente ubicada bajo la obediencia a la Sublime Puerta.

Por consejo también de Hasan El Attar, Rifā‘a Al-Ṭahṭāwī dedicará su estancia en París a la recopilación del material intelectual susceptible de aportar algo novedoso a la cultura anquilosada de su medio cultural árabe. Así, y a través de lo que el propio escritor refleja en su relato del viaje, titulado *El oro puro para descubrir París*, se nos demuestra que en la capital francesa el escritor árabe lee los tratados de Derecho Natural, la filosofía de la Ilustración, y los combina con sus experiencias en los teatros, los cafés, la prensa diaria y el trato, aunque distante y precavido, con las mujeres francesas.

En el libro, publicado en El Cairo con notable éxito y no poco rechazo por parte de los medios más conservadores de Al Azhar, aparecen reflexiones tomadas de sucesos históricos decisivos relacionados con la historia francesa, como fue la revolución de 1830 de cuyas luchas callejeras fueron testigos los estudiantes árabes. Precisamente, en este mismo año los mismos tuvieron noticia, por la citada prensa diaria parisina, de la entrada de las tropas galas en Argel, con lo que daba comienzo la etapa de la colonización europea primero en el imperio otomano, y, más tarde, en el mundo árabe e islámico. En referencia a este dato debemos señalar esencialmente ese pionero y tímido acceso a la “modernidad” occidental por parte de los árabes, que aparece sustancialmente minado por uno de los residuos más evidentes de la misma: el hecho colonial que, a la postre, para los árabes es y será el lema que rotula lo moderno de un Occidente ambicioso con las materias primas como el hierro, el algodón o el petróleo, que anuncian una invasión eminentemente económica que trasciende la geografía arábigo-islámica para llegar a implantarse en todo el continente africano, la India y Extremo Oriente.

A mediados del siglo XIX, concretamente en vísperas de la apertura del canal de Suez, España aspiraba a mantener estrechas relaciones con Egipto, basadas principalmente en fines exploratorios, científicos, culturales, y sobre todo, objetivos comerciales y económicos, ya que en aquel entonces Egipto representaba el acceso a las rutas de las especias, extensión y difusión del cristianismo, hegemonía política, etc.

Uno de los más celebres egipcios del siglo XIX sin duda fue Rifā‘a Al-Ṭahṭāwī, hombre singular, porque sus tareas tuvieron grandes repercusiones dentro de la sociedad egipcia de aquel entonces y sus aportaciones renacentistas oscilaban entre la aceptación y el rechazo social. Precisamente, en ese tiempo, tanto en Egipto como en Siria se anunciaba una nueva etapa de su historia denominada como “*Nahda*”, una palabra árabe que significa renacimiento.

Los rasgos de esa “*Nahda*” difieren en lo que respecta a ambos países pero, generalmente, pueden resumirse en un afán de apertura a Occidente que se manifiesta en la aceptación de lo que aporta al desarrollo cultural y científico y del rechazo a lo nocivo que este mismo desarrollo pueda contener. Así pues, no hay que olvidar que ese despertar fue un

fruto inmediato de las aportaciones de Rifā'a Al-Ṭahṭāwī, hombre considerado como un elemento motivador e impulsor a nivel intrínseco dentro de la propia cultura arábigo-islámica, ya que gracias a él y a otros renacentistas de su tiempo se produjo una modernidad intelectual relevante. En pocas palabras, los árabes no descubrían nada nuevo en la cultura europea hasta que estos vinieron a suscitar un impulso adormecido pero genuino y profundamente arraigado en la historia de la cultura arábigo-islámica. Este impulso, en árabe, se define por los términos “tachdid”, que significa renovación, “islah”, que puede explicarse como reforma útil, y muy esencialmente el llamado “ihyá”, que es una vivificación, de profunda raigambre islámica cuyo sentido y alcance fueron expuestos originariamente por el gran filósofo y sabio Al-Gazzali (muerto en el año 1111, cuando en su libro *Vivificación de las Ciencias Religiosas* sentó las bases de una fecunda vía media entre las posturas estrictamente racionalistas y las escuetamente tradicionalistas o fideístas que se manifestaban como antagónicas en su tiempo).

Entre estos intentos de vivificar desde dentro mediante las fuerzas intelectuales y religiosas cabe destacar la gran figura islámica de Ibn Taimiyyah, cuya bandera intelectual islámica fue la que moverá al imán Mohamed Abduh, muerto en el año 1905, para llevar a cabo una de las más decisivas aportaciones a la puesta al día de la cultura árabe en todas sus dimensiones en el siglo XIX, en el seno de un Egipto bajo la ocupación inglesa. En medio de esto, el esfuerzo renovador de Mohamed Abduh se mueve entre dos extremos antagónicos frente a renovación interna y genuina, con el consiguiente dilema intelectual de optar por la integración y la asimilación de formas de vida del colonizador que no rompan con la estabilidad permanente e inmutable de una cultura, la islámica, que no solamente fue predecesora de la europea en cosmovisiones científicas, sino que en los tiempos del reformador egipcio podría haber resultado pernicioso. De hecho, el imán Mohamed Abduh fue quien forjó los cimientos del pensamiento egipcio modernista a finales del siglo XIX.³⁶

Mohamed Abduh llegó a ver realizados sus propósitos modernizadores en la obra de su más destacado discípulo, Qâsim Amîn, fallecido en 1908, cuyos escritos definen un tipo especial de modernista arábigo-egipcio con sus limitaciones y logros.³⁷

³⁶ Las ideas del imán Mohamad Abduh provocaron muchas polémicas en el siglo XIX y asimismo tuvieron grandes ecos en el siglo XX que fueron adoptadas por muchos pensadores egipcios y árabes, pues entre ellos se destacan dos grandes figuras: Salama Musa, quien introdujo las ideas del socialismo teórico en Egipto en 1922, y Ahmed Lutfi El Sayed, quien trató de recuperar la herencia cultural griega mediante la actualización de las traducciones de Platón y Aristóteles. Los tres pensadores forman un paradigma de lo que podría dar de sí la modernidad del pensamiento árabe en cada uno de sus ámbitos: Abduh será el prototipo del jeque erudito en ciencias islámicas y practicante, en su juventud, de la vía sufí, que por primera vez acierta a ver la posibilidad de armonizar Occidente con el mundo islámico junto a los proyectos panarabistas de su compañero Yamāl al-Dīn Al-Afgani, muerto en el año 1897.

³⁷ Qâsim Amîn es uno de los más famosos pensadores del siglo XIX: invitó a la liberación de la mujer árabe de la ignorancia y del retraso y se considera como un líder del reformismo social de la época del Renacimiento Árabe del siglo XIX. Qâsim Amîn nació el 1 de diciembre de 1863 de padre turco y madre egipcia del alto Egipto. En el año 1881 se licenció en Derecho en la Escuela Superior de Derecho y Administración de El Cairo, trabajó poco tiempo como abogado, luego viajó a Francia en una estancia científica para completar sus estudios en la Universidad de Montpellier y volvió a Egipto en 1885; se adentró en la vía judicial y en junio de 1882 fue nombrado juez en el Juzgado de Recursos. Luego fue nombrado Consejero Judicial cuando solo tenía veintiún años, siendo el Consejero Judicial más joven de su tiempo. Qâsim Amîn ha sido uno de

Desde el resurgimiento del islam, Egipto fue visitado y frecuentado por muchos peregrinos que, desde Occidente, especialmente desde Al-Ándalus, viajaban a La Meca. Algunos de aquellos viajeros dejaron en sus escritos comentarios anecdóticos, pero para ellos las antigüedades no representaban un especial interés, ni las ruinas faraónicas ni las obras arquitectónicas, ni las pirámides gigantescas que podían ver a su paso por las tierras del Nilo. El florecimiento del orientalismo español tardó hasta la llegada del siglo XVIII, es decir, a partir del reinado de Carlos III, ya que el monarca quiso fomentar e implantar los estudios del arabismo en España a base de una ideología político-cultural importada de Francia; su afán científico-cultural le hizo importar no solamente los conocimientos desde fuera, sino que incluso promocionó a las personas, dado que en España no había ningún especialista en este campo del arabismo. Carlos III fomentó los estudios árabes mediante una subida de sueldo a los funcionarios que conocían el idioma árabe, considerándolo mérito fundamental para el ascenso, pero el principal factor que verdaderamente ayudó al resurgimiento del arabismo español fue la disminución de la censura y del poder de la Inquisición. Pero el conflicto del arabismo en España no se resolvió definitivamente hasta bien entrado el siglo XIX a manos del considerado fundador del moderno arabismo español, el bibliófilo y erudito Pascual de Gayangos. Gayangos se formó esencialmente en las escuelas del orientalismo de París y de Londres, y cuando regresó a España desempeñó la reciente cátedra de Lengua Árabe en la Universidad de Madrid en el año 1843. Por ello, fue la figura del erudito Pascual de Gayangos la que marcará el comienzo de la escuela de los arabistas españoles del siglo XIX, dándole un carácter de honradez científico-cultural, la credibilidad y el calor humano necesarios. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en épocas anteriores los intelectuales tanto europeos como españoles se limitaron a estudiar el islam, estimando que lo primordial era el análisis del componente religioso: el mundo árabe, su historia y su cultura eran considerados únicamente como enemigos potenciales para Occidente.³⁸

Desde siempre la imagen del Oriente ha estado muy viva en la memoria de Occidente, sobre todo a principios del siglo XIX, como una tendencia general de los viajeros y escritores europeos que sintieron un especial interés hacia el Oriente Árabe, entre los

huéspedes de la tertulia cultural de la Princesa Naslî, que acogía una selección de hombres cultos y políticos egipcios; en aquella época consolidó sus opiniones hacia la idea del desarrollo del pueblo egipcio mediante la liberación de la mujer. Qâsim Amîn comenzó su campaña escribiendo varios artículos sin firma en un famoso periódico; publicó su primer libro, titulado *Los Egipcios*, publicó su famoso libro *La liberación de la mujer* en el año 1899, libro que desató unas oleadas de iras y agudas críticas en la mayoría de los medios de la sociedad egipcia, y en el siguiente año de 1900 publicó Qâsim Amîn el segundo, *La nueva mujer*. Además, ha sido de los primeros que llamaron a la creación de la Universidad Egipcia. Qâsim Amîn se casó en 1884 con la hija del almirante turco Amîn Tâfeek y tuvo dos hijas Zainab y Guilsen. En octubre de 1906 fue secretario de la célebre reunión que se convocó en casa de Saad Zâaglul. Qâsim Amîn formuló su famosa declaración dirigida a la Nación invitando a la contribución de todos en la creación de la Universidad Pública Egipcia (La Universidad de El Cairo); luego asumió el cargo de la Presidencia de la Comisión después de que Saad Zâaglul fuera nombrado Ministro de Conocimientos, y el 15 de abril de 1908 falleció.

³⁸ Lafuente, Modesto, en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia en el año 1853, decía: “nos lo presentaron por espacio de siglos nuestros antiguos cronistas e historiadores como un pueblo inculto, bárbaro y grosero, mirándolo y haciéndolo mirar solo por el prisma de la religión”, en *Discursos leídos en la sesión pública de la Real Academia de la Historia en la recepción de Don Modesto Lafuente*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1853, p. 9.

cuales destacaremos a Richard Burton, nacido en Torquay (Devonshire) en 1821 y fallecido en 1890. Explorador inglés de Arabia y África, orientalista y lingüista, Burton formó parte del Ejército Indio-Británico en 1842 y era un buen conocedor de las costumbres y de la lengua árabe, lo que le permitió, bajo el disfraz de “jeque afgano”, peregrinar a La Meca, experiencia que quedó reflejada en *Personal Narrative of Pilgrimage to Al-Medinah & Meca* (1855-1856). En 1854, dirigió una expedición al Este de África penetrando hasta Harar, la “ciudad prohibida” y escribió un libro bajo el título de *First Footsteps in East Africana or An Exploration of Harar* (1856). Poco después, junto a Speke, buscó unos lagos que creía que existían en el este de África; en este sentido, el descubrimiento más notable fue el lago Tanganika y las orillas Sur del lago Victoria, buscando el nacimiento del Nilo, lo que le llevó a polemizar con Speke, quien creía que habían encontrado el nacimiento del mítico río y que publicó diversas obras sobre esta expedición. Entre ellas, podemos destacar *Lake Regions of Ecuatorial Africa* (1860). Asimismo, tradujo *Las mil y una noches* (1885-1888), en donde nos demuestra un profundo conocimiento de la cultura islámica. Entre los más importantes libros que escribió Richard Burton citamos *Peregrinación a la Meca*³⁹, y *Los grandes Lagos de África: viaje de exploración en el África Oriental*.⁴⁰

El vizconde de Chateaubriand, François-René (1768-1848), llevado por su espíritu aventurero, marchó a Norteamérica en 1791 con la intención de descubrir el “paso del Noroeste” entre el Atlántico y el Pacífico. Al estallar la Revolución en Francia, se alistó con los emigrados realistas. Adoptó, políticamente hablando, una postura intermedia entre la Revolución y la monarquía. Escribió obras de viajes entre las que destacan *L’Itinéraire de Jérusalem á Paris* debido, tal vez, a su condición de embajador de Inglaterra y de Ministro de Asuntos Exteriores entre 1832 y 1834. No obstante, debemos señalar en su producción alguno de los siguientes títulos: *Minerva: nueva descripción de Tierra Santa, formada según el itinerario del viaje ejecutado en el año 1806 por J. A. de Chateaubriand*⁴¹ y la *Nueva descripción de Tierra Santa, formada según el itinerario del viaje ejecutado en el año 1806 por J. A. Chateaubriand de París a Jerusalem y de Jerusalem a París, yendo por Grecia y volviendo por Egipto, Berberia y España*.⁴²

George Moritz Ebers, escritor alemán que nació en Berlín en 1837 y murió en 1898, se dedicó a la literatura egipcia, primero en la Universidad de Jena y después en Leipzig. Visitó Egipto entre 1869-1872, descubriendo el papiro que lleva su nombre. Paralelamente, enseñó egiptología en Leipzig desde 1870 a 1889 y escribió numerosas novelas, muchas de las cuales se desarrollaban en Egipto. Una de sus obras traducida al español es *Egipto*.⁴³

³⁹ Burton, Richard, *Peregrinación a la Meca*, Traducción de Esteban Hernández y Fernández, Madrid, 2 vols., Biblioteca madrileña, 1874, pp. 15-16.

⁴⁰ Burton, Richard, *Los grandes Lagos de África: viaje de exploración en el África Oriental*, Traducción de Esteban Hernández y Fernández, Madrid, Biblioteca madrileña, 1874, 2 volúmenes, pp. 121-122.

⁴¹ Olivé, Pedro María de, *Minerva: nueva descripción de Tierra Santa*, Madrid, Imprenta de Núñez, 1817, p. 417.

⁴² Olivé, Pedro María de, *Minerva: nueva descripción de Tierra Santa*, 2ª ed., Madrid, Imprenta de Núñez, 1828, 2 vols.

⁴³ Moritz Ebers, George, *Egipto*, una obra traducida del alemán por Antonio Bergnes de las Casas, revisada y corregida por Cayetano Vidal Valenciano, Barcelona, Espasa y Cía, 1882, 2 vols.

De igual forma, este gran escritor alemán publicó una serie de artículos sobre Egipto bajo el título de “Egipto en imagen y en palabra”.⁴⁴

Por otro lado, E. V. Gonzenbach escribió un libro titulado *Viaje por el Nilo. Grabados intercalados en el texto dibujados por R. Mainella*.⁴⁵

Continuando con nuestro repaso, Antoine de Latour, nacido en Saint-Isséix en 1808 y fallecido en 1881, fue preceptor del duque de Monpensier en 1832 y nombrado Secretario en 1843. Publicó las siguientes obras: *Rélation du voyage en Orient du duc de Monpensier* (1847) y numerosos estudios sobre folclore, tradiciones y cultura española, tales como *L’Espagne contemporaine* (1864), *Études sur L’Espagne*. Entre los libros de Antoine de Latour que se escribieron sobre Oriente y que se tradujeron al español, mencionamos *Viaje de S. A. R. Serenísimo duque de Monpensier a Túnez, Egipto, Turquía y Grecia*.⁴⁶

Alphonse Marie-Louis de Prat de Lamartine nació en Mácon (Borgoña) en 1790 y murió en 1869. Fue nombrado por Talleyrand secretario de la Embajada francesa en Nápoles y Florencia después ocupó un puesto en la Cámara (1833-1840) como diputado independiente. Publicó *Histoire des Girondins* (1847) y se convirtió en uno de los inspiradores de la Revolución de 1848. Se retiró de la política al sucumbir la III República con el golpe de estado de Luis Napoleón. Escribió tanto prosa como poesía, destacando *Les Nouvelles méditations, Les harmonies poétiques et religieuses* o *Recueils poétiques*. En relación a las obras de nuestro interés, Alphonse Marie-Louis de Prat de Lamartine fue autor de *Viaje a Oriente*⁴⁷ y *Viaje a Palestina*.⁴⁸

John Hanning Speke nació en 1827 y murió al disparársele el arma que estaba limpiando en 1864. Fue oficial del Ejército Británico en la India, así como el descubridor del lago Victoria y del nacimiento del Nilo. Viajó con R. Burton, primero a Somalia y después al África Oriental. En 1858 descubrieron el lago Tanganika, y ese mismo año en la expedición de Burton encontraron el mayor lago de África y principal fuente del Nilo. Empezó una expedición con Grant y, a petición de la Sociedad Geográfica para confirmar dicha teoría, alcanzaron el nacimiento del Nilo en 1862, habiendo pasado varios años en el reino de Buganda. Publicó algunos libros sobre sus expediciones como *What led to the Discovery of source of the Nilo* (1864). Entre los libros que escribió Speke sobre el Nilo y que han sido traducidos al español destacamos los siguientes títulos: *Las fuentes del Nilo*,

⁴⁴ Moritz Ebers, George, *El Mundo Ilustrado: biblioteca de las familias: historia, viajes, ciencia, artes y literatura*, Traducido del alemán por Antonio Bergnes de las Casas, Barcelona, T. 1, 1879.

⁴⁵ Gonzenbach, E. V., *Viaje por el Nilo. Grabados intercalados en el texto dibujados por R. Mainella*, Traducido por D. C. Wellenkamp, Barcelona, Montaner y Simón, 1890, p. 332.

⁴⁶ Latour, Antoine de, *Viaje de S. A. R. Serenísimo duque de Monpensier a Túnez, Egipto, Turquía y Grecia*, Cartas traducidas por Pedro L. A. Dupoy, Sevilla, El independiente, 1849, V, p. 261.

⁴⁷ Prat de Lamartine, Alphonse Marie-Louis de, *Viaje a Oriente*, Traducido al castellano por Alfredo A. Camas, Córdoba, Moguer y Marté, 1840, I Volumen.

⁴⁸ Prat de Lamartine, Alphonse Marie-Louis de, *Viaje a Palestina*, Valencia: J. M. Cervera, 1844, 4 volúmenes.

*exploración del África Oriental*⁴⁹ y *Las fuentes del Nilo, viaje de los capitanes Speke y Grant de Zanzíbar a Alejandría*.⁵⁰

Henry M. Stanley nació en Denbigh, Gales, en 1841 y murió en 1904. Adquirió la nacionalidad estadounidense y luchó en la guerra civil, primero en el ejército Confederado y después en el de La Unión. Fue enviado como periodista del *New York Herald* en 1868 a la campaña de Abisinia y en 1871 a buscar a David Livingstone; el encuentro con el explorador inglés lo describe en *Cómo encontré a Livingstone* (1872). Regresó a África en 1874 para circunnavegar el lago Tanganika y confirmó con ello que Speke tenía razón con la hipótesis de que el nacimiento del Nilo estaba en aquel lago. Descendió por el río Congo, demostrando que era el mismo que el Lualaba. Viajó desde Zanzíbar al lago Alberto para rescatar a Emin Bajá; a su regreso descubrió las montañas Ruwenzori. Uno de los más importantes libros que escribió Stanley sobre Oriente y que ha sido traducido al español es *En el África tenebrosa: historia de la expedición emprendida en busca y auxilio de Emin gobernador de la provincia ecuatorial Egipcia*.⁵¹ Entre las publicaciones periódicas de Stanley destacamos “El Continente misterioso”.⁵²

El peregrinaje de viajeros españoles al Oriente Árabe, al Creciente Fértil, a Jerusalén y a Egipto fue un hito característico del siglo XIX que continuó como una tradición heredada de los siglos XVII y XVIII. Así que no faltaron nunca religiosos españoles que siguieron, como en el pasado, viajando por el Oriente Islámico. Tal es el caso de Fray Vicente Cuesta, quien viajó en 1870, al igual que otros visitantes que realizaron la misma ruta pasando por las ciudades del Mediterráneo Oriental y haciendo escalas en Alejandría, Haifa, Smirna⁵³, que eran de carácter turístico. Abundantes en aquel entonces eran los viajeros españoles que pasaron por el Oriente Islámico. Si bien no tuvieron una difusión social establecida, sí adquirieron, en cambio, un enorme valor y un interés descriptivo innegable. Todo esto fue aplicable para la mayor parte de los escritores españoles y occidentales, ya que muchos de ellos hicieron de la cuenca del Mediterráneo Oriental una Meca de sus aspiraciones y de su romanticismo orientalizado. En este sentido, es conveniente referir que existen dos categorías de viajeros por el Oriente Árabe: 1) la de aquellos viajeros que cuentan con el respaldo de alguna asociación científica o cultural con el fin de llevar a cabo una serie de estudios y la recopilación de un material determinado y 2) la de viajeros y escritores difícilmente clasificables, que recurren o residen en estos exóticos lugares durante períodos más o menos largos.

⁴⁹ Hanning Speke, John, *Las fuentes del Nilo*, Diario del viaje extractado y traducido por E. H. F., Madrid, Murcia y Martí, Imperenta de la Galería Literaria, 2 vols, Biblioteca Madrileña, 1875, pp. 127-128.

⁵⁰ Hanning Speke, John, *Viaje de los capitanes Speke y Grant de Zanzíbar a Alejandría*, Valencia, s. i., 1876, p. 222.

⁵¹ Stanley, Enrique M, *En el África tenebrosa: historia de la expedición emprendida en busca y auxilio de Emin gobernador de la provincia ecuatorial Egipcia*, Traducido por José Coroleu, Barcelona, Espasa y Cía, 1891, 2 h., XX, p. 840.

⁵² Stanley, Enrique M, “El Continente misterioso”, Traducido del inglés por Mariano Blanch. *El Mundo Ilustrado: biblioteca de las familias: historia, viajes, ciencias, artes, literatura*, Barcelona, T. 1, 1879.

⁵³ Cuesta, Vicente, *Viaje a Tierra Santa*, s. i., 1870, pp. 23-41.

Como fruto de ello, se elaboraron crónicas, cuentos, relatos y distintos géneros literarios. Los líderes de este campo eran los religiosos cristianos, los curiosos viajeros y los visitantes de los Lugares Santos tanto del islam como del cristianismo en el Oriente Árabe. Pero no todos los viajeros occidentales que pasaron por el Oriente Árabe en general y por Egipto en particular eran escritores de inspiración refinada, de pluma fácil e inteligente, de erudición sólida y de pincelada suelta, sino que hubo mucho amaneramiento a la postre y se inventaron muchos tópicos. No obstante, hubo viajeros de una significativa calidad literaria que, a su vez, recorrieron numerosos países del Oriente Próximo y que contribuyeron muy positivamente al enriquecimiento del acervo de la literatura orientalista española. A estos efectos, debemos resaltar la figura de Vicente Blasco Ibáñez, que fue el novelista que comulgó con la trivialización progresiva del género orientalista. Sin embargo, con sus escritos de carácter populista elevó mucho el nivel de la literatura de viajes inspirada en el mundo islámico.

España nunca fue ajena a la fascinación por la civilización de Egipto, y desde los primeros años del siglo XIX existieron muchos viajeros y escritores españoles que recorrieron el Oriente Próximo y Egipto. Entre ellos, destacaremos los nombres que a continuación se detallan. Uno de ellos fue considerado el pionero viajero español hacia Oriente y es el barcelonés Domingo Badía y Lebllich. Badía y Lebllich nació en Barcelona el 1 de abril de 1767 y murió envenenado en agosto de 1818. Se disfrazó y viajó por todo Oriente y el mundo árabe, incluso entró en la Meca, El Cairo, Damasco, Jerusalén..., etc. Escribió un libro titulado *Alí Bey por África y Asia durante los años 1803-1807*.⁵⁴ I vol: *Viaje por todo Marruecos*. Vol. II: *Viaje por Trípoli, Chipre, Nicosia... Peregrinación a la Meca*. Vol. III: *Dieda, Suez, El Cairo, Damasco, Jerusalén*. Domingo Badía y Lebllich es más conocido como Alí Bey El Abbasí, uno de los primeros viajeros occidentales del siglo XIX que recorrió el mundo árabe-musulmán haciéndose pasar por un rico Príncipe Abbasí de Damasco; visitó Egipto además de Marruecos, Trípoli, Grecia, Chipre, La Meca, Palestina, Siria y Turquía. Sus intereses eran de carácter político y científico; era un hombre ilustrado, seguidor de la Revolución Francesa, informador de Manuel de Godoy y partidario de la España de José Bonaparte, por lo que, a la caída de este, hubo de exiliarse a Francia, donde en 1814 publicó el relato de sus viajes.⁵⁵

La obra de Domingo Badía está llena de los detalles políticos de su momento y de datos científicos, pero además ofrece interesantes descripciones de antigüedades de Alejandría y de la zona de Giza que el autor visitó desde El Cairo para poder contemplar las grandes pirámides y la esfinge. A pesar de su interés por aquellos antiguos monumentos, Badía relata que no pudo llegar hasta ellos, pues en sus inmediaciones habitaban forajidos peligrosos, pero los contempló ayudándose de instrumentos como el “telescopio acromático” y el “anteojo militar Dollond” que, en 1806, fecha de su visita a Egipto, eran sin duda sofisticados⁵⁶. Ofrece la descripción de las grandes pirámides, a las que considera “enormes

⁵⁴ Badía y Lebllich, Domingo, *Alí Bey por África y Asia durante los años 1803-1807*, Valencia, Imprenta José Ferrer de Orga, 3º volúmenes, 1836.

⁵⁵ Badía y Lebllich, Domingo, *Viajes de Alí Bey el Abbasí*, Madrid, Editorial Compañía Literaria, 1996.

⁵⁶ López Grande, María José, *Relatos y estampas de los viajeros del siglo XIX*, Madrid, Platea, 2004, pp. 80-81

colosos levantados por la mano del hombre” y anota sus reflexiones sobre sus dimensiones y sobre la cronología admitida en su momento para aquellas grandes construcciones, demostrando en sus comentarios conocer bien el relato de Heródoto.

Francisco Fereire Barreiro nació en Fachal o en Vilasantar de La Coruña en 1817 y murió en Santiago de Compostela en 1886. Era catedrático de Anatomía y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Santiago. En relación a la temática orientalista, escribió algunos libros titulados *Santiago, Jerusalén, Roma: diario de una peregrinación a estos y otros Santos Lugares de España o Francia, Egipto, Palestina, Siria e Italia en el año del jubileo de 1875*.⁵⁷

José Heriberto García de Quevedo nació en Coro (Venezuela) en 1819, pasó a Puerto Rico (donde se educó) a los seis años, y después viajó a Francia y España. Se instaló finalmente en Francia, pero viajó por muchos países. Era un gran partidario de la causa de la reina Isabel y sirvió en la Guardia Real. Debido a su puesto como diplomático español, se le nombró Ministro plenipotenciario en el Imperio de la China y en el reino de Annam, donde firmó el tratado de amistad y navegación entre España y Japón (Kanagwa, noviembre 1868). En su vida privada tuvo distintos lances de honor y en 1855 se batió con Alarcón, entonces redactor de *El Látigo*. Poseía conocimiento de varias lenguas extranjeras. Murió en una barricada en los días de “la Commune” de París el 6 de junio de 1871. José Heriberto García de Quevedo publicó sobre Egipto los siguientes artículos periodísticos: “El Cairo”,⁵⁸ “Las Pirámides”,⁵⁹ “Recuerdos de viaje”⁶⁰ y “Viaje desde Alejandría (Bajo Egipto) hasta las Pirámides de Djeesa por Roseta”.⁶¹

Antonio Bernal de O'Reilly nació en Madrid en 1819 y murió en San Sebastián en 1897. Entre las obras que escribió destaca *Viaje a Oriente. En Egipto*.⁶² Dentro de sus publicaciones periódicas cabe señalar Crítica: “Viaje a Oriente”, en *La Época*, Madrid, 23 de abril de 1876, y también en *La Época*, Madrid, 12 de junio de 1876.

Francisco Sepúlveda y Ramos, nacido en Salamanca en 1819, cursó Derecho en la Universidad de su ciudad natal y luego siguió la carrera de las armas. Profesor en Zaragoza, en donde comenzó a colaborar en *El Eco de Aragón*, tuvo importantes puestos en la Compañía Transatlántica, en la Compañía General de Tabacos de Filipinas o en el Banco Hispano Colonial. Sobresale desde el punto de vista literario por las narraciones de viajes sobre Egipto, Indostán, China y Filipinas, recogidas en los semanarios de *La Época*, como

⁵⁷ Fereire Barreiro, Francisco, *Egipto*, libro escrito en colaboración con José María Fernández Sánchez, Santiago, Seminario Conciliar, 1880-1882, 3 volúmenes, p. 774.

⁵⁸ García de Quevedo, José Heriberto, “El Cairo”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, (1848), pp. 178-180.

⁵⁹ García de Quevedo, José Heriberto, “Las Pirámides”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, (1848), pp. 202-203.

⁶⁰ García de Quevedo, José Heriberto, “Recuerdos de viaje”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, (1848), pp. 220-222 y 228-230.

⁶¹ García de Quevedo, José Heriberto, “Viaje desde Alejandría (Bajo Egipto) hasta las Pirámides de Djeesa por Roseta”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, (1848), pp. 147-148.

⁶² Bernal de O'Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, Prólogo de Mesonero Romanos, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Imprenta de J. M. Pérez, 1 volumen, 1876.

El Museo de las Familias, El semanario Pintoresco. Una de sus publicaciones periódicas más relevantes fue: “El Cairo”.⁶³

Eduardo Saavedra nació en Tarragona el 27 de febrero de 1829 y murió el 12 de marzo de 1912. En 1847 obtuvo el título de gerente de lengua árabe, en 1851 terminó la carrera de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos y en 1870 la de Arquitecto; al mismo tiempo cursaba otros estudios privados y oficiales para ampliar sus conocimientos científicos y literarios. Ingeniero de la provincia de Soria e Ingeniero Jefe de Ferrocarriles del Noroeste y profesor de la Escuela de Ingenieros, fue también Consejero de Instrucción Pública y Senador, así como Director General de Agricultura, Industria y Comercio o presidente de “La Sociedad Geográfica de Madrid” y formó parte de la comisión de la Real Academia de Historia encargada de realizar la bibliografía colombina y de los Centros comerciales hispano-marroquíes. Asimismo, ocupó el cargo de director de la Real Academia de la Historia. Entre sus publicaciones periódicas encontramos “Viajes. Las fiestas de inundación en Egipto” (como resultado de su expedición a Egipto, Saavedra escribió un notable libro titulado *El Nilo*); así, la Academia consiguió dar a conocer como primicia a sus lectores una de las más bellas páginas de esta obra destinada a llamar significativamente su atención.⁶⁴

Juan Facundo Riaño y Montero nació en Granada en 1829 y murió en Madrid en 1901. Estudió en las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras de Granada y de Madrid; fue catedrático de Lengua Árabe, y estudió bajo la dirección de Pascual de Gayangos en la Universidad de Granada. En 1863 obtuvo, mediante oposición, la cátedra de Historia del Arte en la Escuela Diplomática establecida en Madrid, cargo que desempeñó hasta 1888, cuando se le nombró consejero de Estado y Ministro de lo Contencioso. Simultáneamente, ejerció de Director General de Instrucción Pública desde 1881 a 1883. Quizá sea uno de los mejores arqueólogos españoles del siglo XIX. Alguna de sus publicaciones periódicas de tema egipcianista es “Apuntes sobre Egipto”.⁶⁵

Adolfo Rivadeneyra nació en Santiago de Chile el 10 de abril de 1841 y murió en Madrid el 5 de febrero de 1882. A los siete años vino a España, estudió en Madrid y amplió sus estudios en Francia, Bélgica y Alemania. Todavía preparándose para la carrera de Ingeniero de la que desistió, ingresó a los veinte años en el cuerpo consular, siendo nombrado intérprete y agregado de la embajada en Beirut, donde aprendió árabe. En 1886 pasó a Jerusalén como cónsul interino y al año siguiente fue nombrado vicecónsul en Ceilán. En 1869 viajó a Egipto para asistir a la inauguración del canal de Suez. El gobierno le mandó en 1873 a Teherán y allí desempeñó los consulados de Singapur y de Mogador. En 1880 habló sobre “La Sociedad Geográfica de Madrid” en “El Congreso de Exploradores de África”, celebrado en Lisboa. Entre los libros que escribió Adolfo Rivadeneyra se cuentan

⁶³ Sepúlveda y Ramos, Francisco, “El Cairo”, *El Museo de las Familias*, Madrid, T. 8, (1850), p. 252.

⁶⁴ Saavedra, Eduardo, “Viajes. Las fiestas de inundación en Egipto”, *La academia: semanario ilustrado universal*, Madrid, T. 2, número 6, agosto de (1877), pp. 83-86.

⁶⁵ Riaño y Montero, Juan Facundo, “Apuntes sobre Egipto”, *La Revista de España*, Madrid, T. 14 de junio de (1870), p. 390.

los siguientes títulos: *Viaje de Ceylán a Damasco, Golfo Pérsico, Mesopotamia, ruinas de Babilonia, Nínive y Palmira y cartas sobre la Siria y la Isla de Ceylán*⁶⁶ y *Viaje al interior de Persia*.⁶⁷ Entre sus publicaciones periódicas mencionamos: *Beirut y Damasco*,⁶⁸ *Un viaje por Siria*,⁶⁹ *La Mezquita de Hebrón*,⁷⁰ *Viaje de Ceylán a Damasco*,⁷¹ en la revista *Cronicón científico popular: revista para todos de novedades y progresos científicos e industriales, notables, que ofrecen universal interés e importancia*,⁷² *Viaje al interior de Persia*.⁷³

Juan Víctor Abargués de Sostén nació en Valencia en el año 1845 y murió en 1920. Se dirigió en 1879 a Etiopía y Egipto remontando el río Nilo en una expedición patrocinada por “La Asociación Española para la Exploración del África”.

Andrés Gregorio y Espala escribió una novela titulada *Del Manzanares al Nilo y al Jordán*.⁷⁴

Vicente Moreno de la Tejera nació en Madrid en febrero de 1848 y murió en diciembre de 1909. Entre sus obras subrayamos los siguientes títulos: *Diario de un viaje a Oriente: Argel, Nápoles, Pompeya y el Vesubio, Sicilia, Grecia, el Archipiélago, Turquía y Egipto: viaje verificado a borde de la fragata de guerra Arapiles*.⁷⁵

Joaquín J. Navarro escribió un libro titulado: *Paseo de la fragata Berenguela por el canal de Suez*.⁷⁶

Eduardo Toda y Güell nació en Reus en 1852, si bien se trasladó a Madrid, donde estudió la carrera diplomática. Fue destinado a China, país en el que permaneció desde 1875 a 1883. A su regreso a España visitó el Japón, Corea y algunas islas de Oceanía. Después marchó a Egipto y atravesó en una caravana de beduinos el desierto desde Nubia hasta la segunda catarata del Nilo. Como consecuencia de sus viajes, en Barcelona organizó distintas exposiciones con los objetos que trajo. La más importante fue la realizada por la “Associació

⁶⁶ Rivadeneyra, Adolfo, *Cartas sobre la Siria y la Isla de Ceylán*, Madrid, Imprenta M. Rivadeneyra, IX, 1871, p. 398.

⁶⁷ Rivadeneyra, Adolfo, *Viaje al interior de Persia*, Madrid, Aribau y Cía, 1880, 3 vols.

⁶⁸ Rivadeneyra, Adolfo, “Beirut y Damasco”, *La Época*, Madrid, 25 de agosto de (1865).

⁶⁹ Rivadeneyra, Adolfo, “Un viaje por Siria”, *La Época*, Madrid, 4 de marzo de (1865).

⁷⁰ Rivadeneyra, Adolfo, “La Mezquita de Hebrón”, *La Esperanza*, Madrid, 16 de diciembre de (1867).

⁷¹ Rivadeneyra, Adolfo, “Viaje de Ceylán a Damasco”, reseña crítica por Francisco M. Tubito, *La Ilustración de Madrid*, Madrid, Año 2, número 40, agosto de (1871), pp. 251-253.

⁷² Rivadeneyra, Adolfo, *Revista Cronicón científico popular: revista para todos de novedades y progresos científicos e industriales, notables, que ofrecen universal interés e importancia*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, (1872), pp. 444-445.

⁷³ Rivadeneyra, Adolfo, “Viaje al interior de Persia”, *La Correspondencia de España*, Madrid, 9-31 de julio de (1882); 1-31 de agosto de (1882); 1-31 de septiembre de (1882); 1-31 de octubre de (1882); 1-30 de noviembre de (1882); 1-31 de diciembre de (1882); 1-20 febrero de (1883).

⁷⁴ Gregorio y Espala, Andrés, *Del Manzanares al Nilo y al Jordán*, Madrid, s. i., 1870, p. 140.

⁷⁵ Moreno de la Tejera, Vicente, *Diario de un viaje a Oriente: Argel, Nápoles, Pompeya y el Vesubio, Sicilia, Grecia, el Archipiélago, Turquía y Egipto: viaje verificado a borde de la fragata de guerra Arapiles*, Madrid, Imprenta Manuel Martínez, 1877, p. 274.

⁷⁶ Navarro, Joaquín J., *Paseo de la fragata Berenguela por el canal de Suez*, Madrid, s. i., 1870.

d'Excursions Científiques de Barcelona” y la “Lliga de Catalunya”, mostrando documentos inéditos sobre el viajero español Domingo Badía Leblich (Alí Bey). Como bibliógrafo, ganó el premio de la Biblioteca Nacional en 1887 con su obra *Bibliografía española de Cerdeña*; publicó en 5 volúmenes *La bibliografía española de Italia* (1927-1931). A principios del siglo XX, Eduardo Toda y Güell dejó su carrera diplomática para desempeñar un importante cargo en “La Sociedad Comercial Sota, Aznar y Cía”, establecida en Inglaterra. Murió en 1941. Escribió muchos libros sobre Egipto, tal es el caso de *A través de Egipto*.⁷⁷ Entre las publicaciones periódicas de Eduardo Toda y Güell se citan los siguientes: “Lo Califa Hakin: (Egipto)”,⁷⁸ “La fiesta de Mahmal: (Egipto)”,⁷⁹ “La felahina: (Egipto)”,⁸⁰ “El Sr. Toda en Egipto”,⁸¹ “Excursiones por el Bajo Egipto”,⁸² “A través del Rif”,⁸³ “Españoles en Egipto”,⁸⁴ “A través de Egipto”,⁸⁵ “La vida en el celeste imperio”.⁸⁶

Laureano del Busto y García Rivero (Gijón, hacia 1870-Barcelona, 1914) era militar y siguió su carrera en el Cuerpo de Caballería. Heredero de una cuantiosa fortuna, se retiró de la vida militar y se dedicó a viajar por países exóticos y remotos, de los que escribió sus impresiones en libros de viajes. De entre ellos destacamos: *Notas de un viaje por Egipto, Palestina, Libia, Turquía, Hungría-Austria*.⁸⁷

Hugolino Masiá y Lucas escribió los siguientes libros: *Los ritos orientales*,⁸⁸ una colección de cartas sobre los ritos que se profesan en Oriente seguida de un itinerario para el viaje a Jerusalén. *Cartas sobre los sucesos acaecidos en Egipto durante el periodo de la última guerra*.⁸⁹ Entre las publicaciones periódicas del Padre Hugolino Masiá y Lucas

⁷⁷ Toda y Güell, Eduardo, *A través de Egipto*, Madrid, Ilustraciones de José Riudavets, El Progreso, (1889), XI, 470 págs.

⁷⁸ Toda y Güell, Eduardo, “Lo Califa Hakin: (Egipto)”, *Ilustració catalana*, Barcelona, número 114, julio de (1884), pp. 195-202.

⁷⁹ Toda y Güell, Eduardo, “La fiesta de Mahmal: (Egipto)”, *Ilustració catalana*, Barcelona, número 119, septiembre de (1884), pp. 282-283.

⁸⁰ Toda y Güell, Eduardo, “La felahina: (Egipto)”, *Ilustració catalana*, Barcelona, número 125, diciembre de (1884), pp. 371-374.

⁸¹ Toda y Güell, Eduardo, “El Sr. Toda en Egipto”, *Revista de Geografía Comercial*, Madrid, número 25-30, julio-septiembre de (1886), págs. 78-81.

⁸² Toda y Güell, Eduardo, “Excursiones por el Bajo Egipto”, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, Madrid, Año 11, t. 21, número 3, septiembre de (1886), pp. 237-245.

⁸³ Toda y Güell, Eduardo, “A través del Rif”, *Revista de Geografía Comercial*, Madrid, número 31, enero de (1887), pp. 127-128.

⁸⁴ Toda y Güell, Eduardo, “Españoles en Egipto”, *Revista de Geografía Comercial*, Madrid, número 35, abril de (1887), pp. 246-247.

⁸⁵ Toda y Güell, Eduardo, “A través de Egipto”, *El Imparcial*, Madrid, 12 de agosto de (1889).

⁸⁶ Toda y Güell, Eduardo, “La vida en el celeste imperio”, *La Época*, Madrid, 15 de abril de (1892).

⁸⁷ Busto y García-Rivero, Laureano del, *Notas de un viaje por Egipto, Palestina, Libia, Turquía, Hungría-Austria*, Gijón, 1898, tipo. A. Blanco, 146 págs.

⁸⁸ Masiá y Lucas, Hugolino, *Los ritos orientales*, Madrid, s. i., 1883, VII, 352 págs.

⁸⁹ Masiá y Lucas, Hugolino, *Cartas sobre los sucesos acaecidos en Egipto durante el periodo de la última guerra*, Barcelona, Imprenta de Jaime Jesús, 1883, 230 págs.

encontramos cartas: “Egipto”⁹⁰, “Los ritos orientales”⁹¹, “Los ritos orientales”⁹², “La guerra de Egipto”⁹³.

Nemesio Artola fue corresponsal de *La Iberia* en Egipto, publicó una *Historia Antigua y Contemporánea del canal de Suez*⁹⁴, “Correspondencia de Egipto”⁹⁵ y “Cartas de Egipto”⁹⁶.

Por su parte, Lázaro Bardón y Gómez era Catedrático de Lengua Griega y Rector de la Universidad de Madrid en 1868. Uno de sus más destacados libros fue *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*.⁹⁷

Rafael García López, entre cuyas publicaciones periódicas se destaca “Egipto, recuerdo de un viaje por este país, guiado por un anciano turco”.⁹⁸

Marcos Laguna escribió un libro titulado *Viaje de los señores duques de Madrid á Egipto y Palestina*.⁹⁹

Por otro lado, Domingo Ortiz de Zárate fue autor de *Viaje por el istmo de Suez desde China a Europa*.¹⁰⁰

Narciso Pérez Reoyo nació en Burgos, se doctoró en Medicina y fue inspector de Sanidad Marítima. Murió en La Coruña el 18 de julio de 1892. De entre su producción literaria, cabe señalar *Viaje a Egipto, Palestina y otros países de Oriente*.¹⁰¹ Además, publicó una reseña a “Viaje a Egipto, Palestina y otros países de Oriente”.¹⁰²

Eusebio de Santos y Atauri, en su *Diario de viaje*, fue el primero que describió el viaje por el istmo de Suez. Murió en Madrid el 21 de enero de 1855. Entre los libros que escribió Eusebio Santos y Atauri destaca *Diario del viaje desde Madrid a Manila en las*

⁹⁰ Masiá y Lucas, Hugolino, “Egipto”, *La Iberia*, Madrid, 5 de agosto de (1882).

⁹¹ Masiá y Lucas, Hugolino, “Los ritos orientales”, *La Iberia*, Madrid, 20 de noviembre de (1883).

⁹² Masiá y Lucas, Hugolino, “Los ritos orientales”, *El Siglo Futuro*, Madrid, 2 de enero de (1884).

⁹³ Masiá y Lucas, Hugolino, “La guerra de Egipto”, *El Siglo Futuro*, Madrid, 2 de enero de (1884).

⁹⁴ Artola Erroizenea, Nemesio, *Historia Antigua y Contemporánea del canal de Suez*, Madrid, s. i., 1886.

⁹⁵ Artola Erroizenea, Nemesio, “Correspondencia de Egipto”, *La Iberia*, Madrid, 17 de febrero de (1882), 20 de marzo de (1882), 11 de abril de (1882), 19 de mayo de (1882).

⁹⁶ Artola Erroizenea, Nemesio, “Cartas de Egipto”, *La Iberia*, Madrid, 16, 21 de junio de (1882).

⁹⁷ Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit., 224 págs.

⁹⁸ García López, Rafael, “Egipto, recuerdo de un viaje por este país, guiado por un anciano turco”, *La España*, Madrid, 30 de junio de (1860).

⁹⁹ Laguna, Marcos, *Viaje de los señores duques de Madrid a Egipto y Palestina*, Madrid, Imprenta Vda. de Minuesa y Ríos, 1895, 187 págs.

¹⁰⁰ Ortiz de Zárate, Domingo, *Viaje por el istmo de Suez desde China a Europa*, Manila, Colegio de Santo Tomás, 1848, 123 págs.

¹⁰¹ Pérez Reoyo, Narciso, *Viaje a Egipto, Palestina y otros países de Oriente*, Lugo, Imprenta de Soto Freire, 1882-1883, 3 vols. Grab. y map.

¹⁰² Pérez Reoyo, Narciso, “Viaje a Egipto, Palestina y otros países de Oriente”, *La Época*, Madrid, 14 de abril de 1884.

*islas Filipinas por la vía del istmo de Suez que de orden del gobierno de S. M. hizo a principios de 1844.*¹⁰³

Manuel Scheidnagel, escritor nacido en Mallorca, era Teniente Coronel de Infantería. Colaboró en *La Ilustración del Oriente*, donde se publicaron por primera vez sus *Paseos por el mundo*. Fundador y director de *La España Oriental*, publicó allí su libro de viajes *Paseos por el mundo*¹⁰⁴ y escribió otro libro titulado *Aquende y allende de Suez*.¹⁰⁵

Pedro Sousa, entre cuyos libros destaca *Siete años en África: aventuras de un renegado... en Marruecos, Argelia, el Sahara, Nubia, Abisinia*.¹⁰⁶

José Álvarez Pérez, diplomático, estuvo destinado en el Norte de África, concretamente en Marruecos y Túnez, por lo que escribió *Las cacerías en Marruecos: aventuras auténticas de un español*.¹⁰⁷ Entre sus obras encontramos también *El país del misterio*.¹⁰⁸

Fernando Amor y Mayor nació en Madrid el 24 de marzo de 1822 y murió en San Francisco (California) el 21 de octubre de 1863. Viajó por Marruecos y escribió un libro titulado *Recuerdos de un viaje a Marruecos*.¹⁰⁹

Baltasar de Bacardi y de Janer nació en Barcelona el 22 de mayo de 1814 y murió el 22 de enero de 1888. En vida publicó una relación de sus viajes, en la que daba noticias detalladas y veraces tanto sobre costumbres como sobre los monumentos de los países que visitó. A estos efectos, es el autor de *Itinerario del viaje verificado al Oriente en 1869*¹¹⁰ y de *Viajes desde el año 1830 a 1887*.¹¹¹

Manuel Torrijos cultivó el género de la novela histórica, en el que alcanzó algún éxito con *La justicia del rey don Pedro* (1858). Como historiador, destacó con *Historia de Marruecos* (1860) y realizó una *Guía del bañista para 1865* (1865). Él mismo murió en los baños de Paracuellos en agosto de 1865. Uno de los más destacados libros de Manuel

¹⁰³Santos y Atauri, Eusebio, *Diario del viaje desde Madrid a Manila en las islas Filipinas por la vía del istmo de Suez que de orden del gobierno de S. M. hizo a principios de 1844*, Madrid, Imprenta Memorial de Ingenieros, XVIII, 1851, 112 págs.

¹⁰⁴Scheidnagel, Manuel, *Paseos por el mundo*, segunda edición, Corr. y Aum., Manila, Chfre y Cía, 1888, 300 págs.

¹⁰⁵Scheidnagel, Manuel, *Aquende y allende de Suez*, con un prólogo de Juan Puerta y Vizcaíno, Madrid, Ramón Angulo, ca. 1890, VIII, 174 págs.

¹⁰⁶Sousa, Pedro, *Siete años en África: aventuras de un renegado... en Marruecos, Argelia, el Sahara, Nubia, Abisinia*, Madrid, Cuesta, s. a.

¹⁰⁷Álvarez Pérez, José, *Las cacerías en Marruecos: aventuras auténticas de un español*, Madrid, s. i., 1870.

¹⁰⁸Álvarez Pérez, José, *El país del misterio*, Madrid, s. i., 1875.

¹⁰⁹Amor y Mayor, Fernando, *Recuerdos de un viaje a Marruecos*, Sevilla, s. i., 1859.

¹¹⁰Bacardi y de Janer, Baltasar de, *Itinerario del viaje verificado al Oriente en 1869*, Barcelona, Narciso Ramírez y Cía, 1870, 58 págs.

¹¹¹Bacardi y de Janer, Baltasar de, *Viajes desde el año 1830 a 1887*, Barcelona, s. i., 1870-1887, 845 págs.

Torrijos es *El imperio de Marruecos, su historia, geografía, topografía, estadística, religión, costumbres, arte*.¹¹²

Francisco de Asís Urrastarezu, profesor de idiomas, escribió y publicó un ensayo etnográfico titulado *Los árabes* (1880). No obstante, el libro más importante de Francisco de Asís Urrastarezu sería *Viajes por Marruecos: descripción geográfica é histórica, usos y costumbres, vida pública y privada, religión, ceremonias... de las diferentes razas o familias que pueblan el imperio. Conocido en el país por Taleb Sidi-Abel-el-Kader-Ben-Edchilali*.¹¹³

Francisco García Ayuso nació en Valverde del Camino (Segovia) en 1835 y murió en 1897. Estudió humanidades en Segovia y en 1859 pasó a Tánger y Tetuán, donde aprendió las lenguas hebrea y árabe. A su regreso a España, entró en el Seminario de Ávila y en 1868 se trasladó a Múnich, donde completó sus conocimientos filológicos, llegando a conocer el siríaco, etíope, turco, arábigo, persa, sánscrito y zendá. A partir de 1870 se dedicó a la enseñanza particular, pero pronto fue nombrado profesor auxiliar en la Universidad, donde obtuvo por oposición la cátedra de alemán. En 1893 ingresó en la Real Academia Española de la Lengua. Fue quizá uno de los mejores filólogos y orientalistas españoles del siglo XIX, así como un destacado propagador y traductor de los libros de viajes extranjeros por África y Oriente. Destacamos la relación y la versión de las memorias del explorador escocés David Livingstone. Entre los libros que escribió Francisco García Ayuso, enumeramos los siguientes títulos: *Viajes de Livingstone al África Central desde 1840 a 1873*,¹¹⁴ *Los descubrimientos geográficos modernos en África y en el Polo Norte*¹¹⁵, *Viajes de Match y Baines al África del Sur: redactados con sujeción a las memorias y relaciones del mismo doctor*¹¹⁶, *Viajes de Schweinfurth al África Central: redactados con sujeción a las memorias y relaciones del mismo doctor*.¹¹⁷ Entre sus publicaciones periódicas citamos: “Los descubrimientos geográficos modernos”¹¹⁸, “Viajes de Livingstone al África Central”¹¹⁹,

¹¹²Torrijos, Manuel, *El imperio de Marruecos, su historia, geografía, topografía, estadística, religión, costumbres, arte*, Madrid, Biblioteca de la Ilustración Universal, 1859, 295 págs.

¹¹³Asís Urrastarezu, Francisco de, *Viajes por Marruecos: descripción geográfica e histórica, usos y costumbres, vida pública y privada, religión, ceremonias... de las diferentes razas o familias que pueblan el imperio. Conocido en el país por Taleb Sidi-Abel-el-Kader-Ben-Edchilali*, Madrid, R. Labajos, 18??, 252 págs.

¹¹⁴García Ayuso, Francisco, *Viajes de Livingstone al África Central desde 1840 a 1873*, Madrid, 1876, Imprenta de F. Maroto e Hijos, 72 págs.

¹¹⁵García Ayuso, Francisco, *Los descubrimientos geográficos modernos en África y en el Polo Norte*, Madrid, s. i., 1977, 3 cuad.

¹¹⁶García Ayuso, Francisco, *Viajes de Match y Baines al África del Sur: redactados con sujeción a las memorias y relaciones del mismo doctor*, Madrid, Imprenta de F. Maroto e Hijos, 1877, 255 págs.

¹¹⁷García Ayuso, Francisco, *Viajes de Schweinfurth al África Central: redactados con sujeción a las memorias y relaciones del mismo doctor*, Madrid, París, Maisonneuve, Imprenta de F. Maroto e Hijos, 1877, 255 págs.

¹¹⁸García Ayuso, Francisco, “Los descubrimientos geográficos modernos”, *El Siglo Futuro*, Madrid, (5, 6, 13, 23, 24, 27, 31 de agosto de 1895); (3, 4, 7, 9, 10, 11, 13, 15, 17, 18, 20, 24, 27, 29 de septiembre de 1895); (1, 4, 6, 11, 14, 16, 19, 21, 22, 23, 26 de octubre de 1895); (6, 11, 18, 19, 26 de noviembre de 1895).

¹¹⁹García Ayuso, Francisco, “Viajes de Livingstone al África Central”, *El Imparcial*, Madrid, 17 de enero de (1876).

“Relato de Rofs de Trípoli a Lagos a través del desierto de Sahara”¹²⁰, “Viajes de Schweinfurth al África Central” y “Viajes de Match y Baines al África del Sur”.¹²¹

Eugenio de Ochoa nació en Lezo (Guipúzcoa) el 19 de abril de 1815 y murió el 28 de febrero de 1872. Tradujo al castellano algunas novelas de Víctor Hugo y *El viaje a Oriente* de Lamartine.

También existen otros viajeros y escritores españoles que pasaron por Oriente y entre los que destacamos a los siguientes: José Aguirre Mاتيول, nacido en Valencia en 1842 y fallecido en 1920, viajó por Oriente y Túnez y escribió *De Sagunto a Cartago o impresiones de un viaje a la corte de Túnez*.¹²²

Pedro Antonio de Alarcón y Ariza nació en Granada el 10 de marzo de 1833, viajó por Marruecos y escribió *Diario de un testigo de la guerra de África*.¹²³

Alermón y Dorreguiz cuenta en su producción con *Descripción del Imperio de Marruecos*,¹²⁴ obra en la que se trata principalmente el tema de las instituciones, usos y costumbres de sus habitantes, así como la topografía del país.

En último lugar, hallamos a Juan Álvarez Guerra con *Viajes por Oriente: de Manila a Tayabas*.¹²⁵

En resumidas palabras, aunque la participación española no fue ni mucho menos tan importante como la francesa y la inglesa, hay un extraordinario aumento del interés de España por Oriente y por Egipto que realizaron viajeros, diplomáticos, escritores y estudiosos.

¹²⁰ García Ayuso, Francisco, “Relato de Rofs de Trípoli a Lagos a través del desierto de Sahara”, *La Iberia*, Madrid, 16 de febrero de (1878).

¹²¹ García Ayuso, Francisco, “Viajes de Schweinfurth al África Central” y “Viajes de Match y Baines al África del Sur”, *La Época*, Madrid, 24 febrero de (1893).

¹²² Aguirre Mاتيول, José, *De Sagunto a Cartago o impresiones de un viaje a la corte de Túnez*, Valencia, Imprenta José Doménech, 1866, 136 págs.

¹²³ Alarcón y Ariza, Pedro Antonio de, *Diario de un testigo de la guerra de África*, Madrid, s. i., 1859.

¹²⁴ Alermón y Dorreguiz, *Descripción del Imperio de Marruecos*, Madrid, s. i., 1859.

¹²⁵ Álvarez Guerra, Juan, *Viajes por Oriente: de Manila a Tayabas*, Manila, s. i., 1877.

II.2 ORIENTALISMO Y EGIPCIANISMO

En este apartado intentaremos aportar nuestro granito de arena para ayudar a completar, en la medida de nuestras modestas posibilidades, esa laguna en lo que respecta a la historia del orientalismo. *Orientalismo* y *egipcianismo* son dos palabras muy reveladoras, ya que tratan de realizar un inventario de las huellas que han ido dejando en la cultura, cuya dominación ha sido un factor muy poderoso en la vida de todos los orientales. La verdad es que existen muchos estereotipos cuando los temas tratados tienen algo que ver con el islam o los musulmanes y todo ello aparece en varios textos de una forma prístina y sencilla; así que no hay misterio en ello, porque el orientalismo y el egipcianismo se tratan como una elaboración consciente y continuada que obedece a los intereses del poder dominante en cada momento; siempre se entremezclan cultura y poder invadiéndose mutuamente, haciendo muchas veces difícil la lectura de sus respectivos intereses. A causa del orientalismo, Oriente no es un territorio sobre el que pueda tenerse libertad de pensamiento, puesto que se nos da ya definido, acotado de una forma cerrada y acabada. La relación entre Oriente y Occidente es una relación de poder, en la que el primero se subordina al segundo, emitiendo la noción colectiva que define el "nosotros" contra todos aquellos "orientales".

Es digno señalar que la filología, la historia, la lexicografía, la teoría política, la antropología social y la economía se pusieron al servicio de una visión del mundo tan imperialista como la que propone el orientalismo. ¿Cómo se reproduce esa visión y se amolda a las diferentes épocas? ¿Cómo puede estudiarse el fenómeno orientalista, como obra humana voluntaria en toda su complejidad, sin dejar de tener en cuenta las concomitancias entre la cultura, el estado, las tendencias políticas y la realidad concreta de la dominación?

Los orientalistas, con sus estudios, contribuyen a convertir a Oriente en algo distinto de lo que es en realidad, es decir, lo interpretan en su propio beneficio. Su visión del mundo y su cultura, a las que consideran superiores por definición, añaden siempre la idea de que todo ello beneficia a los propios orientales, incapaces como son de llevar a cabo una tarea de esas características. Sus escritores construyen una base cerrada del sistema orientalista porque los eruditos occidentales no realizan estudios con el ánimo de conocer "al otro", sino que actúan con una intención preestablecida en un intento de afirmar sus propias visiones con la única finalidad de consolidar la superioridad occidental. Así pues, el orientalismo, desde el principio, pone su dimensión política al servicio de la cultura occidental europea para demostrarse a sí misma su superioridad frente a los otros.

En los antecedentes de la visión orientalista, encontramos que la mayor parte de las obras literarias que hablan sobre Oriente, y en concreto sobre el islam, aparece como extraña y no representa nada más que un papel secundario en la vida occidental. Las ideas contenidas en estos textos literarios intentan dar legitimidad a un vocabulario y a un discurso particular sobre Oriente y el islam. En resumidas cuentas, tratan de construir una visión de profunda fuerza que con el paso del tiempo se irá forjando poco a poco en la mente colectiva de la sociedad occidental, incorporando sus figuras y símbolos de manera insistente y

llegando posteriormente a formar parte de la herencia común y de la ideología colectiva que se sitúa en la base de su identidad. Desde los comienzos de la actividad orientalista y hasta el siglo XIX, el Oriente árabe e islámico siempre había constituido un reto político, intelectual e incluso económico, y, por esta misma razón, el orientalismo había estado marcado por el marchamo de la beligerante actitud occidental hacia el islam.

Al analizar detenidamente el mapa del orientalismo podemos afirmar que existen dos grandes hitos o fechas principales que marcaron su nueva era: la primera consiste en la expedición de Napoleón a Egipto, que marca el primer gran hito orientalista. Napoleón se basó, para diseñar su intervención, en un texto de un viajero francés, el conde de Volney, titulado "Voyage en Égypte et en Syrie", en el que el autor manifiesta claramente unas opiniones hostiles hacia el islam como religión y como un sistema de vida social. Sin embargo, Napoleón aprovechó los contenidos de la obra de Volney para diseñar una estrategia que implicaba ganarse a los imanes, muftíes y ulemas para su causa a través del lanzamiento de una serie de particulares interpretaciones de El Corán que resultaban favorables a sus propósitos. Su política egipcia se basaba pues, en una alianza entre el conocimiento orientalista y la adhesión de aquellos líderes religiosos que estaban cercanos a su causa. Una de las premisas de la conquista era hacer que Egipto estuviese abierto a la investigación, proporcionando de esta forma la posibilidad de acceso a todo tipo de material objeto de estudio. La trascendencia de los conocimientos y de las descripciones que se hacían sobre Oriente no pasó desapercibida para muchos líderes occidentales, que se esforzaron en el sentido de alentar, fomentar y proteger las academias que se ocupaban del estudio de las lenguas orientales, de los sistemas religiosos y de los estudios históricos. Las consecuencias de esta estrategia iban a ser pronto evidentes con la conquista de Egipto por una potencia occidental como Francia y el destino de muchos pueblos orientales que iban a ser anexionados por esas potencias europeas. Se reforzaba así la idea de que los pueblos de estas regiones estaban sumidos en una especie de barbarie y que Europa tenía el "deber" de hacer que volvieran a "la civilización". La conquista de Napoleón en Egipto demostraría la superioridad de Francia como una potencia europea, dando así sentido a su historia y, de esta forma, Europa asumía la misión redentora de restaurar una región atrasada y bárbara, devolviéndola a su grandeza clásica por medio de los métodos y conocimientos occidentales. Había que formular Oriente, otorgarle una identidad, una definición de la que carecía, y todo ello "como contribución a la ciencia moderna". Vemos entonces cómo comienza a cimentarse el etnocentrismo que ha caracterizado hasta hoy día al pensamiento occidental y, sobre todo, al europeo. En dicha redención estaba implícita la tarea de formular Oriente, definirlo y codificarlo; de este modo, la ideología imperial intentaba legitimar los conocimientos obtenidos durante la ocupación en nombre de la vida árabe y del propio islam.

Para desarrollar tan ingente tarea, fue necesario dividir los campos de estudio, establecer nuevas disciplinas, realizar índices e inventarios, y hacer generalizaciones de cada detalle observado, incluyéndolo en el marco general. Pero sobre todo había que convertir la propia vida de los orientales en una sustancia textual, es decir, en un texto. Una vez que Occidente haya demostrado su poder, exhibiendo su "descripción de Oriente", tendrá la

capacidad de sacar a estos pueblos de la oscuridad y de otorgarles la iluminación que propone la inteligencia occidental. Después de Napoleón, el lenguaje orientalista cambia desde el realismo descriptivo a ser un estilo de representación, un lenguaje y una forma codificada de creación.

Occidente busca contribuir al desarrollo del Oriente medio, pero un territorio tan mal distribuido a nivel fronterizo y con modelos económicos de desarrollo tan desiguales acabará generando malentendidos. Con esta valoración, por lo tanto, queda confirmada la teoría del erudito palestino-norteamericano Edward Said (1935-2003), que en sus reflexiones intelectuales señala cómo “el orientalismo” consiste en el dominio y en el ejercicio sobre Oriente, de manera que el orientalismo y el imperialismo son dos sinónimos que fluyen juntos. Por este mismo motivo, apenas algunos años después de la apertura del canal de Suez, en 1882, Inglaterra ocupó Egipto y su canal a lo largo de setenta y dos años, comprando todas las acciones que el pachá de Egipto le vendió para poder sufragar la deuda externa del país. Incluso cuando intentó liberarse de las limitaciones occidentales y Nasser declaró la nacionalización del canal de Suez en 1956, Egipto fue golpeado muy duramente por la agresión tripartita de Inglaterra, Francia e Israel. ¿Es coherente enmarcar estas agresiones en el conflicto general de intereses políticos y económicos que en esos años existía en la zona o es la falta de unidad en un país tan extenso como Egipto la que al final acabo pasándole factura? El acto en sí mismo de nacionalizar el canal de Suez por parte de Nasser es un acontecimiento nacionalista, que difumina la línea de gobierno iniciada con su mandato y que impone una tendencia de control político y no solo económico en la zona.

En el siglo XIX existieron figuras relevantes en la intelectualidad egipcia, que, dentro de las tendencias occidentalizantes de Mohamed Alí y de su nieto Ismail, recibieron una educación europea y contribuyeron a tender puentes entre un mundo occidental cada vez más seducido por un orientalismo multiforme y un Egipto cuyos gobernantes buscaban en el paradigma occidental un medio de reafirmar su posición ante las grandes potencias europeas ante las que, finalmente, sucumbiría. Sin embargo, el campo de la egiptología ha seguido estando en manos occidentales prácticamente hasta la actualidad, recogiendo a autores que han llegado a hablar de la necesidad de "descolonizar" la disciplina.¹²⁶

El otro gran hito del orientalismo aparece en 1869 con la construcción y la apertura del canal de Suez y así Fernando de Lesseps, por medio de un proyecto técnico, pudo materializar las ambiciones del espíritu europeo. Si antaño Asia fue distante y extraña, y el islam un peligro para la Cristiandad, ahora era preciso recrear el Oriente, convertirlo en socio servicial y sumiso por medio de una gesta científica y técnica que no dejara lugar a ninguna duda. En el fondo de la tesis orientalista subyace la idea de que la realidad humana puede describirse a través de un texto, reducirse a él. Así, el propio texto adquiere una autoridad mayor incluso que la realidad que describe. No crea un mero conocimiento, sino que pretende crear la realidad descrita. Con el paso del tiempo, estos textos van conformando una tradición, e instituyendo un discurso ciertamente doctrinario.

¹²⁶ Reid, Donald M., *Indigenous Egyptology: The Decolonization of a Profession?*, *Journal of the American Oriental Society*, 105, n.º 2, 1985, pp. 233-246.

El escritor español Gregorio Andrés y Espala confiesa que Occidente quiere civilizar y desarrollar Egipto para hacerlo finalmente suyo, de forma que pudiera ajustarlo luego a sus necesidades e intereses. Por lo tanto, queda así confirmada la teoría del erudito Edward Said, en la que señala en su famoso libro *Orientalismo* que este consiste en el dominio y en el ejercicio sobre Oriente, así que antecede siempre al imperialismo, como es el caso de Egipto y la ocupación inglesa en 1882 unos trece años después de la apertura del canal de Suez.

La ventajosa influencia del canal marítimo sobre Europa no se limita a formar sus construcciones navales y desarrollar el comercio y la industria: su importancia social crece, porque en el futuro no habrá que temer la horrible escasez de cereales, periódicamente presentada en la mayor parte de las naciones occidentales. El extraordinario ensanchamiento de la zona cultivable del valle del Nilo, los terrenos arrancados al desierto por inteligentes cultivos e irrigación bien estructurada, la frecuencia con que las lluvias fecundan los campos desde que el arbolado y el regadío van cambiando el clima, harán de Egipto el granero de Europa, por la abundancia de sus cosechas. La variedad de plantas textiles fáciles de aclimatarsen permitirán el establecimiento de nuevas industrias agrícolas, susceptibles de alcanzar grandes rendimientos por lo barato de las materias primas y el corto precio de los jornales.¹²⁷

El desarrollo del orientalismo en general y del egipcianismo en particular coincide con la expansión occidental desde el primer tercio del siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX, así que los imperialismos inglés y francés no solo compartieron el territorio, sino también el poder intelectual que se plasma en el "orientalismo", que es una memoria global de informaciones e ideas adoptadas a lo largo del proceso de dominación política y socio-cultural. Dichas ideas explicaban cómo son los orientales, su comportamiento, otorgándoles una mentalidad, y hacían posible que los occidentales entrasen en contacto con ellos, considerando como punto de partida dichas ideas preconcebidas. El orientalismo, pues, se presenta como una visión política de una realidad, destacando la superioridad de Occidente, el "nosotros" sobre el Oriente, "lo extraño". Y todo esto coincide con la visión de Edward Said, que en su libro *Orientalismo* mantiene lo siguiente:

En otras palabras, no necesitamos buscar una correspondencia entre el lenguaje utilizado para describir Oriente y el propio Oriente no solamente porque el lenguaje sea impreciso, sino porque ni siquiera pretende ser preciso. Lo que intenta hacer, como Dante lo intentó en el infierno, es describir Oriente como algo extraño e incorporarlo esquemáticamente a un escenario teatral cuyo público, director y actores son para Europa y solo para Europa. De aquí la oscilación entre lo familiar y lo extraño. Mahoma siempre es el impostor (familiar porque pretende ser como el Jesús que nosotros conocemos) y siempre el oriental (extraño, porque aunque de alguna manera sea como Jesús, después de todo, es muy diferente).¹²⁸

El orientalismo o el egipcianismo son una forma de expresión y de oposición binaria entre dos mundos, dos estilos, dos culturas: Oriente y Occidente. El orientalismo establece que la diferencia entre las dos culturas crea primero un muro inalcanzable y más tarde propone a Occidente el control y la dominación sobre el otro, es decir, sobre el Oriente, ya

¹²⁷ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., 1870, p. 108.

¹²⁸ Said, Edward W., *Orientalismo*, Presentación de Juan Goytisolo, Traducción de María Luisa Fuentes, Barcelona, Liberduplix, 2008, p. 108.

que posee un conocimiento superior. Efectivamente, las ideas preconcebidas son la tónica esencial del espíritu orientalista: los occidentales se consideran superiores porque son racionales, pacíficos, patriarcales, liberales, lógicos, capaces de mantener valores reales, mientras que el otro, los orientales, son inferiores porque no poseen ninguno de estos valores. En este contexto cabe mencionar lo que opina Edward Said en su libro *Orientalismo*:

Las relaciones culturales, materiales e intelectuales entre Europa y Oriente han pasado por numerosas fases, aunque la línea de demarcación entre Este y Oeste siempre ha causado cierta impresión en Europa. Pero, en general, fue el Oeste el que avanzó hacia el Este, y no a la inversa. El orientalismo es el término genérico que empleo para describir la aproximación occidental hacia Oriente, es una disciplina a través de la cual Oriente fue (y es) abordado sistemáticamente como tema de estudio, de descubrimiento y de práctica. Pero además utilizo la palabra para designar ese conjunto de sueños, imágenes y vocabularios que están a disposición de cualquiera que intente hablar de lo que queda al este de la línea divisoria. Estos dos aspectos del orientalismo no son incompatibles, ya que utilizándolos Europa pudo avanzar hacia Oriente con seguridad y no de una manera metafórica. Llegados a este punto me gustaría examinar las huellas materiales de este avance.¹²⁹

Hasta el siglo XIX, con la excepción del islam, Oriente fue para Europa un dominio con una historia continua de dominación occidental que nadie había puesto en cuestión.

Sin duda, el islam, por muchas razones, fue una provocación real; estaba inquietantemente cerca de la cristiandad, tanto desde un punto de vista geográfico como cultural. Se inspiraba en las tradiciones judeohelénicas, había legado algunos de sus elementos creativos al cristianismo; podía enorgullecerse de sus numerosos éxitos militares y políticos; y esto no era todo, los países islámicos estaban justo al lado de las tierras bíblicas, y las dominaban; además, el corazón de los dominios islámicos siempre ha sido la región más cercana a Europa, la que se ha llamado Oriente Próximo. El árabe y el hebreo eran lenguas semíticas y juntas disponían de un material enormemente importante para el cristianismo. Desde el final del siglo VII hasta la batalla de Lepanto en 1571, el islam, en cualquiera de sus formas árabe, otomana, norteafricana o española, dominó y amenazó de modo efectivo a la cristiandad europea. El islam superó y eclipsó a Roma, y esto es algo que ningún europeo de ayer o de hoy puede olvidar.¹³⁰

En el proceso de juicio de valores podemos encontrar algunas claves importantes: una de ellas sería que la relación entre los primeros orientalistas y el objeto de su estudio, es decir, Oriente, es una relación textual, basada en el estudio de manuscritos y textos antiguos y en la producción a su vez de textos, no solo de investigación erudita, sino también literaria, hasta el punto de que se pudo considerar el orientalismo como un género literario más, tal y como lo demuestran las obras de Victor Hugo, Goethe, Nerval, Flaubert, Fitzgerald, el Padre Hugolino Masiá y Lucas, Eduardo Toda y Güell y otros muchos. Por esta misma razón, Europa tiene capacidad de definir, de estudiar y expresar sus ideas sobre Oriente. La caída de Oriente como presa fácil impide su desarrollo racional y lo convierte entonces en un "peligro"; dichos fantasmas del peligro oriental aparecen mezclados con un cierto ambiente de misterio, de un exotismo que puede resultar atractivo.

¹²⁹ Ibidem, p. 110.

¹³⁰ Ibidem, p. 111.

A través de estas ideas preconcebidas, cuando los eruditos europeos quisieron explicar las creencias religiosas orientales, siempre aplicaban estos moldes y juicios de su propia experiencia religiosa; por esta razón, llamaban a los musulmanes erróneamente “mahometanos”.¹³¹

La manera en que el islam fue recibido por Occidente es un ejemplo perfecto de ello y ha sido admirablemente estudiado por Norman Daniel. Una de las fuerzas que actuaban en los pensadores cristianos cuando intentaban comprender el islam era la analogía: como Cristo era la base de la fe cristiana, se suponía -bastante incorrectamente- que Mahoma era para el islam lo que Cristo para el cristianismo. De ahí, el polémico nombre “mahometismo” dado al islam, y el epíteto de “impostor- que se aplicaba automáticamente a Mahoma.”¹³² A partir de este y otros muchos malentendidos, “se formó un círculo cerrado que nunca fue roto por una exteriorización de la imaginación. El concepto cristiano del islam era integral y autosuficiente”. El islam se convirtió en una imagen, pero me parece que tiene implicaciones importantes para el orientalismo en general, cuya función no era tanto representar al islam en sí mismo, como representarlo para el cristiano de la Edad Media.

La temática general que suscita el orientalismo se refiere a la posibilidad de dividir la realidad humana en razas, culturas, tradiciones, costumbres y, sobre todo, a continuar viviendo y asumiendo las consecuencias de esa visión. El orientalismo lo hace así, y esta tendencia ocupa el centro de su teoría y de sus prácticas, aceptando sin discusión que en esa división Occidente representa al dominador y Oriente al dominado. El saber orientalista, en aquella época, no necesitaba referirse a la realidad, sino a lo que se transmite calladamente y sin comentarios de un texto a otro. No necesita, pues, aplicarse, sino almacenarse *ad infinitum*, porque esta fue la "fase textual del orientalismo", en la cual se estableció una base doctrinal sobre la que se apoyará el desarrollo conceptual posterior hasta hoy en día, en donde el nuevo orientalista es llamado "experto en áreas culturales".

El orientalismo o el egipcianismo en la cultura occidental tiene diferentes actitudes dependiendo siempre de la nacionalidad del viajero; para el británico por ejemplo, atravesar el Oriente Árabe formaba parte de su itinerario para llegar hasta la India y por eso su imaginación estaba limitada por determinadas realidades territoriales o administrativas. Ocurrirá al contrario con el peregrino francés, que llegaba con un profundo sentimiento de la pérdida de Oriente y con un mal sabor de los recuerdos de la derrota desde las Cruzadas hasta la Expedición de Napoleón. De hecho, la actitud de su orientalismo se centraba en el Oriente romántico donde se dibujan las ruinas y la memoria, y cuyas descripciones literarias son evidentes en las obras de Nerval, Flaubert y Chateaubriand, escritores que encontraron en el Oriente un escenario ideal para dibujar sus mitos y obsesiones personales.

¹³¹ En el pasado, la palabra “mahometanos” fue a menudo usada como una etiqueta para los musulmanes. Este nombre es poco apropiado, y es el resultado de distorsiones obstinadas o de una mera ignorancia. Una de las razones para este error es que los occidentales fueron educados por siglos en la idea de que los musulmanes adoraban al Profeta Mahoma, de la misma forma en la que los cristianos adoran a Jesús. Esto no es verdad, porque a un musulmán no le es permitido adorar a nadie ni a nada junto al único Dios. Desde el punto de vista de la jurisprudencia islámica quien adore a Mahoma o cualquier otro Profeta, no es considerado como un musulmán o un monoteísta.

¹³² Said, Edward W., *Orientalismo*, ob. cit., pp. 94-95.

Especialmente para Chateaubriand, Oriente era "un lienzo roto que estaba esperando a que él lo restaurara". Tras asumir las ideas antiguas sobre el Islam, considerándolo como una forma de vida ignorante que incita a la injusticia y a la esclavitud, hablaba de los musulmanes como si fueran personas sin ley que no saben qué hacer ni cómo actuar en ausencia de un líder carismático. Sus descripciones expresaban siempre un agudo sentimiento bíblico de recreación del pasado mítico, mostrado a través del grandioso paisaje y de los magníficos monumentos como si de un mosaico de culturas se tratase. Así, la mayor parte de las descripciones de los viajeros franceses marcaba una línea impersonal del orientalismo académico y de la expresión personal e inspirada. Por todo ello, ambas actitudes dificultaron la existencia de una visión de Oriente que no estuviera mediatizada por la generalización exagerada o por un excesivo subjetivismo. De hecho, casi no se encuentra en el orientalismo ningún sentimiento vivo ni sobre la realidad humana ni sobre la actividad social.

La legitimidad del saber orientalista del siglo XIX no provenía de una autoridad religiosa, como en épocas anteriores a la Ilustración, sino de lo que Edward Said llama "la cita restauradora de la autoridad antecedente".¹³³ Los viajeros posteriores reescribieron los textos de estos primeros peregrinos, consolidando un sistema de referencias basadas en un texto, un párrafo o la cita de una obra literaria. Así, Lamartine peregrina como un acto de su vida interior, como materialización de una visión que había estado forjándose en su sensibilidad a través de las representaciones europeas de su tiempo. Oriente es entonces una tierra de cultos, aventuras, sueños y prodigios donde todo es realizable. Oriente renace por medio de la voluntad y de la imaginación europea de redimirlo, sacarlo a la luz e indirectamente gobernarlo. Su narración describe a pueblos sin territorio ni patria, sin derecho ni ley, que esperan con verdadera ansiedad ser ocupados por los europeos. Lamartine continúa la tradición "fragmentaria" del orientalismo canónico, esta vez bajo una forma literaria que será retomada por Gerard de Nerval y Gustave Flaubert, quienes también desembarcan en Oriente armados de las lecturas previas de los textos del orientalismo académico. Para ambos escritores, tienen especial relevancia las figuras femeninas exóticas, como las diosas egipcias, Cleopatra, la Reina de Saba, Salomón, las Pirámides, los magos, los genios, el Preste Juan, Mahoma, el islam y así hasta la extenuación. Todo el repertorio se convierte así en una materia prima a la que acudirán invariablemente los estudiosos y los literatos en busca de inspiración para sus obras, de material que resulte atractivo para los lectores de su tiempo. Expresan sus gustos por lo macabro, morboso e inusual, y llegan a Oriente cargados con una mitología personal que necesitaba materializarse.

En medio de estas oleadas de temática oriental nos encontramos con otro tipo de orientalismo original y verdadero que es el de España. Hablar de él significa hablar de africanismo, de marroquismo y de egipcianismo, pero en nuestro estudio nos centraremos únicamente en este último, ya que Egipto representa el corazón del Oriente árabe y su papel

¹³³ Desde el principio hasta el final del siglo XIX, Oriente fue un lugar de peregrinación, y cualquier obra importante que perteneciera a un orientalismo auténtico, por no decir académico, tomó su forma, estilo e intención de la idea de la peregrinación. La fuente principal de esta idea, así como de tantas otras formas de escritos orientalistas de las que ya hemos tratado, es la idea romántica de una reconstrucción restauradora (el supernaturalismo natural). Said, Edward W., *Orientalismo*, ob. cit., p. 332.

se engrandeció mucho más a partir de la segunda mitad del siglo XIX por diferentes razones: la apertura del canal de Suez o la herencia cultural de Al-Andalus. El orientalismo español se basa en la mediación con Marruecos en la triunfante campaña militar de 1859-1860; a partir de ella, podemos afirmar con toda confianza que el único orientalismo occidental que tiene verdaderas raíces y está ligado cultural por vínculos históricos intachables con la civilización islámica es el orientalismo español.

Es bien sabido que los primeros atisbos del orientalismo europeo surgieron a finales del siglo XVII y a comienzos del siglo XVIII, matizándose con algo de exotismo y de romanticismo. Dicho orientalismo surgió como una forma de evasión que se refleja claramente en *Las mil y una noches*. Mientras que el orientalismo español, por su temática, ha sido regional (hacia dentro considerándolo como algo propio y muy escasamente hacia Oriente), partiendo desde un principio de un carácter histórico-científico (ya que la esencia del orientalismo forma parte del legado histórico hispano-musulmán), la presencia de la imagen del Oriente árabe en la cultura española se remonta a tiempos muy lejanos, y por lo tanto es innegable la existencia de un parentesco cultural hispano-musulmán.

A este parentesco entre ambas culturas y la imagen del musulmán que se cristalizó en las obras de los grandes maestros de la creación artístico-literaria se refiere el maestro de la novela histórica Pérez Galdós, invitando al lector español a que considere la pervivencia del parentesco hispano-musulmán que se creyó ingenuamente erradicado desde el siglo XVI, así cabe citar las siguientes palabras de Carmen Uriarte, citando a Pérez Galdós:

Otra cosa les digo para que se pongan en lo cierto al entender de guerras africanas, y es que el moro y el español son más hermanos de lo que parece. Quiten un poco de religión, quiten otro poco de lengua, y el parentesco y aire de familia saltan a los ojos: ¿Qué es el moro más que un español mahometano? ¿Y cuántos españoles vemos que son moros con un disfraz de cristianos? En lo del celo por las mujeres y en tenerlas al por mayor, allá se van unos con otros, que aquí el que más y el que menos no se contenta con la suya, y corre tras la del vecino. Los harenes de aquí se distinguen de los de allá en que están abiertos, y así nuestras moras salen y entran cuando les da la gana, y hacen su santo gusto. No hay cosa más fácil que venir acá un moro, aprender el habla en poco tiempo y hacerse pasar por español neto.¹³⁴

El país árabe con el que históricamente se había mantenido más trato y que tradicionalmente obtuvo una gran atención por parte de España fue Marruecos. Por lo tanto, no es extraño que la mayor parte del orientalismo español se concentrara en tan solo una visión muy particular, singular y subjetiva que viene heredada del mitificado acervo andalusí. Pero, a medida que avanzó el tiempo y a pesar de que la tónica orientalista no ha variado cualitativamente, se apreció un ligero cambio en la trayectoria temática del orientalismo español, como evidencian la colaboración y la positiva participación española en los descubrimientos monumentales de Egipto durante el siglo XIX, cuyo fruto histórico-literario hizo que el diplomático, historiador y literato español Eduardo Toda y Güell escribiese su obra *A través del Egipto*, en 1889. A su vez, el interés que solía suscitar toda

¹³⁴Uriarte, Carmen, *Las relaciones hispano-turcas durante la guerra civil española: 1936-1939*, Bilbao, Universidad del País Vasco, V. III, 1996, pp. 14-15.

cala científica, histórica, narrativa y creativa, implícita ya en la obra de José de Castro y Serrano, *La novela del Egipto* (1870), fruto literario de la apertura del canal de Suez, propiciará la llegada de una nueva era del orientalismo egipcianista.

Los escritores orientalistas españoles relataron sus viajes por las tierras faraónicas del Nilo, demostraron en sus obras la enorme popularidad alcanzada por el Egipto faraónico a finales del siglo XIX y revelaron su fascinación por el país de las pirámides. En sus escritos, se nota un aire nostálgico y un sabor exótico. Estos viajeros y orientalistas españoles, durante su estancia en Egipto, realizaron descripciones pintorescas, de gran valor, e incluyeron retratos psicológicos y biográficos de las personalidades con las que tuvieron la posibilidad de relacionarse. En sus textos, estos viajeros nos dejan patente su admiración por las antigüedades egipcias, siendo testigos de la lamentable situación en la que se hallaban entonces los restos de las glorias arquitectónicas de la floreciente Tebas, como era el caso de la Esfinge, las Pirámides, el templo de Luxor o el templo de Karnak.

De esta forma, el orientalismo romántico envolvió tanto a escritores europeos como a un notable número de historiadores, estudiosos, investigadores y escritores españoles de tendencia arabista que excavaron bajo la superficie de las manifestaciones arábigo-andaluzas, intentando con sus textos y con su metodología científico-cultural reconstruir la tolerancia que hubo en España durante los siglos de convivencia de las tres culturas, o, más bien entre las tres religiones monoteístas. Estos excelentes creadores y orientalistas del siglo XIX contaron con el elocuente instrumento de la palabra y la esencia de la imagen y contribuyeron hasta cierto punto a la devolución a la cultura arábigo-islámica de una parte de su merecido florecimiento histórico y de su fisonomía. La imaginería orientalista en España es contradictoria por la desnaturalización secular, de tal modo que casi siempre ha sido víctima en manos del poder político y de la mala propaganda que sobre el mundo árabe lanzaban los políticos para legitimar sus actuaciones en determinadas circunstancias. Sin embargo, tanto la imagen como la cultura del “otro” perduraron y fueron revitalizadas, ya que el Oriente árabe e islámico ha constituido siempre, desde antiguamente, una preocupación habitual y mantenida para Occidente, una especie particular de fascinación. Este hecho, en definitiva, resulta sencillamente natural, porque tanto geográfica como históricamente ese Oriente es uno de los "otros" más inmediatos y directos, y por ello, más en confrontación también con Occidente.

La profesora norteamericana Lily Litvak, en uno de sus estudios sobre la literatura española de temática oriental, reflexionó con las siguientes palabras:

El Oriente siempre ha cautivado la imaginación del hombre occidental. No es tan adyacente a Europa, sino también el lugar que dio origen a sus más ricas y antiguas colonias, la cuna de sus civilizaciones y lenguajes. Es, sobre todo, su opuesto cultural, concebido como tierra de seres exóticos, obsesivos paisajes y experiencias extraordinarias. En el siglo XIX, el Oriente se reveló de pronto en Europa...¹³⁵

¹³⁵ Litvak, Lily, *El jardín de Aláh. Temas del exotismo musulmán en España 1880-1913*, Granada, Don Quijote, 1985, p. 11.

A finales del siglo XVIII es cuando el orientalismo se puede describir y analizar como una institución colectiva que se relaciona con Oriente; esta relación consistió en hacer una serie de declaraciones sobre él, adoptar posturas, describirlo, enseñarlo, colonizarlo y decidir sobre él. El orientalismo occidental constituyó en esta época un instrumento para dominar, reestructurar y tener la hegemonía sobre Oriente. El orientalismo fue visto a veces como una agradable manera de describir la aproximación occidental hacia Oriente, y, en muchas otras ocasiones, fue visto como una disciplina a través de la cual este fue abordado sistemáticamente como tema de estudio, de investigación, de evasión, de exotismo, de imaginación, de descubrimiento y de práctica. En definitiva, el orientalismo era, para muchos escritores tanto españoles como europeos, una forma de evasión, una colección de sueños, de imágenes y de vocabulario que estaban a disposición de cualquiera que intentara hablar de lo que queda al otro lado del Mediterráneo, que es la línea divisoria entre Oriente y Occidente.

En gran medida, durante los siglos XVIII y XIX, los estudios arábigos en España despertaron después de haber estado varios siglos atrás condenados a permanecer en las tinieblas del olvido, a pesar de la fructífera y relevante aportación de la civilización arábigo-musulmana durante la Edad Media, que contribuyó muy positivamente al desarrollo posterior del pensamiento, de la filosofía y de las ciencias en España. En el resto de Europa se divulgó más tarde y a continuación por todo el mundo occidental. En el siglo XVIII, el interés occidental por el Oriente árabe se centraba casi única y exclusivamente en el aspecto religioso, pero en el siglo XIX surge una nueva era del arabismo. Precisamente, en la segunda mitad del mismo, este interés meramente teológico es sustituido por otro de tipo antropológico y sociopolítico. Efectivamente, en el siglo XIX algunos escritores e intelectuales españoles se interesaron más por revalorizar la cultura árabe y por olvidar el desprecio fomentado a lo largo de los siglos pasados, por las cuestiones religiosas. Además de la existencia de una realidad vivencial que respalda y vincula fraternalmente a ambas culturas, es indiscutible que la cultura española es inseparable de la cultura árabe por su relación histórica con la península, ya que formaba parte de los componentes propios, esenciales y auténticos de la identidad que quedó plasmada a través de los siglos en los más remotos rincones.

En el siglo XIX, la religión musulmana deja ya de ser el tema central de la inquietud occidental, dando paso al conocimiento de la lengua, los usos y las costumbres de otras civilizaciones antiguas del Oriente árabe, tales como la civilización faraónica.

El imaginario orientalista en la cultura española del siglo XIX es literario, derivado del interés por lo árabe en España, que era una temática casi olvidada hasta bien avanzado el siglo XIX. Quizás a esta escasez de temáticas árabes alude Antonio Cabanilles en su contestación al discurso de Modesto Lafuente llamando la atención sobre que: “Este linaje de estudios se encuentra por desgracia muy atrasado; el idioma árabe no está aún tan

generalizado como fuera de desear, y entre nosotros, mengua es decirlo, se halla casi olvidado, cuando debiera ser objeto de culto literario.”¹³⁶

Sin embargo, mirando hacia atrás, encontramos que la ciencia y la filosofía griegas habían sido incorporadas a la cultura islámica a través de los persas cuando el islam había entrado en Persia y en España. En este tiempo, ya se había trasladado el centro del islam de Arabia a Bagdad. Es el momento en el que se tradujeron a la lengua árabe libros de Aristóteles, la geometría de Euclides, la ciencia médica de Galeno y la geografía de Ptolomeo, etc. Estos libros, a su vez, llegaron a España desde Bagdad a través de Siria, Egipto y el Norte de África. En aquellos tiempos, los dos únicos centros culturales en España eran Córdoba y Toledo, donde los Omeyas hispano-musulmanes trataban de emular desde el año 929 a sus rivales abasitas de Oriente; años más tarde, todas estas ciencias y conocimientos alcanzaron Europa a través de España.

La imagen colectiva de una región como el Oriente árabe, de sus habitantes y de la civilización que representa se convierte en otra sociedad auténtica como objeto de fantasía, análisis y estudio con un doble eje: el primer eje de lo imaginario es el de una antítesis materialmente definida; el segundo eje es el de la civilización islámica, que entre otras culturas fue vista por algunos escritores occidentales tanto españoles como europeos con buenos ojos. No obstante, para la mayoría, encontramos que la cultura arábigo-islámica que representa el Oriente árabe fue vista por otros escritores a través de lentes deformadoras en el proceso de la formación de la perspectiva histórica, tomando como base los estudios e imaginarios heredados desde la Edad Media.

Esta percepción occidental del Oriente árabe es aquella de la que habla Edward Said, tipificándola de “romántica”¹³⁷ al igual que Lily Litvak, por su parte, adoptó la misma visión analítica del señalado pensador árabe:

En el orientalismo finisecular, se sigue bastante el gusto pintoresquista romántico. Las escenas se organizan por una imaginación libresca que se complace en las imágenes prefabricadas, en detalles precisos de color local: bazares, cafés, derviches, narguiles, odaliscas. Pero ese Oriente de pacotilla se transfigura en otro más intensamente vivido o deseado. Todo acontece como si la región fuese a la vez conocida y nueva. Conocida porque los escritores de fin de siglo no se habían desembarazado de la visión heredada del romanticismo. Nueva, porque esta visión se tiñe de otras significaciones que van más allá del pintoresquismo. Las excentricidades de la vida oriental, con sus extraños calendarios y exóticas configuraciones especiales, sus lenguas guturales y su moral perversa, se oponían a las nociones europeas de la moral, del tiempo, del espacio y de la identidad personal. El Oriente, lejos o cerca, parecía definir, más que una entidad geográfica, una noción, una idea, un ser escondido y oscuro; lo diferente en todo sentido. En resumen, lo Otro. Otra naturaleza, otra historia, otros hombres, otros modos y usos. Lo Otro permitía escapar a la vulgar y

¹³⁶ Lafuente, Modesto, Contestación de Antonio Cabanilles en *Discursos leídos en la sesión pública de la Real Academia de la Historia en la recepción de Don Modesto Lafuente*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1853, p. 24.

¹³⁷ Es muy difícil, sin embargo, separar estas intuiciones que se tienen de Oriente, como las de Mozart, de todo el abanico de representaciones prerrománticas y románticas que dibujan Oriente como un lugar exótico. El orientalismo popular de finales del siglo XVIII y principios del XIX tuvo un éxito considerable. Said, Edward W., *Orientalismo*, ob. cit., p. 94.

trillada vida cotidiana, significaba un trastorno total de los valores europeos de todo tipo: religiosos, estéticos, éticos, sexuales. Lo Otro era más libre y verdadero. Lo Otro podría inclusive presentarse como alternativa ante el *impasse* europeo.¹³⁸

En la primera mitad del siglo XIX, el Oriente árabe se convierte en una región propicia para contemplarla a través de la lente orientalista, y ello es consecuencia de una serie de motivos: los libros y cuadernos de notas de los viajeros ingleses y franceses, la geografía mediterránea oriental y las obras literarias procedentes del territorio árabe dadas a conocer en diversos países europeos. En sus inicios, la literatura orientalista es una especie de literatura histórica, como una tendencia del romanticismo que se utilizó para revivir una Edad Media considerada como una época dorada: la nostalgia del refinado Oriente inspirará a lo largo del siglo XIX una buena cantidad de obras literarias y contribuirá a forjar una imagen fantástica y estereotipada de la civilización faraónica, considerada por los intelectuales, viajeros e investigadores como un excepcional reducto del orientalismo en Egipto.

A finales del siglo XIX, el Oriente árabe jugó un papel muy importante al convertirse en lugar simbólico y referencial de tendencias literarias como el romanticismo y orientalismo en la conceptualización europea del exotismo y será motivo de inspiración y lugar obligado del viaje romántico hacia las puertas de lo oriental en la ideología y el costumbrismo de la época, que conectaron a los estudiosos e investigadores con las tendencias orientalistas de los viajeros y escritores occidentales. La aportación de los orientalistas y la reivindicación del valor de la cultura islámica de las tradiciones populares por los artistas, literatos e intelectuales europeos del siglo XIX contribuirán a la nueva concepción e interés hacia el folclore oriental. Sin embargo, con el orientalismo se abría el camino que ya habían emprendido desde los comienzos del siglo XIX algunos escritores viajeros de muy distinta procedencia ideológica con la recopilación de la temática oriental con el objetivo de su difusión entre el gran público mediante interpretaciones fieles y rigurosas. Se producirá entonces un acercamiento e interés hacia los movimientos orientalistas e intelectuales que en ciertos casos participarán en la elevación del alma y en la afición por lo oriental, con la voluntad de estudiar y recrear esta cultura de Oriente. Es significativo el acercamiento al antiguo Egipto, de donde son los orígenes de esta civilización, del arte, del folclore y de las tradiciones populares en las que se evocan danzas y romances faraónicos del antiguo mundo, que irán favoreciendo la afición por la cultura del antiguo Egipto, donde se reavivan las antiguas melodías y letras reflejo de un universo conceptual colectivo y simbólico, como si de un ecosistema propio del patrimonio cultural egipcio se tratase, pero transmitido de Oriente a Occidente como un recuerdo colectivo del pueblo de los faraones.

Así, desde siempre, Egipto y su imagen han estado presentes en la memoria de Europa, a principios del siglo XIX, como tendencia general de los viajeros y escritores europeos que sintieron un especial aprecio hacia el Egipto faraónico que yace en la antigüedad representada en su enorme esfinge de piedra, pirámides y obeliscos que

¹³⁸ Véase “L’arabe à Salamanca au temps de la Renaissance”, *Hespéris*, núm. 21, 1935, pp. 1-17; y Monroe, J. T., *Islam and the Arabs in Spanish Scholarship (XV Century to the Present)*, Leiden, Brill, 1970, pp. 247-270.

fascinaron al hombre europeo, que veía en ellos una increíble estética, magnitud, fuerza y sabiduría de una sociedad arraigada y culta que creó toda una historia y una impresionante civilización. De esta manera, un buen sector de la cultura occidental vio en Egipto y en lo egipcio un lugar ideal para la creación de fantasías. Egipto está presente en la mentalidad del colectivo occidental desde la eclosión del romanticismo en la primera mitad del siglo XIX como una función antitética por excelencia, ya que es el único país que encarna tres mundos antagónicos entre sí con una cierta carga de ambivalencia multicultural, puesto que posee un imaginario tridimensional: el del Egipto faraónico, el del Egipto copto y el del Egipto arábigo-islámico.

Desde los albores de la historia, Egipto ha sido un punto de mira de los demás pueblos. Así pues, muchos escritores europeos han sentido lo maravilloso, lo misterioso y lo mágico de todo un país que fascinó al mundo entero tanto por su escritura jeroglífica como por la majestuosidad de sus pirámides, y no solo esto, sino que también contribuyeron a este interés, la abstracción religiosa y las generosas crecidas del río Nilo. La espléndida civilización faraónica no ha dejado de dar cabida al asombro de la humanidad y a la curiosidad de abrir puertas en pos de fuentes del saber e incluso vías para acceder a infinitos paraísos de riquezas tanto culturales como materiales. Por todo ello, no ha de extrañar que la temática egipcia fuese tratada en la cultura occidental desde diferentes aspectos. Los escritores occidentales procuraron brindar en sus textos una visión particular que, aunque teñida del subjetivismo que encierra siempre la mirada propia, forjó una imagen de misterio, de magia y de leyenda, a la manera de los antiguos griegos. Así que, a lo largo de los siglos muchos viajeros cristianos, judíos y musulmanes fueron pioneros en dar los primeros datos al ofrecer una coincidente serie de tópicos acerca del país de los Faraones. Con ellos, y con la Biblia, además de la sugerida herencia clásica, se asentaron los cimientos de la fantasía española en torno al lugar “Egipto”. De hecho, los escritores y viajeros españoles del siglo XIX se inclinaron con su exotismo hacia el país del Nilo, país por el cual sintieron una especial fascinación, ya que encontraron definitivamente en este territorio virginal de Oriente, tan prestigiado literariamente desde el romanticismo, algo así como el lugar idóneo donde realizar las más atrevidas fantasías y sueños debido a su consideración como la cuna de las civilizaciones de las distintas culturas.

El último tercio del siglo XIX presenció grandes oleadas de orientalismo y una amplia difusión de la temática egipcia en la producción literaria española. El egipcianismo español es posterior a la implantación masiva del género orientalista procedente del pasado histórico arabo-andalusí. De este modo, el egipcianismo español es un egipcianismo importado como fruto de la Campaña de Napoleón en Egipto en 1798, fecha en la que empiezan a aparecer libros y estudios sobre la civilización del antiguo Egipto, especialmente a partir del momento en que se descifró la escritura jeroglífica (recordemos que en 1799 se había hallado la piedra Rosetta), o al menos una parte de ella, gracias al erudito francés Champollion, hecho que anunciaba el comienzo de una nueva era de egipcianismo como consecuencia de la fascinación occidental por la civilización faraónica. Aquellos acontecimientos, el conocimiento directo de objetos egipcios y la difusión de los grandes

libros de viajes hicieron que Europa se fascinara completamente con Egipto y con todo lo egipcio.

Al analizar las tendencias literarias en el siglo XIX se descubre que todo lo oriental-exótico estaba de moda; era una manera de convertir lo raro, lo extraño y lo desconocido en algo socialmente aceptable por Occidente pero como algo propio y característico de Oriente, como la poligamia, la sumisión de la mujer, el harén, la sensualidad, las venganzas amorosas y los temas históricos. Todos estos términos, que caracterizaron al mítico Oriente, no fueron comprendidos tan fácilmente por la mentalidad occidental como algo ajeno o como elementos de belleza oriental. De hecho en Occidente no se admitía la poligamia ni las venganzas ni la sensualidad y estaban mal vistas. Así que con respecto a la poligamia el orientalista Antonio Bernal opina lo siguiente:

A pesar de todo, y de que la poligamia consagrada por el Corán extiende su uso entre las razas orientales, aun cuando va notablemente decayendo, bien sea por la influencia de las costumbres de Europa, o por lo mucho que cuesta el sostener un harem, lo cierto es, que las leyes musulmanas, íntimamente unidas con las religiosas, prescritas por el código Multeka, imponen grandes deberes al marido y reglamenta minuciosamente los detalles más íntimos de la sociedad conyugal, hasta el punto que sorprende al que profesa diferentes creencias religiosas, encontrar en medio de esta mezcla de libertad múltiple matrimonial que se concede al hombre, las obligaciones sabiamente legisladas para poner al abrigo a sus mujeres legítimas de la indigencia, de la absoluta esclavitud, del derecho de tratar con su familia y hasta de admitir o no en su habitación particular a los hijos de su marido habidos en otras mujeres, aun en toda forma legal.¹³⁹

Para muchos escritores orientalistas tanto españoles como europeos el Oriente es la cuna de las civilizaciones simplemente porque Oriente es el lugar por donde sale el sol. Así, Antonio Bernal alaba al Oriente con las siguientes palabras:

¡Oriente! ¡Oriente! ¡Cuna de todas las grandes cosas de la humanidad!
¡Cuna de todas las razas, cuna de todas las lenguas, cuna de todas las antiguas tradiciones y de la fe sagrada de los pueblos!

¡El Oriente! antiguo foco de toda civilización, de toda lumbrera sagrada o profana.

¡El Oriente! centro durante cuatro mil años de todas las cosas divinas y humanas.
¡Sí, durante cuarenta siglos, todas las miradas de la humanidad, todas sus esperanzas, todos sus suspiros se dirigieron hacia el Oriente!

¡Allí, los primeros hombres, los primeros progenitores de la humanidad oyeron la voz de Dios!¹⁴⁰

Estos orientalistas pretendían, a través de varios intentos, hacer que Oriente fuera algo transparente y, como el orientalista español llevaba ese arabismo en el alma, logró que acabase distanciándose de su propia sociedad intentando encontrar en la temática oriental nuevas fuentes de inspiración; por eso, se fue lo más lejos posible buscándolas a través del

¹³⁹Bernal de O'Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Imprenta de J. M. Pérez, 1876, p. 113.

¹⁴⁰Ibidem, p. 260.

tiempo y trasladándose a estos lugares del Oriente árabe y su romanticismo. El orientalismo era una forma ideal de crear un mundo distinto, el Oriente era el lugar idóneo para hacer realidad las fantasías debido a que representaba un paraíso fecundo de inspiraciones para muchos escritores, y este arabismo contribuyó a construir una idea sobre ideologías, creencias y concepciones religiosas o políticas orientales contrapuestas en la forma y en el fondo a las occidentales.

Durante el siglo XIX el orientalismo literario tuvo grandes repercusiones literarias como un fenómeno consistente en la visión de Oriente a través de Occidente, que funcionaba como su opuesto, de manera que esta mirada occidental distorsiona la realidad de los territorios colonizados para ofrecernos una visión idealizada en muchos aspectos, aunque también potenciaba la imagen de inferioridad de la civilización islámica respecto a la occidental. Pero dentro de los parámetros de una investigación sobre el orientalismo a través de las obras literarias españolas, hemos dirigido nuestra atención a la imagen de Egipto en la literatura española del siglo XIX ofrecida por los escritores y viajeros orientalistas españoles, ya que uno de los ejes fundamentales del imaginario orientalista era la civilización egipcia como una inagotable fuente de inspiración, admiración, fascinación, placer y como depositaria, en definitiva, de una sensualidad desbordante. Los viajeros decimonónicos, a través de sus cuentos, relatos y de sus apuntes de viajes, contribuyeron a forjar una imagen orientalizante de los países bajo la férula colonial. Los escritores orientalistas, asimismo, plasmaron con éxito un imaginario egipcianista que repercutió en las conciencias occidentales y que, de forma directa, se trasladó a la literatura, estableciéndose un puente entre la imagen y la realidad orientalista, que perduró durante décadas. Las revistas ilustradas en la segunda mitad de la centuria decimonónica ayudaron, mediante sus cuentos orientales y artículos sobre Egipto publicados, a popularizar dicho imaginario orientalista.

España comenzó muy tarde en el mundo de la egiptología, pero había algunos viajeros orientalistas como Domingo Badía y Leblich (conocido como Alí Bey el Abbasí) que incluyeron a Egipto entre los lugares a visitar y dieron cuenta en sus obras de lo que allí veían en los años en los que Mohamed Alí se afianzaba en el poder, aunque habrá que esperar a los años ochenta para que aparezca la figura de Eduardo Toda y Güell, cónsul de España en Egipto y considerado como el primer egiptólogo español;¹⁴¹ eso, y unas pocas manifestaciones de esa egiptomanía que arrasaba la Europa contemporánea,¹⁴² serían las principales aportaciones españolas, ya sea al desarrollo del orientalismo, ya a la Egiptología.

Sin ningún lugar a dudas, los primeros pasos de la egiptología son obra de Occidente, desde la época de los grecorromanos. Durante el siglo XVIII y durante buena parte del siglo XIX, fueron diversas las fuerzas y las tendencias que intervinieron en el mundo de la egiptología. Los viajeros de todo tipo publicaron relatos de diversa índole, como los propios

¹⁴¹Martín Valentín, Francisco J., “Notas para una Historia de la Egiptología en España”, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, Madrid, número 4-5, (1992-1994), p. 173-196.

¹⁴²Alonso de la Sota, Antonio Miguel, “Una manifestación de la Egiptomanía española del siglo XIX: el caso de Madrid”, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, número 4-5, (1992-1994), p. 197-208.

intereses nacionales de los países implicados en la actividad egiptológica,¹⁴³ y tejieron una tupida malla de intereses. Egipto y el Oriente en general adquirieron una extremada popularidad en el siglo XIX y en prácticamente todas las manifestaciones artísticas ese peso de lo egipcio, esa egiptomanía, tuvo gran importancia. Posiblemente, sin esa visión del público culto, de las clases medias emergentes, que eran orientalistas porque la literatura, la pintura, la arquitectura, la música incluso habían adoptado esa aproximación, la egiptología no habría surgido. El público ansiaba noticias de lugares exóticos, envueltos a ser posible en una bruma oriental, porque servía para definir (por contraposición) las nuevas identidades nacionales; el debate sobre el pasado, sobre los orígenes de la civilización, era cada vez más vivo, entre el modelo egipcio, el próximo oriental o el griego. Pero Egipto presentaba la ventaja indudable de que las monumentales ruinas de su pasado se convertían en un marco excepcional para proyectar las ideas europeas sobre la decadencia de los pueblos y las culturas al tiempo que los occidentales iban restaurando el pasado esplendor para su propio disfrute, apoyados a veces por gobernantes que, en su búsqueda de una homologación occidentalizante, no dudaban en tiranizar a su pueblo para conseguirlo.

Como hemos apuntado, el estudio del tema del orientalismo español que aquí se enfoca, por la abundante herencia española desde el Renacimiento hasta los arabistas, hizo que España se colocara en el último tercio del siglo XIX como una de las banderas del egipcianismo literario en Europa, intentando así ponerse a la altura de Francia e Inglaterra en este fructífero campo. No podía ser de otra manera, ya que las huellas de la cultura hispano-musulmana están petrificadas a través de los siglos y encontraron su camino hacia el egipcianismo a mediados del siglo XIX, pues en cada rincón de España, en las siluetas de las ciudades y de los pueblos existen abundantes minarettes, alcazabas, alcázares, fuentes y jardines que de ninguna manera podían pasar desapercibidas al talento heredado del romanticismo por hombres como José de Castro y Serrano, José Ramón Mélida y Eduardo Toda y Güell junto a otros muchos escritores de su generación. Así, es imposible ignorar las huellas del antiguo islam hispano-musulmán, puesto que existe un cúmulo de vestigios bibliográficos de naturaleza heterogénea y bastante opacos para el profano, no quedando más remedio que reconocer el atisbo de los escritores antes citados, cuando se extrañaban de que el conocimiento hispano del país del Nilo no hubiese sido más amplio, profundo y rico que en épocas anteriores, debido a que lo árabe formaba ya parte de la realidad histórica de España.

A lo largo del siglo XIX, Egipto se convirtió en un territorio oriental muy visitado por viajeros y escritores orientalistas. Y en el caso de España, el imaginario orientalista revestirá la forma de africanismo por razones históricas, pues el orientalismo expresado en la prensa española intentó acercar a la opinión pública numerosos elementos de la cultura egipcia durante la inauguración del canal de Suez en noviembre de 1869 para justificar un recién nacido egipcianismo y para recrear determinados vínculos afectivos entre lo egipcio y

¹⁴³ Ciertamente, la nómina de viajeros a Egipto entre 1799 y 1840 para los que existe documentación supera los trescientos. Vid. la interesante exposición virtual realizada por M. Re, "Carlo Vidua and the Travellers of 1800 in Egypt" (URL: <http://www.doit.it/Egypt/uk/home/index.html>), con una rica documentación gráfica y con vínculos a la bibliografía básica.

lo español. Y paralelamente el egipcianismo español, desde el último tercio del siglo XIX, se volcará en el imaginario orientalista y se adquirirán algunos de los siguientes hábitos: hombres y mujeres se vestirán a la usanza árabe y posarán, bien en la ceremonia de la inauguración o en los teatros con decorados de inspiración arábigo-egipcia para recrear el mundo fantástico de Oriente y para recordar en un plano romántico el pasado histórico de la tierra de los faraones, aportando así unas claves y afirmando la posibilidad de la convivencia de las diferentes culturas en un país de leyenda como es la tierra del Nilo; de esta forma, rescatamos un imaginario orientalista que no ridiculizaba ni demonizaba a una cultura ajena, sino que la asumía en aquellos aspectos que consideraba positivos y dignos de incorporar al acervo cultural de Occidente.

A finales del siglo XIX, el egipcianismo acabará encontrado un espacio dentro de la literatura orientalista; los viajeros y escritores aspiraban a registrar el mundo islámico gracias a la capacidad del medio para captar la realidad y multiplicar esas imágenes en numerosas obras literarias sobre estos lugares ignotos, las civilizaciones orientales, las culturas tribales africanas, etc. Los exploradores, viajeros y representantes gubernamentales también tomaban notas y memorias de sus estancias en los territorios situados en la zona del mediterráneo oriental para enviar a sus respectivos países las imágenes de unas formas de vida y de unas prácticas culturales distintas a las occidentales. El imaginario orientalista¹⁴⁴, a través de las obras literarias, no se entiende sin el auge que alcanzó el egipcianismo en el siglo XIX. El egipcianismo surge como una de las corrientes orientalistas más predilectas que plasma lo que podría denominarse la mirada orientalista. El egipcianismo nace primero en la Biblia y llega a las obras literarias, desde donde se difundirá por toda Europa y Occidente, pues a partir de entonces florecerá hasta la llegada del siglo XIX. Esta tendencia literaria es una respuesta al intenso debate que venía arrastrándose desde el nacimiento del orientalismo, pues ya hemos visto que había división de opiniones al considerarlo un nuevo arte literario. El mundo de las odaliscas reflejado en la pintura orientalista en la primera mitad del siglo XIX será trasladado al egipcianismo literario con gran fidelidad hacia la temática egipcia.

La literatura orientalista del siglo XIX sirve, por tanto, para analizar la situación social del Oriente árabe, pues el medio literario puede plantearse como una herramienta que articula los discursos sociales y analiza los imaginarios orientalistas como referentes culturales. La literatura de viajes del siglo XIX refleja también el estatus de la mujer en la sociedad oriental, el cual estaba marcado y definido por su relación de dependencia con el hombre. De ahí que la literatura orientalista adquiera un enorme valor antropológico y

¹⁴⁴ El concepto de “imaginario” ha despertado el interés de la historiografía a partir de la década de 1990, estando en contacto con un abanico de conceptos como: memoria colectiva, los mitos nacionales y el patrimonio cultural. A nuestro entender, el imaginario sería la simbiosis de elementos legendarios, históricos y culturales que, por medio de la literatura –culto o popular-, la enseñanza, las instituciones públicas y los medios de comunicación refuerza las señas de identidad de un colectivo e interpreta una etapa de la historia. Por ejemplo, el imaginario es un concepto muy empleado por los diferentes nacionalismos –incluidos los de signo totalitario- que han surgido en Europa a lo largo del siglo XX. Un artículo que clarifica estos aspectos es el de Ignacio Olábarrí (1996): “La resurrección de Mnemósine: historia, memoria, identidad”, en Olábarrí, Ignacio & Caspistegui, Francisco Javier, *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, págs. 145-173.

abarque temas místicos, temas del harén. En los libros de viajes se expresaron impregnaciones orientalistas, de modo que en la segunda mitad del siglo XIX el orientalismo vivió un auge del neomedievalismo literario, siendo el egipcianismo una temática de primer orden. Aunque también hubo cierto interés por lo arábigo-islámico en la temática orientalista que, de pronto, se convirtió en el espejo donde se miraba esta corriente literaria como una fuente de inspiración romántica.

TERCER CAPÍTULO:

**III. LA CONSTRUCCIÓN DEL CANAL DE SUEZ:
REPERCUSIONES DE DISTINTO ORDEN.
REPERCUSIONES LITERARIAS**

III.1 LA CONSTRUCCIÓN DEL CANAL DE SUEZ: REPERCUSIONES DE DISTINTO ORDEN. REPERCUSIONES LITERARIAS

Quizás el canal de Suez sea la obra pública más importante del siglo XIX. La excavación del canal de Suez comenzó el 25 de abril de 1859 y su inauguración tuvo lugar el 17 de noviembre de 1869. El campo de la investigación sobre el canal de Suez, sea desde el lado económico, artístico, histórico, literario, estadístico o científico todavía está abierto a que se añadan más estudios que arrojen luz sobre distintos temas que se plantearon desde que comenzó la idea de unir el Mediterráneo con el mar Rojo y su influencia en el comercio mundial entre Oriente y Occidente. El canal de Suez está considerado como el alma de Egipto y la vía acuática más importante entre Oriente y Occidente.

La trascendencia histórica que supuso la apertura de esta vía de navegación entre el Mediterráneo y el mar Rojo a través del desierto egipcio es comparable a las dificultades técnicas que exigió su construcción, a las que se unieron no pocos escollos políticos y económicos. La construcción del canal de Suez despertó en España un gran interés, y, a continuación, vamos a describir un poco la relación de España con esta magna obra. En este apartado, mencionaremos algunas de las vicisitudes que jalonaron el proyecto y su ejecución y que se presentan como “una historia que parece de novela”. También vamos a referir los vínculos de varios españoles con la obra, que se recogen en libros y documentos procedentes de los fondos bibliográficos españoles, así como del Archivo General de la Marina “Álvaro de Bazán”.

En la mañana del 25 de abril de 1859, cuatro buques mercantes comenzaron a descargar junto al delta del Nilo los suministros para comenzar la construcción. Al frente del proyecto se encontraba el diplomático francés Fernando de Lesseps, quien había conseguido de su amigo el Bajá de Egipto, Mohamed Said, la concesión de la obra. El desafío era enorme y exigía mucho atrevimiento. Había que excavar cien millones de metros cúbicos de arena antes de llegar al mar Rojo. El plan podía parecer sencillo sobre el papel, pues para el trazado se había aprovechado la línea de varios lagos (cuatro secos y uno pantanoso), de modo que se trataba de unirlos con tramos del canal y dejar que el agua corriera. Pero el proyecto presentaba muchas dificultades, y la falta de agua potable suponía la más ardua. Además, el terreno no era plano y había tramos de rocas. La llegada de maquinaria pesada a partir de 1862 dio un impulso a la obra. Se diseñaron dragas mecánicas y excavadoras movidas por motores de vapor que se instalaron sobre barcazas. Esta maquinaria permitió un ritmo de excavación de dos millones de metros cúbicos de arena por mes. El día esperado llegó el quince de agosto de 1869. El canal tenía originariamente 8 metros de profundidad, anchura mínima del fondo de 22 metros y anchura en superficie de 53 metros.

A la economía mundial en crecimiento le era entonces urgente acortar los largos trayectos que se derivaban del uso de las rutas por el cabo de Buena Esperanza en el Sur de África y del cabo de Hornos, o el estrecho de Magallanes en América del Sur. Para evitar la ruta por el cabo de Buena Esperanza, la única alternativa posible era excavar un canal en el

istmo de Suez. Para reducir las grandes distancias que imponía el paso por el extremo meridional de América, sin embargo, había muchas opciones en varios segmentos del extenso istmo centroamericano, especialmente en Tehuantepec, Nicaragua, Panamá y el valle del Atrato.

La ejecución del proyecto del canal de Suez, promovido por el diplomático Fernando de Lesseps, fue un éxito del capitalismo europeo de la época, especialmente del francés. También fueron exitosas la tecnología y la organización empresarial empleadas. La nueva vía, hecha a nivel del mar, unió al Mediterráneo con el mar Rojo, fomentando los intercambios entre Europa por una parte, y Asia, Australia y África oriental por la otra. Redujo la duración de las travesías que partían del sur de Inglaterra y que arribaban a los puertos de Oriente. Estos recortes de tiempo fueron del 7% en el viaje a Melbourne, del 23% en el desplazamiento hasta Yokohama y del 42% en el recorrido hasta Bombay.

El canal de Suez se construyó para enlazar el mar Rojo y el mar Mediterráneo con la finalidad de facilitar la comunicación entre Oriente y Occidente sin necesidad de bordear el continente africano, como hacían los barcos dos siglos atrás cuando deseaban ir de Europa a Asia. El canal de Suez tiene una extensión de 168 km. de largo y actualmente es atravesado por más de 50.000 barcos al año. La importancia del canal se incrementó después del descubrimiento del petróleo por su relativa cercanía con el Golfo Árabe, por lo que desempeña un papel de suma importancia en el comercio mundial y en las relaciones entre Oriente y Occidente. A través del canal se transporta el 14% de los productos que mueven la economía mundial, el 26% del petróleo de importación y el 41% del volumen total de mercancías que llegan a los puertos de Arabia.

El canal de Suez¹⁴⁵ es un gran vehículo comercial; por eso es importante tanto para Occidente como para Oriente. Permite el transporte y el comercio con Asia por mar sin necesidad de bordear todo el continente africano. Acorta las distancias marítimas entre el Mediterráneo y el mar Rojo y es la mayor fuente de ingresos de Egipto, que cobra por pasar por su territorio. Abre una vía que permite el acceso a las riquezas de las costas orientales de África sin necesidad de dar la vuelta por el Atlántico. Aparte de ello, el canal posibilitaba el comercio con India y otras zonas de Oriente sin necesidad de tener que bordear el continente africano.

El dieciocho de marzo de 1869 se mezclaron las aguas del Mediterráneo con las de los Lagos Amargos en medio de una gran fiesta a la que asistió el jedive junto al monarca de Inglaterra. El 15 de agosto de 1869 se comunicó el mar Rojo con el lago Amargo, el más

¹⁴⁵Gregorio Andrés y Espala señala la importancia de la apertura del canal de Suez: "El canal marítimo del istmo de Suez acorta en tres o cuatro mil leguas la distancia, según el punto de partida; abarata, por lo tanto, los fletes, y facilitando los viajes, multiplica las transacciones, aproximando a nuestro continente naciones hasta ahora lejanas por el valladar del desierto, que esperan del mundo occidental rompa las cadenas de quinientos millones de esclavos. Sus dormidas inteligencias despiertan al contacto de nuestras razas, que les devuelven con todos sus adelantos modernos el tesoro de letras, artes y ciencias un día patrimonio de Oriente. Sus comarcas, enriquecidas con la concurrencia, aumentarán su producción y baratura a medida que el Occidente consume y envíe sus productos con más economía y facilidad, por el recíproco desarrollo de la importancia y exportación de ambos hemisferios." Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, Madrid, Imprenta a Cargo de Diego Valero, 1870, p. 107.

pequeño en la zona de *El Shalofa*. El 18 de agosto de 1869 se terminaron las obras de excavación del canal de Suez, cuando se encontraron definitivamente las aguas de ambos mares: las del Mediterráneo con las del mar Rojo, después de unos duros diez años de trabajo forzoso y gracias a los musculosos brazos de los *fellahs* egipcios, que pudieron llevar a cabo esta tarea, concebida como la obra más gigantesca de todos los tiempos.

Durante la excavación del canal de Suez murieron muchos miles de *fellahs*, haciéndose realidad la profecía que los sacerdotes del antiguo Egipto hicieron al faraón *Nijau*: “Oh Faraón, cuidado con excavar el canal porque si lo hicieses no estarías sirviendo a Egipto, sino a los ambiciosos conquistadores”.¹⁴⁶

Desde que se inicio la excavación del canal hasta su apertura en 1869 muchos egipcios tuvieron la sensación de que se abría una herida en su territorio y en sus corazones, herida que cicatrizó con la nacionalización anunciada por el presidente Gamal Abdel Nasser el 26 de julio de 1956. El canal de Suez representa una arteria principalísima del transporte internacional que sirvió a los intereses monopolistas ingleses fundamentalmente. Puso en comunicación los centros de producción occidentales y sus fuentes de suministro así como sus mercados en Asia y África. Asimismo, ha sido el objeto de conflictos internacionales.

III.2 Historia del canal de Suez a través de los siglos

En la historia del canal de Suez, es curioso señalar que existe una referencia coránica sobre la ruptura del istmo de Suez, en la que se señala muy claramente que hay dos mares que se unirán: el mar Rojo y el Mediterráneo, y no solo esto, sino que también se argumenta sobre la inexistencia desniveles entre ambos mares. En El Corán (Sura *Al-Rahmán*), viene citado lo siguiente: “Se unirán los dos mares libremente. Entre ambos un istmo y nunca se superpondrán”.¹⁴⁷ Se cuenta también que Fernando de Lesseps utilizaba esta agumentación en su propaganda entre egipcios y sirios, para convencerles de que si trabajaban en las obras del canal, harían realidad esta predicación coránica.

Los antiguos egipcios tenían una enorme afición por la navegación en aquellos lejanos tiempos en que todos los demás pueblos tenían miedo del mar y de sus peligros; y esto gracias al río Nilo, que convirtió el desierto en llanuras verdes, sirviendo de enlace entre el norte y el sur, y contribuyó poderosamente al florecimiento de la civilización egipcia, considerada una de las más grandes y antiguas del mundo. Los antiguos egipcios dieron un carácter divino al río Nilo, lo adoraron, lo glorificaron como una especial santidad,

¹⁴⁶ Halim Kirles, Jorge, *Qanāt al-Suwais wa el Qanāwat el bahariya al Alamiya (El canal de Suez y los canales marítimos mundiales)*, El Cairo, Editorial Dar El Fekr El Arabi, Biblioteca del canal de Suez, 1964, p. 74.

¹⁴⁷ El Noble Corán, Sura de Alrahmán, número 55, versículos 19 y 20, Edición del Complejo del Rey Fahd para la imprenta de El Corán, 1417 de la Híjera, p. 532. Se podrían interpretar también los números de los versículos 19 y 20 como una referencia a que la ruptura del istmo de Suez que separa ambos mares (el Mediterráneo y el Mar Rojo), se producirá entre los siglos XIX y XX.

celebraron fiestas por las inundaciones y dedicaron las mejores canciones de alegría y felicidad por los dones del río. Los antiguos egipcios solían construir canales y presas para fomentar la agricultura y el comercio internacional y para facilitar la navegación por el mar Rojo. El Rey Sounosert III excavó un canal que enlazaba el Mediterráneo con el mar Rojo, llamado por los historiadores “Canal de Sizostris”, pues los barcos que venían desde el Mediterráneo navegaban por una de las ramas del río Nilo hasta la ciudad de El Zagazig y desde allí se dirigían al este en dirección al mar Rojo, atravesando los lagos Amargos, que estaban conectados con el mar Rojo en aquel entonces. El canal de Sizostris había sido cerrado varias veces y ante la emergente necesidad, los faraones, el rey Nejau, el rey Dara I, Ptolemeo II, el emperador Trajano y Amru Ibn El Aas lo abrieron hasta la llegada del califa Abu Gaafar Al-Mansour, que volvió a cegararlo de nuevo. Dicho canal no solamente se considera como el primer canal que enlaza ambos mares, el Mediterráneo y el mar Rojo, sino que es el canal marítimo más antiguo del mundo.

La historia de la construcción del canal de Suez se remonta a la época faraónica, es decir, unos veinte siglos antes de Cristo existió el deseo de crear una conexión entre el mar Mediterráneo y el mar Rojo. Los faraones fueron pioneros en obras de ingeniería tales como los intentos por construir este canal. Los primeros esfuerzos estuvieron encaminados a unir el río Nilo con el mar Rojo. Estrabón y Plinio cuentan que el primer intento fue dirigido por Senwosret I. Sin embargo, no existe evidencia de que este canal fuera construido en esa época. Bajo la dirección de Necho II (610-595 a.C) fue construido un canal entre una de las ramas del río Nilo (Pelusia) y el extremo norte de los lagos Amargos, los cuales se sitúan entre los dos mares. Llevar a cabo esta obra costó más de 100.000 vidas humanas. Con el transcurso del tiempo sufrió grandes deterioros, fue prolongado, abandonado y vuelto a construir; más tarde, fue descuidado nuevamente. Fue reconstruido por el gobernante persa Darío I (522-486 a.C), cuyo canal puede ser aún observado a lo largo de la depresión de Wadi Tumilat. Este canal fue prolongado hasta el mar Rojo por Ptolomeo II Filadelfio (285-486 a.C), luego abandonado durante el temprano Imperio Romano y vuelto a construir por Trajano (98-117 d.C). Cuando Egipto fue conquistado por los musulmanes, Amr Ibn El As lo reconstruyó creando una nueva línea desde El Cairo. En el año 767 d.C, el califa Abu Gaffar El Mansur cerró el canal con el objetivo de cortar el suministro a los insurgentes localizados en el delta del Nilo. Ferdinand de Lesseps procuraba siempre en sus discursos animar a los egipcios coptos y musulmanes para colaborar en el proyecto de la construcción del canal de Suez, ya que afirmaba que el proyecto del canal venía citado en el Evangelio y en El Corán.

En las siguientes páginas analizaremos los acontecimientos más destacados en la construcción del canal de Suez y su evolución desde 1887 a.C, es decir, durante cuatro mil años aproximadamente. Por lo tanto, hemos dividido la historia del canal de Suez en dos partes: primero, el canal faraónico que enlazaba el Mediterráneo con el mar Rojo a través de una vía indirecta por medio del río Nilo y sus ramas. Su historia abarca desde su excavación en 1887 a.C. hasta su destrucción en 760 d.C. El primero en pensar en enlazar el Mediterráneo con el mar Rojo por una vía indirecta a través del río Nilo fue el Faraón Siniser III, que pertenece a la dinastía XII, para consolidar el comercio y la comunicación

entre Oriente y Occidente. En aquella época, los barcos venían desde el Mediterráneo navegando por el Nilo hasta El Zagazig y llegando al mar Rojo a través de los lagos Amargos, que entonces se conectaban con él. Todavía existen hoy las huellas de este canal en Guinefa, cerca de la ciudad del Suez.

En el año 610 a.C., se volvió a excavar dicho canal, después de que se hubiera llenado de tierra por falta de mantenimiento durante mucho tiempo, formándose una presa que aisló completamente a los lagos Amargos del mar Rojo. El faraón Nejau II hizo un gigantesco esfuerzo para volver a excavar el canal, teniendo éxito en enlazar el Nilo con los lagos Amargos, pero fracasó a la hora de vincularlos con el mar Rojo. En el 510 a.C. recibió el nombre de “el canal de los persas”, porque el rey persa Darío I (550-485 a.C.) se interesó por el canal volviendo a enlazar el Nilo con los lagos Amargos, pero tal y como les sucediera a sus antepasados, su empresa careció de éxito salvo a través de pequeños canales que únicamente servían para la navegación en las épocas de crecida. En el 285 a.C., en la época de los griegos, fue denominado como “el canal griego”, cuando Ptolomeo II venció todas las dificultades que obstaculizaron a sus antepasados, pudiendo reanudar la navegación completamente por el canal al tener éxito en excavar la parte de tierra situada entre los lagos Amargos y el mar Rojo, sustituyendo así a los pequeños canales. En el año 45 a.C., durante el reinado de los Ptolomeos, el descuido absoluto regresó al canal y a finales de la época de estos fue prolongado hasta el mar Rojo por Ptolomeo II Filadelfio (285-486 a.C.). Posteriormente, fue abandonado durante el temprano Imperio Romano y vuelto a construir por Trajano (98-117 d.C.). Así en el año 98 d.C, los romanos volvieron a utilizar el canal para fomentar el comercio, por lo que el emperador Trajano excavó un nuevo canal cerca del Cairo que comenzaba en la punta del golfo y terminaba en Abbasiya, donde enlazaba con El Zagazig.

En el año 400, en la época de los bizantinos, volvió nuevamente el descuido al canal y se acumularon los montones de tierra, quedando el canal inutilizado completamente para la navegación. En el año 641 d.C, el líder musulmán Amru Ibin El-As, después de su conquista de Egipto, volvió a excavar el canal de nuevo, llamándolo el canal del *Emir de los Creyentes*, y pretendería excavar un canal que enlazara directamente el Mediterráneo y el mar Rojo, pero el Segundo Califa, Omar Bin El Khattab, le hizo desistir de esta idea para proteger a Egipto de las ambiciones extranjeras; así que Amru Ibn El-As reconstruyó el canal y creó una nueva línea desde el Cairo.

En el año 760, siguiendo las órdenes del califa abbasí Abu Gafar El Mansour, el canal se llenó de tierra para que no fuera utilizado para transportar los suministros a los rebeldes de la Meca y Medina. De esta forma, se interrumpió la navegación entre ambos mares aproximadamente once siglos y, durante este periodo, se utilizaron las carreteras para transportar el comercio egipcio. A estos acontecimientos se refiere Gregorio Andrés y Espala diciendo:

Cuando la invasión árabe, Amrú, general de Omar, imaginó unir los dos mares por un canal directo entre Suez y Pelusio; mas temeroso de que dicha vía pudiera caer en manos de los cruzados, desistió de su proyecto e incomunicó de nuevo a Egipto con Europa,

ocupándose tan solo de restaurar el primitivo canal faraónico para avituallar la Arabia. Siglo y medio después, El-Mansour lo cegó para sitiar a Medina y la Meca, quedando desde entonces inutilizado hasta el presente. A fines del siglo pasado, Bonaparte examina sobre el terreno las ruinas del canal, y concibe el pensamiento de la obra moderna, que no pudo llegar a emprender por las complicaciones de la guerra.¹⁴⁸

En 1798, Napoleón Bonaparte pensó en unir los dos mares por medio de un canal navegable, el cual traería como consecuencia problemas en las actividades comerciales y mercantiles de los ingleses. Los trabajos se iniciaron en 1799 al mando de Charles Le Pere; pero, a causa de un error en los cálculos, se estimó que había una gran diferencia (de aproximadamente nueve metros) entre el nivel del Mediterráneo y el del mar Rojo, por lo que rápidamente se suspendieron los trabajos.

En el año 1820, Mohamed Alí Bajá ordenó reformar una parte del canal con la finalidad de regar la zona situada entre el Abbasiya y el Kassasin. Sin embargo, en 1833, un grupo de intelectuales franceses, conocidos como los Saint-Simoniens, llegó a El Cairo bastante interesado en el proyecto del canal de Suez, a pesar de problemas tales como la diferencia en los niveles del mar. Desafortunadamente, en ese tiempo, Mohamed Alí tuvo muy poco interés en el proyecto y en 1835 los Saint-Simonies fueron víctimas de una epidemia que azotaba a Egipto y la mayoría de los 20 ingenieros regresó a Francia. Este grupo dejó tras él varios interesados, incluido Fernando de Lesseps, quien sería después vicecónsul francés en Alejandría, o Linant de Bellefonds. En París, en el año de 1846, los Saint-Simoniens crearon una asociación para estudiar de nuevo la posibilidad de construir el canal.

En 1847, Bourdaloue confirmó que no había una diferencia real entre los niveles del mar Rojo y el Mediterráneo y fue Linant de Bellefonds quien llevó a cabo el correspondiente reporte técnico. Sin embargo, había una gran oposición inglesa a la ejecución del proyecto y Mohamed Alí, enfermo, estaba poco interesado en él.

El 30 de noviembre de 1854, gracias a la amistad que tuvo en la infancia con Mohamed Said (por ese tiempo virrey de Egipto), Fernando de Lesseps firmó una concesión con el gobierno egipcio para excavar el canal de Suez. En 1854 De Lesseps, cónsul de Francia en Egipto, vuelve a estudiar la cuestión, se persuade de su posibilidad, logra inspirar confianza al virrey, y obtiene que una comisión de ingenieros recorra el futuro trayecto de la vía marítima y emita el dictamen favorable, porque el pretendido desnivel entre ambos mares, elevado erróneamente a diez metros en tiempos de Bonaparte, quedó reducido por las más exactas exploraciones modernas a ochenta centímetros. Conocido este resultado, de Lesseps obtiene autorización para constituir una sociedad que, por espontánea suscripción en las primeras plazas mercantiles de Europa, reúne en pocos días 480 millones de reales, cubriendo el resto hasta completar 800 millones el ilustrado virrey Said Bajá.

En 1858, la sociedad privada Compañía Universal del Suez, de la que formaba parte Fernando de Lesseps, se encargó de conseguir el dinero para construirlo y explotarlo. Una

¹⁴⁸ Ibidem, pp. 37-38.

vez que Fernando de Lesseps fue autorizado para proceder con la formación de la Compañía del canal de Suez, esta fue capitalizada en doscientos millones de francos, dividiendo el capital en 400.000 acciones, con un interés aprobado en los estatutos del 5%. Las acciones se lanzaron al mercado en 1858. Los inversionistas y capitalistas franceses adquirieron más de la mitad de la emisión en el plazo de dos meses. Para estudiar qué ruta sería la más fácil, la más segura y la más ventajosa para el comercio europeo, De Lesseps creó la “Commission Scientifique Internationale”, encargada de la planificación del proyecto del canal de Suez.

El 25 de abril de 1859 se iniciaron las excavaciones, las cuales duraron diez años. Para la construcción del canal primitivo, se requirió un movimiento de 74 millones de metros cúbicos y al iniciar los trabajos fue necesario excavar más de 160 kilómetros en el desierto sobre 22 metros de ancho y 8 metros de profundidad. Pero con el transcurso de los años, el aumento progresivo del tonelaje de los buques hizo necesarios trabajos de ensanchamiento y profundización en sucesivas ocasiones con un ulterior movimiento total de unos 315.000.000 m³ de materiales. Actualmente, el canal mide de 70 a 125 metros de ancho en la superficie y de 45 a 100 metros en el fondo y su profundidad oscila entre once y doce metros. Está en toda su extensión a nivel del mar y en su mayor parte pasa a través de arena y arcilla. Atraviesa unas pocas colinas de baja altura y, para su construcción, fue necesario dragar cuatro lagos poco profundos.

El canal de Suez no solo ha reducido el camino de Europa a la India en cinco mil kilómetros, sino que también ha sido motivo de numerosos enfrentamientos entre potencias que buscaban controlar la tan codiciada ruta. Este majestuoso canal fue inaugurado el 17 de noviembre de 1869 con la ópera de Giuseppe Verdi *Rigoletto*.¹⁴⁹

III.3 El trabajo forzoso en la construcción del canal de Suez

A nivel mundial, se escribieron numerosas obras sobre el canal de Suez, pero la mayoría de ellas está dentro del contexto de la lucha política entre Francia e Inglaterra en el siglo XIX, y se olvidaron de un lado tan importante como es el lado oculto del Egipto de

¹⁴⁹Giuseppe Fortunino Francesco Verdi (Busseto, 1813 – Milán, 1901) recibió del jedive de Egipto, Ismail Pachá, el encargo de componer una ópera, de ambiente egipcio, para que su estreno coincidiera con los fastos de la inauguración del canal de Suez. Sin embargo, la apertura del canal tuvo lugar el 17 de noviembre de 1869 y la ópera no estaba aún terminada por lo que tuvo que representarse *Rigoletto* (1851) del propio Verdi. La Ópera *Aída* de Verdi fue estrenada, sin la presencia de su autor, en el Teatro de la Ópera de El Cairo, un año mas tarde, el 24 de diciembre de 1871. La representación fue grandiosa. Como detalle citaremos que la corona que ceñía Amneris era de oro macizo y las armas de Radamés de plata. Fueron sus protagonistas Antonietta Pozzoni (Aída), Pietro Mongini (Radamés), Eleonora Grossi (Amneris), Francesco Steller (Amonastro); el foso estaba dirigido por Giovanni Bottesini. Dos meses más tarde se estrenó, con la presencia de su autor, en el Teatro de la Scala de Milán, el 8 de febrero de 1872. El papel de Aída fue cantado por Teresa Stolz (1834 – 1902) que tanta influencia tendría a lo largo de la vida de Verdi. Constituyó un éxito clamoroso y el maestro tuvo que salir a saludar 32 veces. En esta versión de la Scala, que ha quedado como definitiva, Verdi le añadió la famosa aria para soprano *O Patria mía*.

todos los tiempos: entre esos aspectos olvidados, destaca la imagen del *fellah* egipcio y su papel en la construcción del canal de Suez, que se realizó gracias a sus sacrificios y su labor olvidada desde la época de los faraones. El *fellah* egipcio yace desde la antigüedad en la base de la pirámide social de Egipto. Por eso, es sumamente importante centrar la atención intentando resaltar su papel en la construcción del canal de Suez. A continuación, se abordará el problema de la mano de obra en la excavación del canal de Suez, la manera de selección de los trabajadores egipcios y la forma de deportarlos a las distintas zonas de excavación. Asimismo, detallaremos los peligros que los *fellahs* de Egipto tuvieron que soportar, como su muerte por sed y por la propagación de epidemias entre la comunidad de trabajadores egipcios.

El trabajo forzoso afectó negativamente a la economía egipcia, porque los *fallahs* abandonaron las tierras agrícolas, dirigiéndose a la excavación del canal de Suez. En el siglo XX, se rodaron películas egipcias que trataron el tema, como “*Shafika y Metwaly*”, epopeya egipcia sobre el sufrimiento del *fellah* egipcio durante el trabajo forzoso de la excavación del canal de Suez. Pero estos asuntos han sido tratados en la literatura árabe y en los libros de historia del canal de Suez a través del tiempo. La imagen que nos ofreció el autor de *La novela de Egipto* es defectuosa, ya que le faltaba un profundo conocimiento de la cultura egipcia y la convivencia con ella y por eso, sería útil hablar sobre este tema para cubrir lagunas que no se han tratado desde el punto de vista histórico y literario.

El trabajo forzoso siempre ha existido en Egipto, desde la época de los faraones hasta la moderna, en el siglo XIX, con la excavación del canal de Suez. Apenas comenzó la segunda mitad del siglo XIX, se intensificó la comunicación de Egipto con la política europea por un lado, y por otro, Europa comenzó directamente la creación de intereses propios en la zona. Así las cosas, con este capítulo se pretende reabrir una página olvidada de la historia social de Egipto en el siglo XIX y su vinculación con la excavación del canal de Suez. La base de la investigación se apoya en numerosos archivos consultados en el Palacio de Abdin en Egipto, además de otras fuentes bibliográficas extranjeras existentes.

Cuando llegó Mohamed Said Bajá al virreinato de Egipto el 14 de julio de 1854, después de la muerte de Abbas I, se trasladaron a Egipto un gran número de occidentales que duplicó su número durante su reinado. La mayoría de los que se instalaron en Egipto fueron italianos, franceses, griegos y austriacos, que vinieron en busca de pan y cobijo bajo la protección de los cónsules de sus países. El cónsul de los Estados Unidos en Egipto en aquel entonces, como testigo que presencié estos acontecimientos, los describió del siguiente modo:

Que las calles de El Cairo y Alejandría estaban llenas con mezclas extrañas de extranjeros que vinieron al país como salidas de un barranco profundo, pertenecientes a numerosas nacionalidades, lenguas y costumbres. Los carteles que se pegaban sobre las paredes en las calles de ambas ciudades se escribían en cuatro idiomas: italiano, francés, inglés y árabe.¹⁵⁰

¹⁵⁰ Leon, Edwin de, *The Khedive's Egypt*, London, s. i., 1877, p. 92.

La importación de mano de obra extranjera para la ejecución del proyecto del canal de Suez no era algo viable y podría causar problemas complicados al gobierno egipcio, dado que abriría las puertas a los cónsules de los estados para intervenir en los asuntos internos de Egipto y crearía más oportunidades a De Lesseps para aumentar su presión sobre Mohamed Said Bajá con el fin de lograr sus ambiciones, que no tenían límites. A primeros de abril de 1855 recibió Mohamed Said Bajá una carta de su suegro Kamel Bajá en Constantinopla en la que le avisaba así: “Kamel Bajá estaba atento en aclarar a Mohamed Said Baja los daños que podría provocar este proyecto y que el daño más importante de lo que podría ocurrir, en su opinión, consiste en la afluencia de un gran número de extranjeros a Egipto.”¹⁵¹

No cabe ninguna duda de que Fernando de Lesseps se benefició de esta situación y convenció a Mohamed Said Bajá de la peligrosidad de la afluencia de trabajadores extranjeros en Egipto para que trabajasen en la excavación del canal. Tuvo la esperanza Fernando de Lesseps de que el pueblo egipcio, únicamente, se hiciera cargo de la excavación del canal de Suez. Los partidarios del proyecto apoyaron esta idea en un artículo que fue publicado en el periódico de la empresa del canal *L'isthme de Suez* bajo el título de “Unas palabras en relación con la utilización de los trabajadores *fellahs* y no otros en la ejecución de las obras del proyecto del canal de Suez”. El contenido de este artículo se refiere a que ninguno de los hombres de la empresa pensó seriamente, ni el propio Said Bajá, en la importación de trabajadores extranjeros de Europa para que trabajaran en la excavación del Canal de Suez y para que se pusieran todos de acuerdo en que debían prevenir los peligros de esta actuación y los numerosos problemas que podrían ser provocados como consecuencia de ello.¹⁵²

En este sentido, es digno señalar que cuando ofreció Metrinej, el primer ministro de Austria, el proyecto de la excavación del canal de Suez en el año 1842 al gobernador de Egipto Mohamed Alí Bajá, este último puso un pliego de condiciones: que Egipto se hiciera cargo de la excavación del canal de Suez, que el gobierno egipcio utilizara los ingenieros y demás técnicos europeos y que cobraran sus sueldos de Egipto. En un debate del 30 de enero de 1845 con el representante de la Asociación Libzeg, asociación que se fundó para la propaganda del proyecto del canal de Suez, Mohamed Alí Bajá declaró: “Que a Egipto no le hacen falta hombres y que yo, para la realización de esta obra, tengo en mi poder utilizar todos los efectivos de mi ejército”.¹⁵³

En realidad, la utilización de trabajadores europeos en las obras de la excavación del canal de Suez era casi imposible, debido al clima de Egipto, al que no estaban acostumbrados, y porque los sueldos que cobraban los europeos en comparación con los que recibían los *fellahs* egipcios se consideraban bastante elevados, algo que no soportaría el presupuesto de la Compañía Marítima Universal del canal de Suez al comienzo de la

¹⁵¹ Sabry, Mohamed, *L'Empire égyptien sous Ismaïl et l'Ingérence anglo-française, (1863-1879)*, Paris, s. i., 1933, p. 57.

¹⁵² *L'isthme de Suez, De l'emploi exclusif des ouvriers fellahs dans l'exécution du canal de Suez*, número 14, publicado el 10 de enero de (1857), Grupo del Segundo Año, Egypt, 1857.

¹⁵³ Hallberg, Charles William, *The Suez Canal. Its History and Diplomatic Importance*, New York, s. i., 1931, pp. 180-181.

ejecución del proyecto. Asimismo, el rendimiento de un trabajador europeo sería mucho menor que el rendimiento de un *fellah* egipcio, acostumbrado al clima y al trabajo forzoso.¹⁵⁴

Los trabajadores egipcios se caracterizaban por la perseverancia, la resistencia, la paciencia y la capacidad de seguir trabajando duro en el ambiente desértico. Las costumbres de los trabajadores egipcios se diferenciaban notablemente de las de los europeos. De esta forma, mientras encontramos que los primeros estaban acostumbrados a la vida dura, la austeridad y satisfechos con los mínimos medios para vivir, descubriremos que los otros tendían a beber alcohol en exceso, a los placeres mundanos y siempre exigían mejorar las condiciones del trabajo, pidiendo cada vez más aumento de sus sueldos.

Si la posición egipcio-inglesa en el proyecto del canal de Suez fue la que condujo a pensar en limitar la utilización de trabajadores extranjeros en la ejecución del proyecto, eso estaba de acuerdo con los intereses egipcios y con el interés provisional de la empresa. Pero era necesario en el asunto de la mano de obra que se tuviera en cuenta la situación económica y social del país para que el excesivo reclutamiento de trabajadores egipcios no afectara negativamente a los intereses agrícolas de Egipto. Como se sabe, Egipto era y es un país agrícola, y la agricultura depende de la mano de obra de los *fellahs*. Como los *fellahs* egipcios habían sido utilizados masivamente en la excavación del canal de Suez pagándoles a veces salarios ínfimos y muchas otras sin sueldo alguno. Su participación masiva en las obras del canal de Suez tuvo efectos negativos sobre la agricultura y muy particularmente sobre el cultivo estratégico del algodón, que necesitaba mucha mano de obra que escaseó debido a que esta había sido obligada a trabajar en la excavación del canal, lo que lamentablemente conllevó el abandono de la tierra agrícola.

Está confirmado que la empresa, cuando comenzó el 25 de abril de 1859 sus obras de excavación en el canal de Suez, no poseía ni una sola excavadora, a pesar de que ya habían pasado cuatro años desde el primer contrato de concesión privilegiada, y todo lo que había hecho la empresa al respecto un mes antes del comienzo de la excavación, el 21 de marzo de 1859, era firmar un acuerdo con la compañía combe en la ciudad de Lyon para suministrarles solamente dos excavadoras de 20 caballos. Sin embargo, las fábricas de aquella sociedad enviaron las piezas de ambas excavadoras a plazos a lo largo del año 1860. Estas dos no sirvieron de mucho porque iban a ser dos únicas máquinas, demasiado pequeñas para la excavación de un canal tan largo, profundo y ancho como es el caso del canal de Suez. Todo ello indicaba que la explotación al pueblo egipcio era intencionada por parte de la empresa para destinar a los *fellahs* egipcios al trabajo forzado en la excavación del canal de Suez.

Según el segundo contrato de concesión, en el segundo artículo del mismo, se dice que el número de trabajadores egipcios que utilizara la empresa había de ser, por lo menos, las cuatro quintas partes de la totalidad de los trabajadores de la empresa. En el primer

¹⁵⁴ *L'isthme de Suez*, Véase el artículo número 5, publicado el 25 de agosto de (1856), p. 69 del Grupo del Primer Año.

contrato de concesión había una cláusula que decía que la empresa tenía el derecho de vender las aguas del canal dulce a los agricultores que poseyeran terrenos a ambas orillas y que necesitaran regarlos. Esta resultó ser una actitud totalmente injusta con los *fellahs*: ¿cómo es que se encargaron de las tareas de excavación de ambos canales, el canal de agua dulce y el canal de agua salada, mediante el trabajo forzoso, y luego la compañía del canal de Suez les vendía el agua de riego?

En el primer artículo del contrato de concesión, se incluían los extensos terrenos que otorgó el gobierno egipcio a la empresa sin nada a cambio. Estos terrenos estaban divididos en dos tipos. El primer tipo incluía los terrenos otorgados por el gobierno para la construcción del canal de Suez y el canal de agua dulce con sus dos ramificaciones. La empresa tenía derecho a expropiar todos los terrenos necesarios para esto, sin tener que pagar ni impuestos ni tasas por utilizarla. En el segundo tipo de terrenos otorgados, el contrato de concesión dicta que el gobierno egipcio permitía a la empresa el derecho a explotar todos los terrenos no cultivados en aquel entonces y que no estuvieran en manos de ningún propietario, pues su riego y su cultivo sería a costa de la empresa y todos estos terrenos estarían exentos de tributos por un periodo de diez años, que comenzaba desde la fecha de inicio de su explotación. Luego se sometía a las tasas y tributos igual que los demás terrenos en otras dependencias del estado, hasta completar ochenta y nueve años, que es el periodo que quedaba para el vencimiento del contrato de concesión privilegiada. Cuando este venciera, se mantendrían la empresa y sus derechos a la explotación de estos terrenos y a la maquinaria que tomaba el agua necesaria para regarlos, con la condición de que pagaran al gobierno egipcio los impuestos sobre terrenos. El contrato de concesión privilegiada decía también que el gobierno debía entregar a la empresa, cuando fuera necesario, los terrenos que eran de propiedad privada y que fueran imprescindibles para la ejecución de las obras y para la correcta explotación de la concesión, con la condición de que la empresa pagara indemnizaciones justas a los propietarios de estos terrenos de una forma amistosa. En caso de que surgiera una disputa acerca de la cantidad de la indemnización, se formaría una comisión de arbitraje compuesta por tres miembros: uno elegido por la empresa, otro por el interesado y un tercero nombrado por el gobierno. Las decisiones de esta comisión serían inapelables y ejecutadas inmediatamente.

A continuación vamos a tratar el problema de la mano de obra según viene citado en el segundo artículo del segundo contrato de concesión privilegiada, en el que se expone: “La empresa tiene derecho a ejecutar las obras encomendadas, según lo estime oportuno: a través de la celebración de un concurso general o a través de prácticas. En todo caso deben ser, al menos, las cuatro quintas partes de los trabajadores que se utilicen en estas obras egipcios. Quizás crean algunos que el objetivo de poner esta cláusula era un puro favoritismo para los trabajadores egipcios, vetando a los trabajadores franceses y extranjeros y abriendo así amplias perspectivas ante el pueblo egipcio para trabajar en la ejecución del proyecto; pero la verdadera intención era distinta. Pensó en ello un colono europeo de primera clase como era Fernando de Lesseps, porque aparentemente esta cláusula presentaba un significado contrario, ya que el verdadero objetivo de este artículo, al fin y al cabo, era que los egipcios estuvieran al servicio de la empresa y no la empresa al servicio de los egipcios.

Es digno de señalarse que era prácticamente imposible que la empresa trajera a Egipto grandes multitudes de trabajadores europeos para que se instalasen en el desierto del istmo de Suez a fin de llevar a cabo la ejecución del proyecto en sus primeras fases, por los motivos que habíamos mencionado anteriormente. Un abogado inglés mencionó que este artículo, a pesar de que viene citado en las obligaciones de la empresa, en realidad se considera como un privilegio concedido a la misma debido a que, si no existiera este artículo, la ejecución del proyecto podría no ser difícil sino imposible.¹⁵⁵

En realidad, este artículo tiene en esencia y como objetivo real alcanzar objetivos políticos y beneficios materiales para la empresa. Los objetivos políticos se resumen en acabar con la oposición inglesa al proyecto del canal, centrado fundamentalmente en la importación de trabajadores extranjeros y en disipar las dudas de Turquía de los objetivos políticos de Francia y de Mohamed Said Bajá. Más tarde, el periódico *L'isthme de Suez* desveló los objetivos políticos que se querían conseguir y que estaban detrás de esta cláusula puesta a propósito. Por eso, cabe citar una parte de este artículo, en el que se explica que:

No es ningún secreto que, con la imposición del segundo artículo, se pretendía, con él, alejar las acusaciones de Said Bajá y el fortalecimiento de su posición. Algunos promueven las acusaciones de que él tiende a hacer un movimiento independentista o que quiere exponer las propiedades del estado otomano al peligro de la pérdida.¹⁵⁶

Realmente, el segundo artículo no consiguió sus objetivos políticos porque Inglaterra siguió con su oposición al proyecto del canal apoyándose en otros motivos y pretextos como el trabajo forzado en la excavación del canal de Suez o la imposibilidad de excavarlo en el desierto del istmo por las tormentas de arena que eran frecuentes en esa zona. También a veces tomaba como base de su oposición la peligrosidad de la navegación en el mar Rojo o que el canal no generaría beneficios económicos notables.

El segundo objetivo de la imposición de este artículo en el contrato era la consecución de beneficios económicos para la empresa, pues dicho artículo era un pilar muy fuerte en la ejecución del proyecto. Fernando de Lesseps hizo de él la base del sistema del trabajo forzado que se utilizó en la excavación del canal, deduciendo del mismo nuevos derechos para la empresa que se formularon en una normativa llamada “Reglamento de Utilización de Trabajadores Nacionales Egipcios” en las obras del canal de Suez, que emitió a través de su amigo Mohamed Said Bajá el 20 de julio de 1856. Para la aplicación de este artículo y su reglamento se tuvo que conducir a los egipcios en masa a las zonas de la excavación del canal de Suez. Gracias a esto, el número de ciudadanos egipcios que fueron forzados a la excavación solamente durante el año 1862 llegó a 250.000 *fellahs*, número muy elevado teniendo en cuenta que la población egipcia en aquel entonces era de 4.833.000 habitantes.¹⁵⁷

¹⁵⁵ Lamb Kenney, Charles, Barrister at Law, *The Gates of the East. Ten Chapters on the Isthmus of Suez Canal*, London, s. i., 1857, pp. 24-25.

¹⁵⁶ *L'isthme de Suez*, número 120, publicado el 15 de junio de (1861), pp. 199-203, Grupo del Año Sexto.

¹⁵⁷ Malortie, Baron de, *Egypt, Native Rulers and Foreign Interference*, London, Editorial William Ridgeway, 1882, p. 144.

La empresa, a la hora de la ejecución del proyecto, veía este artículo como si fuera otro capital de la compañía, y por eso es conveniente decir que, cuando se intensificó la disputa en los años 1863 y 1864 entre el gobierno egipcio y la compañía acerca de la cancelación del trabajo forzado en la excavación del canal de Suez, esta aceptó en principio la cancelación del trabajo forzado, pero a cambio requirió que el gobierno egipcio pagase una indemnización estimada en 57 millones de francos,¹⁵⁸ teniendo en cuenta que la totalidad de su capital era de doscientos millones de francos. Pero después de la intervención del emperador de Francia, Napoleón III, el gobierno egipcio pagó a la empresa la cantidad de 42,5 millones de francos. Así pues, la inteligencia de De Lesseps, quien redactó esta cláusula, era increíblemente asombrosa, dado que salió ganando en ambos casos, pues al principio, a través de este artículo, logró todos los recursos humanos que necesitaba mediante el trabajo forzado de los egipcios, y cuando se canceló este artículo la empresa cobró millones de francos como indemnización, con lo que pudo comprar la maquinaria y tener la liquidez necesaria para la ejecución de la segunda fase del proyecto.

El gobierno egipcio intervenía para reclutar a los trabajadores para la compañía del canal de Suez. Este hecho era una cuestión muy frecuente y una costumbre muy conocida en el Egipto de aquellos tiempos, con la única diferencia de que el gobierno egipcio reclutaba trabajadores para la ejecución de proyectos nacionales de interés común, como es el caso de la excavación de los canales de agua dulce necesaria para la agricultura, la construcción de líneas ferroviarias y la reparación de las orillas del río Nilo para protegerse de los peligros de las crecidas. Por todo ello, el trabajo forzado, muy común en Egipto en aquel entonces, era como un tipo de tributo hacia el Estado, ya que los impuestos o se pagaban en efectivo o se pagaban en servicios públicos.¹⁵⁹

De Lesseps quiso que interviniera el gobierno egipcio para reclutar a cientos de miles de trabajadores egipcios y obligarlos al trabajo forzado, muchas veces gratuito, en la excavación del canal de Suez. Por esta misma razón, la voluntad de De Lesseps fue que se registrara en un documento oficial el hecho de la intervención del gobierno egipcio en el reclutamiento de trabajadores locales para que trabajaran forzosamente en la excavación del canal. Dicho documento oficial, efectivamente, lo emitió a través de Mohamed Said Bajá para asegurar los intereses de la empresa. La obtención de un documento así del virrey no era nada difícil para Fernando de Lesseps, pues él viajó repentinamente a Egipto cuando Said Bajá estaba de veraneo en Alejandría para comunicarle que todos los miembros de la Comisión Científica Internacional se habían reunido cuando volvieron sus compañeros de

¹⁵⁸ De Lesseps, Ferdinand, *Lettres, Journal et Documents pour servir à l'histoire du canal de Suez*, Paris, (5 vols.), t. IV, 1875-1881, pp. 447-471.

¹⁵⁹ Existen tres formas para pagar los impuestos dependiendo del estado económico o social del país. Sin duda la mejor de estas tres maneras en que se pagan los impuestos es en efectivo. Pero como la moneda que circulaba en Egipto en aquella época era muy escasa el trabajo pagado por parte del gobierno no era algo usual. El mantenimiento de los canales del Nilo en su nivel de agua era algo imprescindible para el éxito de la agricultura, que era el sustento de la vida económica en Egipto. Por eso encontramos que el trabajo forzoso en los proyectos del gobierno en aquel entonces era algo inevitable en Egipto. Pero sucedió que se abusó de la utilización del trabajo forzoso, especialmente en las épocas de tiranía, donde desde los gobernadores en Egipto hasta los alcaldes y *Mashayej*, jefes de las aldeas, todos abusaban de los *fellahs* y los obligaban al trabajo forzoso en sus fincas y en sus trabajos especiales detrás de la excusa de la necesidad pública.

Egipto a Europa para redactar un informe detallado sobre las fases ejecutivas del proyecto del canal y sus gastos. Pero después de que hubieran acortado distancias en su tarea, era imposible para ellos lograrla, ya que no hicieron sus estimaciones al azar, sino con una base científica sólida y, por tanto, no pudieron estimar los gastos del proyecto con rigor (salvo que supieran por adelantado y de una forma segura los medios a través de los cuales la empresa podría conseguir a los trabajadores egipcios, los salarios que recibirían de ella y los medios de subsistencia en el desierto y las demás cuestiones relacionadas con la ejecución del proyecto). De esta manera, De Lesseps pudo engañar a Mohamed Said Bajá y Said respondió al deseo de De Lesseps expidiendo el “Reglamento de Utilización de los Trabajadores Nacionales Egipcios en las Obras del Canal de Suez”.¹⁶⁰

De tal forma, Mohamed Said Bajá era una herramienta maleable y flexible en manos de su amigo De Lesseps, del que obtuvo el cuarto documento oficial en menos de dos años, después de la expedición del primer contrato de concesión privilegiada, del segundo contrato de concesión privilegiada y de la ley esencial de la empresa. De este modo, la empresa del canal de Suez garantizó con la obtención del reglamento un recurso humano enorme representado en el pueblo egipcio, que fue destinado al trabajo forzoso en la excavación del canal de Suez por órdenes del virrey Mohamed Said Bajá. Dijo Colvin que Said no solamente trajo la infelicidad a los *fellahs*, sino que fue el gobernante que más trabajó para su miseria por motivo de la concesión del canal de Suez, mediante el cual se les impuso al trabajo forzoso en las peores condiciones.¹⁶¹

Todo ello indica que esta fue tan solo una estratagema ingeniosa de parte de Fernando de Lesseps, y es que la emisión de este reglamento no cambió en nada la estimación elaborada por el Comité Científico Internacional para los gastos de ejecución del proyecto, en donde se publicó su informe neto en diciembre de 1856¹⁶², señalando que el coste total se estima en doscientos millones de francos. Esta cifra es la misma de la estimación establecida por los dos grandes ingenieros del gobierno egipcio el 20 de marzo de 1855, antes de la expedición del Reglamento de los Trabajadores Egipcios y antes de determinar los salarios de los mismos. Es también la misma apreciación arbitraria establecida por los miembros del Subcomité que llegaron a Egipto a finales de 1855. Sin embargo, es necesario decir que los gastos del proyecto fueron más del doble de esa cantidad anteriormente estimada, ya que alcanzaron la cifra de 432.807.882 de francos.¹⁶³

La Compañía Marítima Universal del Canal de Suez fue la primera de las partes interesadas en este reglamento y, con ello, Fernando de Lesseps mostró una maestría excelente e inigualable en la elaboración de los artículos de esta normativa, por una sola razón, que consiste en evitar las palabras “trabajo forzoso” y no mencionarlas nunca aunque algunos artículos estaban repletos en significado y espíritu de este tipo de explotación

¹⁶⁰ Testa, Le Baron I. de, *Recueil des traités de la Porte Ottomane avec les Puissances étrangères*, Paris, Ernest Lebroux, Editeur, 1901, 10 vols., t. II, p.104.

¹⁶¹ Colvin, A., *The Making of Modern Egypt*, London, Thomas Nelson and Sons, 1906, p. 8.

¹⁶² Compagnie Universelle du Canal Maritime de Suez, *Rapport de la Commission Scientifique Internationale*, Paris, s. i., (1856).

¹⁶³ Hallberg, Charles William, *The Suez Canal. Its History and Diplomatic Importance*, ob. cit., p. 137.

humana. Y así, la habilidad de Fernando de Lesseps se destaca también en el arte del engaño, del fraude y del juego de palabras con el fin de ocultar lo que pretende: llevar al pueblo egipcio forzosamente a la excavación del canal de Suez.

Después de esta introducción, vienen los artículos del reglamento, que eran once en total. El texto del artículo I dice que: “El gobierno egipcio presenta los trabajadores que van a trabajar en las obras de la empresa según las peticiones del jefe de ingenieros de la empresa y según las necesidades del trabajo.” Este artículo era el más peligroso del reglamento, ya que no determinaba el número de trabajadores necesarios ni los periodos en los que había que reclutarlos, de modo que no se contradijeran con las temporadas de cultivo y de cosecha agrícola en Egipto, que suponían el sustento vital para los *fellahs* egipcios. Se observa también en este artículo la existencia del elemento de la obligación al trabajo forzoso en la manera de llevar a la gente en multitudes a las zonas de excavación y en forzar a los *fellahs* egipcios a la realización de un trabajo determinado, obligados a hacerlo en contra de su voluntad. Todo esto indicaba que el sistema de trabajo forzoso sería la base de la realización de las excavaciones en el proyecto del canal de Suez.

El artículo II del reglamento trataba cuestiones como los salarios de los trabajadores, la comida, la preparación de agua potable, los días de pago de los salarios y, asimismo, se encargaba de las consecuencias de la huida de los trabajadores de las zonas de excavación. Se pagaba a los trabajadores entre 2,5 y 3 piastras por un día de trabajo, y si la edad del trabajador era inferior a doce años, este recibía una sola piastra al día. No obstante, muchas veces no se les pagaba a los trabajadores su miserable salario en un periodo de quince días seguidos como una medida de garantía para que no huyeran de la zona de excavación por miedo a perder su dinero.

De todo ello, podemos deducir dos cosas: primero, la existencia del elemento de la obligación en la utilización de los trabajadores egipcios en las obras de excavación del canal de Suez, de modo que estos no podían abandonar las obras de excavación. Obligatoriamente, además, se les imponía una fuerte vigilancia durante el viaje desde sus aldeas hasta las zonas de excavación del canal de Suez para impedir así su huida a lo largo del recorrido. A continuación, se les ponía bajo una vigilancia minuciosa en las zonas de excavación para que trabajasen, no hubiera negligencias ni disturbios y para que no escaparan. En segundo lugar, la empresa sabía de antemano que los egipcios se escaparían del trabajo en la excavación del canal por la frivolidad salarial y debido a las duras condiciones en las que trabajaban. Al final de este artículo del reglamento, encontramos que la compañía se comprometió a conseguir para los trabajadores el agua potable necesaria para su uso personal, pero la empresa se encontró incapaz de cumplirlo todo y resulta que una gran parte de *fellahs* egipcios murieron de sed en las zonas de excavación.

En cuanto al artículo III, se dictó que la producción del trabajador no excediera en la excavación de una porción determinada según el reglamento de la Dirección General de Carreteras y Puentes de Egipto. Este sistema fue aplicado durante la ejecución de los grandes proyectos de riego en aquel entonces y fue totalmente cruel e injusto. Inventado durante el reinado de Mohamed Alí Bajá, por el que los egipcios fueron obligados a excavar

forzosamente los grandes canales de riego, los *fellahs* egipcios trabajaban incesantemente desde el alba hasta la puesta del sol bajo la amenaza de recibir latigazos. Al final de este artículo, se citó aquello que quedaría siempre en tinta sobre papel y que hemos abordado anteriormente: el respeto hacia las temporadas agrícolas de cultivo y de cosecha a la hora de reclutar a los trabajadores *fellahs* para que estos hechos no afectaran negativamente ni a la agricultura ni a la economía de Egipto en general.

En el artículo IV, se exponían las cuestiones de la seguridad general en la zona del canal. El artículo V del reglamento hablaba sobre la imposición de sanciones a los trabajadores a causa de la negligencia, la huida del trabajo o la perturbación en la zona de excavación. Determinó para cada uno de estos tres casos el castigo adecuado, por ejemplo, al trabajador al que se le observara cometer algún tipo de negligencia, se le descontaría dinero de las pocas piastras que cobraba. Por otro lado, el trabajador que se escapara de las zonas de excavación perdería el salario de los quince días anteriores que tenía pendientes por cobrar de la empresa. En último lugar, el trabajador que perturbara el sistema en las zonas de trabajo también perdería el salario de esas dos semanas. Además, la empresa tenía derecho a imponerle una multa que sería destinada a favor del hospital del istmo.

El artículo VI se ocupaba de la residencia de los trabajadores y del cuidado sanitario. El artículo VII, por su parte, reflexionaba sobre los gastos de transporte. La empresa se haría cargo de ellos desde la salida del *fellah* de su casa hasta su llegada a las zonas de excavación. En cuanto a los gastos de vuelta de los trabajadores, estos correrían por cuenta del *fellah*, porque, en muchos casos, cuando el trabajador lograba volver a su aldea lo hacía muerto o enfermo. Sin embargo, el gobierno egipcio fue el que sufragó los gastos de transporte de los trabajadores, trasladándolos bien en los trenes del ferrocarril bien en los barcos del Nilo.

El artículo VIII hablaba sobre el salario de los técnicos artesanos, como los herreros, los carpinteros, los escultores, etc., que se determinaría según el salario que el gobierno pagaba en similares obras. El artículo IX decía que la empresa debía pagar buenos salarios a los hombres del ejército egipcio por sus servicios de ayuda en la ejecución de las obras del canal de Suez.

En el artículo X se señalaba que el gobierno egipcio se comprometía a aportar todos los instrumentos necesarios para los trabajadores que participaran en las tareas de excavación, ahorrándoselo a la empresa. En el artículo XI, Mohamed Said Bajá destinó a Linant Bey y Mogel Bey para que estuvieran a disposición de la empresa en las operaciones administrativas, ejecutivas y en la supervisión de los trabajadores; asimismo, los autorizó a discutir con el director de la empresa los obstáculos que hubiera para allanarlos y para cumplir estrictamente con lo que venía citado en este reglamento.

De Lesseps obtuvo de este Reglamento de Trabajadores Egipcios un excelente aprovechamiento y lo utilizó para hacer publicidad en Inglaterra, en abril de 1857, pasándose por los grandes centros de industria y comercio haciendo propaganda para el proyecto del canal de Suez. De Lesseps convocó veintidós reuniones, llamadas “Entrevistas

Inglesas”. Durante estas reuniones aclaró la posición de la empresa diciendo que a esta le había sido prohibida la utilización de trabajadores extranjeros, excepto un pequeño porcentaje, puesto que existían multitudes de trabajadores egipcios a los que se pagaría muy poco salario gracias a la emisión del Reglamento de Trabajadores.¹⁶⁴

Cuando llegó el momento de poner las acciones de la compañía en los mercados y la invitación al público a suscribir dichas acciones, el Reglamento de los Trabajadores fue un fuerte pilar para invitar a los accionistas de la empresa. Además, De Lesseps invitó a las grandes empresas de ingeniería y a los grandes contratistas de Europa a presentar ofertas para la ejecución del proyecto, sobre la base de lo que venía en el informe del Comité Científico Internacional. Se ha adjuntado a este informe y al contrato de concesión otro tercer documento no menos importante, que es “El Reglamento de Utilización de Trabajadores Egipcios en las Obras del Canal de Suez”, para que los contratistas aceptaran participar en la ejecución del proyecto y se sintieran seguros de que encontrarían mano de obra egipcia muy fácilmente y de que sabrían perfectamente las circunstancias en las que los trabajadores realizarían sus obras y las bases mediante las cuales se regularían sus salarios. La empresa, gracias a este reglamento, logró establecer un acuerdo con uno de los grandes contratistas, Alphonse Hardon, el 14 de febrero de 1859, y se comprometió con este contrato a ejecutar las dos primeras fases de la excavación del canal de Suez, según las condiciones, términos y costes que venían en el informe de la Comisión Científica Internacional.¹⁶⁵

En el mes de febrero de 1859, el Consejo Administrativo de la empresa convocó una reunión en la que se tomaron una serie de decisiones como comenzar la excavación, enviar una comisión a Egipto compuesta de cuatro miembros (presidida por Fernando de Lesseps) para hacerse cargo de los terrenos concedidos según el contrato de concesión, establecer las zonas de excavación y organizar las distintas administraciones de la empresa para comenzar enseguida con la ejecución del proyecto. A este respecto, el periódico *L'Isthme de Suez* reflexionó sobre el objetivo final, afirmando que: “próximamente, en pocas semanas, se dará el primer golpe de azada en la tierra y tendrá eco en el mundo entero”.¹⁶⁶

Llegaron los miembros de la comisión científica internacional a Egipto y en su recepción estaba el virrey de Egipto, Mohamed Said Bajá, que les había preparado una sorpresa: había reclutado 10.000 *fellahs*, que excavaron en unos días un canal con la anchura de 15 metros que llegaba desde el Nilo en Domietta hasta el Lago Menzaleh, llamado “Canal de Comunicación entre el Nilo y el Lago Menzaleh”, que serviría para el traslado del agua y la comida que llegaría desde Domietta a los trabajadores de la empresa en Puerto Said. El periódico de la empresa *L'Isthme de Suez* hizo en su portada un comentario sobre la excavación de este canal:

Aquí está la empresa que consigue una prueba brillante que confirma el patrocinio del excelentísimo virrey al proyecto, pues ordenó su excelencia la agrupación de 10.000

¹⁶⁴ Lesseps, Ferdinand de, *Lettres, Journal et Documents pour servir à l'histoire du canal de Suez*, Paris (5 vols.), t. IV, 1875-1881, p. 216.

¹⁶⁵ Voisin Bey, François-Philippe, *Le canal de Suez*, 7 vols., Paris, s. i., 1902-1906, t VII, pp. 11-13 y 37-52.

¹⁶⁶ *L'isthme de Suez*, número 66, publicado el 15 de marzo de (1859), Grupo del Cuatro Año.

trabajadores que excavaron en espacio de pocos días un canal de comunicación que sale desde el Nilo un poquito al norte de Domietta y llega hasta el Lago Mensaleh.¹⁶⁷

Los miembros de la comisión se dirigieron hacia el punto que fue seleccionado para el comienzo del canal de Suez desde la región del Mediterráneo. Allí, el 25 de abril de 1859, se convocó una modesta ceremonia que celebró el inicio de las tareas de excavación. A esta ceremonia especial asistieron los empleados de la empresa, el contratista general y un grupo de trabajadores egipcios que ascendía a cien hombres y que vinieron desde Domietta y las regiones cercanas. En la apertura de esta pequeña ceremonia, pronunció Ferdinand de Lesseps el siguiente discurso:

En nombre de la Compañía Marítima Universal del Canal de Suez y en conformidad con las decisiones de su consejo administrativo procederemos a dar el primer golpe de azada en la tierra que va a abrir las puertas de Oriente ante el comercio de Occidente y su civilización. Nosotros estamos reunidos aquí atraídos por un mismo pensamiento que es la idea de la sinceridad con los accionistas de la compañía y a favor de su creador y patrocinador el príncipe Mohamed Said.

Que el viaje de inspección que acabamos de realizar nos hace creer que el proyecto que comienza su ejecución hoy no va a ser solamente una de las obras del progreso, sino que aumentará enormemente el valor de los capitales invertidos en su ejecución.¹⁶⁸

Cuando De Lesseps finalizó su discurso, cogió una azada y golpeó con ella el suelo, excavando un poco en señal del comienzo de las tareas de excavación y le siguió en este gesto el resto de los miembros de la comisión e ingenieros y luego los demás empleados de la empresa. Después, De Lesseps giró su cara hacia los trabajadores *fellahs* egipcios y les dedicó las siguientes palabras:

Todos vosotros golpearéis con la azada la tierra como hemos hecho nosotros ahora, y tenéis que acordaros que vosotros no vais a excavar la tierra solamente, sino que conseguiréis con vuestro trabajo la riqueza para vuestras familias y para vuestro bonito país. ¡Viva nuestro Príncipe Mohamed Said Bajá!¹⁶⁹

Estas palabras de Fernando de Lesseps fueron traducidas al árabe y enseguida comenzaron los trabajadores *fellahs* de Egipto la realización de sus tareas de excavación bajo la dirección del contratista. Las obras de excavación duraron algo más de diez años hasta que el canal de Suez fue inaugurado oficialmente para la navegación marítima el 17 de noviembre de 1869. A esta ceremonia no asistió ninguno de los hombres del gobierno egipcio porque el sultán otomano no había dado todavía su visto bueno al contrato del proyecto e Inglaterra se oponía a la ejecución de este siempre que el contrato careciera del visto bueno de la Sublime Puerta.

En octubre de 1859, surgió de nuevo una crisis porque la Sublime Puerta envió a Mukhtar Bey Elkabu Katakhada, que era el representante del virrey de Egipto en Constantinopla, una carta e instrucciones a Mohamed Said Bajá notificándole la “necesidad

¹⁶⁷ *L'Isthme de Suez*, número 71, publicado el 01 de junio de (1859), p. 164, Grupo del Cuatro Año.

¹⁶⁸ D'Elbee, Jean, *Ferdinand de Lesseps, un conquistador de génie*, Paris, Editions Littéraires de France, 1943, pp. 139-140.

¹⁶⁹ Roux Jean, Charles, *L'Isthme et le canal de Suez*, 2 volumes, París, 1901, t, I, pp. 295-296.

de parar inmediatamente todo tipo de operaciones en el canal de Suez, sea cual sea su tipo o su naturaleza”. En cuanto a las instrucciones, se resumen en la aclaración a Mohamed Said Bajá de los daños que les pudieran acarrear tanto a él como a la Sublime Puerta si continuaba con la misma política para fomentar el proyecto del canal de Suez, porque esto haría de Egipto, en cualquier guerra europea, un teatro de disputa y conduciría no solamente a la separación de Egipto de Turquía, sino a la pérdida del virreinato de la familia de Mohamed Alí en Egipto.¹⁷⁰

Nada más recibir esta carta de la Sublime Puerta, Sherif Bajá, Ministro de Asuntos Exteriores de Egipto, citó a los cónsules de los países a una reunión en su despacho el 4 de octubre de 1859. A esta cita acudieron los cónsules de dieciséis países europeos a los que Sherif Bajá informó sobre la notificación traída por el enviado del gobierno turco a Egipto, Mokhtar Bey, y que se resume en que la Sublime Puerta quería que cesasen inmediatamente las obras de excavación del canal de Suez, en que los cónsules de los países europeos colaboraran con el gobierno egipcio para alcanzar este objetivo y en que los cónsules solicitaban a sus ciudadanos que se retirasen de la zona del istmo de Suez. En principio, los cónsules aceptaron la solicitud del gobierno egipcio y comenzaron la retirada de sus ciudadanos de la zona del istmo de Suez, con la excepción de los ciudadanos de un solo país, Francia, quienes rechazaron el abandono de sus puestos en un desafío flagrante al gobierno egipcio y al cónsul general de Francia en Egipto, Sabatier.¹⁷¹

Llegaron las noticias de esta crisis en París a De Lesseps, que se inquietó gravemente y se apresuró para comunicarse con la emperatriz Eugenia de Montijo, comunicándole las noticias de esta crisis pasajera, y mostrarle la crítica situación de la empresa. Expresó su malestar a la opinión pública francesa y a la prensa del país, que a su vez exigió al gobierno apoyar a la empresa en defensa de los intereses franceses comunes en el proyecto. Se entrevistó con una delegación de los miembros del Consejo Administrativo de la Empresa y con el emperador de Francia el 23 de octubre de 1859. Este encuentro tuvo un gran éxito con el que De Lesseps pudo influir sobre el emperador, quien prometió la intervención para proteger los intereses de la empresa. Los resultados del encuentro dieron sus frutos muy rápidamente, ya que el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia envió apresuradamente a Sabatier, el cónsul general francés en Egipto, exigiéndole no tomar ninguna acción en contra de la actividad de la empresa en la zona del istmo de Suez ni hacer ninguna objeción en contra de los franceses que allí estaban. El periódico *L'Isthme de Suez* comentó estos hechos señalando:

Que por fortuna habían llegado los órdenes antes del primero de noviembre, que es la fecha que se había fijado Sabatier a los propios nacionales de su estado existentes en Egipto porque, si las medidas severas con las que habían sido amenazados los trabajadores pacíficos se habían cumplido, sin duda, podrían haber ocurrido graves enfrentamientos.¹⁷²

¹⁷⁰ Hallberg, Charles William, *The Suez Canal. Its History and Diplomatic Importance*, ob. cit., pp. 166-167.

¹⁷¹ Ritt, Olivier, *History de l'isthme de Suez*, París, s. i., 1869, pp.175-176.

¹⁷² *L'isthme de Suez*, número 82, publicado el 15 de noviembre de (1859), p. 338, Grupo del Cuatro Año.

De pronto, el conde Walewski, Ministro de Asuntos Exteriores de Francia tomó la decisión el 26 de octubre de 1859 de trasladar de Egipto a Sabatier, el cónsul general de Francia, y expresó, en su decisión de traslado, su malestar por la conducta del cónsul general en lo que se relaciona con el tema del canal de Suez. Asimismo, se preguntó el por qué no protestó en contra de las medidas que se tomaron durante la reunión con los cónsules el 4 de octubre de 1859.

En medio de toda esta polémica, habían comenzado a llegar grupos de trabajadores egipcios y extranjeros a la zona del canal a mediados del mes de noviembre de 1859. El transporte se convirtió en algo fácil entre Damietta y Puerto Said, con lo que la empresa inició la ejecución del proyecto del canal de Suez. Al principio, el número de trabajadores egipcios era escaso, pues, a primeros de diciembre de 1859, llegó a ochenta y siete y el de trabajadores extranjeros a cuarenta y nueve. A finales de diciembre de 1859, el número de trabajadores egipcios aumentó a trescientos treinta y el número de trabajadores extranjeros llegó a ochenta.

El fantasma de la crisis política no desaparecía, y cada vez aumentaba más la necesidad de trabajadores egipcios. Comenzó el nuevo año de 1860 con la utilización de los trabajadores de trabajo forzoso, en cumplimiento del “Reglamento de los Trabajadores Egipcios”. Es digno de referir que, según el acuerdo entre el contratista general Alphonse Hardon y la empresa, el artículo 15 de este acuerdo establecía que: “La empresa se compromete a presentar al Contratista, a través de todos los medios posibles, todos los trabajadores egipcios que prometió traer su majestad el excelentísimo virrey de Egipto”.¹⁷³

Ante estas circunstancias nada favorables, la compañía continuó con el reclutamiento de trabajadores egipcios por sus propios medios, aumentando, en la medida de lo posible, el número de trabajadores. La empresa formó una comisión que se dedicó a recorrer el bajo Egipto con el fin de atraer a los trabajadores para alistarse al servicio de la empresa. Esta comisión no tuvo obstáculos en el bajo Egipto, salvo en la zona del lago Mensaleh, ya que había un señor feudal que consideraba a los habitantes residentes en los alrededores del lago como esclavos. De Lesseps envió una queja a Mohamed Said Bajá e inventó, perspicazmente, un truco para animar al gobernador a ayudarlo. De Lesseps convenció a Said Bajá diciéndole que su grandeza personal y la estimación pública en Europa dependían del aumento del número de trabajadores egipcios que trabajasen en la excavación del canal de Suez. En medio de estas medidas tomadas por Mohamed Said Bajá, la empresa pudo utilizar grupos de habitantes del lago Mensaleh en las tareas de excavación del canal marítimo pequeño en la zona del Bihairh. Afirmó De Lesseps que:

La labor que los trabajadores egipcios realizaron era desalentadora y ardua. Los *fellahs* egipcios estaban de pie, desnudos, sus piernas estaban sumergidas en el agua, golpeaban y movían con la azada los bloques cohesivos estables, después los arrancaban

¹⁷³ Voisin Bey, François-Philippe, *Le canal de Suez*, ob. cit., t. VI, pp. 43-52.

desde el fondo con las manos y los entregaban al compañero que estuviera de pie junto a él, y este lo entregaría a otro y así hasta llegar a la orilla del canal.¹⁷⁴

A estos efectos, dice Wilson Arnold que hay que construir una estatua para aquellos trabajadores egipcios que han sufrido los horrores de la excavación del canal y en esa zona en particular.¹⁷⁵

Es importante señalar que los esfuerzos de la comisión de reclutamiento de trabajadores no tuvieron éxito, pues, en los últimos meses del año 1860, llegó el número de trabajadores egipcios a mil setecientos, así que el aumento que pudo la comisión conseguir se limitó a mil trescientos setenta trabajadores, cuya cifra es la diferencia entre el número de los trabajadores egipcios a finales de diciembre de 1859 y finales de diciembre de 1860.

Se observa que, como la empresa no lograba todavía aquello que deseaba (que era conseguir que los ciudadanos egipcios trabajasen forzosamente en la excavación del canal de Suez), comenzó entonces a iniciar operaciones que no requerían grandes multitudes de trabajadores egipcios, que llegarían a decenas de miles, como ocurrió en los años consecutivos, sino que limitó su actividad a las obras de carácter técnico, en vez de la realización de tareas de excavación en el canal de Suez. En referencia a ello, Wilson Arnold dijo que:

El trabajo de excavación que se realizó durante los dos primeros años era muy poco ya que se realizó la topografía de los terrenos, se establecieron almacenes, talleres, se organizaron las zonas de excavación, se compraron las excavadoras, la maquinaria, las maderas y el acero.¹⁷⁶

Durante los dos primeros años, la empresa no había realizado todavía grandes tareas de excavación por falta de personal trabajador de los nacionales egipcios y por eso, la oposición británica se dio cuenta de la crítica situación de la empresa. En este sentido, se publicó en el periódico *The Times* un artículo en el que se declaraba que las obras que la empresa afirmaba estar realizando en la zona del istmo de Suez no eran nada más que una especie de ilusiones perdidas y una ficción de la imaginación, puesto que la empresa engañaba a sus accionistas y les ofrecía palabras en vez de obras realizadas y proyectos ejecutados.

¹⁷⁴ Ibidem, t. VI, pp. 163 y 198-202. Y en Ritt, Olivier, *History de l'isthme de Suez*, ob. cit., pp. 196-198. Y en: Badger, Percy, *A visit to the Isthmus of Suez Canal Works*, London, s. i., 1862, p. 38.

¹⁷⁵ Wilson, Arnold, *The Suez Canal. Its Past, Present and Future*, London, Published by Oxford University Press, First Edition, 1933, p. 33.

¹⁷⁶ Ibidem, p. 23.

III.4 El uso excesivo del trabajo forzoso

A primeros de mayo de 1861 el número de trabajadores egipcios llegó a 7049 y en el mes de diciembre de 1861 alcanzó la cifra de 14.697. Esta subida repentina se debe a que el gobierno egipcio intervino obligando a los *fellahs* a participar en las obras de excavación en aplicación del “Reglamento de Trabajadores”. Al principio, la intervención del gobierno era escasa, limitada y a escondidas por miedo de la oposición inglesa y del gobierno turco.

La prensa inglesa en aquel entonces, al igual que en años posteriores, escribió muchos artículos sobre el trabajo forzoso en la excavación del canal de Suez, de manera que hemos seleccionado dos artículos que aparecieron durante aquella época. El primero desvela la conducta de Mohamed Said Bajá al ocultar la intervención del gobierno en el reclutamiento de trabajadores egipcios para que trabajaran en la excavación del canal de Suez; el segundo artículo dibuja una grave imagen sobre la manera en la que obligaban a los egipcios a que acudieran a las zonas de excavación.

El periódico *The Times*, en el número del 6 de junio de 1861, publicó un artículo de su corresponsal en Alejandría, en el que podía leerse lo siguiente:

No está De Lesseps con capacidad, primeramente, para declarar que en el istmo ocurre un eficaz gran avance, pero él puede últimamente asegurar que ciertamente tuvo éxito en la obtención de un gran número de trabajadores. La interpretación de este éxito repentino, después de un fracaso que duró largo tiempo, consiste en que el gobierno egipcio acabó interviniendo en el tema y prestó ayuda eficaz, y que De Lesseps incumplió su promesa de que no buscaría de ningún modo el sistema del trabajo forzoso... Y debo mencionar que estos trabajadores los describe el gobierno egipcio y la empresa como hombres que vinieron libre y voluntariamente. El gobierno egipcio ayudó, en lo que se relaciona con este tema, en no dar por escrito órdenes a los Directores de las regiones, y del mismo modo a los gobernadores de las provincias, directores, alcaldes y todos los hombres de la administración no expidieron órdenes escritas para el reclutamiento de trabajadores. Al mismo tiempo el gobierno egipcio declaró a todo el mundo que autorizó al Sr. De Lesseps a reclutar trabajadores de acuerdo con la manera libre. Con esto el gobierno pretende por un lado engañar a la opinión pública y por otro lado toma así mismo la precaución, si interviene Turquía o cualquier otro gobierno, en este tema... Tenemos que prepararnos nosotros mismos para la recepción de noticias desde París que dicen que los *fellahs* abandonan sus aldeas y sus agriculturas para trabajar en la excavación de la tierra y en el traslado de las arenas del istmo de Suez. Este es un tributo impuesto por la empresa al país, después de que el gobierno egipcio haya cargado corresponderla con obligaciones financieras equivalentes a sus ingresos en un año.¹⁷⁷

El segundo artículo fue publicado por el periódico *Standard*:

¿Sería creíble que vengan 10.000 trabajadores de las regiones remotas de Egipto al istmo de Suez una vez que lean fugazmente anuncios que les ofrecen las ofertas generosas del Sr. de Lesseps? Ha ordenado Said Bajá pegar estos anuncios en las paredes construidas de barro. ¿Alguien se imagina que las masas de *fellahs* se aglomeran cerca de un anuncio pegado a paredes de barro y luego se apresuran en alistarse al servicio del aventurero

¹⁷⁷ *L'isthme de Suez*, número 120, publicado el 15 de junio de (1861), pp. 198. Grupo del Año Sexto.

francés? Nosotros nos hemos enterado a través de fuentes de confianza de que estos trabajadores infelices han sido conducidos atados y tirados andando a pie hasta Puerto Said, y que han sido atados unos a otros como los camellos o como rebaños de esclavos en África y que van conducidos por los traficantes de esclavos desde las regiones interiores hasta la costa, donde los barcos están a la espera para el transporte de esta mercancía de homínidos.¹⁷⁸

El periódico de la empresa respondió a este artículo y, en vez de desmentirlo, lo apoyó del siguiente modo:

No cabe ninguna duda de que los trabajadores que se reclutan por la empresa van andando a las zonas de excavación a pie en un país en donde no existen muchas carreteras agrícolas, ni líneas de ferrocarriles con abundancia ni caminos acuáticos ni vías acuáticas diversas. Acortar las distancias a pie es algo muy común en Egipto y en muchos países europeos.¹⁷⁹

He aquí también el testimonio del que en aquel entonces era director de obras en la empresa del canal de Suez, el francés Voisin Bey, que revela las circunstancias en las que se comenzó con la utilización del trabajo forzoso en la ejecución de las obras del canal de Suez y aclara cómo puso Mohamed Said Bajá el tesoro del gobierno egipcio y el esfuerzo del pueblo al servicio de la empresa.

El gran problema que afrontó la empresa era el problema del agua potable en las zonas de excavación, que era trasladada en camellos desde los pozos situados en el desierto hasta Puerto Said, en pateras pequeñas desde Damietta o en barcos desde Alejandría. Con motivo de la tardanza en la llegada del agua dulce murieron cientos de trabajadores egipcios por sed. En un intento de salvar la situación, el gobierno egipcio intervino enviando tres mil trabajadores egipcios para excavar el canal de agua dulce, que fue iniciado en la segunda mitad del mes de abril de 1861 desde el pueblo de El Kasasin. El gobierno egipcio no solamente envió los *fellahs* destinados al trabajo forzoso para la realización de estas grandes obras que debería haber realizado la empresa antes de comenzar la excavación del canal, sino que se hizo cargo de todos los gastos de estas obras.¹⁸⁰

Otro francés llamado Olivier Ritt, uno de los jefes de trabajo en la empresa del canal y que residió en la zona del istmo por aquel entonces, menciona en una carta enviada desde allí en la primera mitad del año 1861 que “el gobierno egipcio mandó un gran número de egipcios para la excavación del canal de agua dulce y que ellos realizan su trabajo perfectamente como Dios manda”.¹⁸¹ De esta frase se deduce que el gobierno egipcio fue el que envió a estos trabajadores y que no acudieron a las zonas de excavación voluntariamente por el simple hecho de ver un anuncio colgado (a este respecto, cabría señalar los abundantes anuncios que repartió la compañía del canal por las distintas regiones de Egipto).

De todo lo anteriormente expuesto, llegamos a la conclusión amarga de que la compañía del canal de Suez empezó a contar con el sistema de trabajo forzoso a partir de la

¹⁷⁸ *L'isthme de Suez*, número 122, publicado el 15 de julio de (1861), p. 228. Grupo del Año Sexto.

¹⁷⁹ *Ibidem*, p. 228.

¹⁸⁰ Le Gouvernement égyptien aviat consenti à pr Voisin Bey, ob. cit., t. cap.VI, p. 209.

¹⁸¹ Ritt, Olivier, *Histoire de l'isthme de Suez*, ob. cit., p. 111.

segunda mitad del mes de abril de 1861, y concretamente el 19 de abril de ese año. Es importante señalar que Mohamed Said Bajá realizó una visita sorpresa a Puerto Said el 12 de abril de 1861, durante la cual recorrió las distintas zonas de trabajo, talleres, almacenes y las demás construcciones. Esta visita era un ejemplo práctico y claro de su apoyo a la empresa y de su interés por el éxito del proyecto. También es interesante señalar que, tras esta visita,¹⁸² Mohamed Said Bajá decidió cumplir con el Reglamento de los Trabajadores a escondidas y de una forma limitada al principio.

Tras el envío de Mohamed Said Bajá de tres mil trabajadores egipcios para excavar el canal de agua dulce, De Lesseps pidió a Said Bajá otros diez mil trabajadores forzosos en junio de 1861. De Lesseps convenció a Said explicándole que ese asunto era sumamente importante para salvar las almas de los trabajadores egipcios que morían de sed en las zonas de excavación del canal marítimo. Como de costumbre, empleó sus armas retóricas con Said Bajá, aclarándole que cualquier tardanza en cumplir este asunto afectaría negativamente a la reputación de Bajá en Francia y que también afectaría a los intereses de los accionistas. Además, De Lesseps inventó otro nuevo pretexto diciéndole a Said Bajá que los campos egipcios no necesitaban mucha mano de obra aquella temporada, ya que la cosecha de trigo estaba a punto de finalizar. De Lesseps encontró la aceptación por parte de Said Bajá; pero este vio que tenía que cumplir con la aplicación del Reglamento de los trabajadores por otro periodo, que fue estimado en otros dos meses, desde junio hasta agosto, para evitar la oposición de Inglaterra y Turquía acerca del trabajo forzoso del pueblo egipcio. Así, Said Bajá prometió que si las cosas iban tranquilamente al respecto, aumentaría el número de trabajadores en agosto de 1861 a nueve mil trabajadores y luego crecería este número a diez mil durante los meses siguientes, a partir de septiembre de 1861.

Said Bajá había recibido una carta con fecha de 11 de abril de 1861 de Kabu Katakhdá, el representante del virrey de Egipto en Constantinopla, en la que le pedía que le aclarase el plan que debía seguir con la Sublime Puerta en lo referente al tema del canal de Suez. Said Bajá le contestó el 30 de abril de 1861 ordenándole guardar silencio y no plantear la cuestión del canal ante el gobierno turco¹⁸³.

Conocedor De Lesseps de que el virrey de Egipto, Mohamed Said Bajá, todavía tenía miedo de las corrientes políticas opuestas al proyecto del canal de Suez, decidió apoyarse en el consulado general de Francia en Egipto para que este interviniera ante Said Bajá con la finalidad de elevar rápidamente el número de los trabajadores egipcios forzosos a diez mil. Así lo recogen sus palabras el 7 de junio de 1861 a Boufhal:

El contratista pretende elevar el número de los trabajadores egipcios que trabajan en las tareas de excavación del canal de agua dulce de 3.000 a 6.000 hombres y por esta misma razón es necesario que el número de trabajadores llegue a 10.000 hombres. Esto es concretamente lo que pedía el representante de Hadrón al contratista general. Creo que una sola palabra de su señoría será suficiente para que alcancemos este número... y nosotros

¹⁸² Para saber todo lo que se relaciona con esta visita véase: Voisin Bey, François-Philippe, ob. cit., t. cap.VI, p. 224.

¹⁸³ *Archivos del Palacio de Abdín*: Archivo número 19, publicado en Abdín, Mukataba “correspondencia” número 683.

entramos ahora en la mejor estación del año, ya que los campos no necesitan a toda esta mano de obra.¹⁸⁴

La empresa, asombrosamente, siempre se dirigía a la opinión pública insistiendo en el hecho de que los trabajadores egipcios que excavaban el canal habían ido libremente, debido a los buenos salarios y al buen trato que recibían por parte de la empresa. Se extendió bastante la compañía en su propaganda, llegando incluso a presentar escritos con los sellos de los jefes de los trabajadores en los que manifiestan el buen trato que reciben, la abundancia de la comida y del agua potable; asimismo, hacen referencia a los buenos salarios que cobran y hacen constar que ellos habían ido a las zonas de excavación por voluntad propia, que no había ocurrido ningún caso de muerte, que los trabajadores siempre recibían respeto por parte de la directiva de la empresa y que, por ello, reiteraban su agradecimiento por todo el bien recibido. La compañía había traducido estas notificaciones al francés publicándolas seguidamente en su revista, y cuenta de ello dieron algunos periódicos en Francia e Inglaterra.¹⁸⁵

A pesar de ello, estas notificaciones no alcanzaron la finalidad para la que se habían expuesto, ya que la Cámara de los Comunes continuó planteando la cuestión del trabajo forzoso en la excavación del canal de Suez. Tampoco a la prensa inglesa se la engañó con este truco y empezó a comentarlo con un estilo satírico muy agudo, como lo indica un artículo que escribió Ernest Desplaces, director de redacción del periódico de la compañía, sobre la postura de la prensa inglesa con las notificaciones de los jefes de trabajo egipcios. Desplaces muestra con su estilo la decepción y la amargura que sentía por la influencia negativa que provocaron estas notificaciones en la prensa inglesa. He aquí algo de lo que vino citado en este artículo:

Nosotros creíamos que la publicación de estos dos documentos sería un punto de consideración por parte de la prensa inglesa, sobre todo porque estos dos documentos tienen una importancia especial, porque están expedidos por los trabajadores, que algunos afirman que sufren todo tipo de injusticia y maltrato, pero nada de esto ocurre. No se detiene el asunto en este punto, sino que encontramos que algunos periódicos ingleses manifiestan sus dudas acerca de estos dos documentos y realizan sobre ellos un comentario que es hasta cierto punto degradante e insolente, causado por la malicia y el odio.¹⁸⁶

Después de esto, la compañía del canal de Suez dejó a un lado la política de notificaciones a los trabajadores ya que, por un lado, no conducía al resultado que se esperaba y, por otro, Said Bajá cedió, ampliándose la ejecución del Reglamento de los Trabajadores en desprecio de los intereses del pueblo egipcio.

Había llegado, por consiguiente, el momento del trabajo forzoso descarado. Tan pronto como llegó De Lesseps a París comenzó a hacer intervenciones ante el Ministerio de Asuntos Exteriores francés para que este colaborara en hacer que Mohamed Said Bajá aumentara el número de trabajadores egipcios forzados a treinta mil. Asimismo, De Lesseps

¹⁸⁴ Lesseps, Ferdinand de, *Lettres, Journal et Documents pour servir à l'histoire du canal de Suez*, ob. cit., pp. 28-30.

¹⁸⁵ *L'isthme de Suez*, número 148, publicado el 15 de agosto de (1862), pp. 253. Grupo del Año Séptimo.

¹⁸⁶ *L'isthme de Suez*, número 122, publicado el 15 de julio de (1861), pp. 228. Grupo del Año Sexto.

pidió el apoyo del emperador Napoleón III y de la emperatriz Eugenia de Montijo. Solicitó este apoyo formalmente en un memorándum expedido el 5 de agosto de 1861, en el que analizó la posición de la empresa mostrando la necesidad urgente del esfuerzo de 30.000 trabajadores egipcios.

Efectivamente, tuvieron éxito los intentos de De Lesseps, porque el gobierno francés notificó a Said que la única forma de guardar prestigio por apoyar su posesión financiera era que prevaleciera la actividad en las zonas de excavación hasta que llegaran rápido las aguas del Mediterráneo y el agua del Nilo al lago Cocodrilo.¹⁸⁷ Mohamed Said Bajá hizo caso a este deseo y todo estuvo a favor de la empresa, que mejoró bastante su situación en lo referente al problema de los trabajadores forzosos, pues afluyeron con abundancia hacia las zonas de excavación de una forma mucho más numerosa que antes.

De Lesseps escribió el 10 de noviembre de 1861 una carta llena de felicidad al duque Albufera, vicepresidente del Consejo Administrativo de la Compañía del canal de Suez en París. A continuación, mostramos parte del contenido de la misma: “Parece que su excelentísima alteza no teme ahora prestar la ayuda para el avance de nuestras obras; y vamos a utilizar inmediatamente 10.000 hombres para que las aguas del canal dulce lleguen desde Ramsés hasta el Lago Cocodrilo”.¹⁸⁸ De esta suerte, tenía razón De Lesseps en lo que dijo sobre la emperatriz Eugenia de Montijo, a la que consideraba “el ángel de la guarda del canal de Suez”: “lo que ella hizo por él iguala a lo que hizo la reina Isabel la Católica por Cristóbal Colón, el famoso descubridor.”¹⁸⁹

Varias consideraciones hicieron que Said Bajá diera este desafortunado paso en contra del pueblo egipcio, exponiéndolo a una difícil situación, que en la historia moderna no se ha comentado igual. Said Bajá sufría una aguda crisis financiera y estaba a punto de pedir un préstamo exterior a una institución francesa, por lo que el gobierno francés se aprovechó de su débil situación económica, presionándole para aumentar el número de los trabajadores, a cambio de prestar su ayuda para llevar a cabo el contrato del préstamo. Este préstamo suponía unos intereses tan altos que obligó a Schriener -cónsul general de Austria en Egipto- a que pensara en 1861 que el objetivo final tras este préstamo era poner al virrey bajo el dominio de Francia.¹⁹⁰

Said Bajá temía que los accionistas pidieran indemnizaciones por los daños que los alcanzasen en caso de que fracasara el proyecto o si las operaciones de excavación se retrasaban por motivo del incumplimiento de Said Bajá con sus obligaciones según el Reglamento de los Trabajadores. En efecto, la empresa amenazó a Said Bajá con esta arma a mediados del año 1861. El periodo de anticipación, que era de dos meses, había transcurrido sin que existiera una presión significativa sobre el virrey ni por parte de Inglaterra ni por parte de Turquía, potencias que podrían impedir que Said Bajá cumpliera con su promesa

¹⁸⁷ Roux Jean, Charles, *L'Isthme et le canal de Suez*, ob. cit., t, I, p. 331.

¹⁸⁸ De Lesseps, Ferdinand, *Lettres, Journal et Documents pour servir à l'histoire du canal de Suez*, ob. cit., pp. 101-103.

¹⁸⁹ Alloury, Jean Louis, *Comment s'est fait le canal de Suez, Pages d'histoire contemporaine recueillies sur les documents de M. de Lesseps*, París, s. i., 1882, p. 91.

¹⁹⁰ Hallberg, Charles William, *The Suez Canal. Its History and Diplomatic Importance*, ob. cit., pp. 188-189.

activando el Reglamento de los Trabajadores. El gobierno turco se mantuvo en silencio en lo que respecta a esta cuestión, pues no dirigió al virrey ningún escrito desde el 6 de diciembre de 1860.

El motivo principal que impulsó a Said Bajá a la obligación al trabajo forzoso en la excavación del canal de Suez era la posesión de un gran número de acciones (en concreto, 177.642), pues por su condición de accionista no quiso ver el proyecto arruinado delante de sus propios ojos como consecuencia de la falta de mano de obra egipcia para la empresa. Por eso, se adelantó con mucho entusiasmo a tatar los huecos en las zonas de excavación. Se puede comparar su posición en 1861 con su postura en 1860 cuando accedió a suscribir todas las acciones que la empresa fue incapaz de vender en los mercados financieros europeos, resultando su intervención en aquel entonces crucial, ya que salvó al proyecto de un cierto colapso y de un fracaso seguro.

Se podría añadir a todos estos motivos su desenfrenado deseo consistente en la ejecución del proyecto para que se convirtiera en una de las banderas de la historia y así lograr eternizar su nombre entre sus descendientes a lo largo de los tiempos. Con esto es con lo que Fernando de Lesseps le convencía siempre y le animaba, además, a situarse en el punto de mira de la élite selecta de toda la sociedad europea.

Tres jueces franceses en el año 1863 declararon que Said Bajá no tenía derecho a vender a sus súbditos a la empresa del canal de Suez, y aunque lo firmaron el 23 de mayo de 1841, concediendo el derecho de gobernar Egipto a la familia de Mohamed Alí, esta firma no les dio la potestad de apropiarse de los egipcios.

De Lesseps había invitado a su amigo Said Bajá a una comida que le preparó en el istmo de Suez, que era punto de ejecución de las actividades de la empresa, y allí consiguió de Said una autorización para la obtención de 20.000 trabajadores mensuales en las operaciones de excavación.¹⁹¹

El periódico *L'isthme de Suez* publicó la noticia de esta visita en las primeras páginas:

Publicaron ayer los periódicos de la tarde un telegrama que decía que el príncipe Said ha visitado el istmo y dedicó al tema de esta visita un artículo de apertura que finalizó con las siguientes palabras: "que nuestros lectores vean en esta honorable visita, como nosotros vemos, una nueva muestra del interés de su Alteza el Príncipe Said por un proyecto que el mundo civilizado enteramente aspira a realizar."¹⁹²

Said Bajá apareció con una gran comitiva, con una guardia personal de 1.000 soldados y otra fuerza del ejército egipcio con banderas, armas y música. De Lesseps estaba esperando al virrey en El Tel El Kebir para recibirle y acompañarle durante su recorrido por las distintas zonas de excavación. De Lesseps se quedó impresionado por la comitiva tan numerosa y por la asistencia de muchos soldados, de modo que susurró al jefe de la

¹⁹¹ Sammarco, Angelo, *La verità sulla questione del Cannale di Suez*, Roma, s. i., 1939, p. 25.

¹⁹² *L'isthme de Suez*, número 132, publicado el 15 de diciembre de (1861), p. 386. Grupo del Año Sexto.

comitiva: “este número tan grande de personas y soldados de ninguna manera pueden ir todos a las zonas de trabajo”. De Lesseps estaba ocultando un problema: necesitaban ahorrar agua potable, y las personas de la comitiva eran muchas, por lo que se redujo la fuerza militar acompañante a tan solo cincuenta soldados. Este accidente indica que Said Bajá no estaba al tanto de lo que ocurría en la excavación del canal ni de los peligros que rodeaban a los *fellahs* del pueblo egipcio.¹⁹³

Esta visita fue especialmente importante porque está relacionada estrechamente con el tema del trabajo forzoso, ya que dio buenos resultados para la empresa, pues la solución del problema de la mano de obra estaba acorde con sus intereses. En este sentido, De Leseeps explicaba que:

No había allí más que una cosa de nuestro interés: la buena impresión que se llevara dentro del alma, por esta visita, Said Bajá. Y este era el momento que yo esperaba, desde hace mucho tiempo, para remediar todas las cuestiones relacionadas con la ejecución de las tareas de excavación y para liquidar el lado financiero propio de la suscripción del gobierno egipcio.¹⁹⁴

Said Bajá respondió positivamente a las peticiones de De Lesspes y dio órdenes enseguida a los directores de las regiones de Egipto para reclutar trabajadores forzosos, de modo que a finales de diciembre llegarían 15.000 trabajadores, con la condición de que creciera este número a 25.000 egipcios durante los meses siguientes. Aparte, Bajá prometió facilitar que otros grupos de trabajadores forzosos vinieran del alto Egipto. Este delegó en Erfan Bajá la responsabilidad de asumir el reclutamiento de estos trabajadores con el objetivo de que le ayudaran en esta tarea los directores de las regiones de El Dakahliya, El Gharbiya y El Kaliobiya, dada su cercanía a las zonas de excavación.

Aparecieron rápidamente resultados con estas medidas, ya que el número de trabajadores forzosos que consiguió la empresa a finales de diciembre de 1861 llegó a ser de 14.697. En este sentido, es interesante señalar que Percy Badger, turista inglés que estaba de camino desde El Zagazig a la zona del canal en el mes de diciembre de 1861, presencié grandes multitudes de trabajadores egipcios que estaban acortando el camino andando hacia las zonas de excavación. Se acercó a ellos y una de sus preguntas fue: “¿habéis venido aquí por vuestra voluntad?”. La contestación fue unánime: “nos han traído hasta aquí falsamente”. El turista inglés registró esta respuesta en lengua árabe, tal como la pronunció “We are taken *bizzor*”, es decir, engañados y obligados.

A lo largo del año 1862 la afluencia humana hacia las zonas de excavación aumentó de una forma extraordinaria, puesto que el número de trabajadores forzosos que se conducían en grupos ascendió a 22.000 trabajadores mensualmente. A este respecto, reproducimos las palabras de Douin:

En el mes de diciembre de 1861 el propio Said se fue al istmo y vio las obras con las que quiso que se aumentara la actividad del trabajo; ordenó que se reclutaran 20.000

¹⁹³ Badger, Percy, *A visit to the Isthmus of Suez Canal Works*, London, s. i., 1862, p. 11.

¹⁹⁴ Lesseps, Ferdinand de, *Lettres, Journal et Documents pour servir à l'histoire du canal de Suez*, ob. cit., p. 113.

hombres. Y desde aquel día se cumplía esta orden de una forma continua. Las multitudes de trabajadores continuaron viniendo un mes tras otro del Alto y Bajo Egipto al istmo. Los funcionarios del gobierno egipcio estaban dirigiendo el proceso de reclutamiento de trabajadores, su envío y su acompañamiento.¹⁹⁵

De esta manera vemos cómo Said Bajá, después de su visita a las zonas de trabajo en el istmo, adoptó una postura decisiva apoyando al proyecto, con la dedicación forzosa de los egipcios a gran escala para la excavación del canal de Suez. Y es cierto lo que dijo De Lesseps: “que la asistencia del virrey en el istmo es el mejor acontecimiento que nos ocurrió”.¹⁹⁶

En menos de un mes Said Bajá cumplió con la segunda parte de su promesa, ya que aprovechó la oportunidad de realizar un viaje al alto Egipto en enero de 1862, y ordenó mandar a las zonas de excavación del canal 5.000 soldados de los que estaban a punto de terminar el periodo del servicio militar. Estos soldados eran la multitud adicional que prometió Said durante su visita al istmo. Se trasladaron estos soldados desde el alto Egipto hasta El Cairo a través del Nilo en barcos de vapor del gobierno, cogiendo luego el tren desde El Cairo hasta El Zagazig, y desde allí un representante de la empresa los envió a la zona de excavación número seis en la zona del umbral del Guisr.¹⁹⁷

Cuando llegaron los soldados a la zona de excavación, aparecieron signos que indicaban que habría entre sus filas un movimiento de insurrección y rebelión inminentes. Como el número de oficiales acompañantes era escaso, no podrían en un principio dominar la situación. Pasaron los soldados la noche y la situación indicaba que algo grave estaba a punto de suceder. Cuando llegó la mañana, estos rechazaron públicamente el trabajo en la excavación del canal, abandonando las zonas de excavación y marchándose de vuelta a sus aldeas. Por tanto, no se produjo un choque entre ellos y los jefes de las zonas de excavación, ni con los ingenieros de la empresa y sus empleados franceses. De Lesseps expone lo siguiente en un informe sobre este incidente:

Y han expresado, los jefes de las zonas de excavación, en el umbral del Guisr, mucha sabiduría, buena disposición, inteligencia y mucha actividad. Y si no es por su valor y su organización se podría extender a más el asunto de la rebeldía de los soldados del ejército egipcio que vinieron desde el Alto Egipto, donde se caracterizaban por mucha fuerza, brutalidad, intensidad, rebeldía y rigidez, pero gracias a la sabiduría de los jefes de las zonas de excavación se pudo evitar que ocurriera un desastre.¹⁹⁸

Pero los jefes franceses en las zonas de excavación mostraron una gran cordura y la defensa de estos por parte de Fernando de Lesseps no es acorde a la lógica, ya que los oficiales no se atrevieron a obligar a los soldados a que se quedaran excavando. Para los jefes franceses era algo impactante que vinieran 5000 soldados y la empresa no los desgastara como hizo con los cientos de miles de *fellahs* que trabajaban forzosa e

¹⁹⁵ Douin, George, *Histoire du Règne du Khedive Ismail*, 5 vols. T. I, Les Premières Années du Règne, 1863-1867, Rome, s. i., 1933, p. 24.

¹⁹⁶ Lesseps, Ferdinand de, *Lettres, Journal et Documents pour servir à l'histoire du canal de Suez*, ob. cit., pp. 110-112.

¹⁹⁷ Ibidem, pp. 151-152.

¹⁹⁸ Ibidem, pp. 151-152.

incesantemente en las obras de excavación del canal de Suez. Además, los jefes franceses querían imponer castigos a algunos soldados que intentaron escapar y fracasaron en el intento.¹⁹⁹

De Lesseps escribió al representante del contratista de la empresa criticándole por seguir esta tendencia y le dijo que “su alteza el Virrey, no quería provocar un escándalo por causa de la huida de los trabajadores últimamente. Y tiene razón en esto, ya que mi deseo y su deseo están de acuerdo en no imponer castigos a los que huyeron, de manera que se diera cuenta de ello la opinión pública.”²⁰⁰

De Lesseps tuvo miedo de que los trabajadores forzados actuaran igual que los soldados, rechazando el trabajo y abandonando las zonas de excavación, con lo que se ampliaría el ámbito del movimiento rebelde. Enseguida se apresuró a viajar a la zona del canal con el fin de trabajar para calmar la situación. En este sentido, De Lesseps presagió “que es posible que esta situación conduzca a consecuencias lamentables;”²⁰¹ y luego siguió diciendo en el mismo informe:

(...) este incidente no provoca en mí pánico sino que lo veo como una justificación para tomar las medidas que el Virrey aconseje seguir y que no se han cumplido hasta ahora... No es nada prudente difundir este tema. Si lo tratan los periódicos, entonces debemos contestar a esto diciendo que el viaje de esta gente, que habían venido por primera vez de regiones lejanas y estaban ansiosos por regresar a sus pueblos, es la mayor prueba de que el trabajo no es obligatorio, ya que la empresa no impide por la fuerza su vuelta. Este es un incidente individual que se produjo por el choque entre los trabajadores y sus jefes nacionales.²⁰²

De esta forma, hemos visto cómo Fernando de Lesseps intentó camuflar y falsificar las verdades como un diplomático veterano acostumbrado al arte de la palabra, pues este incidente no era individual, sino que atañía a cinco mil soldados y al choque entre los jefes franceses y los trabajadores egipcios. Mohamed Sabry expresó que:

El acto de desobediencia cometido por los soldados del ejército egipcio que habían sido agrupados para la excavación del canal de Suez tenía aspectos muy fuertes, aspectos de descontento y de resentimiento que compartió con el pueblo por el motivo de forzar a los ciudadanos a la excavación del canal; por eso, mostró su disgusto de tal forma, aunque es un pueblo pacífico y no se inclina hacia los actos violentos.²⁰³

La verdad es que el pueblo egipcio no se rindió ante este sistema injusto que impuso Said Bajá con el reclutamiento de veinte mil *fellahs* cada mes para la excavación del canal de Suez, sino que se resistía casi siempre encontrando trucos y medios para ello. Así, creció la desobediencia de los trabajadores en las zonas de excavación y plantaron cara a los jefes franceses de la empresa; aumentaron los incidentes de huida de los trabajadores de las zonas

¹⁹⁹ De Lesseps menciona que el número de los soldados que se quedaron en las zonas de excavación eran 150 soldados. Ibidem, p. 157.

²⁰⁰ Ibidem, p. 149-150.

²⁰¹ Ibidem, p. 151-152.

²⁰² Ibidem., pp. 151-152.

²⁰³ Sabry, Mohamed, *L'Empire égyptien sous Ismaïl et l'Ingérence anglo-française (1863-1879)*, ob. cit., p. 265.

de excavación y de toda la zona del canal de Suez. Los trabajadores que habían sido conducidos forzosamente solían huir en grupos sobre todo en las noches sin luna. Por ejemplo, en una sola noche huyeron sesenta y dos trabajadores y en la noche siguiente se escaparon ciento noventa y nueve hombres de los que habían sido conducidos desde la provincia de Minia. Los trabajadores del alto Egipto incitaban a sus colegas a la huida lanzando tiros al aire.²⁰⁴

Se demostró una vez más la atención que Said Bajá puso en el progreso de las tareas de excavación, de modo que recurrió a la violencia para controlar a los trabajadores rebeldes y mandó adoptar “medidas drásticas muy firmes”²⁰⁵, poniendo a partir de enero de 1862 el Servicio Policial al servicio de la Compañía Marítima Universal del Canal de Suez. Ordenó que un oficial de policía acompañara a los trabajadores forzosos durante su viaje, y que llevara los grupos desde la dirección general de la provincia de donde estos procedían hasta que los entregara, en El Zagazig al representante de la empresa.²⁰⁶

Mohamed Said Bajá encargó al Gran Oficial Ismail Hamdi Bey llevar a cabo la tarea de mantener el orden en las zonas de excavación del canal de Suez. A primeros de febrero de 1862, llegó Ismail Hamdi Bey a la zona del umbral del Guisr, y con él una fuerza policial. Comenzó Ismail Hamdi su trabajo de una forma sombría y oscura, capturando a los jefes de los rebeldes y encerrándolos en una cárcel que se estableció en la zona del umbral del Guisr. Informó públicamente a todos los trabajadores de que Said Bajá le había mandado que no permitiera a ninguno de los trabajadores que pasasen un solo día en el istmo sin trabajar, porque el deseo del gobernador era que las tareas de excavación transcurrieran con orden y rapidez.²⁰⁷

Ismail Hamdi Bey siguió adelante con la utilización de los medios de violencia frente a los trabajadores forzados con la finalidad de someterlos a los deseos de la empresa. Se les impuso una vigilancia minuciosa por parte de los jefes, y nombró fuerzas policiales de caballería para que recorrieran la zona situada entre las zonas de excavación y el Tel El Kibir e hicieran el seguimiento de los trabajadores fugados²⁰⁸ para también encarcelar a todos aquellos que causaran disturbios, que cometieran algún tipo de negligencia en el trabajo o que tuvieran tendencia a escapar. El 23 de febrero de 1862 un turista francés vio en una de las cámaras de la cárcel a diez trabajadores sentados con las piernas cruzadas y se le ocurrió preguntar a uno de los vigilantes de la cárcel, al que encontró sentado delante de la puerta comiendo pan y cebolla, por los motivos de su encarcelamiento, a lo que este le contestó que el Bey Ismail Hamdi fue quien ordenó llevarlos a la cárcel.²⁰⁹

²⁰⁴ *Archivos del Palacio de Abdín*, Archivo número 28, Maeia Turca, documento número 412.

²⁰⁵ Carta de Zaki Bey a De Lesseps de Benha, con fecha de 26 de enero de 1862, en la parte IV, p. 154. También citado en: Lesseps, Ferdinand de, *Lettres, Journal et Documents pour servir à l'histoire du canal de Suez*, ob. cit., p. 154.

²⁰⁶ Berchère, Narcisse, *Le D Sert de Suez: Cinq Mois Dans L'Isthme*, París, s. i., 1863, p. 114.

²⁰⁷ Voisin Bey, François-Philippe, *Le canal de Suez*, ob. cit., t VI, p. 274.

²⁰⁸ *Archivos del Palacio de Abdín*, Archivo número 28, Maeiya Turca, documento número 412.

²⁰⁹ Berchère, Narcisse, *Le D Sert de Suez: Cinq Mois Dans L'Isthme*, ob. cit., p. 218.

Hamdi fue muy cruel con los trabajadores y con sus jefes egipcios, así que cuando paseaba y notaba cualquier tipo de negligencia dentro del grupo del que era responsable algún *sheij*, jefe de los jefes de trabajo, enseguida lo rebajaba al rango de obrero de los trabajadores forzosos; por tanto, la crueldad de Ismail Hamdi se reflejó también en el trato que los jefes de trabajo daban a los trabajadores forzosos egipcios, en el caso de presenciar cualquier tipo de negligencia por mínima que fuera. Impuso el castigo del latigazo en público para los trabajadores que no hicieran bien su trabajo. El procedimiento era el siguiente: se extendía en el suelo un trozo grande de piel de vaca sobre la que se tendía al trabajador culpable y recibía por parte de *sheij*, el jefe de los trabajadores, latigazos de una forma brutal en presencia de sus compañeros con el objeto de transmitir miedo a los demás.

De todo esto se deduce que la compañía maltrataba a los egipcios para sacarles el máximo rendimiento posible. Un escritor francés justificó la mala conducta de la empresa de una forma bastante peculiar, explicando que los de la administración de la empresa fueron los que solicitaron que el castigo de los trabajadores forzosos fuese hecho por los jefes de trabajo egipcios, “porque lo más odioso para nosotros es que realizáramos nosotros este trabajo”.²¹⁰ Lo cierto es que la residencia permanente en las zonas de excavación de Ismail Hamdi Bey y sus policías bastaba para restablecer el orden y la tranquilidad entre los trabajadores forzosos. Gracias al gigantesco esfuerzo de estos, la compañía pudo superar la peligrosa fase en la excavación del canal de Suez a lo largo y ancho del umbral del Guisr, y mediante el trabajo forzoso de 18.000 hombres se consiguió excavar en menos de diez meses. En este sentido, Voisin Bey escribió que:

No era necesario solamente agrupar un verdadero ejército de trabajadores sino que era importantísimo que quien dirigiera a este ejército provenga de una autoridad superior, que es la del “Virrey”, que sufraga el proyecto con mucho cuidado y trabaja para que sea todo un éxito.²¹¹

El proceso de entrega de los trabajadores forzosos se llevaba a cabo mediante los funcionarios del gobierno, que los entregaban al representante de la empresa del canal de Suez en la zona del valle de la provincia de El Sharkía y en la ciudad de El Zagazig. Desde el mes de enero de 1862 creció la importancia de la ciudad de El Zagazig como centro de intercambio de los trabajadores forzosos. La empresa del canal de Suez tenía una oficina en la ciudad de El Zagazig que incluía a representantes de la empresa y del contratista general de la misma. La autoridad local en la ciudad de El Zagazig avisaba a la oficina cuando llegaban los grupos de trabajadores forzosos para que los representantes de la empresa fueran a recibirlos, los contaran y los clasificaran escogiendo de entre ellos a los más fuertes, dejando de lado a los flacos y firmando por último el informe de entrega. Así fue el

²¹⁰ En muchos círculos de la empresa estaban contentos por esta prohibición y en este sentido dijo el periódico de la compañía: “Quedó prohibido para los empleados europeos efectuar castigos físicos a los trabajadores egipcios, pero esta práctica fue permitida a los jefes de los trabajadores que normalmente son los *Mashayej* “los jefes” de las aldeas, quienes castigan y pegan a los trabajadores frecuentemente.” *L'isthme de Suez*, número 155, publicado el 1 de diciembre de (1862), p. 370. Grupo del Año Séptimo. Y véase también el mismo periódico *L'isthme de Suez*, número 121, publicado el 1 de julio de (1861), pp. 116-117. Grupo del Año Sexto.

²¹¹ Voisin Bey, François-Philippe, ob. cit., t. VI, p. 275.

favoritismo de Said Bajá con la empresa del canal de Suez a cuenta del pueblo egipcio. Decía un turista francés que:

Un día del mes de enero del año 1862 ví numerosos grupos de trabajadores forzosos que estaban cruzando el desierto y estuvo observando, en esas largas colas, a la gente que iba a la cabeza de los grupos hasta que desaparecieron completamente de su vista, mientras que delante de él seguían pasando las filas de gente aglomerada que estaban yendo en largas colas dirigiéndose hacia la zona del canal de Suez.²¹² Los trabajadores llegaban a las zonas de excavación con las fuerzas agotadas y después de un duro y largo viaje su estado variaba considerablemente. Allí comenzaba otra fase de selección, dividiendo a los trabajadores según su fortaleza: el fuerte llevaría los escombros y los trasladaría muy lejos del cauce del canal, según el sitio que determinara la empresa, mientras que a los trabajadores del sector denominado más fuerte se les entregaría un pico con el que golpear la tierra para la excavación del canal, picando la tierra hasta la profundidad decidida por la empresa. Antes de comenzar el trabajador el proceso de excavación, se quitaba su chilaba azul, la tiraba al suelo y a su lado se encontraba una jarra de agua compartida, para él y para que bebieran unos cuantos de sus colegas.²¹³ El trabajador no realizaba su tarea salvo que fuera obligado por los jefes.²¹⁴ El jefe, a lo largo de todo el día, tenía en su mano un látigo.²¹⁵ El trabajo se prolongaba por un periodo de un solo mes y luego se le permitía volver a su aldea. Dijo Flachet, en la sesión del 7 de octubre de 1864, ante la asociación de ingenieros civiles en París que un solo mes que pasara el *fellah* en el desierto y en el trabajo era suficiente para desgastar sus fuerzas. No bastaba con las palabras de Flachet, sino que se atribuyó el éxito de la empresa a este sistema que implicaba el cambio de los trabajadores mensualmente.²¹⁶ Mientras, Pierre Crabites opinó que: “la empresa utiliza al *fellah* hasta volverlo inútil y después lo deja a un lado al igual que el hombre arroja una caja de cerillas vacía.”²¹⁷

Este cambio mensual de trabajadores ha dado lugar a numerosas consecuencias que influyeron muy profundamente en la vida social y económica egipcia, entre ellas, el aumento de los trabajadores a 60.000 hombres cada mes, que causaba la ausencia de los *fellahs* del trabajo en sus campos, porque mientras que había 20.000 *fellahs* que estaban realizando su trabajo forzoso en la zona del canal de Suez, existían otros 20.000 hombres en su camino de vuelta a sus aldeas y otros 20.000 trabajadores que estaban yendo de camino desde sus aldeas hacia la zona del canal de Suez. Es decir, teniendo en cuenta que el número de la población egipcia no pasaba de los cinco millones de habitantes, 720.000 hombres estaban ausentes de sus campos al año.

El resultado del cambio mensual de los trabajadores forzosos fue una fuerte presión sobre los medios de transporte gubernamental, ya fueran fluviales o ferroviarios, al mismo tiempo que aumentaron las quejas de que los ferrocarriles en Egipto no cubrirían gastos durante el reinado de Said. Además, la inquietud y la confusión reinaban en la vida social y económica de Egipto, a consecuencia del monótono sistema de los enormes movimientos humanos que pasaban bajo la dirección de los hombres del gobierno y sus soldados. Y se

²¹² Berchère, Narcisse, 'Le D Sert de Suez: Cinq Mois Dans L'Isthme', ob. cit., p. 108.

²¹³ Ibidem, pp. 196-197 y pp. 203-204.

²¹⁴ Kostolany, André, *Suez. Le Roman d'une entreprise*, s. i., sin año, pp.114-115.

²¹⁵ Dicey, Edward, *The Story of the Khedivate*, London, s. i., 1902, p. 36.

²¹⁶ Véase Société des Ingénieurs Civils, París, 1864. Procès-verbal de la séance du 7 octobre 1864. Présidence de M. Petiet. Communication faite par M. Flachet.

²¹⁷ Crabites, Pierre, *Spoliation of Suez*, London, s. i., 1940, p. 100.

extendió el descontento entre la población local en todo el país, ya que esto en realidad era una agrupación multitudinaria de todo Egipto para que estuviera al servicio de la Compañía Marítima Universal del Canal de Suez.²¹⁸

De Lesseps aspiraba siempre al uso excesivo del trabajo forzoso. De hecho tenía la ambición de conseguir constantemente trabajadores y presionaba cada vez más al virrey Mohamed Said Bajá, refiriéndole nuevamente que la disminución del número de trabajadores dañaba su reputación en Francia. De Lesseps envió un memorándum secreto al virrey, con fecha de 18 de enero de 1862, en el que le explicaba la necesidad por parte de la empresa de multitud de trabajadores forzosos; también había enviado De Lesseps otra carta con fecha de 21 de enero de 1862 a Kineig Bey, secretario del virrey, hablándole sobre este tema en concreto, en la que dijo:

Recibí una carta de mi hermano el conde De Lesseps, en la que dice que él y el duque Albufera hicieron muchos esfuerzos, ante el Ministro de Asuntos Exteriores de Francia, en defensa de los intereses del Virrey. Y me ha encargado mi hermano que comunique a su alteza el Virrey que la única manera para que llegue a una alta posición consiste en la aceleración de las obras de excavación en el istmo hasta que se logre comunicar el canal de agua dulce y el canal marítimo pequeño, al lago Cocodrilo. Si se decide la utilización de un ejército de trabajadores allí, este hecho rodeará al Virrey por un halo de gloria, hará aumentar el bienestar de su pueblo y ayudará al consumo de su deuda con un precio moderado, que atraerá al público de accionistas hacia él.²¹⁹

A consecuencia de ello, la empresa obtuvo, en febrero de 1862, un gran número de trabajadores forzosos egipcios, que llegó a la cantidad de 21.000 *fellahs*. Siguió Said adelante con este plan, que implicaba el trabajo forzoso de los *fellahs* en la excavación del canal y de muy mala manera, ya que iba en contra de los intereses del pueblo egipcio; de modo que cuando llegó el mes de Ramadán, el dos de marzo de 1862, los *fellahs* se encontraban obligados a la excavación del canal durante las noches de aquel mes, porque Said Bajá no estaba dispuesto a parar las tareas de excavación.

Como resultado de la ambición de De Lesseps, la empresa pudo conseguir 19.687 trabajadores forzosos, que fueron conducidos a las zonas de excavación en el mes de Ramadán en marzo de 1862. Muchos de estos trabajadores prefirieron trabajar por la noche, bajo las luces de las antorchas a lo largo de todo el mes. El periódico de la compañía se refirió a esta cuestión: “Se temía que a las tareas de excavación les afectara algo de retraso, pero estos miedos se desvanecieron completamente hoy, pues los trabajadores que finalizaron su periodo en el istmo han sido sustituidos por otro grupo de trabajadores más numeroso.”²²⁰

También abordó De Lesseps este tema, sin hacer clara referencia, en el discurso que dio en la reunión de la Asociación General de Accionistas, el primero de mayo de 1862: “Empezaron la multitud de grupos de trabajadores a trabajar incesantemente, con tal ardor y

²¹⁸ Sammarco, Angelo, *La verità sulla questione del Canale di Suez*, Roma, s. i., 1939, p. 25.

²¹⁹ Lesseps, Ferdinand de, *Lettres, Journal et Documents pour servir à l'histoire du canal de Suez*, ob. cit., pp. 145-146.

²²⁰ *L'isthme de Suez*, número 139, publicado el 1 de abril de (1862), p. 98. Grupo del Séptimo Año.

entusiasmo, que no fueron afectados por el ayuno del Ramadán, a lo largo del mes de marzo.”²²¹

El trabajo forzoso nocturno era una innovación en el sistema de trabajo y una prueba en contra de la empresa, que apoyaba lo que repitieron los historiadores y escritores: que la Compañía del Canal de Suez se aprovechaba de cada átomo de actividad que poseían los *fellahs* hasta el punto de que los trabajadores que tuvieran la suerte de regresar a sus aldeas y vivieran después de esta desgracia, permanecerían semanas incapaces debido al agotamiento y el desgaste total.²²² También afirmó uno de los historiadores que a menudo se usaba mal el sistema del trabajo forzoso, pero nunca ocurrió que se aplicara tan mal como se hizo en la excavación del canal de Suez.²²³

Con la obligación trabajar nocturnamente, la empresa usaba mal el sistema de trabajo forzoso, que duraba todo el mes de Ramadán y que ocurría también en otras ocasiones a lo largo del año. De Lesseps, para conseguir el aumento del número de trabajadores forzosos a 30.000, había propuesto a Said Bajá reducir el número de soldados en el ejército egipcio y efectivamente los redujo de 60.000 a 8.000. El 9 de febrero de 1862 De Lesseps escribió a Beauvol, cónsul de Francia en Egipto, solicitando el apoyo del consulado francés para que la empresa consiguiera 30.000 trabajadores forzosos mensuales: “Si no alcanzamos este número de trabajadores será esto para nosotros una gran pérdida.

Después de la muerte de Said Bajá el 18 de enero de 1863 y a principios del reinado del jedive Ismail, ocurrió una disputa entre el gobierno egipcio y la empresa acerca del destino de los egipcios al trabajo forzoso en la excavación del canal de Suez. En un encuentro extraordinario con los accionistas de la Compañía Marítima Universal del Canal de Suez, con fecha del 1 de marzo de 1864, De Lesspes se explicaría de la siguiente manera:

Said Bajá puso en las obras de excavación del canal de Suez toda su atención y patrocinio, ya que redujo el número de soldados del ejército egipcio a 8.000, cuando su número ascendía a 60.000 soldados. Said Bajá reclutaba los trabajadores necesarios para la excavación de aquellos jóvenes que inscribieron sus nombres para el servicio militar y a los que en cualquier momento se les podría llamar para ingresar en el cuerpo del ejército egipcio.²²⁴

Este tema se mencionó en tres ocasiones. En la primera, había una breve reseña en un informe, incluida por el secretario de la unión de exportación del algodón en Manchester, que visitó Egipto para convencer a Said Bajá de aumentar el cultivo de algodón, prometiéndole que Inglaterra compraría toda la producción de algodón egipcio con buenos precios, destacando además que las tareas de excavación en el canal de Suez habían desgastado la actividad de los *fellahs* y que el virrey había destinado a un gran número de soldados del ejército egipcio para participar en la excavación del canal de Suez. En segundo lugar, se publicó en un periódico local francés llamado *Journal des Villes et des campagnes*

²²¹ *L'isthme de Suez*, número 141, publicado el 4 de mayo de (1862), pp. 131-150. Grupo del Séptimo Año.

²²² Crabites, Pierre, *Ismail. The Malignd Khedive*, London, s. i., 1933, p. 48.

²²³ Dicey, Edward, *The Story of the Khedivate*, ob. cit., p. 35.

²²⁴ *L'isthme de Suez*, número 185, publicado el 4 de marzo de (1864). Grupo del Noveno Año.

en los días 19 y 21 de febrero de 1862 y escrito por Fr. Roger, religioso perteneciente a la orden de los franciscanos e invitado por De Lesseps para que asistiera a la apertura de una nueva iglesia en la zona del umbral del Guisr, el 1 de enero de 1862, un mensaje que decía: “Ha prometido el virrey que reclutará cincuenta mil hombres, que en vez de hacer el servicio militar, trabajarán en la excavación del canal.”²²⁵

Por último, Bougouin, el médico que supervisaba el estado de salud de los trabajadores egipcios forzados a la excavación del canal, abordó el tema de la disminución del número de soldados del ejército egipcio para destinarlos a la excavación del canal alabando el paso dado por Said Bajá, y diciendo también que los gobiernos europeos gastaban mucho dinero en la formación de sus ejércitos. En estos ejércitos, el europeo perdía la flor de su juventud por la seguridad de su país, y, a menudo, estos fondos destinados generosamente a los ejércitos tenían tan poco impacto que no beneficiaban a la riqueza pública en nada. Mientras, la postura del gobierno egipcio se diferenciaba mucho: ¿no dio el gobierno egipcio al mundo entero un buen ejemplo y el modelo perfecto de entendimiento, inteligencia y conciencia cuando redujo el número de soldados de su ejército y suministró a la Compañía del Canal un gran número de trabajadores que mejoraron sus condiciones salariales y se convirtieron así en los pioneros en grandes proyectos de construcción en beneficio de la civilización y el progreso?

En un libro de un escritor francés del año 1869, cuando fue inaugurado el canal de Suez, se señala que Said Bajá había disminuido el número de los soldados del ejército egipcio a diez mil para utilizar al resto en las tareas de la excavación del canal de Suez.²²⁶

También George Douin, director de administración del tránsito en la Compañía del canal de Suez, mencionó que Said Bajá llegó con su apoyo a las operaciones de excavación del canal de Suez hasta el punto de que “disminuyó el número de los soldados de su ejército de modo que él pudiera enviar veinte mil trabajadores mensualmente, sin perjudicar las tareas de la agricultura.”²²⁷ Además, el famoso escritor egipcio Abdelrahman El Rafey lo señaló brevemente diciendo que: “De aquí queda claro que el canal, además del daño que causó a Egipto, claramente también era la causa de la decadencia del ejército egipcio.”²²⁸

Egipto sufría una crisis financiera y el principal motivo de esta era la excavación del canal de Suez. A pesar de que los precios del algodón habían subido bastante, esta subida no había beneficiado a Egipto en nada, ya que el país estaba sufriendo daños económicos y sociales como consecuencia del trabajo forzoso de los *fellahs* en la excavación. El periódico

²²⁵ Este artículo ha sido publicado en dos fases en el periódico de la empresa: *L'Isthme de Suez*, número 137, publicado el 1 de marzo de 1862, pp. 76-80, Grupo del Séptimo Año. Y número 138, publicado el 15 de marzo de 1862, pp. 93-96. Grupo del Séptimo Año.

²²⁶ Silvestre, Henri, *L'isthme de Suez (1854-1869) avec une carte et pièces justificatives*, París, s. i., 1869, p. 130.

²²⁷ Douin, George, *Histoire du Règne du Khedive Ismail*, ob. cit., p. 1.

²²⁸ El Rafey, Abdelrahman, *'Aṣr 'Ismā'īl (La época de Ismail)*, dos tomos, tomo 1, El Cairo, Editorial del Renacimiento, 1932, p. 33.

de la empresa dijo que no se tenía más que alabanza y estimación a los *fellahs* por su seriedad en el trabajo.²²⁹

En las seis zonas de excavación del canal de Suez apareció una escena nunca vista antes en esta región, dado que se concentraron miles de trabajadores forzosos que trabajaban con toda seriedad y ánimo en la apertura de un canal que penetra en las alturas de la zona del umbral del Guisr. Uno de los grandes accionistas de la compañía del canal de Suez que realizó una visita de dieciocho días a las distintas zonas de trabajo en el canal describió lo que vio durante este viaje en un artículo que fue publicado en el periódico de la empresa del que cito lo siguiente: “Quién visita la zona del umbral del Guisr no se imagina que está en medio del desierto, tranquilo, pacífico y silencioso, debido al gran número de trabajadores egipcios, que en estas regiones no se interrumpe el flujo de su llegada ni de su trabajo.”²³⁰

También uno de los que habían vuelto del istmo a Europa en aquel entonces, durante la excavación del umbral del Guisr, describió a los *fellahs* egipcios cuando estaban excavando:

Es una escena admirable que vea el hombre esta multitud de trabajadores que parecen enjambres de hormigas agrupadas en este lugar, que trabajan y se mueven continuamente en dos filas una fila sube hacia las alturas y la otra baja de las alturas y nunca una semejanza coincidió y estuvo tan acorde como en este caso con la verdad, sea por el número, por la actividad o por la organización en el trabajo.²³¹

No afectó la gran ola de calor que atacó el istmo en los meses de junio y julio del año 1862 a la actividad de los trabajadores egipcios, que siguieron realizando su trabajo, tal y como se recoge el periódico de la empresa: “Con la misma cara amable y con la misma actividad con la que sobresalían y se les conocía.”²³²

A primeros de octubre Said Bajá volvió de su visita a Europa, llegando después de él De Lesseps, el 17 de octubre de 1862, con lo que realizó una visita a las zonas de excavación. Este último estaba ansioso por terminar lo más pronto posible la excavación del canal menor en lo alto del umbral del Guisr, para comunicar de esta manera las aguas del Mediterráneo con las del lago Cocodrilo y con esto poder ofrecer a los accionistas de la empresa un resultado decisivo que los tranquilizase, después de que se hubieran inquietado bastante y acallar así a la oposición inglesa que hablaba sobre la imposibilidad de la excavación del canal de Suez. Por ello, dio órdenes de que se continuara el trabajo día y noche en las zonas de trabajo número 4 y 5 en la zona del umbral del Guisr.²³³

²²⁹ *L'isthme de Suez*, número 140, publicado el 15 de abril de (1862), p. 114. Grupo del Séptimo Año.

²³⁰ *L'isthme de Suez*, número 143, publicado el 1 de junio de (1862), p. 180. Grupo del Séptimo Año.

²³¹ *L'isthme de Suez*, número 155, publicado el 1 de diciembre de (1862), pp. 368-371. Grupo del Séptimo Año. Se recomienda leer este artículo en Berchére, ob. cit., pp. 196-198 porque en este artículo existe una maravillosa descripción de los trabajadores forzosos mientras que excavaban en la zona del umbral del Guisr.

²³² *L'isthme de Suez*, número 147, publicado el 1 de agosto de (1862), p. 234. Grupo del Séptimo Año.

²³³ Ritt, Olivier, *History de l'Isthme de Suez*, ob. cit., p. 249.

Los trabajadores forzosos trabajaban por la noche con la luz de las antorchas que iluminaban una zona que se extendía a cuatro kilómetros. En aquel entonces fue visitada esta zona por un francés ligado a la empresa, quien describió pormenorizadamente la escena:

La escena levantaba el ánimo en el cuerpo, pues estos hombres a los que el sol quemó sus cuerpos, tenían sus caras iluminadas por las luces rojas de las antorchas y llenaban el desierto, llenaban los capazos con las arenas de la parte inferior del canal. Luego venían otros trabajadores que llevaban los capazos y los vaciaban muy lejos del cauce del canal; y mientras los trabajadores realizaban todas estas tareas, estaban cantando a su lado los jefes de trabajo que los dirigían, vigilando para impedir su huida.²³⁴

Finalmente, gracias a los trabajadores forzosos, se terminó la excavación del canal marítimo menor en lo alto del umbral del Guisr y así llegaron las aguas del Mediterráneo al lago Cocodrilo. De Lesseps, alegre por este éxito alcanzado, preparó una celebración en la mañana del día 18 de noviembre de 1862, e invitó al muftí, a los científicos, a los hombres de la Iglesia y a los miembros del cuerpo consular, presididos por los cónsules de Francia, Holanda, Italia y Austria. El cónsul de Inglaterra se ausentó y Said Bajá delegó en su lugar a Ismail Hamdi. El gobierno egipcio preparó un tren privado para trasladar a los invitados a la ceremonia desde El Cairo hasta El Zagazig y de allí viajaron en barcos a través de la vía acuática que comunica con Nifesha, que está cercana del Lago Cocodrilo desde Nifesha montaron en coches hasta el lugar de la celebración.

De Lesseps se puso de pie ante una tribuna en la que estaba izada la bandera egipcia²³⁵ y pidió silencio a la audiencia; luego se dirigió hacia los trabajadores y dijo: “Yo, en nombre de su alteza Said Bajá, doy la orden de que las aguas del Mediterráneo entren al Lago Cocodrilo”. Entonces los trabajadores retiraron la presa que estaba cercando el agua del canal marítimo pequeño del lago Cocodrilo, e inmediatamente las aguas del Mediterráneo entraron en el lago y sonaron fuertemente la música y las aclamaciones de los asistentes. En ese momento, el muftí pronunció un discurso que comenzó de la siguiente manera: “Que las bendiciones de Dios sean sobre Mahoma y la paz sea con él”. A continuación, elogió los grandes proyectos que devuelven al mundo la bondad y la felicidad y pidió a Dios que concediera la victoria al “sultán Abdul Aziz Khan”. Asimismo, se dirigió a Francia elogiando su civilización y su cultura y a De Lesseps, señalando que el éxito de este resultado se debía en todo a Mohamed Said Bajá, que propagó la justicia trabajando para la felicidad de su pueblo y para suprimir todo tipo de daño que los pudiera alcanzar.²³⁶ Comunicar las aguas del Mediterráneo con las aguas del lago Cocodrilo no era una tarea nada fácil; basta recordar a los miles de egipcios que el gobierno destinó a este trabajo

²³⁴ *L'isthme de Suez*, número 154, publicado el 1 de agosto de (1862), p. 349. Grupo del Séptimo Año.

²³⁵ Señaló el periódico de la empresa el acontecimiento del levantamiento de la bandera egipcia diciendo que la bandera francesa no había sido levantada porque no se tenían derecho a levantarla en esta celebración ya que la empresa del canal era una compañía egipcia y el canal de Suez un proyecto mundial. Véase *L'isthme de Suez*, número 155, publicado el 1 de diciembre de (1862), p. 375. Grupo del Séptimo Año.

²³⁶ *L'isthme de Suez*, número 158, publicado el 15 de enero de (1863), pp. 26-27. Grupo del Octavo Año.

forzoso con la finalidad de excavar un cauce estrecho dentro de lo alto de la zona del umbral del Guisr.²³⁷

En realidad, aumentó la esperanza en la ejecución del proyecto, después de aquella fase, porque la excavación de un canal artificial que se extendiera directamente desde el Mediterráneo hasta el lago Cocodrilo era la primera obra de este tipo en la historia del canal de Suez. Nunca se había excavado un canal en la mitad norte del istmo, desde Puerto Said hasta el lago Cocodrilo, al contrario que en la parte sur, que se sitúa entre el lago Cocodrilo y la ciudad de Suez, donde en épocas anteriores de la historia antigua y en la Edad Media se habían excavado canales varias veces. Después del 18 de noviembre de 1862 no había opción para la empresa salvo repetir lo que hicieron los antiguos y luego trabajar para profundizar y ampliar el canal marítimo pequeño hasta que tomara las dimensiones decididas para el canal de Suez.

El año 1862 presencié dos acontecimientos importantes en la historia del trabajo forzoso en la excavación del canal de Suez. El primer acontecimiento fue el 23 de enero de 1862 ya que se excavó el canal de agua dulce desde el pueblo de El Kasasin hasta Nifeisha. El segundo fue el 18 de noviembre, ya que se excavó el canal marítimo pequeño, desde el Mediterráneo hasta el lago Cocodrilo, que se sitúa aproximadamente a la mitad de distancia entre ambos mares. Y el mérito de este éxito consecutivo se debe a la enorme fuerza humana destinada por Mohamed Said Bajá, que tuvo una influencia decisiva y eficaz para llegar a aquel resultado. Era por la buena suerte de De Lesseps por lo que pudo alcanzar con su proyecto dicho extremo durante el reinado de su amigo íntimo Mohamed Said Bajá, que murió precisamente dos meses después de la celebración del 18 de noviembre de 1862. Si la empresa hubiera tardado en la ejecución del canal marítimo menor hasta el reinado de Ismail, De Lesseps no hubiera podido conseguir un ejército mayor de trabajadores forzosos porque después de haber asumido el virreinato de Egipto, el 18 de enero de 1863, comenzó la disputa acerca de disminuir el número de trabajadores forzosos, y luego, la cancelación de este sistema, que benefició la excavación del canal de Suez.

²³⁷ Se tardó en la excavación del canal marítimo pequeño en medio de lo alto del Umbral del Guisr diez meses, habiendo sido destinados al trabajo forzoso en este periodo y en esta zona solamente 176.780 *fellahs* egipcios; y llegaron los escombros que levantaron de esta zona a 4.352.389 metros cúbicos. Su profundidad era entre metro y medio y dos metros, mientras que su anchura era de 15 metros; y de largo medía 14 kilómetros en esta zona. Véase Voisin Bey, François-Philippe, ob. cit., t. VI, p. 277.

III.5 La muerte de los *fellahs* de sed en las zonas de excavación

Gregorio Andrés y Espala hace referencia a las estadísticas de muertes durante la excavación del canal de Suez a lo largo de las distintas épocas:

La estadística exacta de las bajas temporales y definitivas ocurridas en las muchedumbres indígenas y extranjeras que han luchado en el istmo con el desierto, la sed, el hambre y las epidemias, no es tan desastrosa como las de las grandes obras llevadas a cabo en Egipto anteriormente. El canal de Necos, cuatro mil años ha, costó la vida a 6.000 hombres. Las pirámides acabaron con 100.000. En más recientes tiempos, el canal de agua dulce que une el Nilo con Alejandría hizo sucumbir a 30.000 *fellahs*, y en nuestros días, el ferrocarril construido por los ingleses de Suez a Alejandría originó infinitas víctimas. El canal llevado a feliz término por Lesseps, a pesar de los contratiempos referidos, no ha tenido en los cuatro últimos años la mortalidad que da la tropa que guarnece París, habida cuenta la proporción numérica correspondiente de trabajadores en años normales. Es verdad que los médicos franceses han librado ruda batalla, en la que la ciencia es más susceptible, cuando no se ve intervenida ni coartada por la administración, tan fiscalizadora cuanto improcedente.²³⁸

En las tareas de excavación del canal de Suez trabajaron un millón y medio de *fellahs* egipcios a lo largo de diez años de trabajo, de los que 125.000 murieron durante la ejecución de la obra. Suministrar agua potable a las multitudes de *fellahs* en las zonas de excavación en el desierto del istmo era el gran problema que afrontaba la Compañía Marítima Universal del Canal de Suez desde que se comenzó la ejecución del proyecto del canal el 25 de abril de 1859. Durante los cuatro primeros años de excavación la empresa fracasó en encontrar una solución definitiva para este problema. La empresa llevaba el agua a las zonas de excavación, bien sobre los camellos desde Damietta, en barcos de vapor desde Alejandría o conseguía el agua a través de tres condensadores, que en muchas ocasiones, como consecuencia de las averías, ocasionaba que el agua tardara en llegar a las zonas de excavación, poniendo en peligro la vida de los trabajadores, que terminaban muriendo de sed.

La situación era terrible para las zonas de excavación que estaban en medio del desierto del istmo, a las que la empresa llevaba el agua potable desde pozos dispersos en el desierto, portando cada camello dos barriles y teniendo cada barril una capacidad de setenta litros. La empresa utilizaba un sistema primitivo, ya que alquilaba alrededor de mil seiscientos camellos para trasladar el agua a las zonas de excavación. Los camellos, entre la ida y la vuelta, tardaban cuatro días desde El Qantara hasta la fuente del agua. Si la caravana tardaba, y esto solía ocurrir, entonces la muerte acababa con sus vidas.²³⁹ De ahí que dijera

²³⁸ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, Madrid, Imprenta a Cargo de Diego Valero, 1870, p. 51.

²³⁹ Hoskins, Halford Lancaster, *British Routes to India*, New York, Published by Longmans, Green & Company, 1928, p. 365.

E. Elbert Farman que los trabajadores morían como moscas,²⁴⁰ mientras que Edward Dickey lo matizó al referir que los trabajadores morían como si fueran ganado.²⁴¹

La mayoría de los trabajadores se apresuraban a escapar de las zonas de excavación cuando sentían el peligro inminente de la muerte, debido a que las reservas de agua potable se agotaban, por la llegada tardía de nuevas unidades que repusieran los aljibes. Los trabajadores, bajo la presión de su vida en juego, se veían ansiosos por escapar con vida, no estimando la peligrosidad de lo que estaban a punto de afrontar al cruzar el desierto sin llevar agua, olvidándose de la lejanía y la distancia que separaba las zonas de excavación y los lugares poblados, en donde se encontraba el agua potable, de forma que muchos morirían de sed durante el camino. Sus cadáveres quedaban tendidos al descubierto sobre las arenas del desierto sirviendo de alimento para los lobos. A este propósito, comentó Ritt:

Si se perdió durante el camino la caravana de camellos que llevaban agua potable por motivo de órdenes que se dieron mal, se entendieron mal o se siguieron mal, entonces, un regimiento entero de trabajadores carece de agua y su huida será la menor de las catástrofes que resulten de este incidente.²⁴²

Había pocos trabajadores que se entregaban al destino y no abandonaban las zonas de excavación con la esperanza de que les llegara la caravana de camellos con agua potable; esperaban tanto que gastaban sus últimos suspiros. No indicaba la falta de agua potable la carta de De Lesseps enviada desde El Cairo, con fecha 24 de enero de 1862, al representante del contratista general de la empresa, en la zona del pozo de Abu Balah cerca del lago Cocodrilo y en la que decía lo siguiente:

El virrey me comunicó que los hombres del alto Egipto se quejan de que se les ha repartido, desde el primer día de su llegada a las zonas de excavación, pan tostado podrido y que el agua potable era escasa y que... Le ha negado todo esto, pero no hay fuego sin humo. Tienes que ver esta cuestión por ti mismo.²⁴³

En otra ocasión, De Lesseps decidió que su prioridad consistía en poner los medios necesarios para suministrar a los trabajadores en medio del desierto, especialmente antes de nada, agua potable. Dijo que el problema de la excavación del canal de Suez residía en ahorrar agua potable en las zonas de excavación, es decir, que el éxito de la ejecución del proyecto y la preparación de la cantidad suficiente de agua potable son dos cosas sinónimas.²⁴⁴

El principal motivo de la escasez de agua potable en las zonas de excavación era el cambio de opinión respecto a la excavación del canal de agua dulce, que debería haberse

²⁴⁰ Farman, E. Elbert, *Egypt and its Betrayal. An account of the country during the periods of Ismail and Tewfick Pashas and how England acquired a new empire*, London, s. i., 1908, p. 203.

²⁴¹ Dickey, Edward, *The Story of the Khedivate*, ob. cit., p. 36.

²⁴² Ritt, Olivier, *History de l'Isthme de Suez*, ob. cit., p. 232.

²⁴³ Lesseps, Ferdinand de, *Lettres, Journal et Documents pour servir à l'histoire du canal de Suez*, ob. cit., pp. 149-150.

²⁴⁴ El discurso general de Ferdinand de Lesseps en la Asociación de Ingenieros en París con fecha de 22 de junio de 1862 fue publicado en el periódico de la empresa *L'Isthme de Suez*, número 146, publicado el 15 de julio de 1862. Grupo del Séptimo Año.

llevado a cabo antes de comenzar el trabajo de excavación del canal de Suez. Como consecuencia de este error murieron miles de trabajadores de sed en las zonas de excavación en el desierto del istmo, después de haberlos conducido hasta allí en multitudes sin poder ahorrar agua potable de una forma segura. Pero cuando la compañía comenzó la ejecución de la excavación del canal, el 25 de abril de 1859, lamentablemente encontramos que se olvidó totalmente de completar el proyecto de reservas de agua potable mediante el canal de agua dulce, que debería haber ejecutado antes del comienzo de la excavación del canal de Suez, ya que era necesario preparar los medios de vida en un desierto árido y ardiente para la mano de obra que iba a llegar para llevar a cabo las tareas de excavación. Para alcanzar tal fin se debería llevar agua potable mediante un canal al desierto para que bebieran los trabajadores. Los beneficios de esta vía acuática consisten en: una fuente inagotable de agua potable, una arteria que enlaza el istmo de Suez con el resto de las regiones de Egipto, una vía acuática para que crucen los barcos que llevan a los trabajadores y los equipos de trabajo al istmo de Suez, uno de los factores de la tendencia de la población hacia la reconstrucción en el desierto y el cultivo de las tierras situadas a ambos lados del canal.

Uno de los principales motivos de la tardanza en la ejecución del canal de agua dulce era la oposición de Inglaterra. De Lesseps habló sobre este tema en una conferencia en la ciudad de Nant, el 8 de diciembre de 1866, apoyando lo que venía en el memorándum especial de la influencia de Inglaterra en la tardanza de la excavación del canal de agua dulce:

Ha trabajado la política inglesa en Constantinopla y en El Cairo para impedir que se realice la excavación del canal de agua dulce, ese canal que es la base de todas nuestras operaciones, en lo que se relaciona con los problemas de traslado, suministro, salud etc. Tuvimos que dejar de lado la excavación de este canal por lo que hemos soportado, por esto, dolores insoportables y considerables problemas. Sufrimos gastos exorbitantes y tuvimos que utilizar al menos 1.000 camellos para el transporte de agua potable a la zona de excavación.²⁴⁵

De lo anteriormente expuesto, podemos concluir que en la actitud de la compañía predominó el lado político frente al humanitario, debido a que a veces dio importancia a la postura de la oposición inglesa, y trató de superarlo en otras ocasiones. Sin embargo, no dio importancia a ahorrar agua potable para los trabajadores egipcios de una forma segura en el desierto, teniendo en cuenta que se trataba de una cuestión relacionada con la vida de miles de personas que habían sido destinadas al trabajo forzoso por la empresa. Nos parece que se ralentizara el proyecto del canal de agua dulce ante los ojos de la empresa, hasta que este fue reemplazado por otro medio, que era llevar agua potable de Alejandría, Damietta, El Matariya y de algunos pozos dispersos que solicitaron. No podemos considerar que estos primitivos medios, peligrosos e inseguros, pudieran despertar el interés y la atención de la empresa por la vida de los trabajadores egipcios.

Lo único que salvó la situación fue la intervención del gobierno egipcio, ayudando a la empresa con el dinero y con los trabajadores forzosos necesarios para la excavación del

²⁴⁵ Esta conferencia se encuentra en el siguiente libro: Lesseps, Ferdinand de, *Conférence à Nantes sur le Canal Maritime de Suez*, París, Cercle des Beaux Arts, el 8 de diciembre de 1866, 1867.

canal de agua dulce, que se realizó en nueve meses desde el pueblo de El Kasasein hasta Neifasha, cerca del lago Cocodrilo. Con la excavación de este canal de agua dulce se alivió, en cierta medida, la crisis de agua potable en las zonas de trabajo.

III.6 La imagen olvidada del *fellah* egipcio y su utilización social

Es bien sabido que la primera raza que habitó Egipto es la clase actual de los *fellahs*, o sea, labradores y menestrales que conservan todavía su fisonomía primitiva.

A nivel socio-cultural, la apertura del canal de Suez significó toda una revolución en el mundo físico y moral del Egipto contemporáneo y, según nos recuerda José de Castro y Serrano en su artículo, los *fellahs* egipcios trabajaban incansablemente en sus labores de construcción.²⁴⁶ Estos mismos eran aquella descendencia de los faraones que antiguamente construyeron las gloriosas pirámides; no obstante, los *fellahs* egipcios del siglo XIX estuvieron encargados de transcribir la historia humana, sacrificando sus propias almas para hacer realidad un gigantesco sueño universal y que pudieron hacer en diez años lo que los faraones hubieran necesitado dos siglos para realizar.²⁴⁷

El *fellah* egipcio es quien pudo excavar el canal de Suez con sus fuertes brazos, pero pagó con su vida el precio por la excavación, muriéndose de sed, de epidemias o abandonado en medio del desierto del istmo. El *fellah* egipcio es aquel hombre de condición humilde, que mediante el trabajo forzoso contribuyó tanto al bienestar y la riqueza del mundo, acercando dos civilizaciones diferenciadas: Oriente y Occidente. La imagen perdida de Egipto es el reflejo del canal de Suez sobre la condición de los ciudadanos.

Por todo ello, en este apartado se intentará destacar la imagen olvidada de Egipto que casi nadie recuerda, salvo de forma pasajera, aunque en esta imagen radica el origen del país del Nilo. El origen del pueblo de los faraones subyace en la base de la pirámide social, sea en la antigüedad o en la modernidad. Este retrato es la imagen que da un color local, un carácter especial y distingue Egipto de los demás países porque es la imagen del presente que casi siempre está ausente, pero que existe en la conciencia de cada uno. Aunque esta figura no aparece salvo en los momentos cruciales de la vida humana, donde sale únicamente para declarar su existencia y renunciar a su ausencia, es como el alma que existe en el cuerpo de cada uno pero nadie ve ya que es uno de los secretos más ocultos y bien guardados de Egipto. El retrato que vamos a tratar ahora es un intento de retocar la imagen

²⁴⁶ “Los *fellahs* no trabajan más que en el campo; y en Egipto, exceptuando la ocupación de las ciudades y de las armas, no había hasta hace poco más labor que la de la tierra, por cuya razón estos eran los únicos que podían constituir el ejército de Mr. Lesseps”. Castro y Serrano, José de, “El canal de Suez”, *La Época*, Hoja literaria de los lunes, 31 de julio de 1882.

²⁴⁷ Es conveniente citar la siguiente frase de José de Castro y Serrano, en la que nos comenta algo sobre los egipcios diciendo que: “Ellos no salen de admiración en admiración; pero se asimilan prontamente al objetivo. Los egipcios antiguos creían en 365 diablos, uno para cada día; nosotros estamos seguros que los egipcios modernos creen en 365.000 franceses, que es lo mismo.” Castro y Serrano, José de, “El canal de Suez”, *La Época*, Hoja literaria de los lunes, 31 de julio de 1882.

olvidada del *fellah* de Egipto desde la época de los faraones hasta la época moderna, es una imagen que siempre ha estado presente en la literatura, pero casi siempre ausente a la hora de hacer historia... Esta imagen siempre ha existido pero casi nadie se ha dado cuenta de su existencia y ahora llegó el momento de retocarla con la finalidad de rescatarla del olvido.

José de Castro y Serrano lo ha tratado en *La novela de Egipto*. En este estudio, se destacará aquella imagen tan olvidada a lo largo de la historia humana. El autor evitó hablar sobre el trabajo forzoso y sobre el sufrimiento del *fellah* egipcio salvo en referencias muy vagas, pese a que el 60% de los egipcios pertenecen a esta casta, llamada los hijos de la tierra según la denominación de los faraones.

Es preciso destacar que la gran cantidad de valores que Egipto había tomado en la Compañía Marítima Universal del Canal de Suez estaba representada por los *fellahs* egipcios, dado que estos eran los únicos que estaban acostumbrados al clima; simples peones de escaso costo y gran fuerza, no podían hallarse más que en Egipto. A estos *fellahs* egipcios los describe José de Castro y Serrano diciendo que ellos mismos son:

La raza popular indígena la componen los *fellahs* y los coptos; árabes los primeros de pura sangre, y cristianos egipcios los últimos, semejantes unos y otros en su condición social a los que en las costas de Marruecos conocemos por moros y judíos.²⁴⁸

Gregorio Andrés Espada describe este paisaje con las siguientes palabras:

Al año inmediato, 18.000 *fellahs* ofrecidos por el virrey cayeron como nube, para formar los ribazos del canal, estrujando el fango entre sus manos endurecidas y contra su pecho, metidos en el barro hasta la cintura; así en una extensión de 150 kilómetros se contemplaba el nunca visto espectáculo de aquella cantera animada, trabajando sin barullo y sin carecer de los elementos indispensables para la vida. Cuando en 1863 subió al trono Ismail Pachá, primer *Khedive*, retiró los contingentes egipcios renovados hasta entonces periódicamente, por no estar en sus ideas la confiscación de la personalidad humana, que con el nombre de levas era practicada por sus antecesores.²⁴⁹

Nos quedamos impresionados con las siguientes palabras sobre quiénes son los *fellahs* egipcios y sobre la construcción del canal de Suez mediante el trabajo forzoso, registradas por José de Castro y Serrano en el periódico *La Época*:

Pero los *fellahs*, como los moros de nuestra costa, gustan de la vida contemplativa y reposada, son sobrios en sus necesidades, viven en un hoy que carece de mañana, dormirían eternamente si nadie los despertase, pelearían si tuvieran enemigos, trabajarían si algo les impulsase la faena; en una palabra, serían hombres si no fueran árabes. Así es que las obras públicas de los califas se han construido siempre a la fuerza; el ferrocarril de los ingleses se construyó también a la fuerza, y el canal del istmo no podía roturarse de otro modo que por la fuerza.²⁵⁰

Señala José de Castro y Serrano en su novela:

²⁴⁸ Castro y Serrano, José de, "El canal de Suez", *La Época*, Hoja literaria de los lunes, 31 de julio de 1882.

²⁴⁹ Andrés Espada, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., p. 40.

²⁵⁰ Castro y Serrano, José de, "El canal de Suez" *La Época*, Hoja literaria de los lunes, 31 de julio de (1882).

Mr. de Lesseps, meditando sobre esto en el trazado del canal por frente al sitio en que más tarde iba a fundar á Ismailia, se metió una mano en el bolsillo, y sacando una moneda de cinco francos, gritó a los *fellahs* que le acompañaban: - Cinco francos al que me encuentre agua -. Los *fellahs*, o campesinos árabes del Egipto, no han sido jamás dueños de un napoleón de plata: todos corrieron á escavar la tierra por lugares distintos con el afán de los buscadores de oro de California; y algunas horas después una voz gutural gritó á los oídos del Gran cristiano: “¡*Mayeh!*” (Agua). –Desde los tiempos en que Cristóbal Colon oyó la palabra “tierra”, no ha debido experimentarse una sensación parecida a la de esta palabra: (Agua)”²⁵¹

Eduardo Toda y Güell describe así al *fellah* egipcio:

Empecemos por describir *el fellah*. Así se llama vulgarmente en Egipto al indígena que reside en el campo y que está dedicado á las labores agrícolas. Su tipo es harto conocido. Pequeño de estatura, seco, nervioso, fuerte, de color aceitunado, lleva el cabello cortado, pareciendo indicar un tipo medio entre el ario y el mongol. Su nariz y su boca son pequeñas; sus dientes regulares y extremadamente blancos. Cubre su cabeza un gorro de fieltro hecho de pelo de camello, que se adapta al cráneo. Sobre su cuerpo flota la túnica de blanco algodón, alguna vez ceñida por una faja ó una cuerda. La pierna aparece desnuda, como también el pié, que solo en las grandes solemnidades lleva calzado por enormes babuchas tunecinas.²⁵²

A estos *fellahs* se refiere textualmente José de Castro y Serrano:

Ingenieros y contra maestres, artífices y capataces de todo género se podían hallar, y muy pronto se encontraban, en Francia, Inglaterra, Grecia y Alemania; pero braceros acostumbrados al clima, simples peones de escaso costo y gran fuerza, esos no podían hallarse más que en Egipto, ni remunerarse sino en proporción á las costumbres del trabajo esclavo.²⁵³

Gregorio Andrés y Espala describe al *fellah* egipcio, aprueba y pretende confirmar desde su idealización, que intenta sublimarlos. Toda esta descripción del aspecto físico de los campesinos, ingenuamente e inútilmente idealizada, no es más que una maniobra literaria para que su texto resulte al lector lo más agradable posible:

Los dedicados a las labores del campo se llaman *fellahs*: aunque impropriamente, se da la misma denominación á los pobres de las ciudades; pero el verdadero *fellah* es campesino. En los más la cabeza es un perfecto óvalo, ancha y bien formada la frente, ojo y pestañas de un negro vivísimo, dan a su expresiva mirada singular animación, recta es su nariz, gruesos sus labios, hermosa la dentadura y atezado el semblante.²⁵⁴

El escritor hace referencia al papel ejecutor del *fellah* egipcio en la excavación del canal de Suez. Aquí, Espala continúa haciendo este elogio del campesino egipcio, un elogio exaltado, magnífico y casi sublime en el que evoca las ideas occidentales sobre el pueblo soberano, que en el Egipto de aquel entonces no tienen sentido en absoluto porque entonces la soberanía y la ciudadanía no aparecen en la realidad del país. Da la impresión de que el autor quiere que el pueblo sea efectivamente soberano, pero podemos percibir en su mente

²⁵¹ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 137-138.

²⁵² Toda y Güell, Eduardo, *A través del Egipto*, ob. cit., p. 24.

²⁵³ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 144.

²⁵⁴ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., p. 75.

una restricción mental, como si no estuviera convencido de la capacidad del pueblo egipcio para ejercer esa soberanía. Los *fellahs* egipcios que trabajaban en la excavación del canal de Suez son, según nuestro autor, buenas personas, obedientes, resignados, dispuestos a todos los sacrificios, pero, sin duda, en lo profundo del pensamiento del autor que ha emitido estos elogios es un pueblo cuyo destino le sitúa en una irremisible condición sevillista. Así, el conjunto de consideraciones del autor a este propósito suenan a simple utopía.

Respecto al papel del *fellah* egipcio en la ejecución del proyecto del canal de Suez cabe citar las siguientes palabras de José de Castro y Serrano:

Este último contratiempo de la compañía, que tantos millones le ha costado, es quizá la página más hermosa de tan hermosa empresa; porque el *fellah* de Egipto, ese rey del bajo Oriente, como le llamarían los que profesan el principio de la soberanía absoluta del pueblo; ese soberano que ahora va a levantar su cabeza con este tajo del istmo, ¡qué rey es tan andrajoso y tan sucio, tan miserable y tan infeliz, tan bueno y tan potente, tan dócil y tan listo, tan grande por origen y tan pequeño por condición!²⁵⁵

En *La novela del Egipto* el autor dedicó una parte a la descripción del *fellah* egipcio y su vida; en este aspecto, pensamos que el escritor acertó hasta cierto punto en sus descripciones cuando estas rozan la realidad y se alejan de la ficción. Esto confirma lo que acabamos de decir. En ellas, Castro y Serrano nos indica con más claridad hasta qué punto le parece imposible que los *fellahs* egipcios puedan hacer nada útil por sí mismos. No solamente llega a compararlos a árboles u otros elementos vegetales, sino que además, y para reforzar su idea, recurre a la exaltación de la mujer *fellahina*, algo insólito y poco habitual en una civilización de cultura patriarcal y machista, para decirnos que, sin ella, el *fellah* egipcio no existiría.

José de Castro y Serrano exalta a la mujer *fellahina* que ayuda al *fellah* en sus tareas diarias, con las siguientes palabras:

El *fellah* o campesino de Egipto es una especie de planta animada que brota en el desierto sin saber por qué, y, hasta hace poco, sin saber para qué. Si la mujer árabe no fuera una gran ayuda para su marido, el *fellah* no existiría, o a lo más correría hacia el Nilo envuelto en el légamo de las inundaciones.²⁵⁶

Antonio Bernal confirma lo que nuestro autor nos ha hecho saber con su libro. Ahora se trata de profundizar más en los conceptos expresados, haciéndonos ver no solo al *fellah* en sí mismo, sino a su entorno con las manifestaciones de la vida cotidiana: Antonio Bernal nos recuerda que el *fellah* vive en una choza, se alimenta mal y se viste peor.

Con las siguientes palabras nos habla Antonio Bernal sobre la condición del *fellah*:

El *Fellah* vive con poco: tres panes como galletas que él mismo prepara, amasa y cuece; algún pepino, una raja de sandía y unas cuantas aceitunas negras bastan y sobran para

²⁵⁵ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 169-170.

²⁵⁶ *Ibidem*, p. 171.

alimentarle en el día. La casa es simplemente una choza. El vestido un calzón sencillo y una camisa de algodón: los más ricos se cubren la cabeza con el tarbusch ó el turbante.²⁵⁷

Por otro lado, Heródoto nos indica que en Egipto había una ley que obligaba al hijo a seguir la condición del padre y a permanecer siempre en su clase. La sociedad egipcia estaba, por lo tanto, dividida de la siguiente manera: “Primera clase: los agricultores y Pastores; Segunda, los comerciantes; Tercera, los sacerdotes; y la cuarta, la milicia”. En realidad, las dos primeras clases pagaban los tributos y sostenían a las últimas dos. Por esta misma razón, las últimas dos clases querían perpetuar dicho sistema para seguir gozando tanto ellos como sus hijos de tales privilegios; y todo a costa de la clase trabajadora del Egipto.

Los *fellahs*, que son los verdaderos descendientes de los faraones, llevan una vida eterna de sufrimiento, porque desde siempre habían sido los encargados de mantener a la clase sacerdotal y a la clase militar. Esta clarificación responde a un sentir humano generalizado, que es la opresión ejercida por los fuertes sobre los débiles. Desgraciadamente, es verdad que los fuertes, según Heródoto, son los militares y los sacerdotes. Siendo así, y teniendo en cuenta el egoísmo humano que desgraciadamente gobierna en el planeta tierra, es casi lógico que esos fuertes dominen a los trabajadores adueñándose de los beneficios de su trabajo y haciéndoles pagar los impuestos que las clases poderosas no pagan. Si pudiéramos extraer alguna enseñanza de estas afirmaciones, y si quisiéramos recrear lo ocurrido desde que se abrió el canal de Suez hasta los comienzos del siglo XXI, observaríamos que la única tentativa sería la de acabar con el egoísmo mencionado. El comunismo ha fracasado y ha sido desechado porque su teórica generosidad era incompatible con la opresión que ya hace treinta siglos denunciara Heródoto. En realidad, los *fellahs* del Egipto y, metafóricamente, el mundo entero y, sobre todo, en el llamado tercer mundo, siguen siendo las víctimas de la opresión denunciada en su tiempo por el historiador griego.

Antonio Bernal sigue hablando sobre la dura condición en que viven los *fellahs*:

Durante mi regreso no pude menos de reflexionar en la dura condición que cabe aun hoy día a los *fellahs*, verdaderos descendientes de los Faraones, según afirman algunos sabios escritores: y así pudiera muy bien ser, mas yo me inclino a la opinión de otros no menos doctos historiadores, de que el *fellah* es el producto del árabe beduino, cruzado con el pueblo cultivador, que siempre existió y formó una clase separada, de las cuatro en que se dividía el pueblo egipcio.²⁵⁸

En definitiva, Antonio Bernal se refiere a la situación social del *fellah* con las siguientes palabras:

La misma situación, si bien se examina, subsiste aún en el Egipto con respecto al *fellah*, pues este es quien cultiva la tierra, soporta y se dedica á los trabajos más duros, produce tesoros, y no puede enriquecerse jamás, porque cuanto labra y cosecha es para su señor, paga el tributo por el mísero pedazo de tierra en que vive, y él y sus hijos *fellahs* se

²⁵⁷ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., pp. 139, 140.

²⁵⁸ *Ibidem*, pp.141, 142.

quedan. Resignado con su suerte, siendo una de las condiciones de su sangre la dulzura y la obediencia, besa la mano que le castiga, sin ser esclavo de nadie en particular, porque lo es por su condición de todo el mundo. Lloro si se le hace mucho daño; pide perdón y se humilla, y sin embargo, en él se concentra toda la energía que hace brotar del suelo la riqueza; y construye los palacios, los caminos y canales, y en sus robustos brazos existe el vigor y reside la fuerza. Pero su carácter dulce y sumiso le hace aborrecer la guerra, ver con horror la sangre, jamás empuña un arma de fuego ni un cuchillo, no interviene en sus disputas, y el robo y el asesinato es desconocido entre ellos. Sus venganzas ó severos castigos de familia son un acto de fanatismo por efecto de sus creencias sociales y religiosas, pero nunca por perversidad de la naturaleza. Todo el mundo les acusa de indolentes é ignorantes, y ciertamente reúnen ambas circunstancias; pero no porque la inteligencia ni la energía sean incompatibles con su raza, sino porque la sociedad les condena a vivir en la barbarie y bajo el duro yugo del trabajo y la miseria, y porque saben que cuanto produce es para todos menos para él, que debe contentarse con vivir. Todas sus quejas, todas sus exclamaciones cuando ve que le falta hasta lo necesario, y que el trabajo es duro y pagado a latigazos, se reducen a decir ¡Allah Kerim! - Dios es grande-, y baja la cabeza y sigue trabajando.²⁵⁹

Antonio Bernal describe al *fellah* físicamente: “El *fellah* es de alta estatura, ancho de hombros y de pecho, los extremos finos, el color moreno, el pelo negro, los ojos vivos, el ademán suelto y majestuoso”.²⁶⁰ Añade lo siguiente sobre el *fellah* y su familia:

En medio de este rigor, que bajo más recatadas formas y consecuencias menos feroces no me atrevería a calificar de exagerado, la familia *fellah* vive en un estado bastante primitivo. Padres é hijos, grandes y pequeños, todos hacen cama redonda; y sin saber lo que es pudor, sin recato, se visten y se desnudan en las orillas del Nilo para bañarse á la vista del público, sin aprensión ninguna. Las jóvenes, si ven que se las mira, se cubren la cara; las viejas nunca.²⁶¹

Eduardo Toda y Güell señala que:

El *fellah* es ignorante, supersticioso y fanático. Créduo por temperamento, acoge con mayor facilidad todos los cuentos de consejas y de brujas, practica los sortilegios, está convencido de que un exorcismo a tiempo libera los campos de orugas. Más frecuentemente que el musulmán de las ciudades, hace las cinco abluciones prescritas por el Profeta, y reza sus plegarias sobre una estera en medio del campo, vuelto hacia el Oriente, con la devoción que le inspira aquel grandioso templo que tiene por cúpula el cielo y por naves los verdes ramajes de las palmeras. Allí él siente a Dios, mejor que en los sucios patios de la mezquita de su aldea.²⁶²

José de Castro y Serrano nos habló sobre el feudalismo en Oriente como sistema social piramidal. En la cima de la pirámide estaba el monarca, rey o sultán, y en la base los campesinos oprimidos sobre los que gravitaba toda la pirámide social. Los señores feudales, como los mamelucos, eran un elemento intermedio entre el monarca y el pueblo trabajador, pero para relacionarse con los campesinos tenían a su vez unos señores feudales de menos importancia como los caballeros, los alcaldes o los jeques de las aldeas. La tiranía oriental que hemos descrito consiste en que no hay un poder intermedio entre el déspota rural que

²⁵⁹ Ibidem, pp.142, 143.

²⁶⁰ Ibidem, p.144.

²⁶¹ Ibidem, p. 147.

²⁶² Toda y Güell, Eduardo, *A través del Egipto*, ob. cit., p. 96.

oprime directamente al campesino y el sultán. Teóricamente, el déspota rural y el advenedizo son representantes del sultán en su máximo poder.

A propósito de estos señores feudales que explotaban a los *fellahs* señala José de Castro y Serrano:

En cada punto productor o poblado donde puede ejercerse el despotismo y la rapiña, allí nace un bajá mameluco (griego o circasiano), que a costa de los egipcios se engrandece, roba, pelea, influye o pretende influir en la marcha general de todo el continente, y ya se burla de la Puerta o es burlado por ella, pero siempre a costa de un ser a quien parece que pertenece todo, aun cuando nada en realidad llega a pertenecerle: el *fellah*.²⁶³

En este sentido, cabe mencionar lo que cita el francés G. F. Volney, quien narra una experiencia propia por las tierras de los faraones cuando en sus viajes a Egipto tuvo la oportunidad de tratar con los *fellahs*:

Los *fellahs* viven miserablemente; apenas reúnen una escasa pitanza, cuando sus señores los despojan de ella so pretexto de tomarla prestado; yo fui festejado por algunos de ellos con la mejor comida que podían proporcionar: aceite rancio y pan muy grosero; jamás prueban carne sino cuando matan alguna vaca o buey, inutilizados por enfermedad o vejez: la mayor parte de ellos viven materialmente de pan y agua, pues no cultivan frutas ni legumbres: sin embargo, son gente muy alegre y de buen temple; los mozos tocan, cantan y bailan todas las noches, y están siempre de mucho mejor humor que sus altivos señores.²⁶⁴

III.7 Repercusiones de la inauguración del canal de Suez. Repercusiones literarias.

Entre los factores que contribuyeron a atraer la atención de Europa hacia la importancia de Egipto a lo largo del siglo XIX destacamos cuatro factores esenciales:

1.- Factores geográficos y climáticos: Egipto se distinguió de los demás países del Oriente árabe por la facilidad de sus transportes y, por consiguiente, también destacó por el desplazamiento entre sus fronteras, sobre todo después de la inauguración del canal de Suez. El entorno geográfico egipcio (que descubría contrastes paisajísticos que abarcan zonas desérticas, del litoral, montañosas y fluviales) estimuló la inspiración de los escritores orientalistas y artistas, lo que confirió a sus temas un tinte local y una visión nueva a la realidad. Además, el clima estable, la luz brillante y la bondad y la amabilidad de su gente incitan tanto al escritor como al artista a exteriorizar sus sentimientos de una manera increíble.

2.- Factores artísticos: Egipto, como país eje del Oriente árabe, fue fuente de inspiración para los artistas y escritores orientalistas en lo que concierne a la estética y

²⁶³Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 204-205.

²⁶⁴Volney, G. F., *Viaje por Egipto y Siria. Durante los años de 1783, 1784 y 1785*, traducido del francés al español por Nicolas Lluy, Tomo II, Paris, Imprenta de Julio Didot, 1830, p. 450.

riqueza de temas, así como los valores humanos en cuanto a la generosidad, amabilidad y formas de vida. Todo ello, teniendo en cuenta la revelación de los espectaculares elementos cívicos como patrimonio, vestigios, vida social y popular, que estaban integradas por las clases humanas de las diversas nacionalidades que había en aquel entonces, además de las muchas industrias y oficios populares con sus tradiciones y costumbres. Esto dio impulso a los escritores y artistas orientalistas, que comenzaron a buscar lo nuevo y lo llamativo. El ambiente artístico-literario europeo del siglo XIX proporcionó esta renovación. Llama la atención la convivencia de aquellos artistas y escritores orientalistas con la vida egipcia sencilla, asentados en los barrios populares, inmortalizando a los indígenas, los cuales practicaban sus creencias y tradiciones a su modo, lo que confirió a algunas de sus obras realismo y credibilidad, propiciando el predominio del romanticismo.

3.- Factores culturales: los vestigios egipcios de diverso tipo y diferentes civilizaciones (faraónicas, coptas e islámicas) atrajeron a los artistas, escritores y viajeros del siglo XIX, lo que hizo que sus obras desbordaran con temas de lugares de culto, necrópolis faraónicas, iglesias coptas y mezquitas islámicas, así como algunas ruinas de vestigios romanos del arte helénico alejandrino. El descubrimiento de vestigios por pintores orientalistas llevó parejo un gran interés por la arqueología egipcia, que se tornó en una amalgama de ciencias y arte, que plasmaron tanto en sus cuadros como en los libros que escribieron sobre Egipto. Esta influencia oriental faraónica quedó reflejada en las obras de famosos artistas europeos como Paul Gauguin (1848-1903) y Pablo Picasso (1881-1973).

4.- Factores literarios: la literatura oriental y sus fabulosas leyendas influyeron en los temas de las obras de los escritores del siglo XIX, que se convirtieron en románticas y ensoñadoras. Con el desciframiento de la piedra de Rosetta por el científico francés Jean Francois Champollion (1790-1831), se abrieron nuevas posibilidades para la traducción de textos literarios faraónicos, cosa que aprovecharon muchos artistas y escritores orientalistas. Igualmente, creó impacto el movimiento de traducción del árabe al francés, como, por ejemplo, la traducción de la obra *Las mil y una noches*. Esta obra fue traducida por Antonio Galland, quien provocó la pasión por el romanticismo y la imaginación orientales, por lo que tomaron cuerpo maravillosas obras de gran colorido sobre Oriente, aunque la mayoría de las veces no fueran realistas.

Es bien sabido que la inauguración del canal durante el reinado del jedive Ismail fue un acontecimiento político social internacional muy importante. A este evento asistieron tanto políticos como personalidades de todas las partes del mundo que fueron alojados en palacios construidos al estilo europeo y se les agasajó con festines de ensueño semejantes a los de los cuentos de *Las mil y una noches*. Esta inauguración atrajo la atención del mundo hacia Oriente en general y muy en especial hacia Egipto, un país en el que se congregaron muchos orientalistas, escritores y artistas enviados desde Europa para registrar y retratar el acontecimiento.

La inauguración del canal de Suez afectó notablemente a las relaciones de Egipto con el resto de los países del mundo y, asimismo, influyó a las relaciones de España con Asia meridional. La introducción del vapor y la reducción del trayecto que supuso la apertura del

canal de Suez cambiaron la relación de la península con las posesiones del Pacífico y con toda la región del Índico. Aquellos acontecimientos, el conocimiento directo de objetos egipcios y la difusión de los grandes libros de viaje hicieron que Europa se fascinara completamente con Egipto y con lo egipcio. La consecuencia inmediata fue que con la inauguración del canal de Suez muchos europeos sintieron el deseo, y casi la necesidad, de viajar y conocer de primera mano los lugares y tesoros que existían en Egipto.

La inauguración del canal de Suez acortó en la práctica las distancias entre Oriente y Occidente, lo que provocó el aumento de investigadores y de interesados en el estudio y retrato de los detalles de la vida de la sociedad egipcia, así como aumentó el flujo de turistas para gozar del calor y del encanto de Egipto. Esta apertura de la cultura oriental hacia Occidente propició la influencia sobre ciertos estratos de la sociedad egipcia, especialmente las clases altas de los territorios turcos y egipcios, que empezaron a imitar a Occidente en el comportamiento y en el vestir, hecho que los escritores y pintores europeos orientalistas no desearon representar en sus obras. El sueño se esfumaba y entonces dirigieron su atención hacia el desierto, las calles, los mercados de El Cairo y hacia la mezcla que brotaba en la modesta vida de la sociedad egipcia del siglo XIX.

Es necesario señalar que el jeque Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī era de los más ilustres personajes egipcios del siglo XIX que apoyaron fervorosamente el proyecto del canal de Suez y de los que pedían a la gente de Egipto la participación en la ejecución del proyecto; por esta misma razón estableció Fernando de Lesseps estrechas relaciones con el señor Rifā‘a. No debemos olvidar que Al-Ṭaḥṭāwī residió en París muchos años cuando era jefe de los miembros de la misión científica egipcia en París, y se empapó de la cultura francesa. Asimismo, elaboró dos poemas de alabanza al proyecto del canal de Suez. El primer poema fue publicado en el año 1856 y el segundo en 1862, el cual Perron tradujo a la lengua francesa.²⁶⁵ Quizá lo que expresó el jeque Rifā‘a al-Ṭaḥṭāwī sobre el proyecto del canal fue uno de los motivos que hicieron que Rifā‘a ganara la estimación de los hombres franceses. Jonnard Bey, director de la misión egipcia en Francia, había enviado una carta el 25 de octubre de 1860 al redactor del periódico *Moniteur Universal* alabando en esta la buena inclinación del jeque Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī hacia el proyecto del canal de Suez.

“Le cheykh Refa`ha, partageant avec ses compatriotes lettrés, comme avec les principaux personnages de l’Égypte, l’impression profonde qu’a excitée partout le projet hardi de réunir les deux mers, a voulu consacrer, par la poésie, le souvenir de l’entreprise. Il avait déjà célébré en vers la champagne de Crimée, où se sont illustrés les soldats et les marins de l’Égypte; une conquête pacifique sur le désert lui a paru aussi un sujet poétique et digne de parler à l’imagination.”²⁶⁶

²⁶⁵ Véase la traducción al francés del segundo poema en el periódico *L’isthme de Suez*, número 139, publicado el 1 de abril de (1862), pp. 111-112. Grupo del Año Séptimo.

²⁶⁶ Ibidem, pp. 111-112. Es conveniente citar la traducción aproximada del texto francés al español: “El jeque Rifā‘a, compartió con sus compatriotas académicos y con las principales personalidades de Egipto, la profunda emoción que en todas partes está produciendo el audaz proyecto de ingeniería civil que unirá los dos mares. Él dedicó una poesía que mencionaba las hazañas del proyecto del canal de Suez y celebró con un brindis de champán en Crimea, la conquista pacífica del desierto, distinguiendo la labor realizada por soldados y marineros egipcios. Asimismo pronunció una poesía que hizo volar la imaginación de los allí presentes.”

La Compañía Marítima Universal del Canal de Suez solicitaba muchas veces a algunos escritores egipcios que escribieran artículos con la finalidad de hacer propaganda del proyecto del canal y pedir del pueblo egipcio la participación positiva en la ejecución del proyecto. Así, algunos de aquellos escritores llegaron a decir que la excavación del canal en el istmo de Suez entre ambos mares era una aplicación práctica de lo que viene citado en El Corán y, en este sentido, cabe señalar que en el periódico *L'isthme de Suez* vienen registrados algunos artículos de este tipo que han sido traducidos a la lengua francesa en los que vienen citados algunos versículos coránicos.

Fernando de Lesseps se interesó en que el gran muftí y los grandes hombres de la religión musulmana presenciaran en Egipto las celebraciones que hacía la empresa cada vez que había un éxito parcial en la realización de las tareas de excavación; siempre recitaba uno de estos hombres de religión una palabra adecuada en la ceremonia dirigiendo sus palabras a los trabajadores egipcios, bendiciendo la obra de la empresa, haciendo alabanzas a la cultura francesa, al sultán de Turquía y al virrey de Egipto: “Nuestro Efendí que propaga la justicia, trabaja para la felicidad de su pueblo y elimina cualquier mal que le afecta”.²⁶⁷ Una vez finalizada la ceremonia, los invitados musulmanes solían ir a realizar la oración en la mezquita más próxima.

El reino de España envió a la ceremonia de inauguración del 17 de noviembre de 1860 una delegación encabezada por Eduardo Saavedra, ingeniero de Caminos y entonces director general de Obras Públicas y Comercio, que a su vez participó entre 1884 y 1890 en la ampliación del canal de Suez. En representación de la Armada acudió la fragata Berenguela, el primer buque español que cruzó el canal de Suez. Aunque la participación española en el canal de Suez fue escasa, el acontecimiento despertó mucho interés, ya que desde el punto de vista político y económico afectaba a sus intereses, puesto que acercaba a España a una de sus colonias, Filipinas. La Delegación española, designada por Salustiano Olózaga para representar a España en la inauguración, estaba presidida por Eduardo Saavedra, quién asistió a la Conferencia Internacional de Comercio de El Cairo. Más tarde fue miembro de la Comisión Internacional para la Ampliación del Canal. Cipriano Segundo Montesino, ingeniero civil y miembro de la Comisión Técnica Internacional, redactó una memoria oficial sobre la unión del Mediterráneo con el mar Rojo que se titula *Rompimiento del istmo de Suez*. Joaquín Navarro Morgado, capitán de fragata, fue el autor de la memoria oficial, que llevaba por título *canal de Suez: paso de la Berenguela por el mismo*. En el trabajo valoraba las mejoras que suponía para España su apertura. Nemesio Artola Erroicenea fue el español más directamente vinculado con el canal de Suez. Nació en Tolosa en 1843 y conoció a varios ingenieros que realizaban las obras del ferrocarril de Madrid a Irún. Uno de ellos, Alejandro Lavalley, le contrató para las obras del canal de Suez. Escribió sus memorias, que posteriormente fueron recogidas en un libro titulado *Biografía del canal de Suez*. Fue nombrado cónsul honorario de España en Puerto Said, puesto que ocupó durante veinte años recibiendo numerosas condecoraciones.

²⁶⁷ Silvestre, Henri, “1854-1869: avec carte et pièces justificatives”, *L'isthme de Suez*, Imprinta de Cayer et Cie, Marseille, 1 de diciembre de (1869), p. 328.

A pesar de que la tónica orientalista no ha variado cualitativamente, se aprecia un ligero cambio en la trayectoria temática del orientalismo español, como evidencia la colaboración y la positiva participación española en los descubrimientos monumentales en Egipto durante el siglo XIX. El fruto histórico-literario de esto hizo que el diplomático, historiador y literato español Eduardo Toda y Güell escribiese su obra *A través del Egipto*, en 1889, ahondando en el interés que solía suscitar toda cala científica, histórica, narrativa y creativa, mostrado ya con la obra de José de Castro y Serrano, *La novela del Egipto*, en 1870.

Gregorio Andrés y Espala era uno de los muchos españoles que visitaron Egipto durante la inauguración del canal de Suez y nos describió la escena que presencié en la mañana del día 17 de noviembre de 1869 del siguiente modo:

Al amanecer del 17 de Noviembre, día destinado para la inauguración oficial, era grandísima la impaciencia de cuantos nos hallábamos en Port-Said por atravesar la nueva vía trazada en el desierto. Divisábamos desde la cubierta de nuestros respectivos buques aquel camino, hollado por Ramsés, Cambises, Alejandro, Mahoma y Bonaparte, próximo a ser invadido por más número de príncipes y más fuertes ingenios de guerra que en época anterior alguna, con la diferencia de que los cañones de los buques que les escoltaban no significaban el derecho de la fuerza, sino la fuerza de la inteligencia, horadando montañas, rasgando continentes y aproximando dos mares para fecundar una comarca estéril y llevar el progreso de la civilización occidental a los más remotos confines del Asia.²⁶⁸

De esta forma, el orientalismo y el egipcianismo envolvieron tanto a escritores europeos como a un notable número de historiadores, estudiosos, investigadores y escritores españoles de tendencia arabista que excavaron bajo la superficie de las manifestaciones arábigo-andaluzas, intentando con sus escritos y con su metodología científico-cultural reconstruir lo que hubo en España durante los siglos de convivencia entre las tres culturas o, más bien, las tres religiones. Estos excelentes creadores y orientalistas del siglo XIX, con el elocuente instrumento de la palabra y la esencia de la imagen, contribuyeron hasta cierto punto a la devolución a la cultura arábigo-islámica de una parte de su merecido florecimiento histórico y de su fisonomía. Sin embargo, tanto la imagen como la cultura del “otro” perduraron y fueron revitalizadas, ya que el Oriente árabe e islámico ha constituido siempre, desde muy antiguo, una preocupación habitual y mantenida para Occidente, ejerciendo sobre él una especie particular de fascinación. Este hecho, en definitiva, resulta sencillamente natural, porque tanto geográfica como históricamente ese Oriente es uno de los “otros” más inmediatos y directos, y por ello, más en confrontación también con Occidente.

El último tercio del siglo XIX representa en la historia de la egiptología española una etapa de claro despertar hacia un positivo movimiento científico. El año 1869 conoció, con la apertura del canal de Suez, la aventura de la fragata de guerra “Arapiles”, que en una misión de exploración en el verano del año 1871, llevó hasta Alejandría una comisión científica bajo la dirección de Juan de Dios de la Rada y Delgado.²⁶⁹ Allí, se adquirieron

²⁶⁸ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., pp. 41-42.

²⁶⁹ *Revista Arbor* CLXXX, 711-712, CSIC, (Marzo-Abril 2005), pp. 805-824.

diversas piezas arqueológicas que hoy forman parte de los fondos del Museo Arqueológico Nacional. Estos acontecimientos, que pusieron de moda a Egipto en el mundo entero, parece que produjeron en España el efecto de sensibilización necesario para que en el año 1883 se editase el que, creemos, es el primer manual moderno de historia de Egipto escrito por un español; se trata del Volumen I del llamado *Compendio de Historia Universal. Edad Prehistórica y Período Oriental* de Manuel Sales y Ferré, Catedrático de la Universidad de Sevilla:

El Oriente ha sido durante mucho tiempo para los historiadores lo que el África fue para los geógrafos, la tierra de las maravillas. Todos los ídolos, con tanta labor forjados, se han desvanecido cual sombras a la luz de los descubrimientos. Hoy el periodo oriental nos es tan conocido como el griego o el romano, y presenta dos fases sucesivas, o sea dos épocas, perfectamente distintas; una, que está centrada en el origen de la cultura; la otra en su propagación,²⁷⁰ Sales Ferré, M., *Compendio de Historia Universal.- Edad Prehistórica y Período Oriental: I.*²⁷¹

No obstante, existen otros trabajos anteriores, reseñables también, como *El Discurso Inaugural del Año Académico de 1865*²⁷² leído ante la Real Academia Española de Arqueología y Geografía, por Antonio Balbín de Unquera sobre Arqueología Egipcia. De igual modo, debe tenerse en cuenta la *Introducción a la Historia y nociones generales de Historia de Oriente*,²⁷³ del Profesor de la Universidad Central de Madrid D. A. García Moreno, cuyo capítulo VI, está dedicado al antiguo Egipto. Otro catedrático de historia de la Universidad Central de Madrid, Miguel Morayta, redacta y lee su *Discurso... de la Solemne Inauguración del Curso Académico de 1884 a 1885*, cuyo tema monográfico es la historia y civilización faraónicas; el 6 de mayo del mismo año 1884, será José Ramón Mélida quien dé lectura a su brillante conferencia sobre “la Religión Egipcia” en el Ateneo de Madrid.

El interés por el antiguo Egipto y la arqueología egipcia se percibía en el ámbito intelectual español, así que el director general de Instrucción Pública propuso en un escrito con fecha de 26 de agosto de 1869 que facultativos del Museo Arqueológico Nacional viajaran a Egipto acompañando a la misión diplomática que asistiría a la apertura del canal de Suez para que pudieran visitar lugares de interés arqueológico y adquirir piezas para el museo que serían trasladadas hasta España por buques de la Armada. A pesar de las gestiones realizadas para llevar adelante este proyecto, que refleja el interés por una arqueología abierta a las culturas del Mediterráneo en la inauguración del canal de Suez, estuvo presente la comisión diplomática española pero sin que en ella participaran facultativos del museo. Sí estaba en dicha comisión el alcalde de Madrid, Manuel María

²⁷⁰ Martín Valentín, Francisco J., *Notas para la historia de la egiptología en España (I)*, Texto publicado en Instituto de Estudios del Antiguo Egipto, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/notas-para-la-historia-de-la-egiptologia-en-espana-i--0/html/00493430-82b2-11df-acc7-002185ce6064_8.html. La última fecha de acceso a la página es el 25/01/2014.

²⁷¹ Sales Ferré, M., *Compendio de Historia Universal.- Edad Prehistórica y Período Oriental: I, IX*, Madrid, s. i., 1883.

²⁷² Balbín de Unquera, Antonio, *El Discurso Inaugural del Año Académico de 1865*, discurso sobre Arqueología Egipcia leído en la Real Academia Española de Arqueología y Geografía, Madrid, 1965.

²⁷³ García Moreno, D. A., *Introducción a la Historia y nociones generales de Historia de Oriente*, capítulo VI, Madrid, s. i., 1878, págs. 198-247.

Galdós, que aprovechó su visita a la tierra de los faraones para adquirir objetos antiguos que a su vuelta fueron donados al Museo Arqueológico Nacional.²⁷⁴

El sentimiento general de estos pioneros españoles en la historiografía egipcia se resume en la siguiente frase de Juan de Dios de la Rada y Delgado con la que concluye su *Catálogo de las estatuas de divinidades egipcias (bronce) que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional*: “tal es la descripción y juicio que nos merecen las figuras egipcias, reproducidas en las tres láminas que acompañan a esta monografía, estudio que presentamos con temor, por estar muy poco generalizados los de esta clase en nuestra patria, al mejor criterio de los doctos”.²⁷⁵ Esta sensación de prudencia es la primera señal del buen camino en el que se encontraban las personas realmente interesadas en la promoción y estudio de la egiptología en España.

A mediados del siglo XIX, Egipto era un país oriental que estaba cambiando. Con la apertura del canal de Suez se aumentó la posibilidad de viajar y la alta burguesía se sumó encantada a estas experiencias. Muchos de aquellos que realizaban el viaje a Egipto iban anunciando, a medida que su aventura avanzaba, noticias, relatos e imágenes de los territorios, gentes y lugares que visitaban mediante las cartas que escribían a sus amigos y familiares en Europa. Estos documentos, que constituyen una fuente documental de gran importancia, ayudan a conocer cuál era la percepción particular de aquellos viajeros -muchas veces mujeres- de la realidad que encontraban en aquellas tierras lejanas a las que habían anhelado viajar.

La inauguración del canal de Suez significa el comienzo de una nueva era de orientalismo en la región árabe, a juzgar por los cambios que experimentó la sociedad oriental, como dijimos antes. Dicho fin se encuentra propiciado igualmente por la aparición, en 1888, de la fotografía, que terminó con la imaginación romántica. Los pintores y escritores orientalistas se sirvieron de ella como fuente de aportación e inspiración de sus temas artístico-orientalistas, a los que llegan sin tan siquiera haber convivido con la realidad. Esto no quiere decir que esos retratistas y orientalistas que realizaron obras que se encuentran en el movimiento romántico carezcan de mérito, sino que su obra marca el final de una época y de una visión del Oriente islámico.

De esta forma, con la inauguración del canal de Suez se abrió un nuevo camino al egipcianismo. El gobierno español no podía permanecer impasible ni dejar de tomar parte activa en este gran acontecimiento que había de causar tan completa revolución en el comercio del mundo y recíprocas relaciones de todos los pueblos que lo habitan.

A este efecto se preparó convenientemente una delegación española nombrada para ratificar los tratados de España con el Japón, pero antes tenían que asistir a la ceremonia de la apertura del canal de Suez. La comisión española estaba compuesta por el encargado de

²⁷⁴ López Grande, María José, *Viaje a Egipto. Primeros viajeros españoles y primeras miradas de la investigación española hacia las tierras del Nilo*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004, p. 235.

²⁷⁵ Rada y Delgado, Juan de Dios de la, “Estatuas de divinidades egipcias (bronces) que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional”, MEA, Madrid (1873), Tomo II, págs. 623.

negocios y cónsul general de España en el Japón Tiburcio Rodríguez y Muñoz, el secretario de la misma Emilio Ojeda, el joven especialista en lenguas Nicolás María Rivero y Custodio, Juan Ortiz, vicedcónsul de España en Amoy, agregado a la mencionada delegación, y el nuevo cónsul general en Alejandría, Isidoro Milla. Salió la fragata Berenguela del puerto de Cartagena dirigiéndose hacia el canal de Suez el 27 de octubre de 1869, pero antes hizo escala en la isla de Malta y puerto de Alejandría, desde donde se dirigió a Puerto-Said, que por el lado del Mediterráneo da ingreso al canal de Suez.

Ciertamente, la inauguración del canal de Suez desató una euforia en el mundo cultural e hizo que se recopilaran datos de carácter histórico-literario acerca de Egipto en el periodo de 1869-1870, fecha de la publicación de *La novela del Egipto*, que coincide con el gran acontecimiento de la apertura del canal de Suez en 1869. Se trata de una época especialmente dolorosa e inquietante para el Oriente árabe porque es ya la época de expansión colonial occidental por la zona, con el incalculable impacto y las transformaciones que produce. Por lo tanto, surge la necesidad de estudiarla a fondo con la finalidad de situar el hecho en el contexto en que se produce, y que contribuye particularmente a su correcta comprensión, que, sin duda, nos servirá para entender mejor la actual situación árabe, ya que el estudio de aquella época tanto histórica como literariamente contribuirá hasta cierto punto a aproximarnos mejor a la mentalidad oriental.

Cabe destacar que la apertura del canal de Suez tuvo grandes repercusiones de distinta índole; baste recordar que según Farnie, entre 1869 y 1870 se escribieron alrededor de doscientos cuarenta y cinco libros, artículos y panfletos sobre el canal, cuya apertura fue considerada por Henry Morton Stanley como “A beautiful morning ushered in the greatest drama ever witnessed or enacted in Egypt”.²⁷⁶ Y entre los grandes escritores que abordaron el tema de una u otra forma, recuérdese que hubo figuras de la relevancia de Gautier, Visen, Zola y Eça de Queiroz. El gran dramaturgo noruego reconocería, por ejemplo, que “su estancia en Egipto había constituido el período más interesante e instructivo de su vida”.²⁷⁷

Pero lo que nos interesa son las repercusiones literarias de la apertura del canal de Suez a nivel nacional español. Uno de estos ecos literarios fue la aparición de una serie de publicaciones tanto literarias como históricas sobre Egipto y sobre el canal de Suez. Sin embargo, lo más relevante en aquel entonces fue la aparición de una serie de cartas de correspondencia especial para *La Época* que fueron publicándose en un periodo de casi dos meses; estas cartas, al parecer, fueron enviadas desde Egipto por una persona anónima que estaba destinada allí en una “misión secreta” desde el 7 de octubre de 1869 hasta el 1 de diciembre de 1869.

La primera carta de Egipto fue enviada con fecha de salida el 7 de octubre de 1869 desde la ciudad de Alejandría, en la cual nos informa el misterioso corresponsal diciendo:

²⁷⁶ Stanley, Henry Morton & Stanley, Dorothy, *The Autobiography of Sir Henry Morton Stanley*, G.C.B, New York, Cambridge Library Collection, Published in the United States of America by Cambridge University Press, 2011, p. 245.

²⁷⁷ Martínez Montávez, Pedro, “Un relato de ficción sobre la apertura del canal de Suez, ob. cit., p. 79.

Señor director y querido amigo: Hoy salen de París los primeros comisionados que han de presenciar oficialmente la apertura del canal de Suez, y hoy he desembarcado yo en este hermoso puerto del Egipto. Mi viaje, sin embargo no ha sido tan elegante ni tan cómodo como deberá serlo el de esos privilegiados de la fortuna que deben a su mérito unos, y a sus amistades otros, a gracias ocultas los más, la honrosa preferencia de contarse ente los huéspedes de *Khedive*: no ha sido tan cómodo ni tan suculento, pero ha sido más rápido; estoy aquí diez días antes que los primeros, y treinta días antes que los últimos, hasta el punto que ellos se merecen. Ánimo, pues, y a trabajar.²⁷⁸

La apertura del canal de Suez en 1869 tuvo grandes repercusiones sobre todo literarias y periodísticas a nivel mundial. Los escritores y periodistas de todo el mundo trataron, cada uno a su manera, la forma de destacar este gran acontecimiento. Todo ello contribuyó al lucimiento de la civilización egipcia y a situar al país en una buena posición entre los grandes países a nivel internacional. La apertura del canal de Suez causó una fiebre literaria, así que los escritores dibujaron la imagen de Egipto dándole un tinte local, cada uno a su estilo.

José de Castro y Serrano ha sido uno de los escritores españoles que discutieron el tema de la apertura del canal de Suez; no solamente habló sobre la gran ceremonia de la inauguración, sino que también abordó la historia y la civilización de Egipto a través de los siglos, hablando sobre el Egipto faraónico, copto e islámico en una interesante obra de temática egipcia titulada *La novela del Egipto*, en la que fusionó una estupenda mezcla de ficción e historiografía, que vamos a analizar temáticamente. Pero también existen otros escritores del último tercio del siglo XIX que escribieron una serie de obras paralelas de temática egipcia como *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, escrita por Lázaro Bardón y Gómez en 1870; *De la Puerta del Sol a las pirámides: Viaje al istmo con escala en Jerusalén*, de Arturo Baldasano y Topete en 1870; *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, por Gregorio Andrés y Espala, también en 1870; *Viaje a Oriente. En Egipto*, de Bernal de O' Reilly en 1876. Por último, el tema egipcio fue tratado en una especie de novela arqueológica titulada *El sortilegio de Karnak*, que fue escrita por José Ramón Mélida y Alinari e Isidoro López en 1880. En último lugar, viene Eduardo Toda y Güell, que en 1889 escribió una obra titulada *A través del Egipto*.

²⁷⁸ *La Época*, Periódico político y literario, *El istmo de Suez*, Año XXI, número 6, 738, Madrid, lunes 18 de octubre de (1869), p. 1.

CUARTO CAPÍTULO:

IV. VIDA Y OBRA DE JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

IV.1 VIDA Y OBRA DE JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

En este capítulo se abordará la biografía del interesante escritor José de Castro y Serrano. Nació en Granada en 1829 y murió en Madrid el 1 de febrero de 1896. Era un hombre humanista, moralista y de buen gusto literario. En su vida no hay lances novelescos, ni episodios dramáticos, de manera que su existencia parecía una llanura sin grandes ondulaciones ni altibajos.

José de Castro y Serrano formó parte de la "Cuerda granadina". Son muchas sus colaboraciones en la prensa de la época, entre las que destacamos aquéllas de la *Ilustración Española y Americana* o *El Occidente*. En 1889 ingresa en la Academia Española de la Lengua, si bien también fue académico de número de la de San Fernando, perteneciendo a la sección de música. Asimismo, fue autor de varias obras, entre las que cabe citar *Cartas trascendentales*, *Los cuartetos del conservatorio*, *La novela de Egipto* e *Historias vulgares*. Su género predilecto es la crónica, lo que se demuestra mediante *La novela de Egipto*, compuesta de las crónicas publicadas en *La Época* con motivo de la inauguración del canal de Suez en 1869 a la que se suponía asistió, aunque fueron escritas desde Madrid a partir de las notas que le enviaba la hija de Pascual Gayangos.²⁷⁹

En el *Diccionario de escritores granadinos* viene citado José de Castro y Serrano del siguiente modo: "Novelista, poeta, médico y crítico". Estudió en el seminario de Granada. Miembro de la "Cuerda granadina" y académico de la Española en 1889. Empleó el seudónimo "Un cocinero de su majestad". Sus colaboradores aparecieron en *El capricho*, *La Alhambra*, etc."²⁸⁰

Castro y Serrano fue, a lo largo de su vida, un hombre bastante metódico y muy ordenado; se cuenta que en su despacho no había ni libro, ni pluma ni tintero, ni tan siquiera carta que no estuviese en su lugar, así que cada objeto ocupaba su propio sitio, como si fuesen figuras de ajedrez en el tablero antes de empezarse la partida. De este escritor egipcianista sabemos que su letra era clarísima, aunque no hermosa, pero sus ideas estaban perfectamente clasificadas en su cerebro, como los objetos de su escritorio; su prosa correcta, precisa, castiza, brotaba de su pluma sin interrupciones, como manantial que mana sin exceso ni violencia, pero límpido, cristalino y transparente. Y sobre su relación con los demás, Alfredo Escobar nos cuenta que:

El alma de Castro y Serrano fue siempre joven. De aquí las simpatías que tenía entre la juventud. Nadie como él, entre los mejores de la literatura, para alentar a los principiantes. Los jóvenes salían encantados de la casa de aquel anciano de blancos cabellos, bajo los cuales se albergaba una inteligencia vigorosa que el tiempo no logró nunca ni debilitar ni envejecer. Lo que practicaba, eso aconsejaba. Sobre todo –solía decir hablando del arte de

²⁷⁹ Lasheras Peña, Ana Belén, *España en París. La imagen nacional en las exposiciones universales, 1855-1900*, Santander, Universidad de Cantabria, 2009, P. 1149.

²⁸⁰ Ortega, José y Moral, Celia del, *Diccionario de Escritores Granadinos (Siglos VIII- XX)*, Universidad de Granada, Granada, Edita e imprime Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, 1991, p. 56

escribir la claridad: mucha gramática y mucho Diccionario.” Convencido de la verdad de lo que decía, no abandonaba nunca el léxico de la lengua. Cuando viajaba lo llevaba siempre en su maleta. Muchas veces decía que hasta para escribir una carta debía consultarse el Diccionario.²⁸¹

Como Castro y Serrano era un hombre exageradamente metódico y puntual, su vida consistía en una repetición de los mismos actos. Se cuenta que todos los días y a la misma hora, repetía las mismas cosas; por ello, vemos que su íntimo amigo Alfredo Escobar lo asemeja al gran filósofo Kant:

Refieren los biógrafos de Kant que de tal manera era proverbial en Koenigsberg la exactitud del filósofo, que cuando los vecinos de su calle le veían entrar en casa, decían: “Tal hora es en punto.” Así era Castro y Serrano; lo mismo hubiesen podido decir los vecinos de la calle de la Libertad. Quien una vez le vio en su despacho de la citada calle, en la cual vivió durante muchos años, sentado junto al balcón, detrás de su mesa rodeada de faldillas de lana, bajo las cuales ardía en el invierno abundante brasero, calados sus anteojos sobre su aguileña nariz, ante un pupitre levemente inclinado, cercado de libros puestos al alcance de su mano... Bien podía asegurar que si mil veces entraba en el cuarto del eminente escritor, otras tantas había de encontrarle en la misma postura y rodeado de los mismos objetos. Si el orden puede, en algún caso, ser calificado de pasión, Castro y Serrano tenía la pasión del orden.²⁸²

José de Castro y Serrano había conservado en el ingenio el ardor juvenil, sin que en la conversación llena de enseñanzas ni en el estilo gallardísimo de sus páginas se hubiera aún podido descubrir que los años habían pasado para el autor de *La novela del Egipto*. Joven perenne, este anciano vivía en el perdurable amor de los ideales, satisfecho en sus ambiciones, que habían sido siempre inferiores a sus méritos y ajeno a las odiosas luchas por un más allá nunca conseguido. Castro y Serrano despreció las vanidades oficiales, que estimaba en lo que son: “el capricho de un poderoso y la debilidad de un hombre de mérito, cuando no son un alarde de la arbitrariedad de la real orden ejercida sobre la insignificancia de una nulidad”²⁸³.

José de Castro y Serrano estudió en la Facultad de Medicina, y habiendo alcanzado los dieciocho años de edad obtuvo el título de licenciado en el arte de curar. Se dedicó luego a las letras, abandonando la terapéutica por la poesía, Galeno por Homero y los hospitales por el cenáculo de bohemios en el que vivían Manuel Fernández y González, Manuel del Palacio y los demás jóvenes ilustres que constituyeron la llamada “cuerda granadina”, pléyade de ingenios que derramaron luces de arte sobre una sociedad agitada por guerras, motines y revoluciones. Castro y Serrano tiene en su vida un rasgo característico: el desdén hacia las posiciones oficiales. Pudo ocuparlas elevadas, pudo ir a las Cámaras, pudo conseguir los favores del poder; pero no los quiso. Vivió la mayor parte de sus años en la modesta soledad del escritor, pobre, honrado, ajeno a todo estímulo egoísta, cultivando el arte sin ocuparse de obtener el premio de su trabajo. Era el consejero amable y bondadoso de todo escritor joven que acudía a pedirle guía y ayuda. Allí donde veía que un aprendiz del arte se afanaba por buscar apoyo y amparo, acudía por propia y espontánea inclinación de su

²⁸¹ *La Ilustración Española y Americana*, Año XL, número V, Madrid, (1896), pp. 77 y 78.

²⁸² *Ibidem*, p. 77.

²⁸³ *El Imparcial*, domingo 2 de febrero de (1896). Año XXX, número 10, p. 323.

ser, propenso siempre a las acciones generosas y desinteresadas. Más de un escritor de los que acompañaron al cementerio de San Lorenzo el cadáver de José de Castro y Serrano recordó con gratitud una carta del sabio literato, recibida en los días de duda, cuando su primera producción salió a la vida pública sin los auxilios de influencia alguna y sin ninguna esperanza de éxito. En aquellos días que deciden el porvenir de un hombre, Castro y Serrano bajaba de la honrada y dignísima jerarquía en que sus escritos le habían colocado para infundir aliento al neófito, y sus conversaciones eran base de entusiasmo, sus consejos norma entre las tenebrosidades del horizonte, y su ejemplo dechado admirable que imitar y seguir.²⁸⁴

La vida pública de Castro y Serrano como escritor era muy conocida por todos, pero en cuanto a su vida privada, era un hombre reservadísimo, de modo que jamás se le oía hablar de sí mismo: guardaba sus afectos, sus tristezas, sus recuerdos y sus esperanzas en lo más hondo y profundo de su alma. Castro y Serrano mostraba siempre mucha preocupación por los asuntos de las demás personas, el “yo” no existía para él, tanto en sus conversaciones como en sus escritos. En vano fueron los furtivos intentos de algunos de sus curiosos amigos, que querían a toda costa descubrir el tabú o rasgar el velo que envolvía su vida íntima. Este ilustre escritor siguió toda su vida soltero, pero en ningún momento fue un solitario. Todo lo contrario: era un hombre muy sociable y se relacionaba con gente de la élite dentro la sociedad española, en la que disfrutaba de un gran prestigio. Sin embargo, el diccionario de su vida carecía de una sola página de amor; ni siquiera hemos podido averiguar si existía tan solo un recuerdo sentimental que iluminara las doradas mañanas de la vida de nuestro singular autor que pudiese añadir un especial encanto, al declinar la estrella de nuestra fugaz existencia... ¿Podrían ser algunas de las historias amorosas narradas por él las suyas propias?²⁸⁵

²⁸⁴ Ibidem, p. 323.

²⁸⁵ Acerca de esto en concreto, creo que sería digna de citar la relevante historia contada por Alfredo Escobar, uno de los amigos más íntimos del escritor: “los que de esta manera cavilaban forjaron una novela, basada en el siguiente suceso. Fue el caso que murió en Madrid cierta hermosa joven, cuyos últimos momentos tuvieron carácter por todo extremo romántico. Castro, acompañado de unos pocos amigos, fue al cementerio, lloró desconsolado sobre el frío cuerpo de la infortunada belleza, y escribió después a una persona con quien le unía estrecha amistad: “Venga usted a verme, porque acabo de sufrir la pena más grande de mi vida.” Cuando la persona llamada por Castro llegó a casa del escritor, este se arrojó en los brazos de su amigo llorando como un niño.

¿Hace falta más para construir con la imaginación una historia de románticos amores? Sin embargo, cuantas conjeturas se hicieron acerca del hecho que acabo de narrar se estallaron ante lo impenetrable de aquel carácter cerrado a toda confidencia. Si alguna vez venía por acaso a su memoria el recuerdo de muertas alegrías o de ilusiones despedazadas, las lágrimas de nuestro amigo corrían sin duda para adentro..... Jamás se asomaban a sus ojos.

Una dama muy conocida en Madrid, educada en las costumbres francesas y maestra en el arte de la coquetería, propúsose ablandar el corazón de diamante de Castro y Serrano. Es de suponer, aunque la crónica guarda absoluta reserva sobre el particular, que la espiritual señora hizo gala de su feliz ingenio para que el ilustre literato rindiese ante la bella sitiadora la fortaleza de sus desdenes.

Todo fue en vano. La protagonista de esta verídica histórica solía decir a sus amigos:

–Aseguro a ustedes que Castro es el hombre más virtuoso que conozco. Tengo pruebas irrecusables.....

Hay que advertir, sin embargo, que aquella dama no rendía un gran culto a la veracidad.” *La Ilustración Española y Americana*. Año XL, número V, Madrid, 8 de febrero de 1896, p. 78.

Castro y Serrano era un hombre dotado de un espíritu muy observador y de una aguda memoria. También era una crónica viva o, más bien, un registro minucioso e interesante de los acontecimientos más importantes y curiosos de su época: su manera de hablar y sus conversaciones tenían un singular y especial encanto, pues cuanto él decía era verdadero. Era metódico y muy cariñoso, muy educado y respetuoso con los demás. Así, cuando oía a alguien contar sucesos de actualidad, una historia o una anécdota curiosa, dejaba que el narrador acabase su relato, y entonces, siempre en medio de la mayor expectación, con voz reposada y con ingeniosa finura, rectificaba los errores de la narración anterior, dándole interés, y convirtiéndola finalmente en un cuento, sin añadir, por supuesto, ningún rasgo inventado. Sin embargo, a veces era irónico, pero de ninguna manera llegaba a ser maldiciente; se deslizaba siempre en su conversación una agudísima sátira, pero nunca se le oía pronunciar palabras bruscas ni decir frases atrevidas. Tampoco utilizaba en su conversación el tono declamatorio, tal y como relata uno de sus amigos:

Su palabra no hace jamás traición a su paladar. En cierta ocasión, al salir de una casa en que la comida no había sido muy buena, y en la cual comía alguna vez Castro y Serrano, dijo a un amigo, que había sido aquella noche su compañero de mesa: —¿Viene usted también a comer a este figón? La dueña del figón le guardó tanto rencor, que nunca volvió a invitar a Castro y Serrano.²⁸⁶

En verdad, no ha de extrañarnos mucho que el escritor no estuviese acostumbrado a comer en figones, puesto que él se relacionaba siempre con gente de la clase alta de la sociedad. Las mejores mesas de esa sociedad se disputaban la presencia del insigne escritor, como fue el caso de la de los Duques de Denia o la de los Barones del Castillo de Chirle, entre otras muchas donde tenía siempre guardado un sitio en la mesa todas las semanas. Los amigos que frecuentaban con él las citadas casas recordaban siempre los amenos diálogos que el autor de *La novela del Egipto* sostenía con otras personas de tan feliz ingenio como Correa, Rancés, Fernández Flórez y Castelar. De tales polémicas y particulares diálogos de Castro y Serrano sostenidas con Fernández Flórez y Correa, nos cuenta Alfredo Escobar que: “pudieran referirse rasgos de talento, chistes e historias bastantes para formar un libro voluminoso...”²⁸⁷

José de Castro y Serrano gozaba de una capacidad especial para los cuentos, de modo que tenía siempre alguno oportuno para cada situación, y los contaba de una forma impresionante e imposible de imitar, con un gracejo puramente andaluz que nadie podía disputar. Precisamente por eso sus cuentos tenían un especial encanto y muchos admiradores. Castro y Serrano era un hombre conservador, pero nunca fue militante de partido alguno, ni mucho menos le entusiasmaba la política. En definitiva, José de Castro y Serrano era un exactísimo cumplidor de sus deberes. A esto se refiere el periódico *La Ilustración Española y Americana*:

La Restauración fue ingrata con él... Ni siquiera le hizo diputado. Tampoco le fue fácil entrar en la Academia. Un novelista insigne, gloria de las letras patrias, su amigo

²⁸⁶ Ibidem, p. 78.

²⁸⁷ Ibidem, p. 78.

primero, su enemigo después, opúsole verdaderos obstáculos que retardaron la entrada de Castro en la docta Corporación. Sin embargo, su mérito triunfó por esta vez, y de él no se puede decir lo que de un escritor francés dijo otro al escribir la necrología del primero: ¡Ni siquiera fue académico!”²⁸⁸

José de Castro y Serrano es autor de las siguientes obras: *El marido de la condesa*, novela que apareció en el *Álbum granadino* en el año 1856; *La cura de los deseos*, Madrid, Fontanet, 1862; *Cartas trascendentales escritas a un amigo de confianza*, Madrid, Fontanet, 1862-1865; *La novela del Egipto; viaje imaginario a la apertura del canal de Suez*, Madrid, Fontanet, 1870. Nuestro autor escribió también *Historias vulgares*, Madrid, Fontanet, 1887. José de Castro y Serrano era un hombre moralista porque encontramos que la mayoría de sus relatos y ensayos se caracterizan por un tono moralizante y generalmente sus obras están impregnadas de una cierta dosis de humanismo.

La fisonomía de Castro y Serrano en la literatura española del siglo XIX es tan característica que no se puede confundir con otra alguna. Tiene a sus órdenes una musa familiar, modesta, que sabe arrancar a las cosas humildes el secreto de algo grande que se esconde entre sus átomos. Así como nos causa cierta estupefacción entender por qué otros escritores eligen un asunto extraordinario, cuya inmensidad es cárcel del espacio, y lo convierten en una falsa moneda, maravilla cómo puede el autor de *Las Historias vulgares* convertir una escena prosaica un hogar en el que se cuece el clásico puchero de garbanzos o un héroe que alisa tablas y una heroína que remienda pantalones en una obra literaria sonriente por fuera, pero grave y meditativa por dentro... núcleo de hondas reflexiones sociales, cuando no clave de dramático problema.

El propio Castro y Serrano se ve añorándose a sí mismo como si estuviera presintiendo la proximidad del final de sus días, cuando hilvana las siguientes palabras en su obra *Las Estanqueras*:

¡Duerme en paz, pobre joven, en esa fosa común, donde descansan los muertos desconocidos y donde todas las desdichas humanas encuentran fin! ¡Las lágrimas de las pobres estanqueras de San Fernando, y las que en este instante arrasan los ojos de cuantos leen esta tu verídica historia, son tu sufragio religioso, tu glorificación humana y las flores para la corona de tu martirio!”²⁸⁹

El periódico *El Imparcial* nos cuenta lo siguiente sobre la muerte de José de Castro y Serrano:

El Sr. Castro y Serrano tenía sesenta y siete años y ha muerto cuando estaba terminando el discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, por la sección de música. Se sintió enfermo el jueves último, y a las tres de la madrugada expiró después de recibir los últimos sacramentos, que le administró el párroco de San José. Han acudido a la casa del Sr. Castro y Serrano sus compañeros de Academia, hombres políticos, literatos, aristócratas, sorprendidos casi todos por la muerte del insigne escritor, pues el miércoles se le vio en la calle y estuvo en casa de los señores barones del Castillo de Chirel.

²⁸⁸ Ibidem, p. 78.

²⁸⁹ Ibidem, p. 80.

Hoy a las once de la mañana se verificará la conducción de los restos mortales al cementerio de la Sacramental de San Lorenzo, donde recibirá cristiana sepultura.²⁹⁰

IV.2 EL ORIGEN DE LAS MISTERIOSAS CARTAS DEL EGIPTO APARECIDAS EN LA ÉPOCA EN 1869

En este apartado de la tesis, se intentará descifrar el origen de *Las Cartas del Egipto* aparecidas en el periódico *La Época* y que formaron *La novela del Egipto*. Esta obra es una interesante narración que está basada en unas cartas aparecidas en el periódico *La Época* en 1869, cartas que fueron escritas por el propio Castro y Serrano según anunció en su momento. Por consiguiente es importante responder a la siguiente pregunta: ¿quién fue aquél que le suministró al autor el material y la información desde Egipto para escribir su novela?

El origen de las misteriosas *cartas del Egipto* todavía sigue siendo un tema de discusión. Otro gran hombre e íntimo amigo del autor de *La novela del Egipto* del que no hay que olvidarse es Ignacio José Escobar, pero ¿por qué este hombre en concreto? ¿Acaso era él aquel misterioso informador? No hay que descartar ninguna hipótesis, ya que, según viene citado en uno de los artículos de *La Época* en 1890:

El distinguido escritor Sr. Castro y Serrano, al reunir en un volumen aquellas admirables cartas de *La novela del Egipto*, que aparecieron en *La Época* con la complicidad de nuestro inolvidable amigo D. Ignacio José Escobar, primer marqués de Valdeiglesias, cuando se verificó la apertura del canal de Suez, agregó un notable capítulo sobre Cleopatra, que creemos será leído hoy con verdadero encanto por nuestros lectores.²⁹¹

La capacidad descriptiva del autor emerge también de forma relevante a la hora de pintar el entorno social del país desde la perspectiva básicamente costumbrista que cabía esperar y con el específico entendimiento, brillante y superficial que los tipos, los personajes y los ambientes populares tienen. Las descripciones de nuestro autor se caracterizan por ser todo un decorado tremendamente pintoresco que, desde luego, describe con la espontaneidad y la frescura de aquel que lo hubiera contemplado realmente, y que en parte podría servir para la reconstrucción documental de El Cairo de la época, ciudad indescriptible e incomparable, que desafía las mayores facultades descriptivas e imaginativas y, no menos, la capacidad también de "profundización".

En principio se ha dicho que *La novela del Egipto* ha sido escrita a base de unas cartas que alguien escribió desde Egipto y que envió a Madrid, donde fueron puestas en orden por el señor Castro y Serrano, quien les dio forma de libro. A pesar de ello, ya sabemos que desde los tiempos de Cervantes estuvo de moda que el autor de una obra determinada recurriese a la estratagema literaria considerada burlesca y elegante pero que básicamente consistía en afirmar que el autor del libro no era el autor mismo sino otro. Y

²⁹⁰ *El Imparcial*, domingo 2 de febrero de (1896). Año XXX, número 10, p. 323.

²⁹¹ *La Época*, Año XLII, número 13, 710, domingo 26 de octubre de (1890).

este otro podía ser precisamente un musulmán, “un moro”, como se decía entonces. Esto era así porque, dada la proximidad de los países musulmanes y la convivencia de musulmanes y cristianos en España, una aventura literaria compartida con un moro se consideraba una peripecia interesante y sugestiva. Miguel de Cervantes en el *Quijote* dice y afirma una y otra vez que el autor de su libro no es él, sino el moro Cide Hamete Benengeli. Castro y Serrano quiere imitar en esto a Cervantes y, siguiendo aquella moda (o por simple afán de elegancia literaria), nos cuenta una serie de vivencias ocurridas en Egipto.

Después de esta obra, debe ser citada *La Novela del Egipto* (Madrid, 1870), original libro formado con las cartas que aparecieron en *La Época* en 1869, enviadas, al parecer, por un anónimo corresponsal que escribió desde Egipto sus impresiones diarias en la solemne apertura del canal de Suez. El autor de las cartas, sin embargo, no había salido de Madrid, pues era el mismo Castro y Serrano, que las escribía sin moverse de su modesto despacho de la calle de la Libertad; pero tenía idéntico sabor que si hubieran sido redactadas en el campo de los sucesos.²⁹²

El propio José de Castro y Serrano, en el periódico *La Época*, comenta lo siguiente acerca de *La novela del Egipto*: “El autor se envanece de poder declarar que es hombre muy eficaz y que está muy al corriente de todo lo que ocurre en la Europa de su tiempo”. Es evidente que se contradice cuando afirma que no ha ido a Egipto y que desde Egipto le han escrito las cartas con las que ha redactado su libro. El autor demuestra así tener ciertas dotes de humor, de desenfado y de soltura. Desde luego, nosotros recibimos su prueba de buen humor y estamos dispuestos a afirmar que todo lo que nos va a decir de Egipto lo conoce como testigo presencial de aquel histórico acontecimiento. El periódico *La Época* dice:

Yo, por circunstancias especiales, tengo un público con el cual he viajado en todos los acontecimientos extraordinarios de esta última época. Yo llevé a ese público a la Exposición internacional de 1855 en París; le llevé de nuevo a la exhibición general de Londres en 1862; le he llevado más tarde al Concurso universal francés de 1867: ¿cómo abandonarlo ahora en la rotura del istmo de Suez en 1869?²⁹³

Es bien sabido que José de Castro y Serrano nunca estuvo en Egipto, ni tampoco asistió a la ceremonia de inauguración del canal de Suez para poder describirla en su novela con tanta precisión y detalles; por lo tanto, debió tener algún contacto que sí hubiese estado presente en el acto. En resumidas cuentas, de la precisión con la que describen los detalles, sin haber estado físicamente en el lugar de los hechos, deducimos que alguien le documentó sobre el asunto. Se dice que aquel desconocido que le mandó toda la información necesaria era el gran orientalista don Pascual de Gayangos, pero otros dicen que era el yerno de Gayangos, un tal don Juan Facundo Riaño y Montero.

Aquí confiesa de una manera humorística que no ha recibido tales cartas sino que él mismo ha estado en Egipto. Así las cosas, en la revista *La Ilustración Española y Americana* viene citado lo siguiente:

²⁹² *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americanas, Etimologías*, tomo XII, Madrid, Espasa-Calpe, 1911, p. 399.

²⁹³ *La Época*, Año XXI, número 6,804, Madrid, 22 de diciembre de 1869, p. 1.

En tal estado y por tal camino, llegó a mis manos su primera Carta sobre el canal de Suez; y confiésale, con no menos verdad que lisura, que me sorprendió muy de veras, por la soltura, gracia y facilidad con que venía escrita, y que me inspiró con tales prendas el más vivo anhelo por recibir las restantes prometidas.²⁹⁴

El duque de Rivas lo compara con un autor francés que escribió un libro donde contaba las supuestas y fantásticas aventuras de un viaje que había hecho alrededor de su cuarto; y él nos da a entender que el autor de nuestro libro ha hecho un viaje con los ojos de la imaginación yendo a Egipto, pero nos hizo creer que viajó a Egipto de verdad:

El conde Javier de Maestre, abandonándose a los vuelos de su caprichosa fantasía, hizo un largo viaje alrededor de su cuarto; nuestro ingenioso compañero, sin salir de su gabinete, se trasladó a Egipto, asistió a la inauguración del Canal, fue presentado a Ismail-Bajá, comió con Lesseps, visitó el Cairo, se mezcló a la abigarrada multitud de las plazas y de los bazares, ascendió a la Gran Pirámide, y no hubo en la zona que recorrió piedra ni vestigio que escapase a los ojos del curioso viajero.²⁹⁵

A continuación, contaremos con el testimonio de Abelardo José de Carlos, que interroga a José de Castro y Serrano y parece incrédulo ante la afirmación del autor de nuestro libro de que lo ha escrito sin haber ido a Egipto. Cuando pregunta a nuestro autor cómo ha sido posible, Castro y Serrano contesta como disimulando y sin querer reconocer si ha ido o no ha ido a Egipto. Efectivamente, no responde a las preguntas de su interlocutor, sino que sin descubrir que está disimulando piensa probablemente que hay que dejar que sobreviva la duda del nombre de la persona con quien él habla.

Abelardo José de Carlos, en un artículo publicado en *La Ilustración Española y Americana*, mantuvo una conversación con el autor de *La novela del Egipto*, en la cual José de Castro y Serrano responde cómo pudo escribir su obra sin haber estado en Egipto:

Señor Castro y Serrano, tengo mucho gusto en conocer a usted, y le doy las gracias por la amabilidad con que ha venido. No quería irme de Madrid sin preguntar a usted cómo pudo escribir su viaje a Egipto sin haber estado. -Señor (le contestaré), hay cosas sobre las cuales no puede uno razonar lo propio que siente. Yo escribí ese viaje estudiando, meditando y trabajando: no puedo decir otra cosa a V. M., porque yo mismo no lo sé.²⁹⁶

Posiblemente, José de Castro y Serrano puso en marcha su simpatía personal y sus virtudes personales, para que algunos hombres de letras, seguramente benévolo y amigos suyos, elogiasen su novela. A este respecto, cabe matizar que de novela no tiene nada, puesto que no es creación del espíritu de su autor. Se trata, sencillamente, de un libro de viajes y de una descripción de lo que en el siglo XIX se llamaba por antonomasia el viaje al Oriente. Pese a ello, el libro de José de Castro y Serrano tiene su interés e incluso es un acta informativa no despreciable de carácter retrospectivo, que puede informar bastante agradablemente sobre el Egipto de 1870. Vinieron citadas en el periódico de *La Época* las siguientes palabras de elogio a la figura de José de Castro y Serrano y su *Novela del Egipto*:

²⁹⁴ *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, sábado 82 de enero de (1871), n.º VII, p. 107,

²⁹⁵ *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, 08 de diciembre de (1889), tomo II, Año XXXIII, número XXV, p. 342, n.º XLV.

²⁹⁶ *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, número XXV, 08 de julio de (1889), tomo II, p. 182, n.º XXXVI. Un documento literario, Sr. D. Abelardo José de Carlos, Bilbao, 1 de septiembre de (1887).

Las creaciones de la pluma de Castro y Serrano son bien conocidas para que sobre ellas fuera preciso emitir nuevos juicios. Su autor goza de autoridad indiscutible en la república de las letras, y basta ver el nombre de Castro y Serrano sobre la portada de un libro para que surja el recuerdo de aquella maravillosa *Novela del Egipto*, publicada en las columnas de *La Época*; de aquellos cuadros de costumbres en que se trasluce un humorismo de exquisito gusto, y de otras tantas obras, escritas con un estilo lleno de encanto y pensadas con un verdadero derroche de ingenio.²⁹⁷

Si tengo que opinar sobre las cuatro cartas recibidas de Egipto a propósito de lo relatado por José de Castro y Serrano, lo haré de la siguiente forma: la verdad es que parece flotar en torno a ellas la duda que todos tenemos sobre la autenticidad de las mismas, teniendo en cuenta que se suele llamar auténticas a las cartas o documentos cuyos presuntos autores lo son de una manera fidedigna e indudable. Se puede suponer que tales cartas, si han existido, son de la autoría del propio José de Castro y Serrano. De todas maneras, se nos dice que estas cartas han sido escritas durante tres semanas y que otra ha sido escrita exactamente al regreso de nuestro viajero a España. Así pues, estas cartas, en su conjunto, completan un total de un mes entero de viaje de nuestro autor por tierras de Egipto. Como nota curiosa, debemos decir que por primera vez encontramos en toda la documentación crítica que nos ocupa una anotación contraria a lo escrito por José de Castro y Serrano con referencia a su obra. Nos referimos a la observación que se hace a propósito de estas cartas, cuando se afirma que carecen de frescura, aunque inmediatamente después se procura compensar este defecto con el reconocimiento del indudable valor anecdótico e histórico que los escritos de José de Castro y Serrano tienen. Esto es lo que vino publicado en el periódico *La Época* en un artículo titulado “*Historia de un libro*” sobre *La novela del Egipto*:

Cuatro cartas iban publicadas en *La Época*, y aún no habíamos recibido nosotros ninguna de Egipto. El diligente corresponsal que íbamos a tener allí pertenecía al número de los invitados; y como estos invirtieron en su viaje a Barcelona, Alejandría y Puerto Said más de tres semanas, que con otra indispensable para la vuelta del primer buque sumaban un mes largo, era forzoso durante ese tiempo entretener a toda costa la ilusión del público. Un ojo experimentado hubiera podido descubrir en aquellas cartas la ausencia de ciertos lances característicos de estas expediciones; pero si faltaba frescura en la relación, suplíase sobradamente con abundancia de noticias curiosas, que cuando de tierras lejanas se trata son siempre agradables para los lectores. Digámoslo con claridad: en aquellas cartas todo había sucedido o iba a suceder; pero ninguna de las cosas estaba sucediendo.²⁹⁸

Posteriormente, nos encontramos con lo que nos dice el mismo comentarista: que casi todas estas cartas habían sido enviadas en un perfecto desorden, que habían sido escritas de una manera rápida y que presentaban una gran desorganización en su contextura general. Esto le parece al comentarista una garantía de autenticidad de las primeras cuatro cartas en cuestión. Después, llega una quinta carta ya mucho más ordenada, mucho mejor organizada y que da la impresión de que su autor da por terminado su viaje por extrañas tierras y se prepara a volver a su país de origen. Así viene citado en el periódico de *La Época*:

²⁹⁷ *La Época*, Año XXXIX, número 12. 661, lunes 24 de octubre de (1887), p. 1.

²⁹⁸ *La Época*, viernes 21 de enero de (1887), número 12.392, p. 1.

Llegó, por fin, la primera correspondencia, o mejor dicho, la primera colección de apuntes. Habíamos concertado con la persona encargada de remitirnos sus informes que prescindiendo de toda literatura, cálamos ocurrente y según fuera testigo de asuntos o sucesos interesantes, los consignase en papeles sueltos y nos los dirigiese descuadrados por la vía más rápida; pues de su ordenación y oportuno uso cuidaríamos nosotros. Hízolo así, y ya desde la quinta carta pudo adornarse nuestro escrito con datos de actualidad como los de cualesquiera otros asistentes al gran acontecimiento. No cabía duda de que *La Época* estaba en Egipto.²⁹⁹

Un comentario en el periódico inglés, *The Times* (el periodismo inglés y sus lectores acostumbrados a admitir como absurdo todo lo español, por ejemplo, la circunstancia de que en aquellas fechas de 1870 se hubiese escrito en España un libro sobre Egipto cuyo autor no había estado nunca en el país), nos puede hacer pensar que las cartas recibidas en Madrid procedentes del país de las pirámides y con destino a José de Castro y Serrano son una invención de este autor. A este respecto, el periódico *La Época* refiere que: “El periódico *The Times*, de Londres, dijo en aquella ocasión que para que todo lo de España fuese absurdo, las mejores correspondencias sobre la apertura del istmo de Suez habían sido escritas por un español que no estuvo allí.”³⁰⁰

Por otro lado, se habla de Riaño, profesor, erudito, sabio y activo intelectual, que de manera casi clandestina había estado en Egipto en la época de la apertura del canal de Suez, en compañía de José de Castro de forma disimulada. Según esta teoría, es Riaño, poco aficionado a la literatura, quien en sus largas noches de vela escribió las cartas de las que hablamos y las envió por correo con inmediata diligencia a José de Castro y Serrano en Madrid, quien a su vez decidió publicar su contenido, dando así forma al libro *La novela del Egipto* para hacernos creer de manera ingeniosa y sin atribuirse descaradamente la autoría que era él mismo el verdadero autor. De cualquier forma, todo esto solo es una teoría más. Todo ello no deja de ser, en definitiva, nada más que una maniobra muy inteligente para crear un ambiente de misterio en torno a este libro cuya publicidad y cuya venta quedarían así aseguradas.

Así, el periódico de *La Época* señala que:

Ni ¿cómo había de parecer? Un amigo nuestro de la infancia, a quien por sus dotes de orientalista y de profesor en bellas artes, se había escogido para estudiar los asuntos arqueológicos, D. Juan Facundo Riaño, a quien ya había abierto sus puertas la Academia de la Historia como después se las abrió la de San Fernando, pero que entonces solo figuraba entre las gentes de estudio, era el misterioso traidor de sus compañeros de viaje. Tomándose horas de la noche y de la madrugada, con actividad pasmosa y cordura exquisita, iba consignando en su libro de memorias los sucesos o impresiones más notables, y a la salida del primer correo desgajaba las hojas, introduciéndolas en un sobre, y nos las mandaba a Madrid era, pues, de los que menos escribían, de los que siempre se hallaban en todas partes, y el único quizá a quien no podía atribuirse el desempeño de una tan eficaz y misteriosa correspondencia.³⁰¹

²⁹⁹ Ibidem, número 12, p. 392.

³⁰⁰ Ibidem, p. 392.

³⁰¹ Ibidem, p. 392.

Pero no debemos creer que la aventura postal de Riaño terminara con lo que hemos descrito de manera breve. Todavía debemos creer que el envío de sus escritos hasta Madrid reviste un carácter misterioso y novelesco, como ya hemos apuntado. En efecto, podríamos admitir que cuando todo el mundo está entregado en un baile, al que asiste toda la colonia europea de Puerto Said, el astuto Riaño sale de aquel ambiente distraído y se encamina al Fayoum (barco de transporte) y entrega sus famosas cartas a una especie de fantástico y oportuno personaje indígena que se pasea por las inmediaciones del barco. Le entrega sus papeles, así como una abundante propina para que a su vez se los entregue a los empleados del correo, que van a depositarlos en el local de esta institución situado en El Cairo y desde El Cairo, naturalmente, los exactos cumplidores de su deber postal harán las gestiones necesarias para que los papeles de Riaño lleguen a salvo a su destino en Madrid.

En *La Ilustración Española y Americana* viene dicho lo siguiente:

En esta ciudad improvisada iba a celebrarse banquete oficial y después un baile de corte. Llegabas, por consiguiente, a ella con prisa de vestirse y con deseo de abandonar los buques; así es que pocos o ninguno hicieron caso a un pregón, repetido en varias lenguas, con la noticia de que el correo de Europa iba a salir dos horas después con dirección al Cairo. El que más, puso cuatro letras a su familia participándole su saludo o algunos sencillos pormenores; pero nuestro Riaño empaquetó perfectamente sus hojas, llamó a un etíope que pescaba alrededor del Faiyum sobre sutil esquiife, y entregándole un Luis de oro con la carta, le dijo en árabe que si le traía el documento de haberla certificado en la ciudad, le entregaría en el acto otros cuatro duros. El egipcio, que se hubiera creído feliz con un *bachis* o propina de dos pesetas, abrió los ojos descomunadamente, saltó en su barca, abofeteó a los *fellahs* que dormían sobre los remos y partió como un rayo con rumbo a Ismailia. Dos horas después se presentaba con el recibo del certificado, prueba irrecusable de que llegó a tiempo y de que se ganó como un hombre su media onza.³⁰²

El libro nos habla sobre el grueso de la expedición de los españoles en Oriente. Hasta el momento, se han planteado lo que es interesante y lo que justifica la redacción de *La Novela del Egipto*. Por esto se ha producido una provisional interrupción de noticias. De todas maneras nos encontramos en un ambiente de optimismo, de exuberancia contagiosa y de alegría. Es imprescindible volver a hablar de las famosas cartas que tienen que llegar a España, y de que, si estas cartas faltan, será necesario inventar cartas nuevas, lo mismo si han existido realmente como si no. Como recientemente ya hemos hablado de Riaño, ahora nos centraremos en hablar de las damas que forman parte de la expedición. Recientemente, hemos mencionado al que se supone protagonista esencial del envío de las hipotéticas cartas, y, teniendo en cuenta que todo va lo mejor posible en un terreno que no sabemos si es una realidad o una fantasía, hemos de atender a la esposa de Riaño. Se da por supuesto que esta dama, doña Emilia Gayangos, viste unas admirables prendas. Desde luego, la mujer de Riaño es el ángel inspirador de las iniciativas de su marido en lo que se refiere a las famosas cartas, no cabe la menor duda. Pero la galantería del momento no termina aquí. Continúa con las menciones que merece otra dama, también esposa de otro de los personajes ilustres de la expedición. Hablamos de la señora de Saavedra (también dotada de excelente prendas), y que también ha tenido alguna influencia en lo que a las cartas se refiere. “Todo va bien

³⁰² *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, primer semestre de (1887), tomo I, p. 38.

cuando termina bien”, como dice el proverbio, y el asunto epistolar parece que va a terminar en este caso de la mejor manera: es decir, bajo la influencia benéfica y conciliadoramente femenina de estas damas.

Es preciso señalar que uno de los invitados españoles para asistir la ceremonia de la apertura del canal de Suez era Monseñor Bäuer, agradecido y premiado por el jedive de Egipto, concediéndole este un elegante barco para viajar al alto Egipto con el fin de llegar a la segunda catarata y marcharse luego al monte Sinaí. Asimismo, recibió grandes muestras de aprecio de parte del jedive Ismail Bajá y, después de asistir al matrimonio de De Lesseps el 25 de noviembre de 1869, emprendió su viaje a Roma para pasar las fiestas de Navidad. En alguna ocasión el autor hace referencia a alguien que le informaba desde Egipto.

Sin embargo, aparte de algunas opiniones acerca del partícipe de la información, no sabemos nada sobre la identidad de este personaje esencial en la obra del autor. Pero el propio Castro y Serrano, en un artículo publicado en el periódico *La Época*, cuenta algo acerca de las misteriosas cartas que supuestamente le llegaban desde Egipto mediante un corresponsal español destinado allí para cubrir el gran acontecimiento de la apertura del canal de Suez, qué es lo que hacía cuando tardaba el supuesto misterioso corresponsal de *La Época* en enviarles su habitual información desde el lugar de los acontecimientos y cómo se afanaban todos, sobre todo doña Emilia de Gayangos, en conseguir material cuando les faltaban noticias. Para colmo de sospecha e inquietud, en cuanto a la existencia de estas cartas se refiere, hay un testigo fidedigno de que las cartas existen, de que las cartas salieron de donde debían salir, y de que las cartas, indudablemente, llegarían a donde debían llegar. *La Época* señala que: “A una seña usual del director, Pedro tomó la carta y se la llevó al regente. Los redactores desde ese día no pudieron menos de asegurar que las cartas, fuesen de quien fuesen, ellos, con sus mismos ojos, las habían visto venir del extranjero. No podían; pues, escribirse en Madrid.”³⁰³

Hay en toda esta ficción más o menos ingeniosa la intriga esencial de si estas cartas han sido escritas en Egipto y enviadas desde Egipto a Madrid, ya que la misivas parecen estar correctamente redactadas, aunque también existe la posibilidad de otra interpretación según la cual la redacción no es tan correcta; los partidarios de esta última idea suponen que las cartas están escritas con toda la perfección posible, y, en ese caso, habrían sido escritas tranquilamente en Madrid. Sin ninguna duda, si las cartas hubiesen sido escritas correctamente en Madrid, esto equivale casi a decir que el autor de *La novela del Egipto* ha podido escribir su novela toda entera desde la capital española, después de su viaje a Egipto, y gozando (como gozaba) de una excelente memoria.

Primero: que las correspondencias de Egipto que publicaba *La Época* no podían escribirse en viaje. Había en ellas tales datos y compulsas, tales documentos históricos y tales citas de biblioteca, que el llevarlas en el entendimiento era difícil, pero que fijarlas en el papel sobre la mesa de una fonda, en la cámara de un buque o después de una penosa excursión, era absolutamente imposible.

³⁰³ *La Época*, viernes 21 de enero de (1887), número 12, p. 392.

Segundo: no escribiéndose las cartas en viaje, era absurdo que procediesen de Egipto, y entonces cabía presumir que confeccionadas en el extranjero, como sospechaban algunos, fueran traducidas al español por persona competente y prevenida de antemano. Esta hipótesis se desvanecía ante el estilo de la correspondencia, el carácter de su fondo y lo nacional de su forma; por cuya razón descartándola también, en la duda de que el primitivo autor nos regalase a los españoles lo que él podía utilizar con más honra en su patria, solo quedaba un fundamento lógico: que las cartas se escribían en Madrid.

Tercero: escribiéndose las cartas en Madrid, estaba reservada a pocos la facilidad de verificarlo. Formó una lista de los nombres probables; descartó de ella, a este porque se hallaba ausente, al otro porque estaba enfermo, a aquel porque no entendía del asunto; y de deducción en deducción vino a adquirir una certidumbre que le permitió presentarse una noche en el Casino del Príncipe, diciendo: - “Señores: el autor de las cartas de Egipto que publica *La Época* es Fulano de Tal.”

Fulano de Tal lo supo en seguida, y temeroso de que aquel autorizado fallo recibiese la sanción pública, hizo encontrarse con Correa, lo metió en un portal de la Carrera de San Jerónimo y le dijo: - “Sé que cundes esto por Madrid, y la cosa o es verdadero es mentira: si es verdad, ¿qué gusto tienes en destriparla? Y si es mentira, ¿cuál no ha de ser tu vergüenza cuando se descubra que te han engañado?” -Correa nos examinó con aquella mirada penetrante que usa en momentos solemnes, y llevándose a la boca los dedos índice y pulgar de la mano izquierda se apretó los labios murmurando: -“¡Como un muerto!” -Desde entonces comenzó a desdecirse de lo que aseguraba, reconociendo absurda su sospecha e imposible, de notoria imposibilidad, que las cartas se escribiesen lejos de Egipto.³⁰⁴

El autor pretende mostrarnos el esplendor de su narrativa. Esta perfección está forjada, en primer lugar, por las dificultades sencillamente humanas pero muy poderosas que supone el hecho de que en el corto plazo de dos meses y al estar muy lejos de su país las cartas ocuparon su mente y su continua actividad. Ya se puede suponer que mientras el autor está observando, está también recibiendo influencias nuevas para él y está describiendo todo ello. Está, en efecto, al mismo tiempo, evocando y recordando a su patria, de la que está ausente, y a su familia y amigos, a quienes desea ver. Y estando así, de pronto, toma conciencia de su actividad informativa para comunicar precisamente la lejanía de su patria, contrastada con la proximidad de lo que allí ve. Y lo más digno de aludir es que en su redacción no se menciona a nada ni a nadie que en su lejana patria le pueda especialmente interesar. Él no es un poeta y no escribe poesía. No es un trágico y no escribe tragedia. No es un cómico y no escribe comedia. Tampoco es un político que pretenda con su escrito ganarse votos. Pero como todos los profesionales que acabamos de mencionar, es un ser humano, y como todo ser humano desea para sí mismo conquistar la fama, la gloria, el renombre y si es posible el éxito literario, porque, como ya se dice es glorioso el hecho, pero es también glorioso el escribirlo. Y precisamente lo que desea este autor, y así lo confiesa, es ganar la fama y la gloria que pueda otorgársele al escribir este libro, verdadera novela cuyo único personaje central es la nación egipcia.

³⁰⁴ *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, primer semestre de (1887), tomo I, p. 54.

En el periódico *La Ilustración Española y Americana* se refiere a lo siguiente:

Y digo para admiración del público, no porque me deje ahora llevar en la corriente de menguada lisonja, vicio que jamás pudo vencerme, suponiendo que las Cartas impresas en *La Época* eran “una décima maravilla;” sino porque dado su indisputable mérito, subían los quilates de este, considerando que el autor había viajado a pie quieto, con más provecho y placer de los lectores que otros muchos viajeros antiguos y modernos, salvo siempre la respetabilidad, el ingenio y la ciencia de los que a la sazón recorrían el Egipto, en nombre de España.³⁰⁵

El periódico *El Imparcial* señala que:

La vida literaria de Castro y Serrano brilla por dos conceptos distintos: el ingenio y la caridad. *La Novela del Egipto* es maravillosa adivinación de lo que no se ha visto, modelo de crónicas literarias de un acontecimiento que llenó de alegría al mundo culto Lesseps había conseguido la obra tenida por imposible. El canal de Suez abierto, había llegado el momento de gloria para Napoleón III. Acudían a Suez los escritores más ilustres del mundo para rivalizar en el relato de aquellas fiestas de que iba a ser reina nuestra compatriota la gentil condesa de Teba, emperatriz de los franceses. Castro y Serrano, sin moverse de su modesto despacho de la calle de la Libertad, escribía en *La Época* la narración diaria de aquel acontecimiento internacional.³⁰⁶

En relación con el origen de las misivas, pues, nos encontramos con que a fines del siglo XIX (en 1891 probablemente), llegan desde Suez los comentarios sobre las cartas escritas a propósito de José de Castro y Serrano y de la apertura del canal de Suez, enviadas en 1869.

Lo que debemos retener de este asunto es el marco de tiempo de estas dos fechas: 1869 y 1896. Es un enorme periodo, pero ¿qué se propone el autor de *La novela del Egipto*? Como todos los escritores y artistas, lo que pretende es conseguir la fama perdurable. En el año 1896 José de Castro y Serrano vivía todavía. Y al vivir todavía se da cuenta de que su libro, que él había imaginado de duración eterna, estaba casi completamente olvidado, lo que choca contra su inevitable (y hasta cierto punto justificable) vanidad de escritor. Es entonces cuando tiene la idea de afirmar que a finales del siglo todavía su libro se recuerda y sigue siendo actual, de la misma manera que sigue siendo actual y quizá llegue a ser tan perdurable como él el canal de Suez, que es la justificación principal de su libro y el argumento de fondo de su labor periodística.

En *El Imparcial* se lee que:

Unos cuantos apuntes enviados por discreto amigo desde Suez eran el punto de partida: lo demás era obra del ingenio adivinador, del supremo arte de componer, de la erudición oportuna del maestro. El asombro fue general. Nadie sabía quién era aquel escritor

³⁰⁵ *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, sábado 28 de enero de (1871), número VII, p. 107.

³⁰⁶ *El Imparcial*, domingo 2 de febrero de (1896), Año XXX, número 10.323.

invisible. Se le buscaba en Suez por los barcos anclados en el recién nacido Canal y en los hoteles improvisados en la ciudad nueva.³⁰⁷

Con este comentario, detectamos una tentativa de poner la fama de nuestro autor a la altura de los grandes genios creadores de la literatura. Se trata de que José de Castro y Serrano nos hace creer que la emperatriz Eugenia ha perdido su corona, al perder también la suya su marido Napoleón III en la guerra franco-prusiana de 1871, de la que se ocupa *La novela del Egipto*, y en la que se lamenta de que no se recuerde y se admire el dato en esta novela como deberían hacerlo. El autor de esta maniobra publicitaria, es decir, José de Castro y Serrano, no se olvida de dar a su historia de príncipes en desgracia el tono conveniente de sentimentalismo y de tristeza atribuidos a la pobre exemperatriz, para que así la melancolía que debe producir el olvido de su novela vaya unida a la grandiosa y sublime tristeza de la exiliada, que fue una protagonista eminente de la novela y del acontecimiento de la inauguración del canal de Suez, caído todo ello después en el olvido. A este respecto, el periódico de *El Imparcial* señala que:

La emperatriz Eugenia, lectora constante de *La Época*, lo mismo entre los esplendores de Fontainebleau que en las tristezas de Chisleurst, anhelaba conocer al más ingenioso narrador de aquellos días memorables que eran el emblema de su felicidad de mujer y de su triunfo de soberana... El secreto fue inquebrantable. Ya se habían traducido al inglés y al francés las cartas de Castro y Serrano y aún se seguía ignorando quién había escrito las últimas páginas, reunidas después bajo el título de *La Novela del Egipto*, título adivinador del porvenir, porque aquello fue una brillante y efímera novela del orgullo napoleónico, que, como el fundador de la dinastía imperial, vino a rendirse ante las prosaicas realidades de los accionistas ingleses del Canal.³⁰⁸

Según comenta una noticia que se publicó en *La Época* y que destaca lo siguiente:

El virrey de Egipto, deseando manifestar a Monseñor Baüer su reconocimiento por el discurso elocuente que pronunció en la ceremonia de la inauguración del canal de Suez, ha puesto a su disposición uno de sus barcos de vapor, en el que aquel ilustre prelado debe hacer el viaje del Alto Egipto. Monseñor Baüer, después de haber bendecido el 25 de noviembre el matrimonio de Mr. Lesseps, volvió al Cairo, donde recibió grandes muestras del aprecio particular que le profesaba Ismail-Bajá. Luego se embarcó el 28 para el alto Egipto para llegar a la segunda catarata y marchar después al monte Sinaí. A la vuelta de este viaje partirá para Roma, a donde espera llegar antes de las Fiestas de Navidad.³⁰⁹

Es necesario señalar que Emilia de Gayangos se afanaba en conseguir material cuando faltaba noticias al misterioso informador; así pues, Castro y Serrano nos cuenta que:

A todo esto principiaban a faltarnos materiales para proseguir la obra. Nuestro correspondiente de allá hacía largas excursiones al interior, que al alejar el correo dificultaban su enlace con los buques que habían de conducirlo. Pasáronse una vez dos expediciones sin carta alguna, y nuestro conflicto llegó a ser tal, que necesitamos pedir limosna de noticias para abrigar el espíritu, como otros la piden para abrigar el cuerpo. Una dama de singulares

³⁰⁷ Ibidem, número 10.323.

³⁰⁸ Ibidem, número 10.323.

³⁰⁹ *La Época*, Año XXXIX, número 6. 796, jueves 16 de diciembre de (1869).

prendas, la esposa de nuestro amigo de Egipto, que naturalmente hubo de ser partícipe de nuestro secreto y cómplice en su ejecución, fue la encargada de mendigar lo que nosotros no podíamos pedir. Si contraviniendo su modestia vamos a consignar aquí su nombre, es porque ya le dedicamos el libro, y no es nuevo su conocimiento para la generalidad de las gentes, Llámase, pues, Emilia Gayangos de Riaño, que de tan sencilla manera es conocida en Madrid, a pesar de las muchas excelencias públicas y privadas que posee: adórnala una ilustración poco común, un gusto artístico y literario de primera clase, exquisita cortesanía, sencillez de trato; y vive rodeada de amigos que la admiran, de libros que la instruyen y de objetos artísticos que la recrean. Es, en fin – ¿quién desconoce sus apellidos dentro y fuera de España?– hija de buen padre, mujer de buen marido y madre de buen hijo. Esta señora fue de casa en casa, por las de los compañeros de su esposo en Egipto, para ver si en alguna habían recibido noticias que supliesen las que a ella directamente le faltaban; y en efecto, en la del ingeniero Saavedra halló lo que con tan generosa solicitud iba buscando. Don Eduardo Saavedra, ingeniero, arquitecto, filólogo y humanista, individuo de varias academias y por muchos títulos acreedor a la fama que goza, había ido en nombre del Gobierno para estudiar la instrucción y las obras públicas de Egipto; por lo cual y habiéndosele invitado a asistir a una revista de las escuelas del Cairo, seguida de un banquete que celebraba el Ministro de Instrucción y Obras Públicas del jedive, no pudo seguir a sus compañeros, aunque sí presenciar escenas curiosísimas y relatarlas minuciosamente a su esposa. Esta se recreó en leer a nuestra amiga la extraña carta de su marido, y nuestra amiga, toda atención para escuchar y toda malicia para retener, fotografió en su numen los conceptos de Saavedra, que poco después nos transmitía con exactitud admirable. Forjose de este modo nueva y sabrosa correspondencia; publicose cuando nadie publicaba otra de aquel correo, y por segunda vez llamábamos la atención de los lectores con datos arrancados a la casualidad, o por mejor decir ahora, con datos sustraídos a la buena fe de la digna consorte de nuestro querido amigo D. Eduardo Saavedra. Perdónenos la inocente traición tan bondadosa señora; pero justo es que lleguen a su conocimiento los dos servicios que nos prestó: suministrar noticias para la carta, y corroborar al día siguiente nuestros informes con el testimonio irrecusable de su marido.³¹⁰

La novela del Egipto es una obra “ficticia y real” al mismo tiempo, debido a que su autor supo concebirla como un producto discretamente fantaseado. Desde el momento en el que las cartas fueron publicadas se nota claramente el acopio y alarde que el autor hacía siempre, con discreción extremada, con el fin de hacerlas fructíferas y deleitosas; incluso en ciertos momentos diríase que nos invade la sensación de que esta novela ha sido el fruto de un verdadero viaje arqueológico.

Pero ¿es probable también que José de Castro y Serrano, autor de *La novela del Egipto*, fuese quien quiso ocultar a propósito el nombre del misterioso informador de las cartas de Egipto? En realidad, no hay que descartar ninguna hipótesis, ya que el anonimato, como bien se sabe, crea una gran polémica alrededor de la obra, con la única finalidad de lograr perpetuarla de tal manera que acabe siendo investigada y estudiada en el futuro, una generación tras otra; como si fuese el *Quijote* del siglo XIX para todos aquellos a quienes les resultase interesante el asunto, o bien quieran descifrar el dilema del misterioso corresponsal.

En realidad, la aparición de estas cartas en el periódico *La Época* logró llamar la atención de muchos lectores y surgió una enorme curiosidad por saber quiénes las enviaban

³¹⁰ *La Época*, Año XXXIX, número 12. 409, *Historia de un libro*, 7 de febrero de (1887).

desde Egipto;³¹¹ muchos tuvieron una afán por descifrar el misterio de estas cartas anónimas hasta el punto de que José Amador de los Ríos, uno de los críticos más prestigiosos de su tiempo, se entregó plenamente al asunto y cada vez que leía una nueva carta siempre se preguntaba:

¿Quién era el autor de aquella suerte de crónica, que tan alta y cabal idea nos traía, no solamente de la prodigiosa obra de Lesseps, sino también de las antigüedades de Egipto, no olvidada su vida actual, ni desdeñadas sus pintorescas costumbres? ¿Por qué, yendo para dar cabo a la empresa que había acometido, tan abastecido y pertrechado de todo género de datos y noticias históricas, artísticas y literarias, mostraba tanto escrúpulo y recelo en recoger desde luego el merecido premio de su erudición y de su talento?³¹²

Sin embargo, un año después del magno acontecimiento internacional de la apertura del canal de Suez, José de Castro y Serrano en una conferencia titulada “El estado social del Egipto contemporáneo”, pronunciada en el *Ateneo* de Madrid la noche del sábado 28 de enero de 1871, en presencia de algunos de los socios que asistieron a la apertura del canal de Suez, declaró que:

Enunciada esta sencilla idea, y recordando ahora que un año ha, el 17 de Noviembre de 1869, se verificaba sobre el suelo de Egipto uno de los acontecimientos más importantes del mundo, intentando sin éxito y soñando sin su realización desde los orígenes de la historia por pontífices, guerreros y filósofos, la apertura del istmo de Suez; y recordando, asimismo, que de España partieron a presenciar aquella maravilla de la ciencia, del arte y de la industria sabios y distinguidos profesores que en su mayor parte pertenecen a esta nobilísima asociación del Ateneo, nada tendré ya que decir sobre el pensamiento que aquí nos reúne en la noche de hoy, sobre la materia que va a tratarse en las semejantes de las semanas sucesivas, ni sobre el modo y forma en que se han de verificar estas Conferencias, a que mi humilde palabra sirve de prefacio. –Lo único que necesito decir, es lo que yo significo en este lugar.³¹³

Lázaro Badrón y Gómez, al ver a los egipcios que estaban esperándolos a las orillas del puerto de Alejandría, nos habla sobre la sensación que tuvo al ver a los indígenas con sus turbantes:

³¹¹También José Amador de los Ríos tuvo una tremenda curiosidad por saber quién era el misterioso autor de aquellas Cartas de Egipto, así que dos años más tarde nos cuenta dirigiéndose a su amigo José de Castro y Serrano: “Cuando usted, valiéndose del ardid del anónimo y haciendo imaginario oficio de viajero, comenzó a dar a luz sus tan celebradas cartas, hallábame, amigo mío, postrado en cama por uno de los más terribles ataques de reuma o gota, pues no andan acordes los Galenos, de que he sido víctima en los últimos años. Divertía un tanto, en aquella triste situación mía, tan acerbos dolores con todo linaje de lectura, incluso la de los diarios políticos, a que nunca fui grandemente dado; y tenía entre ellos muy singular preferencia *La Época*, no ya solo por la cordura, circunspección y templanza de que hace habitual muestra, mas también por las muy discretas correspondencias del extranjero que de continuo la enriquecen. (...) No faltaron estas a los plazos convenientes, como no decayó el interés excitado en mí desde la aparición de aquella, encendiendo, al contrario, cada vez más el deseo de penetrar el misterio que parecía envolver el nombre del autor, tan cuidadosamente celado.” *La Ilustración Española y Americana*, Año II, número VII, Madrid, febrero de (1871), p. 107.

³¹²*La Ilustración Española y Americana*, Año II, número VII, “*La novela del Egipto. Carta a su autor, el Sr. D. José de Castro y Serrano.*”, Madrid, febrero de (1871), p. 107.

³¹³*La Ilustración Española y Americana*, Año II, número V, Madrid, (1871), p. 78.

Confieso ingenuamente que detesto la guerra y las batallas, pero al ver ya cuando nos aproximábamos acercarse un enjambre de árabes, atezados los unos, negros los otros, vestidos de mil colores todos, que cada cual desde su lancha, en que ondeaba la media luna, nos solicitaban a ir a tierra, deshaciéndose en gestos y contorsiones y gritando desafortunadamente cual si fueran sus pechos de bronce, me puse nervioso sin saberlo, e instintivamente buscaban mis manos espada o lanza para acometer a aquellos canes, creyéndome sin duda trasportado a los tiempos de las Cruzadas, cuyas leyendas tenemos los de acá infiltradas en nuestra sangre. ¡Tanto pueden las preocupaciones recibidas!³¹⁴

El propio Lázaro Bardón y Gómez se quedó impresionado y encantado con la belleza de la luna en el cielo del Egipto:

Por mis propios ojos tuve ocasión de observar la sin par hermosura de la luna de Egipto en una noche apreciable del mes de Noviembre. De modo que nada tiene de extraño que los antiguos idólatras hayan creído una diosa benéfica la claridad del astro de la noche, si es que tiene algo de verdad el dicho de que lo bello es hermano de lo bueno.³¹⁵

Asimismo Lázaro Bardón y Gómez, sigue exponiendo sus ideas al ver a los egipcios durante su viaje por el país de las pirámides:

¡Cuántas reflexiones acudieron a mi mente en este rato solemne, que no vacilo en calificar el mejor de mi vida! ¿Es verdad lo que refieren todas las historias en punto a cruzadas y mil otras guerras de religión y de exterminio que afligieron a la humanidad en todas partes durante siglos? ¿Es posible que los hombres se reputen enemigos solo porque su traje, su idioma, su color, sus gustos, costumbres y apreciaciones sean diferentes? Vedlos ahí hermanos todos, confundidos todos en un mismo cuerpo y un mismo espíritu respetándose y amándose mutuamente. Ni una palabra subversiva, ni una voz, ni un desacato, ni siquiera un gesto que pudiera traducirse como ofensivo entre tanta y tan diversa gente.³¹⁶

³¹⁴Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit., p. 12-13.

³¹⁵Ibidem, p. 14.

³¹⁶Ibidem, p. 17.

QUINTO CAPÍTULO:

**V. TEMAS DE ORIENTALISMO Y EGIPCIANISMO EN LA
*NOVELA DEL EGIPTO***

V.1 TEMAS DE ORIENTALISMO Y EGIPCIANISMO EN LA NOVELA DEL EGIPTO

Comenzamos nuestro estudio temático destacando la opinión de José Amador de los Ríos, que apareció en una carta dirigida a José de Castro y Serrano, y que fue publicada en *La Ilustración Española y Americana* en febrero de 1871. En ella se apuntan ciertas y notables observaciones acerca de *La novela del Egipto*,³¹⁷ recomendando sustituir la palabra “imaginario” por la palabra “imaginado” dado que en la novela se cuentan hechos reales e historias de la vida que ciertamente podrían haber ocurrido, ya que toda novela es una historia y toda historia es una novela:

Sobre todo no me inquieté, ni lo estoy, en cuanto a lo de novela; porque si es verdad que usted no ha estado en Egipto (y esto es lo único ficticio), lo es también que su relación versa y trata de cosas reales y positivas, apoyada a la continua e iluminada por las enseñanzas de la historia. Tampoco me satisfizo lo de viaje imaginario, por muy análogas razones: es “imaginario,” como usted perfectísimamente sabe, “todo aquello que solo tiene existencia en la fantasía:” por manera que, como a pesar de no haber usted salido de su morada para escribirlo, todo cuanto en su viaje menciona y describe, ha tenido y tiene real e histórica existencia, no cuadrándole por completo el título de imaginario, que pudo, acaso con mayor propiedad, sustituirse por el de imaginado.³¹⁸

El propio José de Castro y Serrano comenta acerca de *La novela del Egipto* lo siguiente:

Mi libro se llamará *La novela del Egipto*, no porque en él haya nada falso ni ilusorio, como no lo ha habido en las correspondencias publicadas por mí, sino porque pareciéndome mucho el papel de historiador que se necesita tomar para su desempeño, me contento y tomo el de novelador, bajo cuya modesta ropa se ocultan con más facilidad las faltas de la insuficiencia. Al fin y al cabo hay un refrán que dice: -“Toda novela tiene algo de historia: toda historia tiene algo de novela.”³¹⁹

En un artículo publicado en *La Ilustración Española e Iberoamericana* se afirma:

No es posible tratar las obras del nuevo académico sin que venga a la memoria una que lleva particularmente la marca de su sello genial, *La novela del Egipto*: curioso libro formado con las peregrinas cartas que aparecieron en el año 1869 en las columnas de *La Época*, enviadas, al parecer, por un corresponsal anónimo desde la tierra de los Faraones, a donde había ido para asistir a la solemne apertura del canal de Suez. Tanto por el natural

³¹⁷ Por la importancia que esta obra de José de Castro y Serrano tiene, la he traducido al árabe para dar a conocer a un escritor español orientalista; cuando estaba leyendo determinadas partes de su obra, sentí estrechos vínculos de afecto con lo que describe, como si estuviesen sus ideas siendo arrancadas de una flor indígena. Mas considerando luego que haría no pequeño servicio a mis compatriotas en editarla, y como me hallase en esta empresa con posibilidades para realizarlo, traté de corregir mi manuscrito, aunque apresuradamente, a fin de hacerlo menos indigno a los ojos del público. He procurado evitar el escollo, contorneado y eslabonando la narrativa, por decirlo así, pero sin abusar en manera alguna de las galas del armonioso y rico idioma español. La obligación del traductor es hacer que se traduzca el original para que este entre en el nuevo ropaje con que se viste al libro.

³¹⁸ *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, sábado 82 de Enero de (1871), número VII, p. 110.

³¹⁹ *La Época*, Año XXI, número 6.804, Madrid, 22 de diciembre de (1869), p. 1.

interés que el glorioso acontecimiento despertaba en los ánimos, como por la fiel relación de los sucesos, la riqueza de datos y noticias, el tino de las observaciones, la oportunidad de los recuerdos, las pintorescas semblanzas de los personajes y la animada descripción de costumbres, lugares y monumentos, junto a las correspondencias publicadas del ignorado autor, llamaron grandemente la atención del público.³²⁰

En un artículo publicado en la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana* se señala que:

La novela del Egipto es una maravillosa adivinación de lo que no se ha visto, y a la par el modelo de crónicas literarias de un acontecimiento que llenó de alegría al mundo culto. Unos cuantos apuntes enviados por un discreto amigo desde Suez eran el punto de partida; lo demás era obra del ingenio adivinador, del supremo arte de componer, de la erudición oportuna del maestro. El asombro fue general, pues nadie sabía quién era aquel escritor invisible. Ya se habían traducido al inglés y al francés las Cartas de Castro y Serrano y aún se seguía ignorando quién había escrito las últimas páginas de aquella relación adivinadora del porvenir.³²¹

También en el discurso del Duque de Rivas se lee lo siguiente sobre *La Novela del Egipto*:

Lo más notable que a mi manera de ver encierra el libro son las oportunas consideraciones que sugiere a su autor el contraste de lo pasado con lo presente en la tierra de los Faraones, y el cuadro que nos presenta de Europa yendo a remover las cenizas de aquel gran sepulcro. El Sr. Castro y Serrano llama novela a su libro: novela es, en efecto, que él fuera allá a escribir sus cartas, y novela, por consiguiente, que se hallase en los sitios o entre las gentes que describe; pero si se atiende a la verdad de cosas y hechos y a la fidelidad del relato, puede asegurarse que bajo una ficción novelesca ha escrito un ameno capítulo de la historia.³²²

En otro artículo publicado en *La Ilustración Española y Americana* se refieren a *La novela del Egipto* de José de Castro y Serrano:

Y lo gracioso es que aquellas cartas, que parecían traer en sus renglones vislumbres y aromas de las fiestas del jedive, calor de Oriente y emanaciones del Nilo, no habían hecho más largo viaje que del gabinete de estudio del señor Castro y Serrano a la imprenta de *La Época*. Todos se devanaban los sesos por adivinar cuál de los distinguidos compatriotas que, oficial o extraoficialmente, habían ido a la inauguración del Canal, podría ser el autor de aquellas interesantes epístolas, que al par que demostraban un concienzudo estudio de la grandiosa obra de Lesseps, cautivaban al lector con la gracia y el primor del estilo. La ilusión fue completa.³²³

³²⁰ *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, 8 de julio de (1889), Tomo II, Año XXXIII, número XXV, p. 342, número XLV.

³²¹ *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana, Etimologías*, Tomo XII, Espasa-Calpe, Madrid, 1911, p. 399.

³²² *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, 8 de diciembre de (1889), Tomo II, Año XXXIII, número XXV, p. 342, número XLV.

³²³ *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, 8 de julio de (1889), Tomo II, Año XXXIII, número XXV, p. 342, número XLV.

Si la imparcialidad y erudición con las que está escrita *La novela del Egipto* nos hicieron exclamar que en esta obra se descubría la sensatez mirando con los ojos de la sabiduría, al reparar en la gravedad y el espíritu de reprobación con el que un observador como Castro y Serrano, que viajó a través del tiempo y de la fantasía con las que describe aquellos rasgos de las costumbres orientales y egipcias que más deben halagar al escritor, no podemos por menos que personificar en él al juicio, prestando armas a la virtud. Pero debemos reconocer que en algunos aspectos este profundo pensador y gran egipcianista que fue José de Castro y Serrano se desvió un poquito de la senda ordinaria en la elaboración de su novela, y no fue menos original en los preparativos de su viaje imaginario. Persuadido de que no era posible formarse un juicio exacto acerca de Egipto, de la civilización y de la ética islámica sin ponerse en las mismas circunstancias de sus habitantes, trató de antemano en su propio país de adiestrarse en todos aquellos ejercicios que practican los pueblos orientales.

Debemos reconocer que la tarea del autor era ciertamente difícil y arriesgada, pero, ¿qué obstáculos eran capaces de amedrentar un corazón tan enérgicamente templado, ni entibiar aquel celo inextinguible por la sabiduría? Acostumbrándose desde luego a cabalgar sin riendas, aprende a lanzar el mensaje, se ejercita en recorrer a pie grandes distancias, y lo que es más difícil todavía, se empeña en habituarse a la más rígida abstinencia consiguiéndolo en términos de poder subsistir con la frugal dieta de los moradores del Egipto y los beduinos del desierto. He aquí cómo se aparejaba este observador en tercera persona (viajero a través de los libros y cartas recibidas a través de un amigo español que estuvo en Egipto durante la inauguración) por excelencia, no ya a estudiar simplemente los usos y costumbres de los pueblos orientales y nómadas, sino a sentirlos y experimentarlos en su propia persona con su imaginación viajera. José de Castro y Serrano, en su novela, pudo vivir con la sobriedad de un beduino o un paisano egipcio, y logró llevar a cabo su propósito de hacernos sentir como orientales y viajar con él por las mágicas tierras del antiguo Egipto, pero la escasez de sus recursos culturales orientales hace que el autor se resienta repentinamente por su condición de occidental y acabe rechazando la realidad imaginaria creada por él y decidiendo regresar a su pensamiento occidental como español. Pero las dificultades mencionadas no bastan para extinguir el fervor del joven viajero, joven tan solo en los años y en el ardor, pareciéndole que nada se ha hecho y que aún queda todavía mucho por hacer; en lugar de aprender el arábigo en Europa, como de costumbre, va a encerrarse en un convento de coptos, hasta ponerse en disposición de manejar con soltura aquel idioma flexible, común a tantos pueblos orientales. Ninguno pues, con más razón que nuestro viajero mental podía habernos hablado de los trabajos y peligros superados por su constancia y valor; pero él sabe sobreponerse a esa especie de fragilidad, a esa propensión tan natural que nos incita a ponderar nuestros riesgos y nuestros triunfos sin detener nuestra marcha.

José de Castro y Serrano casi siempre procuraba contarnos lo que había sucedido por las tierras de los faraones, y para añadir un color local casi siempre intentaba insertarse en la escena que describía haciéndose pasar por un habitante de aquellos lugares, porque habiendo estudiado las costumbres egipcias largo tiempo, nos describirá su estado físico, político y moral con gran verosimilitud. José de Castro y Serrano, a lo largo de su narración, parece

respetar demasiado el juicio de los lectores como para atreverse a hablar de su propia persona, dejando al asunto narrado y al estilo el cuidado de cautivar la atención.

En mi modesta opinión, creo que el autor con esta obra novelesca pudo conseguir unanimidad de aprobación por parte de geógrafos, historiadores, viajeros, literatos nacionales y extranjeros, ya que todos se apresuraron a declarar que José de Castro y Serrano había fundado una nueva escuela y causado una verdadera revolución en su género. Una gran parte de sus lectores y de los escritores contemporáneos a él del orientalismo español le colmó de elogios y le rindió el homenaje más honorífico por la veracidad e inteligencia de los escritos de nuestro autor. En efecto, cuanto se ha publicado posteriormente sobre aquellas regiones no es más que ampliación o confirmación de los asertos y conjeturas de nuestro viajero por el mundo de la fantasía.

Pero, aunque esté demostrado que el autor, con su viaje imaginario a Egipto, fue uno de los astros más resplandecientes de la literatura del siglo XIX y reúne en grado heroico el espíritu de observación con la veracidad en los relatos, todavía no faltará quien le reproche que su obra habrá envejecido por las mutaciones que habrán tenido lugar en aquellos países y por el lapso de casi media centuria transcurrida desde su publicación. Estos reproches respecto a su obra, arrastrados como a porfía por los sabios modernos de todos los rincones del orbe y por los inagotables recursos que nos brinda la inteligencia de la antigüedad, carecen de sentido, ya que a día de hoy se ha explorado y cartografiado el país en unos términos que lo convierten en la región mejor descrita del universo; estas descripciones reales coinciden en muchos detalles con las que en el siglo XIX se hicieron desde el imaginario del autor. ¿Por qué no haber escrito alguna otra novela de viajes que tuviera las mismas características que las obras escritas sobre Egipto? Ni en aquella época ni entre las obras egipcianistas publicadas recientemente que trataron de esta forma semirreal el acontecimiento de la inauguración del canal de Suez puede tener parangón, ya que la presente obra de Castro y Serrano mezcla los acontecimientos puramente históricos y el arte narrativo. Lo cierto es que esta obra del autor debe ser tenida en cuenta como digna de considerarse una obra documental e histórica que ha de ser consultada por los historiadores de aquella época (sean egiptólogos europeos o historiadores egipcios), más que nada por las referencias históricas que contiene sobre Egipto, aunque debo reconocer que el escritor cometió algunas erratas en la escritura de los nombres de los reyes faraónicos.

Fácilmente se desvanecerán los reparos con lo dicho hasta aquí sobre el mérito singular del autor. En *La novela del Egipto* el autor ha procurado no solamente suplir los vacíos que otros autores no pudieron llenar, sino también extractar de las investigaciones posteriores cuanto se dice en relación con los puntos que José de Castro y Serrano toca, o que tal vez sirvan para dibujar mejor el país. A propósito me he abstenido de entrar en pormenores de antigüedades, pues podrían llevarme demasiado lejos y además no interesan a la mayoría de los lectores que siempre requieren de imágenes detalladas para ser entendidas. Para el autor, nada le hubiera sido más fácil que extenderse sobre el particular, porque es tal la abundancia de materiales que ofrece la espléndida obra titulada *Descripción de Egipto*, escrita y publicada por orden del gobierno francés, como las obras posteriores del

hábil Denon, del exacto Hamilton, de los infatigables Banks y Belzoni, del intrépido Cailliaud y de otros sabios y artistas esclarecidos, que siente la curiosidad abrumada con tanta riqueza. Por el contrario, quizás he sido minucioso en cuanto a todo lo que se refiere al estado actual del país, por ser esta la parte más instructiva del asunto, que adquiere más realce por la circunstancia de que un anciano oriental, sin más luces que las naturales, es el que ha acometido la obra de la presente regeneración. Sea cual fuere el fallo de la posteridad acerca de las miras de Mohamed Ali Bajá, no se podrá menos que convenir que, ni aun en medio de la culta Europa, se tendría por un ente vulgar al que entre mil otras mejoras ha sido el primero en introducir en la tierra de los otomanos el don inestimable de la publicación periódica, riesgo tan precioso para la cultura de los hombres del Nilo como para la de los caminos. Pero incluso dado el caso de que hubiese variado la condición de aquel país oriental, el libro de José de Castro y Serrano no moriría. El acierto y la maestría con que está escrito lo convierten en un clásico en la materia; y mientras inspire interés el Egipto, el libro de Castro servirá de preliminar para cualquier estudio, así como, por más descubrimientos que ensanchen el dominio de la historia natural, los primeros que nos abran sus santuarios serán siempre Buffon y Carlos Lineo. Aun diré más: creo que aunque feneciera el incentivo que nos lleva tras esas regiones venerables, viviría la novela que escribió Castro y Serrano. Pues si la excelencia de una obra histórica y literaria se ha de guardar principalmente por su virtud de estimular el pensamiento, confieso que en ningún libro he encontrado tantos y tan variados paisajes como los dibujados por el pintor del Egipto a través de los siglos en esta magnífica obra. Si todos los viajes imaginarios se redactaran con semejante espíritu, no sé yo qué hubiera podido ser más eficaz que el poner en ejercicio las facultades de la mente, a la par que las afecciones del corazón.

Por otro lado, me veo obligado a recomendar la lectura de esta obra a los que traten de estudiar los demás escritores orientalistas. No hay una de ellas que no se halle bosquejada en la presente, o que no reciba luces de la misma. A este respecto, *La novela del Egipto* fue como una veta riquísima, cuyo abordaje emplearon fructuosamente el resto de las obras venideras de temática oriental egipciana escritas en el último tercio del siglo XIX.

He aquí cuanto tuve por necesario advertir acerca del autor. Acaso dirá alguno que más bien he escrito un elogio a su memoria que un prólogo para su obra. Pero téngase presente que en los viajes, así como en la historia, el hombre es inseparable del escritor. Por lo demás, haciendo resaltar las dotes que distinguen a nuestro viajero del vulgo de los de su clase, quedan manifestados los requisitos que deben exigirse al que toma sobre sí el delicado encargo de pintar los países del Oriente Próximo y juzgar a sus moradores.

No se piense que la cualidad del autor para describir me pone una venda subjetiva respecto de la realidad verdadera que tienen y tuvieron las civilizaciones faraónicas, cultura copta y civilización islámica.

En cuanto a esta obra de José de Castro y Serrano que estoy tratando de analizar, es relevante considerar que a veces el escritor intenta hablar haciéndose pasar por un musulmán egipcio. Al lector incumbe declarar si hay fuego y energía en las descripciones, fuerza en la argumentación y recursos en la parte polémica, observación y sagacidad en la

meteorológica, o si jamás escritor alguno aventajó en profundidad y filosofía al que redactó el capítulo de los beduinos y el de las costumbres de Egipto. ¿No es cierto que a dicho escritor le distingue aquel espíritu vasto y generalizador, patrimonio de los entendimientos superiores? En nuestro escritor viajero a través de su viaje imaginario todo era un hojear el libro de la naturaleza, y penetrar hasta sus íntimos detalles.

En la escritura de los nombres arábigos citados en la obra, existen ciertos errores que deforman su correcta pronunciación, como, por ejemplo, la palabra “Mafrusa” y su correcta escritura “Mahrusa”, que significa protegida. Con respecto a las notas del cuerpo de la obra, contemplo que nada puede llenar más ventajosamente el objeto de los viajes que el cotejo de los países que se describen como los conocemos de antemano, sobre todo si entre ellos median analogías; mejor dicho, no siendo un viaje más que una continua comparación de impresiones pasadas con impresiones nuevas, no ha perdido coyuntura al comparar el Egipto con su suelo natal, logrando así una vez más dar publicidad a datos de aquella tierra preciosa y casi virgen pero sometida a la exploración científica. Por lo demás, a cualquiera que pisara aquel terreno privilegiado o que acudiese a las fuentes de las que he bebido para tomar notas, se le ocurrirían observaciones análogas a las mías. Yo no aspiro a la originalidad: mi divisa, así como la de nuestro autor, se cifra en la instrucción del lector, fundada en la verdad y en su aprovechamiento.

La lectura de los libros de viajes no es suficiente para conocer bien los usos y costumbres de los pueblos de Oriente y siempre existe una inmensa distancia entre el efecto de las narraciones sobre el entendimiento, y el de los objetos sobre los sentidos. Las imágenes trazadas por sonidos carecen de corrección en el diseño y de viveza en el colorido: sus pinturas conservan una cierta oscuridad que no deja tras de sí más que un vestigio fugaz presto a borrarse; así lo experimentamos más particularmente cuando desconocemos completamente los objetos que se nos quieren pintar, porque entonces la imaginación no tiene términos de comparación y se ve obligada a reunir miembros esparcidos para componer nuevos seres ideales, y en semejante trabajo, de suyo vago y precipitado, es muy difícil que no se confundan las pinceladas y se alteren los contornos.

En un artículo publicado en *Ilustración Española y Americana* con referencia a *La Novela del Egipto* de José de Castro y Serrano encontramos el siguiente comentario:

No es nuevo, ciertamente, entre los artificios de la prensa, así en España como en otras partes, forjar en las mismas redacciones correspondencias políticas de cualquier punto del globo, cuando hacen falta. Pero describir con el colorido de la verdad lejanas tierras donde jamás se estuvo, relatar hechos de actualidad como si se hubieran presenciado, referir conversaciones, retratar personajes, no olvidarse de nada que pueda interesar al lector, satisfacer, en fin, su ansia de saber lo que está pasando en un país remoto, donde se verifica un acontecimiento extraordinario, y contárselo todo, y contárselo bien, sin haberlo visto más que con los ojos de la imaginación, es un alarde de lucidez y de ingenio que nos trae a la memoria talismanes y hechizos de los cuentos árabes.³²⁴

³²⁴ *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, 08 de Julio de (1889), Tomo II, Año XXXIII, número XXV, p. 342, n.º XLV.

Por consiguiente, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, el grabado, la literatura de viajes y en especial el egipcianismo, contribuyen a la creación y difusión de la faraónica imagen de Egipto y de sus ciudades sobre todo como exponentes básicos de la cultura egipcia. Es más, la capital caiota y sus monumentos faraónicos, coptos e islámicos conforman un peculiar imaginario oriental egipcio, puesto que los viajeros extranjeros y los no pocos intelectuales españoles, pensaban que Granada y la Alhambra eran la materialización del legado más esplendoroso de Al-Ándalus, y que en el carácter de los andaluces pervivían ciertos elementos islámicos a través del tiempo.

La novela del Egipto se considera mucho más que un relato de ficción-histórica; podría ser considerada como una gran novela del egipcianismo español del siglo XIX, por no decir la mejor de todos los tiempos. Es una obra literaria en la que se mezclan ficción y realidad, tradiciones orales, mitología, cuadros locales y costumbres orientales. Es la obra narrativa más llamativa de todas las novelas de temática oriental escritas a lo largo del siglo XIX y de la historia del egipcianismo español. *La novela del Egipto* es el texto que más ha influido en la historia del orientalismo español del último tercio del siglo XIX, puesto que ha determinado una buena parte de la historia del Egipto como un país eje del Oriente Árabe. A lo largo de las páginas de *La novela del Egipto* se observan normas, valores, además de una cierta manera de comprender al mundo oriental y al pueblo egipcio. La influencia de *La novela del Egipto* se ve de forma predominante, no solo en lo puramente egipcio, sino que también podría extenderse a lo religioso; realmente es una novela que podría ser considerada como una inagotable fuente de inspiración artístico-literaria para la pintura, la escultura y que podría ser extendida al resto de las artes. Los orientalistas la leen y la miran con respeto y con interés especial. Por eso, esta novela es más que un libro; se trata de un monumento literario jamás superado por ninguna otra obra de temática semejante en la producción literaria orientalista del siglo XIX.

En resumidas palabras, esta obra podrá ser considerada como la gran historia novelada del Egipto de todos los tiempos; ¿realidad o ficción? Durante mucho tiempo, a nadie se le ha ocurrido pensar en realizar un estudio detallado sobre *La novela del Egipto* de José de Castro y Serrano, y a nadie se le ha ocurrido si lo que decía el autor en su novela sobre Egipto, sobre el islam o sobre el carácter egipcianista de los cuadros locales que dibujaba el autor sobre el Oriente, pudiera ser o no ser verdad, ya que el carácter egipcianista y local que el autor daba a su obra impedía dudar de lo que en ella se decía. Hoy en día las cosas han cambiado bastante y *La novela del Egipto* es leída e interpretada como un libro histórico de temática oriental-egipcianista y también como una obra literaria.

En *La novela del Egipto*, José de Castro y Serrano hizo numerosas referencias bíblicas, evangélicas y coránicas describiendo los hechos históricos y determinados lugares santos como el Monte del Sinaí. Incluso narra los milagros de Moisés huyendo del Faraón de Egipto y de sus soldados a través del mar Rojo (para la salvación del pueblo de Israel), que se partió en dos muros y entre ambos se abrió un camino. Milagrosamente después de que todo su pueblo atravesase el mar, Moisés golpeó con su bastón al final del camino y el sendero abierto por él en el mar Rojo se cerró por orden de Dios.

José de Castro y Serrano, en sus descripciones, traza armoniosamente historias coránicas y bíblicas que destacan aquel milagro de Dios sobre la salvación del pueblo de Israel. La obra se compone de seis jornadas y un epílogo. La novela en su totalidad está impregnada de numerosos rasgos de orientalismo teñido con cuadros locales de egipcianismo. Así pues, la imagen y la realidad fluyen juntas, es decir, ficción y realidad se entremezclan formando una dualidad excepcional.

En realidad no existe ningún estudio crítico ni analítico escrito sobre *La novela del Egipto* salvo un solitario y pionero artículo del gran erudito y arabista Pedro Martínez Montávez. De aquí surge la necesidad de elaborar una detenida investigación académica sobre esta importantísima obra de temática egipcianista que tuvo un gran eco en su tiempo y que sigue teniéndolo a pesar de que hayan pasado desde su publicación más de ciento cuarenta y cinco años. Así, en el presente trabajo se buscarán las llaves fundamentales que nos permitan conocer la manera personal en la que el autor se acercó al Egipto faraónico, copto e islámico y cómo él lo sintió. En definitiva, ¿cómo ve e interpreta a Egipto José de Castro y Serrano?

La novela del Egipto se divide en seis jornadas, y para dar una pista al lector sobre su contenido, creo que sería oportuno considerar el siguiente resumen temático de la obra:

JORNADA PRIMERA: El autor se asoma al antiguo Egipto; examina su constitución política y social; estudia sus creencias religiosas y morales; observa sus adelantos científicos; aprende su codificación; recorre su historia y procura analizar su filosofía.

JORNADA SEGUNDA: Se centra en Alejandría. En esta jornada el autor parte de España para llegar a Egipto; traba conocimiento con el capitán de barco y con una gota de agua dibuja en el contorno el retrato de De Lesseps. Desembarca en Alejandría; recorre la ciudad y llora sobre los escombros de la Biblioteca; investiga el origen del antiguo canal faraónico, y evoca el gran recuerdo de la bella Cleopatra.

JORNADA TERCERA: El canal de Suez, en que el autor se deja seducir por el capitán Jonás para ir por mar a Puerto Said. Allí recorre brevemente esta ciudad improvisada y medita sobre lo que es un canal interoceánico; asiste con su imaginación a las perplejidades y trabajos de De Lesseps. Explica la oposición de Inglaterra al proyecto del canal de Suez y los obstáculos enormes que se levantan ante el innovador Fernando de Lesseps; recorre la línea de agua de punta a punta; describe al *fellah*, y refiere una inundación del Nilo.

JORNADA CUARTA: El autor se instala en El Cairo; hace una visita a Ismael-Pachá; dibuja de cuerpo entero la figura del gran Mehemet-Alí; recorre minuciosamente la capital de Egipto; frecuenta los bazares, los palacios y las mezquitas; discurre sobre la situación de la mujer en Oriente, y va a depositar su ofrenda a los Santos Lugares de la antigua Heliópolis.

JORNADA QUINTA: El autor presencia los preparativos de la apertura del Canal; asiste al Tedéum que se canta en acción de gracias por el término de las obras; ayuda a dar una serenata arábigo-española a la emperatriz de los franceses; murmura de los árabes y de los europeos; es convidado a un baile egipcio; come con un ministro del jedive; contempla una revista de tropas; discurre sobre el trazo del canal marítimo, y fondea felizmente en Suez.

JORNADA SEXTA: El autor dirige sus recuerdos a la gloria oscura de esta atrevida empresa del canal; estudia las vías de Oriente desde lo antiguo hasta hoy; valora los resultados de la roturación del istmo; expone el pensamiento y las resoluciones prácticas de un nuevo campeón de los progresos de Oriente; trae a la memoria las hazañas de españoles y portugueses en el derrotero de las Indias y, después de presenciar una boda árabe, asciende a la gran pirámide para terminar en digno puesto su obra.³²⁵

No se sabe con exactitud quién dijo la siguiente frase: “Todo teme al tiempo pero el tiempo teme a las pirámides”. En cuanto a la ascensión a la cumbre de las pirámides nos habla el autor de varios intentos para la ascensión de las mismas a través de la historia del Salamy:

En una de los dos pirámides hay una grieta producida por un rayo, y no sabemos si alguien ha subido a la cumbre de las pirámides salvo un solo hombre; el Mudaffari en los días del Fatemí ofrecía donaciones a la gente que subiera a la cumbre de las dos pirámides, y ocurrió que se apresuró un hombre del público que se ofreció para esto y entonces le pagó su recompensa y subió a través de la grieta producida por el rayo, hasta que llegó a su cumbre y mencionó que la cumbre de las pirámides es una superficie plana en la que podrían caber cien hombres... Aquí se debe señalar que la Gran Pirámide en aquel entonces y hasta la época de El Makrizi fue cubierta con una pintura de color rosa y tiene inscripciones jeroglíficas y sus piedras no estaban descubiertas para que se pudiera subir a través de ella como ocurre ahora en nuestros días. En cuanto a la pirámide mediana el autor asegura la imposibilidad de subirla y que la historia no menciona que se subiera nunca, salvo un único intento que tuvo éxito en la época del Saleh Talaey Bin Rozeek (es decir en la época del Fatemí), pero aquel que pudo subir a la cumbre, no supo bajar y quedose atrapado en la cumbre de la pirámide hasta que falleció.³²⁶

De todo lo anteriormente expuesto, creo que se deduce la gran importancia de *La novela del Egipto* como fuente de observaciones agudísimas sobre la sociedad egipcia. Observaciones francas y personales, desenvueltas y profundas. La relación de datos que se han presentado aquí pretende simplemente ser una sistematización de los que ofrece el libro y aunque no se han recogido todos, ni muchísimo menos, sino solo los más importantes, creo que estos serán suficientes para exponer la visión de José de Castro y Serrano sobre la sociedad egipcia que él imaginó, y conoció a través de las descripciones de otros que sí visitaron Egipto durante la inauguración del canal de Suez hicieron. Sería sumamente importante e interesante investigar cuáles fueron las lecturas del autor, qué le pudo haber

³²⁵Castro y Serrano, José, *La novela del Egipto. Viaje imaginario a la apertura del canal de Suez*, Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1870, pp. 367 y 368.

³²⁶El Ghitany, Gamal, *Malāmiḥ al-Qāhira fī alf sana Malameh Al Kahira fi Alf Sana (Los rasgos de El Cairo en mil años)*, El Cairo, Editorial Renacimiento de Egipto de Imprenta y Distribución, 1997, pp. 222, 232.

influido, etc., pero todo ello desborda el campo reducido de comunicación, descripción e información que este trabajo plantea.

De esta forma y según nos indica el gran arabista y profesor Pedro Martínez Montávez en su artículo sobre aquella obra, se puede comprobar cómo *La novela del Egipto* no es una obra que se dedique solamente a la descripción del acontecimiento de la inauguración del canal de Suez, ni siquiera a narrar los múltiples avatares e incidencias de todo tipo por los que pasó, desde la iniciación hasta la finalización de tan magno proyecto, aunque pudiera parecer que todo ello sea parte sustancial y el componente esencial de la obra del publicista granadino. En buena parte, la historia del canal no es sino un excelente pretexto para entrar en consideraciones y sentar juicios sobre algunos de los problemas más palpitantes y trascendentales de la época, aparte de recoger puntualmente las ideas y sentimientos del autor sobre hechos y personas del presente, sobre comunidades y pueblos, y sobre fenómenos de la civilización y de la cultura en sus más variadas y amplias manifestaciones. Existe una documentación, desde luego, pero también, y es inevitable que ello así se produjera, una intencionalidad, o al menos una finalidad predominante; es decir, una específica "visión" de las cosas, indisolublemente vinculada a su tiempo. En ese sentido, por tanto, es algo muy alejado de lo que podría considerarse un relato aséptico, aunque esté acompañado por regla general del sabroso aderezo de una, en muchos casos, estupenda literatura formal.

En esta obra de Castro y Serrano no hay nada de grosería "salvo en determinadas situaciones", ni destrucción del lenguaje, ni chabacanería, así que la podríamos considerar como "una elegante ficción". Los personajes de *La novela del Egipto* son tan reales, verdaderos, y auténticos, que se me antojan decisivos. Lo negativo, lamentable y hasta repulsivo, está presente, pero en la proporción debida. Esta obra literaria, hasta cierto punto, podrá ser considerada como un "documento" sobre lo que ocurrió en Egipto durante las fiestas de inauguración del canal de Suez; además, se puede interpretar como una amplia historia humana que respira verosimilitud. Pero resulta, si se la mira bien, una "obra" iluminadora o más bien diría yo, una novela que refleja bien el verdadero pensamiento occidental sobre Oriente por aquel entonces. Bien se sabe que una gran parte de las obras literarias orientalistas era una deliberada falsificación tanto del pasado lejano o reciente como de la actualidad, porque era "rentable", da fama y dinero, y de paso servía a propósitos diversos. Solamente unas cuantas obras literarias orientalistas podrán servir para entender tanto la mentalidad como la realidad de los pueblos orientales sin suplantarla.

Por otro lado, habría que poner la ficción en todos sus géneros, que nos pueda dar el relieve, el color y la palpitación de las vidas individuales; en fin, *La novela del Egipto* es toda una obra de antropología social, porque en este relato se analiza la vida social egipcia a través de los siglos y muy especialmente la sociedad egipcia durante el siglo XIX, pero, como en todo, hay acierto y error, luces y sombras, amor a la realidad y propósito de falsificación. En resumidas palabras, se puede decir que es una obra que se levanta sobre una indudable plataforma ideológica, y que, por ello, ofrece un gran interés para ser también

valorada, y en muchos casos preferentemente, desde una perspectiva política, ideológica y social.

José de Castro y Serrano en *La novela del Egipto* nos refleja un "Oriente orientalizado", fruto de la relación política amo-esclavo. Asimismo, observamos en sus descripciones una temática orientalista llena de generalizaciones, de conceptos que se expresan por medio de categorías étnicas, que dan lugar inevitablemente al racismo. Estudiando las distintas etnias, el orientalista llega a clasificarlas, dejando para el hombre europeo del período histórico la categoría de "hombre normal", fundamentándose con ello de forma categórica el eurocentrismo que ha presidido la concepción cultural de los pensadores occidentales. Para el escritor, el buen Oriente se situaba en el pasado clásico, mientras que el malo se relegaba al Asia de hoy, a algunas partes del Norte de África y al islam donde quiera que estuviera presente. Así, para nuestro escritor, los arios estaban en Europa y en el Oriente antiguo, mientras que los semitas habitaban el Oriente contemporáneo. El mito de la superioridad de la raza aria dominó la antropología histórica y cultural en detrimento de las "razas inferiores", que muestran su sometimiento en sus actitudes pasivas y fatalistas.

José de Castro y Serrano, durante su viaje imaginario en *La novela del Egipto*, intenta aportarnos un toque de realismo expresando sus técnicas de aproximación a los "nativos", quienes le irán proporcionando un conjunto de informaciones útiles, enmarcadas en el seno de las ideas orientalistas previas que dice tener el autor. Para ello, José de Castro y Serrano escindirán su personalidad de manera consciente; una parte de él se viste de árabe, en un intento de internarse en la vida cotidiana de los egipcios, mientras la otra conservará en secreto al erudito europeo que atesora y procesa la información que obtiene. El escritor trabajó amistades con indígenas, utilizándolos como interlocutores o como informadores secretos. Su identidad de falso creyente y de europeo privilegiado es la esencia misma de la mala fe, ya que, sin ninguna duda, el segundo destruye al primero. José de Castro y Serrano describe, en medio de generalidades, características de los egipcios tales como su lascivia y falta de moderación sexual, mezcladas con diagramas y dibujos de cerraduras de la vieja ciudad de El Cairo.

Existe un hilo argumental en *La novela del Egipto*, pues los detalles que introduce el autor van desviando la dinámica narrativa expresando una cierta propensión a los pasajes fuertes, grandiosos y masoquistas: el autocastigo de los derviches, la mezcla de tolerancia y religiosidad de los musulmanes, etc. Explica cómo le proponen arreglar un matrimonio y cómo rehúsa, impidiéndose así su acceso a la vida cotidiana de los egipcios. Estas negativas van a consolidar su autoridad, ya que demuestran que ni es musulmán ni ha sucumbido a las tentaciones de la carne, lo cual debe inducirnos a pensar que su objetivo es científico y, por lo tanto, sus conclusiones han de ser ciertas. Los destinatarios de dichas conclusiones no iban a ser los egipcios, sino las instituciones académicas europeas, cuyo objetivo fundamental era recopilar información y organizarla sistemáticamente dentro del campo especializado del orientalismo: composición de gramáticas de lenguas orientales, adquisición de textos y manuscritos originales, traducción de obras científicas y literarias,

así como difundir todo este material ya procesado. Oriente iba a ser reconstituido a partir de esos fragmentos recogidos por eruditos y viajeros. Al "orientalizar" Oriente, José de Castro y Serrano no solo lo definía, sino que lo editaba y suprimía lo que podía perturbar a la sensibilidad europea.

De todo lo anteriormente mencionado, podemos deducir que los viajes realizados a Oriente por los escritores del siglo XIX son descriptivos en su mayoría, y que para ellos Oriente representaba un desafío ofensivo al decoro sexual. El Oriente de José de Castro y Serrano aparecía como una amenaza para la moralidad, debido al exceso de libertades. Otros de los peligros era la diferente vivencia del tiempo y de la actividad. Durante todo el siglo XIX, Oriente fue considerado lugar de peregrinación obligada. Quien pretendiera pertenecer al orientalismo académico, debía adoptar la forma y el estilo del viajero peregrino. En la base de esta consideración está la idea romántica de la reconstrucción. El peregrino ve las cosas a su manera. Atraviesa las tierras sagradas, sufre las impresiones de los monumentos y los paisajes, en los que proyecta su propia visión, obtenida de las descripciones antiguas, de la Biblia, de las Cruzadas, de los textos islámicos o del viaje de Napoleón.

En *La novela del Egipto* se destacan claramente las imágenes orientalistas que dibuja José de Castro y Serrano con su pluma tomando a la mujer árabe como protagonista. Ante todo, hay que indicar la recepción del imaginario orientalista en *La novela del Egipto*, ya que las revistas y periódicos nacionales e internacionales incluían, progresivamente, noticias, relatos de viajeros y testimonios arqueológicos relacionados con el Antiguo Egipto. Por consiguiente, el africanismo, en su versión de "recreación andalusi", será la nota dominante del orientalismo experimentado en las tierras del Nilo, como comprobaremos a tenor de las imágenes estudiadas. De ese orientalismo árabe expresado en *La novela del Egipto*, el grueso de las imágenes de mujeres que recrean este imaginario se debe, como ya sabemos, a los cuadros locales que dibuja nuestro autor. Hemos clasificado temáticamente dichas imágenes, por lo que pasamos a analizarlas.

Tras la erudición del siglo XVIII y el Romanticismo del siglo XIX, pronto la sociedad y los intelectuales perciben una realidad: la creación de un marco de convivencia nuevo, promovido por el orientalismo del siglo XIX. Se observa la neta diferencia entre cultura oriental y cultura occidental, a lo que se unió el interés por otros pueblos y culturas, motivando la creación de una serie de sociedades de antropología, sociedades geográficas, folkloristas, museos etnográficos, etc. En el ámbito de la recopilación de viajeros y escritores orientalistas del siglo XIX, citamos algunos ejemplos de los precursores de esta disciplina. Figuras como José de Castro y Serrano, que es uno de los orientalistas históricos de la fantasía literaria española del siglo XIX.

A estos efectos, Antonio Bernal señala: "Y así todo ha principiado en Oriente, y todo ha venido del Oriente, los nombres y las cosas más grandes de la humanidad: Moisés, Elías, Jesucristo; la Ley, la Profecía, el Evangelio."³²⁷

³²⁷Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., p. 263.

Como vemos en la cita anterior, Antonio Bernal reconoce que el Oriente es el origen de todo, de donde vinieron todas las cosas más importantes, según señala, y esto es cierto, pero al parecer el escritor, en su enumeración, se olvidó o se abstuvo de mencionar al profeta Mahoma, ya que él es lo más esencial y característico del Oriente; esta falta por parte del escritor lo considero como un acto de racismo que radica en el pensamiento occidental y que pretende casi siempre por regla general a una gran escala ignorar u omitir de la historia humana algo tan fundamentalmente magnánimo; sinceramente no sé si el escritor se olvidó o dejó de mencionarlo a propósito.

Por otro lado, José de Castro y Serrano comienza su obra con frases significativas, pero acaba señalándonos que como todos los países del mundo tienen su novela, a Egipto también le llegó la suya con la apertura del canal de Suez. El autor nos dice que va a empezar una novela y que no es un relato referido a un personaje determinado, aunque esto sea lo normal en las novelas que se escriben y que se publican: referir el texto a un personaje humano determinado y concreto. Sin embargo, el autor nos dice que también hay novelas que se refieren a una agrupación humana con todos sus componentes de civilización, de cultura y de acontecer histórico. Este es el caso de Egipto. Hay que indicar que, según nuestro autor, una novela referida a un solo individuo puede consistir no en el relato de toda su vida, sino en lo concerniente a un solo acontecimiento o a una sola aventura de la trayectoria en cuestión. Y esto es precisamente lo que el autor se propone con su *Novela del Egipto*, porque este país ha tenido una vida histórica muy larga que partiendo de la época faraónica y pasando por el imperio persa, o por el de Alejandro Magno, por el imperio romano y por el islam, ha llegado hasta el siglo XIX, hasta el año 1869 en el que tiene lugar la aventura novelesca de Egipto que el autor nos va a contar.

A todo esto se refiere José de Castro y Serrano diciendo:

El Egipto tiene su novela como la tiene todo el mundo. Las colectividades, lo propio que los individuos experimentan en alguna ocasión ciertas vicisitudes imprevistas, ciertas complicaciones extrañas de acontecimientos, que constituyen el periodo novelesco de su existencia. A unos, a los más, les acontece la novela en la juventud; a otros les sobrecoge en la madurez; a algunos al término de su viaje; y a otros, a Egipto, por ejemplo, no les ocurre la novela hasta después de la muerte.³²⁸

El autor nos describe un acontecimiento que es obra de su propia fantasía: el autor imagina que la Esfinge, la famosa y gigantesca esfinge de Giza, se levanta del sitio donde está y mira a su alrededor y lo que ve es múltiple y maravilloso. Hacia Occidente ve unas flotas de barcos europeos impulsados por fuegos misteriosos, que proceden naturalmente del recién inventado procedimiento de la navegación a vapor, lo que nos hace pensar en una referencia al progresismo occidental que se acerca. Mirando después hacia Oriente ve también la llegada de barcos con muy diferente disposición en su estructura y en su apariencia tradicional, son barcos todavía de vela y que navegan a remo con los cascos todavía de madera, que simbolizan el acercamiento curioso y asombrado hacia las otras flotas occidentales que hemos mencionado anteriormente. La Esfinge, todavía mirando hacia

³²⁸ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 7.

Oriente ve acercarse por tierra los innumerables grupos de gentes que vienen también hacia Egipto, presintiendo la emergencia de un gran acontecimiento; son los etíopes, los árabes, los persas y los centros asiáticos. Todos ellos van a confluir con los europeos, que llegan a la apoteosis de la muchacha francesa, pero que en realidad es española, Eugenia de Montijo, esposa por aquel entonces de Napoleón III, emperador de Francia. La emperatriz de los franceses va a ser como el ángel tutelar que con su presencia protectora y cercana al ingeniero Fernando De Lesseps va a operar el milagro técnico y novelesco de la apertura del canal de Suez.

A todo lo anteriormente expuesto se refiere José de Castro y Serrano:

Figuraos, si no, que la enorme Esfinge de piedra, representante del pueblo de los Faraones, hubiese adquirido vida corporal el 17 de Noviembre de 1869, y levantándose sobre su propia montaña, desde donde domina todo el Desierto, hubiese visto escuadras de navíos europeos, impelidos por misteriosos fuegos, posesionarse del golfo de Pelusa; figuraos que hacia la rada de Suez hubiera distinguido enjambre de bajeles orientales engalanar sus proas y sus vergas al compás de músicas y cantos de alegría; figuraos que por la parte de Asia hubiese vislumbrado el torrente, la inundación de figuras humanas que descendían hacia el valle del Nilo desde la tierra de los etíopes, los árabes, los persas y los nubios; figuraos que aún a merced de sus enormes ojos, por cuyos párpados podría penetrar cómodamente el viajero para percibir las operaciones de su discurso, no acertara a darse cuenta de lo que veía, y deteniendo por el brazo a un viejo centenario del Sinaí, le hubiese dicho: -¿Quién eres? ¿A qué vienes? -¡Yo no sé lo que me preguntas; me han mandado venir porque la muchacha de Francia quiere vernos! -Figuraos, decimos, la perplejidad faraónica de la Esfinge que se pregunta a sí misma: "¿Qué es esto que sucede? ¿Cómo aquellas naves artilladas anuncian guerra con sus cañones, y estos bajeles empavesados demuestran paz con su alegría? ¿Quién es la muchacha de Francia? ¿Cómo mis antiguos orientales acuden por allí y los occidentales por allá sin que el fragor de la lucha ocasione esos arroyos de sangre humana que tantas veces tiñeron los contornos de Menfis? ¿Quién despierta al Egipto del sueño mentesicótico en que yace?"³²⁹

El autor sigue con el tema fantástico de la Esfinge. Ahora nos hace ver que la Esfinge, a pesar de su mágico poder, está abrumada de asombro al ver cómo llegan hasta sus pies las banderas, los estandartes, las exhibiciones diversas de los europeos por el oeste y cómo por el este llegan las tribus, los nómadas, los residuos de los antiguos imperios orientales y todo este conjunto de viajeros que llegan hasta Egipto, personificado en la Esfinge, es acogido por esta como una sola idea y con una única percepción. La Esfinge se da cuenta de que a pesar de la muy larga historia de Egipto, es en el momento actual cuando le está ocurriendo algo hasta ahora único y significativo. El advenimiento de la aventura se inicia y simultanea con la aparición de *La Novela del Egipto*. No sabemos aún si en este momento la Esfinge sabe ya cuál va a ser el núcleo de esa aventura y el argumento de esa novela. Lo uno y lo otro van a ser la creación y la apertura del canal de Suez:

Y si el que medita en esta figuración arbitraria, aunque verosímil, observara luego que los transeúntes, sin cuidarse para nada de los lamentos de la Esfinge, tendían a sus pies manteles europeos y hacían rodar sobre ellos vinos de Francia, carnes de Inglaterra, frutas de Italia; en alegre alternativa de idiomas, en sabio y trivial empuje de conceptos, en bulliciosa

³²⁹Ibidem, pp. 7 y 8.

confusión de razas y caracteres, como si ya las guerras tomaran tinte de orgías, y las colisiones formas de festines; si el observador no tuviera noticia tampoco de lo que aquello podía significar, disculparía en su buen juicio los asombros y dudas del coloso de piedra; porque jamás Egipto ha presenciado, con ser larga y laboriosa su historia, un concierto tan extravagante e incomprensible, una invasión tan heterogénea y tan bizarra.

Pues bien: todo ello se explica con decir que al Egipto le ha llegado su novela.³³⁰

La novela del Egipto es algo que tiene que impresionarnos y, para ello, debemos seguir la lectura a la que se nos invita. Es algo a lo que el autor se consagra a propósito de lo que él espera de los lectores. Espera que estos lean esa novela y esa aventura con la misma dedicación y la misma fe que él mismo tuvo al escribirlo.

El pueblo que nació empollado del huevo al que el propio Sol en sus orígenes prestó su lumbre; el pueblo que muere con Cleopatra en la elegante orgía de la disolución del mundo antiguo, ha tenido siempre dramas y tragedias; pero novela no ha tenido hasta ahora: hoy la tiene, y vamos a narrarla. Esta narración informe que el lector ha de seguir con benevolencia si no quiere defraudar las esperanzas del que la escribe, participa en su historia íntima de algo cómico y novelesco a la vez.³³¹

José de Castro y Serrano comenzó su obra hablando sobre la gran Esfinge como testigo mudo del paso del tiempo y puede que, en efecto, haya visto épocas que ni siquiera las pirámides contemplaron. Se especula con que la gran Esfinge representa al faraón Kefrón (¿¡...!?). Pese a ello, no existe ni una sola prueba de que esto sea así. Por lo demás, que nadie crea que la enorme Esfinge está exenta del misterio de sus compañeras las pirámides. La enorme Esfinge se realizó esculpiendo un montículo de roca caliza situado en la meseta de Guiza. Tiene una altura de unos veinte metros, midiendo el rostro más de cinco metros. Sus dimensiones aproximadas son: 57 metros de longitud y 20 metros de altura. Se especula con que la gran Esfinge se remonta a un periodo cercano al 6000-7000 a.C. Los antiguos egipcios, por ejemplo, se refieren constantemente a una época pasada que llamaban Zep Tepi, 'El Primer Tiempo' de Osiris, que ellos creían que precedía a la Era de la Pirámide.

De esta forma José de Castro y Serrano comienza las narraciones de su *Novela del Egipto*, tomando como punto de partida de sus narraciones la gran incógnita de la enorme Esfinge, protectora de las Pirámides y testigo del tiempo. Comienza el escritor a hablarnos sobre el pueblo de los faraones, el pueblo que muere con Cleopatra en la elegante orgía de la disolución del mundo antiguo, que siempre ha tenido dramas y tragedias; pero la novela no ha tenido hasta ahora (hoy la tiene) nada que ver con la inauguración del canal de Suez y, por consiguiente, vamos a continuar analizando cómo llegó a narrarla.

La ciencia y los capitales modernos se juntaron para la apertura del istmo y el sueño se convirtió en realidad, derribando así las barreras entre Occidente y Oriente y anunciando la resurrección del Egipto que se creía muerto hacía muchos siglos. El autor, en este fragmento, empieza hablando de los capitales reunidos para realizar con su aporte de dinero esa gran obra que es la construcción del canal de Suez. De esta manera, afirma de modo

³³⁰ Ibidem, p. 9.

³³¹ Ibidem, pp. 9 y 10.

indirecto que el canal de Suez es obra del capitalismo. Así, los propietarios del canal van a ser los ricos, cuya rentabilidad tiene el aspecto moderno de no ser la posesión de la tierra, sino la posesión de los beneficios en dinero de una obra que se realiza y que se produce para ganar dinero. Con este tipo de capitalismo, los ricos ya no son necesariamente reyes o príncipes o faraones. Los ricos de la época capitalista en la que se construye el canal de Suez pueden ser personas particulares que han comprado a los fundadores de una compañía las participaciones de propiedad que se llaman acciones. Una de las originalidades de las compañías capitalistas que contribuyeron a la construcción del canal es que la riqueza que esperan obtener los accionistas no es el conjunto de una producción de bienes de consumo, sino que el producto en dinero que van a obtener será la suma constante e interminable que paguen los barcos utilizadores del canal.

La construcción del canal es como un símbolo, es como la evocación de esas resurrecciones que abundan en los mitos, en las leyendas y en las religiones de Oriente. Aunque el autor no lo menciona, parece estar pensando en una nueva resurrección del Lázaro evangélico. Cuando todo el mundo había olvidado a Egipto, cuando de Egipto ya casi no quedaba otra memoria que la fundación de Alejandría por Alejandro, cuando ya casi no se acordaba el Occidente de su conquista por Salah El Din y cuando no era más que un despojo meridional y lejano del imperio turco, de pronto, Egipto empieza a ser de nuevo protagonista de la historia, gracias a la técnica, al trabajo y al capitalismo; son estos los elementos que hacen que Egipto resucite. Gracias al canal de Suez, Egipto ya no es un lejano país para el Occidente, ya no es un lejano país para el Oriente Extremo. Ahora Egipto se convierte en el centro del mundo civilizado, en el corazón geográfico del planeta, en el país de las realidades que aparecen como un milagro. Ahora Egipto es la confluencia de las fuerzas políticas y económicas de nuestro viejo mundo. Ahora y para siempre, Egipto es un país en el que vuelve a gravitar la historia. A todo ello se refiere José de Castro y Serrano:

El mundo civilizado abre a una vez la boca, de asombro una parte, de duda otra, de ignorancia sobre el asunto, la mayor. –Había muerto el Egipto tantos siglos hacía, que nadie se acordaba de su existencia. Preparáronse, pues, de todos lados narradores, historiadores, poetas, lazarillos, cicerones e intérpretes.³³²

Quizás uno se pregunta cómo es que José de Castro y Serrano pudo escribir su novela sin haber estado en Egipto, y la respuesta es que había leído todo lo antiguo y lo moderno sobre Egipto y sobre el canal de Suez. Esto podría impresionarnos pero no es así porque muchas veces los escritores han ubicado sus obras en países que no conocen y no han visitado. Pero además, y esto es todavía más significativo, ocurre que muchos otros han escrito sobre épocas que no han conocido.

Con todos estos datos y aficiones sobre sí, bástele al narrador de que hablamos que un periodista inteligente y hábil como pocos, conocedor y esforzado como ninguno, le estimulase a intentar un viaje imaginario por Egipto y el canal de Suez, para que, nuevo Cojuelo de nuestros días, se encaramase a la torre de su imaginación y destapase los tejados del acontecimiento. Mediaba formal promesa entre ambos de no revelar a persona humana el

³³² Ibidem, p. 10.

origen de las narraciones que en el periódico *La Época* habían de aparecer como llegadas de Oriente.³³³

El mismo autor de *La novela del Egipto* nos cuenta cómo pudo escribir su novela diciéndonos que al leerla podremos estar tranquilos sobre la autenticidad de los hechos relatados. Divide lo que vamos a leer en esta novela en dos partes diferentes: una parte está formada por un cierto aspecto novelesco de pequeñas anécdotas, de pequeñas aventuras ocasionales y quizá de trozos de conversaciones cotidianas. De otra parte, se tratan los acontecimientos propiamente históricos, acontecimientos que van a pasar a la historia de Egipto e incluso a la historia de la humanidad. Todo esto último se refiere, de una manera directa e indirecta, al canal de Suez y a su apertura. Nos lo garantiza el autor y nos lo asegura a propósito de la condición que asume en su relato de auténtico historiador para que no dudemos y continuemos con la lectura de su novela. Desde luego se lo agradecemos sabiendo que su información, como él lo dice, es fiable.

No hay, por lo tanto, en esta *Novela del Egipto* nada que sea novelesco más que el asunto. Historias y comentarios, episodios y biografías, escenas de costumbres y cuadros locales, todo está cogido de su fuente original, arrancado de árbol indígena, librado en flor de Oriente. –Lo único que el autor no ha hecho es el viaje.³³⁴

V.2 TEMAS DESCRIPTIVO-HISTÓRICOS Y PERSONAJES RELEVANTES

El autor se propone hacernos una descripción del paisaje. En primer lugar se ocupa del desierto, algo muy natural en un europeo. Precisamente, Europa es un continente favorecido por la naturaleza, donde no hay extremos tales como las selvas o los desiertos. En este sentido, una de las cosas que más ha aclarado a los europeos detalles sobre el nacimiento del islam ha sido precisamente el desierto.

Los europeos tienen tendencia a explicar los fenómenos religiosos como consecuencia del ámbito geográfico en el que las religiones nacen. Esta es la razón por la que generalmente en Europa se considera que la religión musulmana, que ha tenido su origen en un país de desiertos como es Arabia, no se haya extendido tan fácilmente por países donde el desierto no abarca la mayor parte de su geografía. Los europeos piensan que la soledad desértica favoreció el genio visionario y místico del profeta que en sus reflexiones y predisposiciones celestiales implementó su mensaje. Por otra parte y extendiéndose a propósito de otros aspectos del paisaje, nuestro autor habla del esplendor del Nilo; es curioso que ahora este esplendor pueda inspirarnos la idea de que precisamente Egipto sea regado por el Nilo. El esplendor vegetal del delta produce en Castro y Serrano un contraste saludablemente fértil de emociones al compararlo con la aridez del desierto descrito anteriormente. Por lo demás, el autor compara los esplendores de Egipto con los de otros

³³³ Ibidem, p. 12.

³³⁴ Ibidem, p. 17.

países para subrayar lo admirable que es este paisaje, hasta ahora nuevo y desconocido para él.

Así las cosas, bueno es recordar lo que es la naturaleza de Egipto. El invierno de este país es el bello ideal de los inviernos: todo lo que se cuenta de Chile parece pálido en comparación de la realidad del Desierto. Él tiene plagas; pero en el invierno desaparecen casi completamente. Ahora, por lo pronto, disfrutamos de la temperatura y esplendor atmosférico de la más tranquila primavera de España. El aire es diáfano, la luna platea con ese descaro de las noches sonoras; el sol muestra su disco entre flores toledanas, cuyas puntas parecen dirigirse a taladrar nuestro pecho: nunca como ahora podría decirse con Quevedo: - “¡Bermejazo! ¡Platero de las cumbres!...” etc.; las aguas del mar son verde-esmeralda; las espumas de la costa blanco-nieve; el suelo de los campos rojo púrpura.³³⁵

En la fiesta del alma y de la reflexión, el autor celebra en una prosa muy florida la navegación por el mar Rojo hacia los lagos Amargos. Nos parece curioso y significativo el nombre de ese mar por el que nuestro autor navega. Es el mar Rojo, llamado así por el color de arcilla que tienen sus riberas. El color que la terminología geográfica atribuye a este mar es aproximadamente el color del desierto, al que imaginamos rojizo y de tinte arcilloso. Y esto nos remite a las consideraciones que ya hemos hecho sobre el desierto. Si el desierto nos hace pensar en el origen del islam, el doble desierto que divisamos a derecha e izquierda durante la navegación de nuestro autor nos hará pensar doblemente no solo en la navegación marítima propiamente dicha sino también en esa otra navegación metafórica que es la de las riberas asiáticas y africanas sobre el camello; así es como se le ha atribuido al profeta Mahoma la autoría de la denominación “el navío del desierto”. Otro aspecto nominal que atrae nuestra atención en la navegación del autor es la marcha o la llegada a los lagos Amargos. Sería curioso saber por qué tienen este nombre. Puede ser porque sus aguas proceden del mar, pero puede ser también porque en ellos se haya producido alguna serie de trágicos naufragios. Todo es posible y nosotros, acompañando con la imaginación al narrador, pensamos que esta primera y gloriosa navegación por el mar Rojo evitará muchos naufragios y muchas tragedias en el porvenir:

La perspectiva del viajero en los Lagos Amargos es imponente y dulce a la vez. Ya no camina por un río artificial; ya no se encajona por los taludes de las trincheras; ya el cielo violado, la arena roja y el agua azul le permiten divisar el Asia y su poético mar, en plena navegación suiza. La tarde que declinaba, el sol que dirigía sus rayos oblicuos sobre las cabezas de los pasajeros sobre los puentes; el ánimo, que se saciaba en admiración de ver cumplida una obra tan inmensa; la luna, que apuntaba su disco en pleno grandor; aquella naturaleza intacta que nosotros roturábamos para hacerla fértil y rica, todo contribuyó sin duda al pensamiento de la nave capitana de hacer la noche en los Lagos Amargos para entrar a la mañana siguiente triunfantes en Suez.³³⁶

También el autor abordó el tema de la salvación del pueblo de Israel con el profeta Moisés, cruzando el mar Rojo y el fin del faraón y sus soldados, que viene a nuestra memoria precisamente ahora que hablamos de tragedias. Nos referimos al texto bíblico en el cual se nos relata cómo Moisés y sus huestes huían de Egipto perseguidos por el Faraón y

³³⁵ Ibidem, p. 260.

³³⁶ Ibidem, pp. 311-312.

sus tropas. Según el libro religioso, Dios operó un milagro para que los hebreos, con Moisés, huyeran hacia Asia al atravesar el mar sin mojarse los pies, mientras que el faraón y su ejército, que los perseguían, quedaran ahogados y exterminados, siempre bajo la mirada de Dios.

Sobre Moisés y el faraón, José de Castro y Serrano apunta lo siguiente: “Por aquí ha ocurrido una gran catástrofe histórico-religiosa apuntada en el Éxodo. Los egipcios han querido derrotar a los israelitas, y Dios ha permitido a Moisés atravesar en seco el mar Rojo, mientras el Faraón y los suyos han perecido bajo sus aguas.”³³⁷

Pero nuestro autor, que escribe en 1870 (es decir, un siglo después del racionalista Siglo de las Luces en el que aparece la mentalidad occidental y europea), no cree en tal milagro, sino que atribuye el hecho histórico a un vaivén periódico y geográficamente normal que inundó a los egipcios ignorantes de esta circunstancia climatológica. Y esto lo señala José de Castro y Serrano diciendo:

Nosotros no somos muy fuertes en ciencias teológicas, e ignoramos si este hecho es un milagro en sí mismo o un milagro en sus consecuencias. Si lo primero, nada tenemos que decir; mas si el milagro consiste en la salvación del pueblo de Dios, como presumimos, he aquí la explicación del hecho.³³⁸

José de Castro y Serrano presume que en la salvación de Moisés no había existido milagro alguno y justifica el hecho:

Moisés, por milagro de Dios, llegó a ese punto en los momentos de sequedad, y ganó la tierra vecina con sus huestes; al paso que Faraón, desconocedor de la gracia, quiso seguir las huellas de su enemigo con las suyas, y pereció con ellas entre las olas. He aquí, salva fida, la explicación de la catástrofe.³³⁹

Pero Castro y Serrano, con su postura, contradice a la versión coránica y bíblica de los hechos de la historia de Moisés con el faraón, ya que El Corán afirma que la salvación de Moisés y sus seguidores del pueblo de Israel es un milagro en sí mismo. Así, en la Sura de “Los Poetas” viene citada la historia de Moisés y el faraón:

Faraón y sus soldados se apresuraron andando tras el pueblo de Israel en el momento en que se levantaba el sol. Cuando los dos bandos se vieron, los compañeros de Moisés dijeron: Faraón y sus soldados nos alcanzarán pronto y será nuestra perdición. Díjoles Moisés: Dios me brinda su asistencia. Yo estoy seguro de su protección. Él me encaminará hacia la salvación. Estas palabras de Moisés tendían a infundirles seguridad para apartar de sus mentes la aterradora idea de que serían alcanzados por Faraón y sus soldados. Entonces inspiramos a Moisés que golpease las aguas del mar con su bastón. Instantáneamente el mar se hendió y dejó doce caminos abiertos, tantos como el número de las tribus del pueblo de Israel. Cada uno de esos caminos era protegido por una muralla de agua tan alta como una gigantesca y sólida montaña. Hicimos avanzar a Faraón y a su gente hasta adentrarse a unos

³³⁷ Ibidem, p. 313.

³³⁸ Ibidem, p. 313.

³³⁹ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 313-314.

pasos detrás de Moisés y su pueblo. Luego volvieron las aguas del mar a su cauce normal ahogando a Faraón y sus soldados, mientras perseguían a los israelitas.³⁴⁰

Lázaro Bardón y Gómez, al narrar también estos acontecimientos, trae a su recuerdo el fatal desenlace del faraón, tragado por el mar Rojo cuando perseguía a Moisés:

A través de aquellas capas de arena y estratificaciones, creían ver mis ojos algunos restos de los carros de guerra y caballos del ejército de Faraón, que hace tres mil años fueron allí sumergidos por las olas del Mar Rojo, que entonces llegaba hasta Ismailia, cuando marchaban en persecución del pueblo de Israel fugitivo, que guiaba Moisés por medio del desierto en busca de la tierra prometida. Mas nada se ha podido encontrar hasta hoy por la fuerza incontrastable de los tiempos.³⁴¹

V.2.1 Las Pirámides, símbolo de la grandeza del antiguo Egipto

La Esfinge y las pirámides no solo han resultado un enigma de tremendas implicaciones por sus anomalías físicas –bloques de hasta doscientas toneladas pueden hallarse en la meseta de Guiza–, sino por cuestiones más formales, como la ausencia de inscripciones de la época de su construcción que ayudasen a entender quiénes las levantaron y por qué. La mayoría de los egiptólogos creen que la Esfinge de Guiza fue construida en el 2500 a.C, en el tiempo del faraón Kefrén, quien es identificado con la segunda pirámide de Guiza debido a la proximidad de la pirámide de Kefrén a la Esfinge (de hecho, está realmente a una distancia de 1700 pies, unos 520 metros), aunque esto no habría probado que los dos monumentos hubieran sido construidos ni como un complejo y ni tan siquiera en la misma época.

Así las cosas, las pirámides y la Esfinge ejercieron una gran fascinación ante el mundo entero durante milenios. Los imponentes monumentos son los únicos considerados por los antiguos como una de las Siete Maravillas del Mundo que han sobrevivido al paso del tiempo. La perfección de las pirámides demuestra el apogeo de una avanzada civilización. Su construcción requería una extraordinaria precisión en el trabajo. La solución de los problemas constructivos denota que los egipcios estudiaron profundamente los materiales con los cuales trabajaron y los principios de la geometría. Demostraron además una sorprendente intuición de las leyes de la estática y del movimiento de fuerzas. No conocemos exactamente cómo se construyeron.

Todo esto nos conduce a intentar descubrir cuál es el verdadero significado de las pirámides, pues, durante el Reino Antiguo, solo los faraones eran objeto de cultos funerarios y sus cuerpos se momificaban para su eterna conservación. Para ellos se construyeron pirámides, y así recibían albergues eternos para su alma, con los lujos y comodidades de su

³⁴⁰ *Al-Muntajab fī tafṣīr ma‘ānī al-Qur‘ān al-Karīm (La Selección en la interpretación del Sagrado Corán)* Árabe y Español, El Cairo, Imprenta del Consejo Superior de Asuntos Islámicos, 2001, Sura “Los Poetas”, número 26, versículos 60 a 66, pp. 606-607.

³⁴¹ Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit., p. 31.

rango. Como moradas eternas de los gobernantes, estas construcciones merecían los sacrificios más supremos en tiempo, materiales y hombres. Esos esfuerzos eran un servicio al rey y constituían las tareas más importantes del estado.

Las pirámides representaron la posibilidad de ascender al cielo, de conectar lo terrenal con lo celestial. La forma piramidal se identificaba con la disposición de los rayos solares. Un antiguo texto religioso dice que el rey usaba los rayos del sol como rampas para subir al cielo. Por la misma vía, descendía la energía solar y su poder benéfico se difundía sobre todo Egipto. La idea de perfección celestial estaba implícita en la forma geoméricamente pura y en su cuidadosa ubicación en relación al universo; la disposición de la pirámide está vinculada con los puntos cardinales y sus ejes coinciden con esas direcciones. El formato de la pirámide estaba también relacionado con los mitos del origen del mundo. La pirámide era la representación de la colina o montaña primordial surgida de las aguas originarias y de la cual, según una doctrina cosmogónica, el dios del sol habría surgido por primera vez. Del mismo modo, el faraón difunto se proponía, partiendo de su monumento fúnebre, proyectarse hacia el cielo y renacer como el sol desde el caos original. El simbolismo de comunicación entre el cielo y la tierra, y el de los mitos de origen, además del formato similar puede conectar las pirámides egipcias con las pirámides americanas o los zigurats mesopotámicos. Sin embargo, la función que cumplían era diferente las egipcias no tenían escaleras porque rechazaban el contacto con los mortales, eran tumbas y no templos como en los otros dos casos.

José de Castro y Serrano no encontró mejor sitio para terminar su obra que delante de las pirámides, ya que, según dice el autor, delante de la gran pirámide el hombre se humilla, el entendimiento se turba y la razón no funciona. La Gran pirámide de Guiza, la mayor, ordenó construirla el faraón de la de la cuarta dinastía del Antiguo Egipto Keops.

Acerca de la gran pirámide de Keops³⁴² reflexiona José de Castro y Serrano, asombrado del avance científico y social de los faraones, que en el breve espacio de la vida humana han sido capaces de construir el monumento más grande e impresionante del mundo. Está fascinado nuestro autor ante el hecho de que en los comienzos de la civilización humana los egipcios hayan sido capaces de construir esos monumentos magníficos, soberbios, empedrados que son las pirámides. A este propósito tenemos que recordar la frase según la cual todas las cosas temen al tiempo pero el tiempo teme a las pirámides. Sin decirlo, nuestro autor considera a los egipcios de hace cuarenta siglos como vencedores del tiempo,

³⁴² “Keops” es el nombre que su dueño le dio a la majestuosa pirámide. Keops, el hijo de Snefru, hizo elevar la más alta pirámide edificada por los egipcios alrededor del 2550 a.C. La altura original era de 146,50 metros (hoy 137 metros), y la base mide 233,70 metros. El enorme esfuerzo del pueblo egipcio por erigir esta tumba a su soberano y dios se evidencia al constatar que está compuesta por más de dos millones de bloques cúbicos, de un metro de lado, de piedra calcárea, cada uno de un peso promedio de 2,5 toneladas. Los obreros debieron de haber estado absolutamente convencidos de que su trabajo les garantizaría una porción de inmortalidad al servir tan fielmente a su rey. En el interior de la pirámide existía una gran galería ascendente que conducía a la sepultura superior, y un pasadizo que conducen a la sepultura intermedia. Esta pirámide contenía tres sepulturas. Teóricamente la tumba del faraón está debajo de la pirámide, pero en ninguna apareció el cuerpo del faraón. En la de Keops solo se encontró el sarcófago vacío. En los alrededores de la pirámide de Keops se descubrió una barca solar que, según la creencia, permitía al Faraón recorrer el cielo en el trayecto nocturno acompañando a Ra, el dios sol.

y si el tiempo lo vence todo es como si afirmara que los antiguos egipcios han vencido a los vencedores. Y lo maravilloso de este logro es que semejante victoria la han conseguido con esos medios faraónicos, por lo que les fue necesaria una capacidad de creación asombrosa. Nos es difícil imaginar cómo los egipcios fueron capaces de crear los instrumentos y las herramientas para extraer la piedra hundida en la roca, cómo pudieron transportar esta piedra y cómo pudieron ordenarla y agruparla para formar esos prodigios de arquitectura geométrica.

Las gloriosas pirámides nos hablan aún hoy de los hombres que las levantaron, nos enseñan su historia, nos cuentan en forma inteligible los progresos que habían hecho en las ciencias y la lucidez de su genio. En definitiva, nos revelan a través de los siglos su vida y sus obras. José de Castro y Serrano ha querido suponer que las pirámides eran no solo monumentos de contenido religioso en cuanto tumbas de los faraones, sino más bien y principalmente construcciones de orden práctico para dominar a las fuerzas de la naturaleza como, por ejemplo, defensas contra inundaciones, contra huracanes, contra tormentas. Estas suposiciones son elucubraciones vanas:

Las Pirámides eran en el antiguo Egipto las tumbas de los reyes y de los magnates. Se ha querido suponer por una escuela crítica utilitaria, si las Pirámides serían monumentos artísticos destinados a contener las arenas del Desierto, o a oponer un dique a las inundaciones del Nilo, o a servir de observatorio y atalayas para estudios o defensas. ¡Vanas quimeras! Las Pirámides son monumentos de grandeza egipcia, como el templo de Salomón era monumento de grandeza babilónica, como las construcciones Elora fueron monumentos de grandeza índica.³⁴³

Otro orientalista, Eduardo Toda y Güell, que visitó Egipto en el año 1885, nos habla sobre las pirámides, que excitan la admiración y el entusiasmo de la siguiente manera:

Cuando se reflexiona acerca de la construcción de las pirámides, no pueda menos de reconocer que los más grandes genios prodigaron en ellas sus combinaciones, los hombres más prácticos emplearon sus esfuerzos, los espíritus más luminosos sus talentos, y la más sabia teoría geométrica apuró todos sus recursos para producir estas maravillas, último término de la industria humana.³⁴⁴

José de Castro y Serrano señaló que la pirámide de Keops es la más grande, la más imponente, la más impresionante. En cuanto a sus dimensiones materiales, es superior a las catedrales góticas y a todos los demás monumentos construidos por los arquitectos de Oriente y de Occidente. Desde que estas pirámides fueron construidas, y de esto hace más de cinco milenios, solamente se ha deteriorado la superficie por obra de los inevitables fenómenos meteorológicos externos, pero la estructura de piedra, que es lo esencial de las pirámides permanece perfectamente intacta. Esto es maravilloso e incomparable en el sentido estricto de que su solidez no admite comparación con la de ninguna otra obra arquitectónica. Y después de haber considerado la existencia de las pirámides desde el punto de vista material, es todavía más interesante y más sobrecogedor lo que se puede decir desde el punto de vista espiritual, mental, anímico. Las pirámides son el resultado del concepto

³⁴³ Ibidem, p. 361.

³⁴⁴ Toda y Güell, Eduardo, *A través del Egipto*, Madrid, Ilustraciones de J. Riudavets, 1889, p. 303.

egipcio de la vida y de la muerte, del tiempo y de la eternidad, del cuerpo y del alma. Para los egipcios la vida humana sobre la tierra era un breve tránsito hacia la vida eterna, duradera para siempre y definitiva. Sin embargo, los egipcios no despreciaban al cuerpo sino que lo consideraban como una residencia del alma inmortal cuya integridad tenía posibilidades de alteración y modificación indeseables para el alma eterna y definitiva. Por esto, la construcción de las pirámides tiene la finalidad de preservar con su inmensa dimensión y con su solidez inquebrantable la integridad del cuerpo ya refugiado en su interior después de la muerte. Se puede decir que un enterramiento egipcio faraónico es la adaptación de dos templos entre sí: el exterior, que es la pirámide, y el interior, que es el cuerpo del cadáver protegido por el otro.

Así, los antiguos egipcios consideraban que la vida terrenal no es nada más que un sueño fugaz y pasajero, mientras que la otra vida, que está en el Oeste —el reino de Osiris, dios de los muertos—, era eterna. De hecho, la filosofía del antiguo Egipto estaba cimentada en la idea de la eternidad y a eso se refiere José de Castro y Serrano:

La teogonía del Egipto estaba cimentada en la idea de la eternidad. El alma del egipcio era eterna, y su cuerpo había de serlo también: por eso se embalsamaban. Un pueblo que tiene por símbolo la eternidad, y que llega en las artes a un alto grado de esplendor, no necesita arañar ninguna idea utilitaria para construir monumentos imperecederos. Los reyes egipcios llamaban a sus palacios posadas, y a sus tumbas mansiones eternas. Ahora se ha leído.³⁴⁵

Arturo Baldasano y Topete, uno de los escritores españoles que visitaron Egipto durante las fiestas de inauguración del canal de Suez, al contemplar las Pirámides, la Esfinge y su contorno desde la cúspide coincidió en su visión con José de Castro y Serrano. Baldasano hace una revisión retrospectiva y recuerda un pasado no demasiado lejano, un hecho histórico que tuvo gran importancia en Europa como es la batalla de las pirámides entre Napoleón y los mamelucos. Precisamente, con ocasión de esta batalla, Napoleón pronunció una frase que históricamente se ha hecho muy célebre. Dirigiéndose a sus tropas, dijo así: “desde las cimas de estas pirámides cuarenta siglos de historia nos contemplan”. Para este autor, de entre el conjunto de las maravillas arquitectónicas que son la gloria del país lo más maravilloso es la esfinge. Y teniendo como admitida la valía artística y religiosa de la creencia de los antiguos egipcios, lo que más nos llama la atención es su impresión material sobre la esfinge. Para él, la esfinge es una roca transformada, y su transformación ha requerido un trabajo, un esfuerzo y una dedicación tan formidables como la construcción de las pirámides:

La incomparable vista que desde allí se disfruta nos dió algún ánimo para contemplar desde aquella extraordinaria altura, admiración de edades pasadas, presentes y venideras, la extensa llanura donde tuvo lugar la famosa batalla de las Pirámides, el Nilo que corre silencioso, el gran desierto a lo lejos, la ciudad, cuyos más altos edificios parecen

³⁴⁵ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 362.

casitas de juguetes. Al Sudoeste, del tamaño de un muñeco, se ve la Esfinge, que es una roca natural a la que se ha dado las formas de aquel animal simbólico.³⁴⁶

Gregorio Andrés y Espala nos cuenta la sensación que tuvo al presentarse ante la gran pirámide de Egipto. Este autor nos da una descripción de su arquitectura y de su estructura. Menciona su dimensión (enorme, puesto que se trata de la gran pirámide), su organización simétrica y geométrica, la longitud de cada una de las líneas de su pase que la limitan, su altura y su asombro ante la colocación de las piedras que fueron necesarias para concluir el enorme edificio. Después de haber expuesto lo grandioso del edificio en su construcción material, este autor, en un resumen espiritualizado al que le lleva la contemplación de la pirámide, emplea unas palabras que no son debidas a lo material ni lo arquitectónico, sino a la influencia de todo esto en su propio espíritu contemplativo:

Cuando se llega al pie de la gran pirámide y se contempla la altura de su cima, la rapidez de su declive, el peso de su asiento, la anchura de su superficie, lo firme de su solidez, la memoria del tiempo que han costado y la idea de que son obra del hombre, se sobrecoge el espíritu de asombro, de terror, de admiración y respeto.³⁴⁷

José de Castro y Serrano, desde la máxima altura de la cúspide de la gran pirámide, hace un llamamiento elocuente a los críticos que se han ocupado de estas gigantescas obras con un criterio solamente material y los incita a que escalen las pirámides porque así comprenderán que el significado de estas no es solamente material, sino que tienen un significado inminentemente trascendente y místicamente religioso. Naturalmente, esta consideración espiritualizada no impide de ninguna manera que pueda dar lugar a una reflexión histórica y práctica. Puesto que toda virtud y toda espiritualidad son perfectamente compatibles con las realizaciones efectivas, el último pensamiento que dedica a las pirámides José de Castro y Serrano está en la frase: “¡Viva la civilización moderna! ¡Viva el canal de Suez!”:

Críticos utilitarios: subid a esta altura, desde donde tanto se distingue con los ojos de la cara y los de la mente, y confesad con nosotros que Cheops elevó este insigne y único monumento de la tierra para que desde su pasmosa torre pudiéramos gritar cinco mil años después de su muerte: -"Viva la civilización moderna! ¡Viva el canal de Suez!"³⁴⁸

³⁴⁶ Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem*, Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1870, p. 125.

³⁴⁷ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., p. 63.

³⁴⁸ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 365.

V.2.2 La Esfinge como testigo del tiempo

Según Théophile Gautier: “Hay dos tipos de exotismo, el primero da el gusto por el desplazamiento en el espacio, la atracción por América, por las mujeres amarillas o verdes. Pero hay un placer más refinado, una corrupción más suprema, es el exotismo a través del tiempo”.³⁴⁹

Este exotismo a través del tiempo al que se refiere Théophile Gautier se nota claramente en *La novela del Egipto* que comenzó José de Castro y Serrano hablando sobre la Esfinge³⁵⁰ como símbolo más completo de la historia milenaria de Egipto, y terminó delante de las pirámides porque estas, junto a la Esfinge, son lo más característico de Egipto y de su historia. La Esfinge, animal real y guardián, protege el acceso al complejo funerario del faraón. Está compuesta por cuerpo y melena de león y cabeza humana. La forma leonina está relacionada con la realeza. El león no solo representaba la fuerza y la ferocidad, sino también el supremo guardián. Los egipcios la llamaban “Horus sobre el horizonte”, o sea, el dios solar en el momento en el que surge, la luz de la mañana en cuanto a manifestación de la resurrección y de la vuelta a la vida.

Lily Litvak, en un estudio sobre el exotismo arqueológico a través del tiempo, afirma que esto era una moda muy común entre los escritores orientalistas del último tercio del siglo XIX. El mejor ejemplo de ello es la obra de José Ramón Mérida, *El Sortilegio de Karnak*.³⁵¹ A medida que avanzaba el siglo XIX, se popularizaron los temas relacionados con las culturas de la antigüedad, como es el caso de la civilización faraónica que fascinó al mundo entero:

El exotismo arqueológico podía satisfacer varios ideales a la vez. Desde luego, tenemos el tema ruïnista, tan caro a aquella época, que veía en él una percepción dolorosa del

³⁴⁹ Gautier, Théophile, *Loin de Paris*, París, Carpentier, 1881, p. 124.

³⁵⁰ En época de la dinastía IV, se esculpió en la meseta de Gizeh un increíble monumento: la Gran Esfinge. Se atribuye al rey Kefrén, aunque algunos autores creen que es obra de Keops, artífice de la Gran pirámide. Al inicio de la historia de Egipto la Esfinge de Gizeh representa la fuerza y la sabiduría del rey faraón fue erigida en tiempos de la dinastía IV, la época más gloriosa del Imperio Antiguo. La Esfinge tiene cuerpo de león y cabeza humana, es uno de los monumentos más llamativos del arte egipcio. Los antiguos egipcios lo denominaban Shesep-ankh, “imagen viviente”, nombre que daban a las estatuas reales. Simbolizaban la idea de fuerza y poder, y generalmente se representaba al faraón bajo esta forma.

En Egipto, desde tiempos predinásticos y posiblemente antes, la figura del león se asoció a los jefes tribales y más tarde a los faraones. El rey era el guardián y protector de su pueblo, al que conducía victorioso al combate contra sus enemigos. Es, por ello, natural que, en el pensamiento de aquellos pueblos primitivos, la figura de este vigoroso y bello animal fuera asimilada al monarca. Por sus características, los egipcios imaginaron el león como un poderoso guardián, y por ello se lo representaba en amuletos, muebles y también en las puertas de los templos, en relieve o esculpido. Asimismo, algunos relieves del Imperio nuevo muestran un león domesticado que acompaña al monarca en las batallas o en ceremonias religiosas. Es muy probable, pues, que la imagen de la esfinge surgiera en la mente de los egipcios como una manera de fundir la belleza y la ferocidad del león con la sabiduría del rey.

³⁵¹ Mérida, José Ramón, y López, Isidoro, *El Sortilegio de Karnak: Novela Arqueologica (1880)*, Madrid, Editorial Medina, 1880.

declinar de las civilizaciones. Pero no es este el tema que nos atañe ahora, sino, por el contrario, el exotismo que intenta revivir el pasado en todo su colorido y movimiento.³⁵²

Así pues, José de Castro y Serrano en *La novela del Egipto* trató temas arqueológicos del antiguo Egipto como la Esfinge de Guiza y las pirámides. La Esfinge se presenta como testigo del tiempo y protectora de los monumentos egipcios más antiguos de la humanidad, las pirámides de Guiza. La Esfinge escribía día a día la historia de Egipto con sus triunfos, alegrías y melancolías, de forma que queda como el único monumento en la tierra que es testigo de la historia de distintas épocas que se extienden en miles de años y cuyo protagonista es el hombre egipcio que se comunicó en distintos idiomas, desde el jeroglífico hasta el árabe; aquel hombre egipcio que cambió su manera de vestir y su religión a lo largo de los tiempos hasta que llegó finalmente a una mezcla inigualable de conjunto de civilizaciones humanas que finalmente forman la identidad egipcia tan arraigada en sus raíces y orígenes.

José de Castro y Serrano comenzó *La novela del Egipto* hablando sobre la figura de la Esfinge, haciéndonos viajar con la imaginación e informándonos de que a Egipto le había llegado su novela; el autor presenta la enorme Esfinge de piedra como representante del pueblo de los faraones y como testigo del tiempo, como si adquiriera una vida corporal el 17 de noviembre de 1869, día de la inauguración del canal de Suez. La Esfinge, desde su posesión, domina toda la tierra de los faraones y observa todo lo que está ocurriendo en la zona del istmo de Suez, informando de que ha presenciado escuadras de navíos europeos y barcos orientales adornados con banderas, así como de que había multitudes de gentes que estaban tocando música y que los asistentes mostraban paz y estaban llenos de alegría en una increíble alternativa de idiomas y razas: árabes, nubios, persas, etíopes y europeos.

El autor parte de la consideración de que todos los seres humanos viven una novela en el sentido de una aventura que les ha ocurrido en sus vidas. Inmediatamente nos habla de una novela en cierto modo semejante a las que hablan de los seres humanos pero mucho más fantástica, mucho más prodigiosa, milagrosa. Ahora, la aventura fantástica no tiene como protagonista a un ser humano, sino a un ser sobrehumano que milagrosamente y porque así lo quiere el autor tiene inesperadamente facultades humanas como son la sorpresa, el asombro y la incomprensión. Este ser, milagrosamente dotado de capacidades humanas porque así lo decide el autor, es la gran Esfinge de Guiza. La Esfinge queda totalmente maravillada al mirar en su entorno y ver lo que ocurre en ese año que para nosotros es el 1869, precisamente cuando tiene lugar la inauguración del canal de Suez por la emperatriz de Francia Eugenia de Montijo. Lo que contempla es una serie de fenómenos para ella completamente nuevos, incomprensibles, increíbles, maravillosos. La Esfinge realiza un acto de confianza a propósito de la sabiduría supuesta de un centenario egipcio, un hombre vulgar pero provisto de humana sabiduría. Esto no la ilumina en su incomprensión. Este viejo egipcio tampoco comprende nada. Y es el acontecimiento al que asisten y que consagra con su presencia la muchacha recién llegada según el viejo y que es la emperatriz

³⁵² Litvak, Lily, "Exotismo arqueológico en la literatura de fines del siglo XIX: 1880-1895", *Anales de Literatura Española*, número 4, Texas, Universidad de Texas (1985), p. 183.

de Francia. Los fuegos de los cañones, la llegada de los innumerables barcos, las infinitas banderas al viento y todos los demás hechos incomprensibles para la Esfinge y para el viejo egipcio son algo muy nuevo y muy importante: es la novela, pero aquí real y efectiva, de la apertura del canal de Suez.

V.2.3 El renacimiento faraónico

En este apartado intentaremos destacar la imagen del Egipto faraónico en *La novela del Egipto* de hecho, José de Castro y Serrano nos traza una imagen interesante sobre la civilización faraónica. El autor se asoma al antiguo Egipto, examina su constitución política y social, estudia sus creencias religiosas y morales, observa sus adelantos científicos, aprende su codificación, recorre su historia y procura analizar su filosofía. Por todo ello, Castro y Serrano nos señala que el origen de Egipto es ignorado y necesariamente permanecerá ignorado a causa de su antigüedad. Esta antigüedad de unos cuarenta siglos le parece al autor de nuestro libro una nebulosa indescifrable. En realidad, esta impresión del autor es comprensible a causa de la circunstancia de la época en la que la escribió, es decir, en pleno siglo XIX. Actualmente, la egiptología resulta más clara. En vista de la oscuridad (egiptológicamente hablando), piensa que la pretensión historiográfica imposible debe ser sustituida por la imaginación, lo que debe resultarle cómodo porque es mucho más fácil ser un novelista que ser un historiador. Al fin y al cabo, su actitud mental se nos revela sincera, y, si algún desliz comete, es desde el punto de vista histórico.

He aquí lo que señala José de Castro y Serrano en *La novela del Egipto* sobre el origen de la civilización faraónica:

Si para las nebulosidades del origen de las historias se ha inventado la noche de los tiempos, para el caos embrionario de la historia de Egipto habría que inventar el narcótico de la creación. Solo en la embriaguez de una fantasía culta se puede concebir el origen de ese pueblo. Las piedras más antiguas que los hombres han hallado hasta ahora, colocadas con artificio y con ciencia por manos de sus semejantes, son las piedras de Egipto; y en esas piedras hay esculpidos datos que atestiguan una ancianidad de cuarenta y dos mil años sobre la memoria de los que presenciaban aquella civilización de que las piedras son vivo monumento.³⁵³

José de Castro y Serrano, en *La novela del Egipto*, nos cuenta que Egipto fue invadido por los hicsos, que permanecieron en el país cerca de cien años, pero los egipcios no se rindieron nunca, sino que en Tebas y en el Alto Egipto había una especie de cueva de Covadonga,³⁵⁴ desde donde los descendientes de la raza faraónica estaban trabajando

³⁵³ Ibidem, p. 21.

³⁵⁴ La batalla de Covadonga tuvo lugar en 722 en Covadonga (España), entre el ejército de Don Pelayo y tropas de Al-Ándalus, que resultaron derrotadas. Esta acción bélica se considera como el arranque de la Reconquista de España. La batalla de Covadonga supuso la primera victoria de un contingente rebelde contra las fuerzas musulmanas y permitió que el reino no volviese a ser atacado. Tuvo una amplia difusión en la historiografía posterior como detonante del establecimiento de una insurrección organizada que desembocaría en la fundación, en principio, del reino independiente de Asturias, y de otros reinos cristianos que culminaría con la

incesantemente para recuperar las glorias de la patria. El líder de esta reconquista era Ahmose I,³⁵⁵ quien originó la décimo octava dinastía y que finalmente acabó por expulsar a los hicsos. Al comienzo del siglo XVI a. C., la denominada dinastía XVII gobernaba en Tebas. Los miembros de esta familia, los reyes Taa I, Taa II, Kamose y Amosis I, llevaron a cabo la guerra que acabó con la expulsión de los hicsos del territorio egipcio. Finalmente, Ahmose I consiguió tomar la capital, Avaris, y expulsar definitivamente a los hicsos de Egipto, aproximadamente hacia 1550 a. C. Ahmose prosiguió la lucha entrando en territorio asiático, lo que le convierte en fundador del Imperio Nuevo de Egipto. Por eso mereció que se le considerara el iniciador de una nueva dinastía, la dinastía XVIII, la más brillante de la historia egipcia, aunque no hubo ruptura de linaje con la dinastía XVII.

El renacimiento presidido por Ahmose I y sus descendientes inmediatos constituye la época más floreciente de la civilización del Egipto faraónico, pues se restablece la institución religiosa y la ley civil se mejora, el arte se reconstruye y se ensancha, la agricultura se propaga y extiende hasta el límite de lo posible; el rey Moeris comienza a canalizar el bajo Egipto y normaliza los riegos después de las inundaciones del Nilo, y se prepara la navegación interoceánica, sueño instintivo de todos los Faraones. El renacimiento faraónico post-hicsos precede al reinado del gran Sesostris Ramses III, llamado Sesostris en la historia legendaria de Egipto, donde completa la obra de sus antepasados con poderoso empuje y fortuna asombrosa. A pesar de la barbarie de los hicsos, no se puede negar que su permanencia en Egipto tuviera un efecto de simbiosis. Es decir, que a pesar de su espíritu destructor abrieron sin proponérselo las puertas de Egipto a civilizaciones circundantes con las que el país faraónico no se había relacionado anteriormente. Como ejemplo de esta apertura podemos hablar de hechos tan importantes como la invasión de Siria por Ramsés II y de sus luchas con los hititas, y después, y en sentido contrario, las conquistas de Egipto por los persas aqueménides. Más tarde se produjo la conquista realizada por los macedonios y griegos bajo el mando de Alejandro Magno.

A este periodo de reconquista faraónica y florecimiento se refiere José de Castro y Serrano en su obra con las siguientes frases:

Su enorme botín afluye a Egipto como nuevo Nilo de oro que va a fecundar las ciencias y las artes, la industria y el comercio de su país. El esplendor llega entonces a su colmo; las más grandes obras se realizan; veinte mil ciudades dicen los historiadores que se levantan; el templo de Karnak recibe los últimos y más maravillosos complementos; se inicia, en fin, la unión del Nilo y del mar Rojo.³⁵⁶

formación del Reino de España. Un viejo dicho asturiano dice “Asturias es España y lo demás tierra conquistada”.

³⁵⁵ José de Castro y Serrano cometió un error histórico en la novela al decir que la batalla de la reconquista era liderada por Amenófis I en vez de Ahmose.

³⁵⁶ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 41.

V.2.4 La decadencia del imperio faraónico

Las civilizaciones, como todas las grandezas de la tierra, tienen un punto culminante desde el cual empieza la decadencia, y la grandeza de Sesostris es inmediatamente seguida de una invasión de etíopes que atacan la base social del edificio antiguo y prepara, tras largas luchas y catástrofes, un bajo imperio faraónico. Así es como las ocho dinastías de reyes extranjeros que constituyen este bajo imperio llegó a durar casi mil años. A este imperio bajo se refiere el escritor.

Nos habla de la decadencia del Egipto faraónico que se resume brevemente en dos factores: la situación geográfica del país, que no tiene defensas naturales, como lo hubieran sido ríos caudalosos o altas cordilleras, y por otra parte, la presencia de ocho dinastías extranjeras, sobreponiéndose y venciendo y sustituyendo a las dinastías faraónicas auténticas. Por lo que se refiere al primero de estos dos factores, podemos decir que una orografía relativamente llana dejaba a Egipto expuesto a invasiones procedentes del oeste y del este. Por el oeste encontramos el desierto libio, una porción del Sáhara que comunica a Egipto con Libia y Trípoli. Por el este Egipto se encuentra expuesto al exterior por el istmo de Suez, territorio relativamente estrecho pero muy expuesto, por su condición de llanura y por su proximidad con el delta, a poderosas invasiones extranjeras. Fue por el este por donde entraron, después de los hicsos, los medos y persas de la dinastía aqueménide, la del gran Ciro y la de sus sucesores Darío I y Cambises. Esta dinastía persa se apoderó de todo Egipto. Esto ocurriría en el siglo VI antes de la era cristiana. Precisamente, Cambises fue el más caracterizado entre los reyes invasores extranjeros en cuanto a su tiranía y a su falta de comprensión con las tradiciones profundamente egipcias del pasado faraónico. Se cuenta como ejemplo de su falta de respeto hacia estas tradiciones el hecho de que Cambises, sintiendo curiosidad por los ritos secretos de la religión tradicional del país, había obligado a los sacerdotes a que le introdujeran en los secretos de los templos, de los que había salido después riéndose y burlándose. Otra gran invasión extranjera fue la que tuvo lugar en el siglo IV antes de la era cristiana procedente de Macedonia y de Grecia. Esta invasión, realizada por un ejército mandado por Alejandro Magno, entró en Egipto tras la victoria de griegos y macedonios contra los persas en la batalla de Isos, y tras la conquista de las ciudades y puertos fenicios de Tiro y Sidón. Con la ocupación de griegos y macedonios de Egipto empezó lo que podemos llamar la helenización de la última fase de la historia antigua de Egipto; no solamente Egipto se helenizó en gran medida (especialmente con la fundación de Alejandría), sino que además Alejandro el conquistador recibió al mismo tiempo la influencia de Egipto. Este hecho tuvo su apogeo en el acto de adoración que Alejandro tributó al dios egipcio Amón Ra, en el templo situado en el extremo noroeste de Egipto. En cierto modo, este acto religioso asimilado por el conquistador greco-macedonio es el prelude de una verdadera faraonización griega, que sería llevada a efecto plenamente por el general macedonio Ptolomeo, nombrado sucesor de Alejandro para Egipto y que se instituyó en faraón y que dio lugar a esa mezcla de Egipto y de los demás países del Oriente del Mediterráneo que se ha llamado “civilización helenística”. De manera histórica y anecdótica, veremos que este helenismo, intensamente desarrollado en Egipto durante la

última fase de la historia decadente de Egipto, duró hasta el reinado de la faraona Cleopatra. Egipto fue invadido, ocupado y asimilado por el imperio romano. Esto ocurre en los primeros comienzos de la era cristiana y en Egipto se produce con una lenta pero inevitable progresión la cristianización del país durante los tres primeros siglos de la era cristiana. Podemos decir que con estos hechos termina el último milenio del Egipto faraónico, termina también la historia del Egipto propiamente dicho y tradicional, dando lugar siglos más tarde a un Egipto nuevo y diferente: el del imperio turco y el del islam. Comenta así el autor:

Ocho dinastías de reyes extranjeros constituyen este bajo imperio, que también dura cerca de mil años como el romano. Durante él se ha verificado el sueño temeroso de la casta sacerdotal egipcia: la tierra de los Faraones no tenía más defensa que su aislamiento: la geografía política no contaba allí con cordilleras de montañas, ni con ríos caudalosos, ni con mares intermedios: el Egipto sería del primero que lo conociese y tratase; por lo cual el sacerdocio había hecho precepto sagrado a la incomunicación y el unipersonalismo, para tener a raya la codicia de los limítrofes y el afán conquistador de los distantes. Todo el peso de las leyes religiosa y civil se había arrojado contra el fantasma pavoroso de la extranjería: el pueblo no trataba a los extranjeros sin saber por qué, pero los sacerdotes lo sabían perfectamente. Cuando otras civilizaciones y otras gentes conocieran el privilegiado país y comprendieran la facilidad de hacerlo suyo, el Egipto desaparecería.³⁵⁷

Bajo el poder de los reyes etíopes, Egipto sufrió luchas intestinas y civiles y se implicó en guerras exteriores por frívolos pretextos. Todo esto precipita la caída de los imperios y entonces es cuando intervendrá Cambises, que gobernaba en Persia y que concluye con la autonomía de Egipto para siempre; unos quinientos años antes de la era cristiana, comenzaba también la larga agonía del otro gran imperio occidental. Desde entonces, Egipto empieza a no ser Egipto, sino otra cosa, un campo de lucha entre orientales y occidentales, una tierra por medio entre el mundo de allá y el mundo de acá, un granero de cereales, un núcleo de trabajadores y soldados, un depósito de riquezas al cual se dirigen las miradas de los pueblos; en una palabra, Egipto se convierte en el más visible objeto de la codicia política de los hombres.

V.2.5 Alejandro Magno y el fin del antiguo Egipto

La conquista de Egipto por Alejandro Magno significó el fin del periodo de la historia antigua y el comienzo de una especie de Edad Media para el Egipto. Alejandro Magno funda la ciudad de Alejandría, que se convierte en la segunda del mundo. Alejandro se convirtió en dueño de Oriente, y ahora pretendía dominar a Egipto para hacerse dueño de Occidente, de manera que en su planteamiento parece cumplirse la famosa expresión: “quien domina a Egipto domina a Oriente y a Occidente”. Pero todos sabemos por los historiadores del emperador que los ejércitos de Alejandro, después de tantas victorias, rechazan seguirle más allá de la India, y cuando vuelve a Babilonia con una enfermedad mortal (aunque todavía estaba en la flor de su vida), muere encomendando su imperio a sus mejores

³⁵⁷ Ibidem, pp. 42-43.

capitanes. Egipto cae entonces bajo la suerte de Ptolomeo Sóter, que funda la dinastía trigésima segunda de los Ptolomeos y que durará trescientos años antes de la era cristiana. Durante estos tres siglos, los Ptolomeos logran desarrollar todo el programa de Alejandro Magno con grandes avances en lo económico y en lo científico, pero no logran constituir un imperio que actúe de intermediario entre Oriente y Occidente.

Eduardo Toda y Güell señala que:

Nadie ignora que la ciudad de Alejandría es de fundación relativamente moderna, con respecto a Memphis, Tebas y otras cuyos nombres suenan a menudo al hablar del antiguo Egipto. Alejandro el Grande, cuando estaba en el apogeo de su gloria, 331 años antes de la era cristiana, echó los cimientos de la que por mucho tiempo fue capital de Egipto, pues si bien antes de aquella época ya existía en el sitio que ocupa Alejandría una población llamada Racotis, no tenía ninguna importancia. Disuelto el Imperio de Alejandro, o mejor, repartido entre sus generales, uno de estos, Ptolomeo Soter se erigió en rey de Egipto, y fue transmitiendo el poder a sus hijos y sucesores hasta treinta años antes de Jesucristo, en que los desvaríos de Cleopatra acabaron con la independencia del reino.³⁵⁸

El gran avance material de Egipto radicaba en la confluencia de civilizaciones extranjeras: griegos, asiáticos, judíos, romanos... Todo cuanto vale en la tierra se reúne allí para aprovechar las escalas entre la India y Europa; en medio de todo esto se genera una vida de relaciones culturales y filosóficas, como las que brillaron en la antigüedad, pero siempre orientadas a la disolución del reino egipcio. A todo esto se refiere el escritor cuando nos habla del ambiente político de Egipto durante los tres últimos siglos. El autor subraya que los nuevos faraones no lo eran a la manera tradicional. En esta época, la monarquía egipcia está impregnada del espíritu helénico, ya que el primer monarca egipcio greco-macedonio fue Ptolomeo I Sóter. El último monarca de la dinastía fue una mujer, Cleopatra VII, conocida generalmente por Cleopatra sin más, que habiendo eclipsado y oscurecido con su fama a los demás monarcas de su dinastía, y a las demás mujeres con su mismo nombre, puso fin a este reinado iniciado por el macedonio Ptolomeo I Sóter. Esto es así porque la personalidad de esta faraona fue de un relieve internacional. Con su belleza, su cultura y su inteligencia influyó incluso en los asuntos de política exterior del naciente imperio romano. De esta forma, Egipto y Cleopatra tuvieron una trascendencia política de alcance mundial para aquella época; me refiero, naturalmente, a Roma. Esto fue posible por las relaciones no solo políticas sino también amorosas de Cleopatra con dos potentados romanos sucesivamente: Julio César y Marco Antonio. Con esto vemos que el Egipto helenizado se convierte en un Egipto romanizado, incluido en el imperio romano pero sin que Egipto abandone las profundas y nuevas influencias culturales griegas. Los dos jefes del ejército romano, y al mismo tiempo de Roma, influyeron personalmente en el transcurrir político de Egipto gracias al atractivo de la seductora faraona. Esta historia sentimental y política terminó con el suicidio de Cleopatra tras la derrota naval de su escuadra, mandada por su amante Marco Antonio en la batalla de Actium contra las naves de Octavio, sobrino de César. Así, quedó consumada la anexión de Egipto a Roma. Los disturbios entre el tradicionalismo político de Egipto y el cristianismo naciente son parte del acontecer

³⁵⁸ Toda y Güell, Eduardo, *A través del Egipto*, ob. cit., pp. 41-42.

histórico de los tres primeros siglos de la era cristiana. Así nos lo recuerda en su novela José de Castro y Serrano:

Desde Sóter, que es el primero, hasta Cleopatra, que fue la última de los Ptolomeos, no hay en Egipto paz religiosa, ni moral, ni civil; no hay más que lucha en los cuerpos y lucha en los espíritus; aquellos por conquistar la riqueza que el tráfico proporcionaba, estos por oponerse, con las transformaciones del politeísmo, a la marcha triunfal del cristianismo que se cernía en los aires.³⁵⁹

Pero la confusión en la que se encontraba el imperio de Alejandro provoca, como siempre ha ocurrido en la historia, la invasión de los vecinos más poderosos; César interviene en Egipto a título de pacificador para imponer orden en la desquiciada monarquía, pero deja la mala levadura de Marco Antonio y Cleopatra, que llevarán al país con sus imprudentes amores a formar una provincia romana en tiempos de Augusto, después de que haya sido mucho antes una tierra independiente, rica y poderosa.

De esta manera, se convirtió Egipto en el granero de Occidente y se le garantizó jugar el papel de la neutralidad política. Para conseguir este fin, los romanos utilizaron el mismo instrumento que empleaba la casta sacerdotal egipcia: leyes contra los extranjeros, leyes contra los poderosos, vida del comercio y de la industria, pero sueño vano de política y de nacionalidad. Entre las redes de estas leyes de extranjería, y entre el acordonamiento de la explotación mercantil, se deslizaba en aquella época la tierra de Egipto; el aire de una nueva moral y de una nueva constitución política, el cristianismo que nació en el propio Oriente y de repente la tierra de los Faraones se convirtió en un semillero de monjes al abrigo de la Ley de Moisés y de la ley de Augusto.

La aparición del cristianismo coincide cronológicamente con la anexión política de Egipto por parte de Roma. Esto último tuvo una gran consecuencia económica derivada principalmente de la producción de trigo en el delta y en las orillas del Nilo. Esta mercancía de exportación tuvo una importancia inmensa puesto que las leyes y costumbres de Roma obligaban a la distribución gratuita de este producto entre el ocioso pueblo romano. No fue el trigo la única mercancía exportada por Egipto sino que hubo otras como expresión de artesanía y de una incipiente industria. Pero en todo este movimiento económico hacia Roma podemos decir que se produjo también la exportación ideológica y religiosa del cristianismo, religión mucho más arraigada en Egipto por serlo pacíficamente que en la Roma de las intransigencias persecutorias.

En efecto, han quedado para la historia los recuerdos de los Ascetas de la Tebaida y de la célebre Santa María Egipciaca, otra egipcia famosa por razones diametralmente opuestas a las que hicieron célebre a Cleopatra. Las dos significan, respectivamente la santidad en la pobreza y la frivolidad en la opulencia. José de Castro y Serrano, en relación a esto, nos recuerda que:

La persecución sangrienta que se ejercía en Roma contra los cristianos fructificaba en los campos de la Tebaida; cada mártir de las catacumbas era una planta fertilizadora para

³⁵⁹ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 49.

el Desierto; la predicación que en Roma ocasionaba la muerte, en Egipto multiplicaba la vida. La ciudad de Alejandro, que Julio César quiso convertir en puerto de embarque para las cosas, es hoy puerto de embarque para las ideas: San Atanasio, primer patriarca de Alejandría, se hace un Faraón, tan poderoso como los antiguos, reasumiendo en sus palabras y en sus obras todos los dioses de los egipcios en el solo y único Dios de los cristianos: el hombre que se convierta en perro puede ya convertirse en ángel.³⁶⁰

V.2.6 La reina Cleopatra y Marco Antonio

La figura de Cleopatra ocupa un lugar preferente dentro del universo iconográfico femenino. En la creación del mito, cuya imagen histórica aparece teñida de una buena dosis de leyenda, han participado activamente los artistas a través de la proyección de sus miradas. La soberana de Egipto ofrece los ingredientes más sabrosos para inspirar y alimentar las inquietudes, los sueños y deseos masculinos. Desde esta perspectiva, el ejercicio del poder por parte de una mujer no podía entenderse sin la utilización consciente de los componentes estereotipados de la feminidad. Cleopatra, como portadora de una rara y exótica belleza, de un desenfrenado apetito sexual y de pasiones extremas, se convierte en la reina de la seducción que arrastra, arrasa y, finalmente, conduce a la muerte a sus amantes. El país del Nilo brinda, además, el escenario perfecto para los enamorados de lo exótico.

La imagen que ha llegado hasta nosotros de Cleopatra se ha ido construyendo culturalmente a lo largo del tiempo. La mítica reina es uno de los personajes más reinventados de la historia. Plutarco la presenta como una mujer culta, dotada para los idiomas y la palabra y, aunque insensata y atolondrada, sumamente calculadora y manipuladora. Según dicen, la belleza de Cleopatra no era tal que deslumbrase o que dejase suspensos a los que la veían; pero su trato tenía un atractivo irresistible y su figura, ayudada de su labia y de una gracia inherente a su conversación, parecía que dejaba clavado un agujón en el ánimo.

El historiador griego también ponía de manifiesto los los prejuicios que definirían los tópicos de la feminidad en su vertiente virulenta, al dotar al personaje de las cualidades necesarias para ejercer una atracción abismal sobre un amante, convertido en pelele sin voluntad: "Siendo este el carácter de Antonio, se le agregó por último mal el amor de Cleopatra, porque despertó o inflamó en él muchos afectos hasta entonces ocultos e inactivos, y si había algo de bueno y saludable con que antes se hubiese contenido, lo borró y destruyó completamente."³⁶¹

Había nacido la encarnación perfecta de la mujer fatal. Cleopatra y Marco Antonio murieron con una semana de diferencia. Él tenía 53 años. Ella, 39. Corría el año treinta a. C. Los dos se decantaron por el suicidio, cuando todas sus opciones de mantenerse en el poder se esfumaban. No tenían otra opción. Era la ley del más fuerte. El romano, derrotado por los

³⁶⁰ Ibidem, p. 51.

³⁶¹ Plutarco, *Vidas paralelas*, volumen IV, Barcelona, Editorial Iberia, 1959, p. 290.

ejércitos de Octavio en una de las tantas guerras por el poder de Roma, eligió clavarse en el estómago su propia espada. De esta manera no perdía un ápice de su honor. La teoría más extendida es que se quitó la vida porque había recibido un mensaje anunciándole la muerte de su amada Cleopatra. La muerte de Cleopatra es el comienzo de la decadencia de una civilización fascinante.

Sin duda, Cleopatra fue el personaje femenino de la antigüedad que inspiró más historias por su belleza exótica, actitudes libertinas y exhibición de aventuras amorosas. No obstante, los autores literarios han sido los más interesados en el mito de Cleopatra, sobre todo como representación de la mujer apasionada. Incluso, se ha llegado a decir que es posible detectar la imagen cambiante que se ha tenido de las mujeres a lo largo de la historia a partir de las creaciones literarias en torno a la reina egipcia.

José Amador de los Ríos, en una carta dirigida a José de Castro y Serrano, hace referencia a los legendarios amores de Cleopatra:

De encanto singular y aire casi legendario ha rodeado usted, en el segundo concepto, a ciertos episodios históricos, bastándome citarle por todos el que trata de los infelices amores de Cleopatra. Inspiráronle este recuerdo las pretendidas Agujas, que guardan en Alejandría el nombre de aquella singular mujer, árbitra un día del Egipto, y dueña después de los destinos del Oriente, en brazos de Marco Antonio. De la pluma de usted han brotado realmente, con esta ocasión, severos rasgos históricos; pero la historia de Cleopatra ha cobrado al par tan peregrino colorido, que no en balde podría decirse que ha entrado, bajo sus vivaces y graciosas pinceladas, en el dominio de las leyendas orientales.³⁶²

En *La Época* viene citado el siguiente comentario:

La representación de la Cleopatra, de Sardou, da actualidad a la interesante figura histórica de la célebre Reina de Egipto, que tan numerosas obras ha inspirado a literatos y artistas de todos los tiempos. El distinguido escritor Sr. Castro y Serrano, al reunir en un volumen aquellas admirables cartas de *La novela del Egipto*, que aparecieron en *La Época* con la complicidad de nuestro inolvidable amigo D. Ignacio José Escobar, primer marqués de Valdeiglesias, cuando se verificó la apertura del canal de Suez, las agrego un notable capítulo sobre Cleopatra, que creemos será leído hoy con verdadero encanto por nuestros lectores.³⁶³

Según señala Pedro Martínez Montálvez en un artículo suyo dedicado a la figura de Castro y Serrano y a su obra *La novela del Egipto*, el autor de esta obra goza de una capacidad evidente al trazar y poner de relieve a los personajes históricos, sobre todo para que la pluma de nuestro autor se haga especialmente amable y sugerente, al pintar los personajes femeninos. Por ejemplo, el quehacer descriptivo de nuestro autor se nota claramente en sus "nostalgias a la reina Cleopatra" cuando lo expone en palabras auténticamente expresivas tratando de poner en relación a dos mujeres que son Eva y Cleopatra, la primera de las cuales representa a la mezcla de religión y de mito y la segunda representa a la historia con ribetes de leyenda. Es un juego, el del autor, para honrar la feminidad utilizando los resortes combinados de la cultura y de la fantasía. El autor

³⁶² *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, sábado 82 de enero de 1871, número VII, p. 110.

³⁶³ *La Época*, Año XLII, domingo 26 de octubre de 1890, p. 1.

considera que con estos ingredientes debemos sentirnos conmovidos por su exaltación literaria.

Sobre el personaje de Cleopatra, señala José de Castro y Serrano que:

Cleopatra no es el nombre de una mujer: Cleopatra es el nombre de la seducción. Hay en la historia dos seducciones que han influido grandemente en la suerte del mundo: la de Eva y la de Cleopatra. La seducción de Eva, sin embargo, fue inocente, candorosa, primitiva, como el Paraíso; la de Cleopatra fue procaz, turbulenta, desgarrada, como el fin de las grandezas del Desierto. Eva fue la primera mujer; Cleopatra, la primera cortesana.³⁶⁴

El autor nos habla sobre la increíble astucia de Cleopatra y de que era capaz de seducir a cualquier hombre, fuese quien fuese y de la forma más inesperada posible. Vemos a Cleopatra como una mujer astuta, hábil, engañosa, que recurre a las estratagemas de la feminidad con un tinte poético y graciosamente divertido. Es la combinación de la inteligencia femenina y del atractivo de su propio sexo. Cleopatra dominaba a la perfección su pasión, de modo que los hombres dueños del poder social como Julio César y Marco Antonio se veían convertidos en esclavos de esta mujer.

Cleopatra sedujo fácilmente a Marco Antonio, pero, tras sus primeros encuentros, él regresó a Roma. Cleopatra era misteriosa y seductora, aunque si dejaba pasar mucho tiempo, él olvidaría sus encantos. Por esa razón, abandonó su usual coquetería y fue en pos de él cuando estaba en una de sus campañas militares. Ella sabía que, una vez que la viera, caería de nuevo bajo su hechizo y la perseguiría.

Julio César arriesga un imperio y Marco Antonio pierde el poder y la vida por Cleopatra. Cleopatra tenía un efecto devastador en cada hombre que se cruzaba en su camino. Octavio, el futuro emperador Augusto, quien derrotaría y destruiría a Marco Antonio, amante de Cleopatra, conocía muy bien su poder, y se defendió siendo siempre muy amable con ella, cortés al extremo, pero sin exhibir nunca la menor emoción, ya fuera interés o disgusto. En otras palabras, la trató como a cualquier otra mujer. Ante esa fachada, ella no pudo seducirlo. Octavio hizo de la antiseducción su defensa contra la mujer más irresistible de la historia. Cleopatra sabía que en realidad no era distinta a cualquier mujer, y de hecho su cara no era particularmente hermosa. Ella hizo saber a César que procedía de grandes reyes y reinas del pasado de Egipto; con Marco Antonio, creó la fantasía de que descendía de la propia Afrodita. Estos hombres retozaban no solo con una mujer tenaz, sino con una especie de diosa. Quizá hoy sea difícil forjar esas asociaciones, pero la gente sigue obteniendo enorme placer de asociar a los demás con algún género de figura fantástica de su infancia.

³⁶⁴ Martínez Montávez, Pedro, “Un Relato de ficción sobre la apertura del canal de Suez”, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid*, Madrid, 1981-1982, p. 88. Véase esta cita en *La novela del Egipto*, p. 105 y véase también la misma cita en un artículo de José de Castro y Serrano titulado “Cleopatra” publicado en el periódico *La Época*, Año XLII, número 13.710, domingo 26 de octubre de 1890. Conviene citar también que José de Castro y Serrano en este mismo artículo elogió con bellísimas palabras a la figura de la última y magnífica reina de los faraones “Cleopatra” diciendo que: “La representación de Cleopatra, de Sardou, da actualidad a la interesante figura histórica de la célebre Reina de Egipto, que tan numerosas obras ha inspirado a literatos y artistas de todos los tiempos.” *La Época*, Año XLII, número 13, 710, domingo 26 de octubre de 1890, p. 1.

Cleopatra indujo a Julio César a hacer un viaje por el Nilo. Al introducirse en Egipto, él se aisló más de Roma, y Cleopatra fue aún más seductora: “Un día quiere cautivar a Julio César, y se le presenta vestida de grumete: otro día pretende cautivar a Marco Antonio, y se le presenta vestida de diosa. En ambas ocasiones consigue su objetivo.”³⁶⁵

De la reina egipcia solo resaltaba su encanto personal, que era presentado en el imaginario antiguo como una hembra que perseguía a los hombres. Cleopatra era una experta en todas las técnicas orientales tanto de la seducción como sexuales. La personalidad seductora de Cleopatra radica en su fuerza de atracción y en la capacidad para cautivar al otro. Su belleza tiene una atracción mística y una enorme influencia mágica, como la de las sirenas que tienen energía sexual en abundancia y saben usarla.

La vista de la hermosa y joven reina deslumbró a todos, al aparecer repentinamente ante ellos como en un sueño. Su intrepidez y teatralidad los asombraron; nadie quedó tan fascinado como Marco Antonio. Durante este viaje de hadas, Cleopatra estaba en la plenitud de su esplendor. Tenía una voz deliciosa, que no podía menos que hechizar a quienes la oían.

Marco Antonio había visto a mujeres intentar todo para mantenerlo bajo su hechizo. Pero nada lo preparó para Cleopatra. Una noche ella le diría que juntos podían hacer resurgir la gloria de Alejandro Magno y gobernar al mundo como dioses. A la noche siguiente lo recibiría ataviada como la diosa Isis, rodeada de la opulencia de su corte. Cleopatra inició a Marco Antonio en los más exquisitos placeres, presentándose como la encarnación del exotismo egipcio. La vida de Marco Antonio con ella era un reto perenne, tan desafiante como la guerra, porque en cuanto creía tenerla asegurada, ella se distanciaba o enojaba, y él debía buscar el modo de recuperar su favor. Cleopatra es una persona que parece volcánicamente apasionada. Asesinado César, Cleopatra volvió la mirada a Marco Antonio, uno de los sucesores de aquél en la conducción de Roma. Marco Antonio adoraba el placer y el espectáculo, y sus gustos eran burdos. Ella apareció ante él primeramente en su barcaza real, y luego le dio de beber y comer, motivos de celebración. Con todo esto perseguía hacerle ver a Marco Antonio la superioridad del modo de vida egipcio sobre el romano, al menos en lo relativo al placer. Se volvió su esclavo por el atractivo de lo exótico.

Aparece el quehacer supremo del escritor en dibujar las escenas sensuales de la reina Cleopatra. Cleopatra es para el autor un pretexto oportunista que le permite hacer esfuerzos fáciles en el que se mezcla la mitología, con una posible realidad histórica que puede muy bien no ser más que el ensueño occidental y decimonónico.

Cleopatra iba sentada en cubierta, caracterizada como la diosa Afrodita, cuyo nombre la multitud coreaba con entusiasmo. Como las demás víctimas de Cleopatra, Marco Antonio tuvo sentimientos encontrados. Los placeres exóticos que ella ofrecía eran difíciles de resistir. Pero también deseó someterla: abatir a esa ilustre y orgullosa mujer y probar su grandeza. Así que se quedó y, como César, cayó lentamente bajo su hechizo. Ella consintió todas sus debilidades: el juego, fiestas estridentes, rituales complejos, lujosos espectáculos.

³⁶⁵ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 105.

Una sola imagen sobrevive de Cleopatra: un perfil apenas visible en una moneda pero contamos con numerosas descripciones escritas de ella. Su rostro era fino y alargado, y su nariz un tanto puntiaguda; su rasgo dominante eran sus ojos, increíblemente grandes. Su poder seductor no residía en su aspecto; a muchas mujeres de Alejandría se las consideraba más hermosas que a ella. Lo que poseía sobre las demás mujeres era la habilidad para entretener a un hombre. Lo mismo Julio César que Marco Antonio, lo que vieron fue una mujer que no cesaba de transformarse ante sus ojos, una mujer espectáculo. Cada día ella se vestía y maquillaba de otra manera, pero siempre conseguía una apariencia realzada, como de diosa. Su voz, de la que hablan todos los autores, era cadenciosa y embriagadora. Sus palabras podían ser banales, pero las pronunciaba con tanta suavidad que los oyentes no recordaban lo que decía, sino cómo lo decía.

Cleopatra, con su encanto y belleza, pudo encarnar las fantasías de Marco Antonio. La hermosura de Cleopatra y su permanente diversión cautivaron a Marco Antonio, que decidió seguirla hasta ahogarse en los mares amorosos de esta faraona de leyenda:

Ella navega tranquilamente, dice, sobre el río Cisnus, que conduce a la ciudad, en una nave cuya popa es de oro, las velas de púrpura y el timón de plata. El movimiento de los remos produce un sonido aflautado que recuerda el consorcio del caramillo y de la lira. Cleopatra, atrevida magníficamente a la manera de Venus, aparece recostada bajo un pabellón de tisú de oro. Hermosos niños en traje de amores rodean a la diosa refrescando su ambiente con pintados abanicos. Bellísimas mujeres vestidas de Nereidas y de Gracias, acuden a la maniobra las unas, al gobernalle las otras. Ambas riberas del río se embalsaman con los perfumes que expide la nave de sus ocultos incensarios; y un pueblo entero, atónito y saturado de benevolencia, acompaña en encantadora procesión el celestial cortejo, murmurando que lo presida Venus misma para glorificación y ventura del Asia.³⁶⁶

Entre las armas seductoras de Cleopatra se encontraban la fuerza retórica, la dulzura de las palabras y el trato amable, con las que superaba la belleza física de cualquiera mujer. Cleopatra poseía esa inteligencia; y si hubiera vivido más, habría seguido siendo una seductora irresistible durante mucho tiempo. La reina Cleopatra estaba preparándose para la vejez, prestando temprana atención a formas más psicológicas y menos físicas de la coquetería, para que siguieran concediéndole poder, una vez que su belleza empezase a declinar.

Casi todos los que conocieron a Cleopatra hicieron referencia a su dulce y deliciosa voz, de calidad hipnotizante. Así fue como Cleopatra influyó en Marco Antonio, un apasionado sensualista. Marco Antonio era de este tipo: adoraba el placer, era muy emotivo y, en lo tocante a las mujeres, le costaba trabajo pensar con claridad. A Cleopatra le fue fácil manipularlo. Una vez que ella se apoderó del control de sus emociones, lo mantuvo permanentemente en sus brazos. El retrato que el autor del libro hace de Cleopatra parece ser una tremenda exageración de las virtudes, cualidades y belleza que pudiera tener esta reina y que son virtudes y bellezas completamente inventadas, porque este escritor no tenía absolutamente ninguna fuente histórica que dijera que Cleopatra poseía semejantes virtudes.

³⁶⁶ Ibidem, pp. 107-108.

A todo lo anteriormente expuesto alude José de Castro y Serrano con las siguientes palabras:

Si Cleopatra, pues, pudo ser resistida por su aspecto, confesemos que era irresistible por su trato. Las gracias de su figura, sostenidas con el encanto de su conversación, con el donaire de sus ideas, con la locuacidad encantadora de su palabra, deslizaban un misterioso agujón, y dice el biógrafo griego, que penetraba hasta lo vivo. Su voz era dulce y armoniosa en extremo; su lengua que manejaba con gran soltura, parecía un instrumento de muchas cuerdas que bajo dedos hábiles se presta a todo linaje de modulaciones; pues a una misma vez, y sin acento extraño, pronunciaba los idiomas de los etíopes, de los trogloditas, de los hebreos, de los árabes, de los sirios, de los partos y de los medos. Ella hablaba en latín con Marco Antonio, y Marco Antonio no podía hablar con ella en egipcio: Marco Antonio, pues, estaba perdido.³⁶⁷

En Alejandría, Marco Antonio permaneció más tiempo del prudencial, impregnándose del ambiente helenístico de la ciudad. Precisamente de esta primera estancia en Egipto han surgido las conocidas anécdotas sobre la vida licenciosa de los amantes, quienes se dedicaban a disfrutar de extraordinarios banquetes, de paseos nocturnos por los barrios alejandrinos y, según se dice, de las orgías. Con tal comportamiento, Marco Antonio se distanció de Roma abandonando por el momento la causa de Oriente, adonde habría ido para preparar el ataque contra los partos y continuar el proyecto cesariano.

El escritor demostró mucha habilidad en su descripción sobre la perdición de Marco Antonio en los laberintos amorosos de Cleopatra:

Y tanta fue la perdición de su ánimo, que olvidándose de lo que pasaba en Roma, olvidándose de lo que pasaba en Oriente, olvidándose de lo que podría pasar en el mundo, Antonio se vio arrastrado a Alejandría por Cleopatra; el juez se convirtió en acusado, el dictador en súbdito, el guerrero en amante, el esposo de la hermana de Octavio en concubino de una infiel. Y al lado de ella desaparece el tiempo en la molicie, el festín sustituye a la batalla, la orgía suplanta al consejo, fasto y lujo ocupan el lugar de los intereses públicos; las noches de Alejandría, en fin, eclipsan a las célebres noches de Roma.³⁶⁸

José de Castro y Serrano habla sobre el arte con el que Cleopatra dominaba y controlaba a Marco Antonio. Existe una anécdota que nos demuestra la superioridad intelectual y social de Cleopatra sobre Marco Antonio y que además nos muestra también la finura, la elegancia y la distinción de esta mujer, en cuanto a la manera de tratar a las personas. Ella hubiera podido demostrarle a Marco Antonio su superioridad mediante el exceso de cultura literaria y filológica que tenía sobre él, pero comprendió que seguramente esa afirmación de superioridad sería más eficaz y definitiva demostrándole también que era superior en un aspecto cualquiera de la actividad cotidiana, y entonces recurrió a herir la vanidad del dictador mediante una trampa ingeniosa y al alcance de cualquier comprensión y de cualquier entendimiento. Ella en lo más plebeyo y cotidiano también era superior a él, tal y como nos describe José de Castro y Serrano:

³⁶⁷ Ibidem, pp. 109-110.

³⁶⁸ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 110.

Cleopatra, adivinando la inocente superchería de su amante, dispuso las cosas de manera que una mañana pescase Antonio delante de toda la corte, no un pez fresco y hermoso como acostumbraba, sino un arenque salado de los que enviaban del Ponto Euxino. El dictador, perplejo ante aquella burla sangrienta, no sabía qué partido tomar, cuando su encantadora amante le dijo: -“General, dejadnos a los habitantes de los lagos y de los ríos la pesca de caña: vos sois cazador de reyes y de pueblos; idos a vuestra caza.”³⁶⁹

Marco Antonio se consideraba a sí mismo como una parte inseparable de Cleopatra y fue fiel a ella, a pesar de que ella era su amante y no su esposa; Antonio perteneció a Cleopatra en vida y en muerte. Un documento que fue enviado a Octavio en Roma era una especie de testamento en el que Marco Antonio no exponía nada sobre la herencia de sus bienes:

Algunos papeles de interés fueron sustraídos a Marco Antonio y enviados a Octavio: entre ellos estaba el testamento del triunviro escrito de su puño, y en él que decía: -“Si por acaso muero en Roma, quiero que mi cadáver sea remitido a Egipto y entregado a Cleopatra.” -Antonio pertenecía a Cleopatra en vida y en muerte.³⁷⁰

En el año 30 a.C ponía fin a su vida, de una manera bastante teatral, Cleopatra VII, la última reina de Egipto. La elección del suicidio y los propios avatares de su existencia convirtieron a esta singular mujer en un mito que se ha mantenido vivo hasta el presente. Cleopatra se transformó en un mito femenino de la pasión amorosa, y se ha tendido a soslayar que tales uniones respondieron a razones políticas y estratégicas, encaminadas a preservar la independencia del Egipto ptolemaico que gobernaba esta mujer.

Cleopatra, acorralada por Octavio en Alejandría, decidió suicidarse como su amante Marco Antonio, antes de que su vencedor la llevara a Roma para exhibirla como un trofeo de guerra. Cuando el 12 de agosto del año 30 a.C. los soldados de Octavio irrumpieron en las estancias de la última reina de Egipto, Cleopatra VII, se encontraron un espectáculo sobrecogedor: la soberana yacía exánime sobre su lecho real, con una de sus doncellas moribunda a sus pies y la otra, a punto de derrumbarse, retocándole la diadema. Los intentos de los soldados para reanimar a la soberana fueron vanos: las tres mujeres acababan de suicidarse. Los soldados vieron en el brazo de Cleopatra dos ligeras punzadas, lo que hizo pensar que había muerto a causa de la mordedura de un áspid. Otros creían que había ingerido algún veneno. Como quiera que fuese, el suicidio resultó una victoria póstuma de Cleopatra: Octavio no podría llevársela viva a Roma y exhibirla de un modo humillante en la procesión triunfal con la que pensaba celebrar su conquista de Egipto. Marco Antonio, el amante de la reina, se había librado del mismo destino suicidándose también unos días antes.

La trágica muerte de la reina Cleopatra fue así: ante las peticiones de Octavio, quien le exigió la entrega de Marco Antonio, ella se negó. No obstante, la reina le preparó una muerte digna, y provocó su suicidio, haciéndole llegar la noticia de que ella se había dado muerte; con ello, Marco Antonio tuvo el valor de clavarse el puñal, tras luchar contra Octavio cuando entró en Egipto. Agonizante, llevaron el cuerpo del antiguo triúnviro al

³⁶⁹ Ibidem, p. 112.

³⁷⁰ Ibidem, p. 113.

mausoleo de Cleopatra, donde se había encerrado con sus tesoros, dispuesta a incendiarlos si Octavio no atendía sus exigencias relacionadas con Egipto y sus hijos.

El escritor nos describe una agradable escena de leyenda, la que fue muerte de Marco Antonio, que se suicidó tras la lección dada por su fiel criado, que también se quitó la vida para enseñarle su fidelidad a Marco Antonio. Pero, ¿hasta qué punto coincide la versión de José de Castro y Serrano de los hechos con la realidad verdadera que efectivamente ocurrió?

Así lo señala José de Castro y Serrano diciendo que:

Antonio tenía un servidor a quien había exigido palabra de que le diera la muerte cuando se lo ordenase: -“Eros, le dijo a este, cumple tu oferta.” -Pero el fiel criado de Marco Antonio, que había desenvainado su espada para herirle, vaciló un momento y se la asestó a su propio corazón. -“¡Generoso Eros! repuso Antonio al verle caer sin vida; ¡tú me enseñas a hacer lo que no he debido mandar a nadie!” -Y se clavó la espada.³⁷¹

Antonio, que no estaba herido de muerte, pidió a sus criados que alguien se ofreciera para acabar con su vida, pero nadie lo hizo. Cuando tuvo noticia de ello, Cleopatra pidió su cuerpo para que fueran enterrados juntos cuando ella muriese. Cleopatra hace todo lo posible por salvar la vida de su amante pero, convencida de que no es posible, se apropia del cadáver del moribundo para morir con él. La muerte de los dos al unísono es la unificación de ambos en la derrota, pero también el alejarse juntos de la vida es la victoria suprema en la nada y en el más allá.

A la escena del suicidio de Marco Antonio dedica José de Castro y Serrano el siguiente fragmento:

Moribundo Marco Antonio, oye la nueva de que Cleopatra vive, y se hace conducir por sus esclavos hasta el pie de la tumba. La puerta está cerrada y no se puede abrir: Cleopatra desde una abertura del muro, por donde se ha comunicado hasta entonces con los de afuera, arroja unos cordones para enlazar el cuerpo de Antonio, y ayudada con infinito trabajo por sus dos mujeres, lo eleva hasta la altura de sus brazos, lo arrastra con un poderoso empuje hasta su propio lecho; y allí destrenzada, delirante, golpeándose su hermoso rostro y sus preciadas formas, tintas las manos en la sangre que brota de la herida de Antonio, le llama su señor, su esposo, su jefe supremo, su luz, su vida.³⁷²

Se trata de que Antonio, cuando va a morir, ha de transmitir dos hermosos mensajes: el primero es rogar a Cleopatra que haga todo lo posible para preservar la vida y la felicidad de los hijos que tienen en común; el segundo es una exaltación patriótica que Antonio formula acordándose de que ante todo sigue considerándose romano y en cierto modo feliz al ser vencido únicamente por otro romano:

Antonio, a quien parece que el arrebatado apasionado de Cleopatra infunde animación milagrosa, procura acallar sus lamentos con palabras de fortaleza y de calma; la ruega que piense en sí, en su salud, en sus hijos, en su trono; la conjura a conformarse con la suerte que a él le deparan los dioses; pues yo, tan poderoso (dice) como el que más de los hombres, no debo acordarme, al terminar mi carrera, más que de los bienes que he disfrutado durante mi

³⁷¹ Ibidem, p. 116.

³⁷² Ibidem, pp. 116-117.

vida, y de no haber sido vencido más que por un romano.” –Diciendo estas palabras, espiró.³⁷³

Qué escena tan impresionante nos pinta José de Castro y Serrano sobre la forma en la que se suicidaron estos amantes. Cleopatra se suicida haciéndose morder por un áspid y su muerte tiene un matiz que pudiéramos llamar mitológico, puesto que la serpiente es un animal mítico en las leyendas orientales e incluso en las tradiciones judeocristianas (véase el Génesis de la Biblia con Eva y la Serpiente). En los momentos que preceden a su muerte, su pensamiento es equivalente al de Marco Antonio, lo que nos indica el profundo acuerdo entre los dos. Ella también se preocupa por el porvenir de sus hijos comunes, al mismo tiempo que, de manera patriótica, se preocupa por el porvenir de Egipto. No puede haber en el suicidio de los dos mayor similitud ni mayor prestigio histórico, como apunta Castro y Serrano: “Desde este momento Cleopatra desfallece dentro de su tumba. Ni los enviados de César, ni las súplicas de sus amigos, ni los ruegos del pueblo consiguen que se establezca comunicación con aquella cárcel de la muerte. Solo se oye de vez en cuando la voz de Cleopatra para pedir a Octavio el trono del Egipto para sus hijos.”³⁷⁴

José de Castro y Serrano posee una enorme creatividad a la hora de ambientar al lector la trágica escena de los últimos momentos de vida de la reina Cleopatra. El enviado de Octavio, es decir, el representante del poder que origina esta múltiple muerte, está de acuerdo con el pensamiento de una de las víctimas, de una de las mujeres que mueren. Tanto los causantes de la muerte como las propias víctimas experimentan el impacto de un significado mitológico e históricamente providencial para aquellos tiempos:

Cleopatra, tan hermosa como en sus mejores días, está muerta sobre un lecho de oro y revestida con su manto real. Una de las mujeres se halla muerta a sus pies; la otra, moribunda, sostiene trabajosamente una diadema sobre sus sienes. Al penetrar el enviado de Octavio, dice entre colérico y burlón: -“¡Bello espectáculo, por vida mía! -¡Muy bello efectivamente (responde la mujer); bello y digno de la que termina tan gloriosa sucesión de reyes!” – Dice, y cae sin vida sobre el cadáver de su ama.³⁷⁵

El escritor, una y otra vez, demuestra su quehacer descriptivo y su elocuencia, al evocar las sombras de Marco Antonio y Cleopatra. El autor de la novela se rinde a los tópicos del romanticismo, cosa que no nos sorprende, pues, como dijimos al principio, es un autor que entronca con este movimiento literario. El tópico romántico en cuestión es la provocación a las posiciones internas del pensamiento, y a las consiguientes contradicciones de su descripción. Habla de la maldición y de la admiración experimentadas al mismo tiempo, ya que son dos reacciones que, según el espíritu de su época, resultan literariamente necesarias. A nosotros nos parece que son un recurso para sorprendernos.

Concluiremos este apartado con las sugerentes palabras de José de Castro y Serrano sobre Marco Antonio y Cleopatra: “¡Sombras de Marco Antonio y de Cleopatra, que vagáis

³⁷³ Ibidem, p. 117.

³⁷⁴ Ibidem, p. 117-118.

³⁷⁵ Ibidem, pp. 119-120.

por estos arenales de Alejandría: nosotros os maldecimos y os admiramos a un tiempo: os maldecimos en nombre del deber; os admiramos en nombre del amor!”³⁷⁶

Así, la ciudad de Alejandría albergaba los mausoleos de personajes extraordinarios, Alejandro Magno y su sucesora, Cleopatra, junto a Marco Antonio. Estos monumentos no han sido localizados, pero la memoria de estos personajes causó tal impacto que veinte siglos más tarde aún siguen siendo objeto de apasionadas versiones históricas, cinematográficas y literarias.

V.2.7 Mohamed Alí, un reformador del Egipto del siglo XIX

Mohamed Alí gobernó Egipto desde 1805 hasta 1849. Este hombre fue elegido por el pueblo egipcio como gobernante a condición de que adoptase la justicia como conducta. Cuando subió al poder, se deshizo de sus rivales, de los mamelucos y del liderazgo popular de los grandes hombres de la religión para gobernar el país por sí mismo. Se interesó por la dirección de los asuntos de estado, desde una perspectiva moderna, económica y administrativa. Mohamed Alí contribuyó a la consolidación y al establecimiento de clases sociales, especialmente la casta de los extranjeros turcos, kurdos, albaneses y armenios, llegando su número a más de 60.000 al final de su reinado, que representó el comienzo de la introducción de los extranjeros en los distintos aspectos de la vida egipcia. Dominó los cargos más importantes e influyó en el curso de los acontecimientos, especialmente en el campo económico, como se narra fielmente durante el reinado de Ismail. Además de la casta de los extranjeros se formó en Egipto una clase social nueva, que era la jerarquía de los militares egipcios, muy influyentes en el curso de los acontecimientos políticos de Egipto, sobre todo a comienzos del reinado de Tawfiq. También contribuyeron positivamente las misiones educativas a Francia, la implantación del sistema civil moderno en la educación, la traducción, la imprenta, las publicaciones y el periodismo. Todo ello participó en la elaboración de una casta de intelectuales y trabajadores en el régimen administrativo y gubernamental; esta casta social de pensadores fue el núcleo de lo que se llamará posteriormente la burguesía egipcia de la época moderna. Mohamed Alí apreciaba Egipto profundamente, y su filosofía se basaba en lo siguiente: “Yo siento que desde que he llegado a esta patria y que he tomado como residencia para mí, no conoceré la comodidad hasta que pueda resucitar este país.”³⁷⁷

La historia moderna de Egipto es tan rica como su historia antigua sin embargo, es bastante menos conocida. El siglo XIX, en particular, es el intervalo de tiempo que marcó la transición entre el Egipto que se podría denominar premoderno (a falta de una mejor

³⁷⁶ Ibidem, p. 120.

³⁷⁷ Zaky, Abdelrahman, *Al-Āiṣ al-Miṣrī fī ‘ahd Muḥammad ‘Ālī Bāšā al-Kabīr (El ejército egipcio en el reinado de Mohamed Ali Bajá el Grande)*, El Cairo, s. i., 1939, p. 616.

categoría), y el Egipto moderno de hoy en día. La clave de esta transformación está en las reformas encaradas por Mohamed Alí y por sus sucesores. Al igual que en otras regiones pertenecientes al Imperio Otomano, y conforme la decadencia de este se incrementaba, el siglo XIX sería el del comienzo del dominio occidental sobre la región, dominación consolidada a la salida de la Primera Guerra Mundial con el establecimiento de los protectorados.

Los otomanos habían conquistado Egipto a principios del siglo XVI y lo habían convertido en provincia del Imperio en 1525. No obstante, el control sobre la nueva provincia se basaría en la incorporación de la élite local, es decir los mamelucos, a las funciones del gobierno. Esta élite mantenía el dominio sobre la tierra, y junto con la clase mercantil, ejercían todo su poder sobre Egipto. Esto determinaría un estatus especial para esta provincia del Imperio Otomano, puesto que dispondría desde el siglo XVIII de una importante autonomía.

Hacia el siglo XIX, esta tradición autonómica confluía con la decadencia cada vez más pronunciada del Imperio Otomano. Ambos factores redundarían en un dominio prácticamente nominal del Imperio Otomano sobre Egipto, siendo el verdadero soberano de la provincia el gobernador. No obstante, la tierra seguía perteneciendo al sultán otomano, quien solo la cedía en usufructo a la élite local egipcia. Esto se convertía cada vez más en una traba para la evolución económica del país y comenzaba a ser necesario transformar profundamente las formas y las relaciones de propiedad. En este contexto social y político, adviene al poder como gobernador de Egipto Mohamed Alí, que fue el gran reformador del siglo XIX.

En 1798 Napoleón invadió Egipto, pero no logró conservar el dominio del país ni ejercer una influencia profunda en Egipto. La invasión francesa provocará indirectamente un cambio de enorme relevancia en la historia moderna de Egipto: abrirá el camino para el advenimiento al poder de Mohamed Alí. El jefe de la operación militar de los ingleses y los otomanos para expulsar a Francia, Mohamed Alí, acabará siendo reconocido en 1805 por el Imperio Otomano como gobernador de Egipto, incluso con poder para hacer heredar el gobierno a sus hijos.

El contacto con Europa planteará para Mohamed Alí la necesidad de emprender un programa reformador y modernizador de Egipto. Mohamed Alí mirará a Europa, y en especial a una Francia, cuyas tropas habían sido evacuadas del país con el auxilio de su espada, para reclamar de ella expertos militares, científicos y tecnócratas a través de quienes creará estructuras militares, sistemas educativos, grandes proyectos de obras públicas y reformas sanitarias a partir de modelos europeos.

De lo que se trata es, por tanto, de un vasto programa reformista, comenzado por él y continuado por sus sucesores dinásticos, que en el transcurso de menos de un siglo transformarán profunda y definitivamente la estructura social y económica de Egipto. En cuanto a las reformas realizadas por Mohamed Alí, ¿cuál fue el contenido de las mismas? Aunque abarcaron diversos terrenos de la sociedad, en favor de la síntesis, baste decir que el

cuerpo central de las reformas encaradas por Mohamed Alí estaba dedicado a transformar el régimen de propiedad de la tierra, es decir, a provocar una transición desde el viejo y tradicional derecho de usufructo que detentaba la élite al establecimiento jurídico y legal de un régimen moderno de la propiedad privada sobre la tierra. Además, se introducirá e intensificará rápidamente el cultivo de algodón, con el fin de exportar este producto, crecientemente demandado por la industria extranjera, concretamente por la británica. La élite se reconvertirá en lo que podría llamarse una burguesía agraria profundamente ligada al capital extranjero, del que dependía para la venta del producto de sus plantaciones.

No obstante, al margen de ser Francia la que ofició de musa inspiradora de las reformas de Mohamed Alí, la gran beneficiada resultaría ser Gran Bretaña, que comenzaba a procurar obtener un incremento de su hegemonía en Asia y África a expensas del Imperio Otomano. Es importante comprender las reformas de Mohamed Alí en este marco, puesto que, si bien respondieron a la misma lógica o necesidad de desarrollo de la sociedad egipcia, fueron detonadas por la presión, activa o pasiva, internacional. Las reformas de Mohamed Alí tuvieron por efecto convertir a Egipto en una plantación algodonera proveedora de la industria británica. Como parte de ello, Mohamed Alí firmó en 1838 un tratado de libre comercio con Gran Bretaña.

En síntesis, el siglo XIX significará para Egipto la modificación de su estructura económica y social, pero también el establecimiento de crecientes lazos de dependencia con Europa, particularmente con Gran Bretaña. En el periodo siguiente, esta dependencia no haría más que incrementarse y ya a finales del mismo siglo XIX es posible afirmar que Gran Bretaña ejercía el gobierno efectivo del país, con la existencia de la monarquía nominal de Ismail Pasha.

La vida de Mohamed Alí Bajá se divide en tres fases: la hazaña del niño cuando demostró su astucia y valentía y pudo obligar al pueblo a pagar el tributo de una forma inteligente; la segunda fase de su vida comienza con la hazaña del hombre en la matanza de los mamelucos; la tercera fase, de la hazaña del viejo, comienza con el dominio de toda la economía agrícola de Egipto en su mano y en el progreso de la enseñanza.

La hazaña del niño es una historia de la adolescencia de Mohamed Alí que tiene un cierto aspecto de leyenda con antecedentes históricos. La gestión del niño Mohamed Alí tiene dos significados. El más evidente, el más exterior, y el más material es la violenta solicitud del dinero debido por el impuesto. Pero aunque pudiéramos dar al comportamiento del adolescente Mohamed Alí una interpretación más elevada y más profunda, se trata de otra posibilidad interpretativa más, según la cual en la solicitud del impuesto dinerario se implica una conciencia religiosa en cuanto a que ese dinero es destinado al sultán, califa de los creyentes, y en lo que podemos ver un trasunto religioso e incluso, extremando estos conceptos, de naturaleza mística.

A la personalidad de Mohamed Alí se refiere José de Castro y Serrano:

En cambio a los quince años, viendo que los habitantes de un pueblo vecino se negaban a pagar los tributos que su padre adoptivo les pedía en nombre del Sultán, tomó seis

hombres y se dirigió a la mezquita del pueblo, mandando buscar mientras rezaba a los principales del país para conferenciar con ellos sobre asuntos de interés. En la mezquita misma los prendió y amarró con la ayuda de sus compañeros, proclamando que se los llevaba hasta que el tributo estuviese satisfecho, y defendiéndose de la multitud, que quería rescatarlos, con la amenaza de cortarles la cabeza si su gente era acometida. El pueblo pagó. Mohamet había demostrado ser astuto y valiente.³⁷⁸

La hazaña del hombre (Mohamed Alí) la describe José de Castro y Serrano así:

El 1 de Marzo de 1811 convida Mehemet-Alí a todos los jefes militares del Cairo, que son casi todos los de Egipto, a una gran fiesta cívica en que debe investirse con las insignias del general uno de sus hijos. La cita es en la Ciudadela, para de allí dirigirse procesionalmente por toda la ciudad en solemne aparato, digno del hombre a quien el Egipto por aclamación y la Puerta por necesidad han elegido virrey. Los delis van delante, los mamelucos los siguen en medio, y los albaneses, con quienes más cuenta el astuto Mehamet, cierran la retaguardia del desfiladero que conduce a la ciudadela. Las puertas de esta se abren para los delis, pero se cierran de improviso para los mamelucos; y un cañonazo que sueña de improviso, sirve de señal para que los albaneses no dejen un mameluco con vida. Allí pereció la flor del feudalismo egipcio; aquella fue la Conserjería del Cairo.³⁷⁹

Lázaro Bardón Gómez nos describe un suceso que ocurrió durante la matanza de los mamelucos; así, tenemos el salto milagroso del mameluco a caballo, que, por cierto, ha tenido lugar en otros países y en otras civilizaciones también. Al Salto del Mameluco señala Lázaro Bardón y Gómez:

A esta parte de la muralla hay un sitio titulado el Salto del Mameluco. Parece que, cuando el degüello de sus compañeros el 1 de Marzo de 1811 por orden de Mohamet Alí, aquel desdichado se precipitó a caballo por amor a la vida desde una altura que no bajará de cincuenta metros: el caballo se hizo piezas, mas el mameluco se salvó, y fue luego indultado.³⁸⁰

Antonio Bernal, durante su visita a la ciudadela de Saladino, nos recuerda el salto del Mameluco Emin Bey: "Antes de salir de la ciudadela me detuve a considerar el salto del mameluco, recordando el sangriento episodio de la tradición para alcanzar el poder de que se valió Mohamed-Alí, haciéndole definitivamente señor del Egipto."³⁸¹

Sobre el famoso asesinato de los mamelucos cometido por Mohamed Alí, nos cuenta Eduardo Toda y Güel en su libro *A través del Egipto* que el único mameluco que se salvó fue Emin Bey:

Solo uno de ellos, el bey Emín pudo salvarse despeñándose con su caballo por una de las brechas de la muralla, y todos los cicerones del Cairo muestran hoy a los viajeros el montón de ruinas existente a la izquierda de la entrada, que conserva el nombre de salto del mameluco. Los saltos maravillosos efectuados por jinetes árabes son conocidos en muchas

³⁷⁸ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 202-203.

³⁷⁹ Ibidem, pp. 203-204.

³⁸⁰ Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit., p. 64.

³⁸¹ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., p. 175.

comarcas y guardados por numerosas tradiciones más o menos fantásticas; pero en el caso presente no cabe dudar de su autenticidad.³⁸²

Lázaro Bardón y Gómez describe una sensación que tuvo durante la celebración del día nacional, en medio del estruendo de los cañones: “pues era día de fiesta nacional. Juro por Mahoma y no en falso, que a no estar tan fogueado, como recientemente lo había sido en Puerto Said, y en Suez, quizá contra mi voluntad me hubiera hecho célebre en aquella tierra imitando el salto del mameluco.”³⁸³

Gregorio Andrés y Espala señala que:

En deliciosa mañana escalamos la fortísima ciudadela erigida por Saladino en el siglo XII, sobre la cumbre del monte Mokatham, y a su proximidad entramos en el pozo donde José fue abandonado por sus hermanos, según la tradición. Llegó luego el turno al palacio de Mohamet Alí, constante morada de sultanes y pachás, actual residencia del príncipe heredero, reconstruido moderadamente al gusto europeo: en las cercanías del palacio, un antiguo harem donde se alojan todos los ministerios. El mayor atractivo de la ciudadela es la gran mezquita bizantina edificada por Saladino, incendiada a principio del siglo y cincuenta años ha en restauración: esta rara mezcla de vulgaridad, sus gallardas cúpulas y esbeltas columnas de finísimo alabastro, no lucen su mérito al lado de techos churruerescamente pintarrajeados de verde y oro; la sala del trono de Mohamed Alí, así llamada por guardar sus restos, tiene magníficas proporciones y rica tapicería, pero el conjunto desmerece por los adornos chabacanos que echan a perder todas las obras emprendidas en tiempos del gran reformador de Egipto en el presente siglo.³⁸⁴

Antonio Bernal, en *Viaje a Oriente. En Egipto*, se refiere a la ciudadela de Saladino en El Cairo:

El-Kal'ah o ciudadela, donde puede decirse que se concentró y aún se concentra el gobierno del Egipto, fue fundada en el siglo XII por el célebre Saladino, Youssuf Salah-Eddin, con palacio de arquitectura árabe, residencia de los Sultanes y Bajás, en el cual existía un magnífico salón cuadrado, sostenida la techumbre por treinta y dos columnas de granito rosa, restos venerables de los antiguos templos, coronadas con capitales faraónicos arrancados de Memphis y retocados al gusto musulmán. La mezquita Kalaum le era contigua, cuyo edificio es hoy un montón de ruinas. Desde el año de 1829, el palacio de Saladino cayó también, para ceder el sitio a la nueva mezquita de Mohamed-Alí, la cual se considera como modelo de la cairina elegancia oriental.³⁸⁵

Antonio Bernal también señala que:

Antes del 1798, fue la ciudadela la residencia del terrible Agá de los fieros genzaros, y donde el 1.º de Marzo de 1811, tuvo lugar el acto sangriento del asesinato de los mamelucos, que libertando al Egipto del anárquico dominio de los Reyes, puso las riendas del gobierno en manos de Mohamed-Alí. Al subir se enseña el espacio fabuloso, nuevo salto de Alvarado, que Emin-Bey salvó con su caballo para escapar de la muerte.³⁸⁶

³⁸² Toda y Güell, Eduardo, *A través del Egipto*, ob. cit., pp. 114-115.

³⁸³ Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit., p. 64.

³⁸⁴ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., p. 58.

³⁸⁵ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., p. 170.

³⁸⁶ *Ibidem*, pp. 170, 171.

De igual forma, Bardón Gómez nos describe detalladamente cómo es la ciudadela de Saladino en El Cairo:

El antiguo palacio de Saladino ha sido reemplazado por el de Mohamed-Alí, preciosamente decorado, que nos fue permitido visitar, por la amabilidad del príncipe que lo ocupa, Tewfik Pachá, heredero presunto del Egipto. Pero entre tanto bueno falta que hablemos aún de la joya más preciada de la ciudadela. Es la mezquita y sepulcro de Mohamed Alí, comenzada en 1829, y concluida veinte años después. La media naranja, y sus dos atrevidos minaretes esbeltos y altísimos, rompiendo el éter, no pueden mirarse sin verdadera alegría del espíritu. ¡Bien hayan las manos que tales maravillas hacen! Todo el edificio es de alabastro bruñido; el pavimento de mármol, alfombrado con tapices de Persia; las paredes interiores y techos, sembrados de oro, y cristales de colores. Los restos del fundador descansan en una lujosa capilla a la derecha de la entrada. Aquí, luego que llegamos a la puerta del grande atrio con su magnífico pozo de abluciones en medio, que hay delante de la mezquita, los árabes hicieron la galantería de ponernos a todos sobre las botas unos escarpines de bayeta encarnada para que pudiésemos pasar sin la molestia de descalzarnos.³⁸⁷

En la época de Mohamed Alí, existía en Egipto una lucha intestina con todos los componentes del pueblo guerrero compuesto de mamelucos, turcos y albaneses. Una vez concluidas estas luchas, ya no quedaba más reino que el del *fellah*, que es, como ya hemos expuesto anteriormente, el que da origen al Egipto faraónico, así que el plan de Mohamed Alí consistía en que acabasen unos contra otros. Pero este es un plan sangriento como lo son también todos los planes civilizadores en sus orígenes filosóficos. A todo ello apunta José de Castro y Serrano:

En Egipto hay que destruir a los turcos con los mamelucos y los albaneses: concluida esta campaña, hay que destruir a los mamelucos, quebrantados ya profundamente por Bonaparte, con los albaneses, entre quienes Mohamed cuenta con los auxiliares más adictos: después exterminaremos a los albaneses, mercenarios y extranjeros al fin; brotando de todo este conjunto de destrucción, el único reinado posible del *fellah*, del egipcio, del árabe faraónico. –He ahí el plan de la emancipación de Mohamed; plan bárbaro y sangriento, aunque solo tan sangriento y tan bárbaro como todos los planes civilizadores en sus orígenes filosóficos.³⁸⁸

En la península árabe apareció un predicador que podría fastidiar los planes de Mohamed Alí. Este hombre, con muchos seguidores, se llamaba Mohamed Ibn Abdelwahaab, y había estado predicado con gran éxito, bajo un lema con tintes proféticos que dice así: “Toda innovación es un error, y todo error conduce al fuego”. Así se sembraron las semillas de un poderoso partido salafista, que chocará completamente contra la idea progresiva de Mohamed Alí. Por esta misma razón, Mohamed Alí hizo frente a los wahabitas que se habían apoderado de Arabia y que amenazaban con hundir de nuevo a Egipto en una mayor barbarie; por todo ello, fue destinado Ibrahim Bajá para acabar con el movimiento wahabí en Arabia:

Un Lutero del mahometismo, Mohamed-Wahab, ha predicado con gran éxito la guerra á toda innovación ni reforma: sustenta los orígenes de la ley en su pureza primitiva y patriarcal, como si fuese posible que la religión se quedase en los campos cuando la

³⁸⁷ Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit., pp. 62-63.

³⁸⁸ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 205-206.

civilización se introduce en las ciudades; y con las palabras del profeta en la boca “Toda innovación es un error, y todo error conduce al fuego”, siembra un partido poderoso que luchará eternamente contra la idea progresiva de Mohamed Alí. Es necesario, por consiguiente, destruir también á los wahabitas, que se han apoderado de la Arabia y que amenazan hundir de nuevo al Egipto en una mayor barbarie: esta es la empresa de Ibrahim.³⁸⁹

El movimiento civilizador de Mohamed Alí, que comprende que ha llegado el tiempo del progreso, comienza primero consigo mismo cuando decidió aprender a leer y a escribir, próximo ya a cumplir los cincuenta años; también obligó a los magnates que le rodeaban a seguir su ejemplo. Mohamed Alí se aprovechó de todos los medios y elementos europeos que se pusieron a su alcance, para emprender la obra de transformación y modernización del pueblo de los faraones. Mohamed Alí comenzó por crear una marina y un ejército nacional con elementos naturales egipcios, y lo hace de una forma tan radical que manda a su hijo Ibrahim, que es bajo de estatura, a formar a las filas de una compañía militar, para aprender los movimientos básicos de la táctica europea. Mohamed Alí estaba interesado en la europeización de Egipto y probablemente de todo el mundo musulmán; este político reformista, al interesarse por la realidad europea, volvía su interés hacia el continente europeo ya que él mismo era europeo de procedencia. Era albanés, y aunque ya sabemos que Albania es un país de mayoría musulmana y que entonces, al igual que Egipto, formaba parte del imperio otomano, no se puede negar que alguna influencia occidental habría podido introducirse disimuladamente de la Albania que le vio nacer; situada como lo estaba en la proximidad de Italia y separada por el estrecho de Otranto del gran imperio austro-húngaro, es factible especular con este tipo de influencia. En cierto modo por sus afanes de reformismo occidentalista, podemos considerar a Mohamed Alí como a un lejano predecesor de Kamal Ata Turk.

No solamente esto, sino que Mohamed Alí planificó nuevas fuentes de ingresos económicos, fomentando así el renacimiento comenzado durante su reinado. Se hizo dueño de toda la tierra de Egipto, que se encontraba en aquel entonces malísimamente explotada, bajo el poder de las mezquitas y de los ulemas. Con este acto de infinita soberbia económica, pudo unirlo todo bajo la ejecución práctica de sus civilizadores designios. Mohamed Alí introdujo el cultivo del algodón y la morera para fomentar la gran industria textil, construyó hornos y fundiciones de hierro, creó un sistema de desagüe del Nilo a través de numerosos canales para fecundar los campos estériles, construyó carreteras y vías fluviales entre los distintos puntos de las comarcas; en resumidas palabras, improvisa y desarrolla con mano guerrera y bríos de conquistador toda la parte material de su campaña regeneradora.

La base del renacimiento en la época de Mohamed Alí era la enseñanza en la instrucción pública:

No contento con esto, tiende su vista a la instrucción popular, y crea academias y escuelas donde se estudie la medicina, la religión, la ciencia en sus elementos y sus

³⁸⁹ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 207.

aplicaciones, el arte militar, las matemáticas, la construcción, todo cuanto oye que se sabe en otros pueblos y que se necesita aprender para fundar Estados donde no existen.³⁹⁰

Mohamed Alí comprende que él mismo no puede realizar toda la transformación de Egipto según lo desea, pero está convencido de que sus descendientes y sucesores lo conseguirán a largo plazo. En el fondo es una extrapolación de la modernidad que en el siglo XVIII tuvo lugar en Europa con el Siglo de las Luces, y que en el siglo XIX se hizo extensiva a gran parte del mundo, como a Rusia y a Japón por ejemplo. Mohamed Alí es un modernizador sin saberlo y un precursor del renacimiento cultural árabe-musulmán de los siglos XIX y XX:

Una especie de fiebre fructificadora se apodera de aquel tronco seco, como la lleva dentro de sí mismo el árbol petrificado que se convierte en carbón de piedra. Mohamed-Alí no sabe nada; pero, lamentándolo, quiere que sus descendientes lo sepan todo. Si después de sus esfuerzos patrióticos logra desprenderse de la Puerta, el Egipto será una de las primeras naciones del mundo. Tal es la empresa del anciano.³⁹¹

Mohamed Alí envió, además, a las personas jóvenes egipcias que encontró mejor preparadas hacia Francia para aprender las ciencias de todo tipo. En la época de Mohamed Alí, se construyeron una gran variedad de edificios grandes, palacios, jardines y fuentes con la ayuda de artistas occidentales venidos de Francia, Grecia, Italia y Armenia. Rifa Al Tahtawi se maravilló de la diversidad que encontró para saciarse de cultura, arte y lenguas, volviendo a Egipto con el estandarte de la divulgación del pensamiento y la cultura europeos. Habiendo observado que la mejor manera de divulgar el saber comenzaba por la enseñanza de lenguas extranjeras, creó la escuela de lenguas para formar generaciones de traductores que pudieran cumplir su papel de traducir y divulgar la cultura europea por Egipto. Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī es considerado como uno de los más importantes promotores del renacimiento moderno de Egipto y se le otorga el reconocimiento de líder del pensamiento revolucionario moderno.

Mohamed Alí se interesó muchísimo por las traducciones en la construcción del renacimiento egipcio, llegando a considerarlas un puente indispensable para la transmisión constante de la cultura europea. Se dice que Mohamed Alí apresuraba tanto el renacimiento egipcio que partió con su espada un libro en tres tercios y lo repartió entre tres traductores para lograr terminar su traducción en menor tiempo. En los años treinta del siglo XIX floreció mucho este movimiento de la traducción por los siguientes motivos: el aumento del número de escuelas privadas, como, por ejemplo, la escuela del Tobgiya y el nombramiento de Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī, como traductor en la misma desde 1833 hasta 1835; la fundación de la escuela de Al-Alsun (las lenguas) en el año 1835 y el nombramiento de Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī como director de la misma. Él mismo escogía los libros para traducir y los repartía entre los alumnos y los graduados que trabajaban como traductores. El propio Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī supervisaba el proceso de la traducción y corregía las erratas. Todo ello hizo que en la escuela de Al-Alsun se produjese un encuentro cultural entre Oriente y Occidente que

³⁹⁰ Ibidem, p. 210.

³⁹¹ Ibidem, p. 210.

reuniese los estudios conocidos en Egipto de la jurisprudencia, la lengua y la literatura que se estudian en Al-Azhar con el estudio de las lenguas extranjeras, las letras, la sintaxis, la narrativa y la historia de Occidente. Y cuando los alumnos adquirían bastante nivel de la cultura occidental, se dedicaban al traslado de estos conocimientos occidentales a los hijos de su patria, sobre todo mediante la traducción de los libros propios a las distintas ciencias, artes e industrias siguiendo el ejemplo del ilustrado jeque Rifā'a Al-Ṭaḥṭāwī.

La escuela de Al-Asun es la que se dedicó a la formación de los traductores. La vuelta a Egipto de los becarios y misiones educativas de egipcios en Europa tuvo un gran efecto en el florecimiento del movimiento de la traducción. El bajá Mohamed Alí requería a los becarios incluso antes de que volvieran a Egipto con el fin de que tradujesen las ciencias que se estudiaban en Francia y después de su vuelta a Egipto no se incorporaran a las funciones gubernamentales hasta que cada uno de ellos fuera capaz de traducir, por lo menos, un libro de la ciencia en la que se estuviera especializando. Tras asumir el cargo de funcionario público, realizaban las labores de la traducción de libros. Además, el bajá Mohamed Alí requería a los becarios para que tradujeran el mayor número de libros dentro y fuera de su especialización, con la finalidad de conseguir el mayor número de traducciones en el tiempo más corto posible.³⁹²

El excesivo interés de Mohamed Alí Bajá en la adquisición del conocimiento europeo hizo a veces encerrar a los traductores dentro de las murallas de la ciudadela: no les permitía abandonarla hasta que terminasen la traducción encomendada, y, una vez traducidos, se enviaban a la imprenta para que se convirtiesen en libros para los alumnos de las escuelas egipcias.³⁹³

A comienzos de los años sesenta, en el año 1863, el jedive Ismail estableció un centro para la traducción y nombró a Rifā'a Al-Ṭaḥṭāwī como responsable del centro con la finalidad de traducir las normativas de las cuestiones propias de la arqueología egipcia. Así, Abdullah Abu Masoud tradujo el libro de Augusto Marriete, *Historia de los antiguos egipcios*. En los años setenta, por la divulgación de la enseñanza, por dar mucha importancia a la enseñanza de las lenguas extranjeras, por la generalización de las asociaciones científicas, así como por el florecimiento del periodismo y el apoyo del jedive al movimiento cultural y por su perfeccionismo, Ismail decidió aumentar el número de estudiantes egipcios enviados a Europa.

Asimismo, aumentó el número de escuelas europeas en Egipto, en las que las lenguas extranjeras, como el francés y el inglés, se estudiase, dado su empeño en conseguir que Egipto fuese como una zona extensible de Europa. Todo ello condujo al florecimiento del movimiento de la traducción y la publicación, llegando por aquel entonces a quinientos

³⁹² Ibrahim Nosir, Aida, *Ḥaraka našr al-kutub fī Miṣr fī l-qarn al-tāsi' 'ašr* (El movimiento de publicación de libros en Egipto en el siglo XIX), El Cairo, La Autoridad Egipcia Pública del Libro, 1994, p. 448.

³⁹³ Fouad Shokry, Mohamed, y otros, *Bena'a doulah Miṣr Muḥammad 'Ālī* (La construcción del estado egipcio de Mohamed Alí), El Cairo, Editorial Casa del Pensamiento Árabe, 1948, p. 687.

noventa y siete el número de libros publicados y, de entre ellos, noventa y cinco libros traducidos.

A principios de los años ochenta se reactivó nuevamente la escuela de Al-*Alsun* y en el año 1878 se fundó una oficina de traducción y redacción que estuvo presidida por Adib Isaac y luego por Mostafá Redwan. Esto hizo que aumentase el número de los libros traducidos a ciento diez, entre ellos cuarenta y cinco del francés y cuarenta y cuatro del inglés.³⁹⁴

Se hace evidente que el movimiento de la traducción en Egipto en aquella época era un instrumento muy eficaz para el renacimiento árabe y sobre todo para afrontar la difusión de la cultura europea, aprovechando sus experiencias civilizadoras en las distintas ramas de las ciencias, como la medicina, las matemáticas, la astronomía, la química, la filosofía, la ingeniería y las ciencias políticas.

En la época de Mohamed Alí, la traducción era un intento de encontrar respuesta a la pregunta ¿por qué Occidente ha avanzado tanto y nosotros nos hemos quedado tan atrasados? Insisto, la traducción era un instrumento importante en el programa del renacimiento egipcio. La escuela de Al-*Alsun* se dedicó a la traducción de los más de mil libros en las distintas ramas de las ciencias bajo la supervisión de Rifā‘a Al-*Ṭaḥṭāwī*.

V.2.8 El jedive Ismail y su papel en la vida egipcia del siglo XIX

El jedive Ismail nació en 1830 y murió en 1995. Gobernó Egipto desde 1863 hasta 1879. Aprendió la lengua francesa e ingresó en la escuela militar egipcia de París en el año 1845. Luego completó sus estudios militares en la Facultad Militar de San More y cuando asumió Abbas Bajá el poder abandonó Egipto y se fue a Asitana, donde le nombró el Sultán Abdelmeguid miembro en el Consejo de Gobierno del Estado Otomano y le otorgó el bajalato; regresó a Egipto después de la muerte de Abbas para gozar del patrocinio de su tío Said Bajá, que le nombró Jefe del Consejo Judicial, la gran autoridad judicial en Egipto. El jedive Ismail se interesó por el renacimiento de Egipto incluso antes de que llegara al poder, así que ejecutó reformas en el sistema judicial con la creación de los Tribunales Mixtos en el año 1862.

El jedive Ismail creía en lo que creía su abuelo Mohamed Alí acerca de las grandezas egipcias gracias a sus hijos. Se interesó por el ejército egipcio hasta que este llegó a ser más fuerte que el propio ejército del Sultanato Otomano. Ismail ha proporcionado a Egipto una personalidad nacional e independiente, sea dentro o fuera del país y esto hizo que

³⁹⁴ Ibrahim Nosir, Aida, *Ḥaraka našr al-kutub fī Mišr fī l-qarn al-tāsi‘ ‘ašr* (El movimiento de publicación de libros en Egipto en el siglo XIX), ob. cit., p. 267-269.

algunos historiadores le considerasen el creador de la nación y el iniciador del nacionalismo egipcio al fomentar su independencia.³⁹⁵

Se benefició Ismail de la experiencia renacentista de su abuelo Mohamed Alí, pues no comenzó con la constitución de las fuerzas militares, sino con la construcción del estado moderno. Por ello, no se interesó por la espada de Al Moez, sino por su oro, por lo que en sus inicios se presentó como un hombre progresista y de paz. El jedive Ismail era un virrey ilustrado, recibió su educación en Francia en el año 1844 y conoció el valor de las misiones educativas y su influencia en el renacimiento cultural en general y en el renacimiento educativo en particular.

En resumidas palabras, cuando el jedive Ismail se hizo con el poder en 1863, se interesó por la unión de Egipto con la civilización occidental. La causa de su interés por las manifestaciones culturales occidentales en lo que concierne a la cultura y el arte se debía a su formación y cultura francesas. Permitió el acceso a Egipto del pensamiento, la cultura y el arte europeos. El estado fomentó estas actividades y su expansión construyendo teatros, óperas y conservatorios para la enseñanza de todo tipo de arte.

Es curioso que el jedive Ismail construyera suntuosos palacios en El Cairo, en Alejandría, en El Mansoura y en Minia aunque, a pesar de la grandiosidad de su apariencia exterior, estos estaban faltos de la exquisitez y del refinamiento que corresponderían a su aspecto interior. La imposición por parte del jedive Ismail de la defensa de la europeización acabó "con el derribo de las construcciones musulmanas, como edificios y mezquitas, con la intención de construir en su lugar avenidas con grandes almacenes como las avenidas de París".³⁹⁶

Así pues, fue en esta época cuando se levantaron en El Cairo y en Alejandría monumentos como las magníficas estatuas de bronce de Mohamed Alí, del rajá Sulaimán y del rajá Lazughli, y las cuatro estatuas de leones en las dos entradas de cobre del palacio del Nilo, que fueron encargadas al artista francés Koirdier. También, en la época del jedive Ismail se inauguró el canal de Suez en el año 1869, y se construyeron los magníficos palacios al estilo europeo destinados a acoger a los reyes y a los gobernantes que llegaban a estos territorios provenientes de todas las partes del mundo.

En realidad, exponer los logros del jedive Ismail es un asunto bastante difícil para una investigación no centrada solamente en la historia como es esta, por eso intentaré al menos arrojar luz sobre algunos aspectos de su vida y cuáles fueron sus notables aportaciones a la nación egipcia, como las que a continuación se detallan: la cancelación del trabajo forzado y el tráfico de esclavos. Los virreyes de Egipto trabajaron en el tráfico de esclavos y se dice que Mohamed Alí conquistó Sudán por esta razón. A pesar de que Mohamed Said Bajá prohibió el comercio de esclavos y aleccionó a sus grandes funcionarios para que no utilizaran el látigo, por consentir la utilización del trabajo forzado

³⁹⁵ Soliman Mohamed El Sahm, Samy, *Al-Ta'lim wa-l-tağyir al-iṭtimā'ī fī l-qarn al-tāsi' 'ašr (La enseñanza y el cambio social en Egipto en el siglo XIX)*, El Cairo, La Autoridad Egipcia Pública del Libro, 2000, p. 83.

³⁹⁶ Al-Taḥṭāwī, Rifā'a, *Taljīs al Ibriz fī masalik Parīs*, El Cairo, s. i., sin año, p. 213.

en la excavación del canal se le considera un fomentador de la esclavitud de aquellos tiempos.

En el primer día de su virreinato Ismail pidió que se firmara un documento, con la cancelación de los trabajos forzados y en el que se declaró lo siguiente:

Este es un sentido pensamiento de los significados de la justicia y la libertad; quiero dedicar todos mis esfuerzos a evitar que la diferencia de color no convierta el ser humano en un artículo que se pueda vender ni comprar, porque ya ha llegado el tiempo en el que todos entiendan que la vida y la libertad de los seres humanos son sagradas.³⁹⁷

El jedive Ismail contribuyó positivamente al desarrollo de la enseñanza en Egipto y a esta contribución positiva se refiere Samy Soliman en un estudio sobre la época de Ismail, destacando que:

En cuanto a la mejora de la enseñanza en la época del *Khedive* Ismail, durante su reinado el presupuesto dedicado a la educación se multiplicó de 6.000 a 80.000 libras, fundándose en la misma época y por primera vez en Egipto las escuelas para las chicas. El cónsul inglés en Alejandría señala en su informe del año 1867 que en el año 1863 no había en Egipto nada más que 185 escuelas, pero en el año 1875 llegaron a 4685 escuelas, que admitieron a 111.803 estudiantes egipcios. En pocos años y con recursos muy limitados el *Khedive* hizo muchas obras y construcciones que deberían haberse espaciado muchos más años, sobre todo porque requieren gastos enormes que son agotadores para cualquiera nación por muy rica que esta sea.³⁹⁸

El jedive Ismail nos hace ver lo que hay en la vida normal y habitual del Egipto de su época, una propensión a la sucesión familiar de los cargos que nos permite realizar la reflexión siguiente: primeramente y a propósito de nuestra idea, hay que decir que la forma de acceder al poder para los que gobiernan en esa época y en ese país está teñida de inmoralidad. Se trata de atender a los intereses públicos dando a estos menos importancia que a los intereses privados de su propia familia. Pero también podemos considerar este hecho desde un punto de vista no ya moral, sino político. Podemos considerar que esta sucesión en el poder en el que asciende a la condición de jedive el nieto del célebre Mohamed Alí es como una tentativa de instaurar en Egipto una monarquía soberana independiente de Turquía. Esto es así porque la principal característica del poder político en la época, tanto en Oriente como en Occidente, es la concentración de todo el poder en las familias reinantes, mediante el mecanismo disfuncional de la sucesión familiar. Podemos considerar que es una primera tentativa de la transformación de la condición de jedive o virrey en lo que en un futuro no muy lejano llegaría a ser la monarquía independiente de Egipto.

José de Castro y Serrano hace la siguiente descripción exacta del virrey de Egipto, el jedive Ismail: “Ismail-Pachá, que reina en Egipto desde fines de 1862, es un hombre joven

³⁹⁷ Tager, Jac, y Gendi, Jorge, *'Ismā'īl ka-mā tašawwuru-hu al-waṭā'iq* (Ismail como figura en los documentos), El Cairo, Editorial Casa de los Libros, 1945, p. 106.

³⁹⁸ Soliman Mohamed El Sahn, Samy, *Al-Ta'lim wa-l-taḡyīr al-iḡtimā'ī fī l-qarn al-tāsi' 'ašr* (La enseñanza y el cambio social en Egipto en el siglo XIX), ob. cit., p. 91.

todavía, pequeño de cuerpo, de anchas espaldas, barba castaña, casi rubia, mirada inteligente y condición exterior viril.”³⁹⁹

Añade Castro y Serrano lo siguiente sobre el personaje del jedive:

Ismail-Pachá, de quien hemos de hablar más extensamente en otra ocasión, es el occidental más oriental que hay en Oriente. Este joven príncipe, que aparece a la cabeza del partido reformador de Turquía; que conoce y aprecia la Europa perfectamente; que se rodea de una corte casi extranjera; que varía la sucesión indirecta del bajalato y adopta por sucesor a su propio hijo; que rompe el istmo de Suez; que pone celos y cuidados al sultán de Constantinopla; que se hace *Khedive* y aspira a ser rey independiente; este príncipe, decimos, es, sin embargo, un príncipe oriental, un príncipe turco, casi un príncipe mahometano.⁴⁰⁰

El autor nos habla del personaje del jedive Ismail en dos fases. La primera es relativa a su aspecto físico: es bajo de estatura, ancho de espaldas, fuerte, nos hace suponer que rápido de movimientos, ágil, de buena salud. En la segunda fase nos habla de su aspecto moral o espiritual; es en este apartado, así como en sus consideraciones políticas (una mezcla de Oriente y Occidente), donde reside su interés. Se dice de él, de forma explícita, que ama a su familia a la manera europea pero que tiene con ella un trato basado en las costumbres orientales. Incluso con su hijo predilecto, que le va a suceder en el cargo, procura ser prudente y observarlo desde lejos.

Así, José de Castro y Serrano nos habla sobre el carácter del jedive Ismail de la siguiente manera:

Es duro y tenaz hasta el momento en que la prudencia le aconseja ceder; pide siempre mucho para contestarse luego con lo que es posible; ama á los suyos a la europea, y desconfía de ellos mismos a la turca: su casa, que parece abierta para todo el mundo, es impenetrable en su interior; y por último, ese hijo de quien está prendado y que ha de sucederle, vive muy separado de él, como sus servidores, como sus amigos, como sus mujeres.⁴⁰¹

El año 1863 fue un año importante en la historia de Egipto, pues, es el año en que el jedive Ismail subió al poder, concretamente en el 18 de enero de 1863, y desde aquel día decidió otorgar a Egipto un carácter moderno, especialmente a El Cairo, donde podemos observar sus huellas claras hasta hoy en día; el jedive Ismail es el primer gobernador desde hace nueve siglos que se compromete con un proyecto general para modernizar la ciudad de El Cairo con la finalidad de completar la gran empresa comenzada por su abuelo, Mohamed Alí Bajá. Todas las circunstancias estaban listas para favorecer este ambicioso proyecto, ya que el florecimiento económico de Egipto en aquel entonces se vio favorecido por la elevación repentina en los precios del algodón y por la ejecución del proyecto del canal de Suez; ambas razones otorgaron a Egipto más interés europeo y más recursos que beneficiaron a Ismail políticamente en la consolidación de la idea de la independencia de la Sublime Puerta, hasta que se proclamó jedive el 8 de junio de 1867. Ismail gastó

³⁹⁹ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 194.

⁴⁰⁰ *Ibidem*, pp. 195-196.

⁴⁰¹ *Ibidem*, p. 196.

profusamente en mejorar varios aspectos del estado moderno, que llegaron a su clímax con las celebraciones míticas de la apertura del canal de Suez, el 17 de noviembre de 1869.

La modernización de El Cairo para Ismail era un símbolo representativo del avance civilizatorio de Egipto, y una encarnación de su deseo de que Occidente mirase El Cairo como una capital a la europea, dependiente de un estado moderno establecido a las orillas del Nilo y que se extiende desde Alejandría hasta Khartoum. De hecho, la modernización arquitectónica de El Cairo era un objetivo primordial para el jedive Ismail y podemos decir que la construcción del Cairo moderno estaba en sintonía con la exposición de París, que se inauguraba al mismo tiempo que el canal de Suez. El jedive Ismail aceptó la invitación del emperador Napoleón III para la participación en la exposición de París con la finalidad de consolidar la posición de Egipto entre los países del mundo y fortalecer su prestigio personal ante las monarquías europeas.

El pabellón egipcio tomó la forma de una ciudad nueva de estilo europeo, y se preparó su fachada exterior apresuradamente junto a los barrios de El Cairo antiguo, integrado con los jardines públicos, el teatro, una Casa de la Ópera, una maqueta del templo de Filae, un mercado oriental y un hotel al estilo árabe, además de otras cosas que representan el carácter de la vida en Egipto.

Viajó Ismail Bajá a París el 15 de junio de 1867, acompañado con un gran séquito, y el día siguiente de su llegada inauguró el pabellón egipcio; estaba en su recepción Haussmann y al mediodía visitó el bosque de Polonia y los jardines de Shan du mars... y quizás durante el encuentro pensó el jedive en transformar la zona del Esbekiyeh en jardines públicos al estilo francés. El jedive, durante su visita a París, se encontró varias veces con Haussmann, visitó las distintas zonas importantes de París y también sus monumentos históricos. Durante aquella visita los periódicos franceses registraron la admiración de Ismail por la nueva planificación de la ciudad de París y acabaron incitando al jedive para replanificar y desarrollar la nueva ciudad de El Cairo.

Volvió Ismail Bajá a Egipto después de una corta estancia en Constantinopla, donde le fue concedido por la Sublime Puerta el título de jedive. Este título era ambicionado por Ismail desde hacía mucho tiempo. Después de lo que había visto en París, volvió a Egipto con la esperanza y la intención de modernizar El Cairo para que la ciudad fuera digna de ser la capital de Egipto y así poder competir con las bellas ciudades europeas de París o Londres.

El Cairo se divide en dos, según señala el historiador francés Henry Pieron:

Hay que conservar la parte más antigua de la ciudad para aclarar a las generaciones venideras cómo fue la ciudad de los califas antes de que se construyera a su lado una importante colonia cosmopolita separada completamente del barrio de la población civil... existen dos ciudades de El Cairo: la ciudad moderna que es el más atractiva y la ciudad antigua que parece estar destinada a que sea larga su agonía y no se reaviva nunca, porque es

capaz de luchar en contra del desarrollo y de sus consecuencias una de ellas es El Cairo de los artistas y la otra es para los partidarios de la salud pública y de la modernización!⁴⁰²

Este fue el periodo más glorioso de construcción en la capital de Egipto. Desde entonces creció El Cairo mameluco y se construyó una infraestructura elemental nueva entre la parte norte y oeste de la ciudad. Su entrada era la estación de ferrocarriles del Cairo y se dedicaron muchos terrenos para todos los que desearan construir al estilo europeo. Con la llegada del año 1869 se fue avanzado bastante en la planificación de los nuevos barrios donde se construyeron carreteras y calles anchas. Se concluyó con la construcción del nuevo barrio de Ismailia y dedicó el jedive los terrenos de este barrio para los príncipes y ricos de la ciudad, solo con la condición de construir grandes mansiones rodeadas por jardines. En cuanto a los planes que se dedicaron para el desarrollo de los barrios de El Cairo antiguo, no se desarrollaron completamente y este se quedó durante muchos años sin que se realizaran en él grandes cambios.

Se convocaron las celebraciones míticas que eternizaron la inauguración del canal de Suez, empezando estas el 17 de noviembre de 1869 y terminando a finales de diciembre del 1869; este periodo representa el mayor auge del reinado de Ismail. Durante el mismo, El Cairo se convirtió en la meca de los europeos (no solamente de los reyes y príncipes sino también de los excursionistas, viajeros, literatos, arqueólogos, periodistas, poetas, fotógrafos y artistas de todo el mundo).

Los invitados del jedive recorrieron las calles de El Cairo, subieron a las pirámides y disfrutaron muchísimo con todo lo que presenciaron. El jedive Ismail es como la encarnación o representación de lo que podemos llamar el progreso. Procuraba imitar a todo lo europeo indiscriminadamente, es decir, que lo que le interesaba del ejemplo europeo era principalmente lo que llamaríamos el coeficiente técnico:

Véase, pues, que existen en Egipto elementos sobrados para constituir dos partidos inconciliables: el partido de la inmovilidad, que se acoge a la tradición, y el partido del adelanto, que empuña la bandera del movimiento. Ismail, que se halla al frente de este último, no cuenta para dirigirlo con otras huestes que la docena de egipcios educados en Europa, de cuya ilustración ha sabido aprovecharse, al margen de las simpatías de los pueblos y gobiernos occidentales, que le impulsan a seguir por el camino del progreso.⁴⁰³

Indudablemente, Ismail procuraba introducir en Egipto, siempre que fuera posible, los adelantos técnicos y civilizadores de Europa, como, por ejemplo, la construcción de edificios, el ferrocarril, las carreteras, el teléfono, y probablemente incluso la fotografía. Pero todo esto implicaba cambios inevitables que provocaban el rechazo de los sectores más conservadores. Muy acertadamente, el autor que ahora nos ocupa dice que los egipcios partidarios de este progreso eran muy escasos. La mayor parte de la población comprendía que la introducción de los adelantos técnicos mencionados en Egipto significaría también cambios inevitables en la mentalidad de la población.

⁴⁰² Abdo Alí, Arafa, *Al-Qāhira fī 'asr 'Ismā'īl Al Kahira fī Asr Ismail (El Cairo en la época de Ismail)*, El Cairo, Editorial La Casa Egipcio-Libanesa, 1998, p. 36.

⁴⁰³ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 210-211.

También José de Castro y Serrano nos habla de una cierta duplicidad de perfiles en el personaje de Ismail, lo cual era inevitable, sobre todo en una civilización incómoda en cuanto a la renuncia del país a su propia historia y a su propio ser, debido a los progresos técnicos que de Occidente le llegaban. Esta contradicción no solamente de un país entero, sino también de su población, que empezaba a percibir sus tradiciones como un atraso, pero que no podía renegar de ellas, le planteaba un pulso evidente de adaptación a los nuevos inventos que necesitaba implantar, para seguir contextualizada con el progresismo de Occidente. Cuando un gobernante, un jedive, un virrey percibía la necesidad de adaptarse a lo moderno y progresivo veía en su interior que estaba abriendo su sensibilidad personal al conflicto de renegar de muchas señas de identidad que hasta entonces le habían reforzado y asegurado su existencia:

Pero dentro de su país, dentro de su casa, y casi podríamos decir dentro de su propia persona, existe el mahometismo con sus constantes intransigencias, la fatalidad arábica con su perpetuo sueño, la preocupación y el encono oriental contra todo lo que se refiere al mundo del otro lado; y este combate interior, esta lucha de ser o no ser, este wahabismo, si nos es lícito hablar así, que se cierne por los aires en todo el nuevo Egipto, son causa de las luchas interiores del *Khedive*, de sus desconfianzas, de sus perplejidades, de sus temores. Por eso no se fía de nadie cuando parece que se fía de todo el mundo; por eso es europeo en la calle y oriental en su casa; por eso es valiente contra los escollos de la civilización, y cobarde contra las asechanzas de Mahoma.⁴⁰⁴

Castro y Serrano nos cuenta algo sobre el personaje del jedive, destacando que come solamente la comida que le prepara su madre. Ninguna persona puede tener acceso a su estancia personal ni acercarse a la misma. Solamente una de sus esposas es la que le lava la ropa. En apariencia, tiene una vida libre pero esclava por las preocupaciones y por los temores del futuro. El jedive Ismail es un hombre que está dividido en dos su esquizofrenia procede del ambiente en el que vive y la autoridad que le ha señalado su destino. El Egipto que él gobierna es un país multicultural; es el resultado de unas civilizaciones varias veces milenarias y es también el receptáculo de influencias europeas. Y esto es así no solo en el siglo XIX que nos ocupa. El iniciador fue Alejandro Magno, el fundador de Alejandría y lo fue todavía más el Diadoco (heredero en griego) Ptolomeo I, el fundador de la era helenística en lo concerniente a Egipto. El jedive del que hablamos ahora tiene una doble vida, y en aspectos estrictamente personales desconfía de las personas que le obedecen en su entorno, pero no quiere ni puede prescindir de ellas, y esto lo vemos con una mirada que fijamos en su más íntimo comportamiento familiar, que es al mismo tiempo político. Se trata de un padre con un profundo afecto hacia su hijo, a quien ha designado para heredarle, y, sin embargo, no tiene con él una relación paterno filial y ni tan siquiera amistosa. La tradición heredada le induce a no exteriorizar afectos familiares que él desearía, pero que no puede expresar a la manera europea. Y esto es así también en el orden gubernativo. La relativa transigencia de los occidentales en aspectos que pudiéramos llamar ligeros (por no decir frívolos), le parece algo seductor, interesante, pero sigue gobernando con la rigidez del Egipto milenario.

⁴⁰⁴ Ibidem, p. 211.

Es digno de señalar que el jedive Ismail jugó un papel destacado en la recepción de grupos y compañías europeas de canto y baile durante la inauguración del canal de Suez. Ismail, en vísperas de la inauguración del canal de Suez, se ocupaba de contactar y contratar a compañías europeas de canto, declamación baile y gimnástica; asimismo, construyó un gran teatro y un circo acordes con los últimos adelantos del arte.

Aquí vemos una faceta de la personalidad del jedive Ismail que puede parecernos un poco frívola, un poco ligera, un poco intrascendente, pero que tiene que ver con un necesario progresismo cultural. Quiere que en Egipto se introduzcan las formas europeas y occidentales de danza, de canto y de espectáculo en general. Pero esta tendencia de su ejercicio del poder pone de manifiesto su perspicacia, su agudeza y, en cierto modo, su arte de gobernar. No se trata solamente de una apetencia personal y profundamente sentida, sino también de que su deseo de modernizar Egipto debe hacerse a través de lo que llamamos la diversión y el ocio. De esta manera, conseguirá que el pueblo egipcio se acerque psicológicamente a la forma de ser y de sentir de los países más adelantados, con más eficacia que si les hiciera comprender la filosofía, el pensamiento y hasta la ciencia de estos.

Hay que decir que esta tendencia hacia lo aparentemente superficial no es fácil de llevar a cabo. El jedive Ismail quiso trasladar a Egipto rápidamente toda una estructura material y efectiva para el espectáculo. Quería trasladar a este país un teatro entero, pero el resultado no fue satisfactorio, como lo demuestran los hechos. Se han producido un total de quince representaciones, más varios incendios en la estructura teatral. La causa de estos desastres es la falta de preparación y de organización del personal egipcio.

Arturo Baldasano y Topete se refiere a la apertura del Teatro Nacional de Egipto:

Después de comer fuimos al vice-real teatro, que hacía pocos días se había estrenado, y está construido a expensas del virrey, que es al mismo tiempo empresario; es de todo lujo y elegancia, habiendo en el mismo edificio salones para baile y concierto, un precioso salón de descanso y un magnífico café-restaurant. Se halla situado en la plaza principal o del Esbekieh, rodeado de doradas verjas que aprisionan un frondoso jardín; es todo de piedra, y dan ingreso a él tres vestíbulos, uno dedicado a la exclusiva entrada del virrey y sus mujeres, otro al público que llena los palcos y butacas, y el último para las galerías o paraíso. La sala es rica y decorada de molduras doradas, y el techo pintado de frescos alegóricos muy bien ejecutados. El palco regio es magnífico, y adornado con grandes cortinas de terciopelo, en las que están bordadas en oro las armas de Egipto. Tanto en este como en los demás teatros, hay destinado un gran palco en cada uno de los pisos para el harem; a través de un transparente velo blanco se ven algunas cartas, de las que no se puede formar exacta idea; estas son las mujeres del virrey, que por supuesto las hace llevar en carruajes cerrados y escoltados por eunucos. Ellas no dejan de dirigir sus impertinentes o gemelitos a los europeos, que también devuelven sus miradas con curiosidad; sin embargo, no es conveniente hacerlo con mucha insistencia, pues se expone uno a que bajen los guardianes y hagan entender al sensible extranjero que aquel es fruto vedado.⁴⁰⁵

⁴⁰⁵ Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalén*, ob. cit., pp. 119, 120.

El jedive Ismail tenía una doble personalidad y probablemente esta doble personalidad no se fundamentaba solo en su dilema entre Oriente y Occidente, sino que tenía una motivación más íntima y más personal: la valentía y el temor.

Uno de los rasgos esenciales del reinado del jedive Ismail es la abundancia de construcción de palacios en Egipto. El autor de *La novela del Egipto* se lamenta de que este ilustrado jedive siga la antigua práctica de los califas orientales. El autor de nuestro libro, después de mostrarnos el heroísmo del jedive, critica una debilidad tan grave como la que tiene Ismail por la construcción sucesiva de varios palacios de arquitectura italiana en los que solazarse. El autor tal vez hubiera preferido que el jedive hiciera construir sus palacios imitando las edificaciones realizadas según los gustos y las inclinaciones de los califas árabes y de los sultanes turcos.

De esta actitud del jedive Ismail se lamenta José de Castro y Serrano de la siguiente forma:

Lástima que este ilustrado *Khedive* piense todavía tanto en la construcción de palacios, siguiendo la antigua práctica de los califas orientales. Por donde quiera que se anda se encuentra uno, tan magnífico o más que los otros, cuya creación pertenece al abuelo o al nieto. Es tal la influencia del personalismo en el gobierno de Oriente, que los bajás apenas conciben otro género de obras públicas que la construcción de palacios para sí. Podrían compararse en este punto a esas damas que se consideran reinas de su persona, cuyos aniversarios, festividades y acontecimientos de toda especie, se celebran con un traje nuevo. Por lo demás, estos palacios son ya italianísimos de arquitectura, adornados a la francesa, que ni aun sirven de tipos o modelos para el bello arte arábigo de otras épocas. El arte verdadero del Cairo subsiste hoy únicamente en las mezquitas.⁴⁰⁶

Lázaro Badrón y Gómez mencionó con las siguientes palabras al personaje del jedive Ismail:

Nuestra misión concluía y no debíamos permanecer por más tiempo en la tierra de los Faraones, siendo inútilmente gravosos al generoso y nobilísimo *Khedive*, que tantos sacrificios había hecho en aras de la civilización y de la filantropía. Ismail Pachá merecerá para siempre un lugar distinguido en la historia por haber cooperado tan eficazmente a la realización de la primera maravilla del presente siglo, la unión de Oriente y Occidente.⁴⁰⁷

Este orientalista pone de relieve que la asistencia a esta fiesta de la inauguración del canal de Suez subrayó la condición humana del jedive Ismail, que marcará una era de paz, libertad y fraternidad para todos los pueblos. La navegación por el canal de Suez será libre y democrática, sin distinción de razas, profesiones, nacionalidades y creencias; el jedive Ismail ejerce una hospitalidad espléndida para sus invitados, nunca vista antes en los siglos pasados, llevándolos y trayéndolos a sus expensas, obsequiándolos y tratándolos en todo este tiempo con el trato y el servicio que solamente se acostumbra prestar a los reyes.

⁴⁰⁶ Ibidem, p. 223.

⁴⁰⁷ Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit., p. 107.

V.2.9 Fernando de Lesseps

Fernando de Lesseps nació el 19 noviembre de 1805 en Versalles y murió el 7 de diciembre de 1894 en La Chênaie. A partir de mediados del siglo XVIII, sus antepasados habían seguido, con bastante fortuna, la carrera diplomática: su tío fue ennoblecido por el rey Luis XVI; su padre, Mathieu de Lesseps (1774-1832), estaba en el servicio consular. Su madre, la española Catalina de Grivegnée, era tía de la condesa de Montijo, madre de la futura emperatriz María Eugenia. Así, De Lesseps, por tradición familiar, accedió a la carrera diplomática y recibió varios destinos en el área del Mediterráneo. Las buenas relaciones familiares ayudaron a Fernando desde muy joven a escalar puestos en su carrera: desde 1825 se distinguió en el servicio diplomático francés. Su primer trabajo le llevó al consulado de Lisboa, de donde pasó en 1829 a Túnez, lugar en el que su padre ocupaba el cargo de cónsul general. En 1832 fue enviado como vicecónsul a Alejandría. Su llegada a Egipto fue un tanto accidentada, ya que su barco fue puesto en cuarentena a causa de un supuesto brote de cólera. Con el fin de ayudarle a pasar el tiempo en el hospital, M. Mimaut, cónsul general de Francia en Alejandría, le envió varios libros, entre los que se encontraba el memorando que el ingeniero Lepêre, miembro de la expedición francesa a Egipto en 1798, había preparado en su día para Napoleón Bonaparte sobre las posibilidades de unir el mar Mediterráneo con el mar Rojo mediante un canal. Después de su lectura, de Lesseps concibió la idea de realizar este proyecto. Después de leer el informe, la idea de excavar el istmo de Suez se convirtió en una verdadera obsesión para Fernando, obsesión que ya no le abandonaría hasta convertirla en realidad. Pero aún habrían de pasar casi veinte años antes de poder poner en marcha su fantástico proyecto.

En 1835, de Lesseps fue nombrado cónsul general en Alejandría, donde permaneció dos años. Gracias a los buenos servicios que su padre Mathieu había prestado en calidad de cónsul general francés en Egipto a Mohamed Alí cuando este no era más que un simple coronel del ejército, el ahora virrey recibió con suma cordialidad a Fernando de Lesseps, llegando incluso a confiarle la educación de uno de sus hijos más pequeños, Mohamed Said. La valiente labor de Fernando de Lesseps durante el estallido de otra epidemia de cólera durante su estancia en Egipto en 1835 le valió el nombramiento de caballero de la Legión de Honor. Hacia el final del año 1837 regresó a Francia, y el 21 de diciembre se casó con Agathe Delamalle, hija del fiscal de Angers.

Tras un largo periplo por Europa como cónsul en Róterdam (1838), Málaga (1840), y Barcelona (1842) y, después como cónsul general en la ciudad condal (1845), Fernando de Lesseps fue nombrado Embajador en Madrid en el año 1848.

Cuando estalló la revolución en Italia, tras la proclamación de la república romana de Mazzini, de Lesseps fue enviado a la ciudad eterna en una misión especial de paz. Su fracaso en este servicio motivó su retirada del servicio diplomático en 1849.

De vuelta en Francia, se convirtió en un productor agrícola. Con el apoyo económico de su suegra compró una gran propiedad en el departamento de Indre; la casa se encontraba

en la localidad de La Chêne y había pertenecido anteriormente a Agnès Sorel, amante del rey Carlos VII de Francia en el siglo XV. Fernando de Lesseps se dedicó a la restauración de esta finca, pero sin olvidar su sueño del “canal de los dos mares”. En sus momentos de ocio reexamina los papeles que había preparado durante su estancia en Egipto, redactando una memoria sobre la cuestión que hizo traducir al árabe y entregar, en 1852 al entonces virrey, Abbas-Pacha. Pero su gestión no tuvo ningún resultado. Cuando dos años más tarde, tras la muerte de este, su antiguo pupilo Mohamed Said, accedió al poder, su suerte cambió. Tras enviarle una carta de felicitación por su ascenso al gobierno de Egipto, recibió en respuesta una invitación para viajar al país, invitación que supuso un cambio radical en la vida de De Lesseps.

Por fin había llegado la hora de volver a pensar en el proyecto del canal de Suez. Mohamed Said Bajá, una vez escuchado su plan, le invita a iniciar trabajos previos sobre la viabilidad de la construcción del canal, conjuntamente con dos brillantes ingenieros franceses al servicio de Egipto, Bey Mougel y Louis-Maurice Linant de Bellefonds, llamado “Linant Bey”, que ya en 1847 había realizado un estudio técnico sobre la posibilidad de excavar el istmo, siguiendo la iniciativa, antes mencionada, de un grupo de la secta sansimoniana, guiada por su jefe espiritual Prosper Enfantin; iniciativa que, sin embargo, no obtuvo, finalmente, el respaldo del entonces virrey Mohamed Alí.

La amistad de Fernando de Lesseps con el príncipe heredero Mohamed Said virrey de Egipto en 1854 le dio la oportunidad de poner en práctica su viejo proyecto de conectar el Mediterráneo con el mar Rojo mediante la ruptura del istmo de Suez.

De Lesseps quiere construir un canal sin esclusas, que vaya desde Port Said hasta Port Tewfik, conectando el mar Mediterráneo con el golfo de Suez y el mar Rojo. Un primer esquema satisface plenamente a Said, que firma el 30 de noviembre de 1854 la concesión según la cual Fernando de Lesseps queda autorizado a realizar todos los trabajos y estudios previos necesarios antes de iniciar la ejecución de la obra, que debe obtener el visto bueno del sultán de Turquía, del cual Said es vasallo. Lesseps, muy ilusionado con el proyecto, está seguro de obtener rápidamente su aprobación. Pero muy pronto surgen dificultades de toda clase. La oposición de Gran Bretaña se hace patente y el Sultán, objeto de fuertes presiones por parte del embajador de Inglaterra, no da una respuesta positiva, a pesar de que Fernando visita en febrero de 1855 personalmente Constantinopla. Stratford, embajador inglés ante la Sublime Puerta, se había adelantado ya para advertir al Sultán de la inconveniencia de permitir a Egipto la construcción del canal, con el fin de evitar que el virrey pudiera sentirse con fuerza suficiente para independizarse de Turquía.

Hay que tener presente que la guerra de Crimea había empezado en 1853 y que Lord Palmerston se convirtió en 1855 en Primer Ministro de Gran Bretaña y en el enemigo acérrimo de los planes de Fernando de Lesseps, considerando que la construcción del canal perjudicaría gravemente los intereses comerciales de Gran Bretaña y alteraría el equilibrio de poderes entre las potencias europeas, tan arduamente establecido después de las guerras de Napoleón Bonaparte. Al mismo tiempo, se producen todo tipo de intrigas en París contra

la persona de Lesseps. Ante esta situación, tampoco Napoleón III se decide a apoyar oficialmente a Fernando de Lesseps.

Pero, tan cerca de la realización de su sueño, de Lesseps no se rinde ante la adversidad, sino que comienza una dura batalla contra sus opositores. Su táctica será tratar de movilizar la opinión pública internacional en apoyo de su proyecto para obligar a los gobernantes a dar su beneplácito, táctica que el propio Napoleón le había sugerido. Su mayor enemigo, tanto en el campo diplomático como en el de la propaganda, será Lord Palmerston, que aún en 1859 dijo al director del *Times* de Londres, John Thadeus Delane, en varias cartas sobre el tema de la construcción del canal, categóricamente: “It shall not be made”; “it cannot be made” e “it will not be made”.⁴⁰⁸

Fernando de Lesseps, tras obtener de Mohamed Said Pachá una concesión por noventa y nueve años en el año 1856, fundó la Compañía Marítima Universal del Canal de Suez en 1858 e inició los trabajos al año siguiente. Al hacerlo, ignoró las repercusiones geoestratégicas y políticas, pues la prevista ruta del canal pasaría a ser un eje crucial en las comunicaciones del Imperio Británico, uniendo la India con Inglaterra a través del Mediterráneo. El gobierno británico presionó al sultán otomano para que retrasara la obra de Lesseps. Pero no lo consiguió y la obra siguió adelante, con participación financiera del pachá, pero con una mayoría del capital en manos francesas, lo cual daba a la Francia de Napoleón III una presencia en esa estratégica zona. No es de extrañar, por ello, que tanto el emperador como la emperatriz Eugenia de Montijo prestaran un apoyo constante al proyecto del canal. La muerte de Said en 1863 fue un contratiempo, pues su sucesor, Ismail Pachá, retiró a los trabajadores autóctonos con intención de impedir las obras; Lesseps reaccionó con la introducción de máquinas modernas que permitieron completar la construcción del canal en 1869.

El éxito obtenido en Suez convirtió a Lesseps en un héroe nacional, celebrado en Francia como símbolo del progreso. Aunque la influencia francesa en Egipto se fue debilitando por la presión de Gran Bretaña (que compró la participación del jedive Ismail en el canal en 1875), el prestigio personal de Lesseps no decayó.

José de Castro y Serrano en *La novela del Egipto* nos describió admirablemente el retrato de Fernando de Lesseps:

Un espíritu inquieto y atrevido, una especie de loco, un mixto de francés y español, amamantado con la leche caliente de las camellas de Egipto, se empeñó hace algunos años en variar las condiciones geográficas del continente africano. Su proyecto era antiguo en la fantasía, pero novísimo en la posibilidad de realizarlo: quería confundir en un canal las aguas del Mediterráneo y del mar Rojo.⁴⁰⁹

José de Castro y Serrano señaló que Fernando de Lesseps se casó otra vez a los sesenta y cuatro años:

⁴⁰⁸ Cook, Edward, *Delane of the Times*, Constable, London, s. i., 1915, p. 251.

⁴⁰⁹ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 10.

El caballero Fernando de Lesseps tiene ahora sesenta y cuatro años. Es un hombre de agradable presencia y de mirada viva y penetrante, como debe exigirse de todo el que concibe y realiza un pensamiento gigantesco. Lleva su edad con la indiferencia juvenil de quien no tiene tiempo para ponerse malo, ni un instante de reposo para ponerse viejo. En cuanto abra el istmo va a casarse.⁴¹⁰

El periódico *La Discusión* pone de relieve, igualmente, la figura del personaje de Fernando de Lesseps:

El Sr. Lesseps se ha opuesto a los designios de Dios en su inmensa sabiduría, y ha roto en bien de la humanidad un istmo de treinta leguas de espesor y ha unido dos mares: el mar Rojo y el mar Mediterráneo. A partir de hoy podremos poner en el libro de la humanidad, después del nombre de Cristóbal Colón, el de Fernando Lesseps. ¡Llor á Cristóbal Colón que nos dio un nuevo mundo! ¡Llor a Lesseps que ha unido dos mares!⁴¹¹

Fernando de Lesseps por sus labores había conseguido muchas condecoraciones, honores y premios, tal y como señala en su obra Castro y Serrano:

Mr. Lesseps, además de la gran cruz de la orden imperial de la Legion de Honor que le entregó la misma emperatriz de los franceses al día siguiente de la inauguración del canal de Suez, recibió después de manos del emperador de Austria el gran cordón de la orden de Leopoldo, y las del príncipe real de Prusia el gran cordón de la orden de la corona de Prusia. Por su parte el *Khedive* de Egipto le hizo entregar la condecoración del Medjidie en brillantes.⁴¹²

José de Castro y Serrano, en *La novela del Egipto*, no se olvidó de rendir un homenaje a Fernando de Lesseps durante su paseo por el canal de Suez:

¡Paso al vencedor del Desierto! ¡Viva Lesseps! Hé aquí las voces que se escuchan.

-Pero, señor (murmura el héroe), aquí vienen reyes y emperadores, príncipes y magnates; gritad por ellos.

-No, no (contesta la multitud): esos reyes vienen de escolta tuya, son los que solemnizan tu gloria: -¡Viva Lesseps!⁴¹³

⁴¹⁰Ibidem, p. 76.

⁴¹¹ *La Discusión*, martes 23 de noviembre de (1869), pág. 3. Año XIV, número 350.

⁴¹² *La Época*, Año XXXIX, número 6. 796, jueves 16 de diciembre de (1869), p. 1.

⁴¹³ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 314.

V.3 TEMAS POLÍTICOS Y SOCIALES

El siglo XIX, en particular, es el intervalo de tiempo que marcó la transición entre el Egipto que se podría denominar premoderno, a falta de una mejor categoría, y el Egipto moderno de hoy en día. La clave de esta transformación está, como hemos visto anteriormente, en las reformas encaradas por Mohamed Alí y sus sucesores. Al igual que en otras regiones pertenecientes al Imperio Otomano, y conforme a la decadencia de este se incrementaba, el siglo XIX sería el del comienzo del dominio occidental sobre la región, dominación consolidada a la salida de la Primera Guerra Mundial con el establecimiento de los protectorados. Pero antes de situarnos en el periodo de la construcción del canal de Suez, hagamos un breve pero intenso recorrido por la rica historia del antiguo Egipto, en el marco de las organizaciones sociales fundamentales que se fueron consolidando hasta estructurar esta civilización milenaria, singular y totalmente diferente a las de su entorno geográfico.

V.3.1 La pirámide social de los antiguos egipcios

El autor abordó al tema de la división de la sociedad egipcia en la época de los faraones, informándonos de que la sociedad se apoyaba en tres categorías sociales: la casta sacerdotal, la de los guerreros y la de los trabajadores. La sociedad egipcia estaba muy jerarquizada. Además, las funciones se transmitían de padres a hijos. El hijo del noble era noble, el del campesino, campesino y el del artesano, artesano. A la cabeza de la sociedad se encontraba el faraón. Le seguían los sacerdotes y los funcionarios con sus familias, que formaban la clase dirigente que vivía de los tributos que pagaban los campesinos. Los sacerdotes, encargados del culto y poseedores del conocimiento que permitía anticipar la crecida del Nilo, eran un grupo poderoso dentro de la sociedad egipcia.

Los funcionarios redactaban las normas, vigilaban el cobro de los impuestos y llevaban la contabilidad del reino. Los jefes militares fueron conformándose como un grupo poderoso algo tardíamente ya que en un principio los egipcios se sentían protegidos por el desierto y por lo tanto no construyeron un poder militar fuerte. Posteriormente, la necesidad de defenderse de los pueblos invasores y la atracción ejercida por las riquezas que podían obtenerse con las conquistas los llevaron a organizar un poderoso ejército. Gracias a él, lograron consolidar un poderoso Imperio.

La riqueza de la agricultura egipcia permitió producir los remanentes necesarios como para que se alimentara, además, una numerosa población dedicada a tareas no agrícolas. Las ciudades egipcias contaban con barrios de artesanos (tejedores, alfareros, carpinteros, constructores de barcas, etc.) y una importante actividad comercial se desarrolló a lo largo del río Nilo con otras tierras y ciudades.

La inmensa mayoría de la población estaba compuesta por campesinos que constituyeron la mano de obra fundamental de la economía egipcia. Se dedicaban al cultivo de trigo, cebada (con la que hacían cerveza) y lino (con el que fabricaban telas para su ropa). Producían, también, legumbres, cebollas y frutas (uvas, higos, dátiles). Además, recogían juncos de papiro, que crecían en forma silvestre, utilizados para la fabricación de papel. Los campesinos no eran dueños de la tierra, no poseían nada propio y, en ocasiones, su vida apenas se distinguía de la de los esclavos. Sujetos a una severa disciplina, trabajaban para los sacerdotes o para el propio faraón, a quien le entregaban una parte importante de su cosecha. En el tiempo libre que les dejaba la agricultura –durante los tres meses en que todo Egipto se inundaba– debían cumplir obligatoriamente con otros trabajos, como la construcción de templos y pirámides.

A esta estricta clasificación social se refería el escritor asemejándola a la división moderna de la sociedad inglesa, puesto que en la civilización faraónica la totalidad de los egipcios estaba formada por tres castas sociales: la clase sacerdotal, la militar y los trabajadores. Estas tres categorías eran hereditarias, es decir, que cada individuo de cualquiera de las tres era hijo de otro individuo de la misma casta y padre de los individuos de la misma clase que le sucedieran. Esto era la estructura social legal y obligatoria de aquella nación egipcia. Así lo comenta nuestra autor en su novela:

Todas las tres castas estaban encerradas en un círculo de hierro: la ley de la perpetuidad. El hijo tenía que ser lo que su padre. –¡Cosa extraña! El pueblo inglés contemporáneo, el pueblo que dice la última palabra de los progresos de la civilización moderna, predispone a esta perpetuidad de razas: no las circunscribe por la ley, pero predica y ejecuta la circunscripción por la costumbre.⁴¹⁴

¿Cuál es la verdadera y justa armonía de los tres poderes matrices de la tierra? Ahora debemos preocuparnos de la vida antigua del Egipto para tratar de deducir su vida nueva con la ocasión de un peregrino acontecimiento que ha de establecer relaciones entre Oriente y Occidente. El autor nos informa de que los antiguos egipcios conocían la política representativa y la moral civilizada. Cuando moría el faraón, se le abría un juicio público acerca de sus actos y, si este salía indemne, se le convocaban honras y un enterramiento suntuoso; pero si la calificación popular le era desfavorable, no solo se le suprimían los honores, sino que se le negaba en ocasiones la sepultura. Un juicio universal verificado de esta manera garantizaba la independencia de la conciencia y servía de elocuente lección al monarca futuro. De tal manera han sido gobernados los antiguos egipcios por 422 reyes durante el transcurso de más de cuarenta siglos.

⁴¹⁴ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 26.

V.3.2 Las fiestas de inauguración del canal de Suez

El jedive Ismail navegó a Europa con su ministro de Exteriores Nubar Pachá para dirigir la invitación a los magnos personajes internacionales que habían de asistir a la inauguración. Aceptaron dicha invitación seis mil personas, entre los que se encontraban: reyes, presidentes, príncipes, hombres de ciencia, literatos, políticos, hombres de prensa y magnates de Egipto y del Sudán, además de un gran grupo de aventureros ambiciosos. Asimismo, el jedive contrató de Francia y de Italia mil quinientos cocineros, que se unieron a los egipcios y turcos que estaban dedicados a su servicio. El jedive Ismael se hizo cargo de todos sus gastos y mudanzas a lo largo de este viaje mítico que duró más de un mes. Edificó Ismael para su comodidad un magnífico palacio a las orillas del lago Cocodrilo e instaló mil doscientas tiendas de campaña para su residencia, además de las barcas flotantes “Dahabias” atracadas en las orillas del lago Cocodrilo. También creó la Casa de la Ópera y se construyó una carretera desde El Cairo hasta las Pirámides de Guiza en la que trabajaron diez mil peones en solo un mes.

Antes del comienzo de las ceremonias, Ismail mandó construir un palacio para la Emperatriz Eugenia de Francia y un teatro de ópera. Meses antes de la inauguración, en julio de 1869, el virrey había viajado a Europa con el fin de repartir a reyes y gobernantes las invitaciones a las ceremonias que marcarían la apertura de un canal por el istmo de Suez. Invitaciones que incluían, entre otros, a mil personajes notables de la época, y a cien hombres famosos como Émile Zola, Alexandre Dumas y Henrik Ibsen, quienes vendrían como sus invitados personales con todos los gastos pagados.

En el periódico de *La Discusión* se destaca el siguiente comentario acerca del día de la inauguración del canal de Suez:

Día grande será sin disputa alguna el 17 de noviembre de 1869. Desde el descubrimiento del Nuevo-Mundo por Cristóbal Colon en los últimos años del siglo XV hasta el 17 de noviembre de este año ha progresado velozmente la ciencia y la razón. El siglo XIX se le llama el siglo de las luces y del vapor; el año 1869 podrá llamarse el año de las obras gigantescas⁴¹⁵.

La ciudad de Ismailia se considera el centro de las magníficas ceremonias celebradas en la zona del istmo de Suez con motivo de la inauguración del canal. Por eso, es sumamente importante describir estas fiestas y lo que presencié esta ciudad. Los invitados del jedive Ismail se clasificaban en dos categorías: la primera categoría de invitados eran los reyes y príncipes como la emperatriz de Francia Eugenia Montijo, el emperador de Austria, el heredero de Prusia y el heredero de Holanda; los invitados de la segunda categoría eran las grandes figuras de la política en Europa, los grandes hombres de ciencia y artistas, los representantes de los periódicos y los fotógrafos, etc.

Los preparativos propios de la inauguración del canal de Suez habían atraído hasta Egipto a muchos turistas y curiosos de todas las regiones del planeta. Desde comienzos del

⁴¹⁵*La Discusión*, martes 23 de noviembre de 1869, pág. 3. Año XIV, número 350.

mes de octubre de 1869, los barcos y buques trasladaron al puerto de Alejandría cientos y miles de visitantes: algunos eran invitados de honor del jedive y otros vinieron por su propia cuenta para asistir a las ceremonias de la inauguración. He aquí algunas imágenes de estas fiestas según las describe Fernando de Lesseps en sus propias memorias sobre la historia del canal de Suez, donde mencionó en una parte titulada *Desde Puerto Said a Ismailia*, que, con fecha de 13 de noviembre de 1869, llegaron a Puerto Said el heredero de Holanda y su esposa en su propio yate; estaban en compañía del jedive Sherif Bajá, Nubar Bajá y muchos altos funcionarios egipcios. El matrimonio fue saludado por la Legión de Honor del ejército con sus cañonazos de paz. Con fecha de 14 de noviembre de 1869 llegó Fernando de Lesseps con los miembros de su familia a Puerto Said. Encontró en el puerto una gran flota de buques de guerra y de barcos comerciales. Con fecha de 15 de noviembre de 1869 llegó el emperador de Austria en su yate propio, escoltado por una fragata militar y llevaba con él a sus dos ministros, De Boust y Andradi, el Amiral Tiguithof y el señor Broquish, embajador de Austria ante la Sublime Puerta.

El 16 de noviembre de 1869 arribó por la mañana el “Biolos”, uno de los barcos más hermosos de la empresa de la Mensajería Marítima; a bordo estaban los miembros del Consejo Administrativo de la Compañía Marítima Universal del Canal de Suez. A las 8 de la mañana llegó el heredero prusiano a la fragata “Hizta”, recibido de la misma forma y con los saludos dignos de reyes y príncipes, es decir, lanzando cañonazos de paz. Poco tiempo después, llegó el yate Águila y a bordo la emperatriz Eugenia de Montijo, saludada con cañonazos de paz. La emperatriz vio delante de ella un paisaje impresionante con más de ochenta barcos, entre ellos cincuenta fragatas militares embarcadas en el nuevo Puerto Said.

Había seis barcos egipcios y seis buques de vapor de la flota francesa bajo la dirección del almirante Mulak, doce buques de vapor de la flota inglesa (con ellos, cinco fragatas pertenecientes a varias naciones europeas: siete barcos de la flota austriaca, cinco buques de vapor de la flota alemana, un buque de vapor ruso, dos buques de vapor holandés, un buque de vapor danés, un buque de vapor sueco, un buque de vapor noruego y dos buques de vapor españoles). Además, dos fragatas inglesas enormes estaban embarcando fuera del puerto, y la flota marítima comercial británica se encontró muy bien representada en esta ceremonia.

La emperatriz Eugenia de Montijo expresó sus sentimientos diciendo: “No he visto en mi vida algo más bello que esto”, a pesar de que ella regresaba de los conciertos de Venecia y Al-Asitana “Estambul” y había presenciado hacía poco las celebraciones de la apertura del canal grande y pasó por el Bósforo. El jedive, sus hijos y De Lesseps se apresuraron a subir al yate “Águila” para saludar a la emperatriz; después subieron el emperador de Austria y el resto de los príncipes que asistieron a la magnífica ceremonia.

Arturo Baldasano y Topete relata que:

El día 15 acabó con las visitas de los soberanos y la recepción de estos, de todas las comisiones y oficialidad de los distintos buques de guerra; las músicas hacían resonar todos

los himnos patrióticos y el inusitado movimiento de pequeñas embarcaciones completaban este cuadro encantador que no se puede pintar sino sentir.⁴¹⁶

Arturo Baldasano y Topete comenta que:

La emperatriz nos recibió con la amabilidad propia de una compatriota, teniendo especial gusto en hablar de España y haciéndonos muchas preguntas sobre su querida patria; el yatch imperial es muy elegante, pero aun es más lujoso el del virrey; es un verdadero palacio flotante, no faltándole tampoco el harem, del que solo percibimos el olor; lo mismo que el emperador de Austria, nos dirigió halagüeñas frases entendiéndonos en francés; por la noche dio un pequeño baile, al que no pudimos ir por no saberlo a tiempo.⁴¹⁷

Arturo Baldasano y Topete expone que tanto él como los compañeros de los invitados españoles acudieron a gozar del espectáculo en el puerto:

Fuimos a tierra a gozar del espectáculo que presentaba el puerto, que se hallaba completamente iluminado, pues todos los buques estaban llenos de faroles y ofrecían una vista preciosa; Puerto-Said, deslumbrador con sus arcos de triunfo, en los que se enlazaban guirnalda de farolitos de colores formando caprichosas figuras, y a la boca del canal, señalado por dos obeliscos provisionales, se disparaban vistosos fuegos artificiales, que con sus variados colores dibujaban en el límpido espacio lindas marquesas y doble-marquesas, y cuanto de nuevo puede encerrar el arte del conde Óscar, el famoso pirotécnico del rey Pepino en Barba Azul.⁴¹⁸

Baldasano y Topete nos hace una descripción exacta del ambiente en vísperas de la ceremonia:

Las cervecerías y cafés cantantes no podían dar cabida al inmenso número de viajeros que componían una sociedad cosmopolita, y la población, ebria de gozo, nos saludaba orgullosa de contener a los representantes de Europa, cuando sus áridas playas no ha muchos años solo daban albergue a alguna errante caravana. El cielo también tomaba parte en la fiesta, y una noche verdaderamente oriental, tachonada de estrellas entre las que se destacaba una hermosa luna, daba un realce majestuoso e imprimía cierto carácter poético a aquella privilegiada escena.⁴¹⁹

El mismo autor comenta:

Al día siguiente, víspera de la gran inauguración, empezaron las fiestas con la inauguración de las obras del canal. A las tres salía la emperatriz del Agile, entre el estruendo de la artillería y los vítores de las tripulaciones de todos los buques. Cubrían la carrera tropas de infantería, caballería y artillería egipcias, formadas desde el muelle hasta el gran catafalco, construido frente al puerto y en una grande explanada, para que los soberanos presidieran esta primera ceremonia.⁴²⁰

En fin, Topete expone:

⁴¹⁶Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalén*, ob. cit., p. 40.

⁴¹⁷Ibidem, p. 40.

⁴¹⁸Ibidem, p. 41.

⁴¹⁹Ibidem, p. 41.

⁴²⁰Ibidem, p. 41.

En la alegría propia del final de un banquete tan agradable como el que nos ocupa, nació la idea de dar una serenata al estilo de nuestro país a la emperatriz de los franceses, delicado obsequio que ella apreció en lo que vale, y que aunque ya ha tenido la natural publicidad, no quiero dejar pasar en silencio como testigo ocular que fui.⁴²¹

V.4 TEMAS RELIGIOSOS Y ÉTICOS

El autor de *La novela del Egipto* abordó distintos temas religiosos y éticos, como la religión del antiguo Egipto, la religión cristiana y la religión musulmana. Así pues, el egipcianismo de José de Castro y Serrano es un orientalismo triplemente egipcio: faraónico, copto e islámico. José de Castro y Serrano nos quiere presentar el Egipto de su época y para eso nos ha paseado por las maravillas materiales. Desde luego, nos ha hecho ver las inevitables pirámides de Egipto, los monasterios cristianos y las mezquitas.

V.4.1 Filosofía ética y moral de los antiguos egipcios

El primer tipo de egipcianismo que trata el escritor José de Castro y Serrano en su novela es el egipcianismo faraónico. Los egipcios admitían la inmortalidad del alma y el juicio divino después de la muerte, con los premios o las penas correspondientes a las acciones practicadas en vida. Según Heródoto, los egipcios fueron los primeros que profesaron el dogma de la inmortalidad del alma, pues afirmaban que cuando el cuerpo se descompone o muere, el alma pasa sucesivamente a otros cuerpos por medio de nacimientos o encarnaciones, recorriendo y animando los cuerpos de casi todos los animales de la tierra, del aire y del mar, hasta entrar otra vez en un cuerpo humano en un tiempo o momento dado. Esta evolución o transmigración del alma se verifica en el espacio de tres mil años, doctrina que, como es sabido y hace notar el mismo Heródoto, adoptaron y aun presentaron como original y propia algunos filósofos griegos. Verdad es que en esta doctrina, lo mismo que en la que se refiere al teísmo unitario, se advierten desviaciones panteístas, y se halla además adulterada o desfigurada por la hipótesis de la metempsicosis, hipótesis que puede a su vez considerarse como una reminiscencia adulterada del dogma de la resurrección final de los cuerpos.

He aquí el resumen que de toda esta doctrina presenta el antes citado Lenormant, resumen que creemos el más ajustado a la verdad y a las conclusiones de la crítica. La creencia en la inmortalidad no se separó nunca de la idea de una remuneración futura de las acciones humanas, cosa que se observa particularmente en el antiguo Egipto. Aunque todos los cuerpos bajaban al mundo infernal, al Kerneter, según lo llamaban, no se tenía la seguridad de que todos iban a alcanzar la resurrección. Para conseguirla, era preciso no

⁴²¹Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalén*, ob. cit., p. 43.

haber cometido ninguna falta grave, ni en la acción, ni con el pensamiento, según se desprende de la escena de la “psychostarsa”, o acción de pesar el alma, escena representada en el Ritual funerario y sobre muchos sepulcros de momias. El difunto debía ser juzgado por Osiris, acompañado de sus cuarenta y dos asesores: su corazón era colocado en uno de los platillos de la balanza que tenían en su mano Horus y Anubis; en el otro se ve la imagen de la justicia; el Dios Thoth anotaba el resultado. De este juicio, que tenía lugar en «la sala de la doble justicia», dependía la suerte irrevocable del alma. Si el difunto era convencido de faltas irremisibles, era presa de un monstruo infernal con cabeza de hipopótamo; era decapitado por Horus o por Smow, una de las formas de Set, en el cadalso infernal. El aniquilamiento del ser era considerado por los egipcios como el castigo reservado a los malvados. En cuanto al justo, purificado de sus pecados veniales por un fuego que guardaban cuatro genios con rostro de monos, entraba en el pleroma o bienaventuranza, y, hecho ya compañero de Osiris, ser bueno por excelencia, era alimentado y recreado por este con manjares deliciosos.

Sin embargo, el justo no entraba en posesión de la bienaventuranza final sino a través de varias pruebas. El difunto, al bajar y entrar en el Kerneter, veíase precisado a franquear quince pórticos guardados por genios armados de espadas; no se le permitía pasar por ellos sino después de haber probado sus buenas acciones y su ciencia de las cosas divinas, es decir, su iniciación; se le sometía además a rudos trabajos antes de llegar al juicio definitivo; debía cultivar los vastos campos de la región infernal, que era considerada como una especie de Egipto subterráneo, atravesado por ríos y canales. Veíase obligado además a sostener terribles combates contra monstruos y contra animales fantásticos, de los cuales no triunfaba sino armándose de fórmulas sacramentales y de ciertos exorcismos que llenan once capítulos del Ritual citado. A su vez, los malos, antes de ser aniquilados, eran condenados a sufrir mil géneros de tormentos, y volvían a la tierra bajo la forma de espíritus malhechores, para inquietar y perder a los hombres: entraban también en el cuerpo de los animales inmundos.

La pureza y la perfección relativas de la moral entre los egipcios no tuvieron fuerza bastante para impedir la introducción, si no de castas propiamente dichas, sí de clases tan privilegiadas que equivalían o se asemejaban a castas. Sabemos, por el testimonio de Heródoto, de Diodoro de Sicilia⁴²² y otros antiguos historiadores, confirmado por los descubrimientos modernos, que la influencia político-social, los empleos, el gobierno y hasta la propiedad, se hallaban monopolizados por la clase sacerdotal y la militar. Los pastores, los artesanos y los agricultores, que formaban el pueblo apenas tenían participación en las funciones públicas, ni en la propiedad de las tierras o bienes, siendo su condición bastante análoga a la de los *vayçias* y *çudras* de la India.

El gran principio de la igualdad de los hombres, lo mismo que el gran principio de la dignidad e independencia individual, era desconocido para las sociedades paganas, por más

⁴²²“Su moral social nos la ha dado a conocer entera Diodoro de Sicilia. Se aplicaba la pena de muerte al homicida y al perjuo; al que faltaba a los hombres y al que faltaba a Dios. El parricida y el infanticida tenían penas más graves: el primero era condenado a la hoguera; el segundo había de pasar tres días y tres noches abrazado al cadáver del niño, antes de morir. - El violador era mutilado, la adúltera perdía la nariz, y su cómplice recibía una paliza pública.” Castro y Serrano, José, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 29.

que algunas de ellas vislumbraron algo de estas grandes verdades. Moviéndose fuera de la órbita de la revelación divina, ignoraban lo que esta enseña acerca de la unidad del origen y destino final de la especie humana. Por eso vemos que en todas las sociedades antiguas o paganas, cualquiera que sea su grado de civilización, o domina la institución antihumana y antisocial de las castas, o domina la concepción político-socialista, es decir, la absorción del individuo y hasta de la familia por el estado. El doble principio de la dignidad e independencia personal y de igualdad de los hombres, principio que constituye el fondo de la civilización cristiana, y que es una de las razones suficientes de su fecundidad indefinida y de su fuerza poderosa de expansión, solo encontró acogida en la antigüedad en el pueblo depositario de la revelación divina, en el pueblo de Abraham, de Moisés y de los profetas.

La moral social en el antiguo Egipto residía sobre una base sólida tanto en el sistema científico como en las aplicaciones materiales; los faraones estaban muy avanzados en las matemáticas y en la astronomía, de modo que tenían el año solar dividido en trescientos sesenta y cinco días y cuarto; y este cuarto día lo corregían aumentando un mes más cada ciento veinte años. El año para ellos era como lo mantenemos en la actualidad: compuesto de doce meses y el mes de treinta días. En cuanto a las estaciones del año, solo distinguían tres estaciones porque la naturaleza del clima de Egipto no les permitía distinguir nada más que tres, debido a su posición geográfica. Los antiguos egipcios eran excelentes agricultores que sembraban cereales y plantas alimenticias de todo género; también cultivaban lino, algodón y todo tipo de frutas. El pueblo de los faraones, como productor, inventó la industria y roturó los caminos del comercio; asimismo, trabajaron los materiales con procedimientos químicos como hoy; se conocía el esmalte, la porcelana, el cristal y el vidrio pintado, el estuco, la fabricación de armas, de joyas, de muebles primorosos y de tejidos magníficos. Todo ello lo encontramos ahora con asombro y entusiasmo, ya que la grandeza de su cultura habla por sí sola y lo presenciamos claramente en el interior de sus sepulcros y en las ruinas de sus templos. Ciertamente, la civilización faraónica nos ofusca la razón y nos hace volar con el alma en el infinito.

V.4.2 La religión en la vida de los antiguos egipcios

El pueblo egipcio fue monoteísta en sus inicios, es decir, adorador de un dios único. Al mismo tiempo, cada localidad reverenciaba un animal o una planta, que venía a ser el emblema de la tribu y por medio del cual se creían ligados a la divinidad. Pero con el transcurso del tiempo, el pueblo fue adorando estos emblemas, de modo que a principios del Imperio Tinita en Egipto reinaba el politeísmo: leones, cocodrilos, bueyes, gavilanes, gatos, chacales, escarabajos y hasta ciertas hortalizas fueron adoradas y consideradas como encarnaciones de la divinidad. Así, Heródoto pudo afirmar que los egipcios eran el pueblo más religioso del mundo. “Hasta en sus huertos y granjas les nacen dioses”, afirmaba con ironía.

Entre todos estos dioses, el más popular y de culto más extendido fue sin duda alguna el Buey Apis, a quien se suponía la encarnación de Osiris. Para poder ser elegido, este buey debía ser negro, con ciertas manchas blancas en la cabeza, en el lomo y en la lengua, semejantes a escarabajos o alas de águila. Cuando aparecía un animal con estas características, todo Egipto vibraba de entusiasmo: era Osiris, que bajaba a la tierra a proteger a su pueblo. Se trasladaba al buey en una barca dorada, y se instalaba en el Templo Nacional de Menfis, rodeado de una brillantísima corte de sacerdotes. En los días más solemnes se le exponía a la veneración pública, y de todo Egipto acudía el pueblo a rendirle adoración. El Buey Apis no podía pasar de los 25 años. Llegado a esa edad, era ahogado con perfumes en una fuente sagrada. Luego se le embalsamaba y era sepultado en el “Serapeum” o tumba de los dioses. A partir de entonces, todo Egipto quedaba sumido en luto hasta la aparición de otro Buey Apis.

Las clases superiores egipcias continuaron siempre siendo monoteístas. Adoraban a un ser supremo, el Sol, creador de todas las cosas, y que recibía distintos nombres según la ciudad: Amón, Rha y Ptah, en Abidos, Menfis y Tebas, respectivamente. Pero para el pueblo, eran dioses distintos y hasta rivales. La creencia popular los imaginaba viviendo en familia, con una mujer y un hijo, formando así las “tríadas”, trinidades de dioses.

En Tebas, esta trinidad estaba formada por Amón, Muth y Chons: esta última trinidad fue la más popular y su culto se extendió por todo Egipto. Respecto al mito de Osiris, cuentan las antiguas leyendas que Osiris, sabio rey de Egipto, fue asesinado por su hermano Seth, rey de las Tinieblas. Isis, esposa de Osiris, logra recoger sus restos, llora copiosamente sobre ellos y encarga a su hijo Horus que vengue su muerte. Tras un rudo combate, Seth es derrotado y encadenado en el desierto, mientras Osiris resucita y recobra el poder de manos de su hijo.

En este mito, Osiris personifica al Sol que cada día es vencido por Seth, el dios de la noche. Isis es la diosa del Nilo y con sus llantos provoca las crecidas periódicas. Horus es el Amanecer que vence a la Noche y solo se inclina ante el Sol, su padre. Esta leyenda, que proporcionaba a los egipcios una explicación mítica sobre la sucesión de los días y de las noches, así como a las periódicas crecidas del Nilo, era recordada anualmente en todo el país con solemnísimas fiestas.

En cuanto al culto a los muertos, los egipcios creían en la inmortalidad del alma, así como en la eternidad de las recompensas y castigos de la otra vida. Suponían que el alma, apenas salida del cuerpo, se presentaba ante Osiris y su tribunal integrado por cuarenta y dos jueces, y allí rendía un examen sobre su vida, de acuerdo a un formulario contenido en el *Libro de los Muertos*. En caso de aprobar su examen, viviría eternamente junto al dios. En caso contrario, sufriría tormentos eternos.

Por ello, todo egipcio se preocupaba por aprender de memoria su defensa ante el Supremo Tribunal: las fórmulas sagradas eran depositadas junto al cadáver, e incluso se las recordaba leyéndoselas al oído durante los funerales. Pero al mismo tiempo creían que el alma solo podía descansar en paz si el cuerpo se conservaba en la sepultura, de modo que

para evitar la destrucción de los cadáveres, procedían a su embalsamamiento. En ello adquirieron los egipcios una gran pericia y maestría y sus secretos aún nos son desconocidos. Los embalsamadores formaban una clase social separada de las demás, ya que se los consideraba impuros, aunque sus servicios eran necesarios. Los embalsamamientos eran de diversas clases, según la fortuna de los interesados. Los más costosos consistían en la extracción del cerebro mediante ganchos que se introducían por la nariz; las vísceras eran quitadas mediante cortes practicados en el abdomen. Luego se rellenaban el cráneo y el vientre con sustancias aromáticas de composición secreta, se practicaban las costuras necesarias y se colocaba el cadáver en sal durante sesenta días. A continuación y ya casi momificado, se lavaba y fajaba con telas engomadas y se depositaba en un doble ataúd de madera ricamente adornado con pinturas y jeroglíficos y en cuya superficie se reproducía la cara del difunto. Así era entregado a la familia para proceder a su sepelio.

Este método de embalsamamiento, así como también otros menos caros y más simples, han sido muy eficaces para conservar hasta nuestros días las numerosas momias egipcias que se hallan expuestas en los diversos museos del mundo.

Los antiguos egipcios tenían centenares de divinidades, la mayoría de ellas representadas por animales. Muchas eran deidades locales, y cada uno de los cuarenta y dos distritos egipcios tenía un dios propio. El dios del sol era el más importante y era el rey de los dioses. Cobraba diversas formas y tenía diferentes nombres: como Amón-Ra, que tenía forma humana y protegía al faraón durante la batalla, o como Ra-Harakhii, que era un gran halcón en pleno vuelo; era el dios creador del mundo, los animales y los hombres, y cuidaba la fertilidad del suelo. Para los antiguos egipcios había otros dioses mayores y cada uno de los dioses presidía un aspecto particular de la vida. Thot, con su cabeza de ibis, era el dios de la sabiduría; Khnum, con su cabeza de carnero, controlaba las inundaciones del Nilo.

Una poderosa casta sacerdotal adoraba a los grandes dioses en el interior de templos monumentales. Se hacían sacrificios de animales y les ofrecían alimentos de todas clases, que consumían los sacerdotes si los dioses los rechazaban. También había dioses menores o dioses populares, cuyas imágenes moraban en las casas del pueblo. Estas deidades tenían relación con la vida cotidiana. Por ejemplo, Bes, el de cabeza de león, era el dios de la familia, mientras que Taweret, representada por una hipopótama preñada, era la protectora del parto.

Siguiendo esta línea, José de Castro y Serrano comienza a hablarnos sobre la religión en la vida de los antiguos egipcios y empieza su discurso con las siguientes palabras: “dice el autor que la religiosidad egipcia está basada en la creencia en una trinidad (una trimulti, una tríada)”. Se trata de un ser supremo de características metafísicas masculinas en relación con otra divinidad de características femeninas, de manera que unidas entre sí estas dos divinidades dan origen a una tercera divinidad, que es la que está más presente y en contacto con la terrena realidad humana. Nos llama la atención la circunstancia de que esta formulación sea hecha por nuestro autor cristiano porque él mismo pone de manifiesto hasta qué punto le parece que la religiosidad faraónica es un preludio o anticipo de la religión cristiana: ya sabemos que en el cristianismo hay no solamente una trinidad relativa a su

teología propiamente dicha sino también a su cristología, puesto que el dios cristiano tiene tres personas (aunque una sola esencia divina) que son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y además (en su cristología) la familia terrena de Jesús (la Sagrada Familia) se compone también de una trinidad: José, padre aparente de Jesús, María, madre de Jesús, y el mismo Jesús en persona:

Los egipcios creían en un Ser Supremo y en la inmortalidad del alma. Un Ser Supremo, que era el todo, y que tomaba la forma de espíritu varón, y habiéndose asociado a un espíritu femenino, resultó una tercera persona que simbolizaba el dios más en contacto del hombre. He aquí el fundamento de la creencia egipcia. El Ser Supremo, ciencia, fuerza y poder de todo; un coautor fecundo y reproductivo; un producto tan divino como humano. – ¡Qué poco le faltaba al Egipto para conocer la única y profunda verdad!⁴²³

José de Castro y Serrano señala que el egipcio popular ignora los misterios del culto y cree por obligación y no por fe ni por raciocinio. Para el pueblo se convierte en un culto a lo absurdo y el politeísmo se apodera de la casta popular hasta la insensatez. Ya no son el honor y la guerra y la fertilidad y la justicia los dioses favoritos; ya es un dios aceptable aquél que cada uno tiene puesto a su capricho o su cálculo, y como el alma ha de ir a parar al cuerpo de un bruto para transmigrar después al cuerpo de un hombre, el gato es consagrado, es consagrado el perro, el loro y el cocodrilo; cada departamento tiene un dios, cada ciudad se disputa el suyo, cada pueblo, cada familia, cada hombre se provee, como objeto de menaje, de una divinidad.

Esta religión faraónica se compone de dos elementos en los que podemos fijar nuestra atención: el primero de los dos elementos es el de las clases superiores coronadas por la casta sacerdotal y en último término por el faraón. Podemos decir que en los principales dioses del politeísmo egipcio hay una especie de tendencia aunque confusa y no bien definida hacia un cierto monoteísmo, al que por otra parte han llegado las grandes religiones surgidas tras la desaparición de la civilización y de la religión faraónica. Esta zona religiosa a la que nos referimos tiene como su máxima expresión la persona del faraón. El faraón es al mismo tiempo hombre y dios. Su divinidad se acentúa y se acrecienta con su muerte, con su embalsamamiento y con su sepulcro situado en la pirámide.

Nosotros podemos considerar la posibilidad teórica de ver en todo este vasto panorama de la religiosidad egipcia una vivencia sociológica, que nos lleva a pensar en la diversidad, en la multiplicidad de realidades y en que la división de las clases sociales y políticas nos llevan paralelamente a una división en lo que podemos llamar las clases teológicas:

Entonces es cuando el viajero o el historiador poco sagaz participa del absurdo de que aquella es la religión egipcia, en vez de discurrir, como ahora se discurre, que aquello, que ha durado tantos miles de años, es el fin de una religión sabia y prudente, pero que está basada en deleznable cimientos; que a lo divino le falta la razón, y a lo humano le sobra la perpetuidad material; en una palabra, que el verdadero Dios no ha sido definido, y que el verdadero destino del hombre no ha sido vislumbrado. –Revelad al Egipto la unidad de Dios y la inmortalidad del alma en el cielo, y su religión será tan sabia como su ciencia, como su

⁴²³Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 34.

agricultura, su industria y su comercio; como en su moral lo fue muchos siglos, como su legislación lo ha sido en el trascurso de veintiséis dinastías de reyes. No aceptemos exclusivamente las degeneraciones: fijémonos con imparcialidad en los orígenes.⁴²⁴

Después de que el escritor hubiese reflexionado anteriormente sobre la pirámide social del estado faraónico, ahora se dedica a la pirámide sacerdotal del antiguo Egipto, ya que en ella estaban distribuidos según las prácticas, que por supuesto trabajaban independientemente de los reyes; los pontífices están en la suprema categoría, luego vienen los elevados sacerdotes que acordaban la marcha moral y material de la religión como una especie de cardenalato consultivo; venían después los archiprofetos y profetas con extensa jurisdicción, jefes y cabildos de los templos, sacrificadores de víctimas e incensarios, libradores y guardas. A esto se refiere el autor diciendo que:

Había un sacerdocio de ciudades y pueblos, artistas del culto, cantores, auxiliares de la pompa sagrada, embalsamadores, enterradores y agentes de la pompa mortuoria; una administración, en fin, a que el mundo no ha podido sustraerse tras largos siglos de adelantos y civilizaciones pasmosas.⁴²⁵

Tanto el escritor como nosotros también nos preguntamos ¿cuál es el misterio de Egipto, o qué pasó para que un pueblo tan organizado desaparezca completamente de la tierra, al igual que lo hemos visto desaparecer de la historia? En las siguientes líneas se intentará responder a esta pregunta fundamental e importante. El Egipto faraónico sufre el primer revés de su historia con la invasión de los reyes pastores “hicsos”.⁴²⁶ Su origen, su significado y su permanencia son todavía objeto de investigación y estudio. Se cree que la expansión del imperio hitita hacia la Alta Siria provocó la fuga hacia el sur de pueblos de distinta etnia (semitas, indoeuropeos y pueblos autóctonos), que entrando por el delta del Nilo, primero en forma pacífica y luego conquistando militarmente la región, se adueñaron paulatinamente del imperio. Esta conquista fue facilitada por la utilización del caballo y los carros de guerra, desconocidos por los egipcios.

En cualquier caso, la llegada y la infiltración de los hicsos trajeron un cambio drástico en la sociedad, historia y cultura egipcia. Hasta ese momento, Egipto no había sufrido cambios dado lo aislado que se encontraba el imperio con respecto al resto del mundo. Surge una nueva aristocracia guerrera y otras clases artesanales que se impregnan de las técnicas importadas, comienzan a trabajar el bronce, modifican la tela vertical y el torno de alfarero. Desde el punto de vista bélico, incorporan el doble arco y artísticamente se impregnan de las costumbres egipcias, por lo que el

⁴²⁴Ibidem, pp. 36-37.

⁴²⁵Ibidem, p. 37.

⁴²⁶“Hordas salvajes, y por consecuencia desheredadas, que ven cerca de sí la fertilidad, la abundancia y la grandeza, inundan con el poder del número y el furor de la barbarie la tranquila tierra de sus vecinos; no para gozar los beneficios y las dulzuras de la civilización que envidian, sino para destruir y avasallar lo que están privados de comprender. —Siempre la ignorancia ha hecho lo mismo, ya acometa con el nombre de invasión, ya se desparrame con el nombre de revoluciones.” Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 38-39.

arte no se modifica mayormente. Sí se cambian la música y la danza debido a que se introducen nuevos instrumentos.

En *La novela del Egipto* se nos habla de un acontecimiento en el que la imaginación novelística del autor va a tener poca influencia. Hasta ahora todo lo que se nos había dicho de Egipto era poco más que una sucesión de faraones y de dinastías que se nos aparecen como sucesiones relativamente tranquilas, parecidas las unas a las otras, y también, a causa de nuestra ignorancia de aquel remoto pasado, como relativamente felices. Y, de pronto, ocurre una explosión histórica. Se acabó nuestro ensueño seminovelesco sobre la paz faraónica. Los hicsos atacan Egipto y lo invaden. Son un pueblo de pastores. Un pueblo de jinetes. Los hicsos van a ser asimilados por la civilización sedentaria de Egipto. La agricultura va a predominar sobre el pastoreo, los animales de labranza van a predominar sobre el caballo. La paz va a predominar sobre la guerra y el orden va a predominar sobre la aventura:

Los reyes pastores se burlan de todo lo santo y noble que hayan constituido en el país que conquistan; borran con la seguridad de su barbarie todo lo que los Faraones habían hecho de grande y maravilloso, excepto aquello cuya magnitud resiste hasta el empuje del vandalismo; y sumen en una noche de horrores, que dura dos siglos y medio, a la tierra, tantos otros siglos alumbrada por el sol de la cultura.⁴²⁷

Aquí, el escritor José de Castro y Serrano comete un error histórico al decir que los reyes pastores, los hicsos, dominaron Egipto alrededor de dos siglos. Lo cierto es que los hicsos duraron en Egipto unos cien años, según viene señalado en los libros de historia.

V.4.3 Cambises y su guerra contra la religión faraónica

Como Cambises⁴²⁸ sabía que el secreto de la fuerza de los egipcios radicaba en la religión y que a merced de ella se ha regenerado varias veces a lo largo de su historia, lanzó sus ataques en contra de la religión egipcia; practicó una guerra destructora que hasta hoy en día lleva su nombre, derribó los templos, proclamó la falsedad de todo cuanto al pueblo se le ha enseñado, y persiguió a los sacerdotes hasta la muerte. Así es como Cambises, en nombre de otra nueva civilización, propicia el destruir la civilización que se encuentra. Una vez avasallado y sometido el pueblo egipcio, se dirige para someter a los etíopes, pero fracasa en su tarea y muere.

⁴²⁷ Ibidem, pp. 39-40.

⁴²⁸ Cambises se convirtió en el soberano único del Imperio persa tras el fallecimiento de su padre en el año 530/529 a. C. Cambises decidió conquistar a Egipto el faraónico en el año 525 a. C., cuando el faraón Ahmose II fue sucedido por su hijo Psamético III. En la decisiva batalla de Pelusio, los egipcios fueron derrotados por los persas, y poco después Menfis caía en manos de Cambises. Psamético fue capturado, y posteriormente ejecutado tras intentar una rebelión. Las inscripciones egipcias de este periodo muestran que Cambises adoptó oficialmente los títulos y costumbres de los faraones, si bien es factible creer que no ocultó su desprecio por las costumbres y la religión egipcia.

Pero Darío, el descendiente inmediato de Cambises, seguirá otra política de reconciliación. Darío era un rey muy distinto a su predecesor, quien siempre tuvo fama de excéntrico e incluso de psicópata. Darío, en cambio, era un monarca al que ahora podemos calificar de “moderno” en cuanto a que, en su política y en sus intenciones, se parece un poco a lo que en la Europa del siglo XVIII se ha llamado “el despotismo ilustrado”. Es decir, que se ocupaba de ciertos progresos poco atendidos hasta entonces como, por ejemplo, la agricultura y las obras públicas. Pero esto no satisfacía al espíritu de sus nuevos súbditos, que formaban la masa de los egipcios del pueblo, más interesados por sus tradiciones seculares que por el hecho de que su agricultura produjera más o de que sus vías de comunicación facilitaran las relaciones entre las ciudades. De esta manera, la anexión de Egipto por parte del enorme imperio persa de la dinastía aqueménide, no llegó nunca a ser una verdadera fusión. Así, encontramos que al llegar los griegos y macedonios a Egipto no hubo resistencia a su entrada. De este modo, lentamente, el Egipto decadente que ahora recordamos, con sus Ptolomeos y sus Cleopatras, pudo arrastrarse en su caída hasta su desaparición, ocurrida tres siglos después:

Un descendiente de Cambises, Darío, mitiga en mucha parte los horrores de la política persa, con otra política de conciliación y de paz. En su tiempo se erigen templos nuevamente a los dioses patrios, se respetan las costumbres indígenas, se concede honor a sacerdotes y guerreros. Darío vuelve a mirar por los progresos materiales de Egipto, singularmente por sus comunicaciones y agricultura: traza el canal que derivado del Nilo puede dirigir al mar Rojo el comercio interior, fecundizando a la vez la tierra de los valles; pretende, en fin, equiparar su gobierno al gobierno ilustrado de los Faraones. Pero él no es el Faraón, y como su política tiende a levantar el espíritu de la raza egipcia, la raza egipcia se le rebela en nombre de un patriotismo secular, concluyendo con él y con su dinastía, entre las luchas y las sumisiones violentas que se reproducen durante un siglo.⁴²⁹

Una vez sacudido el yugo persa, unos cuatrocientos años antes de Jesucristo, vuelve Egipto a recobrar su propia vida, pero por escaso tiempo, ya que en aquel entonces la dominación sobre Egipto se convirtió en algo universal; los persas volvieron a invadir el país mucho más fácilmente que antes. Pero entonces se acabará creando un gran imperio que habrá de reunir bajo una sola bandera los destinos de Oriente. Así las cosas, Egipto y Persia acabarán cayendo en poder del ilustre Alejandro Magno, que se convirtió en el dueño de aquella zona del planeta.

V.4.4 La religión del Egipto faraónico y la religión cristiana

En este apartado, José de Castro y Serrano nos habla sobre la filosofía de la religión del Egipto faraónico, diciéndonos que esta religión radica en que ellos conocían un Ser Supremo del que se derivan todas las cosas, y un alma humana que volvería a su ser corporal después de su purificación por intervención de la metempsicosis. Según José de Castro y Serrano, los faraones estaban casi en el pleno uso de la religión verdadera, pero lo

⁴²⁹Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 46.

negativo es que ellos consideraban que su vida mundana era transitoria o pasajera, así que a la presente no habría que tenerle apego, puesto que posteriormente vendría otra vida definitiva y dichosa. El ensayo terrenal era poco menos que insignificante.

De lo anteriormente expuesto, se deduce la fórmula dada a los humanos en su origen y que se fundamenta en que nacíamos para morir; se moría como punto intermedio entre una vida mala y otra mejor. Así, la religión para los antiguos egipcios era la religión de la muerte. Por todo ello, el autor nos aclara su postura al respecto diciendo que los egipcios pensaban que esta vida terrenal no era nada más que una especie de prelude de la vida siguiente a esta, que según parece era considerada por los egipcios como eterna. De esta manera, el verdadero “juego” existencial era prepararnos para lo que ocurriese después de esta vida, es decir, después de la muerte. A esta idea de la existencia humana se debe lo más significativo y lo más esplendoroso que ha dejado tras de sí la civilización faraónica. Con esto, quiero referirme a esos monumentos a la muerte que son las pirámides. Si consideramos los embalsamamientos como prácticas referidas a la muerte, también podemos interpretarlos como deseos sublimados cuyo objetivo era la vida superior que surgirá vencedora después de la muerte, la vida del más allá, o, por qué no, la eternidad. Desde luego, podemos considerar que la idea de una vida después de la actual terrenal, propia de las grandes religiones actuales, ha tenido su precedente anteriormente en la civilización egipcia, que desarrolló múltiples deseos vehementes y ansias constantes por experimentar la inmortalidad.

José de Castro y Serrano señala que:

Todo hombre que pueda creer en una segunda vida mundanal se halla predispuesto a hacer de la primera un uso indiferente y casi mecánico, que es lo que constituye la negación del progreso. El que cree que mañana puede hacer una cosa, no muestra afán por hacerla hoy: es necesario creer en un término definitivo corporal, para decidirse a hacer sobre esta tierra lo que no ha de poder ejercitarse en ninguna otra.⁴³⁰

Para el escritor la religión cristiana en comparación con la religión del antiguo Egipto es la más idónea, al tratarse de la religión del progreso porque garantiza al hombre una vida transitoria y única para ejecutar todo cuanto puede, al término de la cual le aguarda una vida definitiva del espíritu, en la que responderá de todo cuanto hizo. La religión del antiguo Egipto levantaba tumbas para los cuerpos y tumbas para las almas. Los templos eran necrópolis para los vivos y sus pirámides eran palacios para los muertos. Su liturgia se refiere casi por completo al cadáver; su división en castas es verdadera tumba para la inteligencia.

El hecho de creerse obligado a defender al cristianismo sin una verdadera razón aparente responde, sin duda, al hecho de que en el fondo tenía la convicción de que debía defender la religión cristiana, antes de que alguien pudiera ver en ella algunas influencias procedentes de la religión faraónica que llegaran a parecer preludios originales del propio cristianismo. Así, por ejemplo, la idea esencial de la supervivencia del alma es de origen

⁴³⁰Ibidem, p. 55.

faraónico antes de que formara parte del cristianismo. La idea de la trinidad divina es esencial en el cristianismo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, después de haber sido fundamental en la religión faraónica: Isis, Horus, Osiris. También hay ciertas semejanzas en el transcurso existencial de Jesucristo y la divinidad sublime del Osiris faraónico.

José de Castro y Serrano nos explica el porqué de la desaparición de la civilización faraónica con la siguiente filosofía: “El aislamiento de la sabiduría en el sacerdote, el aislamiento de la fuerza en el guerrero, el aislamiento del trabajo en el vulgo, son la muerte de la ciencia, de la fuerza y de la actividad. Todo lo que se circunscribe, se agota; todo lo que se limita, decae; todo lo que se unipersonaliza, perece.”⁴³¹

En un intento por desvelar este misterio, el autor en su obra nos recuerda con su lógica filosófica que Egipto es un país donde en la antigüedad no se pensaba nada más que en la muerte y se hacía mal uso de la vida. Esto parece ser una alusión a lo que acabamos de decir, pero de una manera más explícita, pues los egipcios, al no recibir el bautismo cristiano, parecerían condenados de por vida a los castigos merecidos que Dios impuso a Adán y Eva.

José de Castro y Serrano señala al motivo de la desaparición de la civilización faraónica del siguiente modo: “Egipto acaba, porque su filosofía corta el progreso; y el progreso de Egipto se corta, porque la religión corta en dos partes la vida humana. El hombre que no piensa más que en la muerte, hace un uso muy limitado de la vida.”⁴³²

Concluye el autor su visión filosófica diciendo que el fin del estado de Egipto en la última época de los Ptolomeos era concretamente lo señalado más arriba: un pueblo que se entregaba a todas las devociones, y una aristocracia que se perdía en el seno de todos los vicios, confusión en la casa de Dios, y confusión en la casa del César, politeísmo y anarquía, Cleopatra, que disuelve perlas para enriquecer el licor del festín, y el siervo que adora al gato para que le libere de ratones la sepultura en que va a dormirse por largo tiempo. El escritor sugiere que Egipto yace en sus dulces sueños desde hace muchos siglos y el encargado de despertarle es una religión y una cultura más infinitas: la religión cristiana y la ciencia moderna. El autor habla de un dulce sueño egipcio que duró siglos. Probablemente se trata del egipcio ptolemaico, es decir, el egipcio de la civilización helenística que duró tres siglos y que mantiene claras referencias con la llegada del cristianismo a Egipto; y, en efecto, queda aclarado cuando nos habla de estos dos tipos de hombres que llegan a Egipto, el uno con un azadón y el otro con una cruz, para asentarse en sus tierras, tras un largo viaje milagroso que finaliza en el año 1869 con la apertura del canal de Suez. Y aquí tenemos ya el fruto de lo que el azadón y la cruz prometían a Egipto: la cultura religiosa y la técnica del trabajo que, con algunos añadidos que el autor no nombra, proceden esencialmente del oeste europeo.

Señala José de Castro y Serrano:

Allí llegarán un día, tal vez el 17 de Noviembre de 1869, dos hombres oscuros a quienes ni la casta ni el nacimiento ha hecho grandes, sino la virtud y el trabajo; y

⁴³¹Ibidem, p. 56.

⁴³²Ibidem, p. 59.

empuñando cada cual su instrumento de vida, el uno un azadón, el otro una cruz, seguirán las inspiraciones de Moisés, haciendo brotar agua que fecunde el desierto, y pronunciarán en nombre del progreso, ante el asombro de Oriente y Occidente, las palabras del sagrado libro: “Aperire terram, et dare pacem gentibus.”⁴³³

V.4.5 La religión cristiana

El Egipto copto representa la autenticidad y la pureza del cristianismo oriental como dogma. Los coptos son la encarnación del alma y de las arraigadas costumbres del antiguo pueblo egipcio. La liturgia copta es una de las más estrictas del mundo por su antigüedad y por su carácter didáctico. La segunda raza de habitantes del Egipto es la de los coptos, llamados en arábigo el Qubt. Hay muchas familias de ellos en el Delta, pero la mayor parte vive en el alto Egipto, donde se les ve ocupar aldeas enteras. La historia y la tradición atestiguan que son descendientes del pueblo despojado por los árabes, es decir, de aquella mezcla de egipcios, persas y especialmente griegos, que en los tiempos de los Ptolomeos y Constantinos, poseyeron por tantos siglos Egipto. Se diferencian de los árabes en la religión, que es la cristiana, aunque siguen la secta de Eutiques. Su adhesión a las doctrinas eutiquianas les trajo persecuciones por parte de los demás griegos, que los convirtieron en enemigos irreconciliables. Cuando los árabes conquistaron el país, se aprovecharon de esta coyuntura para debilitarlos. Los coptos lograron al fin expulsar a sus rivales, y en virtud de estar enterados de la administración interior de Egipto desde tiempos atrás, han llegado a ser los depositarios de los registros de las tierras y de las tribus. Bajo la denominación de escribanos, ellos son en El Cairo los intendentes, secretarios y tratantes del gobierno y de los reyes. Estos escribanos, a pesar de ser despreciados por los turcos a quienes sirven y aborrecidos por los hacendados que los oprimen, forman una especie de corporación cuyo presidente es el escribano y comandante principal. Él es quien dispone de todos los empleos del ramo, que no concede a nadie si no es a fuerza de dinero, según reza el espíritu de este gobierno. El nombre de coptos les viene de la ciudad así llamada, adonde se retiraron, según dicen, en tiempo de las persecuciones de los politeístas griegos.

En este apartado de *La novela del Egipto*, el escritor hace una alabanza a la religión cristiana al decir que es la religión ideal que permite al hombre hacer todo lo que debe realizar en esta vida, ya que no habrá otra oportunidad de vida corporal. Por eso, el escritor critica a la religión musulmana, que toma la vida mundana como una fase transitoria y que considera la existencia de otra vida para hacer todo lo que el hombre no pudo realizar en la vida mundanal.

El escritor dice que el mundo se divide en dos. Una parte se entrega por completo a Satanás y la otra mitad se entrega por completo al sufismo y llama a las puertas de todos los santos, pero el resultado de toda esta religión organizada dogmáticamente es la detención de

⁴³³ Ibidem, p. 61.

la civilización y del desarrollo del mundo. Así, José de Castro y Serrano dice lo siguiente sobre las huellas de la religión cristiana en Egipto: “No se anda un paso por Egipto sin encontrar las huellas de la religión cristiana en sus albores, tal y como nos la pinta el Nuevo Testamento.”⁴³⁴

No sería extraño que una minoría demográfica como la que constituyen los coptos fuera de manera más o menos legal la que se autoconsiderase como una segmentación de la población verdaderamente egipcia. A partir de estas consideraciones, nos parece históricamente relevante tener en cuenta los monumentos de todo tipo correspondientes a la mencionada minoría copta. En el aspecto arquitectónico, es normal que el autor de nuestro libro haya puesto tanto interés, tanta dedicación y seguramente tanto acierto en la descripción que hace del templo copto:

En el mismo Cairo, al extremo del barrio copto, que es la parte más antigua de la ciudad, existe un templo cristiano al que dan culto cismáticos griegos, donde se guarda la piadosa tradición de haberse escondido la Virgen en su huida a Egipto. La iglesia es de lo más extraño que puede verse, pues los gustos arquitectónicos griego y árabe puros forman un concierto de la mayor originalidad, como polos diferentes que son de dos estilos antitéticos. Toda ella está llena de divisiones de rejas de madera, y en la parte del presbiterio aparecen relieves y embutidos de marfil, que han de merecer por su bella forma y la amalgama habilísima que contienen serios estudios de artistas y arqueólogos.⁴³⁵

El escritor asume su pensamiento cristiano, hablándonos sobre una tradición copta muy antigua y muy arraigada en la que se dice que la Sagrada Familia se escondió en un recinto existente bajo esta iglesia del barrio copto cuando atravesó El Cairo, buscando el camino hacia Palestina para huir de Herodes. Los viejos cristianos de Egipto enseñan el templo y la cripta como refugio de una tradición que brotará algún día con fuerza, cuando llegue la hora de la cristianización de Oriente. Estas leyendas relativas al pasado son relacionadas por nuestro autor con otra leyenda relativa al porvenir: la recristianización de Oriente.

A estos efectos, José de Castro y Serrano expone que:

Bajo esta iglesia hay un recinto, especie de cripta húmeda y oscura, en la que se cree que se escondió la Sacra Familia, cuando atravesó el Cairo, buscando el camino de Palestina, para huir de Herodes. Los viejos cristianos de Egipto enseñan el templo y la cripta como refugio de una tradición que ha de brotar algún día, con nueva fuerza, cuando llegue la hora de la cristianización de Oriente.⁴³⁶

El escritor, en este caso, desempeña el papel de guía turístico, nos acompaña de impresión en impresión y nos invita a seguir el mismo camino que siguió la Virgen María hace dos mil años; al mismo tiempo, nos hace ver cosas históricamente importantes para la religión cristiana, así como las ruinas de Heliópolis, consiguiendo de esta forma evocar los dulces sueños de la antigüedad:

⁴³⁴Ibidem, p. 238.

⁴³⁵Ibidem, pp. 238-239.

⁴³⁶Ibidem, p. 239.

Al salir de este sagrado lugar, el viajero no puede menos de emprender el camino que conduce a las ruinas de Heliópolis, para seguir las huellas de los atribulados peregrinos. Heliópolis era una gran ciudad del Bajo Egipto, donde existía un suntuoso templo consagrado al sol, a quien se adoraba en forma de buey. El fuego idólatra de los habitantes de la ciudad, y tal vez la influencia de Herodes sobre su gobierno (pues, a creer a Plinio, Herodes había sido amante de Cleopatra), no permitían a los santos viajeros hospedarse dentro de sus muros; y así es que a cierta distancia del perímetro de las ruinas, es donde se encuentra el árbol de la Virgen.⁴³⁷

Heliópolis era una antigua ciudad faraónica. La palabra Heliópolis significa “Templo del Sol”. En ella, solo queda de sus inmensos obeliscos, templos y palacios, y de su calle adornada con las esfinges que elevaron los primeros faraones, la traza de las murallas; asimismo permanece un solo obelisco que mide veintidós metros de altura, por dos de ancho, en cada uno de sus costados. Es el más antiguo que se conoce en Egipto. Con la invasión de Cambises se precipitó la destrucción de Heliópolis, y los Ptolomeos no hicieron nada para reconstruirla. Algunos trozos se encuentran todavía en las esfinges y varios escritos recuerdan haber visto, hace tiempo, uno que medía veintidós pies de largo.

En relación a esta ciudad, Antonio Bernal dice que: “En Heliópolis, Matarieh hoy en día, existe un jardinito perteneciente a los coptos. Esta raza es la única que se ha conservado intacta de padres a hijos desde el tiempo de Sesostris hasta nosotros.”⁴³⁸

Por su parte, Lázaro Bardón y Gómez señala que:

Existe la tradición piadosa entre las gentes del país, que a la sombra de este bendito sicomoro se guareció la Virgen María de los ardores del sol en su paso a Memphis por aquellas llanuras; por eso se le conoce con el nombre de Árbol de la Virgen. El Virrey hizo la galantería de regalárselo a la Emperatriz de los franceses. Ofrecimos un bono bachis (gratificación) al guarda, y nos dejó subir al Sr. Jamar y a mí: tomamos como recuerdo algunas hojas, frutos y corteza, que se repartieron entre todos, y proseguimos nuestro camino a las ruinas de Heliópolis poco distantes.⁴³⁹

Lázaro Bardón y Gómez continúa su detallada descripción de la siguiente forma:

La ciudad de Heliópolis es la “O” de la Biblia, cuyos muros fueron construidos, igualmente que los de Ramses y otras, por mano de los hijos de Israel, cuando gemían allí esclavos, bajo el látigo de los Faraones. En Heliópolis hubo un antiquísimo y magnífico templo del Sol con un colegio de sacerdotes dedicados al cultivo de las ciencias y principalmente la Filosofía y Astronomía, en donde se cree con fundamento que fueron educados Moisés y Aarón, su hermano. Más tarde vinieron también aquí desde Grecia a estudiar con los egipcios durante trece años Platón y Eudoxo. Y todavía después de la destrucción de este y demás templos del Egipto por el hierro y fuego del bárbaro Cambises, hijo de Cyro; rotas sus estatuas, derribados sus obeliscos, y mutiladas las esfinges, alcanzó a ver Estrabón, cuando visitó estos lugares, la torre en que Eudoxo observaba los astros, y las aulas en que este y Platón había oído las explicaciones de aquellos sabios sacerdotes egipcios, cuyos libros fueron traducidos para llevar la ciencia a Atenas. Mas ¡oh dolor! hoy en medio de aquellas soledades reina el silencio de la muerte. Perecieron todas las antiguas

⁴³⁷ Ibidem, p. 239.

⁴³⁸ Bernal de O’ Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., p. 186.

⁴³⁹ Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit., p. 90.

grandezas, y de la populosa ciudad y su famoso templo permanece como resto un obelisco en pie entre montones de tierra.⁴⁴⁰

El escritor, que visitó la ciudad de Heliópolis, escribió las siguientes palabras sobre aquel lugar:

Declaro que no soy supersticioso, pero a la vista de este venerable monumento histórico, testigo de tantos y tan remotos sucesos, me sentí afectado bajo el peso de tristes reflexiones, y saltando al hoyo en que está situado, estampé en él mis labios en testimonio de respeto entre los sarcasmos y burlas de mis compañeros.⁴⁴¹

Los coptos son cristianos, y como muy pocos han abrazado el islam, han guardado su nacionalidad faraónica, el idioma y nombre primitivo. Los musulmanes, desde la conquista hecha por Amru en nombre del Califa Omar, sucesor del profeta Mahoma, respetaron sus creencias. De aquí resulta que, como de generación en generación habitaron siempre las tierras y los mismos sitios de Egipto, no habiendo sido nunca un pueblo nómada, son positivamente los únicos que conservan la tradición de los hechos verdaderos, sin desfigurarlos con perfiles, adornos ni misterios.

El escritor nos cuenta la historia del árbol de la Virgen y cómo de esta historia se deriva el respeto de los árabes por el árbol. El árbol se encuentra en Egipto, donde la tradición afirma que la Sagrada Familia cristiana (José, María y el niño Jesús) estuvo acogida bajo la benéfica y sagrada sombra del espíritu. Recordemos que para la Iglesia católica la tradición es un motivo de fe:

La tradición piadosa refiere que San José y la Virgen con el Divino Niño, costeano la ciudad de Heliópolis, sintieron cansancio y reposaron á la sombra del sicomoro, haciéndole florecer para toda la eternidad, y endulzando el agua salada de la fuente del Sol que allí existía. El agua es dulce, en efecto, y el sicomoro abunda en flores de tal manera que los curiosos y peregrinos respetan la tradición y el sitio, porque respetan al profeta Jesucristo y su Santa Madre, como á otros profetas cristianos. Los únicos que veneran poco el árbol son los europeos, que escriben su miserable nombre en la corteza.⁴⁴²

También se refiere a este acontecimiento Antonio Bernal:

En el jardín de que hablo, florece copudo y rozagante un enorme sicomoro, a cuya sombra afirman los coptos y el pueblo entero lo dice también, transmitido de siglo en siglo, reposaron la Virgen María, San José y el Niño Jesús, huyendo de la persecución de Herodes, a estas tierras de Egipto!...⁴⁴³

José de Castro y Serrano dice que desde que se vuelve el viajero de su visita a Heliópolis, impregnado de tanto contenido religioso, el piadoso siente al instante el deseo infernal de realizar una excursión a las fuentes de Moisés, que se encuentran a unas cuatro leguas desde la capital. Después de haber visitado el árbol de la Virgen, nuestro autor empieza a mezclar en su visión una cierta dosis de ironía e incluso de incredulidad hasta el

⁴⁴⁰ Ibidem, pp. 90-91.

⁴⁴¹ Ibidem, pp. 91-92.

⁴⁴² Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 240.

⁴⁴³ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., pp. 186-187.

punto de calificar de demoníaco o de diabólico su desliz de turismo sagrado. Entonces, se decide a recorrer cuatro leguas más, hasta llegar a las fuentes de Moisés. Aquí el autor se manifiesta exaltando la calidad de las aguas y la fertilidad del oasis que dichas aguas propician. Nosotros pensamos que se olvida un poco de contar lo fundamental, es decir, el porqué estas fuentes se relacionan con Moisés. Probablemente ni le interesa esta relación ni cree que pueda interesar a sus lectores. Empieza a ser evidente que el contenido histórico de las tradiciones con las que se encuentra no le parece demasiado importante; en medio de sus consideraciones irónicas y humorísticas, lo que no olvida contarnos es que los naturales del país se asombran por el hecho de que cierta corriente de agua vaya de abajo para arriba, aunque esto esté en contra de toda consideración sustancial de una ley científica, como es la de la gravitación universal:

Como las fuentes de Moisés, decíamos, están rodeadas en una gran extensión por el más bello oasis que hay quizá en todo el Desierto; y como la frescura y la humedad que el perpetuo manantial derrama, producen en su lucha con el sol la potente vegetación de las Indias, el viajero se siente trasportado a un nuevo paraíso, desde que toca la tierra donde Dios permitió el milagro de que pudiese ser aplacada la sed de los israelitas y no dejan de tener por milagro los árabes el hervor cristalino de aquella extraña fuente; pues, contra lo natural de sus manantiales comunes, la fuente de Moisés derrama sus aguas por la cúspide de una eminencia. Los árabes hacen constar esta circunstancia con religioso recogimiento, y cuidan el jardín de una manera tan respetuosa como hábil.⁴⁴⁴

El escritor recuerda su pasado como misionero cristianizador en los países del Oriente y nos relata que los orígenes del cristianismo encuentran sus semillas en Egipto y que seguramente llegará el día en el que estas semillas echadas desde hace cientos de años germinen, como germinan las semillas de trigo que han sido guardadas entre cuatro mil y seis mil años en las tumbas de los faraones. El autor establece una semejanza entre el trigo que se encuentra en la custodia del Santísimo (que para los católicos simboliza el cuerpo de Jesucristo), y lo acaba comparando, por otro lado, con el cristianismo actual del siglo XIX que se desarrolla en Egipto, como si este estuviese metido y custodiado en el marco del actual islamismo. Una vez que ha establecido esta afirmación, según la cual el cristianismo es un elemento secreto y oculto pero que permanece en el fondo de la realidad religiosa de Egipto, ya está seguro de que algún día esta idea sagrada y sublime que yace en lo profundo de la realidad egipcia florecerá en forma de cristianismo vivo y activo. En definitiva, el autor supone y al mismo tiempo desea que el cristianismo acabe suplantando al islam, aunque esta idea no la exponga de una manera explícita:

Sí, el cristianismo duerme en Egipto desde que tan extensamente fue sembrado en los campos de la Tebaida, al modo que duerme la hostia del sacerdote católico en los granos de trigo que las momias faraónicas conservan en sus sepulcros. Ese trigo de cuatro o seis mil años se siembra hoy, y produce pan fresquísimo y abundante, como si saliese de la tahona de un labrador de ayer: de la propia manera consérvase latente entre coptos y árabes la semilla cristiana, imperfecta de color y de aroma, como el grano de trigo, pero reproductiva y pura, como el grano también.⁴⁴⁵

⁴⁴⁴Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 241-242.

⁴⁴⁵Ibidem, pp. 242-243.

El escritor afirma que el cristianismo es el que va a salvar a Egipto y al Oriente de su decadencia; con estas palabras describe claramente un futuro en el que la presencia efectiva del cristianismo sea una realidad en Egipto y en todo el Oriente islámico. Desde luego, el autor no dice nada de una futura expansión del cristianismo más allá de los países islámicos, como pudieran ser la China taoísta o el Japón sintoísta. Está claro que para Antonio Bernal su mayor preocupación y lo que más le interesa es el Oriente musulmán.

José de Castro y Serrano señala que:

El cristianismo con sus dogmas de igualdad, con sus preceptos de caridad, con sus leyes de dignidad humana, que son, aparte de las divinas revelaciones, las armas que le han dado preponderancia entre todos los pueblos esclavizados y envilecidos de la tierra, es el que puede salvar a Egipto y al Oriente.⁴⁴⁶

Así, el escritor expresa sus deseos más inconscientes para el cristianismo en el futuro. Ahora intentaré exponer otro paralelismo encontrado en este autor. Se trata del espíritu representado por el río Jordán con sus aguas purificadoras y benéficas, y el cuerpo y la materia que, caracterizados por el desierto donde el islam ahora reina, se favorecerán también con las influencias europeas. Aquí Castro y Serrano quiere mostrarse optimista, imaginando un futuro que a él le parece cristianamente salvador y técnicamente occidentalizante: “Allí está la semilla en criaturas y en lugares: repartámosla, pues, por el ancho desierto, hoy infecundo, y los siglos venideros deberán al presente un canal de agua dulce para los campos, y un nuevo Jordán de vida para los espíritus.”⁴⁴⁷

También añade Castro y Serrano:

Suponíase entre los cristianos del Renacimiento, que al tender el mahometismo su manto de noche por las provincias que encaminaban a las tierras del día, debió conservarse pura y sin mancha la tradición cristiana, allá en algún desierto confín del mundo oriental, donde los hombres de fe y de ardor podrían encontrarla cuando quisiesen. Era imposible que los campos de la Tebaida, sembrados de monjes cristianos alguna vez, no hubieran conservado la semilla de la ley del Redentor, en estado de germinar algún día con fuerza nueva y provecho definitivo de los hombres. Dada esta creencia, tan piadosa como verosímil, era evidente que su representante se había establecido en el país más fértil y lozano, que era rey y sacerdote, que avasallaba, o por lo menos se veía respetado de todos los reyes y de todos los brahmanes que poblasen aquellos mundos; que conservaba viva la fe y en disposición de enlazarla con los occidentales que vinieran en su auxilio; por fin, que el precursor del Mesías se llamaba Juan, y que este debía llamarse lo mismo.⁴⁴⁸

⁴⁴⁶ Ibidem, p. 243.

⁴⁴⁷ Ibidem, pp. 243-244.

⁴⁴⁸ Ibidem, pp. 345-346.

V.4.6 La religión musulmana

La figura del almuédano, almuecín⁴⁴⁹ o muecín en el islam es muy apreciada, pues es el miembro de la mezquita encargado de realizar la llamada a la oración o *adhan* cinco veces al día, con frecuencia desde la torre o alminar. Los tres términos españoles proceden del árabe [mu'aḏḏīn]) o "gritador". Almuédano viene directamente del árabe andalusí; muecín viene del turco müezzin (tomado del árabe) por medio del francés. Almuecín es un híbrido de ambas palabras. El almuédano es elegido por su voz y por su personalidad. En algunas ocasiones, aparte de efectuar el *adhan*, se coloca durante la oración en una plataforma situada en el lado opuesto al del púlpito o minbar, y responde a los sermones del imán. En la actualidad, los almuédanos con frecuencia ya no suben a los minaretes, sino que pronuncian la llamada a la oración con la ayuda de megafonía. El primer almuédano del islam fue Bilāl Bin Rabāh. Hay otros almuédanos célebres por la calidad de sus voces.

El escritor José de Castro y Serrano, cuando abordó el tiempo de las oraciones y el llamamiento a la oración por almuecín, también recordó que el rezo musulmán se diferencia levemente del rezo judío. Así pues, nuestro autor dedica unos elogios relativos a los rezos y a la práctica religiosa de los musulmanes. Lo que más atrae su atención es lo más espectacular, es decir, la llamada o convocatoria del muezin a la oración. Casi no se puede decir que nuestro autor haga comentarios más profundos acerca del significado de esta llamada.

José Castro y Serrano aprovecha la ocasión para dirigir unos improperios a los judíos. El autor La novela del Egipto comenta lo siguiente:

A ciertas horas del día se celebra rezo litúrgico, al cual llama el muezin, o sacristán, desde el minarete, sirviéndose de su voz propia en lugar de campana. En esas horas los fieles cantan al llano versículos del Corán, sentados o arrodillados sobre tapices. El servicio arábigo es, pues, serio como la raza, y nada tiene de común con la jerigonza y desentono de los judíos.⁴⁵⁰

El autor habla del ceremonial litúrgico que los musulmanes tienen que llevar a cabo, así como los cristianos tienen que hacerlo también con su propia religión. Da la impresión de que el autor siente hacia el islam una simpatía que podemos llamar protectora o paternalista. Empieza a explicar cómo se hace la ablución, pero se olvida del lavado de la cara, que es fundamental para perfeccionar la ablución, y así lo comenta en el siguiente párrafo de su novela:

Antes de entrar en la mezquita, o como si dijéramos, en la nave de la iglesia, existe un patio en cuyo centro se alza una fuente con pilas bajas alrededor, donde el devoto verifica sus abluciones. El mahometano entra en su templo como al cristiano se le recomienda que

⁴⁴⁹Hombre que desde el alminar de la mezquita convoca en voz alta a los fieles musulmanes para que acudan a la oración.

⁴⁵⁰Ibidem, p. 226.

entre en el suyo: limpio de alma y de cuerpo. En estas fuentes los árabes se bañan cinco miembros, como disposición al rezo sagrado: los dos pies, las dos manos y la cabeza.⁴⁵¹

Arturo Baldasano y Topete nos informa un poco sobre la liturgia del islam y sobre las cinco oraciones diarias, que son uno de los cinco pilares. Nos explica sencillamente cuál es el horario en el que se realizan estas cinco oraciones a las que el muecín llama. Podría haber añadido algo para completar lo que dice, por ejemplo, una mención de las abluciones que acompañan a la oración (y esto sabiendo que las abluciones, por hacerse naturalmente con agua, tienen un significado simbólico y de referencia espiritual como es la limpieza moral de quien va a entregarse a la oración). No se trata de algo exclusivo del islam, pues ya sabemos que los cristianos consideran que se entra en el terreno espiritual y religioso del cristianismo precisamente por el agua del bautismo, y sabemos también que los romanos anteriores al cristianismo practicaban el contacto con un agua que se suponía pura, a la que se llama agua lustral. En cuanto al horario de las oraciones, están distribuidas a lo largo del día con unos intervalos de tiempo que permiten al creyente impregnarse de la espiritualidad de cada oración, sin dejar entre ellas ningún vacío para el olvido religioso o la frivolidad. Es sobre todo significativo que la primera oración tenga lugar poco antes de amanecer y la quinta oración poco antes de anochecer. Es como si se hubieran querido inaugurar religiosamente las dos fases cotidianas del vivir humano: el día y la noche.

Encontramos que Baldasano y Topete reflexiona sobre la figura del almuédano y, de una forma más precisa, sobre las cinco oraciones diarias de los musulmanes:

Si no hubiéramos visto ocultarse el sol, el *mor´reb* o cuarto canto de los muedines (especie de campanas vivientes, que dan la señal de oración) nos hubiera indicado que se acercaba la hora de comer. Cinco veces llama el *muedín* a los creyentes; la primera (según ellos la más agradable a Dios) una hora antes de amanecer, llamada *Fedjer*, en que con voz sonora les advierte que la oración es preferible al sueño; la segunda, el de *dhaur*, al mediodía; la tercera, el *aser*, a las tres de la tarde; el *mor´reb* a la puesta del sol, y la última al anochecer: todas sus llamadas van precedidas de la fórmula *Allah ak-ber* Dios es grande; *la ilah la Allah, Mohammed rassourl Allah*; no hay más Dios que Dios, y Mahoma su profeta.⁴⁵²

Gregorio Andrés y Espala parece estar más informado que el anterior autor. Por ejemplo, sabe que en caso de que no haya agua el creyente que está entregado a la oración puede hacer la ablución de una manera especial que consiste en utilizar la arena o la tierra como si fuera agua. Y a esto le podemos atribuir un significado espiritual y teológico, puesto que al remediar la ausencia del agua, que es un bien terreno aunque líquido, se puede utilizar la tierra, que es un bien directamente terreno por definición y que podemos considerar como una expresión todavía más clara de la creación divina como soporte de todas las otras creaciones.

Gregorio Andrés y Espala se acercó a la religión musulmana de una forma más profunda al mencionar que:

⁴⁵¹Ibidem, p. 225.

⁴⁵²Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem*, ob. cit., p. 111.

Los deberes religiosos se limitan a hacer cinco oraciones diarias precedidas de abluciones con agua pura en la cara, manos, antebrazos y pies. Hecho esto se pasa la mano sobre los puntos humedecidos: a falta de agua se frota con arena o tierra seca. No es preciso hacer la oración en una mezquita; todos los sitios son a propósito para el rezo a excepción de las sinagogas; pero siempre han de arrodillarse, cuando no están en sagrado, sobre una esterilla que sirve a la vez de templo, mesa y cama para el pobre.⁴⁵³

Las mezquitas son el elemento arquitectónico fundamental del islam, porque en esta religión se practica y se siente lo que podemos llamar la unidad o unificación universal. De esta manera, igual que en el islam no hay separación entre lo religioso y lo civil, tampoco puede haber separación entre la arquitectura religiosa y la arquitectura doméstica o civil; es por esto por lo que toda la emoción del constructor y de quien hace uso de estas construcciones humanas tiene su cúspide y realización moral más alta en la mezquita, hogar, por decirlo así, en el que se acoge y expresa la sensibilidad espiritual del creyente. Y de manera equivalente, la interconexión entre la mezquita y el hogar doméstico, dado que ya sabemos que este último podemos convertirlo en una especie de mezquita poniendo en el suelo una simple esterilla sobre la que se coloca el musulmán en su oración. El acercamiento de José de Castro y Serrano a la religión musulmana fue a través de las mezquitas, como se recoge en el siguiente fragmento de su novela:

Imposible sería dar una idea, ni aun aproximada, de las innumerables bellezas que constituyen o encierran las mezquitas. Desde la más modesta y de breves proporciones, cuya fachada aparece revestida de rayas horizontales encarnadas y blancas, hasta la verdadera catedral que construyó Mehemet-Alí para reposo de su cuerpo y ofrenda de su alma, todos los estilos airosos, todas las caprichosas combinaciones de la ornamentación y de la gracia arquitectónicas, tienen un libro abierto en las calles del Cairo.⁴⁵⁴

Por otro lado, Antonio Bernal hace una descripción de la oración con la particularidad de que no parece interesarse por el aspecto mental o espiritual de este momento religioso. Da la impresión de que lo que le llama la atención es exclusivamente lo corporal. Nos hace ver todas las particularidades y las zonas del cuerpo que son interesantes e importantes para que la oración esté bien realizada. Empieza describiéndonos el movimiento de conjunción entre la mano y la oreja como si quisiera darnos a entender el funcionamiento con intención sagrada entre el tacto y el oído. Después nos habla del contacto que debe haber entre siete partes del cuerpo y la tierra. Se trata de la cabeza, las dos manos, las dos rodillas y los dos pies. Es muy interesante señalar que estas siete partes del cuerpo no solamente son fundamentales e importantes para la vida del individuo en cuanto que se trata de la inteligencia por la cabeza, la posesión por las manos, las dos rodillas necesarias para el gesto tradicional de la humildad y los dos pies necesarios para la marcha, el traslado y la relación. Así pues, tenemos la impresión de que este momento corporal de la oración es como el resumen o el compendio de las más importantes facultades humanas. Además, hay que tener en cuenta que el número siete (y aquí se trata de las siete partes del cuerpo mencionadas) constituyen en su conjunto ese número que desde los tiempos más remotos ha sido siempre sagrado. En el cristianismo se habla de las siete virtudes esenciales,

⁴⁵³ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., p. 90.

⁴⁵⁴ *Ibidem*, pp. 226-227.

de los siete pecados capitales; en el aspecto histórico y de civilización se habla también de las siete artes fundamentales, y, por otra parte, en la ciudad cristiana por excelencia, que es Roma, están las siete colinas histórico-geográficas.

Así las cosas, el simple hecho de que la oración del musulmán se realice poniendo siete partes de su cuerpo en relación con la tierra es un acto reverencial, místico y misterioso. Y aunque el autor no nos lo haya dicho, en la materialidad de este comportamiento se encierra un significado profunda y sobrenaturalmente lleno de misterio y, hasta podríamos decir, de teología.

Como resultado de esto, Antonio Bernal describe la forma del rezo musulmán de la siguiente manera:

Los musulmanes en general, donde quiera que se encuentran, al primer acento del *muezzin* se detienen: vuelven el rostro a la *Meka*, levantan las manos, colocan el dedo pulgar sobre la parte inferior de las orejas y recitan el *Tek-Byr*, oración preliminar, inclinándose hacia adelante repetidas veces. Después fijan las manos en la cintura, bajan la cabeza, y se tienden en el suelo en posición horizontal, de manera que toquen la tierra siete partes del cuerpo: es decir, las manos, los pies, las rodillas y la frente; y finalmente, se sientan sobre los talones, en posición de rodillas, con los brazos sobre los muslos, y permanecen en tal actitud largo tiempo en contemplación.⁴⁵⁵

V.4.7 Las mezquitas y el arte en El Cairo del siglo XIX

Las mezquitas en El Cairo son numerosas, por lo que antiguamente fue denominada como “la ciudad de los mil minaretes”. La mezquita del sultán Hassán en el barrio de la ciudadela representa la pirámide de los monumentos islámicos. Los reyes y príncipes que gobernaban Egipto se disputaban entre ellos la edificación de las mezquitas. José de Castro y Serrano señala que nos sería suficiente poder leer la siguiente frase para imaginar cuántas mezquitas hay en El Cairo: “En una sura o versículo del Corán se leen estas sentenciosas palabras: -Todo el que edifique una casa de oración, construye una casa para sí en el Paraíso.”⁴⁵⁶

Lázaro Bardón y Gómez nos cuenta las impresiones de su primera visita a las mezquitas de El Cairo:

En un país en que domina la fe mahometana, el cristiano viajero siente una comezón irresistible por saber lo que son aquellos templos y las prácticas de su culto. El día 22 de Noviembre, desde la mañana, fue destinado a visitar las mezquitas más notables que

⁴⁵⁵Bernal de O’ Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., p. 108.

⁴⁵⁶Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 224. Sin embargo es importante señalar que estas célebres frases citadas por el autor no son versículos de El Noble Corán sino que son palabras del Profeta Mahoma. Y el texto del dicho del profeta dice así: “Quien edifique una mezquita para Dios, Dios le construye una casa en el Paraíso.” Véase este dicho en Ahmed Ibn Salem El Safariny, Mohamed Ibn, *Ġizā’u al-albāb fī šarḥ manzūmaht al-’ādāb (Alimentación de los mentes en la explicación del conjunto de las éticas)*, El Cairo, Editorial Institución de Córdoba, 1993, p. 1.

contiene el Cairo, sirviéndonos para no perder tiempo del indispensable dragomán o cicerone, y nuestro correspondiente vehículo de dos caballos. Las hay de varias formas; pero lo común es que constan de una parte cubierta y otra al aire libre, formando un gran patio cuadrado, enlosado y sumamente limpio. En el interior no hay muebles, ni altares, ni sillas; allí no se sienta nadie sino en el suelo, cruzadas las piernas como ellos saben hacerlo. Fuera de la decoración de las paredes, más o menos rica e historiada, y lo mismo de los techos, solo se ven inscripciones árabes en muchas de ellas. Nada de imágenes pintadas ni de bulto, como entre nosotros. Un pozo muy elegante, con su pilón alrededor, dividido en compartimentos, para las abluciones; una especie de púlpito para leer el *Korán*, y un coro alto para los cantores, es lo único que hay en todas ellas. Es de necesidad descalzarse para entrar, y antes de pisar el sagrado, los mahometanos se dirigen al pozo y se lavan con mucho cuidado pies, manos y cabeza, y comenzando por besar el suelo se postran con la mayor reverencia sin mirar a nadie, ni hablar, ni escupir, y sacando su gran rosario, se están pasando cuentas, y rezando, las horas perdidas. Las mujeres no van al templo. Algunas mezquitas de las más notables contienen además el sepulcro de su fundador dentro de alguna capilla o en otro sitio aparente cercado por una verja. En las torres, que por lo común son muy bellas, no hay campanas. Para llamar a los fieles, sube en la hora destinada a la oración el almuecín o Sacerdote, y recita a grandes voces un texto de su biblia o Corán; cosa que produce en el ánimo un efecto misterioso e inexplicable, sin duda por el tono y altura en que tales palabras se pronuncian.⁴⁵⁷

El mismo escritor español visitó la mezquita de Amrú, y nos la describe de la siguiente manera:

Cariñosamente despedidos de Sitti-Mariam, anduvimos corto trecho y entramos en la mezquita de Amrú, madre de todas las del Egipto, pues data del año 641, y es el tipo verdadero de la mezquita primitiva: consta de un grande espacio cuadrado con un pozo en el centro para las abluciones. Una tercera parte al Mediodía está cubierta de techo plano de cañas, sostenido por muchas series de arcos de ladrillo, y multitud de columnas de alabastro; aquí se ve el sepulcro del fundador construido de madera pintada. El resto, al aire libre, tiene su pórtico todo alrededor de columnas como las anteriores.⁴⁵⁸

Como ya he dicho anteriormente, lo más notable y característico de El Cairo son las mezquitas, llegando su número en el siglo XIX a más de cuatrocientas; algunas mezquitas son tan antiguas que su edificación se remonta al siglo VII. Las mezquitas de El Cairo se consideran como un gran museo de arte islámico abierto al público que añaden a El Cairo una especial belleza. En El Cairo se encuentran numerosísimas mezquitas y entre ellas hay dos maravillas arquitectónicas que son imprescindibles para el viajero: por un lado, se encuentra la espectacular mezquita de Mohamed Alí, y por otro, está la mezquita de An Nasir Muhamad. La mezquita de Mohamed Alí también es conocida como la mezquita de Alabastro y fue construida siguiendo el modelo de la mezquita de Santa Sofía, la más importante de Estambul. Fue construida en honor a Mohamed Alí entre los años 1830 y 1848 y se hizo en la cumbre de la ciudadela, de tal forma que es visible desde muchísimos puntos de El Cairo. Está compuesta por una bóveda central inmensa rodeada de otras cuatro bóvedas, y posee dos minarettes cilíndricos iguales de estilo turco con una altura de ochenta y dos metros. La mayor parte de esta mezquita se construyó de piedra caliza, pero hay determinados lugares que están hechos con alabastro; de ahí su nombre. Es una mezquita

⁴⁵⁷Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit., pp. 59-60.

⁴⁵⁸Ibidem, pp. 97-98.

realmente impresionante que se ha convertido en uno de los lugares más turísticos de El Cairo y con razón, pues posee una belleza inmensa. La otra mezquita, la de An Nasir Muhamad, posee una arquitectura mucho más islámica que la anterior y destaca sobre todo por la influencia mongol y persa que posee, que queda reflejada sobre todo en los elementos faraónicos, romanos y coptos que tiene. No es tan espectacular como la mezquita de Mohamed Alí, pero posee también una extraordinaria belleza.

A las mezquitas de El Cairo se refiere José de Castro y Serrano:

No hay que esforzarse, pues, mucho para hacer creer que en el Cairo hay más de cuatrocientas mezquitas. A cada cincuenta pasos se tropieza con una, entre ruinosas y útiles, cuya data se extiende desde el siglo VII hasta nuestros días. Todas ostentan una o varias cúpulas, y una o varias agujas o minaretes, que son las que dan al Cairo ese aspecto indefinido de belleza que se llama aspecto de filigrana. Cairo y mezquita son sinónimos para el arte.⁴⁵⁹

Las palabras de José de Castro y Serrano en lo que se relaciona con las mezquitas de El Cairo nos confirmarán aquello que Antonio Bernal nos había contado anteriormente sobre la existencia de más de quinientas mezquitas en El Cairo:

Entre grandes y pequeñas existen más de quinientas mezquitas; pero entre todas descuella la que edificó Amru, lugarteniente de Omar, en el año 640 de la era cristiana, por su tipo primitivo, y se halla en el viejo Cairo, que fue donde esta ciudad tuvo principio. Construida a cielo descubierto, constituye este edificio una columnata de trescientas columnas que forman y sostienen las varias galerías que le cercan en derredor. La fuente para las abluciones, que se halla a la sombra de una hermosa palmera, es de un gusto, de una elegancia y de una riqueza de trabajo notabilísimo. Su arquitectura, del género árabe el más puro, con la techumbre que en elevada bóveda le presta el cielo incomparable del Egipto, se armoniza de tal suerte, que invita a la contemplación, incita al rezo y predispone a elevar plegarias al Altísimo.⁴⁶⁰

El autor hace una exposición verbal y literaria a propósito del impacto estético que la edificación religiosa tiene en el conjunto de la ciudad. Es interesante que al comienzo de la descripción que escribe con este propósito ponga de manifiesto la vecindad o proximidad existente entre las mezquitas en ruinas y las mezquitas en uso actual. Con ello, es como si quisiera realizar una doble redención entre unas y otras, como si viera en la pobreza de las mezquitas en ruinas un mensaje de humildad hacia sus vecinas, que están en uso y en esplendor.

El conjunto de las mezquitas sugiere a nuestro autor una verdadera reflexión sobre la liturgia musulmana. Del mismo modo que recientemente nos ha hablado del agua y de las fuentes, con lo que nos hacía pensar en las abluciones consecuentes a la oración, ahora nos habla del ceremonial de descansar en espacios creados para tal propósito en las entradas y accesos de las mezquitas. Todo ello es como un conjunto más o menos concebido para el ceremonial, que acompaña a la fe. Si tenemos en cuenta que también en relación con las mezquitas alude a la limosna, podremos pensar que pretende, en esta ocasión, acercar su

⁴⁵⁹Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 224.

⁴⁶⁰Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., pp. 178, 179.

espíritu a los famosos y bien conocidos cinco pilares del islam, como se les llama metafóricamente: “Como el europeo puede entrar en todas ellas, merced únicamente a una limosna para el devoto que conserva las que no están en uso, y con descalzarse o ponerse pantuflas sobre las botas para penetrar en las que tienen servicio religioso, la verdadera visita de la ciudad es la visita de estos templos.”⁴⁶¹

El autor se hace musulmán y entra a la mezquita, se convierte en un ulema y empieza por explicar cómo se hace la oración, pero comete un error, porque el musulmán durante la oración se encuentra en comunicación espiritual con Dios y no con Mahoma. El autor parece que quisiera darnos a entender que comprende perfectamente cuál es la función religiosa de la mezquita, y se vuelve a equivocar al suponer que la oración está orientada a la *kibla*, cuando en realidad está dirigida desde la *kibla*, pero orientada hacia la ciudad santa de La Meca. No tenemos más remedio que pensar en las creencias cristianas del autor y en su creencia en la doble personalidad de Jesucristo como hombre y como Dios. Es como si le costara trabajo admitir la fe en un Dios único como lo es el del islam que no se ha encarnado:

Las mezquitas no tienen de común entre sí más que la situación y forma de su *kibla*. La *kibla* es un nicho como los destinados a estatuas, que mira siempre a la Meca, para que el devoto se halle en perpetua comunicación moral con Mahoma. Satisfecho este precepto litúrgico del Corán, la mezquita puede ser, y es en efecto, del orden, de la forma y de la materia que más conveniente le ha parecido al constructor.⁴⁶²

Como muestra del florecimiento de la civilización islámica en El Cairo durante el tiempo de esplendor de los califas, cabe destacar una leyenda increíble en la que un califa quiso que en su reino fueran felices hasta los pájaros del cielo:

Ha habido una época tan ostentosa y tan rica en la dominación musulmana de Egipto, que los califas, no contentos con honrar a Dios con el arte y a los hombres con la abundancia, quisieron hacer partícipes de la felicidad hasta a los pájaros. En la biografía de un bajá de los siglos medios se cuenta que sobre la torre de una de las más bellas mezquitas que construía, mandó poner un barco de bronce dorado, con el fin de que estuviese siempre lleno de trigo. “Quiero (decía) que sean dichosos en mi reino hasta los pájaros del cielo.”⁴⁶³

Lázaro Bardón y Gómez nos cuenta una anécdota en relación con la oración y con la mezquita. Ocurrió que dos señores occidentales, españoles y cristianos, entran en una mezquita en el momento más solemne de la oración. Debemos advertir que el narrador de esta anécdota empieza diciéndonos que su aventura se inicia como un acto de imprudencia. Desde luego, su intención es hacernos saber que él y su compañero estaban provistos de las mejores intenciones, pero el simple hecho de reconocer que su gesto era imprudente ya nos da la impresión de que en lo profundo de su pensamiento y casi sin que él mismo lo supiera había una intención contraria a lo que se iban a encontrar en la mezquita, y en el grupo de los fieles que en ella se recogían y oraban. No solamente había en él esta impresión adversa, sino que además sentía el temor de que su audacia fuera reprobada y mal recibida. En

⁴⁶¹Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 224-225.

⁴⁶²Ibidem, p. 225.

⁴⁶³Ibidem, p. 227.

realidad, todo esto se puede resumir en una especie de orgullo o vanidad de quien en un ambiente extraño se considera inconscientemente superior. Quizá por esto mismo le sorprendió tanto el hecho de que los musulmanes recogidos en la mezquita a la que nuestros protagonistas entraron solo tuvieron hacia estos un comportamiento amable y cortés. Así, Lázaro Bardón y Gómez señala que:

D. Joaquín Jamar y yo cometimos la imprudencia de entrar en una mezquita llena de creyentes en la hora de la oración de la tarde; y así como en España, u otra parte, nos hubieran apaleado y echado de mala manera por excomulgados y profanos aquellos hijos de Mahoma nos dejaron estar estorbando en el mejor sitio todo el tiempo que quisimos y nos abrieron paso al salir despidiéndonos con la mayor afabilidad y cortesía. ¡Mucho tiene que aprender quien va al extranjero y compara!⁴⁶⁴

V.4.8 La generosidad, el honor y la nobleza de los árabes

La generosidad era una de las cualidades más apreciadas en la época de *Algahiliya*, “antes del islam” y después del islam. Los árabes se jactaban entre ellos de la generosidad y estimaban mucho a los generosos; entre los hombres que poseían esta apreciada cualidad destaca la figura de Hatem At-Tay, mencionada en *La novela del Egipto* por José de Castro y Serrano.

La tradición árabe está llena de ejemplos de generosidad, honor y nobleza. El árabe nació en el ambiente beduino de los nómadas y pastores de camellos que recorrían la península arábiga en busca de pastos y del agua que hace posible la vida cuando aflora en pozos salobres o en los oasis, mancha verde en el horizonte que el beduino transcenderá como paraíso, agua procedente de las altas montañas por las breves y violentas tormentas primaverales que generarán arrambladas y una vegetación efímera. Así, el agua se convierte en el símbolo de la vida y de la generosidad. El hombre solo sobrevive en este medio hostil mediante un riguroso código social, basado en la consanguinidad patrilínea. Los árabes tienen plena conciencia étnica: son semitas, descendientes de Abraham a través de Ismael, hijo de Hagar. Las tribus árabes,⁴⁶⁵ que guardaban entre sí una solidaridad étnica de lazos de sangre agnaticios o de parentela, vivían enzarzados en continuas luchas a las que los obligaba el duro equilibrio de la vida de las estepas semidesérticas, en donde la muerte de un hombre debía ser compensada con igual pérdida por aquellos que la habían causado, aunque

⁴⁶⁴Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit., p. 38.

⁴⁶⁵Arturo Baldasano y Topete habló sobre el origen de los árabes señalando que: “Los árabes tienen un doble origen. Los primeros, llamados árabes puros y sin mezcla, descienden de Cahtan o Joctan, hijo de Heber y hermano de Phaleg, el cual, después de la división de las lenguas, vino a habitar esta península del Asia, que puede haber sacado su nombre o de Yarab, hijo de Joctan, o de una gran campiña que está en la provincia de Tahamah, y que lleva el nombre de Arabal. El segundo origen de los árabes viene de Ismail, hijo de Abraham, que se estableció entre los árabes puros y antiguos, y fue el padre de los que se llaman muzárabes, que significa árabes mezclados. Pero es preciso no confundir estos con los muzárabes modernos, que son verdaderamente árabes mezclados con los de otras naciones que están fuera de la Arabia; el nombre de muzárabes que les dieron los españoles, ha corrompido este.” Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem*, ob. cit., p. 123.

esta pérdida también podía compensarse económicamente —el precio de sangre— según el derecho consuetudinario que igualmente regulaba treguas periódicas bajo la forma de meses sagrados.

La generosidad y el honor se mezclaban. Cualquier viajero podía llegar a la tienda del más rico o del más pobre de los árabes, y sería bien recibido y alimentado durante tres días. Violar las leyes de la hospitalidad era una gran deshonra. Además, el huésped era protegido mientras que permaneciera allí y los perseguidores tendrían que respetar la inviolabilidad del hogar. En caso contrario podría causar conflictos y guerras entre las tribus. La forma de vida beduina fue mitificada por la civilización árabe como emblemática de su humanismo, convirtiéndola en el arquetipo cultural y ético, aunque los árabes preislámicos no eran exclusivamente beduinos y pastores de camellos. En la península arábiga existían valles agrícolas y un medio de vida basado en el sector del transporte comercial: las caravanas. Por otro lado, los árabes no se encontraban encerrados en su península, sino que habían iniciado una expansión hacia la zona sirio-palestina y Mesopotamia, creando pequeños reinos seminómadas.

Hatem At-Tay, cuyo nombre completo en árabe era Hatem Ibn Abdallah Ibn Sa'ad At-Taiy An-Najdi, fue un famoso poeta árabe. Era cristiano y pertenecía a la tribu árabe de los Tay. La historia habla sobre él por su extrema generosidad, lo que lo convirtió en un icono para los árabes hasta nuestros días, como en la famosa frase proverbial “Akram min Hátem”, que significa "más generoso que Hatem". Vivió en Najd (ahora Arabia Saudita), en el siglo VI después de Cristo famoso por su generosidad y su bondad, fue mencionado en algunos *hadices*, “dichos” del profeta Mahoma. Hatem At-Tay viajó a lugares peligrosos, y lejos de resolver las siete preguntas a las que se enfrentó en la causa de la justicia y la verdad, ayudó a los pobres y a los débiles. Aparece representado en *Las mil y una noches* y en otras leyendas de diversos libros e historias, siendo además, una figura muy conocida en el resto de Oriente medio, así como en India y Pakistán. Muchos libros se han escrito sobre él en los diferentes países e idiomas e incluso, varias películas y series de televisión se han producido sobre sus aventuras. Se cuenta que el famoso poeta y filósofo Ibn Arabi descendía de Hatem At-Tay murió en el año 578, siendo enterrado en Torán.

El autor de *La novela del Egipto* hace una alabanza de la generosidad y de la nobleza de los árabes, que practican como precepto de su religión y de su nobleza. Así, el escritor cita un ejemplo de la generosidad de los árabes al hacer referencia a la historia de Hatim At-Tay. José de Castro y Serrano reconoce que hay en el alma árabe un fondo de hidalguía del que brotan la beneficencia y la generosidad. Por eso cabe destacar el gran ejemplo de la literatura árabe narrado en la leyenda de Hatem El Taey. La cualidad del árabe que quiere destacar el escritor es la generosidad. Aquí el autor nos habla de un joven que es muy generoso y su hospitalidad es de la que podríamos llamar universal, ya que está dispuesto a desprenderse de todo lo que tiene en favor del prójimo. La historia se divide en dos partes: una primera que podemos considerar la más primitiva en cuanto al objeto de su generosidad, puesto que se trata de regalar animales, y una segunda parte más evolucionada, más técnica, puesto que ahora se trata de donar dinero. Es, como si dijéramos, una hospitalidad más

universal cuyo objeto es todo aquello que en el pasado, en el presente y en el futuro pudieran considerarse como bienes enajenables. De este personaje José de Castro y Serrano destaca que:

Jatin (el generoso) es una especie de hijo pródigo que parece arrancado de la parábola cristiana. No vamos a contar esta historia, porque nos desviaría demasiado de nuestro objetivo; pero vamos a referir el primer rasgo de su vida y el último, para que el lector forme completa idea de la raza que el Occidente va a recivilizar.⁴⁶⁶

Por otro lado, nuestro autor orientalista como queriéndonos dar a entender que él tiene profundos conocimientos de la literatura árabe, añade sobre Hatem At-Tay lo siguiente:

Hijo Jatin de uno de los hombres más ricos de Oriente, recibe, mozo aún, el encargo de vender en la feria vecina gran cantidad de ganados de labranza. Concluida la feria, torna Jatin a su casa sin ganado y sin dineros.

-¿Qué has hecho de los ganados? (le pregunta su padre).

-Unos los he regalado a unos infelices labradores que apenas tenían dinero para comprarlos endeblés: los otros los he vendido.

-Y ¿qué has hecho del dinero de estos?

-El dinero lo he dado de limosna a otros labradores más pobres, que no tenían ninguno para comprar.⁴⁶⁷

Su vida se termina con la expulsión de la casa paterna y la soledad en medio del desierto y aún sigue siendo tal como era en sus mejores días. A esta actitud de generosidad se refiere José de Castro y Serrano:

Cierta noche llega un árabe a pedirle hospitalidad: Jatin se la concede con la nobleza de sus mejores tiempos, y se le pregunta si ha cenado. El árabe no solo no ha cenado, sino que experimenta un gran apetito después de su jornada. Bien pronto se le sirve una magnífica cena, durante la cual, el desconocido se explica de este modo:

-No sé, Jatin, cómo decirte el objeto de mi venida: yo deseo tu caballo, y vengo a pedírtelo a cambio de cuanto tú quieras de mí.

-¡Desdichado! (interrumpe Jatin); ¡por qué no principiaste por decírmelo? No tenía que darte de cenar, y te lo estás comiendo. Era lo único que poseía.⁴⁶⁸

He aquí otro ejemplo de la generosidad de los árabes. Se cuenta que un día preguntó un hombre a Hatem At-Tay: Hatem, ¿conoces a alguien que sea más generoso que tú? Le respondió Hatem que sí, que existía un joven huérfano de la tribu de Taye: “un día le visité a este joven en su patio y tenía diez ovejas; el joven se acercó a una oveja y enseguida la sacrificó; el joven me presentó la mejor parte de la carne de la oveja y lo que me había ofrecido era la cabeza. Que comí y resulta que me gustó mucho esta parte de la carne;

⁴⁶⁶Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 154.

⁴⁶⁷Ibidem, pp. 154-155.

⁴⁶⁸Ibidem, pp. 155-156.

entonces le dije al joven: ¡por Dios, qué sabroso es esto!; sin decirme nada, el joven salió sin decírmelo y comenzó a sacrificar las diez ovejas una por una ofreciéndome la carne de cabeza sin que yo supiera lo que estaba haciendo. Finalmente, cuando yo salí para marchar miré alrededor de su casa y vi que había mucha sangre, porque el joven había matado a todas las ovejas que poseía; entonces me dirigí al joven diciéndole: ¿por qué hiciste esto? Respondió el joven diciendo: ¡ay, Dios mío! ¿Acaso te gusta algo que yo poseo y me convierto en tacaño contigo? Esto sería un insulto para los árabes”. Preguntó el hombre: tú, Hatem “¿cómo has recompensado al joven huérfano?”, a lo que Hatem respondió: “le recompensé con trescientos camellos y quinientas ovejas”. El hombre le dijo a Hatem: “entonces, tú eres más generoso que él”; pero Hatem At-Tay le contestó al hombre diciendo que no, “él es más generoso que yo, porque me ofreció todo lo que tenía de ovejas, mientras que yo le di al joven un poco de lo muchísimo que tengo.”⁴⁶⁹

José de Castro y Serrano nos proporciona otro ejemplo tomado de la literatura árabe sobre el honor y la nobleza de los árabes y así lo señala:

Un jefe de tribu de la Arabia poseía tan hermoso caballo como jamás había corrido por las arenas de Libia. Otro jefe amigo, envidioso de poseer tal alhaja, hizo al árabe repetidas proposiciones para comprarle el bruto; pero como un árabe no vende jamás su caballo, tuvo que desistir del propósito, y decidió adquirirlo de otra suerte. Un día en que el caballero cabalgaba por el camino de su aduar, halló arrojado en tierra a un infeliz leproso, faltar ya casi de aliento y de vida.

-¿Qué haces ahí? (le preguntó).

-Voy en busca de los míos, enfermo y moribundo: el cansancio me ahoga, y espero morir en este camino solitario, aunque mi tribu está vecina.

-Móntate en mi caballo, si puedes (le dijo el caballero), y te seguiré de pie hasta el aduar.

El leproso se incorporó con gran trabajo, y procuró subirse en el caballo con la ayuda de su salvador; pero apenas se hubo montado, tiró los parches que le desfiguraban el rostro, y gritó en son de triunfo:

-¡No quisiste venderme el caballo, y te lo robo!

Al mismo tiempo, picaba los ijares del corcel y desaparecía.

-¡Llévatelo en paz! (dijo entonces el dueño); pero ten entendido que no volveré a compadecerme de ningún enfermo abandonado.

El árabe ladrón se detuvo en el instante, y volvió hasta donde estaba el otro.

-Toma (le dijo, bajándose): a ese precio no quiero tu caballo.⁴⁷⁰

En esta historia el autor nos ofrece una doble imagen del árabe; por una parte, aparece el caballero orgulloso e intransigente, que ama a su caballo y que a través de

⁴⁶⁹ *Al Durar Alsaniyah*, Una revista electrónica, Enciclopedia de la Ética, Ejemplos de la generosidad de los árabes en la edad Gaheliya, <http://www.dorar.net/enc/akhlaq/400>, Director Olwy Ibn Abdelkader El Sakkaf, (2014), p.1. La última fecha de acceso a la página 6/12/2014.

⁴⁷⁰ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 153-154.

este afecto hace brillar su propia importancia como jinete y como caballero. Por otra parte, refiriéndonos al falso leproso, vemos que más allá de la aparente maldad de su astucia tiene una bondad y una caridad profundas, pues, no permite apropiarse del caballo que desea si de esta manera va a privar de socorro a los verdaderos desgraciados y enfermos que lo necesiten.

V.5 TEMAS CULTURALES, CIUDADES, LUGARES Y COSTUMBRES

Ciertamente, Egipto tiene la cultura más antigua de la humanidad. La palabra religión procede del verbo latino “religare”, que significa la alianza, es decir, la unión o la relación del hombre con Dios, o en el supuesto politeísta, con los dioses. Este último caso es el de la cultura religiosa de los antiguos egipcios. Isis, Osiris y Huros son la trilogía de la religiosidad faraónica.

Podemos decir que se trata de una verdadera trinidad, la primera y no la única de las trinidades religiosas que se han sucedido en la historia. Isis es la gran diosa egipcia Huros y Osiris son los otros dos personajes de la trilogía egipcia, con predominio sin duda de Osiris, a quien podemos considerar como a uno de estos dioses primaverales (Adonis, Elepino, y otros que tienen su apogeo anual estacionalmente, es decir en primavera, no solo en Egipto sino en todo lo que llamamos el Oriente Afro-Asiático). A continuación comentaré en qué consiste el Serapeum, templo monumental dedicado a una divinidad llamada Serapis, la cual es la unión o conjunción entre dos divinidades: Apis y Osiris. Además de estas grandes divinidades, la teogonía egipcia comprendía otras divinidades de más o menos importancia. La más importante de estas era el faraón, cuyo carácter divino ha dado origen a la mayor parte de la monumentalidad arquitectónica egipcia.

Podemos decir que la arqueología de la civilización faraónica está basada en el carácter divino de los faraones y en la creencia de los egipcios en la supervivencia del alma. Las célebres pirámides son el testigo de estas realidades religioso-culturales. Todo en el antiguo Egipto está vinculado a la religión:

El templo de Serapis, construido en este lugar sobre piedra de granito en proporciones colosales, valía algo para los antiguos egipcios, como para los castellanos del renacimiento la peregrinación cristiana a Compostela. –Sabido es que Serapis, dios egipcio de la más remota antigüedad, que conservó su culto entre los romanos hasta casi el advenimiento de Jesucristo, era el dios supremo y prepotente, el que resucitaba y daba la vida y la salud. Mezcla de Osiris y de Apis, de cuya conjunción parece tomar su nombre, Serapis tenía culto en todos los pueblos y templos, en todas las ciudades; pero el templo y el culto de este lugar en que ahora estamos era el centro religioso de Egipto, y a él se dirigían las peregrinaciones en caravana.⁴⁷¹

⁴⁷¹ Ibidem, pp. 309-310.

El autor nos llama la atención sobre una coincidencia precisamente cultural, pero de una cultura que llamaremos arquitectónica o arqueológica, entre el canal moderno del siglo XIX y el antiguo y viejo canal del faraón Necos. La coincidencia entre estos dos hechos podría parecernos milagrosa si no fuera porque está determinada por circunstancias topográficas y geográficas, que, por otro lado, han suscitado discusiones sobre qué tuvo lugar antes, si el canal de Necos actuó de origen del Serapeum o templo de Serapis, o bien el templo de Serapis fue la causa de la construcción del canal:

Al pie del gran Serapium corría el canal del Nilo, que llevaba sus aguas al mar Rojo; y esta circunstancia, junto con la de ser el terreno a propósito para estación marítima, da motivo a sospechar si el templo se labró por estar allí el comportamiento natural de las aguas, o si esta parada de las aguas tuvo origen en la existencia del templo de Serapis. Sea de ello lo que quiera, hoy el curioso puede ver allí que la traza del canal Lesseps es la misma que la traza del canal Necos, así como más adelante se verá que los ingenieros egipcios hacían desembocar en Suez las aguas del río padre, en el mismo punto en que los ingenieros franceses han hecho desembocar las aguas del Mediterráneo. ¡Sublimes coincidencias del ingenio del hombre!⁴⁷²

José de Castro y Serrano nos demuestra su capacidad narrativa, describiéndonos detalladamente la inundación del Nilo. El escritor recurre a dibujarnos literariamente una de las escenas más frecuentes que presencié durante su viaje por Egipto, porque según había dicho Heródoto (484 aC. 425 aC.), "Egipto es un don del Nilo".⁴⁷³ Aquí el autor nos habla de algo que puede ser una especie de paráfrasis en la que trata no de comentar una frase sino de dar toda una referencia geográfica a Heródoto. Según este viejo historiador, Egipto es un don del Nilo, es decir, un regalo, una ofrenda que el Nilo ha expresado y mostrado a los humanos. Y aquí vemos en la descripción del autor que este regalo, esta ofrenda, se vuelve, se transforma por una fatal antítesis en una verdadera maldición. Es la descripción de una anécdota trágica.

José Castro y Serrano, en su novela, escribe textualmente:

A la llegada de los viajeros el país presentaba su aspecto acostumbrado; el Nilo iba bastante alto, pero el agua apenas tocaba los terrenos que en su margen cultivan los moradores de aquellos pueblecitos. La noche cerró serena y hermosa. Sin embargo, a eso de las dos de la madrugada les despertó un criado beduino con la terrible noticia de que el río se salía de madre. En el aspecto de aquel muchacho se comprendía que la inundación iba a ser tremenda, y sobre todo que urgía ponerse en salvo por momentos. Efectivamente, los europeos se lanzaron fuera de la casa, y vieron con espanto que todos los del pueblo, hombres, mujeres y niños, trabajaban con una energía, impropia de árabes, en hacer montones de tierra que sirviesen de diques a las aguas; mientras que unos pocos huían a las eminencias del terreno más cercano, llevando los utensilios de labor, las ropas, los granos y cuanto de alguna estima poseen para el invierno aquellos infelices ribereños que viven del escaso fruto de sus tareas.⁴⁷⁴

⁴⁷² Ibidem, p. 310.

⁴⁷³ Halicarnaso, Herodots, *Heródoto habla sobre Egipto*, Traducido del Griego por Mohamed Sakr Khafagah, Presentación y explicación de Ahmed Badawi, El Cairo, Editorial Dar El Qalam, 1966, p. 74.

⁴⁷⁴ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 181.

El peligro les prestó alas y fuerza, y en cortos segundos llegaron a una elevación donde las aguas habían de tardar mucho en subir. Allí se habían reunido todos los del pueblo; pero ¡qué cambiados! Los muchachos estaban silenciosos, las mujeres se habían recogido las lágrimas, los hombres permanecían tranquilos con los brazos cruzados. Ya no quedaba una casa en el pueblo, ya no quedaba ajuar, ya no quedaban comestibles, ya no quedaba sobre qué gemir. El agua, sin embargo, subía. Allí no quedaba otro remedio que aguardar el destino.⁴⁷⁵

Al salir el sol, se destacaba de aquel cuadro siniestro una hermosa figura de anciano: era el *sheikh* del pueblo de grupo en grupo iba derramando palabras de consuelo y tranquilidad sobre sus convecinos. Las mujeres se habían descubierto el rostro; los hombres y los muchachos, a quienes esta acción habría asombrado en otras circunstancias, parecían indiferentes a ello. Allí se aguardaba el destino.⁴⁷⁶

Lázaro Bardón y Gómez nos dice lo siguiente sobre el país del Nilo:

Cuando Dios juzgó al primer hombre por el pecado del Paraíso, dirigiéndole las consabidas palabras, *maldita la tierra por tu causa; con el sudor de tu frente comerás el pan*, debió exceptuar el Egipto si, como yo me inclino a creer, no era el Egipto el verdadero Paraíso. ¡Santos cielos, qué miga y qué frutos, donde quiera que alcancen las inundaciones del Nilo! Es imposible formarse justa idea sin verlo. En toda la superficie del planeta que habitamos no se encuentra otro Egipto, ni otro Nilo, en donde no sea menester trabajar mucho la tierra y estercolarla para recoger abundantísimas cosechas. Allí donde hay siempre un sol claro y fuerte y no hiela jamás, el labrador no necesita de yunta que are, ni de ganados que estercolen; todo lo espera del Nilo.⁴⁷⁷

La descripción de Egipto al califa Omar Ibn El Khattab, hecha por su general Amrou Ibn El-Aas en los siguientes términos, también es digna de recordarse:

¡Oh príncipe de los fieles!, figúrate un desierto árido y una campiña magnífica en medio de dos montañas; tal es el Egipto. Todas sus producciones y riquezas proceden de un río bendito que corre majestuoso por medio del país. El momento de la crecida y la retirada de sus aguas se dirige por el curso del sol y de la luna; hay una época en el año en la que todos los manantiales del universo vienen a pagar a este rey de los ríos el tributo impuesto por la Providencia. Entonces aumentan las aguas, salen de su cauce y cubren la superficie terrestre, depositando en ella su fecundante cieno. No hay más comunicación de un pueblo a otro que por medio de barcas ligeras como el viento y tan numerosas como las hojas de las palmeras. Cuando las aguas dejan de ser necesarias a la fertilidad del suelo, el dócil río vuelve a los límites que le trazó el destino, dejando escondido en el seno de la madre tierra el tesoro de sus aguas. Un pueblo protegido del cielo y que como la abeja parece destinado a trabajar para otros, sin aprovecharse él mismo del fruto de sus sudores, abre ligeramente las entrañas de la tierra, deposita sus simientes, espera del cielo su desarrollo y madurez, viéndose en sucesiva gradación desenvolverse el germen, elevarse el tallo y formarse la espiga con el socorro de fuertes rocíos que impregnan con su fecunda humedad un suelo donde jamás llueve. Recogidos los frutos, es imagen el campo de la más completa esterilidad. Así es, ¡oh príncipe de los fieles!, que Egipto según la época del año presenta el aspecto de una llanura líquida y argentada, de un vasto pantano negro y fangoso, de ondulante y verde pradera, de un parterre adornado de flores, de un campo cubierto de doradas espigas o de un empolvado desierto. ¡Bendito sea el creador de tantas maravillas! Tres cosas ¡oh príncipe de los fieles! contribuyen esencialmente a la prosperidad y dicha de los habitantes de tan bello

⁴⁷⁵ Ibidem, pp. 182-183.

⁴⁷⁶ Ibidem, p. 183.

⁴⁷⁷ Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit., pp. 87-88.

país. La primera, es no adoptar con ligereza proyectos engendrados por la avaricia para aumentar los impuestos; la segunda, emplear el tercio de las rentas en el entretenimiento de diques, canales y puertos, y la tercera, no cobrar el impuesto más que en especie sobre los frutos que la tierra produce. Salud y Paz.⁴⁷⁸

Un escritor francés describe a Egipto solo en dos frases, coincidiendo con la descripción de Amrou Ibn El-Aas:

Mas pintamos en dos palabras el Egipto; representémos por un lado un mar estrecho y rocas abundantes, por el otro planicies inmensas de arena, y en medio un río que corre por un valle de ciento y cincuenta leguas de largo, y tres a siete de ancho, y que en llegando a treinta leguas del mar, se parte en dos brazos, cuyas ramificaciones se pierden en un terreno libre de obstáculos y casi sin pendientes.⁴⁷⁹

V.5.1 La gran Biblioteca de Alejandría

En realidad, los Ptolomeos dejaron buena memoria en Egipto y ayudaron grandemente a la civilización del país, fueron tolerantes y lejos de imponer a los egipcios las leyes, religión y costumbres de Grecia, conservaron las del país. Sin dejar de ser helenos se comportaron como egipcios y convirtieron a Alejandría en centro del movimiento intelectual del mundo. A esa distinguida actividad cultural se refiere Eduardo Toda y Güell diciendo que:

No hay que recordar la magnífica biblioteca de Alejandría, compuesta de cuatrocientos mil volúmenes, en los cuales se contenía toda la antigua literatura egipcia, indiana, griega y romana. Los Ptolomeos fundaron el Museo de Alejandría, que fue la primera Academia del mundo, superando en mucho a la de Atenas, fundada por Platón; y, llamando a la capital de su reino a todos los filósofos, retóricos y gramáticos entonces conocidos, pusieron los cimientos de la famosa Escuela de Alejandría, que constituye un gran avance en el camino del progreso intelectual.⁴⁸⁰

La antigua Biblioteca de Alejandría fue en su época la más grande del mundo. Situada en la ciudad egipcia de Alejandría, que fue fundada a comienzos del siglo III a. C. por Ptolomeo I Sóter, y ampliada por su hijo Ptolomeo II Filadelfo, llegando a albergar más de 900.000 manuscritos en la época de su mayor auge. Desapareció la antigua Gran Biblioteca de Alejandría completamente y existe una gran nebulosa acerca de su fatal destino. Pero lo cierto es que ninguno de los historiadores árabes antiguos habló sobre la existencia de semejante biblioteca en Alejandría cuando fue conquistado Egipto y, por lo tanto, queda descartado que la Gran Biblioteca se hubiese quemado en la época de los primeros musulmanes en el año 640 de la era cristiana porque la ciudad fue entregada a los árabes pacíficamente por parte de los coptos. Por consiguiente, no había razones para cometer barbaridades ni agresiones ni incendios.

⁴⁷⁸ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., pp. 109-110.

⁴⁷⁹ Volney, C. F., *Viaje por Egipto y Siria durante los años de 1783, 1784 y 1785*, ob. cit., p. 13.

⁴⁸⁰ Toda y Güell, Eduardo, *A través del Egipto*, ob. cit., p. 42.

Carecemos de testimonios precisos sobre sus aspectos más esenciales y no se han encontrado las ruinas del museo, siendo las del Serapeo muy escasas. Para algunos escritores latinos, la Gran Biblioteca fundada por los Ptolomeos apenas resultó afectada en el incendio provocado por las tropas de Julio César en 48 a. C. Probablemente, ya había desaparecido en el momento de la dominación árabe, aunque algunos escritores comentan que el califa Omar Ibn Al-Jattab ordenó la destrucción de millares de manuscritos.

Independientemente de las culpas de cristianos y musulmanes, el fin de la biblioteca debe situarse en un momento indeterminado del siglo III o del siglo IV, quizá en 273, cuando el emperador Aureliano tomó y saqueó la ciudad, o cuando Diocleciano hizo lo propio en 297. La biblioteca-hija del Serapeo, sucesora de la Gran Biblioteca, fue expoliada, o al menos vaciada, en 391, cuando el emperador Teodosio el Grande ordenó la destrucción de los templos paganos de la ciudad de los Ptolomeos.

Desde el siglo XIX, los eruditos han intentado comprender la organización y estructura de la Biblioteca, y se ha debatido mucho sobre su final. Los conocimientos sobre la Biblioteca, cómo fue, cómo trabajaron sus sabios, el número exacto de volúmenes e incluso su misma situación, son todos muy escasos, ya que hay muy pocos testimonios al respecto, y aun estos son esporádicos y desperdigados. Los investigadores y los historiadores de los siglos XX y XXI han insistido en que se ha formado una utopía retrospectiva en torno a la Biblioteca de Alejandría. No hay duda de que la Biblioteca existió, pero apenas hay certezas de lo escrito sobre ella. Se han hecho centenares de afirmaciones contradictorias, dudosas o simplemente falsas, realizando suposiciones a partir de muy pocos datos que, la mayoría de las veces, son solo aproximaciones.

En este apartado trataremos de discutir el tema del incendio de la Gran Biblioteca de Alejandría a través de los siglos, a la luz de las opiniones de algunos orientalistas del siglo XIX. No obstante, al parecer, los orientalistas, en lo que se relaciona con este asunto, se dedicaron a copiar cada uno de la versión del otro.

José de Castro y Serrano señala que la historia de la civilización está dividida en dos mitades, en dos épocas, en dos eras: la era anterior al incendio de la biblioteca de Alejandría y la era posterior a este incendio. Es verdad que el incendio en cuestión fue una catástrofe para la cultura. Esto es así porque en aquella biblioteca había tesoros con los que podría soñar el más exigente bibliófilo. En aquella biblioteca se guardaban textos en escritura jeroglífica, en escritura cuneiforme de Asiria y en la escritura fenicia que dio origen al alfabeto griego. Había textos que sin duda revelaban acontecimientos históricos del antiguo Egipto y que fueron destruidos sin poder ser descifrados por ningún historiador. Así, el autor de nuestro libro compara la división cronológica de la historia con las divisiones cronológicas de otra naturaleza, como son la del comienzo del cristianismo y la del islam. En cuanto a la historicidad del acontecimiento, ha habido múltiples opiniones. Se ha dicho que la incendiaron los cristianos, que lo hicieron los árabes invasores, y que lo llevaron a cabo los otros grandes invasores que los sucedieron, los turcos. Es un dato histórico que cada uno de los diversos invasores de Alejandría atribuye a los demás.

Acerca del incendio de la Biblioteca de Alejandría especula José de Castro y Serrano:

El incendio de la Biblioteca de Alejandría es un suceso que tiene más de moral que de físico. Antes de la Biblioteca la civilización, después de la Biblioteca la barbarie; hoy el renacimiento científico basado en la memoria de la célebre Biblioteca, y la Biblioteca no existe. De aquí la importancia a nuestros ojos de un hecho por demás sencillo.⁴⁸¹

Añade José de Castro y Serrano que:

Ahora bien: cuando César penetró en Alejandría a destronar al último de los Ptolomeos para dar la corona a Cleopatra, tuvo necesidad, como ardid de guerra, de incendiar la flota egipcia surta en el puerto; y los vientos que soplaban sobre la Academia destruyeron este grandioso edificio, sepultando en sus ruinas la más hermosa porción, o como si dijéramos, la verdadera Biblioteca de Alejandría. No fue, pues, el mahometano Omar, sino el civilizador Julio César quien contribuyó sin quererlo a esta catástrofe; y ¡cosa singular! El mundo antiguo se acaba con César, y con César acababa fortuitamente la Biblioteca de Alejandría. Los primeros cristianos pudieron contemplar las cenizas de la Academia.⁴⁸²

José Amador de los Ríos, en una carta dirigida a José de Castro y Serrano, manifiesta que:

En orden a los episodios literarios, si así en rigor pueden llamarse los recuerdos que de este género evoca, no será difícil adivinar que los doctos han de dar la preferencia al que se refiere a los “escombros de la Biblioteca de Alejandría,” cuya destrucción se atribuyó toda entera, y aun la crítica superficial sigue atribuyéndola, al mahometano Omar, mediado el siglo VII. Con selecta erudición y crítica discreta toca usted punto tan importante en la historia de las ciencias y de las letras, poniendo de relieve la injusticia de los que tal hicieron y hacen. Pero dice usted bien: la destrucción de la Biblioteca, apellidada por antonomasia *Tesoro de los remedios del alma*, fue ocasionada del fortuito incendio de la “Academia,” nacido de las teas que redujeron a cenizas, por traza militar de Julio César, la última flota de los Ptolomeos; mas salvose una buena parte del “Serapium”, y con ella no escasa copia de volúmenes, que alcanzó a contemplar allí en 415 el español Orosio. Apoderado Omar de Alejandría, la utilitaria barbarie de este caudillo acabó desdichadamente con aquellas gloriosas reliquias, destinadas por él a calentar el agua de los baños públicos.⁴⁸³

Es bien sabido que la Biblioteca de Alejandría estaba compuesta de 700.000 volúmenes, cuya adquisición se debe exclusivamente a los Ptolomeos. El escritor nos habla sobre el afán y la manera de conseguir los libros que pasan a través del territorio egipcio:

Los que viajaban por Egipto o por comarcas en que los egipcios ejerciesen autoridad, se veían despojados de sus obras, las cuales, fielmente copiadas por hábiles reproductores, pasaban a ser propiedad de la Biblioteca, entregándose las copias a los desposeídos. La célebre Biblioteca de Pérgamo (origen de la palabra pergamino), pasó intacta por derecho de conquista al inmenso arsenal científico y literario de los Ptolomeos.⁴⁸⁴

Cuatrocientos mil volúmenes de esta imponderable colección se hallaban colocados en la Academia, magnífico edificio construido sobre uno de los muelles del puerto, especie

⁴⁸¹ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 91.

⁴⁸² Ibidem, p. 93.

⁴⁸³ *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, sábado 82 de enero de 1871, n.º VII, p. 110,

⁴⁸⁴ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 91.

de Ateneo y lugar de controversia de los sabios, cuyas ruinas existen aún en la actualidad sobre lo que fue tumba de Alejandro. Los otros trescientos mil, entre los que se hallaban los de Pérgamo, adquiridos por Cleopatra, residían en el gran templo de Serapis, al interior de la ciudad, templo que puede asimilarse a la catedral de los egipcios.⁴⁸⁵

Apunta José de Castro y Serrano:

Restaban aún los volúmenes del Serapium, conservados como por milagro hasta la invasión sarracena; y entonces Omar, bárbaro a las claras, iliterato como suelen serlo todos los conquistadores, viéndose falto de combustible para calentar los cuatro mil baños de que habla en su carta al califa, dispuso que los libros alimentasen las calderas; ¿qué sabía él de la ciencia de griegos ni babilonios?⁴⁸⁶

Entre los orientalistas del siglo XIX que hablaron sobre el incendio de la célebre Biblioteca de Alejandría, destacamos a Antonio Bernal:

Amru, lugarteniente del fanático Omar, reconoció al menos tus bellezas, pues, consultó a su señor y dueño qué hacía de su sin par biblioteca. Magnífica respuesta recibió del Califa, digna de escribirse en mármoles y en bronces para perpetua afrenta del oscurantismo musulmán y de su temor a la ciencia. “Si sus libros repiten lo que dice el *Korán*, los tengo por inútiles. Si lo contrario, por malvados. Quémalos, Amru”.

Y tan bárbaramente ejecutó Amru esta sentencia, que durante ¡seis meses! sirvieron tan grandes obras de la historia, de la filosofía, y de las letras, para calentar el agua de los baños públicos, profanación tan inaudita, que solo puede con el brutal decreto que la causó, correr parejas.⁴⁸⁷

También Eduardo Toda y Güell trató el tema de la antigua Biblioteca de Alejandría y encontramos que relata la misma versión de la que hablaba José de Castro y Serrano:

Digamos algo por fin de la célebre Biblioteca de Alejandría. Fundada, como el Museo, por Ptolomeo Soter, fue durante mucho tiempo conocida por el nombre de Briiquio, por llamarse así el barrio en que estaba situada. Aseguran los antiguos historiadores que llegó a reunir hasta setecientos mil volúmenes, cifra que hoy parece a muchos exagerada. Al poco tiempo de su fundación, la Biblioteca se dividió en dos partes, quizás con la laudable previsión de evitar que cualquier accidente pudiera destruirla por completo. La nueva Biblioteca se estableció en el templo de Apis. La antigua, según he indicado al hablar de la entrada de Julio César en Alejandría, fue destruida por un incendio. La nueva aumentose considerablemente durante la dominación romana: a ella fueron a parar los ricos volúmenes del Rey de Pérgamo, regalados por el romano Antonio a Cleopatra. En una de las asonadas ocurridas en Alejandría entre cristianos y paganos a últimos del siglo IV, fue a su vez en gran parte destruida. Restaurada en el siglo V, acabó totalmente cuando el árabe Amrú se apoderó de Alejandría. Cuenta la tradición que, consultado el califa Omar acerca del destino que debía darse a aquellos libros, contestó con aquel dilema propio de la sencillez brutal del fanatismo sectario: Si esos libros están conformes con el Corán, nada dicen nuevo, y, por lo tanto son inútiles: y si son contrarios al Corán, los considero peligrosos: por lo tanto, destrúyelos. Y se cumplió el mandato. Durante siete meses, aquellos legajos de papiros que contenían la

⁴⁸⁵ Ibidem, pp. 92-93.

⁴⁸⁶ Ibidem, pp. 93-94.

⁴⁸⁷ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., pp. 135, 136.

ciencia de cincuenta siglos, sirvieron de combustible para calentar el agua destinada a los baños públicos de Alejandría.⁴⁸⁸

Pero el mismo Eduardo Toda y Güell vuelve a argumentar:

Niegan algunos la veracidad de esta tradición, suponiendo que cuando los árabes entraron en Alejandría, ya no existía la Biblioteca: otros la admiten, pero dicen que la Biblioteca era ya muy pobre y solo compuesta de volúmenes de pergaminos raspados y llenos de oraciones e indigestas disquisiciones teológicas. La verdad es que ninguna de las dos versiones se apoya en datos seguros.⁴⁸⁹

Cuando Constantino dividió el imperio, Egipto pertenecía a Constantinopla, y el Oriente, que tendía a confundirse con el Occidente, se vio otra vez solo, circunscrito y orientalizado como lo estuvo desde su origen. Así, se vio allí al politeísmo luchando con el unitarismo sin amparo de nadie, debido sobre todo a la caída del Imperio Romano. Los turcos se convierten ya en dueños de Siria. Egipto se sumerge entonces en una lucha intestina entre coptos y griegos; los sectarios del profeta del islam se ven ayudados por los coptos, que son cristianos indígenas; la resistencia es débil y Egipto ya pertenece a los musulmanes.

¿Cómo fue la conducta de los musulmanes ante la fácil conquista de Egipto por los árabes? Hay un error histórico en el que cayó el escritor, ya que dijo turcos en vez de decir árabes, puesto que por aquel entonces los turcos no habían gobernado todavía el mundo islámico; la conquista de Egipto tuvo lugar en el año 640 de la era cristiana. Los árabes, como su nombre indica, proceden de Arabia y los turcos del Turquestán, situado en el centro oeste de Asia, es decir, a varios miles de kilómetros de Arabia; los turcos se acercaron al sureste de Europa y al noreste de África varios siglos después de la conquista árabe de Egipto, y podemos señalar la época posterior a las grandes cruzadas europeas de los siglos XI y XII como la época en la que los turcos se posesionaron de Egipto. Se puede argumentar que un célebre guerrero, mestizado con turcos y llamado Salah El Din, era kurdo y fue el precursor de la conquista turca, que se adjudicó un reino tan extenso que comprendía a Egipto y a gran parte de Libia. Desde entonces, Egipto fue un virreinato sometido al sultán de Turquía, cuyo delegado gubernativo fue el jedive.

Señala José de Castro y Serrano:

Alejandría es saqueada, incendiada, destruida; no porque los califas pretendiesen destruirlo todo en Egipto, sino porque Alejandría representaba otra ciencia, otra religión, otra filosofía contrarias a las que el fanatismo turco podía soportar en pueblos sujetos a su mando. Que por lo demás, el mismo que calentaba las calderas de los baños con los manuscritos de la célebre biblioteca, imagina establecer comunicación entre el Mediterráneo y el mar Rojo, proyectando una vía a que pone por nombre Canal del príncipe de los Creyentes. Todos cuantos pisaban el Egipto querían explotar su suelo prodigioso, y soñaban con abrir a las aguas el istmo de Suez.⁴⁹⁰

⁴⁸⁸ Toda y Güell, Eduardo, *A través del Egipto*, ob. cit., p. 49.

⁴⁸⁹ Ibidem, p. 49.

⁴⁹⁰ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 52-53.

La ciudad de Alejandría siempre ha sido un punto de encuentro de todas las civilizaciones y un puerto de desembarco de ideas a lo largo de los siglos; de hecho, cuando los árabes tomaron la ciudad de Alejandría, escribió así el comandante Amr Ibn Al-Aas al Califa Omar Ibn El Khattab, describiendo la ciudad:

He tomado la gran ciudad del Occidente. Me es imposible enumerarte la variedad de cosas ricas y bellas que contiene, y me contentaré solo con indicar que hay en ella cuatro mil palacios, cuatro mil baños, cuatrocientos teatros o lugares de recreo, doce mil tiendas para el comercio, y cuarenta mil tributarios judíos.⁴⁹¹

He aquí también las palabras citadas por Eduardo Toda y Güell: "He tomado la gran ciudad de Occidente (...). La ciudad ha sido entrada a la fuerza sin capitulación, y mis soldados se muestran impacientes para recoger el fruto de su victoria."⁴⁹²

Está demostrado históricamente que la célebre Biblioteca de Alejandría fue incendiada tres veces antes de la conquista de Egipto por los árabes; la primera catástrofe de la biblioteca ocurrió en el año 48 antes de Jesucristo y su historia comienza cuando entró Julio César en Egipto y encontró allí una lucha por el poder entre Cleopatra y su hermano Ptolomeo XIII. Julio César se alió con Cleopatra y venció a Ptolomeo XIII; este hecho condujo a que los egipcios lanzaran una gran revolución en contra de Julio César por haberse puesto al lado de Cleopatra. Julio César se encontró asediado por ambos lados, desde la tierra por los egipcios y desde el mar por la flota de Ptolomeo XIII, desde donde cortaron el suministro de agua a sus fuerzas marítimas, que estaban a punto de morir de sed. Para salir de esta encrucijada, Julio César prendió fuego a los barcos amarrados en el puerto, y este incendio fue de tal magnitud que las llamas alcanzaron los edificios que rodeaban el puerto. Entre aquellos edificios estaba la célebre Biblioteca de Alejandría. La biblioteca volvió a funcionar después, porque Marco Antonio, cuando entra en Egipto y se enamora de Cleopatra, creía en el papel mediador de la Biblioteca de Alejandría, que era fuente de cultura y ciencia para todo el mundo. En ese momento, decide regalarle las doscientas mil cajas de libros que estaban almacenados en la biblioteca de Pérgamo como indemnización por las grandes pérdidas causadas en el incendio. Esto enriqueció mucho a la Biblioteca y le volvió a dar la fama que antes tenía.

La segunda vez que se incendió la Biblioteca de Alejandría fue durante el reinado del emperador cristiano Teodosio el Grande (378-385). Este emperador jugó un papel importante en la propagación del cristianismo y en el establecimiento de sus bases: emitió un decreto en el año 381 proclamando el cristianismo como la religión oficial del país; la consecuencia posterior fue la conversión de más de 400 templos del paganismo en iglesias. El templo del Serapis fue uno de ellos. Los paganos prendieron fuego en el Serapis para que los cristianos no se apoderaran de sus tradiciones y no se beneficiaran de sus contenidos, quemándose completamente de nuevo la Biblioteca de Alejandría.

Es importante señalar que el obispo Teófilo de Alejandría, que murió en el año 412, dejó un manuscrito del siglo V diciendo que había llegado el final de la Biblioteca de Alejandría, que la habían incendiado. La imagen lo representa agarrando en su mano una copia de la Biblia de pie y victorioso entre lo que ha sido destruido, y se ve al dios Serapis

⁴⁹¹ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 90.

⁴⁹² Toda y Güell, Eduardo, *A través del Egipto*, ob. cit., p. 44.

en el interior del templo. Este dibujo y estas palabras existen en el margen del *Anuario del cristianismo* y fueron escritas en Alejandría en el siglo V de nuestra era.

Es necesario aclarar que en Alejandría había dos bibliotecas: la Biblioteca Albrookhion, que estaba en el centro de la ciudad y que fue destruida por Orleáns en el año 273 de la era cristiana cuando se apoderó de la ciudad, y la Biblioteca del Serapium, destruida por el obispo Teófilos en el año 391.

José de Castro y Serrano subraya la personalidad de Egipto, que se mantuvo a través del tiempo y que a veces parece independiente, otras veces forma parte de un imperio bárbaro y en otras ocasiones es culto a un nivel similar al de la civilización morisca en España. Ni las cruzadas fueron capaces de cristianizar Egipto ni San Luis lo abate, ni Napoleón lo subyuga para restituirlo al gran papel que representa en la historia. Tampoco mil quinientos años de dominación musulmana han sido suficientes para derribar aquellas primeras piedras de los faraones. Aún hay coptos en Egipto, aún hay *fellahs*, aún hay misterio en sus llanuras, aún hay incubación soñolienta bajo sus sepulcros, aún hay un hijo del pueblo que se llama Mohamed Alí.

V.5.2 La ciudad de Alejandría

La ciudad de Alejandría fue fundada por Alejandro Magno en el año 331 a. C. en una estratégica región portuaria y se convirtió en pocos años en el centro cultural del mundo antiguo. Alejandría, hasta nuestros días, tiene un carácter multicultural, es una ciudad que oscila entre lo oriental y lo occidental y en donde se mezclan todas las razas y los trajes más variados.

No hay mejor testigo que aquella página en que describe nuestro escritor las sensaciones que experimentó al pisar por vez primera los márgenes de Alejandría. Indudablemente Egipto es la madre de la civilización universal, la cuna de las ciencias y de las artes, la patria de los faraones y los Ptolomeos, la colosal grandeza de sus monumentos, el arcano impenetrable de las inscripciones murales que los decoran.

Antonio Bernal O' Reilly, como orientalista del siglo XIX, visitó Egipto y, cuando iba a desembarcar por primera vez en el puerto de Alejandría, nos cuenta las primeras impresiones que tuvo al ver desde lejos la ciudad:

Mañana al despuntar la aurora, según se indica en el cuadro que da a conocer las millas que recorre el buque y las que le faltan andar hasta su destinación, veremos desplegarse ante nosotros las abrasadas tierras del Egipto; sus palmeras benéficas; los minaretos; y más tarde, el rostro atezado de sus fuertes hijos. Amanece por fin, y ya estoy sobre cubierta. Miro sin ver, y aunque me canso, miro para descubrir lo que no sé mirar; hasta que atónito y rebosando en mi rostro la alegría, oigo una voz que grita: "¡Tierra!"... y veo rayar sobre las aguas la blancura terciada de la egipcia Alejandría.⁴⁹³

⁴⁹³ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., p. 71.

José de Castro y Serrano nos señala que Alejandría es una ciudad expresión de la convivencia de dos civilizaciones, la civilización oriental musulmana y la civilización occidental cristiana:

Alejandría es una ciudad medio oriental, medio europea. Bien conocido es el entusiasmo de aquel filósofo de buhardilla, por la previsión con que la naturaleza había colocado los grandes ríos al lado de las grandes ciudades. Pues bien, ese filósofo se asombraría aquí al ver cómo en una lengua de tierra que divide al Occidente del Oriente existe una ciudad medio oriental y medio occidental, en gentes, en costumbres, en fisonomía y en recuerdos.⁴⁹⁴

También Lázaro Bardón y Gómez, durante su visita a Egipto, añoraba la antigua ciudad de Alejandría y sus recuerdos:

Hoy no queda de ella más que un montón de escombros en medio del desierto, hervidero terrible de serpientes, que se esconden bajo las arenas. El ángulo tercero, u occidental, lo formaba Alejandría, donde al presente estamos. De esta infortunada ciudad, tantas veces conquistada y destruida, que según Cicerón pagaba 12.500 talentos de tributo anual a Roma en tiempo de Evergetes, padre de Cleopatra, quedaban apenas rastros de su primitiva grandeza. Desapareció el sepulcro de Alejandro y la urna de oro que encerraba sus cenizas; desaparecieron sus grandiosos templos y anchas plazas; desapareció el suntuoso alcázar de los Tolomeos, tragándose el mar el grande espacio que oprimía con su enorme pesadumbre; desapareció el Circo y la Biblioteca de fama inmortal; desapareció el Museo y su sabiduría, huyendo las sagradas Musas espantadas a buscar nuevo asilo en los confines del mundo. Y ¿de dónde era Nícópolis, a treinta estadios de Alejandría, en que, vencido por César Augusto, se suicidó Antonio y se envenenó Cleopatra? ¡Todo lo ha barrido la mano inexorable de los tiempos!⁴⁹⁵

C. F. Volney nos describe los recuerdos que evoca la ciudad de Alejandría. Nueve siglos después, esta civilización oriental se convirtió en la cultura y la civilización musulmanas. Las mezquitas y la famosa biblioteca son el espacio musulmán del cual hizo Alejandro su sede:

No hay lugar más a propósito para producir uno y otro efecto que la ciudad de Alejandría en Egipto. El nombre de esta ciudad que recuerda el genio de un personaje tan asombroso, el nombre del país que trae a la memoria tantos hechos e ideas; la vista del sitio que presenta el paisaje más pintoresco; aquellas palmas alterosas y a manera de quitasol; aquellas casas de azotea que parecen destechadas, aquellos chapiteles arruinados de los minaretes que sostienen una balaustrada en los aires; todo advierte al viajero que está en otro mundo.⁴⁹⁶

José de Castro y Serrano nos describe desde la ventana del hotel lo primero que había visto en la plaza de Alejandría; en la contemplación de esta plaza parece que hay algo que nos recuerda al romanticismo. Aquí, el espíritu del romanticismo exalta la variabilidad, la variedad, la variación y el contraste entre las emociones y las impresiones. El contraste del que hablo aparece en el espíritu del contemplador europeo en las notas de belleza y suciedad, abigarramiento y plácida extensión, choque contrastado entre lo que podemos

⁴⁹⁴ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 81.

⁴⁹⁵ Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, ob. cit, pp. 104-105.

⁴⁹⁶ Volney, C. F., *Viaje por Egipto y Siria durante los años de 1783, 1784 y 1785*, ob. cit., p. 6.

llamar la divertida actividad terrestre y la inmensidad tranquila del cielo sobre la plaza. En realidad, el contemplador mencionado no solamente ve la plaza que tiene ante sus ojos, sino que ve también mirando en su propio interior el reflejo de la actualidad romántica que ha transportado sin saberlo desde Europa hasta Oriente.

Castro y Serrano nos describe el siguiente cuadro:

Apenas terminamos las más preciosas abluciones y compostura de traje, el ruido de la plaza nos atrajo con curiosidad suma hacia el balcón. ¡Qué plaza tan hermosa, qué plaza tan sucia, qué plaza tan pintoresca, qué plaza tan alborotadora y tan simpática a ojos españoles!⁴⁹⁷

En este cuadro pictórico que nos describe el autor, hallamos un contraste de los paisajes contemplados que vienen a confirmar lo que acabamos de decir sobre el viajero que desde la habitación del hotel contempla la plaza. Más que describirnos lo que está viendo, su descripción es una apoteosis cosmopolita. Se apresura a evocar lo andaluz, lo italiano, lo bohemio e incluso se permite ampliar aún sus evocaciones. Haciéndonos llegar hasta Cachemira, repasa lo europeo, pero sigue fiel a la ilusión, y a la ficción, ya que el romanticismo de la época ha penetrado en su espíritu. Abordó José de Castro y Serrano al paisaje:

árabes cabalgando en jacas y mulas andaluzas con los mismos alhamares que en Córdoba; muchachas tan hermosas como las italianas y tan vivas y locuaces como las bohemias, vestidas con desechos de cachemira y arambeles de seda de colores; multitud pintoresca de todas clases, especie de comparsas de teatro que se escapan de todas las óperas para conversar, reír, cantar y pelearse a la luz del día; (...) que así se confunden en abigarrado aspecto como las multitudes del Prado de Madrid en días de Carnaval. Zambra perpetua, Coso resucitado, Alhóndiga de tiempos modernos, mistura árabe-europea de civilización y barbarie, de actividad y de molición, del mundo que pasó y del mundo que viene a reanimar las cenizas de una grandeza muerta, pero que apenas se concibe por los presentes.⁴⁹⁸

José de Castro y Serrano intenta dibujarnos con la palabra escrita cómo es la ciudad de Alejandría. La constatación de que hay una sucesión normal y habitual entre el pasado y el futuro es coherente; el pasado está en las calles estrechas y tortuosas, en las ventanas que parecen guardar algo misterioso detrás de su hermetismo, en los tejados herrumbrosos, en las plazas íntimas y pequeñas y en todo lo que nos lleva a un pasado ineludible. Junto a esto, puesto que ya sabemos que Alejandría es una ciudad mixta, vemos la inevitable modernidad: calles rectas y anchas, plazas circulares o cuadrangulares, todo lo que nos anuncia la inevitable marcha hacia un futuro de urbanización y de civilización de matiz occidental. Pero es inevitable para el lector pensar que, para el autor del libro, el pasado es más interesante. Porque también una ciudad, una cultura, una civilización, son su pasado, son todo lo que les ha sucedido:

⁴⁹⁷ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 85.

⁴⁹⁸ *Ibidem*, pp. 85-86.

Aleandría, como todos los pueblos orientales, tiene en su parte antigua un aspecto triste y desordenado. Calles estrechas y tortuosas, casas desiguales, aleros de tejado que con dificultad permiten ver el cielo, mutilaciones exteriores en los edificios, algún ajimez morisco, muchas celosías, pocos recuerdos, escasísimas trazas de lo que fue o de lo que al viajero se le figura que deben presentarle. Pero Aleandría, como todo pueblo que se moderniza, y permítaseme la expresión, tiene también calles anchas y rectas, hermosas plazas, magníficos edificios, suntuoso aspecto de elegancia y comodidad contemporáneas. No en balde hemos repetido ya muchas veces que es un pueblo mixto.⁴⁹⁹

En las siguientes líneas, el narrador relata una leyenda ocurrida durante la fundación de la ciudad de Aleandría por Alejandro Magno. Es una de tantas leyendas que incitan a pensar en el parentesco que hay entre la civilización que llega y la civilización que va a comenzar a partir de su llegada. Naturalmente, ya sabemos que las leyendas tienen poca consistencia histórica, pero cuentan con un significado relevante en lo que podemos llamar la psicología colectiva:

La leyenda refiere que Dinócrates, trazando sobre el suelo los planos de la ciudad, se encontró falta de yeso blanco para seguir las líneas; y que Alejandro entonces mandó que se le entregara la harina de flor de su convoy, para terminar con ella los trazos del pueblo que iba a llevar su nombre. Este consejo corrobora la idea de que Alejandro comprendió desde el primer momento la gran importancia del pueblo que fundaba: allí existía la solución de continuidad entre Oriente y Occidente, allí era menester reanudarla.⁵⁰⁰

El escritor se pregunta si alguien sabe algo sobre la tumba y los restos de Alejandro Magno. Posteriormente, hace una especie de paralelismo entre Alejandro Magno y Napoleón Bonaparte en una comparación oportunista, dado que se ha dicho que el segundo fue un imitador de los conquistadores antiguos. Se puede decir que Napoleón conquistó Egipto como lo había hecho Alejandro; y que tuvo la intención de llegar a la India como le ocurrió a Alejandro Magno; también que fue un joven emperador como Alejandro fue un joven conquistador. Y aprovechando estas coincidencias, el autor de nuestro libro pretende llegar a lo sublime, identificando la muerte y el sepulcro de Napoleón con la muerte y el sepulcro de Alejandro. Sus fantasías a propósito del sepulcro destruido y desaparecido de Alejandro remiten al sepulcro de Napoleón, como si este fuera la resurrección misteriosa y fúnebre del primero:

Fueros preciso buscar otras cosas de mayor sabor antiguo y de mayor encanto contemporáneo. ¿Se sabía algo de la tumba de Alejandro? ¿Qué se hizo del sarcófago de oro en donde se guardaban sus restos, y del cual se remedó en nuestros días el sarcófago de pórfido en que se guardan los de Napoleón? –Un reyezuelo avaro violó la tumba para robar el oro, y aun cuando esta acción le privó de la corona, los restos de Alejandro se perdieron. El héroe macedonio tuvo su Santa Elena en Babilonia; pero otro capitán, tan grande como él, destruyó en una guerra su cripta de los inválidos. Entre el polvo de la Academia debe encontrarse polvo de Alejandro.⁵⁰¹

El autor, como hombre romántico del siglo XIX, se siente atraído por la muerte y por la desaparición, se pregunta a sí mismo dónde estarán los palacios y los jardines de

⁴⁹⁹ Ibidem, p. 87.

⁵⁰⁰ Ibidem, p. 89.

⁵⁰¹ Ibidem, pp. 95-96.

Cleopatra. Hay una profunda paradoja en este autor y en las conclusiones a las que le lleva su romanticismo. Dicha paradoja tiene dos vertientes: por una parte, la vida es para él la rememoración de la muerte, ya que su presencia fundamentalmente es la de todo lo ausente; así, por ejemplo la vida de Cleopatra con su muerte suicida hace que la semblanza de aquella reina no sea nada más que su ausencia definitiva. Esto es así para nuestro autor y su comentario fúnebre es para el lector, la exaltación romántica de esos sepulcros maravillosos y de lo formidablemente poéticas que son las pirámides. Para el autor, estos monumentos son los que más le pueden interesar de Egipto: son momias, no de tejido orgánico, no de células biológicas conservadas y destruidas por el tiempo, sino de misteriosa fuerza inerte de cuarzo, feldespato y mica.

Así, el autor de *La novela del Egipto* evoca las sombras de Marco Antonio y Cleopatra al preguntarse:

¿Qué se hicieron de los palacios y los jardines de Cleopatra, de esa hechicera de Marco Antonio? Nada existe. La torre del faro, atribuida falsamente a su iniciativa de construcción y a su buen gusto, pues costó sesenta millones de reales, está enterrada entre los escombros de la isla que le sirvió de nombre; solo allá en la altura sobre el puerto se conservan, en pie la una, derribada la otra, dos gigantescas pirámides, restos de construcción de algún edificio fastuoso; y a esas esbeltas moles, que desafían aún la inclemencia de los tiempos, se las llama por el vulgo de Alejandría las Agujas de Cleopatra. Todo pereció en Egipto: lengua, civilización, ciudades, historia; solo quedan las tumbas, solo vive la muerte.⁵⁰²

El escritor, mientras que estaba en Alejandría, no se olvidó de visitar sus ruinas, en las que sin duda debe de hallarse enterrada Cleopatra; con ello, quiso aspirar el aroma histórico de aquella reina y de aquel guerrero que llenaron muchas páginas de la literatura universal, con la trágica leyenda de sus amores. El escritor ejecuta brillantemente su quehacer narrativo a la hora de comparar el personaje Cleopatra con el de Eva, primera mujer y madre virtuosa del mundo.

También Antonio Bernal evoca la histórica ciudad de Alejandría como testigo del tiempo de la siguiente manera:

Murió tu padre el gran conquistador que te dio vida y nombre; fuiste luego capital del Egipto; durante tres siglos residieron en ti los Ptolomeos; viste a su último vástago destronar a su hermana Cleopatra; a Pompeyo vencido en Tarsalia y asesinado en Pelusio; arrojado el Lagidas a su vez del trono, y restituido a su hermana; seguir esta al César a Roma y asistir a sus triunfos, y volver a Egipto dando a luz a su hijo Cesarión y alzar en su honra el templo de Denderah; y casarse con ella enamorado Antonio, repudiando a su mujer Octavia, origen este de una lucha fratricida terminada en la batalla de Antium. Tú, que viste vencido a Antonio, dueño diez y siete años del Egipto, darse a sí propio la muerte; refugiarse la traidora Cleopatra en Pelusio y morir esta sin haber podido doblegar con sus atractivos al vencedor.⁵⁰³

⁵⁰² Ibidem, p. 96.

⁵⁰³ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., pp. 133, 134.

V.5.3 La ciudad de Puerto Said

La ciudad de Puerto Said es una ciudad improvisada que se fundó durante la apertura del istmo de Suez y que fue construida en honor del virrey Mohamed Said Bajá, quien firmó la concesión de las obras. Los edificios de madera del siglo XIX de la ciudad aportan a Puerto Said un aspecto distintivo, y las viejas casas con elaboradísimos balcones en todas las plantas le permiten conservar un aire colonial y el encanto de los gloriosos tiempos pasados.

A la ciudad de Puerto Said se refiere José de Castro y Serrano:

En 1860 no existía sobre esta playa inhospitalaria, que recibe la boca oriental del Nilo, más que el silencio de la muerte antigua y la desolación que esparcen enteramente los abortos periódicos del gran río. Hoy hay en este punto una bella ciudad helénica de 10.000 habitantes, fundada por Mr. Fernando de Lesseps, con grandes calles, hermosa plaza titulada como su fundador, templos griegos, edificios y casi palacios perfectamente construidos; jardines, fuentes de agua dulce, casinos, cafés, fondas, y hasta un pequeño teatro. Hoy Said, la ciudad erigida en honor del Bajá que firmó la concesión de las obras del istmo, puede ser, y lo será ciertamente antes de mucho, patria de un nuevo Ptolomeo.⁵⁰⁴

El motivo de la construcción de la ciudad de Puerto Said residió en la facilitación de los medios de la vida en esta zona del istmo de Suez, y es justo poner de manifiesto que:

Los obstáculos de Mr. de Lesseps eran todos humanos. Consistían en que la despoblación y la infertilidad habían corrompido la tierra: los trabajadores se encontraban en Puerto-Said sin más agua para beber que la que les trajeran las caravanas, sin más alimento que el que viniera de Alejandría, sin más albergue que la choza, expuesta en el verano a los ardores de un sol de fuego, y en el invierno a la destrucción por huracanes: aquí en esta patria de la disentería, de las oftalmías y del cólera; con la Turquía y la Inglaterra por adversarios, con la ciencia por enemigo, con la duda universal por compañero, con la flaqueza humana por aterrador fantasma de lo futuro; -esta era la verdadera situación insuperable para Mr. de Lesseps, cuando se paseara meditando por el árido suelo de esta plaza que ahora lleva su nombre. ¿Cómo podrá vencerla?⁵⁰⁵

Cuando estableció Fernando de Lesseps sus tiendas en este lugar en el año 1859 y comenzó a ejecutar el proyecto del canal de Suez, estaba completamente convencido de que aquel sitio era el mejor para fundar una nueva ciudad que mirara hacia la entrada del canal. En poco tiempo, las tiendas fueron sustituidas por casas de madera y, después de tres años, su número llegó a más de ciento cincuenta, además de un hospital, un taller, un almacén y un faro provisional con una altura de veinte metros, que se construyó por encima de una estructura de madera para guiar a los barcos de noche hasta la terminación del nuevo puerto.

En vísperas de la inauguración del canal de Suez, en el año 1869, el número de habitantes de la ciudad de Puerto Said llegó a los diez mil. Ríó describe la ciudad de Puerto Said en el año 1859:

⁵⁰⁴ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 129.

⁵⁰⁵ Ibidem, p. 136.

En este lugar que eligió Fernando de Lesseps para la colocación de la primera piedra de su gran proyecto, no había ninguna señal de vida. Hemos encontrado el lugar solitario en el que no hay ni rastro del hombre, salvo que aparecía a distancia de nueve kilómetros hacia el oeste una especie de viviendas esparcidas por la playa egipcia pertenecientes a una aldea de pescadores llamada Ashtoum El gamil; y en vano hemos intentado encontrar un árbol o alguna zona verde en este sitio desértico desolado, pero no hemos encontrado nada más que arenas que queman; sin embargo, no dudó Fernando de Lesseps en comenzar con su gran proyecto desde este punto que fue destinado para la fundación de la hermosa ciudad de Puerto Said.⁵⁰⁶

Oliver Ritt, cuando se encontraba en medio del desierto de Puerto Said, nos describe su sensación en las siguientes líneas:

Yo personalmente me encontré en una situación crítica cuando estaba con siete de mis compañeros europeos en este sitio; y seguí pensando qué se podría hacer si necesitábamos algo de las necesidades de la vida, pues Alejandría está a una distancia no menos de dos días, el ambiente tormentoso y las comunicaciones casi imposibles, la ciudad de Domietta está a distancia de sesenta kilómetros. Y no hay ningún tipo de medios de transporte. Es verdad que a las orillas del Lago Menzeleh existen dos o tres aldeas de pescadores (la aldea de El Matariya que incluye 2000 habitantes está a una distancia de 3 kilómetros al sur de nuestra posición, la aldea de El Menzeleh de 2000 habitantes está situada del Nilo El Mendisi, la aldea de Ashtoum El gamil, a una distancia de 9 kilómetros al oeste. Pero ¿qué es lo que podría encontrar el hombre con estos pobres pescadores?, nada más que algunos pescados frescos o salados y si necesitábamos otra cosa no encontramos delante de nosotros salvo que la paciencia. Navegué con mi imaginación y me apareció el fantasma del pasado: aquí cerca de nosotros existía la antigua ciudad de Pelusa que llegaba a 100.000 habitantes pero ¿a dónde se ha ido esta gente? ¡Ahora no se encuentra de ellos ni un solo hombre! ¡Desaparecieron los parámetros de su ciudad! ¡Se cortaron los recursos de su vida! Se convirtieron sus campos verdes en desiertos áridos! ¡Se secó su río bendito y perecieron! ¡Pues gloria al eterno Dios! Cuando llegué ayer al mediodía a este sitio, me encontré con una tremenda ola de calor y enseguida entré a mi tienda de campaña y casi me ahogo. Pero a medida que se acercaba la tarde esto cambió y sentí un escalofrío por la intensidad de la humedad. Y cuando llegó la medianoche intenté vanamente calentar mis extremidades con lo que llevaba de ropa; y cuando ya eran las dos de la madrugada me levanté de la cama para hacer algunos ejercicios deportivos violentos para que me entrara calor a los miembros de mi cuerpo rígido de la intensidad del frío.⁵⁰⁷

Esto es algo de lo que fue la ciudad de Puerto Said en el año 1859. Ahora veamos lo que comenta Marius Fontin sobre la ciudad en el año 1861:

En el 25 de mayo de 1861 se había reunido por segunda vez la Asamblea General de Accionistas del canal de Suez y en esta misma reunión, Fernando de Lesseps ofreció un discurso en el que dio explicaciones sobre la ejecución de las obras en el proyecto del Canal y en el que vino a decir: “Puerto Said ahora es una aldea de 2000 habitantes y su puerto tiene cabida para 135 barcos con capacidad de cargamento de 29.000 toneladas. Se han construido amarraderos por una longitud de 275 metros y ahora hay un gran sitio en que los barcos encuentran un lugar seguro para refugiarse.”⁵⁰⁸

⁵⁰⁶ Farag, Fouad, *Zona del canal de Suez y las ciudades del Canal Puerto Said, El Suez y Ismailia*, Tomo, II, Imprenta de El Maáref y su Biblioteca “Maṭba‘at al-Ma‘ārif wa-Maktabatuhā”, El Cairo, 1940, p. 220.

⁵⁰⁷ Ibidem, pp. 220-221.

⁵⁰⁸ Ibidem, p. 221.

Seguidamente, el autor nos habla de la impresión que le produjeron ciudades como Ismailia y Puerto Said. En relación con estas ciudades y con otras que no se nombran, José de Castro y Serrano no oculta su entusiasmo al hablar de lo acertadamente de los servicios prestados y de la sabia utilización que aportaron las invenciones llegadas recientemente al istmo, es decir, el ferrocarril y el telégrafo.

Parece especialmente satisfecho y asombrado de lo que llama “la voz transmitida por el telégrafo”. Pero no solamente el oído se siente halagado por estas invenciones de la técnica y de la ciencia. También el cultivo y la explotación de la riqueza vegetal, que en último término es otra aportación de Occidente, llena a nuestro autor de satisfacción y parece como si su alma de pintor apareciera en su inspiración literaria para describirnos la fertilidad de los campos, favorecidos por los ingenios del regadío. En líneas paralelas, nos permite ver cómo el verdor de los campos fértiles, que alternan a veces con las bandas de terreno desértico, todavía no se han incorporado a la riqueza de esta tierra, haciendo de ella un inmenso oasis. Pero al hablarnos del presente feliz que lo deslumbra, está enteramente convencido de que, gracias a la ciencia y a las nuevas técnicas, un futuro feliz superará al presente, en el que ya se percibe cierta felicidad:

Faros que alumbran, postes telegráficos que hablan, locomotoras que avisan su paso rápido cargadas de riquezas; un venero de agua dulce que corre paralelo al canal marítimo, especie de sangre venosa que en armónica correspondencia con la arterial salada, parece que van a dar vida y movimiento al cuerpo extenuado del bajo Egipto; fajas de verdura alternando con líneas de arena, como contraste de lo que fue y de lo que es; habitaciones, campamentos, rancherías, ciudades; y todo esto que aparece y desaparece entre la sabana árida y el oasis cercado de palmeras, cual los caravaneros de tantos siglos lo contemplaron con salvaje indiferencia; he aquí la impresión de la travesía, monótona de hecho, si en el espíritu no hiciera tantos huecos a la meditación, al asombro y al orgullo de las dotes humanas.⁵⁰⁹

En la entrada del Puerto Said se encuentra la estatua de Fernando de Lesseps, al final del muelle; esta estatua se elevó por encima de la altura redonda de los contenedores de agua, con un diámetro de veinte metros y una altura de aproximadamente otros quince. Representa a Fernando de Lesseps poniéndose un manto encima de su traje y agarrando con su mano izquierda el mapa del proyecto; con su mano derecha nos recibe lleno de toda confianza y generosidad, como si invitara a todos los que se acercan a Oriente a través de la vía del canal, diciéndoles “Bienvenidos”.

V.5.4 La ciudad de El Cairo en el siglo XIX

El Cairo es una ciudad de carácter multicultural: El Cairo faraónico, El Cairo copto y El Cairo islámico. Pero en este apartado, nuestro escritor José de Castro y Serrano se interesó más por El Cairo islámico del último tercio del siglo XIX, donde había más de 300.000 habitantes, de los cuales 150.000 eran musulmanes, 23.000 coptos, 12.000 judíos,

⁵⁰⁹ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 163-164.

10.000 griegos, 7000 Armenios, y el resto católicos y protestantes. Hay cerca de mil *Khans*, “tiendas” que sirven de depósito a las mercancías de las caravanas, trescientas fuentes públicas y cisternas surten copiosamente de agua del Nilo a la ciudad, y setenta baños públicos. El número de mezquitas llega a cuatrocientas, a diez el de las sinagogas y a treinta el de las iglesias cristianas dedicadas a las distintas confesiones.

José de Castro y Serrano, en una comparación entre la ciudad de El Cairo y la ciudad de Alejandría, afirma lo siguiente:

Cairo es una ciudad más apiñada y menos europea aún que Alejandría. Como ciudad de tierra adentro, conserva los caracteres esenciales de la raza que la construyó; al paso que Alejandría, como puerto concurrido, tiene que avenirse a las necesidades de los hombres que lo frecuentan.⁵¹⁰

El Cairo es una ciudad multicultural al contener sus mil minaretes, el misterioso río Nilo y su papel histórico representado por la Esfinge o las pirámides. Además, poseía los medios de la civilización moderna con sus canales de riego, los ferrocarriles, etc, como señala nuestro autor:

El viejo Cairo es un barrio árabe perfectamente genuino, cuna y origen de la populosa ciudad que hoy día existe. Recibió como primer nombre el de Fostat, que en árabe quiere decir tienda. Su creación en el 969 se debe a Amru, después de dominada Alejandría; alzó la mezquita que lleva su nombre y edificó la capital musulmana del Egipto. La antigua ciudad perdió el nombre de Fostat, tomando la antigua denominación de El Cairo, Masr-el-Atikah. Chubra es otro sitio El Cairo, que a corta distancia, e igualmente a las márgenes del Nilo, creó Mohamed Alí, adonde se llega a cubierto de la hermosa arboleda que da acceso al palacio, sin que nada notable, más que su bella ubicación, sea digno de mencionarse.

He aquí la descripción de la mezquita de Amrou Ibn El Aas, hecha por Arturo Baldasano y Topete: “En el antiguo Cairo está también la mezquita de Amrou, la más antigua y curiosa de Egipto, por ser el verdadero tipo de la mezquita primitiva, compuesta solo de un inmenso patio cuadrado, al que dan ingreso porción de arcos, y en el centro una enorme fuente o estanque para las abluciones.”⁵¹¹

A su vez, el historiador egipcio Arafá Abdo Alí nos describe el carácter de la ciudad de El Cairo en el siglo XIX:

El Cairo antiguo, a lo largo de seis siglos desde los mamelucos, se lo repartían las masas egipcias mezclándose en las calles de la ciudad sin barreras, y quizás pudieras encontrar una choza junto a un palacio... también se alineaban el mendigo y el príncipe en las filas de la oración en las mezquitas, pero hoy en día cambió la situación y ahora hay dos Caidos, un Cairo egipcio y otro Cairo europeo; no existe un enlace entre ambos. Mientras que las arenas y los colores del desierto invaden El Cairo antiguo y lo envuelve el abandono con nuevas preocupaciones, El Cairo europeo está abierto a construcciones y calles nuevas y elegantes como la calle de Mohamed Alí, que sirve de enlace entre la ciudadela y el

⁵¹⁰ Ibidem, p. 212.

⁵¹¹ Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem*, ob. cit., p. 111.

Esbekeyeh; el gobierno sacrificó, para hacerlo recto, palacios de un gran valor histórico y derribó muchas mezquitas!⁵¹²

José de Castro y Serrano, cuando se traslada a El Cairo, enumera las cosas que había presenciado y todo aquello que había hecho a lo largo de su visita a esta ciudad milenaria. En la capital del Egipto, El Cairo, el escritor dice que vio sultanas, meretrices, princesas europeas y cómicas de café cantante, bebió agua del Nilo y agua sacada del pozo de Joseph. Durante su estancia, cuenta que presenció una mezcla de la vida pasada y de la vida presente. Asimismo, bebió vino del Rhin y dice que vivió ocho largos meses en ocho cortos días. El autor da rienda suelta a una fantasía occidental que se alimenta de ensoñaciones orientales. En primer lugar, lo que le llama la atención son las mujeres. No olvidemos, a este propósito, que ya el autor y los comentaristas que le interesan nos han hecho ver con los ojos de nuestra imaginación algunos perfiles de mujeres ilustres y célebres; son significativas, ante todo, la emperatriz Eugenia de Montijo y la faraona Cleopatra, sin olvidar un rápido vistazo a Nefertiti y a Nefertari. Pero sepamos que ahora el escritor nos muestra una semblanza de las egipcias contemporáneas a su tiempo: princesas, mujeres que son santas o vulgares y toda suerte de seres encantadores, que suman su encanto al prestigio de un país oriental y milenario. Por cierto, el autor que nos ocupa en esta tesis tiene depositada una indudable atención en el transcurso del tiempo. Lo curioso de su exposición es que no ha elegido ningún número prestigioso como el tres o el siete para cantar el inevitable drama del transcurso del tiempo. Prefiere el ocho, al que atribuye siglos, años, días, horas y minutos, para, en el fondo, decirnos que su estancia en Egipto le ha parecido un fugaz y efímero conjunto de ocho minutos:

Nosotros hemos visto sultanas y meretrices, princesas europeas y cómicas de café cantante; hemos visto mahometanos de frac y corbata blanca; hemos bebido agua del Nilo, sacada del pozo de Joseph, y vino del Rhin, sacado de las bodegas de Spielberg. En una palabra: hemos vivido ocho meses en ocho días, y ahora necesitamos estos ocho minutos de desahogo para prepararnos a escribir durante ocho horas consecutivas.⁵¹³

Cuenta José de Castro y Serrano que uno de los lugares más notables para visitar en El Cairo es la Ciudadela y sobre todo la plaza Mohamed Alí, por gozar de sus hermosas vistas. El “square” de Mohamed Alí es una bella plaza que conduce a una puerta monumental, en la que en 1811 se verificó la horrible matanza de los mamelucos. La ciudad de El Cairo es una ciudad más apiñada y menos europea que la ciudad de Alejandría. El Cairo, como es una ciudad de tierra adentro, es decir, que no mira al mar, mantendrá siempre las características esenciales de la raza que la construyó. Se trata de una comparación entre las dos grandes ciudades egipcias de El Cairo y Alejandría, y la idea esencial es la de la diferencia entre estas dos ciudades. Lo importante es que una de ellas, Alejandría, está en la costa mediterránea, mientras que El Cairo está en el interior. Esto implica que Alejandría es una ciudad mucho más cosmopolita, mientras que El Cairo es una ciudad exclusivamente delimitada por el territorio y el país que la rodean. La ciudad de Alejandría fue fundada por Alejandro Magno. Es relevante recordar aquí que en su excursión victoriosa por el noroeste de África y por el suroeste de Asia, Alejandro fundó aproximadamente una docena de Alejandrías de esta manera, expresó su acentuado

⁵¹² Abdo Alí, Arafá, *Al-Qāhira fī ‘aṣr ‘Ismā‘īl Al Kahira fī Asr Ismail (El Cairo en la época de Ismail)*, ob. cit., p. 37.

⁵¹³ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 188.

egocentrismo. Entre todas estas Alejandrías, la única que ha tenido una fama mundial ha sido la de Egipto. Esto se debe a su vecindad con el mar Mediterráneo.

El historiador Heródoto subrayó que Egipto es un don del Nilo, y nosotros podemos decir que Alejandría es un don del Mediterráneo. Este mar está presente en el origen de la antigua civilización, facilitando la comunicación entre Oriente y Occidente por el canal de Suez. Y precisamente, Alejandría está junto a este mar y cerca de este canal, así que no es solamente la más célebre de todas las Alejandrías de Alejandro, sino que es también una de las más célebres de la historia del planeta. En cambio, El Cairo es una ciudad recogida en el interior de un gran oasis, formado por la conjunción del delta y del Nilo. Esta situación todavía está ceñida por otro aprisionamiento, el desierto, que por el este y el oeste circundan y rodean el oasis mencionado. Es una ciudad más faraónica, más árabe, más afroasiática que Alejandría; las dos ciudades, diferentes entre sí tienen, sin embargo algo en común: la coincidencia de pertenecer, a pesar de sus diferencias, a una conjunción constituida por la historia de un país, que en los últimos veinte siglos ha venido a integrar la totalidad del actual estado egipcio.

Gregorio Andrés y Espala coincide en su descripción de la ciudad de El Cairo con la descripción realizada por José de Castro y Serrano, informándonos de que la ciudad de El Cairo posee un carácter completamente oriental en la que se encuentra lo antiguo con lo moderno, formándose de esta manera un magnífico contraste. Seguidamente el autor pone de manifiesto la diversidad evidente de los habitantes de El Cairo, habitantes que son diferentes los unos de los otros, y es en esta diferencia donde encontramos motivos para la sorpresa y la admiración; todo allí se nos muestra como un cúmulo de impresiones diferentes que se funden en una exuberante sensación, la de la contemplación de un mundo extraño, legendario e increíble para un occidental.

Gregorio Andrés y Espala describe así la ciudad de El Cairo:

Ciudad de aspecto completamente oriental El Cairo, parece hallarse en perpetuo carnaval; las calles y plazas recuerdan caprichosas decoraciones de teatro; los hombres, con sus abigarrados trajes, semejan rebaños de comparsas; las mujeres, envueltas en su negro o azul dominó, cual si fueran disfrazadas de baile, harían creer que iban a una fiesta, si no sorprendiera el silencio, que a pesar del gentío guarda el pueblo en países musulmanes. Al lado del humilde *fellah*, cruza el altivo beduino, el sombrío copto, el astuto judío, el sagaz griego, el negro abisinio y el inteligente europeo, cada uno con diverso traje, distinta religión y diferente idioma.⁵¹⁴

Eduardo Toda y Güell, por su parte, nos cuenta la impresión que tuvo al pisar la ciudad del Cairo por primera vez:

¿Y esto es la capital egipcia? me pregunté admirado. La ciudad oriental de mis ensueños, con sus calles estrechas y tortuosas, sus elevados alminares, sus turbas de árabes por las calles, y sus moras recatadas detrás de las celosías de una ventana, ¿ha cambiado de sitio por ventura? ¿O acaso, nuevo Paganel distraído, erré mi ruta y creyendo internarme en Egipto, he desembarcado en alguna fastuosa capital de Europa?⁵¹⁵

⁵¹⁴ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., pp. 54-55.

⁵¹⁵ Toda y Güell, Eduardo, *A través del Egipto*, ob. cit., p. 103.

En la ciudad de El Cairo del siglo XIX había dos calles características, Esbequia y el Musqui, en las que se encuentra el centro europeo de tiendas y de alojamientos. Aquí, nuestro autor nos hace una descripción de ambas, y como conoce las ciudades españolas de Madrid y de Barcelona, no resiste a la tentación de mencionarlas, lo que nos hace pensar en una especie de extrapolación del pensamiento del autor. Por una parte, se envanece de su visita a El Cairo, pudiendo decir en lo sucesivo que ha recorrido mucho mundo, como se decía antes de la invención del turismo actual.

Por su parte, así describe José de Castro y Serrano, las dos calles principales de El Cairo:

La plaza, llamada Lesbequieh, o en nuestro idioma Esbequia, es la Puerta del Sol de los viajeros: con aprender el Esbequia y el Musqui, o calle larga, se tiene aprendido todo el Cairo; porque el Musqui corta en dos mitades la población, como la Rambla de Barcelona o las calles Mayor y de Alcalá de Madrid. El Musqui es el centro europeo de tiendas y fondas; hay que pasar por él para ir a todas partes, y sobre todo a casa; corta los bazares, o centros especiales de mercado, que se denominan de plateros, peleteros, turco (que es el principal), cofreros, armeros, calderos, etc.; perfumistas, bordadores, tunecino y persa. Porque en Cairo, como en las ciudades moriscas de nuestra España, los gremios de trabajadores y negociantes existen apiñados con independencia de los otros, lo cual es más útil para el comprador, que la anarquía de lugares y objetos establecida en Europa.⁵¹⁶

El mismo autor, nos lleva de un lugar a otro dentro del gran Cairo e intenta describirnos tres aspectos que podemos destacar; el primero se refiere a las manos, el segundo se refiere a los francos (es decir, al dinero), y el tercero a los animales:

De trecho en trecho divierten a la multitud titiriteros y jugadores de manos. Estos se sitúan por lo común en un templete a las puertas de las fondas, para atraerse la admiración de los indígenas y los francos de los extranjeros. Sus ejercicios consisten de ordinario en hacer ejecutar habilidades a cabras, perros, monos y serpientes.⁵¹⁷

Muchos de los escritores que visitaron Egipto en el siglo XIX han proporcionado relatos sorprendentes de una clase de hombres a los que se atribuye, como a los antiguos encantadores de serpientes, la posesión de un arte secreto al que se hace referencia en la Biblia, y que les permitía mantenerse a salvo de las mordeduras de las serpientes venenosas (vid. Sal. LVIII, 4,5; Ec. X, 11; Jer. VIII, 17). Comenta el escritor inglés Edward William Lane en su libro *Manners and Customs of the Modern Egyptians* (véase en este mismo Blog "Un apunte sobre Edward Lane y su pasión egipcia) que durante su estancia en Egipto en la primera mitad del siglo XIX conoció a muchas personas, de las más inteligentes de aquel pueblo, que condenaban a estos modernos encantadores de serpientes afirmando que se trataba de impostores, y no conoció a nadie que estuviese en condiciones de ofrecer una explicación satisfactoria de las más comunes e interesantes de sus actuaciones.

También Antonio Bernal presencié uno de los magníficos espectáculos que dan los encantadores de serpientes en el Egipto del siglo XIX y nos hace una descripción detallada: "Los titiriteros, jugadores de manos, charlatanes y embelesadores de serpientes, sobre todo,

⁵¹⁶ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 212-213.

⁵¹⁷ Ibidem, p. 214.

atraen a millares a los curiosos, que espectadores de tanta destreza, permanecen horas enteras encantados.”⁵¹⁸

V.5.5 Los bazares de El Cairo

Los bazares son el núcleo de la confusión y del ruido en El Cairo. Quien visita la ciudad de El Cairo tiene que pasar por la zona de *Jan el Jalili*, que es el bazar más antiguo de la ciudad, ubicado en una antigua zona de comercio. Los orígenes del zoco se remontan a 1382, cuando el emir Dyaharks el-Jalili construyó un gran caravasar (o *jan*). Un caravasar era una alhóndiga o posada para comerciantes, con estancias para sus animales y cargamentos y a veces, el punto de referencia para la actividad económica en las zonas ubicadas en sus alrededores. Este caravasar todavía existe entre la angosta calle de Sikka Jan el-Jalili y Badestan. Es posible encontrar todo su encanto y sabor caminando por sus pequeñas callejuelas. Cuando uno está de visita en El Cairo, *Jan el-Jalili* es el lugar más digno de verse y existen algunos puntos de interés especial. En Jan el-Jalili se puede visitar el callejón Midaq, lugar donde está ambientada la novela *El callejón de los milagros* de Naguib Mahfuz (Premio Nobel de literatura en 1988).

Gregorio Andrés y Espala nos describe los bazares de *Khan el Khalili*:

El más lujoso de los bazares del Cairo es el *Khan Khalili*, verdadero Océano de riquezas, que reúne todos los prodigios del arte Oriental; allí los ricos trajes de telas bordadas y recamadas de oro, las joyas y alhajas de más caprichosa belleza, las armas primorosas, los arabescos y tapices asiáticos de más exquisita labor; al anochecer cada tendero guarda sus mercancías en fuerte arca de hierro, vigilada como las demás por leales servidores.⁵¹⁹

José de Castro y Serrano nos habla de un aspecto importante de la vida comercial, y la conclusión que nosotros obtenemos al leer sus palabras es la de considerar que el comercio tiene mucha influencia en todos los aspectos de la cultura cotidiana y de la civilización; así, por ejemplo, es inevitable pensar en las formas arquitectónicas que adquieren los lugares en los que el comercio se realiza.

Generalmente en El Cairo del siglo XIX había que ser muy precavido para impedir a los ladronzuelos sobrevivir a costa de los mercaderes. Había que imposibilitar a estos merodeadores el acceso a los puestos de mercancías, y había que impedirles la huida si es que lograban hurtar algo. Para esto, lo mejor era que la actividad comercial se realizara en varios enclaves, con calles estrechas y tortuosas a las que es difícil llegar y de las que es difícil huir. Esta relación profunda entre la angustia económica, la moral y la arquitectura es lo que ha dado origen a ese barrio de las ciudades musulmanas, que se llama la alcazaba. En cuanto a la mentalidad de los comerciantes y de sus clientes, el autor nos describe lo que se llama el regateo, es decir, la discusión, la disputa, la controversia interminable entre vendedor y comprador para salvaguardar cada uno de ellos sus propios intereses. Y así vemos que el barrio comercial de El Cairo nos conduce a reflexiones interesantes sobre la

⁵¹⁸ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente*. En *Egipto*, ob. cit., pp. 120, 121, 122.

⁵¹⁹ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., p. 59.

arquitectura y sobre el idioma o lenguaje. Desde luego, también podría hacernos reflexionar a propósito de la moral, e incluso ponernos en relación con los preceptos coránicos.

José de Castro y Serrano describe así los bazares de El Cairo:

Los bazares de Cairo son una cosa parecida a lo que en Europa se llama pasajes o cites: una circunscripción de calles estrechas y tortuosas, cubiertas con esteras, toldos o tablas, dentro de las cuales se ejerce un comercio determinado. Cada tienda es de un dueño, que le llama su *Jan Jalili*, y cada dueño se disputa la posesión del comprador por cuantas artes caben en su discurso. La afluencia de gentes, la rivalidad de los tenderos, el ejercicio constante de los chalanos o ganchos que desvían o atraen al curioso, todo esto anima y abigarra el bazar de una manera característica.⁵²⁰

El bazar turco es el destinado a los objetos orientales de mayor lujo: pipas de ámbar, cofias, mantones de mujer, trajes de seda, lana y a veces bordados de oro; es el bazar del fausto, en el que la vista se recrea ante la exhibición de los colores y adornos más ricos que hasta el presente haya inventado el hombre. José de Castro y Serrano toma como base la riqueza ornamental y la de la vestimenta para hacer unas consideraciones de alcance étnico y geográfico. Nos hace ver la relación que ha habido y según él sigue habiendo entre el espíritu del Oriente y el espíritu residual o heredado de este mismo Oriente en Andalucía. Y así llegamos en su texto a una opinión optimista respecto de una riqueza que probablemente existió en otros tiempos y que si existe todavía en el Oriente contemporáneo del autor, es sin duda por una recreación literaria más ficticia que efectiva. En los bazares turcos se suele ver lo siguiente:

Allí suelen verse damas, cubiertas de la cabeza a los pies, cercadas de servidores que aíslan su persona, aun cuando propicias a dejar percibir, en un momento de estudiada torpeza, un ojo de penetrante mirada o un talle corporal de modelado contorno. En los precios de este bazar hay que proceder como aun hoy sucede en las ciudades moriscas de Andalucía, y es ofreciendo ocho por lo que piden ochenta. El árabe poetiza su mercancía como los andaluces que aprendieron de ellos, o como los gitanos que son los maestros de todos.⁵²¹

Arturo Baldasano y Topete lo señala, en una especie de discurso, que pretende darnos a conocer Oriente mostrándonos al mismo tiempo su locuacidad. Le interesa darnos un discurso florido, multitudinario y casi inagotable. El tema de este pretende ser universal y cosmopolita para impresionarnos todo lo posible. Y así recurre a una exhibición internacional, donde desfilan ante nuestros ojos todas las naciones del pintoresco y legendario Oriente; por si esto no fuera suficiente, el narrador nos describe algunas escenas más o menos verosímiles, con la presencia constante de viajeros que pueblan las callejuelas mercantiles del Cairo: ingleses, franceses, italianos, rusos.... Desde luego no se olvida de mencionar a los españoles, a los que atribuye semblante alegre y optimista, es decir, simpático.

Todo esto lo señala Arturo Baldasano y Topete diciendo:

⁵²⁰ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 215-216.

⁵²¹ *Ibidem*, p. 216.

Recorremos a la ventura estas sombrías y tortuosas callejuelas, con la seguridad de perdernos en medio de una multitud abigarrada. Entramos en los mercados, inmensos bazares donde se mueven con febril actividad el grave turco de pesado turbante, el ágil árabe de tostado rostro, el persa de descomunal sombrero, el griego de larga cabellera, el ruso sepultado en sus enormes botas, el azabachado africano, el astuto judío, el inglés rubicundo, el italiano decidor, el francés charlatán, el taciturno egipcio, y alguna que otra ancianidad femenina, ya libre de ofrecer su rostro usado a la profanación de la mirada pública, distinguiéndose nuestros compatriotas por su fisonomía franca y alegre.⁵²²

El mismo escritor orientalista nos habla sobre la ciudad de El Cairo:

¡Masrh El Cairo! La Grande, la Victoriosa: tales son los nombres que en su poético lenguaje dan los árabes a la capital de Egipto. Nombres, a la verdad, justificados, pues ninguna ciudad con mejor razón puede pretender tal título para esta extraña confusión de palacios y de chozas, de grandes bulevares y de calles estrechas, verdadero hormiguero de seres humanos y animales, donde los harapos más miserables se rozan con los más espléndidos trajes, donde viajeros de todas las partes del mundo vienen a encontrarse, sobre todo en estos días, en que se celebran las bodas de la Europa con Egipto por medio de la unión de los dos mares.⁵²³

José de Castro y Serrano nos habla sobre la ciudad de El Cairo durante el siglo XIX con sus casas, sus bazares, sus cafés y sus magníficas noches. El autor hace una detallada descripción, en la que ante todo divide la ciudad en dos partes: en primer lugar, la parte europea, a la que llama abierta, como contraposición a la parte propiamente egipcia, a la que llama cerrada. Esta parte cerrada, a la que también califica de árabe, está dividida en lo que el autor llama cuarteles.

En el interior de estos cuarteles se encuentran las diferentes familias en casas cuidadosamente cerradas, de manera que desde fuera se pueda leer en sus correspondientes inscripciones qué familia hay en ellas, a qué tribu pertenece e incluso cuál es el origen de esa tribu, todas las demás particularidades de los habitantes. Hay otra división que se da en este último y es la cuidadosa segmentación entre las casas particulares. Es una ciudad de apertura y de clausura al mismo tiempo. A ello se refiere José de Castro y Serrano diciendo que:

El Cairo está dividido en cuarteles aislados y con puertas. Por la noche se cierran estas, y para entrar en los barrios hay que llamar al guarda y llevar en la mano una luz, farol, linterna, etc. Puede, pues, decirse de esta ciudad que se divide en cerrada y abierta: arábica y europea. No contentos los árabes con circunscribir el oficio, tienen circunscrita la familia en la casa, la tribu en el barrio. Todo en ellos es circunscripción y aislamiento.⁵²⁴

Apunta Castro y Serrano:

Las casas particulares están guardadas de un modo extraño, aunque muy lógico, dado el carácter de los guardadores. En el tranco de la puerta de cada una, hace el sereno una cama de palmas y se acuesta a dormir. Dicho se está que para penetrar en ella hay que pasar

⁵²² Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem*, ob. cit., p. 105.

⁵²³ *Ibidem*, p. 104.

⁵²⁴ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 219.

por el guarda. –Los cerrajeros más hábiles de nuestros días han inventado una cerradura que, al abrirla fraudulentamente, dispara un tiro y mata al ladrón. Los árabes tenían inventado hace muchos siglos, que todo el que quiera penetrar en su casa violentamente, tiene que pisar al sereno y ser cogido por las piernas. La teoría es igual.⁵²⁵

El Cairo, excepto los monumentos religiosos y los palacios, no tiene nada de particular; incluso se podría decir que sus más abundantes edificios se parecen en gran medida a los de Alejandría.

En *La novela del Egipto* anota José de Castro y Serrano lo siguiente:

Aparte de los palacios y de las mezquitas, que son numerosísimos en Cairo, la ciudad no ofrece puntos de vista notables, ni caserío que se diferencie gran cosa del de Alejandría. Hay que subir a la ciudadela o salir de la población para recrear el ánimo ofuscado por la estrechez y el movimiento.⁵²⁶

Arturo Baldasano y Topete añade sobre las mezquitas y palacios de El Cairo: “Y corta la monotonía que ofrece el aspecto miserable de las casas, mezquitas en su mayor parte, la magnificencia de las mezquitas y palacios, cuyas pintadas paredes, anchas puertas y hermosas rejas, atraen la atención y cambian el panorama.”⁵²⁷

En El Cairo existe un buen número de fuentes de agua y, al mismo tiempo, se aprovecha la parte superior del manantial para utilizarlo como fuente de cultura, es decir, una escuela para los niños, así que los egipcios del siglo XIX se aprovecharon de la frescura del ambiente provocado por la fuente, acomodando su entorno para animar a los niños a quedarse largas horas estudiando. Aquí vemos tres elementos que son el agua, los niños y la cultura relativa a estos niños; en lo relativo al agua tenemos que recordar al historiador Heródoto que dijo así: “Egipto es un don del Nilo”.⁵²⁸ En efecto, la civilización y la vida misma han nacido con el agua, y el Nilo la distribuye de forma abundante por Egipto.

A estas escenas monumentales se refiere José de Castro y Serrano diciendo:

Le hemos llamado monumento, y lo son ciertamente, pues cada uno de estos depósitos de agua es además una escuela pública. Al construir el Estado las fuentes para alivio de los transeúntes, aprovecha la parte superior del estanque para escuela de niños, como punto más fresco en que pueden permanecer largas horas; y así, aquellos conos que el viajero suele mirar indiferente, a la vez que manantiales de agua, son manantiales de civilización y de cultura.⁵²⁹

⁵²⁵ Ibidem, pp. 219-220.

⁵²⁶ Ibidem, p. 220.

⁵²⁷ Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem*, ob. cit., p. 106.

⁵²⁸ Halicarnaso, Herodots, *Heródoto habla sobre Egipto*, ob. cit., p. 74.

⁵²⁹ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 222.

V.5.6 Costumbres populares: la comida egipcia, el café y el narguilé

José de Castro y Serrano trató costumbres egipcias como la de comer y la costumbre de tomar café y fumar narguilé. El autor nos describe detalladamente una comida en Egipto. Es muy curioso que todos los actos importantes de la vida tengan que ser solemnizados y refrendados comiendo. Es bien sabido que la manera de comer y lo que se come ofrece grandes diferencias según las diferentes culturas, o sea, según los diferentes países. En la descripción de los manjares que nos ofrece, el autor ya comprende que se trata de un banquete en un país oriental del siglo XIX; la comida está formada principalmente por animales (gallinas, carnero y otra diversidad de seres comestibles con excepción, claro está, del proscrito cerdo prohibido por el islam). Sin embargo, y a pesar de esta restricción islámica, observamos que el banquete está presidido por una autoridad cristiana como es el patriarca de Alejandría. Y es así porque la comida en cuestión no solamente es oriental, sino que tiene sus connotaciones sociales, políticas, y hasta religiosas. Desde luego, en un banquete no solamente se percibe la procedencia geográfica de los comensales, sino también su condición social, económica, política, y de todo orden en cuanto a que pertenecen a determinados sectores de la sociedad. La comida de la que se nos habla es ofrecida por el ministro de educación de Egipto. De esta manera, sabemos que se trata de un acto político y en cierto modo de comunicación internacional. Al mismo tiempo que el banquete nos inspira reflexiones de esta naturaleza, también nos hace pensar en las diferencias del contexto social existente entre los habitantes del país; en efecto, esto nos sugiere una alimentación nada suntuosa, que en esos mismos momentos serviría para sostener la vida cotidiana de los ciudadanos pobres del país. A la invitación del ministro egipcio de Educación se refiere José de Castro y Serrano así:

concluido lo cual nos invitó a comer a su casa, para departir en la mesa sobre los adelantos que proyecta introducir en la educación popular de Egipto. No todos los presentes, porque tenían otros compromisos, pero nosotros y hasta diez y nueve personas más de las del concurso, nos dirigimos a casa del ministro, aceptando cortésmente su invitación. Presidía la mesa el patriarca católico de Alejandría, y ocupaba puesto de honor nuestro compatriota el Sr. Saavedra, a cuyo lado tuvimos la fortuna de colocarnos.⁵³⁰

José de Castro y Serrano desvela el parecido en la costumbre de comer en Egipto con las provincias de Andalucía, Valencia y Murcia, señalando que el origen de España se debe a los árabes y esto aparece posteriormente en la herencia costumbrista del país. Precisamente, el autor piensa también en el pueblo llano y en su comida, comparando esto con las clases menos favorecidas de España, donde las tradiciones ancestrales se conservan mejor por su dificultad para adoptar costumbres recientes y occidentales. El autor enumera toda una serie de alimentos e instrumentos para manipularlos. Todo ello coincide en gran medida con las realidades correspondientes que el autor ha observado en su estancia en Egipto. Observa una coincidencia entre los dos países que no se debe a la casualidad, sino a las distintas realidades históricas. Forma parte de esta realidad porque la presencia árabe e

⁵³⁰ Ibidem, p. 298.

islámica en España duró ocho siglos; por esta razón, nuestro autor terminará el relato del banquete con la exclamación: “Nosotros también hemos sido moros.”⁵³¹

Gamal El Ghitany, en su libro *Los rasgos de El Cairo en mil años*, señala que:

¿Hasta qué profundidad histórica vuelve la edad de los cafés cairotas? No hay biografía histórica que determina esto y tampoco existe un estudio especializado para registrar los altibajos de este mundo entero, pero no cabe ninguna duda en que el café representaba una parte de la vida cairota.⁵³²

Desde que se amplió El Cairo y la vida en él no estaba limitada a los califas fatimitas y su entorno, los cafés existían de una forma distinta a como ahora los conocemos; estos cafés toman su nombre de la sustancia que los compone. Los cafés no abundaron en Egipto hasta el siglo XVI de la era cristiana.⁵³³

Se cuenta que uno de los primeros que conocieron el café fue Abu Bakr Bin Abdallah, el conocido por Eidrous; mientras que estaba paseando por entre las plantaciones de café, comió de sus frutos. Decidió tomarlo como comida y bebida y orientó a sus seguidores a saborearlo, pues encontró en él activación al culto y prolongación de la lucidez al trasnochar; luego llegó Abu Bakr a Egipto en el año 905 y así los místicos hicieron entrar la bebida del café al país y la gente se planteó acerca de esta nueva bebida si era lícito o ilícito el beberla.⁵³⁴

El café es uno de estos productos que han venido hacia Occidente desde el Oriente. El más conocido de todos es el llamado café de moca, por lo que en Europa se generalizó la

⁵³¹ Ibidem, p. 301.

⁵³² “En vísperas del siglo X de la Hégira se llenó El Cairo con los establecimientos que sirven el café como bebida y los llamaron cafés; estos lugares estaban preparados para tomar otras bebidas como la helwa, la karkadé "Flor de Jamaica", la canela y el jengibre. En cuanto al tabaco del Narguilé, no fue conocido hasta bien entrado el siglo XI de la Hégira; así que Ishakí, el historiador contemporáneo, determina la aparición del tabaco en el año 1012 de la misma era, si bien el problema del tabaco fue más complicado, porque muchos de los alfaquies de los musulmanes lo prohibían y en muchos casos perseguían a los fumadores exactamente como se persigue a los fumadores del hachís en nuestros días. Menciona el Gabartí en los acontecimientos de 1156 que el gobernador otomano decretó en sus órdenes prohibir fumar el tabaco en las calles, en los establecimientos, en los cafés y en las puertas de las casas; bajó con él el jefe de los guardianes anunciándolo a la gente y amenazó con un duro castigo para los que lo hicieran. Cada vez que veía que una persona llevaba en su mano el Narguilé (aparato de fumar), le castigaba y quizás le hacía morder o tragar la piedra en donde se colocaba el tabaco y el fuego.” El Ghitany, Gamal, *Malāmiḥ al-Qāhira fī alf sana Malameh Al Kahira fī Alf Sana (Los rasgos de El Cairo en mil años)*, ob. cit., p. 4.

⁵³³ La historia del café en Egipto se remonta al siglo XVI, aunque el origen del café sigue sin esclarecerse todavía pero se dice que fue descubierto en el siglo XIII y se cree que los ancestros etíopes del actual pueblo oromo fueron los primeros en descubrir y reconocer el efecto energizante de los granos de la planta del café; sin embargo, no se ha hallado evidencia directa que indique en qué parte de África crecía o qué nativos lo habrían usado como un estimulante o incluso conocieran su existencia antes del siglo XVII. La historia de Kaldia, un criador de cabras etíope del siglo IX que habría descubierto el café, no apareció escrita hasta 1671 y es probablemente apócrifa. Se cree que, desde Etiopía, el café fue propagado a Egipto y Yemen. La evidencia creíble más temprana de cualquier bebida de café o conocimiento del árbol del café aparece a mediados del siglo XV, en los monasterios sufis de Yemen. Fue allí, en Arabia, donde los granos de café fueron tostados y molidos por primera vez en una forma similar a como son preparados en la actualidad. Para el siglo XVI, se había expandido por el resto del Medio Oriente, Persia, Turquía y África del Norte.

⁵³⁴ El Ghitany, Gamal, *Malāmiḥ al-Qāhira fī alf sana Malameh Al Kahira fī Alf Sana (Los rasgos de El Cairo en mil años)*, ob. cit., pp. 3 y 4.

creencia de que el primer café llegado a estas latitudes procedía de Arabia. En realidad, el café de moca no es un producto árabe porque viene desde el lejano Oriente, probablemente desde la India o desde Persia, y remontando el mar Rojo hace escala en el puerto árabe de Moca para ser exportado a Europa por el Mediterráneo. Naturalmente, este papel de intermediario que los árabes han representado en el consumo del café y su transporte hacia Occidente ha influido en sus propias costumbres y así es como el café acabó siendo un producto intensamente consumido por los propios árabes.

En el siglo XVIII, el consumo de café en Francia llegó a ser bastante generalizado. A este propósito, el célebre donjuán y seductor italiano Casanova establece con la palabra café una curiosa distinción en el uso de la misma palabra en la lengua francesa. Afirma que para designar el consumo hay que utilizar la expresión “taza de café”, porque si se dice café sin más lo que se designa es el establecimiento o local en que se consume esta bebida. Es decir, con esta acepción de la palabra, lo que se expresa es más el nombre del local que la bebida que nos ocupa. José de Castro y Serrano nos está hablando de los “cafés de El Cairo” y pone de relieve el aspecto modesto y casi sórdido de estos establecimientos en el siglo XIX. Y, cosa curiosa, expresa hasta qué punto el café como bebida puede servir de estímulo a la imaginación, puesto que en los locales en los que se sirve hay momentos y espacios para la expresión de la poesía, de la narración, y, en resumidas cuentas, de las múltiples formas de la imaginación creadora.

Gregorio Andrés y Espala frecuentó los cafés de El Cairo y nos cuenta que: "También alardean sus habilidades en los cafés, cuentistas y bailarines de oficio. Son los primeros literatos en embrión: prueban sus fuerzas recitando una historia popular o un romance, en composiciones improvisadas; no obstante su valor es escaso, para cosechar grandes aplausos."⁵³⁵

En El Cairo, las gentes que frecuentan el café no van en busca de expansión y compañía, sino para matar el tiempo y disfrutar la pipa de Kaif, pues, el café y el humo del tabaco suelen dar lugar a serias reflexiones. En los cafés del siglo XIX, aparte de las bebidas que se servían, había lugares especializados en los que relatar historias populares y epopeyas. Los dueños de los cafés traían algunos personajes populares conocidos como narradores de historias. Algunos de ellos se llamaban *El Helaliya* porque se especializaban en la biografía de Abu Zaid El Hilali Salama, y otros se llamaban *Zahiriya* porque se especializaban en contar las historias de El Zahir Baybars. Estas historias de El Zahir Baybars han aparecido en Egipto en el siglo XVI, y están caracterizadas por la imaginación fértil y los hechos narrados con encanto y gracia, así como por la escenificación de la vida de la sociedad egipcia. En aquellos tiempos, aparecieron con presteza otras historias como la biografía de la princesa la Durra y la reina en la conquista de la Meca; también la batalla del imán Alí con Al Haddam Ibn Ahadjaf y Fattouh Yemen, conocida bajo el nombre Ras al-Ghoul.

⁵³⁵ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., p. 95.

La historia de El-Zahir Baybars se ha extendido y difundido después de la invasión otomana en Egipto en el año 1517. Parece ser que fue como una reacción en contra de la derrota por las heridas sufridas por el pueblo, y el mismo fenómeno se observa en la epopeya de Abu Zeid El Helaly Salama, que se difundió después de la derrota de la Revolución de Orabi y de la ocupación británica en Egipto en el año 1882. Es una especie de reacción de la gente a un evento doloroso, semejante a una forma de autoprotección, de resistencia, y a una especie de levantamiento del ánimo y de la moral humana a través del arte.

Había otras historias que se solían narrar en los cafés, como la historia de Saif Ibn Zi Yazen, *Las mil y una noches* y la biografía de Antara El Absi, mientras los trovadores utilizaban instrumentos musicales como el *rabbah*⁵³⁶ y el laúd.

Podemos decir que la edad de oro de los cafés de El Cairo fue a finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, sobre todo en los años veinte y treinta del siglo pasado, cuando en la ciudad de El Cairo reinaba la tranquilidad; en aquellos tiempos estaba repleta de cafés y, destacamos entre ellos el café Nubar, aunque en su lugar ahora esté el de las Finanzas. Este café era lugar de encuentro para artistas. El cantante Abdo El Hamouli pasaba sus noches en él junto con algunos de sus amigos. También lo frecuentaba Basily El Erian, quien se declaró en quiebra después de que hubiese gastado medio millón de libras; por otro lado, se cuenta que muchas veces, cuando el café estaba repleto de clientes, le pedía al dueño que lo vaciara de gente y lo dejase exclusivamente para él y sus amigos, con la condición de compensarle económicamente la pérdida de su clientela.

José de Castro y Serrano se refiere a los cafés señalando que:

Los cafés, que son muy numerosos, están desprovistos de todo género de encanto. Una sala baja, húmeda y oscura, a cuyo alrededor hay construido un poyete de mampostería o tablas, constituye todo el ajuar de estos establecimientos, donde los árabes, sentados sobre los pies, o con las piernas colgando para descansar de la otra postura, sorben en pequeñísimas tazas café muy espeso y caliente, o gustan en vasos de vidrio una bebida azucarada, mientras muchachos o viejos les refieren cuentos, historias y versos, a que son muy aficionados. —Es la misma teoría del refectorio de nuestros frailes, aun cuando liviana y voluptuosa en el fondo.⁵³⁷

En consonancia con lo que señala nuestro autor, Gregorio Andrés y Espala nos habla sobre los tipos populares y cuentistas que suelen pasearse por los cafés para la diversión de la gente. Tenemos la expresión de otro autor a propósito de la vida y la actividad en los cafés. Ahora no se trata exclusivamente de la creación de lo que podemos llamar actividad del espíritu, sino también de la actividad corporal con sus habilidades y actividades múltiples que nos hacen pensar en lo que en la Europa de la Edad Media se llamó juegos y mímicas de los juglares. Estos activistas del movimiento físico no cosechaban, según el autor, encendidos aplausos, pero manifiestan la predilección humana hacia lo circense y

⁵³⁶ El *rabbah* es un instrumento musical de cuerda creado con madera como se fuese un violín y se toca con una vara de cuerda como la del violín.

⁵³⁷ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., pp. 214-215.

bufonesco. También en El Cairo había cafés cantantes como los que había en París y en Madrid; estos cafés solían estar concurridos por los extranjeros que se hallaban de paso hacia el canal de Suez.

Tal vez la descripción más precisa que nos llegó sobre los cafés egipcios venga de la pluma del orientalista Inglés Edward William Leane, en su libro *Los egipcios modernistas*, en donde dice que visitó la ciudad y que vivió en ella a comienzos del siglo XIX: El Cairo tiene más de mil Cafés, y el Café es una habitación pequeña que tiene una fachada de madera en forma de rejas y columnas entrelazadas entre sí. También en *Descripción de Egipto*, que fue elaborado por la campaña francesa sobre Egipto desde el año 1798 hasta 1801, existe una parte sobre los cafés en la época de dicha campaña:

El Cairo incluye alrededor de 1200 cafés además de los cafés del clásico Egipto y Bulak y la zona del clásico Egipto otros 50 cafés, mientras que el número de cafés en Bulak llega a 100 cafés. Pero estos edificios no tienen ninguna semejanza con los cafés que llevan el mismo nombre en Francia, salvo que sea en el consumo del molido del café aunque esta bebida se prepara y se bebe de una manera distinta. No hay en estos edificios casi nada de muebles ni decoraciones interiores ni exteriores salvo que haya solamente asientos de madera que forman una especie de asientos redondos que rodean los paredes y existen algunas esteras de las hojas de las palmeras o alfombras de gusto más áspero en las tiendas de cafés más lujosos, además de un banco de madera muy modesto.⁵³⁸

Por otra parte, Andrés y Espala se refiere a los cafés de El Cairo:

Los cafés indígenas son abundantes, verdad es que su establecimiento está bien simplificado. Un local abierto á cuatro vientos, dos o tres docenas de toscos bancos y mesas, con el proporcionado número de tazas, completan el mobiliario. El modo de prepararlo es distinto de lo que acostumbramos; hacen hervir en el agua suficiente proporcionada cantidad de café sin colar en finísimo polvo, que permanece en suspensión; algo se extraña al principio verse precisado a masticarlo, pero es tan tónico y aromático, que pronto los europeos saboreamos con deleite las pequeñísimas tazas en que allí ordinariamente se sirve. Es su uso tan general, que nadie puede eximirse de ofrecer semejante prueba de amistad; brindar un café y pipa, son actos de la más elemental cortesía, observados fielmente por todo egipcio.⁵³⁹

Antonio Bernal nos habla de los cafés de una manera muy amplia, y es que se trata de la profundidad, insistencia y de la fuerza de las más elementales pulsiones humanas. En primer lugar y ante todo, el autor no puede evitar hacer alusión a la presencia femenina. Pero no es aquí, en el café solamente, donde confluyen otros elementos hedonistas. Así, por ejemplo, nos encontramos con el tabaco y con el célebre y muy oriental Narguilé. Es importante destacar lo señalado por Antonio Bernal:

Los cafés turcos se llenan de bote en bote, y en ellos cuenta sus historias peregrinas el poeta árabe: los músicos, acompañándose con los instrumentos del país, lanzan a voz en cuello sus cantares; y las bailadoras indígenas giran luciendo sus talles entre los consumidores, que admiran a través del humo de la pipa o *tehibuk*, y el *narguilé*, su danza lasciva pero modesta, que se asemeja mucho a la antigua andaluza, no a la moderna de la

⁵³⁸ El Ghitany, Gamal, *Malāmiḥ al-Qāhira fī alf sana Malameh Al Kahira fī Alf Sana (Los rasgos de El Cairo en mil años)*, ob. cit., pp. 6 y 7.

⁵³⁹ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., pp. 93-94.

Vargas ni de la Petra Cámara: es el jaleo del vito y de las corraleras, sin levantar las piernas ni mostrarlas de intento, acompañando la cadencia de la música con el chasquido de los dedos imitando las castañuelas, y batiendo las palmas con graciosa coquetería.⁵⁴⁰

Arturo Baldasano y Topete señala que las costumbres esenciales de los árabes consisten en fumar la pipa y en tomar el café:

Todos los barcos estaban iluminados desde el tope hasta la quilla. Las músicas no cesaban, ni los gritos ni la bulla de los árabes, que en solemnidad de la fiesta no se habían recogido temprano, pues se acuestan siempre con las gallinas, y seguían fumando la pipa y tomando el café, que es su mayor placer; solo el estar acostumbrados desde que nacen, les puede librar de una enfermedad que por tal abuso contraería cualquier europeo.⁵⁴¹

Asimismo, Baldasano y Topete enumera las costumbres esenciales de los egipcios del siglo XIX:

En todas ellas se veía a sus dueños rodeados de gran número de amigos, y sentados gravemente en sus cojines fumando la pipa acompañada de sorbos de café, a los acordes de las músicas indígenas, compuestas de dos tamboriles y otros tantos pitos, a cuyos compases pegaban tremendos brincos unos prójimos que son los payasos, y cuya agilidad envidiarían los *clowas* del circo de Price.⁵⁴²

V.6 TEMAS DEL HARÉN

El harén es una de las novedades que los cristianos encontraron cuando llegó el islam. Una de las principales ventajas era la existencia del harén como principal autorización de la poligamia musulmana. El harén es no solamente la presencia garantizada e intocable concerniente a las cuatro esposas legales que el islam autoriza; es también la posibilidad de acogida que se concede a las concubinas, también legales, pero sin la consideración moralmente privilegiada de las esposas.

Entre estas puede haber una predilecta, generalmente llamada favorita, cuya categoría como esposa no tiene más jerarquía ni más relieve legal que las de las otras esposas, pero es una prevención humana autorizada al marido y generalmente reconocida y aceptada. Se ha dicho en favor de la institución del harén y de la poligamia musulmana que, lejos de ser instituciones contrarias a la mujer y al reconocimiento de su importancia, constituyen una prueba de consideración hacia la mujer en cuanto a que en los comienzos históricos del islam, las numerosas guerras de la época hacían que muchos hombres muriesen en combates, con lo que las mujeres quedaban en número excesivo fuera de toda protección.

⁵⁴⁰ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., pp. 118-119.

⁵⁴¹ Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem*, ob. cit., pp. 58, 59.

⁵⁴² *Ibidem*, p. 55.

La amplia bibliografía sobre la sociedad egipcia del siglo XIX y principios del XX nos indica que en el tema del feminismo, por lo menos hasta mediados del siglo pasado y sobre todo en cuestiones teóricas, es preeminente en el caso de Egipto.⁵⁴³ Aunque es en la década de los años veinte cuando resulta más evidente la organización de un activismo feminista, una vez conseguida la independencia formal de Gran Bretaña en 1922, desde bastantes años antes, las mujeres habían tenido acceso a la educación, se habían ido incorporando al trabajo, y habían comenzado a teorizar sobre fórmulas feministas en revistas que ellas mismas fundaron. Según N. Paradela, la prensa femenina fue determinante para el activismo feminista desde finales del siglo XIX.⁵⁴⁴ El primer periódico dirigido por una mujer y dedicado a las mujeres fue *Al-Fatat (La Muchacha)*, fundado en Alejandría, en 1892, por una libanesa cristiana, Hind Nawfal.⁵⁴⁵

Efectivamente, el acceso de la mujer a la educación fue decisivo para el desarrollo del cambio social que se estaba produciendo en la sociedad egipcia, y en general en las sociedades árabes, a finales del siglo XIX. Bajo el gobierno del jedive Ismael (1863-1879), y recuperando de esta forma el interés iniciado por Mohamed Alí (1805-1848) de modernizar el sistema educativo, se abrió en 1873 la primera escuela estatal primaria para niñas, y un año después, la correspondiente a secundaria.⁵⁴⁶ Respecto a la universidad, hasta 1908 no se fundó la Universidad de El Cairo como institución privada, donde llegó a crearse una sección femenina gracias a la intervención de la intelectual egipcia, futura fundadora de la *Unión Feminista de Egipto*, Huda Shaarawi.⁵⁴⁷ Esta sección, dirigida por Mlle. Couvreur, se dedicaba a ofrecer una serie de conferencias, la mayoría impartidas en lengua francesa, dirigidas a mujeres extranjeras y egipcias de clase alta. Sin embargo, habría que resaltar que aunque esta sección no tuvo una existencia muy duradera porque fue clausurada en 1913, y hasta que no pasaron quince años no volvieron a ser admitidas mujeres, esto supuso un primer paso en la ocupación de espacios públicos hasta entonces limitados al sexo masculino.⁵⁴⁸

⁵⁴³ Véase Ruiz de Almodóvar, Caridad, *Historia del movimiento feminista egipcio*, Granada, Universidad de Granada, 1989; Badran, Margot, *Feminists, Islam and Nation: Gender and the Making of Modern Egypt*, Princeton, New Jersey, USA, Princeton University Press, 1999; Ibrahim, Saad Eddin, *al Mar'a al-Misriya wal-Hayat al-Ama (La mujer egipcia y la vida pública)*, El Cairo, Ibn Khaldun Centro de Estudios para el Desarrollo, 1996.

⁵⁴⁴ Paradela, Nieves, "Nuevas cuestiones sobre el discurso feminista árabe" en Fernández Parrilla, Gonzalo, & Montoro Murillo, Rosario, *El Magreb y Europa: literatura y traducción*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, p. 25.

⁵⁴⁵ Hind Nawfal (1860-1920) pertenecía a una familia cristiana sirio-libanesa que emigró a Egipto a finales del siglo XIX. Su madre, Maryam an-Nahhas, fue autora de un diccionario biográfico de vidas de mujeres. Véase Baron, Beth, *The Women's Awakening in Egypt: Culture, Society and the Press*, New Haven, Published by Boston University African Studies Center, 1994, p. 14 y Paradela, Nieves, ob. cit., p. 26.

⁵⁴⁶ Sobre las reformas educativas llevadas a cabo bajo el gobierno de Ismael y sus antecesores, véase Heyworth-Dunne, James, *An introduction to the history of education in Modern Egypt*, London, Frank Cass, 1968, pp. 346-347.

⁵⁴⁷ Sobre Huda Shaarawi (1879-1947), véanse fundamentalmente sus memorias: Shaarawi, Huda: *Harem Years: the memoirs of an Egyptian feminist (1879-1924)*, London, Virago Press, 1986.

⁵⁴⁸ Sobre estos primeros años de la sección femenina puede verse Malcolm Reid, Donald: *Cairo University and the making of Modern Egypt*, Cairo, The American University in Cairo Press, 1991, p. 52 y Paradela, Nieves, ob. cit., pp. 23-24.

Uno de los mayores impulsores de la entrada de las mujeres en la universidad fue el escritor e intelectual egipcio Qāsim Amīn (1863-1908), miembro, asimismo, del comité fundacional de la propia institución académica. Aunque los estudios en la materia han revelado que ya no puede considerarse como el primer defensor de los derechos de la mujer en el islam, sí podría verse como el pionero de una línea de análisis liberal que reclama la emancipación de la mujer frente a la visión de los tradicionalistas musulmanes que consideran, basándose en la lectura de los textos religiosos, que las mujeres tienen un papel subordinado a la familia, por su naturaleza y por la voluntad de Dios. Los llamados reformistas, cuya tendencia atribuye la subordinación de la mujer a una mala interpretación del islam y no al islam en sí mismo, insisten en su visión servilista de las féminas. La publicación de las obras de Amin, *Tahrir al-Mar'a*, “La liberación de la mujer”, en 1899, y *Al-Mar'a al-Yadida*, “La nueva mujer”, en 1901, provocó, uno de los grandes debates intelectuales del momento.⁵⁴⁹ La argumentación de Amin es muy similar a la que había expresado el reformista *salaḥī* Mohamed Abduh (1849-1905) y, por tanto, en algunos asuntos no existía una distinción tajante entre ambas tendencias.⁵⁵⁰

Amin vincula la decadencia de la mujer a la decadencia de la sociedad arabo-islámica y propone, para llevar a cabo la emancipación de la mujer y el progreso nacional, la reinterpretación de los textos religiosos, lo que concluiría con la no obligatoriedad del velo (*hiyab*), con la prohibición de la poligamia y la práctica no recomendada en el texto coránico del repudio, aun siendo legal. Intentando armonizar el dogma islámico con la plena libertad de las mujeres, Amin se convirtió en un gran defensor de la educación femenina, considerándola un deber y la única vía para que la mujer fuera miembro activo de la sociedad.

Esta tendencia liberal fue apoyada entre los círculos extranjeros de la clase alta y fue calando progresivamente entre mujeres cultivadas de la clase media egipcia, que empezaron a escribir sobre sus propias experiencias, demandando el aumento de la educación femenina y mejores condiciones para la mujer en la familia. Tal es el caso de Malak Hifni Nasif (1886-1918),⁵⁵¹ que bajo el pseudónimo de *Bahita al-Badiya* escribió regularmente en periódicos y revistas, y en 1910 publicó una recopilación de ensayos con el título de *Al-Nisaiyyat*. En esta obra fueron incluidas las diez demandas que bajo el nombre de *Progreso para las mujeres musulmanas egipcias* envió al Congreso Nacional Egipcio, compuesto únicamente por hombres, y que hacían referencia al acceso de las mujeres a la educación y

⁵⁴⁹ Amīn, Qāsim, *Tahrir al-Mar'a*, Cairo, Imprenta de Maktabet Al-Taraqqi, 1899 y Amīn, Qāsim, *al-Mar'a al-Yadida*, Cairo, Dar al-Ma'arif, 1900. En español, Amin, Qasim: *La nueva mujer*, Madrid, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 2000, pp. 121-128 y en inglés Amīn, Qāsim, *The Liberation of Women; The New Woman. Two Documents in the History of Feminism*, Cairo, The American University in Cairo Press, 2000.

⁵⁵⁰ Paradela cita al profesor egipcio Nasr Hamid Abu Zayd que defiende las similitudes de ambos autores ya que pueden considerarse representantes del discurso de la *Nahda*, o renacimiento cultural árabe, que no podía enfrentar el planteamiento regenerador con la esencia del islam. Citado por Paradela, Nieves, ob. cit., p. 27.

⁵⁵¹ Sobre el papel de esta mujer, véase Guenena, Nemat y Wassef, Nadia: *Unfulfilled Promises: Women's Rights in Egypt*, Cairo, Population Council, 1999, p. 13.

al mundo laboral, o a cuestiones relacionadas con el matrimonio y las prácticas religiosas.⁵⁵² Sin embargo, todas estas demandas fueron rechazadas.

El definitivo impulso para lograr la visibilidad del feminismo egipcio y su asociacionismo llegó a través de la ya citada Huda Shaarawi (1879-1947). En 1914 colaboró en la creación de la *Asociación Intelectual de Mujeres Egipcias* y debido a su matrimonio con un miembro del recién creado partido nacionalista *Wafd*, presidió el Comité Central de Mujeres Wafdistas. La capacidad de movilización de Shaarawi se vio reflejada en la campaña que fue llevada a cabo en la prensa feminista y al liderar la participación de mujeres –todavía veladas las pertenecientes a las clases altas– en las manifestaciones nacionalistas contra la ocupación británica de 1919.⁵⁵³ Era la primera vez que mujeres egipcias aparecían en manifestaciones callejeras de este tipo, aunque no para exigir derechos propios de la población femenina, sino para unirse a las reivindicaciones nacionalistas de sus compañeros masculinos.⁵⁵⁴

En el siglo XIX había personalidades egipcias que coincidían en el pensamiento con José de Castro y Serrano y llamaban a la integración y a la liberación de la mujer de la mujer en la sociedad egipcia. Uno de estos hombres célebres es Qasem Amin, que escribió en 1898 el libro de *La liberación de la mujer*. Así, Qasem Amin señala que el islam se adelantó a las naciones de Occidente en su proclamación de la igualdad social entre hombres y mujeres, pues la legislación islámica en consideración y piedad para con la mujer, llegó a descargarla de los agobios de la vida, liberándola de la obligación de cargar con los gastos de la casa y la educación de los hijos, contrariamente dice el autor, a algunas leyes occidentales que establecieron la igualdad entre mujer y hombre solamente en lo tocante a las obligaciones, privilegiando al varón en lo relativo a los derechos.

Como era previsible, *La liberación de la mujer* tuvo un amplio eco a nivel de los medios intelectuales egipcios. Alabada y recomendada por los reformistas y por todos aquellos que, como Mohamed Abduh, entendían la reforma no como ruptura sino más bien como establecimiento de las bases sólidas enunciadas por la Ley islámica, en original fue, sin embargo, duramente criticada por los representantes del conservadurismo anquilosado e impermeable a todo cambio. A ellos responderá Amin con una segunda obra, *La nueva mujer*, que, teniendo en cuenta sus contenidos, puede entenderse desde dos puntos de vista simultáneamente: como una defensa ante las críticas del libro anterior y como un alegato a favor de la reforma de la situación de la mujer egipcia, centrado en dos puntos fundamentales, como lo son la educación y la supresión del velo.

En el texto se ponen de manifiesto otras dos características propias del pensamiento de Qasim Amin: la orientación recibida de Mohamed Abduh y, sobre todo, la convicción de

⁵⁵² Por ejemplo, que las mujeres musulmanas pudieran rezar en las mezquitas, un espacio que la religión islámica les había concedido. Véase Baron, Beth, *Egypt as a Woman: Nationalism, Gender and Politics*, University of California Press, Berkeley & Los Angeles, California, USA, 2005, pp. 183-184.

⁵⁵³ Shaarawi describe bien en sus memorias las manifestaciones de 1919.

⁵⁵⁴ Véase “Speaking for the other half”, *Al Ahram Weekly*, 2 marzo 2001; <http://ahram.org.eg/weekly/2001/523/sc3.htm>. La fecha de la última consulta 25/01/2014.

las bondades de Occidente como ejemplo de progreso social y científico por ende, como revitalizador de la función de la mujer en todos los ámbitos de la vida. Por encima de todo ello, una palabra que el autor repite en casi cada párrafo de su libro: *Libertad*. Con todos estos datos, podemos decir que el alegato de Qasim Amin en pro de su ideal social de la nueva mujer árabe, está estructurado como si fuera un silogismo cuyos términos vienen a ser los siguientes:

a) Premisa mayor: cuando Occidente descubrió el camino del progreso social y científico, liberó a la mujer de su reclusión y secular atraso.

b) Premisa menor: para recuperar su dignidad como nación, Egipto debe optar por la misma vía de progreso social y científico, por la que transitaron las naciones de Europa y América.

c) Conclusión: cuando Egipto se encamine hacia el progreso, la mujer egipcia, como pasó en Occidente, se liberará de su atraso y cumplirá con la función social que, por naturaleza, le pertenece. Hay que tener en cuenta, sin embargo, a juzgar por las palabras de Qasem Amîn, que los términos constitutivos de las premisas anteriores pueden invertirse, puesto que para él, progreso social y liberación de la mujer son proposiciones lógicamente equivalentes y de contenido conceptual recíproco, es decir, que el primero implica a la segunda y viceversa”.⁵⁵⁵

V.6.1 La situación de la mujer en Egipto del siglo XIX

A lo largo de la historia humana encontramos muchas sociedades donde las mujeres fueron consideradas inferiores respecto de los hombres. En gran parte de las sociedades tradicionales, su educación se limitaba a aprender habilidades domésticas y se encontraban subordinadas a la autoridad de sus padres primero, y de sus maridos después. Si bien existieron en la historia civilizaciones que otorgaron a la mujer un papel de privilegio (las reinas egipcias o bizantinas, por ejemplo), en la mayoría de las sociedades occidentales y orientales las tareas asignadas a la mujer se limitaban al cuidado del hogar y de la familia, pero en Egipto se extendía el papel de la mujer a ayudar al marido en las tareas de campo, como es el caso de las *fellahinas* o “campesinas” egipcias. De este modo, quedaba relegada al ámbito privado, quedando la participación pública exclusivamente en manos de los varones. Pero, poco a poco, esta situación comenzó a cambiar, sobre todo a partir del siglo XIX.

La historia de la mujer en el mundo árabe es, cuando menos, extraña, puesto que durante el periodo beduino, y sobre todo en el periodo del profeta Mahoma, las mujeres lucharon en las guerras junto al profeta, concretamente en la Batalla de Uhud. También El

⁵⁵⁵ Abdelkarim, Gamal, & Castien Maestro, Juan Ignacio, “Sociedad y Política en el mundo mediterráneo actual, selección y edición de textos”, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos*, Publicaciones del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, Madrid, 2007, pp. 143, 144, 145, 146, 147.

Corán la consideró igual al hombre en todo, y el periodo Abbasí del califato islámico está lleno de ejemplos de mujeres que influyeron en la marcha política del estado islámico. En la Edad Moderna y, sobre todo, en el siglo XIX, la mujer egipcia ha sido tratada con un racismo y con una visión doble. En la corte de los gobernantes, gozaba la mujer de mucha influencia en los asuntos del país; dentro de la familia egipcia representaba un eje de interés muy claro y a veces jugaba el papel de productora en el lado económico, sobre todo, si era ella quien mantenía a la familia. A cambio la vida sentimental estaba prohibida para la mujer.

En general, la historia de las mujeres en Egipto y el Oriente Árabe tuvo poca suerte en los estudios e investigación. Y esto pone de manifiesto una determinada colección de problemas que pueden pertenecer a la relación de la historia de las mujeres en el Oriente Árabe con el orientalismo. La tradición orientalista que describió Edward Said detalladamente en su libro *Orientalismo* es una tradición que heredó la definición “islámica” de la historia y la cultura, apoyando un método de conocimiento ideal mediante el estudio de la historia del Oriente Árabe que encarna el alma islámica en vez de que sea producto de la interacción complicada entre la fuerza material y los componentes ideológicos. Y debido a la escasa información relacionada con la realidad histórica de las mujeres en la zona, encontramos que muchos escritores vuelven simplemente al islam para obtener una descripción de la situación de las mujeres y su motivo.

La historia de las mujeres en Egipto en el siglo XIX afirma que las mujeres desempeñaban un papel activo contribuyendo positivamente en la formación del Egipto moderno, pero es difícil determinar la situación de las mujeres en un periodo tan complicado como es la segunda mitad del mencionado siglo. Las mujeres de aquella época no estaban aisladas de la sociedad sino que participaban en diversos actos, sean religiosas, sociales o políticos... etc. El historiador Abdelrahmán El Gabarti mencionó numerosos sucesos en las que participaron las mujeres y entre estos acontecimientos destacamos la primera revolución de El Cairo ocurrida en el año 1798 en contra de la ocupación francesa, protestando y expresando con sus iras el rotundo rechazo a los franceses, de modo que sus voces aumentaban el espíritu revolucionario entre los habitantes de El Cairo, que se incorporaban cada vez más a las multitudes en lucha. El Gabarti en los sucesos de 1800 menciona que la gente de Tanta cuando vieron a los franceses gritaron en su contra burlándose de sus soldados. Por otra parte, algunas mujeres de la élite de la sociedad egipcia acudían a presenciar el teatro que convocaban los franceses en Egipto. Las mujeres se interesaron por la política después de la salida de los franceses, y esto se notó bastante en el año 1840 con ocasión de la llegada de la flota turca al puerto de Alejandría y cuando los países europeos acordaron la retirada de Mohamed Alí de Siria. Y cuando vino la emperatriz Eugenia de Montijo a Egipto para asistir a la inauguración del canal de Suez, donde se llenaron las orillas del lago Cocordilo con las masas de asistentes, entre ellos numerosas mujeres que tocaban el tambor; otras muchas acudieron al palacio de De Lesseps en Ismailia para saludar

a la emperatriz, quien a este respecto había anunciado su deseo de verlas para agradecer sus nobles sentimientos.⁵⁵⁶

Las mujeres participaban en las ocasiones públicas que interesan al estado egipcio, como ocurre en las ocasiones religiosas, la celebración del día de Ashoraa, la celebración por la noche del *Israa* y el *Meraag*, “el viaje nocturno y la ascensión al cielo”, la celebración por la noche de la mitad de *Shaban*, la celebración por el nacimiento del profeta del islam, la celebración por el comienzo del mes de Ramadán y también participaban en la celebración por la procesión de la vestimenta de la honorable *Kaba*. Y no faltó su presencia en ocasiones públicas como la recepción del virrey donde participaban todos los sectores de la sociedad en estas ceremonias, en las que podían contemplar su procesión. El Gabarti en los sucesos de 1801, después de la retirada de los franceses de Egipto; celebraron la venida del líder del ejército turco, en la que se reunieron las gentes, hombres y mujeres para presenciar la llegada del virrey. Durante el desfile el dinero se dispersaba sobre los asistentes (a la derecha y a la izquierda de la comitiva).⁵⁵⁷

Está confirmada también la presencia de las mujeres durante la celebración por la crecida del Nilo: cuando esta llegaba el virrey de Egipto se dirigía hacia el lugar de la escala de las aguas del Nilo y allí se convocaba una gran celebración en la que estaban presentes las *Almés*, cantantes y bailarinas y en el momento de la crecida del Nilo los altos personajes con sus mujeres montaban en las barquitas “Dahabiyas” y paseaban por el río hasta la entrada de la noche, cuando comenzaban los fuegos artificiales, se escuchaban las músicas y se abrían ventanas y celosías donde podían contemplarse una multitud de damas que anteriormente, en los tiempos normales, hubiera sido imposible contemplar.⁵⁵⁸

Asimismo, El Gabarti menciona cómo los coptos, los sirios y los romanos no respetaban las normativas morales en celebraciones como esta ocasión durante la presencia de los franceses en Egipto y cometían muchas irregularidades, pero la mayoría de los musulmanes no participaban en estas ceremonias. En fin, se nota que la sociedad egipcia apreciaba estas ocasiones y la participación de las mujeres era notable.⁵⁵⁹

Los egipcios se interesaban por la enseñanza de sus hijos desde la época de los faraones, pero a finales del reinado de los mamelucos y después de la llegada de los otomanos disminuyó la importancia de la enseñanza debido a la decadencia económica; la enseñanza se impartía exclusivamente en las escuelas coránicas y en Al-Azhar. No se abrieron escuelas para las muchachas hasta la llegada del reinado de Mohamed Alí porque él quiso construir un estado moderno; sin embargo, en el reinado de Abbas I tuvo la enseñanza

⁵⁵⁶ El Ayoubi, Elías, *Tā'rīj Miṣr fī 'Aṣr 'Ismā'īl min 'ām 1863 'ilā 'ām 1879 (La historia de Egipto en la época de Ismail del año 1863 al año 1879)*, Dos Tomos, Editorial El Madbuli, sin año, El Cairo, pp. 443-446.

⁵⁵⁷ El Gabarti, Abdelrahman, *Mazāhir al-bahya bi-insihāb al-dawla al-faransiya min Miṣr (Los aspectos de la suntuosidad por la retirada del estado francés de Egipto)*, Realización y explicación de Hasan Mohamed Guhar y Omar El Desuki, Biblioteca del Mensaje, 1969, p. 360.

⁵⁵⁸ Rimón, Andre, *Jarā'iya al-Qāhira al-'Utmāniya (Los planos de El Cairo otomano)*, El Cairo, Editorial Casa del Conocimiento, 1975, p. 180.

⁵⁵⁹ El Gabarti, Abdelrahman, *Mazāhir al-bahya bi-insihāb al-dawla al-faransiya min Miṣr (Los aspectos de la suntuosidad por la retirada del estado francés de Egipto)*, ob. cit., p. 302.

una gran decadencia, pero durante el reinado de Ismael floreció la enseñanza en general y especialmente la educación femenina.

Después de la ascensión de Mohamed Alí al virreinato de Egipto se importaban las maestras del extranjero para enseñar a sus hijas la lengua turca, la lengua francesa y la música. Y así lo hizo el mismo Mohamed Alí para enseñar a sus hijas. Y la primera dama Hadly iba tres veces semanales para enseñar a su hija Nazli Hanem la conducta que debería seguir. Él incitaba a sus hijas e hijos a avanzar en la ciencia. Así, en una carta a su hija le manifiesta su alegría por su habilidad en la recepción del aprendizaje y la anima a avanzar más en la enseñanza. Toda la familia de Mohamed Alí siguió el ejemplo para enseñar a sus hijas con educadoras inglesas, francesas y alemanas; asimismo contrataba jeques educadores de Egipto.⁵⁶⁰ Y cuando quiso Mohamed Alí llevar a cabo un renacimiento científico estableció una política educativa y cultural en un corto tiempo y se apoyó en los profesores europeos para preparar técnicas que le ayudasen en el nuevo sistema. Siguió una política educativa muy apreciada y divulgó la enseñanza en la sociedad egipcia en general, prestando atención a la enseñanza femenina. Creó una escuela de ginecología para servir a las mujeres.

Cuando Mohamed Alí pensó en la fundación de la primera escuela para la educación femenina representada en la escuela de las ginecólogas, encontró que es difícil convencer a las egipcias para que ingresaran en ella y por eso expidió una orden de enseñar medicina a ocho muchachas y así fueron a la escuela de medicina, en Abu Zaabal en el año 1827, y en el año 1844 el número de las chicas que estudian en la escuela llegó a cien muchachas. También Mohamed Alí incitaba a las alumnas a seguir su carrera de enseñanza concediéndoles sueldos y comidas.

Durante el reinado de Abbas I y Mohamed Said no se abrieron nuevas escuelas, pero cuando asumió Ismail el virreinato de Egipto estaba interesado por el cambio en general y por eso dio mucha importancia a la enseñanza de las chicas para que contribuyesen positivamente en el desarrollo que deseaba. Así que Ismail siguió la política educativa de su abuelo y por eso fundó la escuela del Siyofiya en el año 1873; entonces el número de las estudiantes en la escuela llegó a 200, subiendo hasta 400 en el año 1874. Los cónsules y las personas cultas recibieron este acontecimiento con mucha alegría, y por eso encontramos que Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī dice:

En los días del jedive Ismail llegaron los jinetes de los nobles a tener jardines y patios y llegaron a igualarse hombres con mujeres en la adquisición del conocimiento y ya la ciencia deja de ser como el derecho a la herencia en periódicos y revistas, y en 1910 publicó una recopilación de ensayos con el título de *Al-Nisaiyyat, cosas de mujeres*. En esta obra fueron incluidas las diez demandas que bajo el nombre de «Progreso para las mujeres musulmanas egipcias» envió al Congreso Nacional Egipto, compuesto para que el varón obtenga el doble de la suerte de las dos hembras.⁵⁶¹

⁵⁶⁰ Ezzat Abdelkarim, Ahmed, *Al-ta’līm fī ‘ahd Muḥammad ‘Alī (La enseñanza en el reinado de Mohamed Alí)*, El Cairo, Biblioteca del Renacimiento Egipcio, 1938, p. 674.

⁵⁶¹ Omara, Mohamed, *Al-a’ṁāl al-kāmila li-Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī (Las obras completas de Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī)*, El Cairo, Editorial La Institución Árabe de Estudios y Publicación, sin año, p. 210.

El cónsul de los Estados Unidos de América envió al Ministerio de Exteriores de América un mensaje en el que alabó el jedive Ismail por haber fundado la primera escuela en Oriente para el aprendizaje de las chicas musulmanas.⁵⁶²

En el año 1874 fundó el jedive Ismail otra escuela y en el año 1875 llegó el número de las alumnas a 205 estudiantes. El año siguiente (1875) fundó una tercera escuela para las chicas en El Gamalía; después de esto se fundaron numerosas escuelas, por ejemplo, la escuela de Industriales consiguió tener 100 alumnos, de los cuales, 50 eran chicas.

A finales del reinado de Ismail el número de escuelas nacionales y extranjeras llegó a ser alrededor de 200.⁵⁶³ Después de la ocupación británica, en Egipto aumentó el número de escuelas inglesas y aparecieron hombres renacentistas que se dedicaron a la enseñanza de chicas y entre ellas destacamos a Malak Hefni Nasif, Aisha El Taimoriya, Huda Shaarawi y Zeinab El Gazali, etc., además de otras mujeres y hombres que se ocuparon de esta cuestión.

Acerca del personaje de Malak Hifni Nasif señala Bárbara Azaola Piazza en su estudio sobre la mujer egipcia de los siglos XIX y XX:

Tal es el caso de Malak Hifni Nasif (1886-1918), que bajo el pseudónimo de *Bahita al-Badiya* escribió regularmente únicamente por hombres, y que hacían referencia al acceso de las mujeres a la educación y al mundo laboral, o a cuestiones relacionadas con el matrimonio y las prácticas religiosas. Sin embargo, todas estas demandas fueron rechazadas.⁵⁶⁴

La fundación de la escuela de chicas durante el reinado de Mohamed Alí y el envío de las misiones científicas de estudiantes a Europa condujo a la aparición de nuevas ideas en la sociedad egipcia, poniendo de manifiesto la necesidad de que la mujer accediera a la enseñanza y todo ello condujo a una verdadera revolución sobre la situación de la mujer. Esta revolución tuvo sus pros y sus contras ya que la imagen generalizada sobre la mujer en aquel entonces era que lo único que le preocupaba era el adorno y la noble vestimenta. Sin embargo, el cambio, aunque simple en sus comienzos tuvo una influencia tangible y muy efectiva sobre la vida, por largo tiempo; el primer hombre que condujo esta revolución había sido Rifā'a Al-Ṭahṭāwī en el año 1837 cuando dijo en una reunión del consejo de escuelas que la educación de la mujer era esencial en el renacimiento de la sociedad egipcia, pero esta propuesta no salió a la luz salvo en la fundación de la escuela de Ginecología. Rifā'a Al-Ṭahṭāwī divulgó sus ideas en un libro titulado *La guía honesta para las chicas y los chicos*. En este libro aclaró que el objetivo de la enseñanza de las chicas era que aprendieran cómo es el trato dentro de la sociedad, pues enseñar a las chicas la lectura, la escritura y la matemática las hacía más educadas y las hacía razonar las cosas por lo que las facultaba para compartir con los hombres la opinión en todos los aspectos de la vida humana y social. Asimismo Rifā'a Al-Ṭahṭāwī reclamó la necesidad de que la mujer ocupara su tiempo con el

⁵⁶²Tager, Jac, y Gendi, Jorge, *'Ismā'il ka-mā tašawwuru-hu al-waṭā'iḳ (Ismail como figura en los documentos)*, El Cairo, Editorial Casa de los Libros, 1945, p. 134.

⁵⁶³ El Sayed Abdelhamid, Nabil, *Al-ayānib wa-'aṭru-hu fī l-muṣṭama' al-miṣrī 1882-1922, (Los extranjeros y su influencia en la sociedad egipcia 1882-1922)*, Una tesina de máster, Universidad de Ain Shams, El Cairo, 1976, pp. 135-156.

⁵⁶⁴ Azaola Piazza, Bárbara, "La Participación social y política de la mujer egipcia", *Feminismo/s*, n.º 3, Centro de Estudios sobre la Mujer de la Universidad de Alicante, (2004), pp.161-174. ISSN: 1696-8166. http://rua.ua.es:8080/dspace/bitstream/10045/3240/1/Feminismos_3_11.pdf

trabajo que se adecuara a su capacidad y dijo que la madre tenía que dar un buen ejemplo a su hija en la enseñanza y en la seriedad del trabajo.⁵⁶⁵

Durante la segunda mitad del siglo XIX la invitación para el renacimiento en la situación de la mujer tomó una forma más clara ya que aumentó el número de aliados de esta llamada, que triunfó gracias al apoyo de algunos de los hombres reformistas como Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī, que en la ciudad de Alejandría comenzó su discurso diciendo: ¡oh, damas y caballeros! Esto no era algo habitual en aquel entonces y finalizó diciendo:

“¡oh, hombres! No vais a salir de la miseria y de la ignorancia hasta que enseñéis a vuestras mujeres ya que no es bueno que las mujeres estén vedadas de sus derechos y no conozcan sus deberes, pues ellas son las madres que educan a sus niños y les enseñan los principios morales; así que sin duda sus hijos las van a seguir en la ética adquiriendo de sus madres los buenos modales.”⁵⁶⁶

El jeque Mubarak apoyó la idea de la educación de la mujer diciendo que “La mujer educada es más fiel y mantiene su dignidad y a la dignidad de su marido y de su familia mejor que la mujer ignorante que lleva velo.”⁵⁶⁷

También los periódicos escribieron acerca de la cuestión de la mujer, como el periódico *El fellah*, en su número 198 del año 1889, que publicó un artículo sobre la educación de la mujer bajo el título de “El desarrollo de las patrias y la perfecta urbanización”: “Es bien sabido que las mujeres son el motivo del perfecto desarrollo y éxito; en efecto, si cada sociedad humana no incluye mujeres como símbolo de desarrollo, entonces es una sociedad naturalmente decadente ya que las puertas del desarrollo están cerradas.”⁵⁶⁸

Y Bárbara Azaola Piazza señala que “El primer periódico dirigido por una mujer y dedicado a las mujeres fue *Al-Fatat (La Muchacha)*, fundado en Alejandría, en 1892, por una libanesa cristiana, Hind Nawfal.”⁵⁶⁹

Qasim Amin adoptó una posición muy positiva sobre la liberación de la mujer y efectivamente él es el autor de dos libros: uno se titula *La liberación de la mujer* y el otro, *La nueva mujer*. He aquí una parte de lo que vino a decir en su libro *La liberación de la mujer*: “Se han igualado las mujeres en nuestro país; una igualdad no deseada y no aparece diferencia salvo en los vestidos y en el adorno; no solo esto sino que se podrá decir que cada vez en que la mujer alcanza un grado más del bienestar se aumenta su ignorancia.”⁵⁷⁰ Esta

⁵⁶⁵ Omara, Mohamed, *Al-a'māl al-kāmila li-Rifā'a Al-Ṭaḥṭāwī (Las obras completas de Rifā'a Al-Ṭaḥṭāwī)*, El Cairo, Editorial La Institución Árabe de Estudios y Publicación, sin año, pp. 393-394.

⁵⁶⁶ Mohamed Hasan, Abdelbaset, *Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī wa-aṭaru-hu fī l-'ālam al-islāmī al-ḥadīṯ (Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī y su influencia en el mundo islámico moderno)*, Apéndice 3 El discurso de Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī en Alejandría en el año 1879, Editorial Wahba, sin año, p. 286.

⁵⁶⁷ Ismail, Said, *Tā'rīj al-fikr al-tarībī fī Miṣr al-ḥadīṯa (Historia del pensamiento educativo en el moderno Egipto)*, número 26 de la serie de la historia de los egipcios, El Cairo, La Autoridad General del Libro, 1989, p. 116.

⁵⁶⁸ *Ŷarīda Fallāḥ, Ṭaṭawwur al-Awṭān wa-l-taḥaḍḍur al-Tām (El periódico del Fellah, El desarrollo de las patrias y la perfecta urbanización)*, número 198, El Cairo, p. 1, 26/10/(1889).

⁵⁶⁹ Azaola Piazza, Bárbara, *La Participación social y política de la mujer egipcia*, ob. cit., pp. 162-163.

⁵⁷⁰ Omara, Mohamed, *Qāsim 'Amīn wa-taḥrīr al-Mar'a (Qāsim 'Amīn y la liberación de la Mujer)*, El Cairo, s. i., Serie de la media luna, número 352, 1980, p. 89.

tendencia liberal fue apoyada entre los círculos extranjeros de la clase alta y fue calando progresivamente entre las mujeres cultivadas de la clase media egipcia, que empezaron a escribir sobre sus propias experiencias, demandando el aumento de la educación femenina y mejores condiciones para la mujer en la familia.

Bárbara Azaola Piazza se refiere a Qasim Amin:

Uno de los mayores impulsores de la entrada de las mujeres en la universidad fue el escritor e intelectual egipcio Qâsim Amîn (1863-1908), miembro, así mismo, del comité fundacional de la propia institución académica. Aunque los estudios en la materia han revelado que ya no puede considerarse como el primer defensor de los derechos de la mujer en el islam, sí podría verse como el pionero de una línea de análisis liberal que reclama la emancipación de la mujer frente a la visión de los tradicionalistas musulmanes que consideran, basándose en la lectura de los textos religiosos, que las mujeres tienen un papel subordinado a la familia, por su naturaleza y la voluntad de Dios, y a la de los llamados reformistas, cuya tendencia atribuye la subordinación de la mujer a una mala interpretación del islam y no al islam en sí mismo. La publicación de las obras de Amin, *Tahrir al-Mar'a* (La liberación de la mujer), en 1899, y *Al-Mar'a al-Yadida* (La nueva mujer), en 1901, provocó uno de los grandes debates intelectuales del momento. La argumentación de Amîn es muy similar a la que había expresado el reformista *salafî* Muhammad Abduh (1849-1905) y, por tanto, en algunos asuntos no existía una distinción tajante entre ambas tendencias. Amîn vincula la decadencia de la mujer a la decadencia de la sociedad arabo-islámica y propone, para llevar a cabo la emancipación de la mujer y el progreso nacional, la reinterpretación de los textos religiosos, lo que concluiría con la no obligatoriedad del velo (*hiyab*), con la prohibición de la poligamia y la práctica no recomendada en el texto coránico del repudio, aun siendo legal. Intentando armonizar el dogma islámico con la plena libertad de las mujeres, Amîn se convirtió en un gran defensor de la educación femenina, considerándola un deber y la única vía para que la mujer fuera miembro activo de la sociedad.⁵⁷¹

El poeta El Rosafi fue uno de los que más apoyaron la invitación de Qasim Amin para la liberación de la mujer. Y también surgieron muchos movimientos de mujeres que apoyaban a Qasim Amin en su invitación, como por ejemplo Huda Sharawi y Malak Hefni Nassef que apoyaban al aprendizaje femenino e incluso visitaban a las mujeres en sus casas para animarlas a mandar a sus hijas a la escuela.⁵⁷²

El papel de la mujer en la vida social del siglo XIX no se limitaba exclusivamente al trabajo en la agricultura, sino que trabajaba también en el campo de la industria, la artesanía, la administración de fincas y propiedades. Las mujeres estaban presentes en la ciudad en algunas de las obras como el comercio, la venta; El Cairo y otras ciudades estaban llenas de vendedores ambulantes y la mayoría eran mujeres, así que la mujer trabajaba de intermediario comercial e invertía su dinero en el comercio de especies. Jugaron también un papel muy importante en las industrias textiles en aquel entonces. El reinado de Mohamed Alí presenció la intervención del estado en las industrias caseras y se convirtieron las mujeres en funcionarias del gobierno, mientras que antiguamente estaban ejerciendo la artesanía textil para el consumo familiar.

A lo largo del siglo XIX, las mujeres egipcias, sea en el campo o en la ciudad, participaban en las pequeñas actividades comerciales que se adecuaban con su situación. La

⁵⁷¹ Azaola Piazza, Bárbara, *Participación política y social de la mujer egipcia*, ob. cit., pp. 162-163.

⁵⁷² El Gabri, Abdelmutaal, *Al-muslima al-mu'āšira li-l-baḥḥ al-badawīya* (La musulmana contemporánea para la investigadora beduina), El Cairo, Dar El Ansar, 1979, p. 9.

mujer empresaria podía compaginar su trabajo y sus tareas domésticas, de forma que estaban presentes en los mercados grandes de las aldeas o de las ciudades vendiendo verduras, huevos, pan, artículos de hogar y tejidos hasta el punto de que algunas mujeres se convirtieron en empresarias con propiedades y sus negocios movían notables cantidades de dinero. Las vendedoras ambulantes en las calles de El Cairo vendían distintos tipos de comidas, frutas, verduras, pan, leche y productos textiles.

Algunas mujeres poseían negocios como pequeños locales y se convirtieron en socias de mujeres ricas de la clase alta de la sociedad en empresas comerciales participando en actos de especulación. Los registros de los juzgados indican numerosos juicios relacionados con el trabajo de la mujer en el mundo del comercio.

En la época de Mohamed Alí se aumentó el ingreso de las mujeres en el campo de la industria, sobre todo en la industria textil cuando se fundó la fábrica de fez en Fouah, donde se importaron trabajadoras tunecinas para enseñar a las mujeres egipcias las artesanías de hilados de lana y tela. Las mujeres egipcias también fabricaban los uniformes militares en la ciudad de Fouah y trabajaban en las fábricas de tabaco y cigarros. Ellas, durante el siglo XIX, llegaron a ser encargadas de la recaudación de impuestos sobre los terrenos agrícolas; en este sentido, señalan las estadísticas la existencia de dieciséis encargadas de la recaudación de impuestos entre el año 1801 y el año 1822. Las mujeres de clase alta de la sociedad dominaban los terrenos agrícolas, que se convertían en propiedad propia a través de la herencia; la historia registró que la esposa del poeta Mahmoud Samy El Barudí se apropió de 1400 *fédenos* en la provincia de El Buhaira y El Dakahlia cuando fue desterrado lejos de Egipto, mientras que la esposa de Ali Fahmy contaba con 31 *fédenos* y la de Ahmed Orabi se proponía comprar 52 *fédenos*.

Algunas mujeres gozaban de la renta de las dotaciones nacionales de caridad. Lo cierto es que estas asociaciones de caridad fueron fundadas por hombres y mujeres para garantizar los derechos de las mujeres a lo largo de la vida. Asimismo, existían mujeres que asumieron el cargo de la administración de las dotaciones como directoras de la fundación. También por motivo del trabajo de la mujer existían mujeres divorciadas trabajadoras que perdieron la tutela de sus hijos a causa de su empleo.

Por otro lado, la mujer no estaba lejos de la participación en los actos de rebeldía y de levantamiento en contra del puño de hierro del estado o en contra de la ocupación británica por motivo de la obligación de los *fellahs* y sus familias al trabajo forzoso llevándoles de sus aldeas encadenados. Todas estas circunstancias incitaban a las mujeres a la participación en los actos de rebeldía, como ocurrió durante la revuelta de Orabi, donde encerraron a las mujeres en las cárceles de El Mahalla y Tanta, acusándolas por causar disturbios y saqueos. Las mujeres se unieron a los hombres cuando estaban luchando en contra de los soldados de los mamelucos en El Cairo, tirando las piedras en la campaña que duró hasta que se consolidó el estado de Mohamed Alí frente a los mamelucos.

Las mujeres, en el Egipto del siglo XIX, contribuyeron efectivamente a la formación de la historia del moderno Egipto; así estas no jugaron solamente papeles de dependencia y

sumisión como víctimas del régimen totalitario y de las circunstancias históricas, sino que participaban en todos los aspectos de la vida. Por ejemplo, las mujeres no se quedaron impasibles ante la usurpación de sus derechos, sino que muchas ocasiones acudieron a los juzgados para conseguir sus derechos y la verdad es que la sociedad egipcia está en deuda con las mujeres *fellahinas* porque ellas son las que han mantenido la unión familiar de la sociedad egipcia frente a las corrientes de cambio.

La cuestión de la mujer egipcia nos abre una ventana sobre la estructura social de la sociedad egipcia del siglo XIX. La cuestión de la mujer no era mejor que cualquier otro fenómeno o relación humana en una sociedad atrasada en la que las equivocadas tradiciones se convirtieron en costumbres y leyes con el paso del tiempo. La mujer estaba atada con una serie de tradiciones sociales arcaicas que causaron la ignorancia de la mujer y, por lo tanto, fomentaron su esclavitud y su desdén. En aquella época, la sociedad egipcia estaba dominada por una serie de leyes de ignorancia y esclavitud en general, sobre todo en la cuestión de la mujer, pero a finales del siglo XIX cuando volvieron de Francia los enviados egipcios, encabezados por Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī (1801-1873), estos intelectuales eran conscientes de la existencia de una gran diferencia entre la situación de la mujer en Egipto y la situación de la mujer en Francia o en Europa, por todo ello, comenzaron su llamamiento para la liberación de la mujer y para lograr su derecho a la educación al igual que el hombre.

La situación de la mujer egipcia pasó por numerosas fases de cambios evolutivos, cambios totales en la situación debido al surgimiento de circunstancias políticas e intelectuales que contribuyeron a cambiar la visión de la sociedad. A comienzos del siglo XIX se iniciaron los primeros contactos culturales entre Egipto y Europa; por la expedición francesa en Egipto (1798-1801). Más tarde, el contacto con Europa fue a través de las misiones científicas con Francia durante el reinado de Mohamed Alí (1805-1848). En aquel entonces, la cuestión de la mujer era uno de los rasgos del renacimiento egipcio del siglo XIX. Frente a esta modernización se produjeron dos tendencias: la primera aceptó los cambios de ideas y la segunda tendencia intentó compaginar la modernización y la religión islámica mediante la rectificación de algunos conceptos arcaicos. El imán Mohamed Abduh y su maestro Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī estaban a la cabeza de esta tendencia que intentaba compaginar la tradición y la cultura importada de Europa. Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī, considerado uno de los primeros que defendieron a la mujer egipcia en el siglo XIX, fue uno de los enviados a Francia por Mohamed Alí y como fruto de su estancia en Francia y su contacto con la cultura europea, escribió su famoso libro *Taljīs el ibris fī Taljīs Paris*, publicado en El Cairo en el año 1834; el libro es una comparación entre la situación de la mujer francesa en Francia y la situación de la mujer egipcia en Egipto. Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī pidió a los egipcios que adoptaran los principios de la Revolución Francesa: igualdad, libertad y fraternidad; El Tahtawi ha sido pionero en la aplicación de estos principios a la mujer egipcia y lo practicó en su vida y lo reflejó en su contrato matrimonial y convirtiéndose así en verdadero líder en el movimiento de liberación de la mujer. Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī, en su libro *La guía honesta para las chicas y los chicos*, publicado en El Cairo en 1872, puso el acento sobre el tema de la igualdad entre la mujer y el hombre e insistió en la importancia de la educación de la

mujer ya que esto beneficia a la propia mujer, a la familia y a toda la sociedad; también permitió a la mujer que trabajara en otras labores convenientes si tuviera necesidad de ello.

Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī (1839-1897), quien fue el maestro del imán Mohamed Abduh, abordó la cuestión de los derechos de la mujer desde distintos ángulos y declaró su opinión en la cuestión de la liberación de la mujer y veía que no hay ningún inconveniente en dejarla siempre y cuando no se llegue al libertinaje. Pidió que se actualizaran las interpretaciones de la tradición islámica en lo que se relaciona con las relaciones matrimoniales y la situación de la mujer. Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī rechazó la idea de la igualdad entre la mujer y el hombre porque son distintos físicamente, pero aceptó su igualdad ante Dios y ante la ley y que cada uno de ellos tiene su labor mediante la cual sirve a la sociedad, pues la mujer administra el hogar, educa a los niños y tanto el hombre como la sociedad deben mucho a la mujer, ya que es ella quien hace de hombre y contribuye positivamente en el servicio de la sociedad y de la religión islámica. Estas opiniones de Al-Afġānī tuvieron su eco e influencia posteriormente en el pensamiento del imán Mohamed Abduh.

Abdalla El Nadim (1842-1896), orador de la Revolución de Orabí, escribió varios artículos sobre la mujer que fueron publicados en la *Revista del Maestro* bajo el título de “La escuela de las muchachas”, donde dio su opinión acerca del deber de la enseñanza para las chicas, señaló que la mujer inculta es uno de los principales motivos de la decadencia social y afirmó que la educación de la mujer la capacitaría para administrar su fortuna y su hogar.

El mismo autor, señaló que muchas de las malas conductas de la mujer tenían su causa en la ignorancia de los mandatos correctos de su religión y, por lo tanto, era imprescindible la enseñanza de la mujer tanto para su beneficio personal como para la sociedad. Estos artículos de Abdalla El Nadim influyeron en la trayectoria reformadora del imán Mohamed Abduh. Todos estos esfuerzos no pertenecían solamente a los hombres, sino que también había mujeres que contribuyeron positivamente en cambiar la visión de la sociedad hacia la mujer. De las mujeres pioneras en este campo citamos el nombre de Aisha Taimur (1840-1902), que en su libro *Espejo de reflexión en los asuntos* discutió el tema de los derechos de los hombres sobre las mujeres y derechos de las mujeres sobre los hombres. Además, cabe destacar la celebración de salones literarios que convocaban damas de la sociedad egipcia en aquel entonces como la princesa Nazli Fadel (1840-1913), quien fue pionera en este campo y publicó una serie de artículos bajo seudónimo e inauguró su primer salón literario en el año 1880, frecuentado por muchos hombres, literatos, pensadores y políticos y en donde se discutían las cuestiones político-sociales y la situación de la mujer en la sociedad egipcia del último tercio del siglo XIX.

El estado egipcio, a su vez, contribuyó positivamente en este desarrollo con la fundación de escuelas para la enseñanza de las chicas, lo que provocó un auge en el cambio de la situación de la mujer. La primera que se fundó fue la escuela de enfermería; además, se fundó la primera escuela gubernamental para las chicas en el año 1873. Más tarde se abrieron varias escuelas que facilitaron que las chicas recibieran una buena educación.

También la aparición de los periódicos femeninos en el año 1892 contribuyó positivamente a cambiar la situación de la mujer egipcia y arrojó luz sobre los deberes de la mujer como madre, esposa y administradora de hogar con el fin de resaltar la importancia de su papel en la sociedad egipcia; por primera vez, en estos periódicos se comenzó a hablar claramente sobre sus derechos. La mayoría de estos artículos estaban dedicados a la mujer y el imán Mohamed Abduh aportó su grano de arena en este nuevo campo, señalando que el islam ennobleció a la mujer y la puso en un lugar destacado, pero lamentablemente la sociedad no aplicaba bien los mandamientos de la legislación islámica. Opinaba que El Corán iguala al hombre y a la mujer en todos los derechos de la humanidad partiendo de lo que viene citado en la Sura de “Las Mujeres”:

¡Humanos! Temed a vuestro Señor que os creó de un solo ser, del cual concibió a su esposa y de ambos se diseminaron innumerables hombres y mujeres: todos vosotros provenís de ese mismo ser. Temed, pues, a Dios, a cuyo auxilio recurrís para satisfacer vuestras necesidades y cuyo nombre invocáis recíprocamente tratando vuestros asuntos, y respetad los vínculos sanguíneos, sean cercanos o lejanos; no los rompáis, porque Dios os está vigilando permanentemente, no le escapa nada de cuanto hacéis y os reserva la debida recompensa o castigo.⁵⁷³

Dios dijo en la Sura de “Las Murallas”:

Él es Dios, quien os creó de un solo ser, hizo de la misma esencia a su cónyuge y continuó la descendencia de ambos. Al inicio fuisteis un hombre y una mujer. Cuando él se unió a ella, concibió un embrión y luego pasó a ser feto. Cuando el embarazo progresó en su vientre, el esposo y la esposa suplicaron a su Señor, diciendo: Si nos das un hijo sano sin defecto alguno en su creación, estaremos agradecidos.⁵⁷⁴

Asimismo, encontramos lo siguiente en la Sura de “Los Romanos”:

¡Hombres!, de entre Sus signos de misericordia para vosotros está el haberos creado esposas de vuestra misma especie, para casaros con ellas, y os vinculó por la misericordia y el amor. En ello hay señales para los que piensan en la creación de Dios, ensalzado sea.⁵⁷⁵

Esta igualdad está confirmada según lo que viene dictado en El Corán de que el hombre y la mujer tienen los mismos derechos y los mismos deberes en la vida, y en la religión ambos son iguales en los derechos y en los deberes, en el ser, en el sentimiento y en la mente, pues ambos son un humano completo, tienen mente, piensan en sus intereses, tienen corazón, quieren lo que les conviene y odian lo que no le conviene de la misma forma.

Occidente concibe al islam como un mundo extraño y lo siente profundamente ajeno, a pesar de que el islam rescató las culturas griega y latina y transmitió el espíritu humanista que ambas portaban a Occidente. Caracteriza al islam como sistema totalitario por controlar la vida pública tanto como la privada y por actuar de forma antidemocrática, cuando no inhumana. Es muy frecuente que en Occidente la imagen dominante sobre las mujeres árabes sea la de la mujer pasiva, exótica, víctima velada, reaccionando a los acontecimientos en lugar de participando activamente en ellos. Una mujer impersonal y “comunitaria” cuya representación está rodeada de estereotipos que interactúan como fuente de prejuicios

⁵⁷³ *Al-Muntajab fī tafṣīr ma‘ānī al-Qur’ān al-Karīm (La Selección en la interpretación del Sagrado Corán)* Árabe y Español, El Cairo, Imprenta del Consejo Superior de Asuntos Islámicos, 2001, Sura de “Las Mujeres”, versículo 1, p. 130.

⁵⁷⁴ *Ibidem*, Sura de “Las Murallas elevadas”, versículo 189, p. 267.

⁵⁷⁵ *Ibidem*, Sura de “Los Romanos”, versículo 21, p. 669.

culturales. Como suele ocurrir, a los imaginarios simplistas y reductores se les oponen realidades complejas y contrastadas. Frente a esas concepciones fijas en el tiempo y la geografía, la contestación empírica muestra que, por el contrario, se están dando profundas mutaciones que lo están cambiando todo, incluso a pesar del poder de las estructuras patriarcales y de los también poderosos actores reaccionarios. Las sociedades árabes se encuentran en un proceso de cambio intenso e irreversible en el que las mujeres son un actor crucial. Estos cambios se traducen en una redistribución de los poderes entre los mayores y los jóvenes, y entre los hombres y las mujeres. Así, asistimos a una pérdida progresiva de poder de los representantes del orden patriarcal que se ve acentuada por un cambio profundo de la familia extensa a favor de la nuclear. Este incremento del peso de los jóvenes y las mujeres como resultado de los progresos en la individualización representa una tendencia fundamental de la evolución que experimenta el mundo árabe hoy día. Las mujeres están en la esfera pública desempeñando un papel activo en todos estos ámbitos: el político, el económico, el de la creación, la comunicación, etc.

La situación de las mujeres es una de las principales tablas de lectura que el mundo exterior tiene para mirar el mundo árabe. Pero lo enfoca en torno a un supuesto inmovilismo derivado de la norma islámica. Este enfoque sobre la pareja “mujeres-islam” ha ocultado el conocimiento sobre la realidad de la visión del islam sobre el papel activo de la mujer dentro de la sociedad árabe. Los derechos humanos están muy presentes en el islam. Derechos del hombre y derechos de la comunidad se presentan como dos aspectos complementarios de una misma y sola verdad. De hecho, una vida política inspirada en el islam no podría sino ajustarse a los principios de igualdad de todos los seres humanos, con independencia de su sexo, orientación, raza, cultura o religión; esta igualdad implica una idéntica responsabilidad moral y jurídica, generalizada y sustentada en el libre examen y la libertad de expresión. De otro lado, hay quienes no quieren oír que el islam no es algo aparte de la vida, sino que es exactamente la vida. Hablando con propiedad, es esa parte de la vida en la que no creen los que niegan lo no visible y lo no mensurable.

En el islam, la mujer tiene los mismos derechos sociales que el hombre; la especie humana es la más digna de todos los seres: mujer y hombre son totalmente iguales y tienen los mismos derechos; desde muy antiguo, el Noble Corán decretó estos asuntos cuando dijo Dios:

Y hemos ennoblecido a los hijos de Adán con la buena estatura, con facultad de expresarse y de elegir y discriminar entre las cosas; y les hemos concedido la nobleza, la dignidad y consideración cuando obedecen; y les hemos procurado monturas para transportarlos en la tierra y navíos para transportarlos en el mar; y les hemos agraciado con placer y les hemos preferido grandemente a la mayor parte de cuánto hemos creado, dotándoles de mentes y dándoles la facultad de razonar.⁵⁷⁶

Asimismo, el islam siguió poniendo el acento sobre esa dignidad del ser humano que debe ser igual entre mujer y hombre, puesto que ambos géneros, desde el punto de vista islámico, ocupan el mismo lugar y esto se desprende del siguiente versículo coránico:

¡Humanos: hombres y mujeres!, ciertamente os creamos iguales y con una sola reproducción, grandes multitudes y numerosas culturas y naciones, para que os conozcáis y colaboréis entre vosotros. Ciertamente el más elevado de vosotros ante Dios en este mundo y

⁵⁷⁶ Ibidem, Sura número 17 de Al-Isrá “El Viaje Nocturno”, Versículo, número 70, p.460.

en el Otro es el que más piedad tiene. Ciertamente que Dios abarca todo con Su sabiduría y no se Le escapa ningún detalle de nada.⁵⁷⁷

También la profesora Gema Martín Muñoz, en un artículo sobre las grandes culturas asentadas en la orilla sur del Mediterráneo, ha señalado:

En el centro de estas dos corrientes (ribera norte-ribera sur) se encuentra la mujer en la situación de símbolo principal de un modelo de sociedad u otro; por ello también el caso de la mujer es el que más marcadamente muestra las contradicciones de los legisladores y los países oficiales de los países magrebíes. Efectivamente, la situación actual de las mujeres en los países musulmanes oculta el verdadero estatus de la mujer islámica.⁵⁷⁸

En el siglo XIX, la mujer afrontaba dificultades educativas, sociales y familiares. Qasim Amin, que nació en el 1 de diciembre de 1863 y murió el 22 de abril de 1908, era uno de los grandes defensores de los derechos de la mujer:

Qâsim Amîn escribe su primer libro, *La liberación de la mujer*, en el que argumenta que el mejoramiento de la vida de la mujer egipcia en particular y árabe en general, debe conseguirse a partir de los postulados de un islam rectamente entendido, como creencia capaz de satisfacer los retos de una nueva educación social. A este respecto, Amîn formula en la citada obra dos preguntas en torno a las cuales gravitan los problemas del mundo árabe que se enfrenta a la modernidad o, al menos, a una sociedad que exige cambios: ¿por qué el musulmán piensa que sus costumbres no deben cambiar y deben, por el contrario, permanecer inmutables? Y ¿por qué sus actos se conforman a esta última opción, siendo así que la vida le obliga a un incesante cambio y transformación?⁵⁷⁹

En un artículo en *La Ilustración Española y Americana* viene citado lo siguiente:

Al estudiar la vida social de los pueblos orientales, y por consecuencia del Egipto, lo que más profundamente hiere la imaginación del observador, es la ausencia de la mitad del linaje humano. En Egipto no hay mujer: todos los egipcios son hombres. Aparte de esas desdichadas criaturas a quienes se ve en el campo escarbar la tierra, mientras el hijo con lágrimas de hambre llora las inclemencias de los insectos y de la atmósfera; aparte de la mendiga que pide pan, y de la vendedora que os ofrece frutas, todas las cuales podrían pertenecer a un tercer sexo, si en tres sexos estuviese dividida la naturaleza humana, no encontrareis en la vida de Egipto ni la presencia ni el rostro de la mujer. La mujer si existe, está escondida, anulada, presa.⁵⁸⁰

En otro artículo de *La Ilustración Española y Americana* se cita lo siguiente sobre la mujer:

Creen algunos que los orientales experimentan hacia la mujer un culto exagerado, y que por esto la aíslan del trato y comunidad de las gentes; pero no es así. Los mahometanos encierran en su casa a la mujer, como encierran los muebles útiles y costosos, como el dinero

⁵⁷⁷ Ibidem, Sura número 49 Al-Huyurat “Los Aposentos”, Versículo, 13, p. 832.

⁵⁷⁸ Martín Muñoz, Gema, “La mujer en el islam”, Texto de María Esther Vela, *Revista Gestos*, Editor Triángulo, Madrid, enero, (2002), p. 32.

⁵⁷⁹ Abdelkarim, Gamal, & Castien Maestro, Juan Ignacio, “Sociedad y Política en el mundo mediterráneo actual, selección y edición de textos”, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos*, ob. cit., pp. 143, 144, 145.

⁵⁸⁰ *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, sábado 28 de enero de (1871), número V, p. 79.

y las alhajas, como todo lo que debe guardarse para evitar el peligro de que se pierda. La mujer para el mahometano es la primera de las cosas, pero es cosa.⁵⁸¹

En otro de los artículos de *La Ilustración Española y Americana* se habla sobre el matrimonio en Egipto:

El matrimonio de los egipcios no es otra cosa, señores, que el matrimonio civil de nuestras modernas leyes. Lo que nos asusta en aquel pueblo, como trasunto de siglos bárbaros y como producto de doctrinas fatales, es lo que se encarece, introduce y tolera como adelanto y progreso de la humanidad, en el por tantos títulos civilizado y civilizador siglo XIX.⁵⁸²

La imagen de la mujer oriental, en virtud del orientalismo, está construida bajo la visión del exotismo, algo que el imaginario orientalista reflejará con nitidez en algunas descripciones de mujeres, tal y como veremos en el último epígrafe de *La novela del Egipto* cuando se habla de la mujer egipcia.

He aquí la opinión sensata de Arturo Baldasano y Topete sobre la situación de la mujer en el Oriente:

Yo creo que el Oriente no estará completamente civilizado hasta que la mujer, en vez de ser tenida como un mueble, goce como en Europa de las consideraciones que merecen las que nos alimentan en su seno al nacer, nos enseñan a amar y bendecir a Dios en la infancia, a compartir penas y dichas en la vida, y lloran en nuestra tumba si nos sobreviven.⁵⁸³

De igual forma, Baldasano y Topete juzga la relación amorosa entre el hombre y la mujer en Oriente en los años setenta del siglo XIX:

Puede decirse que en Oriente no existe el amor ni que en nada intervienen los novios, sino que es un contrato entre padres, pues desde que nacen sus hijos, y como un negocio cualquiera de compra o venta, se los ofrecen a otro compadre o vecino, que acepta o no recibe en el compromiso según la cantidad de dinero que recibe en prenda.⁵⁸⁴

José de Castro y Serrano hace una síntesis de la vida en Egipto del siglo XIX y, por extensión, de todo lo que llamamos el Oriente próximo. Hay que tener en cuenta que en su descripción, se está refiriendo a lo que ocurre no solamente en los países árabes, sino en los países musulmanes en general y sobre todo en los del mencionado Oriente. Así, toda esa forma de vivir puede aplicarse también a los habitantes de Persia. Los habitantes de todas estas inmensas regiones tienen o pueden tener cuatro esposas en el harén, tienen o pueden tener un número indeterminado de concubinas legales aunque no esposas (lo que por cierto el autor no menciona), tienen un número de hijos que puede ser muy elevado y de los que no se preocupa en cuanto a la educación y el porvenir y aplican unos usos y costumbres en general caracterizados por la desidia y el despreocupado abandono. Esta manera de llevar a

⁵⁸¹ Ibidem, p. 79.

⁵⁸² Ibidem, p. 79.

⁵⁸³ Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem*, ob. cit., p. 120.

⁵⁸⁴ Ibidem, p. 94.

cabo la existencia cotidiana tiene que tener consecuencias a largo plazo. Estas consecuencias, derivadas generalmente de imitación de Occidente durante el fin del siglo XIX y durante todo el siglo XX, va a producir dos hechos inevitables: primeramente, la colonización y el protectorado de los que serán beneficiarios los occidentales y, después, la descolonización generalmente violenta que culminará hacia 1962 con la emancipación no solo del Oriente musulmán sino también del Occidente musulmán con la independencia de Argelia. Según revela José de Castro y Serrano en su libro:

La señora es una especie de mula que comparte con otras tres por lo menos la servidumbre del señor; los niños nacen cuando quieren y se educan donde les da la gana; el cielo siempre azul, la tierra siempre roja, el termómetro siempre alto, la sementera siempre fortuita, la casa siempre cerrada, el siervo siempre apaleado, la monotonía, en fin, constante en las cosas y en las personas, en el cielo y en la tierra, en el Corán religioso y en la Constitución civil; -esto es Egipto, esto es Oriente, esto es el desierto físico y moral que nos rodea. Ahora comprendemos la literatura árabe; ahora comprendemos la conversación de los egipcios: -“Allah es grande. -Allah es misericordioso. -Solo Dios es vencedor. -El que prueba el agua del Nilo, quiere beberla siempre.⁵⁸⁵

Antonio Bernal nos habla sobre la situación de la mujer en Oriente durante el siglo XIX, haciéndonos ver que ella está completamente apartada de toda sociedad; prácticamente no se ve casi nunca. Esto es así porque no sale de su casa ni tiene más relación que con los miembros próximos de su familia. Esta es la causa por la cual el que deba ser su marido no la verá ni siquiera durante la negociación comercial en la que su familia compra la futura esposa a la familia de esta. Así, no la verá nada más que después de contraído legalmente el matrimonio. No es su mujer en un sentido plenamente humano de esta palabra sino solamente su hembra. De tal modo, que no se puede hablar de aceptación si por alguna razón la mujer que le han asignado no le satisface.

La situación de la mujer nos la dibuja Antonio Bernal con las siguientes palabras:

El apartamiento de la vida social en que la mujer vive, siempre es indudablemente el origen de que los matrimonios se lleven a efecto por convenio entre las familias o amigos de los contrayentes, y de aquí resulta que el esposo ve a la esposa solamente cuando ya le pertenece; pero como en Turquía la mujer es más bien la hembra del hombre que no la compañera, las desilusiones no producen los efectos fatales que acarrearían entre cristianos.⁵⁸⁶

Todo el pensamiento que José de Castro y Serrano aspiraba a cambiar en Egipto y en Oriente en general ocurría efectivamente en aquel entonces y los líderes de estos movimientos renacentistas eran hombres del siglo XIX como Qâsim Amîn y Ýamâl al-Dîn al-Afgânî, que ocupaba un puesto destacado en la historia del movimiento islámico. Él es considerado como el despertador del Oriente y es el impulsor del movimiento del renacimiento. Era un hombre valiente que se rebeló en contra de la atrocidad religiosa y en contra del imperialismo sobre los países de Oriente. Ýamâl al-Dîn al-Afgânî elevó la capacidad del hombre y su libertad y trabajó para su protección y desarrollo. Al-Afgânî

⁵⁸⁵ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 275.

⁵⁸⁶ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., pp. 112-113.

enlazó entre el avance científico y el desarrollo de la sociedad humana y el afrontamiento de los problemas para resolverlos, especialmente las cuestiones derivadas de la pobreza, la ignorancia y la enfermedad y la debilidad del ser humano ante la naturaleza. Al-Afġānī afirmó la estrecha relación entre el pensamiento y el trabajo, ya que ambos influyen en el otro en una relación polémica interminable. Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī, con este pensamiento ilustrado y con su lógica coherente, se considera un hombre desarrollado, polémico, filosófico y social, que pertenece a un gran modelo y que representa a la humanidad islámica. Jugó un papel importante en el desarrollo de la revolución cultural comenzada ya por Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī. El pensamiento de Al-Afġānī se ha desarrollado a lo largo de su vida y se extendió hasta su madurez; la revolución, el desarrollo, la justicia social, la consulta y la enseñanza nacional también fueron testigos activos de su carisma personal.

Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī, que nació en 1838 y murió en 1897, era fervorosamente aliado de la innovación y procuraba descubrir las fuentes de la fuerza en la civilización occidental, pero pedía a sus discípulos que siguieran manteniéndose al mismo tiempo en los principios de la civilización islámica. A este respecto, Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī dijo:

Que el padre y la madre de la ciencia es la prueba y la verdad se toca donde haya prueba y los que prohíban la ciencia y el conocimiento creyéndose que así están conservando a la religión, se equivocan ya que ellos en el fondo son los enemigos de la religión. Que la religión islámica es la religión más cercana a la ciencia y al conocimiento y es de los fundamentos de la creencia islámica.⁵⁸⁷

Acerca de las palabras de Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī comenta Luis Awad lo siguiente: “La verdad es que el hombre no puede leer esta lógica coherente sin que muestre un respeto profundo ante este pensamiento ilustrado que podría ser uno de los sustentos del humanismo islámico y complemento a aquella revolución cultural comenzada por Rifā‘a Al-Ṭaḥṭāwī”⁵⁸⁸.

Al-Afġānī fue un hombre activo que intentó mezclar el pensamiento científico con lo religioso, con la intención de crear una sociedad islámica moderna que tuviese la capacidad de afrontar los desafíos occidentales en todos sus ámbitos. Al-Afġānī quería hacer de Egipto un modelo para el resto de los países islámicos en la innovación y el desarrollo. Él deseaba que Egipto fuera el modelo a seguir por su historia y su civilización arraigada y porque su pueblo estaba implicado en la unidad nacional.

Como consecuencia de lo expuesto anteriormente en cuanto a las modalidades de la vida generalmente extendida en el territorio islámico, podemos contemplar y comentar lo que dice el autor respecto a las costumbres concernientes al tratamiento infligido a la mujer. Ante todo, se sorprende dolorosamente de que la mitad del género humano (es decir, el universo femenino) esté excluido de lo que podemos llamar la existencia universal: el universo no existe para las mujeres del mismo modo que las mujeres no existen para el universo. Se trata de un mundo en el que, como dice el autor, la presencia de la mujer está anulada y de ella no se encuentra ni la huella de sus pasos. Nosotros podemos pensar que el

⁵⁸⁷ Yousef, El Sayed, *Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī wa-l-Ṭawra al-Šāmila (Ŷamāl al-Dīn al-Afġānī y la revolución total)*, El Cairo, La Autoridad Egipcia General del Libro, 1999, p. 75.

⁵⁸⁸ *Revista de la Solidaridad*, número 16, sin año, El Cairo, p. 68.

origen de esta tiranía masculina es sencillamente heredado, y empezó a ser así en los tiempos más remotos, cuando la superioridad masculina se manifestaba sobre todo en la musculación anatómica. No cabe duda que en una sociedad antifeminista como la que el autor describe las mujeres son víctimas de malos tratos y de humillaciones de todo género, aunque esto no se mencione expresamente por considerarse normal y banal.

José de Castro y Serrano es un hombre que dice la verdad, que las mujeres estaban esclavizadas en Oriente durante el siglo XIX y en Occidente también lo eran pero en menor grado. Así se expresa:

Lo que ni en las mezquitas, ni en los palacios, ni en las casas, ni en las calles se encuentra, es pisada ni rastro de mujer. Todo lo que se hace en Oriente es para el hombre, todo lo que vive es masculino, todo lo que anda y todo lo que reposa es varón: ¿No hay en esto nada que pueda parecerse a Occidente? ¿Es así posible la existencia de un pueblo? ¿Cabe progreso social, allí donde se elimina de la elaboración de las ideas y de los hechos a la mitad o más del linaje humano?⁵⁸⁹

La mujer no es la mitad del género humano, como ha dado en decirse: la mujer es la engendradora del género humano. Sin el hombre habría brutos: sin la mujer no habría hombres. El hijo mismo, lo es de su madre; de quien puede no serlo es de su padre. ¿A qué, pues, haberse concedido el hombre tales preeminencias sobre la mujer, como si en efecto fuese su mitad, y por añadidura su mitad inferior?⁵⁹⁰

José de Castro y Serrano, en su discurso sobre la mujer, nos habla sobre la sociedad egipcia del siglo XIX y pondera mucho el papel de la mujer en esta sociedad. Así nos habla José de Castro y Serrano sobre la mujer egipcia del siglo XIX, señalando que:

La mujer es la base de la familia, o por mejor decir, la familia toda entera. Suprimid la mujer y no hay padres, no hay hijos, no hay esposos. Los padres no lo son de aquella que entregaron para no volverla a ver más en la vida; los hijos no lo son de aquella que los brota por casualidad y de quien se separan para siempre; los esposos no pueden serlo de la mujer a quien apenas conocen y de la que de seguro no se acuerdan: en Egipto no hay, pues, padres, ni hijos, ni esposos; en Egipto no hay familia. Todo esto depende de que en Egipto no haya mujer. Las sociedades no han sido sociedades hasta que la mujer ingresó en ellas. Fueron hatos de pastores, muchedumbre de guerreros, manadas de esclavos, partidas de bandidos, todo menos sociedades.⁵⁹¹

El autor sigue hablando de la mujer y de su cometido, su funcionamiento y su actividad. Ante todo, la mujer es el alma misma del hogar. Es un ser eminentemente sedentario y el hombre, por el contrario, tiene una tendencia nómada e inestable, polifacética (es decir, con actividades múltiples y diversas). Estas dos maneras de ser, el sedentarismo de la mujer y el nomadismo del hombre, son complementarias.

El hombre, desde siempre, y especialmente en las sociedades primitivas, ha sido cazador, pescador y guerrero, mientras que la mujer ha tenido actividades agrícolas y

⁵⁸⁹ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 229.

⁵⁹⁰ *Ibidem*, p. 231.

⁵⁹¹ *Ibidem*, pp. 231- 232.

hogareñas. De esta manera, las actividades múltiples del hombre no hubieran sido posibles sin las actividades pasivas y sedentarias de la mujer. La mujer ha sido la proveedora dispuesta a satisfacer las actividades dinámicas del hombre guerrero, pescador y cazador. Pero no solamente ha sido proveedora de bienes como la comida. También ha sido un remanso de paz en ese reducto de tranquilidad que la mujer ha sabido preservar en la casa y bajo el techo; y sobre todo, la mujer es la materialización misma de la reproducción fisiológica y de la persistencia de la especie, como indica nuestro autor:

La mujer por su forma, por su constitución y por su destino, es eminentemente sedentaria. Lo sedentario requiere techo y hogar; el hogar atrae al hombre por los impulsos del amor; el amor se extiende y reproduce bajo el hogar, desde la mujer al niño: mujer, hombre y niño forman, por lo tanto, bajo el humo de la chimenea en que se condimentan los manjares, la casa del pastor, la casa del guerrero, la casa del esclavo, la casa del bandido; hogares y sociedades.⁵⁹²

Se trata de poner de manifiesto que la casa civiliza al hombre. Si el hombre no tuviera casa, sería como un animal selvático sin ningún punto de referencia en su vida y en su actividad. Pero hay más, y es que la casa sin la mujer no sería un verdadero reducto donde refugiarse y donde alimentarse. La mujer es quien da vida a ese reducto de paz que es la casa. Si ella no estuviera allí, la casa misma no sería nada más que un accidente geográfico cualquiera perdido en el campo. Sin ella, incluso un palacio no tendría para el hombre verdadero sentido, y el hombre estaría perdido en el palacio como puede estarlo en la montaña o en la selva. El hombre, sin el cobijo de esa mitad de la humanidad, que es la humanidad femenina, no sería nada más que un guerrero feroz o un insaciable bandido. Todo esto lo refleja José de Castro y Serrano con las siguientes palabras:

No es que el hombre necesite ser bueno para tener casa; es que el hombre necesita tener casa para ser hombre. La vida nómada de la historia primitiva, no pudo constituir nunca sociedades. La ambulancia es lo contrario de la fecundidad, y la infecundidad es lo contrario del mundo. Ahora bien, hay una cosa parecida a la ambulancia, aunque simulen lo contrario casas, techos y hogares; y esa cosa es la proscripción y encierro de la mujer. Cuando la mujer está encerrada, el hombre vuelve a ser pastor, guerrero, esclavo o bandido, a pesar de que tenga techo y hogar. Es entonces el troglodita de un palacio, el nómada de un pueblo; pero siempre es el hombre primitivo, el bárbaro de los tiempos incultos. –Esto es lo que sucede en Egipto y en todo Oriente.⁵⁹³

José de Castro y Serrano nos habla de la religión musulmana diciendo cosas que generalmente ya se saben y se conocen; dice que la doctrina mahometana es favorable a las tendencias semíticas hacia el tranquilo bienestar y no olvida hacer mención de la poligamia, asegurando que es el elemento radical de separación entre Oriente y Occidente.

El escritor comenta todo esto afirmando que:

Mahoma es uno de los mayores talentos de la humanidad. Estudió la influencia de los rayos del sol sobre los hombres, y combinó una religión, que es, al propio tiempo, una política y una filosofía incontrastables. –Unidad de fe y unidad de culto; he aquí la religión:

⁵⁹² Ibidem, p. 232.

⁵⁹³ Ibidem, pp. 232-233.

renuncia de toda felicidad en la tierra y fácil obtención de toda fortuna en el paraíso; he aquí la política: poligamia, en fin; he aquí la filosofía. Un solo culto y una sola fe, uniré a los hombres; una tierra pérfida y un paraíso fácil, se amoldará cómodamente a la vida muelle del semita; la poligamia aislará al Oriente del Occidente: todos los mahometanos, pues, serán hermanos en Mahoma y enemigos perpetuos de Jesucristo.⁵⁹⁴

El autor hace unas concesiones a los aspectos positivos y dignos de elogio del islam, principalmente a propósito de su riguroso monoteísmo, pero inmediatamente afirma que lo que hay de favorable y de digno de elogio en el islam es copiado de la Biblia y de otras fuentes de la espiritualidad cristiana.

Después, va más allá en esta especie de polémica y ataca a las costumbres islámicas cuyos elementos demostrativos son el harén y la poligamia. Es aquí donde aparece de nuevo el argumento esencial por el que los occidentales rechazan al islam con más fuerza: el tratamiento que en el mundo musulmán se le da a la mujer, considerándola como un ser humano de segunda clase. El autor sabe que en este aspecto sus lectores, españoles y, por consiguiente occidentales, van a darle fácilmente la razón.

Así, José de Castro y Serrano dice:

La religión de Mahoma, considerada sin la malicia humana de su fundamento, es la más perfecta de todas las falsas religiones: un Dios y una fe, una moral honrada y un fin divino. Pero el Corán que se calca en la propia Biblia y la moral que se toma casi entera del cristianismo, aíslan sin embargo, la mujer del hombre, reducen a solo el varón la totalidad de la existencia; y hacen un círculo de hierro alrededor de la parte sensitiva y dulce de la especie, por donde si bien no penetra la corrupción, tampoco puede salir la cultura.⁵⁹⁵

Seguramente, nuestro autor ha tenido estas reflexiones en cuenta cuando dice que el hombre sin la mujer sería medio hombre, que la cultura sin la mujer sería media cultura, que la civilización sin la mujer sería media civilización, y que la vida sin la mujer sería media vida:

Sin la mujer no hay sociedad, ni progreso, ni civilización posibles. Ella, a más de ser el fundamento único de la familia, es el moderador de los defectos del hombre: hombre y mujer constituyen el perfecto equilibrio de la balanza humana; si se suprime uno de ellos, la balanza pierde su fiel. Así sucede en Egipto. Arrinconada, humillada, despreciada la mujer oriental, el hombre no es más que medio hombre, el pueblo no es más que medio-pueblo, la civilización no será nunca más que medio-barbarie.⁵⁹⁶

Se trata de admitir que el Corán está perdiendo efectividad frente a la influencia de las culturas y civilizaciones occidentales. Para demostrarlo, el autor nos habla de cómo los usos y costumbres orientales van siendo suplantados por los usos y costumbres occidentales. Y así, nos explica que el turbante ha sido suplantado por el tarbuch, la chilaba por la chaqueta, y así sucesivamente todas y cada una de las características que se desarrollan en la vida humana.

⁵⁹⁴ Ibidem, pp. 233-234.

⁵⁹⁵ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 234.

⁵⁹⁶ Ibidem, p. 234.

A algunos de esos cambios decimonónicos apunta el escritor:

En lo que va de siglo, todas las barreras del Corán han sido asaltadas. A la intransigencia religiosa, ha sucedido la tolerancia con los europeos; a la oración y molice perpetuas, han sucedido una actividad y laboriosidad relativas; el traje de Occidente ha sido adoptado, y al turbante sucede el *tarbuch*; el cerdo y el vino se deslizan por las rejillas de la casa del mahometano; la ciencia y el arte penetran sin oposición al través de la puerta de la escuela; todos los signos del vencimiento se perciben en el comercio de las costumbres y en el trato de las gentes; pero en llegando a la puerta del harem, el turco abre sus brazos y grita al europeo: -“¡No pasarás!” -Mahoma supo lo que se hizo.⁵⁹⁷

Nuestro autor (en un momento de sus demostraciones, en el que, por cierto, parece confundir al turco con el árabe y considerar que la palabra árabe identifica a todos los musulmanes) nos comenta, insistiendo sobre el tema de la mujer, que la casa del musulmán está abierta al visitante excepto cuando se llega a la puerta del harén, donde el dueño del hogar manifiesta la prohibición de entrada dado el carácter sagrado de ese lugar para la masculinidad del propietario.

En relación con las mujeres, no solamente está prohibido verlas. Está prohibido incluso hablar de ellas, hasta tal extremo de que, si alguien se atreviera a insinuar el comienzo de cualquier relación con ellas, el musulmán que le oyese le cortaría la palabra con una prohibición y con un gesto definitivo: “Es entre los turcos vituperable hasta la conversación sobre las mujeres: jamás aluden a ella; y si el extranjero comete la imprudencia de sacarla, el árabe, ruborizado, se desvía del asunto o cierra aquel paréntesis con una proposición rotunda y decisiva.”⁵⁹⁸

Castro y Serrano insiste en el tema del harén. Es verdad que le parece un síntoma de atraso y de barbarie, pero a quienes lean su libro les sorprenderá la insistencia con la que habla de él. Le parece que entre todas las realidades en las que los orientales aceptan la influencia de Occidente, la persistencia del harén es una excepción. Esto le hace pensar que si el harén desapareciera o sufriera alguna modificación o disminución en su importancia, sería verdaderamente desastroso para la persistencia de la fe musulmana. De una manera ampulosa y grandilocuente, utilizando metáforas, el autor vaticina que la destrucción o menoscabo del harén sería una ruptura, una quiebra del propio islam y de El Corán, quiebra que pasaría incluso por la Meca destruyendo el sepulcro del profeta, y lo dice ignorando que el sepulcro del Profeta no está en la Meca sino en Medina. Podemos añadir que esto es una de tantas secuencias en las que se nos revela una cierta ignorancia del tema por parte del autor. José Castro y Serrano trata el tema del harén de la siguiente forma:

Pues bueno: si el harem subsiste en Oriente a pesar de las injerencias de Occidente; si el Corán es deleznable en todo menos en la poligamia; si la mujer continúa suprimida y anulada, la civilización no tiene más que un camino para penetrar allí, y ese camino corta el Corán de medio a medio, pasa por la Meca y destruye el sepulcro de Mahoma.⁵⁹⁹

⁵⁹⁷ Ibidem, pp. 234-235.

⁵⁹⁸ Ibidem, p. 235.

⁵⁹⁹ Ibidem, pp. 236-237.

José de Castro y Serrano se encuentra indignado por la servidumbre y la postergación a las que está sometida la mujer musulmana. En esto, hay que reconocerlo, el autor es un precursor de lo que en los siguientes siglos XX y XXI se llamará feminismo. También es precursora su predicción, y nos sorprende con un segundo motivo su previsión del porvenir acerca de la destrucción del Imperio Otomano. No mucho tiempo después, durante los años 1914 y 1918, esa destrucción se llevaría a efecto. El Imperio Otomano, aliado de Alemania y Austria en la Primera Guerra Mundial, sufrió la derrota que los aliados occidentales infligieron a los imperios centrales. El Imperio Otomano se desintegró en beneficio de las victoriosas Inglaterra y Francia. Pero lo que nuestro autor no pudo adivinar es el hecho de que el núcleo subsistente del derrotado Imperio Otomano (es decir, la disminuida Turquía casi exclusivamente reducida a la península de Anatolia y bajo la república de Mostafá Kamal Atatürk), sería proclamada estado laico, cosa que por primera vez ocurría en un estado de mayoría musulmana. Estos hechos los comenta el autor:

Las grandes potencias deben ponerse de acuerdo, y se pondrán pronto, sin duda, para desgarrar el imperio otomano: esta desmembración, de que muchas naciones pueden tomar parte, no desnivelará entonces el equilibrio europeo; y si tal sucediera, aún serían mayores las ventajas que los trastornos. Hay que asentar los tiros al Corán, hay que abrir plaza al cristianismo en Oriente.⁶⁰⁰

El autor no se priva de convertir su tentativa teórica de liberación de la mujer en una cruzada religiosa. Afirma que solamente el cristianismo puede liberar a la mujer.

G. F. Volney se refiere a la situación de la mujer egipcia en el siglo XIX informándonos de que las mujeres en Egipto tienen una situación muy precaria y que él tiene una experiencia personal de esta situación a causa de una visita que ha hecho a una casa de una familia importante y él ha obtenido el conocimiento a propósito de que las mujeres en general no tienen libertad excepto la muy precaria que se concede a las muy jóvenes, a las adolescentes pero siempre es relativa, pueden aparecer en presencia de las personas de la familia aunque esté presente alguien que no pertenezca a la misma. Desde luego esta libertad no se debe transgredir ni con la más mínima frivolidad. El rigor con que se castigaría cualquier pequeño exceso es verdaderamente atroz. Un beso que una adolescente diera a un muchacho que le gusta se castigaría incluso con la muerte. Y esto incluso si el que recibiera semejante prueba de afecto fuera su propio novio, al cual estuviera prometida.

Las mujeres no se ocultan, ni aun de los extraños; pero las muchachas rara vez entran en el cuarto de los hombres, aunque se les permite conversar libremente con los huéspedes de su padre. Mucho llamó mi atención el donaire de su talle y la regularidad de sus facciones. Son tan blancas como las europeas; mas conforme van entrando en años, las pone el sol algo atezadas. En cuanto a sus costumbres, la castidad es una virtud necesaria, donde hasta un beso es castigado de muerte por el padre o hermano de la infeliz culpable.⁶⁰¹

⁶⁰⁰ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 237.

⁶⁰¹ Volney, C. F., *Viaje por Egipto y Siria durante los años de 1783, 1784 y 1785*, ob. cit., p. 455.

V.6.2 La mujer *fellahina* egipcia del siglo XIX

En el Egipto del siglo XIX convivían muchas razas de diverso origen y de distintas modalidades, pero los *fellahs* y las *fellahinas* o campesinas, constituían la densa población indígena de Egipto. A lo largo de la historia, los *fellahs* son los que dan a Egipto una personalidad, una nacionalidad egipcia, porque en esta raza radica el origen de Egipto y su alma unificadora proviene de la ley del islam y ha podido fundirse totalmente con el alma egipcia, actuando a la vez de mediadora entre las espiritualidades árabe y *fellahina*.

La mujer *fellahina* egipcia es una inspiradora sin límites y dio lugar para que muchos artistas y escultores egipcios expresaran la importancia de su papel dentro de la sociedad egipcia, como símbolo de una unión social y familiar para que Egipto como país siguiera adelante. Los retratistas y los escultores personificaron a la mujer *fellahina* en sus obras como símbolo de la fuerte personalidad, la voluntad o la eficacia positiva capaz de superar las distintas dificultades. La mujer *fellahina*, en las obras y esculturas, apareció como símbolo de Egipto y del Nilo. Efectivamente, después de la revolución de 1919 el escultor Mahmoud Mukhtar, en la estatua del renacimiento, presentó a la mujer *fellahina* como protectora de la Esfinge y de la civilización con una penetrante mirada hacia el futuro; también la presentó Mokhtar como novia del Nilo, fuente de la vida desde los abuelos hasta los nietos. Por su parte, el artista Mohamed Nagy ha personificado a la mujer *fellahina* egipcia con la figura de Isis dirigiendo el carrito de la civilización. La existencia de la mujer en estos cuadros y esculturas tiene una gran connotación que presenta Egipto en la imagen de una mujer que construye al país con sus propias manos. Así, en los cuadros se encarna la mujer *fellahina* como el símbolo de Egipto a través del tiempo.

Egipto representaba un aspecto distinto o al menos diferente de Oriente, especialmente si lo ponemos en relación con otros territorios visitados con cierta asiduidad por viajeros occidentales. Ciertamente, en la visión de los pintores orientalistas⁶⁰² y los escritores viajeros del siglo XIX, Egipto era una parte más de ese mundo oriental, feminizado y decadente en su opulencia, que tanto encandilaba, mostrando eso sí, su desdén y su distancia al viajero occidental. La descripción de sus tipos humanos y de sus costumbres era, en cierto modo, intercambiable con cualquier otro ambiente oriental; así la descripción que hace José de Castro y Serrano de la *fellahina* egipcia del siglo XIX se suele considerar como la base sobre la que modela la figura de la mujer oriental, como si entre medias no hubiesen transcurrido más de ciento cuarenta y cinco años con sus correspondientes cambios históricos y de situación. Y, sin embargo, esa visión de un Oriente inmutable, sensualidad y promesa de placeres ilimitados, es aceptable por el lector contemporáneo de *La novela del Egipto* y las otras obras orientalistas de su generación sin demasiada crítica, dando por buena esa visión de perennidad y permanencia. Todo ello se relaciona, naturalmente, con el tipo de mirada que los europeos proyectan sobre Oriente, y,

⁶⁰² Entre ellos también algunas mujeres, como Henriette Browne, a la que ha dedicado un completo estudio Lewis, R., *Gendering Orientalism Race, Femminity and Representation*, London, s. i., 1996, p. 85-191.

como parte de él, sobre Egipto donde lujo, erotismo, desprecio y desdén sirven para caracterizar a un mundo más imaginado que real.

Pero aunque Egipto era, por consiguiente, una parte más de ese Oriente genérico que el mundo occidental estaba construyendo, el país del Nilo poseía otros elementos de interés, para el escritor o el pintor orientalista, pero también para el científico: los restos del pasado, apenas superados por cualesquiera otros que el erudito o el simple visitante pudiera encontrar en otras partes de Oriente. Por consiguiente, en la valoración de Egipto coexistirá esa caracterización tópica consecuencia del hecho de formar parte de Oriente con el inicio del conocimiento de su pasado antiguo. Naturalmente, este proceso no es privativo solo de Egipto, sino que también afectará al mundo mesopotámico, aun cuando el grado de conservación de los monumentos egipcios y su majestuosidad marcarían una importante diferencia.

Sin duda, las obras de los orientalistas se consideran como una de las más importantes bibliografías sobre la historia egipcia durante el siglo XIX. Creció la presencia de los orientalistas en Egipto con motivo del renacimiento que comenzó Mohamed Alí y el contacto con Europa que contribuiría a la modernización del país. Pero la mayoría de los estudios de los orientalistas abordaron casi únicamente el estudio de la historia de las clases elitistas de la sociedad egipcia, mientras que el estudio de las clases sociales bajas como los *fellahs* “campesinos”, labradores y mujeres *fellahinas* era generalmente escaso. Así las cosas, el papel de las mujeres en la historia social egipcia ha sido asombrosamente ignorado. Por lo tanto, esto es un motivo suficiente para impulsarnos a destacar el papel de la mujer *fellahina* en Egipto del siglo XIX.

La sociedad egipcia en el siglo XIX estaba facultada para presentar un modelo económico capaz de influir en el sistema económico mundial, pero lamentablemente, por motivos incomprensibles relacionados con el periodo colonial, se quedó basada en la idea de una sociedad agraria; de hecho, continuó el campo egipcio apoyado en un sistema de producción agraria en el que la mujer *fellahina* llegó a jugar un papel importante dentro de la casa campestre familiar y dentro del campo. El sistema económico-social en aquel entonces ayudó a que la mujer *fellahina* permaneciera como un miembro productor y dinámico dentro de la familia.

El papel que la mujer *fellahina* egipcia jugó dentro de la sociedad no es menos importante que el papel desempeñado por el *fellah* en la sociedad egipcia del siglo XIX, especialmente durante el proceso de la excavación del canal de Suez. Mientras que el *fellah* egipcio realizaba las labores del trabajo forzoso en la construcción del canal de Suez, la *fellahina* egipcia era su sustituto en el cultivo de la tierra agrícola, se encargaba de sacar la familia adelante y así cumplía a la perfección con sus deberes dentro la sociedad egipcia. Así, la *fellahina* egipcia era compañera del *fellah* en el sufrimiento, contribuyendo positivamente a la producción agraria.

En el libro *Descripción de Egipto* fruto de la expedición francesa sobre este país (1798-1801) se señaló la existencia de un elevado número de *fellahinas* egipcias que

trabajaban en la tierra agrícola, sobre todo en las dos cosechas principales, que eran el algodón y el arroz. No solo esto, sino que la mujer *fellahina* egipcia también colaboró estrechamente con el *fellah* tanto en la construcción de la infraestructura campestre como en los proyectos de riego en donde trabajaban forzosamente durante el reinado de Mohamed Alí en la construcción de los diques, hasta el punto de que Abbas Pachá se opuso a la política de su abuelo, que obligaba a las *fellahinas* a realizar este tipo de trabajo forzoso: Abbas Bajá había visto mujeres dando a la luz mientras trabajaban en la construcción de los diques y, a pesar de ello, eran obligadas a continuar con el mismo trabajo arrastrando los montones de fango y barro. Por esta misma razón, cuando Abbas Bajá llegó a ser el virrey de Egipto en el año 1851, decretó prohibir a las mujeres embarazadas y a las que tenían a su cargo niños menores de tres años que trabajasen en las labores forzosas. Sin embargo, este decreto no prohibió que las mujeres trabajasen largas horas en los proyectos públicos con un escaso sueldo o muchas veces sin sueldo ninguno. En el siglo XIX, se reclutaban familias enteras para destinarlas a los trabajos forzosos.

Por otro lado, la mujer *fellahina* podía apropiarse del dinero y de las cosas de valor que pudiera haber conseguido a través de la dote, la herencia o el sueldo laboral. Las *fellahinas* acudían a los juzgados para pedir sus derechos a la herencia porque la ley islámica garantizaba el derecho de la mujer a la herencia y a la compra y venta de propiedades y bienes.

Egipto representaba un aspecto distinto, o al menos diferente de Oriente. Ciertamente, en la visión de los pintores orientalistas y los escritores viajeros del siglo XIX, Egipto era una parte más de ese mundo oriental, feminizado y decadente en su opulencia, que tanto encandilaba, mostrando eso sí, su desdén y su distancia al viajero occidental. La descripción de sus tipos humanos y de sus costumbres era, en cierto modo, intercambiable con cualquier otro ambiente oriental.

En *La novela del Egipto* José de Castro y Serrano dedicó una parte en la que nos describe el *fellah* egipcio y su compañera la *fellahina* o campesina egipcia. El escritor llegó a comparar el *fellah* con los árboles y para reforzar su idea, recurre a la exaltación de la mujer *fellahina*, para decirnos que sin ella, el *fellah* egipcio no existiría.

Por eso, cabe destacar las siguientes frases de José de Castro y Serrano:

El *fellah* o campesino de Egipto es una especie de planta animada que brota en el desierto sin saber por qué, y, hasta hace poco, sin saber para qué. Si la mujer árabe no fuera una gran ayuda para su marido, el *fellah* no existiría, o a lo más correría hacia el Nilo envuelto en el légamo de las inundaciones.⁶⁰³

Antonio Bernal nos habló también sobre la mujer *fellahina* y sobre sus bellas formas, que él mismo presenció durante su visita a Egipto en vísperas de la inauguración del canal de Suez. Antonio Bernal describió a la mujer *fellahina* diciendo que su rostro es hermoso y lo pinta con rayas y flores. Sus manos son finas y se tiñen las uñas y las palmas con tinte

⁶⁰³ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 171.

rojo de la planta de la *henna*. La mujer *fellahina* lleva un velo sobre la frente, lo que le añade majestuosidad y gracia.

He aquí las palabras de Antonio Bernal:

La *fellahina*, al par de sus formas bellas, tendría el rostro en general hermoso, si a más de mayor aseo, no se hiciese picar en él rayas y flores que, teñidas con tinta azul, quedan indelebles sobre su suave y terso cutis. La misma moda las desfigura la mano, que regularmente la tienen fina, pues con el tinte rojo de una planta se tiñen las uñas y las palmas. La gracia natural con que se arrollan el velo sobre la frente las da cierta majestad y semejanza al tipo con que el artista nos revela la simpática figura de Rebeca.⁶⁰⁴

Las palabras de Antonio Bernal son un elogio a la mujer *fellahina* muy completo porque hace una descripción de su aspecto físico. Añade también que la mujer *fellahina*, durante su juventud, goza de una belleza ideal, pero lamentablemente esta belleza desaparece cuando se casa y de repente envejece.

La *fellahina*, que en su juventud es el correcto ideal de la belleza escultural, al llegar ya casada a los 20 años, está completamente usada y es vieja. De aquí sin duda la continuación del desprecio con que el *fellah* mira a la mujer; pues si alguna vez la cita en la conversación, siempre se excusa añadiendo con perdón de Vd. ¡La mujer le sirve de criado y de obrero, y cuando el *fellah* va a caballo sobre su asno, la *fellahina* le sigue a pie cargada con algún saco o con los hijos!⁶⁰⁵

En el párrafo anterior, se percibe la visión de Antonio Bernal sobre la mujer *fellahina* durante su juventud y cuando se convierte en mujer casada: Se trata de un comentario a propósito de la mujer campesina que tienen un valor actualmente anticuado puesto que se trata de los usos y costumbres del siglo XIX. Se afirma que siendo la mujer joven, y casi podemos decir una niña, puesto que las mujeres en aquella época se casaban en la infancia, nunca en edad más avanzada que la adolescencia, al llegar a los veinte años tenían un aspecto deteriorado y prácticamente propio de la vejez. Este aspecto prematuramente envejecido inducía a los maridos a tratar a sus esposas como verdaderas esclavas. Era frecuente ver a un campesino cabalgando sobre su burro seguido de su esposa, siempre a pie, cargada con fardos y con hijos, siempre siguiendo a su marido que cabalga sobre su burro mientras ella va a pié.

Es curiosa la siguiente descripción de Eduardo Toda y Güell sobre la mujer *fellahina* egipcia:

Hablemos ahora de la *fellahina*, cuyo estudio no deja de ser interesante. De ella puede decirse que nació al pie de una palmera y fue concebida a su imagen. Basta verla alta, esbelta, flexible y airosa, y se comprende que se haya dicho que el campo africano solo produce dos frutos buenos: el dátil y la labradora.⁶⁰⁶

También habló sobre la mala situación de la mujer oriental quien, dice, es víctima de la conspiración que toda la sociedad está llevando a efecto contra ella. Pero no solamente la

⁶⁰⁴ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., p.144.

⁶⁰⁵ Ibidem, pp.144, 145.

⁶⁰⁶ Toda y Güell, Eduardo, *A través del Egipto*, ob. cit., p. 97.

sociedad en el sentido estrictamente humano de la palabra sino que la naturaleza misma en todas sus modalidades se une a la sociedad mencionada para conspirar contra la mujer. Y, añade que habitualmente al hablar de ella se la considera el sexo débil mientras que el hombre es el sexo fuerte. Y para que se cumpla el imperativo de la naturaleza también así el fuerte explota al débil y la fuerza abusa de la debilidad. En las clases pudientes y adineradas la mujer es la esclava del harén, y en las clases inferiores económica y socialmente la mujer es como una especie de instrumento de trabajo sobre el cual el hombre descarga su despotismo y se reserva la función más cómoda del mando. Como tantas veces se ha dicho, la caricatura de esta situación es el dibujo del hombre cabalgando sobre su burro mientras la mujer transporta las mercancías y demás objetos caminando a pie y siguiendo a su amo. Eduardo Toda y Güell lamenta la mala situación de la mujer *fellahina* con las siguientes palabras:

¡Pobre mujer! Todo en Oriente conspira contra ella. La religión, la cree imperfecta. La sociedad, la mira como un ser inferior. El hombre, la explota y la desprecia. En las clases altas, es esclava del harén. En las bajas esferas, víctima del trabajo. ¡Mala estrella presidía los destinos del mundo cuando fue creada!⁶⁰⁷

Podemos considerar estas frases del autor como significativas en dos aspectos: uno es el aspecto puramente relacionado con lo concerniente a ambos géneros masculino y femenino y otro aspecto en el que se da acogida a una reflexión implícita sobre las diferencias sociales, entre ricos y pobres. Así estamos en presencias de dos desigualdades: entre lo masculino y lo femenino, y entre los poseedores de la riqueza y los que nada poseen.

En el siguiente párrafo Antonio Bernal describe con su pluma la mujer *fellahina* de modo que el autor parece encantado de la belleza de las mujeres egipcias:

Cuando llega sin percances al desarrollo de la juventud, la fisonomía de la *fellahina* es muy expresiva; los ojos negros, grandes y rasgados cercados de largas pestañas; el color moreno algo cobrizo, pero de un pálido mate interesante; los labios, si no se los pintaran con rayas azules, son de vivo carmín y bien modelados; la dentadura pequeña y blanca; la mano fina, con sortijas de plata; el talle esbelto; el pecho y los hombros desarrollados; la pierna fina y derecha; el andar noble y apuesto; las maneras y movimientos airoso, y un todo, en fin, que demuestra proceden de buena raza, que la educación y otras costumbres menos serviles por su atraso obligatorio, fácilmente con ventaja revelara.⁶⁰⁸

Por otro lado, Antonio Bernal nos habla de la institución conyugal. En un pasado histórico que puede remontarse, por ejemplo, a los siglos X y V antes de la era cristiana, el mundo mediterráneo, donde se forjaba lo que podemos llamar la civilización, estaba dividido en dos formas de la realidad humana: la forma aria y la forma semita. En lo que a la familia se refiere, podemos decir que los arios (principalmente griegos y romanos) eran monógamos y los semitas (principalmente árabes) eran polígamos. Nosotros, al estudiar la forma conyugal de la familia en Egipto del siglo XIX, nos encontramos en presencia de los descendientes árabes, que como decimos formaban parte del gran grupo de las civilizaciones poligámicas. Los egipcios que nos interesan del siglo XIX han heredados de sus lejanos

⁶⁰⁷ Ibidem, p. 101.

⁶⁰⁸ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., p.140.

antepasados la forma poligámica de la familia. Sus antepasados tenían un concepto comercial del matrimonio, aunque debemos decir que este concepto comercial era también el de los pueblos arios. Sin embargo, en las civilizaciones poligámicas la negociación comercial que ahora nos interesa era más complicada precisamente porque sus inevitables negociaciones podían referirse más de una vez a un mismo individuo, lo que otorgaba al conjunto de la sociedad una conciencia comercial que superaba los límites de la familia para extenderse al conjunto de las actividades. Por esta razón podemos pensar que la aparentemente sencilla negociación de compra conyugal fue una causa y también a veces un efecto del carácter comercial y partidario de la ganancia transitiva que los pueblos mediterráneos semitas han ejercido siempre en relación con los demás pueblos y razas de su entorno.

Generalmente, podemos deducir que las costumbres heredadas han estado mucho más arraigadas en la sociedad egipcia del siglo XIX que los mandatos de la religión islámica, que recomienda que los novios se vean y se conozcan primero antes de casarse oficialmente, siendo esto es un derecho de ambos garantizado por la religión y recomendado por el Profeta Mahoma.⁶⁰⁹ Así que a estas costumbres matrimoniales se refiere Antonio Bernal argumentando:

El matrimonio de una joven es como si dijéramos la venta. El novio que más ofrece a los padres, aquel se la lleva; y muchas veces ocurre que si la niña promete ser hermosa, los que desean obtenerla, desde que cumple seis u ocho años, declaran delante del *Cadí* la suma que darán, y al llegar la época, el mayor número de *talarís* corona al vencedor. Aceptado el precio, entrega el novio la tercera parte, que sirve para regalar a la novia una camisa y un velo, y para la casa un colchón, unas esteras, un perol y una cantimplora.⁶¹⁰

Eduardo Toda y Güell lo que nos dice en el siguiente párrafo es el complemento de lo que nos ha dicho hasta ahora. Se trataba anteriormente de la situación de las mujeres en relación con su futuro conyugal. Había que poner de manifiesto lo que la mujer sería durante su vida de casada. Y desde luego, el prólogo de semejante discurso iba presidido de algo tan importante en el quehacer humano como es la subsistencia económica. Se trataba de la compra de la mujer para el futuro marido, pero el negocio, si se puede llamar así, no beneficiaba al futuro marido, sino preferentemente a su familia es decir a su padre. Y ahora, cuando ya todo está comercialmente resuelto, fijamos nuestra atención en la consecuencia de semejante compraventa. Y es que la mujer tiene que demostrar ahora que el dinero o los bienes materiales de cualquier género que se han invertido para conseguirla están justificados. Ella es en su matrimonio no solamente un bien de disfrute sexual también, y quizá de manera todavía más importante, un bien económicamente rentable, superior seguramente al valor económico que ha supuesto su compra. Este bien rentable de la mujer

⁶⁰⁹ Se relató del Mughira Ibn Shobah que él dijo: “He contraído noviazgo con una mujer y el Profeta Mahoma le preguntó ¿la has visto? y el hombre respondió que no, entonces dijo el Profeta Mahoma al hombre: “Vete y mírala porque esto garantiza que en el futuro haya continuidad y felicidad matrimonial y que surja cariño entre vosotros.” El imán El Bujari, 122/5.

⁶¹⁰ *Ibidem*, p.145.

es no solamente el del placer sexual y el de reproductora genética, sino también ese bien que indirectamente es económico, materializado en su trabajo constante de cada día.

Así que Eduardo toda y Güell habla de la siguiente manera sobre la lamentable situación en que vivía la mujer *fellahina* egipcia en el siglo XIX:

Con todo, su existencia dista mucho de ser un idilio. No puede ser feliz; ha de trabajar como el hombre, y es su situación la más miserable a que el destino condenara a la mujer. En las ciudades y en los valles, la he visto amamantando a sus hijos bajo las tiendas de lona, o guardando rebaños junto a su choza de tierra; en todas partes lleva en su frente ese sello de seriedad que imprime a los rostros la desgracia.⁶¹¹

V.6.3 El baile oriental y el arte popular egipcio del siglo XIX

La danza oriental es una de las danzas más antiguas del mundo. Combina elementos de diferentes países del medio Oriente y norte de África, aunque sus orígenes precisos son inciertos. En los países árabes, esta danza se conoce como *Raks Sharki*, que significa literalmente “danza oriental”. El nombre “danza del vientre” se empieza a utilizar en el siglo XIX por los europeos que viajaron a los países exóticos en busca de nuevas culturas, costumbres y paisajes. Estos viajeros acuñaron este término sorprendidos por los movimientos de vientre y cadera que no existían en las danzas europeas.

Tenemos que distinguir entre el *raks el sharki* (danza oriental) y el *Raks el Baladi* (danza popular). El *raks el baladi* es una danza más elemental, prácticamente sin desplazamientos y con movimientos de cadera predominantes. El *raks el sharki* es más refinado y rico. Incluye movimientos del folclore egipcio, la danza clásica y la danza contemporánea, con grandes desplazamientos, vueltas y movimientos para todas las partes del cuerpo, aunque los de cadera son también los más importantes.

En algunos pueblos de la antigüedad, se pensaba que la fertilidad humana estaba directamente relacionada con la tierra. A las mujeres, que eran las que creaban nuevas vidas, se les atribuían poderes mágicos. Por ejemplo: en la Anatolia central y mediterránea (Turquía), hace miles de años, las mujeres tenían danzas rituales en honor a estos poderes mágicos (ceremonias relacionadas con la fertilidad). Los hombres estaban excluidos de estos ritos.

En la antigua Grecia y Roma, se realizaban diferentes danzas de la fertilidad basadas en la rotación de las caderas y vientre. Algunas de ellas, se realizaban en honor a las diosas. Muchas de estas divinidades provenían del este, en particular de Siria y Turquía. En Chipre, lugar de nacimiento de Afrodita, la diosa griega del amor y la fertilidad, las mujeres realizaban danzas rituales eróticas acompañadas de cantos y percusión mediante las cuales

⁶¹¹ *Revista Internacional, Política, Literaria y de Intereses Materiales*, Archivo diplomático y consular de España, Año VII, Madrid 30 de Marzo de (1889), p. 458.

entraban en trance. Esto les permitía entrar en contacto con la diosa y que esta les pasase su poder.

Asimismo, estos ritos o similares tuvieron lugar en Mesopotamia, Fenicia, Egipto, Arabia y la India. En estas ceremonias participaba un gran número de mujeres. En ellas se bailaba, se cantaba e incluso algunas las mujeres se ofrecían a los hombres en honor a la diosa. El propósito de estas ceremonias era atraer el poder de la diosa a la tierra y favorecer la fertilidad.

Durante el siglo IV después de Cristo, el cristianismo y el islam pasaron a dominar el medio Oriente. Aunque tomaron ciertas fiestas y ritos paganos y se los apropiaron adaptándolos a su nueva religión, también destruyeron los rituales con culto a las diosas y trataron de eliminar las danzas femeninas relacionadas con la sexualidad y fertilidad. Hace siglos, los bailarines, músicos y cantantes eran esclavos. Aunque este estatus luego cambió, los intérpretes nunca se libraron totalmente del estigma atribuido a su profesión dentro de los países árabes.

Durante el siglo XIX, en Egipto existían dos tipos de bailarinas: las gitanas, que bailaban al aire libre o en el campo, normalmente para audiencias de clase social baja; actuaban con un pequeño grupo de músicos que solían incluir oboe, flauta y tambor. Las "Almes" eran más respetadas y además de bailar, cantaban y recitaban poesía. Normalmente actuaban en casas de ricos. Los músicos eran: flauta, laúd, *kanoon* y tambor. En ambos casos la danza era improvisada.

La danza oriental siempre se había bailado en espacios pequeños. En el Casino Badia tuvo que ser adaptada a escenarios grandes. Badia Mansabny, además de formar a sus bailarinas, trabajó con coreógrafos y bailarines europeos para incluir elementos de otras danzas (ballet). Estas bailarinas actuaban normalmente en grupos, aunque las que destacaban por su talento hacían a veces un solo.

Durante esta época, se puso de moda el traje de dos piezas con pedrería y flecos, que estaba inspirado en las películas americanas. En esos años, se produjeron muchísimas películas en Egipto y era habitual incluir alguna escena de danza o tener a una bailarina como protagonista. Muchos cazadores de talentos iban al Casino Badia buscando bailarinas para estas escenas. Las bailarinas actrices tuvieron mucho éxito entre el público.

Actualmente, la danza oriental, en la mayoría de los países árabes, es parte de la cultura, de modo que una celebración sin un espectáculo de danza oriental no está completa. En los países árabes donde más se ha desarrollado en los últimos tiempos es en Egipto, Líbano y Turquía, y también en algunos países europeos y de América debido a la emigración árabe, como en Alemania, Francia, Brasil y Estados Unidos.

Las bailarinas famosas suelen bailar en los clubes de los hoteles de cinco estrellas y llevan una orquesta de al menos treinta músicos con instrumentos tradicionales y modernos. El vestuario suele ser exclusivo y el espectáculo está completamente coreografiado. El primer número suele ser una música especialmente compuesta para ellas seguida de una

variedad de canciones populares. Prácticamente, todas las mujeres árabes bailan danza popular, aprenden desde niñas en las fiestas y reuniones familiares, pero son pocas las que se animan a ser profesionales, porque ser bailarina no está bien visto en una sociedad tradicional musulmana.

Egipto conoció distintos colores de las fiestas religiosas, sociales y populares, consideradas como una oportunidad para la diversión. El baile oriental y el canto eran dos elementos esenciales en estas ceremonias populares. En los albores del siglo XIX, comenzaron los egipcios su búsqueda de la construcción de la personalidad propia y procuraron adquirir un nuevo renacimiento artístico. Y a comienzos del siglo XIX, importó Egipto un grupo de los más famosos músicos europeos para componer la música militar.

De las estrellas del arte egipcio en aquella época, destacan Mohamed El Kabbany, las dos cantantes Sakina y Mabruka y el tocador de laúd Mostafá El Akkad y Mohamed El Mukadem, maestro de Abdo El Hamuli. Se hizo famoso Abdo El Hamuli entre los años 1845 y 1901 por su maestro y ganó mucha fama, viajando a Estambul varias veces. Se casó con la cantante Almas, que se hizo famosa también y se incorporó a la corte musical del palacio del jedive Ismail. Cuando falleció, Almas cantó con Abdo El Hamuli "He bebido la paciencia después de la reconciliación".⁶¹²

Entre las obras artísticas dedicadas a las fiestas de inauguración del canal de Suez, no solamente destaca la ópera de *Rigoletto*, sino también las canciones del prestigioso artista del siglo XIX Abdo El Hamuli, que fue invitado a la ceremonia por el jedive Ismail y cantó una deliciosa colección de sus mejores canciones sentimentales. En las fiestas de inauguración, interpretó la canción "Luz de los ojos", que recibió un gran aplauso, así como el encanto y agrado de la emperatriz Eugenia de Montijo y de los reyes y príncipes europeos que, aunque no entendían la letra de la canción, disfrutaron de la entonación y de la dulzura de su voz.⁶¹³

Según las palabras de Arturo Baldasano y Topete, los españoles que asistieron a las fiestas de inauguración del canal de Suez gozaron del espectáculo que ofrecía el campamento árabe, en cuyas tiendas brillaban infinidad de luces en altos faroles de cristal:

Lo más curioso sin duda alguna era la vista que ofrecía el campamento árabe, cuyas tiendas habían levantado a todo lo largo del lago y a orillas del canal de agua dulce; aun las tribus más remotas de todos los puntos de Egipto venían a asistir a esta gran fiesta; la animación que allí reinaba y las numerosas y vistosas tiendas hacían recordar la feria de Sevilla: pues si no adornadas con tanta gracia, el lujo de ellas llamaba la atención. Las que ocupaban los *Cheiks* estaban tapizadas de brocados de seda, oro y plata; la arena del Desierto desaparecía bajo estos ricos tisús orientales de vistosos colores.⁶¹⁴

⁶¹² Kabil, Mohamed, *Muqaddima 'an al-mūsīqā (Una Introducción a la música)*, El Cairo, Dirección General de los Palacios de Cultura, 2009, p. 74.

⁶¹³ <http://www.ahram.org.eg/News/41367/12/338920/>. Última fecha de acceso 01/02/2014.

⁶¹⁴ Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem*, ob. cit., p. 55.

Baldasano y Topete añade en su libro de temática oriental *De la Puerta del Sol á las Pirámides. Viaje al istmo con escala en Jerusalem* que los egipcios estaban tocando música y celebrando la inauguración del canal de Suez a su manera:

Ellos formaban corro alrededor nuestro, mirándonos atentamente y mostrándose como orgullosos de tener en su tienda a algunos europeos, y sus obsequios y atenciones aumentaban al saber que éramos españoles, pues en todo el viaje nos han mostrado sus simpatías. La orquesta tocaba unas melodías que tienen cierta semejanza con nuestros aires andaluces, pero tan bien ejecutadas, que nos hacían olvidar los conciertos de Barbieri. Yo no podía más por lo incómodo de la posición y las armonías de los músicos: así es, que viendo que a la primera taza de café seguía la segunda y a esta la tercera, y que continuamente nos llenaban la pipa, nos despedimos haciéndoles veinte mil cortesías y diciéndoles: Allah te guarde: Allah irda annak.⁶¹⁵

En el último tercio del siglo XIX en Egipto se hizo famosa la reina del baile oriental, la bailarina Bamba Ahmed Mostafá Kashshar, que nació en el año 1860 y murió en el año 1930. Pertenece a una célebre y noble familia de Egipto, pues su abuelo paterno era el sultán Mostafá Kashshar, uno de los nobles de Egipto del siglo XVIII. Su padre era el jeque Ahmed Mostafá, uno de los más famosos recitadores del Sagrado Corán en Egipto, mientras que su madre era nieta del sultán del Egipto mameluco Al-Ashraf Ital. Por eso, se considera que es la única bailarina egipcia que salió del seno de una familia rica, prestigiosa y arraigada. Bamba Kashshar era el mito del baile oriental, y ha sido la organizadora del primer festival artístico en Egipto antes de que lo conociera el mundo hace medio siglo. Bamba Kashshar se hizo una bailarina muy famosa entre reyes y sultanes. Tanto que se coronó en el trono de la danza oriental más de medio siglo, concretamente en los últimos veinte años del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, y la llamaron “Set El Kul”, es decir, “la dama de todas”.⁶¹⁶ Participó en el cine mudo al final de su vida, donde apareció en dos películas: la primera “Laila” en el año 1927 y la segunda “La hija del Nilo” en 1929.

José de Castro y Serrano nos hizo presenciar escenas del arte popular egipcio como “el Baile de la Almé”, las fiestas del cuerpo y de los sentidos. Ahora el autor nos pone en contacto con otro tipo de festividad de carácter diferente, puesto que se trata de algo menos serio, menos solemne, menos institucional, pero seguramente más divertido y sin duda con cierto matiz de frivolidad social. Nuestros personajes occidentales reciben una invitación para un baile occidental. Pero en ese momento reciben también otra invitación a otro baile, en este caso, oriental. Se trata de un magnate procedente de la ciudad egipcia de Tebas, quien invita a nuestros personajes europeos a unos bailes de su región que ofrecen las habilidades y la espectacularidad de todo Egipto y quizá, incluso de todo lo que llamamos el Oriente árabe. Es preciso subrayar que la ceremonia que nuestros personajes abandonan y esta otra que es la que aceptan no se parecen nada entre sí. La principal diferencia entre ambas consiste en que los occidentales, en sus bailes, bailan, mientras que los orientales, en los suyos, ven bailar a las bailarinas egipcias. Desde luego, nuestros occidentales son

⁶¹⁵ Ibidem, p. 57.

⁶¹⁶ Masress, *Bamba Kashshar mito del baile oriental*, El Cairo, 17 Enero de 2012, <http://www.masress.com/alkahera/3358>. Última fecha de acceso a la página 17/01/2015.

recibidos por los árabes que van a contemplar las danzas con la mayor cortesía. Por iniciativa de sus anfitriones, van a ocupar los sitios y los acomodos más agradables.

A todo esto se refiere José de Castro y Serrano en el siguiente párrafo:

Los convidados del *Khedive* recibimos aviso de que en la ciudad se daba un baile en esta noche, y nos preparábamos naturalmente a asistir; pero apenas se nos hizo la invitación, recibimos otra en nuestro propio departamento para concurrir a un baile arábigo en la tienda de mayor lujo de un ganadero tebano. ¿Qué hacer? Nosotros, y con nosotros otros muchos, abandonamos el baile occidental por el oriental. ¿Hicimos bien?⁶¹⁷

José de Castro y Serrano, durante su presencia en la danza oriental en la jaima del tebano, no solamente nos describió el baile oriental, sino que también nos dio una idea completa sobre el ambiente que lo rodeaba, anunciando que el suelo estaba cubierto con hermosos tapices y con lindas cortinas de seda que revestían las paredes, que tenían parecido con las que se utilizan en las fiestas populares de Andalucía. He aquí las palabras descriptivas del autor:

La tienda del tebano tenía el suelo cubierto de hermosos tapices: lindos cortinajes de seda y lana revestían las paredes, en la forma que aun las visten para fiestas en ciertas poblaciones de Andalucía. Un magnífico diván rodeaba la estancia, que tendría de diez y seis a veinte metros de larga, y además había sillas para sentarse.⁶¹⁸

Destaca la buena educación de los árabes con los convidados europeos, a quienes saludaron de la mejor manera, invitándolos a ocupar los puestos más cómodos; y a una señal del dueño de la casa se levantó un tapiz y comenzó el baile oriental. He aquí las palabras de José de Castro y Serrano:

Cuando entramos los europeos, todos los árabes se pusieron de pies, y en medio de las más rendidas zalemas, nos invitaron a ocupar los puestos más cómodos, cuidando que los siervos nos pusieran taburetes y almohadones para los pies. –A una indicación del dueño de la casa, levántose un tapiz y comenzó el baile.⁶¹⁹

El autor dice que han invitado a una princesa oriental a presenciar un baile en París y en plena fiesta alguien pregunta a esta cuál es su opinión sobre esta fiesta magnífica. Naturalmente, el que pregunta, así como los que le acompañan, piensan que la princesa oriental va a prorrumpir en elogios, pero ocurre lo contrario inesperadamente. La princesa oriental expresa que esa fiesta es completamente ridícula, y la explicación de su rechazo consiste en la aclaración que ella misma da a quien le ha preguntado: le parece incomprensible que las damas occidentales participen en la fiesta bailando ellas mismas, cuando en su país, así como en todo el Oriente musulmán, quienes bailan en las fiestas no son las señoras de la casa, sino un conjunto de hombres y mujeres pagados y especializados en amenizar las fiestas y que reciben dinero por hacerlo.

⁶¹⁷ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 286.

⁶¹⁸ *Ibidem*, pp. 287-288.

⁶¹⁹ *Ibidem*, p. 288.

Y José de Castro y Serrano nos aclara la teoría del baile egipcio: “He ahí, pues, la teoría de los bailes de Egipto. Unas gentes educadas y pagadas ad hoc son las que proporcionan el festín, mientras los señores y los dueños fuman y se narcotizan medio tendidos. Los principales agentes de estos bailes son las almas.”⁶²⁰

Hay que decir que entre estos especialistas pagados que hemos mencionado, las figuras más sobresalientes, más interesantes y más necesarias son las llamadas “*Almas*”, palabra arábiga que significa “sabias en el baile”. Y aquí tenemos que decir algo significativo sobre la multiplicidad del concepto de sabiduría. Para los occidentales, la sabiduría es, sobre todo, una noción que sugiere el libro, la biblioteca, el laboratorio científico. En cambio, para los orientales de quienes nos está hablando el autor, la sabiduría parece ser principalmente aquella capacidad que puede transportarnos como espectadores al mundo un tanto frívolo y un tanto despreocupado de las fiestas domésticas o públicas en las que estas mujeres *almés* o sabias divierten y entretienen a un público preocupado sobre todo por pasar un rato agradable en su ocio. Encontramos de nuevo, en la manera de pasar el tiempo, las mentalidades diferentes entre sí, las sabidurías diversas e incluso opuestas entre Occidente y Oriente.

El concepto de la *Almé* nos lo define el autor con las siguientes frases, verdaderamente sugerentes:

Alma es en arábigo una palabra equivalente a sabia, y por lo tanto las mujeres *almas* son aquellas muchachas que a su belleza física reúnen una gracia particular, un talento, una discreción capaces de producir improvisaciones de versos, jugueteos de garganta, aires y cadencias corporales que den expresión a la mímica, al sonido y a la palabra, representando en sí, y en una sola pieza, a Polimnia, Euterpe y Terpsícore. Las *almés* son el alma de los bailes.⁶²¹

Pretende introducirnos a fondo no solamente en la globalidad del Oriente musulmán, sino más específicamente en esa zona del mundo arábigo-musulmán que es la parte meridional del país del Nilo. Se trata de hacer una diferencia entre las bailarinas de las diferentes regiones: el alto Egipto, Nubia, incluso Abisinia. Así, nosotros, al leerlo, podemos imaginar las características corporales e incluso psicológicas de las protagonistas de la fiesta. Antes, el narrador se había permitido una evocación de raíz occidental, como era el conjunto de las musas griegas, y ahora nos lleva casi al centro de África, donde creemos ver el amable zarandeo de los cuerpos de bailarinas negras.

Con respecto a las características propias de las bailarinas o *almés* del alto Egipto, nos indica José de Castro y Serrano que:

Las más renombradas de estas bailadoras proceden de Kenneh, como si dijéramos, la Sevilla del Alto Egipto. *Hailas* soberbias en su extravagancia como las nubias, de talle

⁶²⁰ *Ibidem*, p. 289.

⁶²¹ *Ibidem*, p. 289.

esbelto y dentadura brillante; las abisinias y las egipcias, cuyos rostros semejan los perfiles regios de los monumentos antiguos.⁶²²

Antonio Bernal nos describe los movimientos que ejecuta otra bailarina *almé* egipcia:

Una o dos *almés* principian a alejarse, ya con lentitud, ya con *molta furia*, fingiendo que una abeja se ha introducido entre sus vestidos y que las pica airada. Este pretexto es el que les da margen para quitarse, primero la chaquetilla, luego la camiseta y finalmente el pantalón, quedándose en el airoso traje que usó nuestra madre Eva, antes de la tentación. El arte de esta danza consiste en la gracia, la agilidad, la flexibilidad de cintura, la inmodestia de sus contorsiones y hábil manera de quitarse todas las prendas del traje una a una.⁶²³

También Gregorio Andrés y Espala nos hace asistir con sus detalladas descripciones de las bailarinas egipcias *almas*, que son las reinas del baile oriental:

Las bailarinas o *almeas* danzan en grupo horriblemente pintadas, agitando por encima y alrededor de su cabeza pequeños címbalos de cobre; conservan inmóvil la mitad superior del cuerpo, mientras tienen en constante trepidación pies, piernas y caderas; cierran alternativamente los brazos, y animan luego su baile, llamado la avispa, dando descompasados brincos, fingiendo que buscan el citado insecto, aligeran gradualmente su traje, lanzando sus vestiduras, hasta quedar mal veladas por trasparente gasa; entonces sus ademanes y provocaciones son tan escandalosas, que se necesita carecer de la más leve idea de decoro, para presenciar la desagradable exhibición de su desenfrenado libertinaje.⁶²⁴

José Amador de los Ríos, en una carta dirigida a José de Castro y Serrano publicada en *La Ilustración Española y Americana* en febrero de 1871, pone de relieve el supremo quehacer descriptivo del autor de *La novela del Egipto*, sobre todo en lo que se relaciona con pintar cuadros locales como las danzas orientales y la descripción de los festines:

Ni excita menor curiosidad cuanto, ceñido al mismo orden de ideas y salvando crecido número de siglos, se refiere en las siguientes jornadas a la vida de la actualidad; parte no indiferente por cierto, en que ha logrado usted bosquejar y aun pintar cuadros tan bellos y acabados, como los relativos a los festines y a las danzas, cuya original descripción tiene en verdad pocas rivales.⁶²⁵

José de Castro y Serrano nos describe un tipo de baile popular indígena que presenció durante las fiestas de inauguración del canal de Suez. El emperador de Austria debía asistir a una fiesta occidental, pero en estos momentos llegó a su conocimiento la noticia de que el visitante procedente de Tebas que ya conocemos se presentaba acompañado de una *almé* de la ciudad de Tebas, especialmente famosa por sus habilidades coreográficas. El emperador de Austria, cuando recibió esta noticia, inmediatamente renunció a la fiesta occidental a la que sin duda era el invitado más esperado para asistir a la sesión, cuyo atractivo más importante iba a ser la intervención de la bailarina recién llegada. El emperador hizo bien en asistir, puesto que el espectáculo iba a ser inolvidable. La bailarina iba a ejecutar una danza con muchos y muy agitados movimientos sin verter ni una

⁶²² *Ibidem*, p. 289.

⁶²³ Bernal de O' Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., pp. 163, 164.

⁶²⁴ Andrés y Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, ob. cit., p. 95.

⁶²⁵ *La Ilustración Española y Americana*, Año XXXI, sábado 82 de enero de 1871, n.º VII, p. 110,

sola gota de agua de una jarra llena de agua hasta el borde que llevaba sin ninguna sujeción sobre su cabeza:

Después S. M. apostólica volvió a la misma casa del ministro en que comimos nosotros, a presenciar el baile indígena que le habían preparado por su indicación. No describiremos las danzas que el lector ya conoce; pero si haremos mención de un paso que no habíamos visto en la tienda del tebano la noche anterior, porque es aún más original y característico que el del alfanje: se llama el paso de la jarra. La *almé*, que había venido directamente de Tebas para danzarlo, era la célebre Elcardie, a quien los primeros convidados del *Khedive*, para el viaje del Alto Egipto, habían ya aplaudido el mes anterior a su paso por Kenneh.⁶²⁶

José de Castro y Serrano, para transportarnos hasta ese momento, nos hace presenciar la danza del vientre, que es excitante e inspira pasiones. Así pues, nos describe una *almé* que baila con elegancia y soltura:

La bailarina se presenta escasamente vestida y con un vaso de tierra gris, grande como el mayor de nuestros botijos, colocado sobre su cabeza rebosando de agua. Se cruza de brazos en posesión escultural como los altos relieves de su país, y atrae con su perfecta musculatura y su inmovilidad mómica la atención del concurso. Entonces rompe la música y comienza el baile.⁶²⁷

Y también, nos describe detalladamente el otro tipo de danza popular egipcia, la danza del jarro:

Lo primero que modula la danzadora en este paso singular es un movimiento imperceptible del cuello, que, cual chispa eléctrica, se extiende sobre los hombros, se apodera del pecho, y como que halla invencible paso a la cintura. Media *almé*, desde cintura arriba, se estremece con un movimiento convulsivo, pero cadencioso, al compás de los tañidos de monocordios y silbatos: la otra media aparece como clavada en el tapiz. Del jarro de agua no se derrama ni una gota.⁶²⁸

El escritor nos retrata un tercer tipo de baile de hombres que había presenciado. Ahora se trata de un espectáculo esencialmente viril, casi guerrero, cuyos protagonistas son cuatro hombres y cuya danza parece tener una valoración bélica. Esto nos hace pensar en el aspecto significativo del baile. Sabemos que los antiguos griegos danzaban antes de entrar en combate, pero también el baile tiene un significado religioso e incluso místico. Pensemos, por ejemplo, en las célebres danzas de los derviches danzantes de Turquía, con las cuales pretendían ponerse en comunicación con la suprema creación del mundo, es decir, con Dios. Y no es inoportuno mencionarlo aquí, puesto que, política y psicológicamente, en 1870 Egipto es una posesión turca.

Este tercer tipo de baile, conocido como “El paso a cuatro” nos lo describe el autor de *La novela del Egipto* de la siguiente manera:

Después de la *almé* bailaron el paso a cuatro cuatro hombres a quienes por vez primera veíamos danzar en Egipto. La gracia de estos bailarines consiste en que a merced de

⁶²⁶ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 305.

⁶²⁷ Ibidem, pp. 305-306.

⁶²⁸ Ibidem, p. 306.

unas hopalandas que llevan puestas, largas por detrás como los vestidos de cola, describen sobre sus pies tal número de molinetes y vueltas circulares, que los paños de las túnicas semejan el vendaval más deshecho, y ni la vista ni el oído pueden comprender el terrible espectáculo que se representa.⁶²⁹

El autor nos habla de la vuelta de estas gentes a lo cotidiano: recoger sus tiendas de campaña, poner sus atavíos al caballo, enjaezar al camello, etc. Cerca de allí, a poca distancia se encuentra con los servidores y los guerreros ocasionales de la emperatriz de Francia. Están brillantemente uniformados, como para un desfile militar. El significado histórico y geográfico de su presencia es como la coronación y el remate de muchos siglos de historia. Es la conclusión final a la que han llegado tantas invasiones pretéritas: los persas, los griegos, los romanos, los franceses y recientemente los turcos. Así, Egipto es, y lo será más todavía con la apertura del canal, la conjunción de una multiplicidad de civilizaciones y de pueblos:

Los orientales, que son las gentes más serias del mundo, estaban al amanecer como avergonzados de haberse divertido por la noche; y limpiando los unos los caminos de sus aduares, arreglando otros sus tiendas, vistiéndose todos sus mejores túnicas, calándose sus gumías, frotando al sol sus espingardas, acaparazando el caballo, entoldando el camello, daban nuevo espectáculo á los occidentales, sin saber, por supuesto, que lo daban; pues de saberlo, habrían huido de la vista o acordando el perímetro de su ranchería. Pero como los hombres del otro lado habían también dormido en un campamento, y como aderezaban su traje a la luz del sol, y como conllevaban con natural regocijo la vida nómada del abisinio, del nubio y del tebano; como la sultana de Occidente cabalgaba en un dromedario, y los bajás de Alemania hacían caracolear sus corceles sobre la arena misma en que ellos se preparaban a correr; como por un arte mágico, al verificarse el día anterior la unión de dos aguas opuestas, se había verificado a la vez la mancomunidad de dos razas diferentes, era aquel arenal de Ismailía un istmo roto en seco, un lago de cocodrilos que se muerden, una inmensa boda de dos mundos prevista por Faraón, intentada por Darío, proseguida por Alejandro y César, reanudada por Bonaparte, y bendecida, al fin, en el siglo XIX por el único Dios de Oriente y de Occidente.⁶³⁰

V.6.4 La celebración de una boda egipcia y el matrimonio en el siglo XIX

Las bodas en el siglo XIX se celebraban a lo largo de tres noches seguidas.

La primera noche de bodas es la noche de la *henna*,⁶³¹ que los novios ponen en sus manos y pies; en la noche de despedida de soltera se baña la novia, se le unta con ella sus manos y sus pies y también la pone a sus amigas; la madre de la novia envía un poquito de *henna* a casa del novio para que tanto él como sus amigos se la apliquen también. Después, la novia se sienta delante de su casa rodeada de amigas e invitadas y empiezan a cantar. Al

⁶²⁹ Ibidem, pp. 307-308.

⁶³⁰ Ibidem, pp. 296-297.

⁶³¹ La *henna* es un tinte natural de color rojizo que se emplea tanto para las manos y pies como para el cabello. Los egipcios suelen usarla en la noche anterior a la noche de bodas que se dedica a la fiesta de despedida de soltera que se llama la noche de la *henna*.

día siguiente, el novio mata un cordero o una vaca (dependiendo de su capacidad económica) e invita a todos los amigos para comer en su casa.

Antonio Bernal nos habla sobre los actos previos a la celebración de la boda en Egipto del siglo XIX, lo que se parece mucho a lo que ocurría en las bodas en los pueblos egipcios hasta los años ochenta del siglo XX:

Los parientes y amigos del novio le conducen con tamboril y pandereta al baño; los de la novia hacen con ella otro tanto, y después de venir de casa del *Cadí*, se reúnen todos para comer un cordero, comprado al efecto el día en que fue ajustado el contrato; y al amigo que no puede asistir a la comida se le envía un pedazo a su casa, por ser esta carne sin mancha y tener el privilegio de purificar a cuantos la comen, según entre los *fellahs* es creencia inveterada.⁶³²

En la segunda noche de bodas, los invitados se dirigen a la casa de la novia y esta se sienta en medio de las mujeres en el patio de la casa. Por su parte, los hombres toman asiento en un lugar cercano y se empiezan a presentar los regalos a la familia de la novia.

En la tercera noche, es decir, en la propia noche de bodas, se juntan los invitados hombres y mujeres en la casa de la novia después de la oración del *Ishaá*, “la noche”, acompañados con la banda de tambores y flautas. Mientras la novia está preparada, sale de su casa montando un caballo o un camello y circula por los alrededores de la aldea y efectúa una parada en determinados puntos, donde hombres y mujeres forman un círculo rodeándola y se aplaude, se tocan los tambores y empiezan las bailarinas *almés* a bailar formando círculo alrededor de la novia. En cada parada donde se detengan permanecen aproximadamente una media hora. Luego reanudan la marcha tocando tambores y flautas hasta llegar a la siguiente parada y se hacen los mismos rituales de siempre. Siguen así hasta que se llega a la casa del novio, entra la novia a la casa nupcial y se marchan los invitados.

Antonio Bernal habla sobre la forma del contrato matrimonial en pleno siglo XIX y sobre la dote: “El casamiento se celebra ante el *Cadí*, quien inscribe el contrato en un registro, y en seguida el total de la suma se entrega por el marido a los padres de la *fellahina*.”⁶³³

Bernal trató también una costumbre muy arraigada en Egipto relacionada con la celebración de la boda en la noche del jueves al viernes, costumbre que se sigue hasta nuestros días: “Siguiendo antiguas costumbres, los matrimonios tienen lugar en viernes, día consagrado a Venus; y como entre los turcos principia el día siguiente después de puesto el sol, es en la noche del jueves al viernes.”⁶³⁴

A la luz de ello, José de Castro y Serrano nos llevó a presenciar una boda en Egipto. Lo que más nos sorprende de la misma es la circunstancia de que el novio y la novia no se han visto nunca.

⁶³² Bernal de O’ Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, ob. cit., p.146.

⁶³³ *Ibidem*, p.145.

⁶³⁴ *Ibidem*, pp.145-146.

En realidad, lo que llamamos noviazgo, que es una relación de conversación principalmente, no ha tenido lugar entre ellos. Este diálogo prematrimonial en los países occidentales tiene principalmente la finalidad de que los futuros contrayentes se conozcan y se admitan el uno al otro. De esta manera, en Occidente el matrimonio es un asunto de libertad mutua entre los que se van a casar. Esta libertad a veces no es absoluta, pero en el peor de los casos tiene por lo menos un significado simbólico. Por estas razones, nuestro autor tiene que verse sorprendido por el hecho de la mutua ignorancia y el mutuo desconocimiento de los dos protagonistas de la ceremonia. El autor nos dice que hay tres momentos especialmente significativos: un momento de risas, un momento de silencio y un momento de lágrimas. Estos tres momentos tienen sus profundos significados, fáciles de interpretar y que se refieren más a la mujer y a su familia que al hombre y la suya. Efectivamente, las risas significan la alegría por el cumplimiento del único destino que se atribuye a la mujer y que consiste en su ayuda al hombre con el que va a casarse y a su función reproductora como futura madre. El momento de silencio simboliza y significa meditación a propósito del destino de esta mujer y con una amplitud de reflexión y aceptación del destino humano. El tercer momento es el del llanto, donde las lágrimas, generalmente muy sinceras y muy motivadas, se vierten por la tristeza de la familia que se separa de esa mujer que, aunque siempre mantenga el parentesco, habrá de separarse definitivamente del núcleo familiar.

Señala José de Castro y Serrano que:

Entre los musulmanes la boda se verifica muy temprano; en cuanto el novio puede justificar que mantendrá a la novia y puede dotarla. Ya sabemos, por otra parte, que los *fellahs* concluyen su carrera muy jóvenes y aprenden su oficio pronto. –El novio, que por lo común no ha visto jamás a su futura, se la pide a su padre o jefe, manifestándole cuánto le dará en dote y cómo habrá de mantenerla. Dos testigos presencian este contrato, fiado por lo común a la palabra de honor. Entonces suelen enseñarle al novio la cara y las manos de su prometida; porque con que vea la cara (dicen los árabes) ve el alma, y con que vea las manos concibe la formación del cuerpo.⁶³⁵

José de Castro y Serrano abordó al tema de la petición de mano de la mujer egipcia ante su familia:

Acto continuo se pide formalmente a la mujer, y en la casa se recibe la noticia, primero con alegría, después con silencio, al fin con lágrimas. Risa, meditación y llanto: he aquí la fórmula del consentimiento. ¡Hermoso símbolo de la armonía paternal, que puede traducirse así: –“Mi hija se casa: ¡qué alegría! –Mi hija se va: meditemos. –Pierdo a mi hija para siempre: lloremos.”⁶³⁶

Aquí encontramos el aspecto de la fiesta, que no tiene el sentido solemne de lo que acabamos de describir. Ahora todo es alegría, música, ruido, estruendo y la obligatoriedad de divertirse por parte de todos los asistentes. Precisamente, la principal protagonista de todo esto es la recién casada, de quien no sabemos si se divierte o cuál es su estado de ánimo. No podemos saberlo porque va envuelta en unas ropas de ceremonia lo más lujosas y lo más

⁶³⁵ Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto*, ob. cit., p. 359.

⁶³⁶ *Ibidem*, p. 359.

bellas y ornamentales posibles. Es inevitable pensar que, muy probablemente, no participa de esta estruendosa alegría y que va procurando adivinar cómo va a transcurrir la existencia a la que le obliga su condición de mujer. Teóricamente, está siendo muy bien tratada, empezando por el hecho, relevante, de su trayecto desde su casa familiar hasta la del marido, que va a ser la suya desde ahora, la realiza de forma espectacular y magnífica cabalgando sobre el camello, animal tan útil de estos países. Por fin, llega a la casa del marido, donde es recibida por las matronas, señoras experimentadas y hábiles que la conducen hasta la cámara nupcial. Aquí va tener lugar desde este momento su función capital de fértil reproductora. A este proceso se refiere José de Castro y Serrano:

Dos matronas y dos testigos sacan a la novia de su casa, a pie unas veces, montada en un dromedario otras, en palanquín esta vez, porque así lo había querido el novio, vestida con sus mejores galas, aunque cubierta completamente con un gran paño de escarlata recamado de lentejuelas y adornos. Delante y detrás del cortejo hay músicas y baile. Los instrumentistas, siempre pocos, a quienes apaga el ruido de sus trompetas el bombo y el chinesco en testarazos incesantes, no armonizan las voces del conjunto, sino que contribuyen con su soplar feroz a que la danza y los aullidos ataracen las orejas del público. De cuando en cuando para la procesión, y se baila, se grita y se aúlla de nuevo: así se llega a la casa del novio, donde las matronas conducen por su mano a la novia hasta la cámara nupcial. La boda ha concluido: ya no se trata más que de recoger propinas, y de preparar festines para hasta donde alcance el dinero.⁶³⁷

⁶³⁷ Ibidem, pp. 359-360.

VI. CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

La novela del Egipto ha sido herencia narrativa de la historia de Egipto del siglo XIX y se distingue por su descripción detallada del país del Nilo. De la misma manera, la obra refleja que la relación cultural de España con Egipto se remonta a tiempos muy lejanos y se quedó grabada en la memoria de viajeros y estudiosos españoles, así como también de los gobernantes egipcios. Entre los orientalistas que visitaron Egipto en el año 1845 se destaca la figura de Antonio Orleans, gracias a quien se pudieron editar buenas fotografías y espléndidas grabados, puesto que se encontró con Mohamed Alí Bajá en El Cairo y visitó las grandes pirámides de Guiza, remontando el Nilo hasta Asuán y realizando otras excursiones a lugares de interés arqueológico, como por ejemplo las ruinas de los grandes templos faraónicos de Karnak, Luxor y las tumbas de los antiguos monarcas.

Se destaca también que el Antiguo Egipto y la arqueología egipcia tuvieron un interés especial en el ámbito intelectual español, de modo que muchos españoles viajaron a Egipto acompañando a la misión diplomática para asistir a la ceremonia de la inauguración del canal de Suez y aprovecharon esta ocasión para visitar lugares de interés arqueológico. Durante la inauguración del canal de Suez, celebrada el 17 de noviembre de 1869, estuvo presente la comisión diplomática española, en la cual destacamos al alcalde de Madrid, Manuel María Galdo, quien aprovechó su visita a la tierra de los faraones para adquirir objetos antiguos que a su vuelta fueron donados al Museo Arqueológico Nacional.

El gran interés que despertó el egipcianismo en escritores, artistas y arqueólogos, españoles y europeos residió en que descubrieron lo maravilloso, lo misterioso y lo mágico de un país que fascinó al mundo entero tanto por su escritura jeroglífica como por la majestuosidad de sus pirámides.

Tras analizar las tendencias del orientalismo literario en el siglo XIX se ha descubierto que todo lo oriental-exótico y, sobre todo, la temática egipcia estaban de moda, especialmente los temas históricos de la civilización faraónica o los de la civilización islámica como la poligamia, la sumisión de la mujer, la sensualidad, asuntos relacionados con el harén y también las venganzas amorosas. Muchos escritores orientalistas encontraron en la temática oriental y sobre todo egipcianista nuevas fuentes de inspiración. Todo ello contribuyó a construir un imaginario sobre ideologías, creencias y concepciones religiosas o políticas contrapuestas en la forma y en el fondo a las occidentales.

El egipcianismo tuvo grandes repercusiones literarias. En primer lugar, porque ofreció una visión de Egipto a través de escritores orientalistas occidentales que promovió una imagen idealizada en muchos aspectos sobre la civilización faraónica, y en segundo lugar, porque en un movimiento opuesto, estos mismos autores dieron una imagen de inferioridad de la civilización islámica con respecto a la occidental, sobre todo en lo que se relaciona con el tema de la mujer oriental y su situación social. De hecho, uno de los ejes fundamentales del imaginario egipcianista era la civilización egipcia como una inagotable fuente de

inspiración, admiración, fascinación, placer y como depositaria, en definitiva, de una sensualidad desbordante.

Los viajeros del siglo XIX, a través de sus cuentos, relatos y de sus apuntes de viajes, ayudaron a forjar una imagen orientalizante de Egipto y de los países del Oriente árabe. Así, los escritores orientalistas plasmaron con éxito un imaginario egipciano que repercutió en las conciencias occidentales y que, de forma directa, se trasladó a la literatura, estableciendo un puente entre la imagen y la realidad orientalista que perduró durante décadas. Las revistas ilustradas en la segunda mitad de la centuria decimonónica ayudaron igualmente, mediante la publicación de cuentos orientales y artículos sobre Egipto, a popularizar dicho imaginario orientalista.

Del mismo modo se concluye que el egipcianismo de José de Castro y Serrano en *La novela del Egipto* es un egipcianismo romántico, una confusión entre la realidad de Egipto y lo que él imaginaba y pensaba personalmente de Egipto; es decir, era un pensamiento romántico en el que el sentimiento se sobrepone a la realidad.

El imaginario orientalista español revestirá la forma de africanismo, marroquismo o egipcianismo por razones históricas, pues el orientalismo expresado en la literatura y en el arte tenderá a establecer puentes cronológicos para resaltar el legado andalusí en el sur peninsular español.

A pesar de que la tónica orientalista no ha variado cualitativamente, se aprecia un ligero cambio en la trayectoria temática del orientalismo español, como evidencia la colaboración y la positiva participación española en los descubrimientos monumentales en Egipto durante el siglo XIX. El fruto histórico-literario de esta situación se muestra en consecuencias tales como que el diplomático, historiador y literato español Eduardo Toda y Güell escribiese su obra *A través del Egipto*, en 1889, ahondando en el interés que solía suscitar toda cala científica, histórica, narrativa y creativa, interés ya mostrado con la obra de José de Castro y Serrano, *La novela del Egipto*, en 1870.

En este trabajo hemos comprobado que el orientalismo y el egipcianismo envolvieron tanto a escritores europeos como a un notable número de historiadores, estudiosos, investigadores y escritores españoles de tendencia arabista que excavaron bajo la superficie de las manifestaciones arábigo-andaluzas, intentando con sus escritos y con su metodología científico-cultural reconstruir lo que hubo en España durante los siglos de convivencia entre las tres culturas o, más bien, entre las tres religiones. Estos excelentes creadores y orientalistas del siglo XIX, con el elocuente instrumento de la palabra y la esencia de la imagen, contribuyeron hasta cierto punto a la devolución de una parte de su merecido florecimiento histórico y de su fisonomía a la cultura arábigo-islámica. Sin embargo, tanto la imagen como la cultura del “otro” perduraron y fueron revitalizadas, ya que el Oriente árabe e islámico ha constituido siempre, desde muy antiguo, una preocupación asidua para Occidente, ejerciendo sobre él una especie particular de fascinación. Este hecho, en definitiva, resulta sencillamente natural, porque tanto geográfica

como históricamente ese Oriente es uno de los "otros" más inmediatos y directos, y por ello, se encuentra también más en confrontación con Occidente.

El interés por el Antiguo Egipto y la arqueología egipcia se percibía en el ámbito intelectual español, por lo cual el director general de Instrucción Pública propuso en un escrito con fecha de 26 de agosto de 1869 que facultativos del Museo Arqueológico Nacional viajaran a Egipto acompañando a la misión diplomática que asistiría a la apertura del canal de Suez, para que pudieran visitar lugares de interés arqueológico y adquirir piezas para el museo que serían trasladadas hasta España por buques de la Armada.

La inauguración del canal de Suez significa el comienzo de una nueva era de orientalismo en la región árabe, a juzgar por los cambios que experimentó la sociedad oriental, como dijimos antes. Dicho fin se encuentra propiciado igualmente por la aparición de la fotografía en el año 1839, que terminó con la imaginación romántica. Los pintores y escritores orientalistas se sirvieron de ella como fuente de aportación e inspiración de sus temas artístico-orientalistas, a los que llegan sin tan siquiera haber convivido con la realidad. Esto no quiere decir que esos retratistas y orientalistas que realizaron obras que se encuentran en el movimiento romántico carezcan de mérito, sino que su obra marca el final de una época y de una visión del Oriente islámico.

Se ha confirmado que la inauguración del canal de Suez desencadenó una serie de repercusiones de distinta índole y muy particularmente las literarias. En este contexto, entre el año 1869 y el año 1870 y a lo largo y ancho del globo, se escribieron alrededor de doscientos cuarenta y cinco libros, artículos y panfletos sobre el canal de Suez. Entre las repercusiones literarias a nivel nacional español, se destacan las anónimas cartas que se publicaron en el periódico *La Época*. Estas cartas, al parecer, fueron enviadas desde Egipto por una persona anónima que estaba destinada allí en una "misión secreta", desde el 7 de octubre de 1869 hasta el 1 de diciembre de 1869. Dichas misivas dieron lugar a gran número de conjeturas, discusiones y comentarios de distinto orden. Los escritores plasmaron la imagen de Egipto dándole tinte local cada uno en su estilo; por ejemplo, los escritores españoles que discutieron el tema de la apertura del canal de Suez no solamente hablaron sobre la gran ceremonia de la inauguración, sino que también abordaron la historia y la civilización faraónica de Egipto, destacando el pasado, el presente y el futuro.

En esta tesis hemos destacado el importante papel que jugó el *fellah* egipcio para el bien de la humanidad, pero lamentablemente tanto el gobierno egipcio como Occidente se olvidaron de un aspecto tan importante como es el lado oculto de Egipto: entre esos aspectos olvidados destaca la imagen del *fellah* egipcio y de su papel en la construcción del canal de Suez (realizado gracias a sus sacrificios), así como su labor olvidada desde la época de los faraones. El *fellah* egipcio yace desde la antigüedad en la base de la pirámide social de Egipto; razón por la cual en esta tesis hemos intentado resaltar el papel de los *fellahs* egipcios en la construcción del canal de Suez, pues afrontaron la masiva muerte por sed y por la propagación de epidemias entre la comunidad de trabajadores egipcios.

Una vez analizada la trayectoria de los orientalistas españoles hemos llegado a la conclusión de que buscaban comprender la cultura islámica y habían encontrado en Egipto una clave para entender la cultura islámica y oriental. En un movimiento recíproco, fue en parte gracias a estos orientalistas como Egipto pudo conservar su excepcional historia nacional. Los orientalistas que pudieron visitar Egipto desde 1840 hasta 1900 pretendían describir la imagen de un Egipto "oriental"; es decir, su objetivo se centraba en destacar los barrios populares, los zocos con carpas, las gentes rezando en las mezquitas y la descripción de los maravillosos monumentos de la civilización faraónica.

En esta tesis se recuperó una obra de temática oriental de un escritor poco conocido del siglo XIX: José de Castro y Serrano y su obra *La novela del Egipto*. Con nuestro estudio, se han puesto de manifiesto nuevas formas de orientalismo de tendencia egipcianista en las que se interesaron los escritores, formas que no tienen nada que ver con el contenido religioso, antiguo tema central para los orientalistas europeos. Con este estudio se demostró que la religión musulmana deja de ser el tema central de la inquietud occidental y se otorga más atención a la lengua, los usos y las costumbres de otras civilizaciones antiguas de Oriente, como, por ejemplo, la civilización faraónica, la cultura copta y la civilización arábigo-islámica, convertidas en temas centrales de la ilustración erudita occidental.

José de Castro y Serrano, en *La novela del Egipto*, trató varios temas de orientalismo y egipcianismo: temas de la civilización faraónica, temas de la cultura copta, temas de la civilización islámica. En *La novela del Egipto* se habla sobre el periodo del renacimiento faraónico, liderado por Ahmose I y sus descendientes inmediatos y cuyo ciclo constituyó la época más floreciente de la civilización de Egipto, donde la vida religiosa y la ley civil mejoraron, el arte se reconstruyó y amplió sus miras y la agricultura se propagó y extendió hasta el límite de lo posible. El rey Moeris canalizó el bajo Egipto y normalizó los riego después de las inundaciones del Nilo y se preparó la navegación interoceánica, sueño instintivo de todos los faraones.

José de Castro y Serrano, en *La novela del Egipto*, señala que el señor Baüer en la ceremonia de inauguración del canal de Suez empezó su discurso haciendo un paralelismo entre el descubrimiento de América y la apertura del canal de Suez. Así, vemos que para el orador las dos fechas, una a fines del siglo XV y otra a fines del siglo XIX, se unifican como dos enormes cumbres del progreso humano. El descubrimiento de América fue el hallazgo de pueblos primitivos por parte de otros más avanzados, mientras que la epopeya de Suez significaba el futuro y la alianza de civilizaciones en honor de Egipto.

En *La novela del Egipto*, el escritor habla sobre la mujer egipcia y su situación en la vida social del Oriente del siglo XIX. La imagen de la mujer oriental en virtud del orientalismo es una visión del exotismo y el imaginario orientalista que se reflejará con nitidez en algunas descripciones, como vemos en el último epígrafe de *La novela del Egipto*, cuando se habla de la mujer egipcia.

El papel de la mujer en la vida social del siglo XIX no era exclusivamente el de trabajadora en la agricultura, sino que se ampliaba al campo de la industria, la artesanía, la

administración de fincas y propiedades. Las mujeres estaban presentes en la ciudad en algunos oficios como el comercio o la venta: El Cairo y otras ciudades estaban llenas de mujeres que trabajaban como vendedoras ambulantes o de intermediarias comerciales, al invertir su dinero en el comercio de especies. También jugaron un papel muy importante en las industrias textiles en aquel entonces.

En su acercamiento a los temas religiosos y éticos, el autor nos lleva a la reflexión de lo religioso como compensación de nuestra pequeñez humana ante la brevedad de la vida terrenal. Así, los egipcios refugiaron esta pequeñez y esta brevedad en el pensamiento creador de sus mitos. La religiosidad egipcia del contexto faraónico había preparado al país para admitir la atribución de realidades religiosas y sobrenaturales de los monarcas sucesivamente invasores. Después llega el islam y con él la solidificación, la maduración definitiva, al considerarlo desde el marco de la conciencia religiosa egipcia.

José de Castro y Serrano se acerca en su novela a la religión cristiana en el Egipto copto, que representa la autenticidad y la pureza del cristianismo oriental como dogma. Los coptos son la encarnación del alma y de las arraigadas costumbres del antiguo pueblo egipcio. La liturgia copta es una de las más estrictas del mundo por su antigüedad y por su carácter didáctico. Doctrinas como la copta ya desaparecieron en muchos lugares del mundo, pero en Egipto la situación es distinta, porque en este país, al parecer, todo se eterniza bajo la sombra de las pirámides. La segunda raza de habitantes de Egipto es la de los coptos, llamados en árabe el Qubt. Hay muchas familias de estas creencias en el delta, pero la mayoría vive en el alto Egipto, donde ocupan aldeas enteras. La historia y la tradición atestiguan que son descendientes del pueblo despojado por los árabes; es decir, de aquella mezcla de egipcios, persas y especialmente griegos que en los tiempos de los Ptolomeos y Constantinos regentaron Egipto durante siglos.

El autor habla también sobre el papel de la religión en la vida de los antiguos egipcios. Para los antiguos egipcios el alma del hombre era inmortal; creían que la vida mundana no pasaba de ser un ensayo para otra vida eterna. Los faraones creían que para la divinidad del Ser Supremo hay otras derivaciones divinas: por ello concebían un dios para la guerra, otro para el trabajo; un tercero para el día y otro para la noche; unos dioses para la ventura de las comarcas, y otros para la protección de las ciudades, unos para la belleza y otros para la abundancia. La religión de los antiguos egipcios ofrecía tantas cosas para el cuerpo como para el espíritu.

En *La novela del Egipto* se alaba la generosidad, el honor y la nobleza de los árabes, practicados no solo como precepto de la religión islámica, sino como una costumbre. El escritor, para una mayor alabanza a la extraordinaria generosidad de los árabes, hace referencia a la historia de Hatim At-Taey como uno de los personajes más generosos de la historia árabe preislámica; asimismo el autor reconoce que hay en el alma árabe un fondo de hidalguía y de caballerosidad del que brotan la beneficencia y la generosidad.

La obra también trata temas culturales como la gran Biblioteca de Alejandría. El autor de *La novela del Egipto* se interna en la ciudad de El Cairo del siglo XIX, enumerando las

cosas que presencié y todo aquello que hizo a lo largo de su visita a esta ciudad milenaria. La capital de Egipto, donde el escritor dice que vio sultanas, meretrices, princesas europeas y cómicas de café o bebió agua del Nilo y agua sacada del pozo de Joseph. El autor presencié una mezcla de la vida pasada y de la vida presente asimismo, bebió vino del Rhin y dijo haber vivido ocho largos meses en ocho cortos días. En conclusión, José de Castro y Serrano da rienda suelta a una fantasía occidental, que se alimenta de ensoñaciones orientales.

En *La novela del Egipto*, el autor nos hizo presenciar y sentir las escenas más características del Egipto del siglo XIX al describir escenas sobre el arte popular egipcio como “el Baile de la *Alme*”, asistiendo a las fiestas del cuerpo y de los sentidos. El baile al que asistió era perfectamente oriental. Así, un magnate procedente de la ciudad egipcia de Tebas invita a nuestros personajes europeos a unos bailes de su región, en el que se demuestran habilidades y espectacularidad de todo Egipto y quizá de todo lo que llamamos el Oriente Árabe. El baile oriental es magnífico, sensual y espectacular.

La principal diferencia entre el baile occidental y la danza oriental consiste en que los occidentales en sus danzas bailan, mientras que los orientales en los suyos ven bailar a las *Almes* “bailarinas”. Desde luego, los asistentes occidentales han sido recibidos por los árabes que van a contemplar las danzas con la mayor cortesía. Por iniciativa de sus anfitriones, van a ocupar los sitios y los acomodados más agradables.

Uno de los temas importantes abordados por el escritor en *La novela del Egipto* es el tema del harén; el harén es una de las novedades que los cristianos encontraron cuando llegó el islam. Una de las principales ventajas era la existencia del harén como principal autorización de la poligamia musulmana. El harén es no solamente la presencia garantizada e intocable concerniente a las cuatro esposas legales que el islam autoriza, sino también la posibilidad de acogida que se concede a las concubinas, también legales pero sin la consideración moralmente privilegiada de las esposas.

El autor, en su obra, hizo un compendio, un resumen, una síntesis de la vida en Egipto y, por extensión, de todo lo que llamamos el Oriente árabe. Los habitantes de todas estas inmensas regiones tienen o pueden tener cuatro esposas en el harén, tienen o pueden tener un número indeterminado de concubinas legales aunque no esposas. El autor nos habla de la mujer y de su cometido, de su funcionamiento y de su actividad. Ante todo, la mujer es el alma misma del hogar. Es un ser eminentemente sedentario y el hombre, por el contrario, tiene una tendencia nómada e inestable, polifacética (es decir, con actividades múltiples y diversas). Estas dos maneras de ser, el sedentarismo de la mujer y el nomadismo del hombre, son complementarias.

José de Castro y Serrano trata el tema de la poligamia asegurando que es el elemento radical de separación entre Oriente y Occidente. Ataca a las costumbres islámicas, cuyos elementos demostrativos son el harén y la poligamia. Es aquí donde aparece de nuevo el argumento esencial por el que los occidentales rechazan al islam con más fuerza: el tratamiento que en el mundo musulmán se le da a la mujer, considerándola como un ser

humano de segunda clase. El autor sabe que en este aspecto sus lectores españoles y, por consiguiente, occidentales, van a darle fácilmente la razón.

En resumidas palabras, José de Castro y Serrano, en su obra de temática oriental *La novela del Egipto*, ha sido un buen egipcianista en el más completo y exacto sentido de la expresión, porque en su ámbito lo hizo todo. Asimismo, José de Castro y Serrano fue un fiel egipcianista que se acercó a la realidad social del Egipto del siglo XIX. Esperamos haber hecho, con esta tesis doctoral, un pequeño homenaje a este autor orientalista injustamente olvidado, así como a sus tendencias orientalistas expuestas en *La novela del Egipto*.

VII. BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

Abbas Hamed, Raouf, *Taṭawwur al-muḃtāma ‘ al-miṣrī fī l-qarn al-tāsi ‘ ‘aṣar (El desarrollo de la sociedad egipcia en el siglo XIX)*, El Cairo, Editorial Dar Annahda Al Arabiya, 1988.

Abdelkarim, Gamal, y Castien Maestro, Juan Ignacio, “Sociedad y Política en el mundo mediterráneo actual, selección y edición de textos”, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos*, Publicaciones del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, Madrid, (2007), pp. 143, 144, 145, 146, 147.

Abdelrehim Moustafá, Ahmed, *Muškila Qanāt al-Suwais 1854-1958 (El problema del canal de Suez 1854-1958)*, El Cairo, Editorial Instituto de Investigaciones y Estudios Árabes, 1966.

Abdo Alí, Arafa, *Al-Qāhira fī ‘aṣr ‘Ismā‘īl Al Kahira fī Asr Ismail (El Cairo en la época de Ismail)*, El Cairo, Editorial La Casa Egipcio-Libanesa, 1998.

Abdo Hatamleh, Mohammed, *El tema oriental en los poetas románticos españoles del siglo XIX*, Granada, Ediciones Anel, 1972.

Aguirre Mاتيول, José, *De Sagunto a Cartago o impresiones de un viaje a la corte de Túnez*, Valencia, Imprenta José Doménech, 1866.

Ahmed Ibn Salem El Safariny, Mohamed Ibn, *Ġizā‘u al-albāb fī ṣarḥ manzūmaht al-‘ādāb (Alimentación de los mentes en la explicación del conjunto de las éticas)*, El Cairo, Editorial Institución de Córdoba, 1993.

Al Durar Alsaniyah, Una revista electrónica, Enciclopedia de la Ética, Ejemplos de la generosidad de los árabes en la edad Gaheliya, <http://www.dorar.net/enc/akhlaq/400>, Director Olwy Ibn Abdelkader El Sakkaf, (2014), p.1. La última fecha de acceso a la página 6/12/2014.

Alarcón y Ariza, Pedro Antonio de, *Diario de un testigo de la guerra de África*, Madrid, s. i., 1859.

El Ayoubi, Elías, *Tā‘rīj Miṣr fī ‘Aṣr ‘Ismā‘īl min ‘ām 1863 ‘ilā ‘ām 1879 (La historia de Egipto en la época de Ismail del año 1863 al año 1879)*, Dos Tomos, El Cairo, Editorial El Madbuli, sin año.

Alermón y Dorreguiz, *Descripción del Imperio de Marruecos*, Madrid, s. i., 1859.

Alloury, Jean Louis, *Comment s’est fait le canal de Suez, Pages d’histoire contemporaine recueillies sur les documents de M. de Lesseps*, París, s. i., 1882.

Al-Muntajab fī tafṣīr ma‘ānī al-Qur‘ān al-Karīm (La Selección en la interpretación del Sagrado Corán) Árabe y Español, El Cairo, Imprenta del Consejo Superior de Asuntos Islámicos, 2001.

Alonso de la Sota, Antonio Miguel, “Una manifestación de la Egiptomanía española del siglo XIX: el caso de Madrid”, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, número 4-5, (1992-1994).

Al-Taḥṭāwī, Rifā‘a, Talhīṣ al-ibrīz fī talhīṣ bārīs (El resumen del oro en resumir París), El Cairo, sin año, p. 213.

Álvarez Guerra, Juan, *Viajes por Oriente: de Manila a Tayabas*, Manila, s. i., 1877.

Álvarez Pérez, José, *Las cacerías en Marruecos: aventuras auténticas de un español*, Madrid, s. i., 1870.

Álvarez Pérez, José, *El país del misterio*, Madrid, s. i., 1875.

‘Amīn, Qāsim, *Tahrīr al-Mar’a (La liberación de la mujer)*, El Cairo, Imprenta Maktabet Al-Taraqqi, 1899.

‘Amīn, Qāsim, *Al-Mar’a al-Ādīda (La nueva mujer)*, El Cairo, Dar al-Ma’arif, 1900.

‘Amīn, Qāsim, *Al-Mar’a al-Ādīda (La nueva mujer)*, Madrid, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 2000.

‘Amīn, Qāsim, *The Liberation of Women; The New Woman. Two Documents in the History of Feminism*, Cairo, The American University in Cairo Press, 2000.

Amor y Mayor, Fernando, *Recuerdos de un viaje a Marruecos*, Sevilla, s. i., 1859.

Andrés Espala, Gregorio, *Del Manzanares al Nilo y el Jordán*, Madrid, Imprenta a Cargo de Diego Valero, 1870.

Artola Erroizenea, Nemesio, “Correspondencia de Egipto”, *La Iberia*, Madrid, 17 de febrero de 1882, 20 de marzo de 1882, 11 de abril de 1882, 19 de mayo de 1882.

Artola Erroizenea, Nemesio, “Cartas de Egipto”, *La Iberia*, Madrid, 16, 21 de junio de 1882.

Artola Erroizenea, Nemesio, *Bibliografía del canal de Suez*, Ordenación, refundición y comentarios de Antonio de Miguel, Madrid, Edición Repesa, II volumen, 1869.

Artola Erroizenea, Nemesio, *Historia Antigua y Contemporánea del canal de Suez*, Madrid, s. i., 1886.

Asís Urrastarezu, Francisco de, *Viajes por Marruecos: descripción geográfica e histórica, usos y costumbres, vida pública y privada, religión, ceremonias... de las diferentes razas o familias que pueblan el imperio. Conocido en el país por Taleb Sidi-Abel-el-Kader-Ben-Edchilali*, Madrid, R. Labajos, 18??.

Azaola Piazza, Bárbara, “La Participación social y política de la mujer egipcia”, *Feminismo/s*, n.º 3, Centro de Estudios sobre la Mujer de la Universidad de Alicante, (2004), pp.161-174.

Bacardi y de Janer, Baltasar de, *Itinerario del viaje verificado al Oriente en 1869*, Barcelona, Imprenta Narciso Ramírez y Cía, 1870.

Bacardi y de Janer, Baltasar de, *Viajes desde el año 1830 a 1887*, Barcelona, s. i., 1870-1887.

Badger, Percy, *A visit to the Isthmus of Suez Canal Works*, London, s. i., 1862.

Badía y Lebllich, Domingo, *Alí Bey por África y Asia durante los años 1803-1807*, Valencia, Imprenta José Ferrer de Orga, 3 volúmenes, 1836.

Badía y Lebllich, Domingo, *Viajes de Alí Bey el Abbasí*, Madrid, Editorial Compañía Literaria, 1996.

Badran, Margot, *Feminists, Islam and Nation: Gender and the Making of Modern Egypt*, Princeton, New Jersey, USA, Editorial Princeton University Press, 1999.

Balbín de Unquera, Antonio, *Arqueología egipcia, Discursos leídos ante la Academia Real Española de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso en el acto solemne de la inauguración del año académico 1868*, Madrid, s. i., 1868.

Balbín de Unquera, Antonio, *El Discurso Inaugural del Año Académico de 1865, discurso sobre Arqueología Egipcia leído en la Real Academia Española de Arqueología y Geografía*, Madrid, 1965.

Baldasano y Topete, Arturo, *De la Puerta del Sol a las Pirámides. Viaje al Istmo con escala en Jerusalem*, Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1870.

Bardón y Gómez, Lázaro, *Viaje a Egipto con motivo de la apertura del canal de Suez*, Madrid, Imprenta de R. Labajos, 1870.

Baron, Beth, *The Women's Awakening in Egypt: Culture, Society and the Press*, New Haven, Published by Boston University African Studies Center, 1994.

Berchère, Narcisse, *'Le D Sert de Suez: Cinq Mois Dans L'Isthme'*, París, s. i., 1863.

Bernal de O'Reilly, Antonio, *Viaje a Oriente. En Egipto*, Prólogo de Mesonero Romanos, Madrid, Librería de Victoriano Suárez, Imprenta de J. M. Pérez, 1 volumen, 1876.

Blasco Ibáñez, Vicente, *Oriente*, Barcelona, Plaza y Janés Editores, 1980.

Burton, Richard, *Los grandes Lagos de África: viaje de exploración en el África Oriental*, Traducción de Esteban Hernández y Fernández, Madrid, Biblioteca madrileña, 1874.

Busto y García-Rivero, Laureano del, *Notas de un viaje por Egipto, Palestina, Libia, Turquía, Hungría-Austria*, Gijón, Tipografía A. Blanco, 1898.

Cascales y Muñoz, J., *Los Egipcios en la antigüedad*, Barcelona, s. i., 1910.

- Castelar, Emilio, *La cuestión de Oriente*, Madrid, Oficinas de La Ilustración Española y Americana, 1876.
- Castelar, Emilio, *Las guerras de América y Egipto*, Madrid, s. i., 1884.
- Castro y Serrano, José de, *La novela del Egipto: viaje imaginario a la apertura del canal de Suez*, Madrid, Imprenta de T. Fortanet, 1870.
- Castro y Serrano, José de, *La serpiente enroscada*, Madrid, 3.^a edición, s. i., 1871.
- Castro y Serrano, José de, *El reloj de arena*, Madrid, 3.^a edición, s. i., 1871.
- Castro y Serrano, José de, *Cuadros Contemporáneos*, Madrid, s. i., 1871.
- Castro y Serrano, José de, *Estudio de viajes: La Capitana Cook*, Madrid, s. i., 1881.
- Castro y Serrano, José de, “El canal de Suez” *La Época*, Hoja literaria de los lunes, 31 de julio de 1882.
- Castro y Serrano, José de, *Historias vulgares*, Madrid, s. i., 1887.
- Castro y Serrano, José de, *La mesa moderna. Cartas sobre el comedor y la cocina*, Madrid, 2.^a edición, s. i., 1888.
- Chartier, Roger, “La pluma, el taller y la voz. Entre crítica textual e historia cultural”, en Rico, Francisco (Dir.), *Imprenta y crítica textual en el Siglo de Oro*, Valladolid, Universidad de Valladolid y Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, (2000), pp. 243-257.
- Clayton, Peter A, *The Rediscovery of Ancient Egypt. Artist and Travellers in the 19th Century*, London, Published by Thames y Hudson, 1984.
- Colvin, Auckland, *The Making of Modern Egypt*, London, Publicated by Seeley y Co. Limited, 1906.
- Compagnie Universelle du Canal Maritime de Suez*, Rapport de la Commission Scientifique Internationale, Paris, s. i., (1856).
- Cook, Edward, *Delane of the Times*, Constable, London, s. i., 1915.
- Córdoba Zoilo, J. M., y Jiménez Zamudio, R., y Sevilla Cueva, C., *El Redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto. Viajes, hallazgos e investigaciones*, (Supplementa ad Isimu. Estudios Interdisciplinares sobre Oriente Antiguo y Egipto, II Series: Acta et Symposia, vol. I), Madrid, 2001.
- Correa Ramón, Amelina, *Isaac Muñoz (1881-1925) Recuperación de un escritor finisecular*, Granada, Universidad de Granada, 1996.
- Crabitès, Pierre, Ismail, *The Maligned Khedive*, London, Editor G. Routledge and sons, 1933.

- Crabites, Pierre, *Spoliation of Suez*, London, s. i., 1940.
- Cuesta, Vicente, *Viaje a Tierra Santa*, Madrid, Editado por Biblioteca Nacional de España, 1870.
- Danghar, Eugène, *Lettres sur l'Égypte Contemporaine*, París, s. i., 1876.
- D'Elbee, Jean, Ferdinand de Lesseps, *un Conquistador de Génie*, Paris, Editions Littéraires de France, 1943.
- Dacey, Edward, *The Story of the Khedivate*, London, s. i., 1902.
- La Discusión*, martes 23 de noviembre de 1869, pág. 3. Año XIV, número 350.
- Dizy Caso, Eduard, *Los orientalistas de la escuela española*, París, ACR Edition, Courbevoie, 1997.
- Djbilou, Abdellah, *Diwán Modernista. Una visión de Oriente*, Madrid, Taurus Ediciones, 1986.
- Douin, George, *Histoire du Règne du Khedive Ismail*, 5 vols. T. I Les Premières Années du Règne, 1863-1867, Rome, s. i., 1933.
- Edward, Amalia B., *Mil millas Nilo arriba*, (traducción y prólogo de R. Pujol), Barcelona, Editorial Turismapa, 2003.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americanas, Etimologías, tomo XII, Madrid, Espasa-Calpe, 1911, p. 399.
- La Época*, Periódico político y literario, *El Istmo de Suez*, Año XXI, número 6, 738, Madrid, lunes 18 de octubre de 1869.
- La Época*, Año XXXIX, número 6. 796, jueves 16 de diciembre de 1869.
- La Época*, Año XXI, número 6,804, Madrid, 22 de diciembre de 1869.
- La Época*, Año XXXIX, número 12. 409, Historia de un libro, 7 de febrero de 1887.
- La Época*, viernes 21 de enero de 1887, número 12.392.
- La Época*, Año XXXIX, número 12. 661, lunes 24 de octubre de 1887.
- La Época*, Año XLII, número 13, 710, domingo 26 de octubre de 1890.
- Ezzat Abdelkarim, Ahmed, *Al-ta'lim fī 'ahd Muḥammad 'Alī (La enseñanza en el reinado de Mohamed Alí)*, El Cairo, Biblioteca del Renacimiento Egipcio, 1938.
- Faraḡ, Fu'ād, *Al-Mudun al-miṣrīya wa-taṭawwuru-hā 'abra al-'usūr (Las ciudades egipcias y su desarrollo a través de los siglos)*. Una colección artístico-histórica. La zona del canal de Suez y las ciudades del canal: Puerto Said, Suez, Ismailia y otras ciudades, Historia de las

ciudades antiguas y guía de las ciudades modernas, Tomo II, Editorial de los Conocimientos “El Maaref”, Egipto, sin año.

Faraÿ, Fu’ād, *Mantiqaht qanāht al-saways wa mudun al-qanāht: Būr Sa’id wa al-Sways wa al-’isma’illiyyah (Zona del canal de Suez y las ciudades del canal Puerto Saïd, El Suez y Ismailia)*, Tomo, II, Imprenta de El Maaref y su Biblioteca “Maṭba‘at al-Ma‘ārif wa-Maktabatuhā”, El Cairo, 1940, p. 220.

Farman, E. Elbert, *Egypt and its Betrayal. An account of the country during the periods of Ismail and Tewfick Pashas and how England acquired a new empire*, London, s. i., 1908.

Fereire Barreiro, Francisco, *Egipto*, libro escrito en colaboración con José María Fernández Sánchez, Santiago, Seminario Conciliar, (1880-1882), 3 volúmenes, p. 774.

Fouad Shokry, Mohamed, *Al-Ḥamla al-faransīya wa-jurūy al-faransīya min Miṣr (La campaña francesa y la salida de los franceses de Egipto)*, Editorial Casa del Pensamiento Árabe, sin año, El Cairo.

Fouad Shokry, Mohamed, y otros, *Bena‘a doulah Miṣr Muḥammad ‘Ālī (La construcción del estado egipcio de Mohamed Alí)*, El Cairo, Editorial Casa del Pensamiento Árabe, 1948.

El Gabarti, Abdelrahman, *Rawā‘i‘ al-aṭār fī l-tarḡama wa-l-ajbār (Las maravillas de las huellas en la traducción y en las noticias)*, Tomo III, Editorial Dar El Guil, Beirout, Líbano, sin año.

El Gabarti, Abdelrahman, *Mazāhir al-bahya bi-insihāb al-dawla al-faransīya min Miṣr (Los aspectos de la suntuosidad por la retirada del estado francés de Egipto)*, Realización y explicación de Hasan Mohamed Guhar y Omar El Desuki, El Cairo, Biblioteca del Mensaje, 1969.

El Gabri, Abdelmutaal, *Al-muslima al-mu‘āšira li-l-baḥt al-badawīya (La musulmana contemporánea para la investigadora beduina)*, El Cairo, Dar El Ansar, 1979.

García Ayuso, Francisco, “Los descubrimientos geográficos modernos”, *El Siglo Futuro*, Madrid, (5, 6, 13, 23, 24, 27, 31 de agosto de 1895); (3, 4, 7, 9, 10, 11, 13, 15, 17, 18, 20, 24, 27, 29 de septiembre de 1895); (1, 4, 6, 11, 14, 16, 19, 21, 22, 23, 26 de octubre de 1895); (6, 11, 18, 19, 26 de noviembre de 1895).

García Ayuso, Francisco, “Relato de Rofs de Trípoli a Lagos a través del desierto de Sahara”, *La Iberia*, Madrid, 16 de febrero de 1878.

García Ayuso, Francisco, “Viajes de Livingstone al África Central”, *El Imparcial*, Madrid, 17 de enero de 1876.

García Ayuso, Francisco, “Viajes de Schweinfurth al África Central” y “Viajes de Match y Baines al África del Sur”, *La Época*, Madrid, 24 febrero de 1893.

García Ayuso, Francisco, *Los descubrimientos geográficos modernos en África y en el Polo Norte*, Madrid, s. i., 1977.

García Ayuso, Francisco, *Viajes de Schweinfurth al África Central: redactados con sujeción a las memorias y relaciones del mismo doctor*, Madrid, París, Maisonneuve, Imprenta de F. Maroto e Hijos, 1877.

García de Quevedo, José Heriberto, “El Cairo”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, (1848), pp. 178-180.

García de Quevedo, José Heriberto, “Las Pirámides”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, (1848), pp. 202-203.

García de Quevedo, José Heriberto, “Recuerdos de viaje”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, (1848), pp. 220-222 y 228-230.

García de Quevedo, José Heriberto, “Viaje desde Alejandría (Bajo Egipto) hasta las Pirámides de Djeesa por Roseta”, *Semanario Pintoresco Español*, Madrid, (1848), pp. 147-148.

García López, Rafael, “Egipto, recuerdo de un viaje por este país, guiado por un anciano turco”, *La España*, Madrid, 30 de junio de (1860).

García Moreno, D. A., *Introducción a la Historia y nociones generales de Historia de Oriente*, capítulo VI, Madrid, s. i., 1878.

García-Romeral Pérez, Carlos, *Bio-Bibliografía de Viajeros Españoles (Siglo XIX)*, Madrid, Editores Ollero y Ramos, 1995.

Garrigues, Emilio, “Un desliz diplomático. La paz hispano-turca”, *Revista de Occidente*, Madrid, (1962), prólogo de E. García Gómez, pp. XV-XVI.

Gautier, Théophile, *Loin de París*, París, Carpentier, 1881.

Gendy Bek, Jorge y Tager, Hak, *'Ismā'īl kamā tuṣawwirhu al-watā'iqu al-rasmiyyah (Ismail como le figuran los documentos oficiales)*, El Cairo, Editorial Casa de Libros Egipcia, 1947.

El Ghitany, Gamal, *Malāmiḥ al-Qāhira fī alf sana Malameh Al Kahira fī Alf Sana (Los rasgos de El Cairo en mil años)*, Editorial Renacimiento de Egipto de Imprenta y Distribución, 1997.

Gómez Carrillo, Emilio, *La vida errante*, Madrid, Editorial Renacimiento, 1923.

González Alcantud, José Antonio, *La Extraña Seducción. Variaciones sobre el imaginario exótico de Occidente*, Granada, Universidad de Granada, 1993.

González Alcantud, José Antonio, *Lo moro: Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*, Rubí-Barcelona, Anthropos Editorial, 2002.

Gonzenbach, E. V., *Viaje por el Nilo. Grabados intercalados en el texto dibujados por R. Mainella*, Barcelona, Montaner y Simón, 1890.

Goytisolo, Juan, *Crónicas sarracinas*, Barcelona, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, 1982.

Hajjaj Ben Ahmed, Karima, *Oriente en la crónica de viajes: el modernismo de Enrique Gómez Carrillo (1873-1927)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Vicerrectorado de Extensión Universitaria, 2001.

Halicarnaso, Herodots, *Heródoto habla sobre Egipto, Presentación y explicación de Ahmed Badawi*, El Cairo, Editorial Dar El Qalam, 1966.

Halim Kirles, Jorge, *Qanāht al-sways wa al-qanwāt al-bahariyyah al-‘ālamīyyah (El canal de Suez y los canales marítimos mundiales)*, El Cairo, Editorial Dar El Fekr El Arabi, Biblioteca del canal de Suez, 1964.

Hallberg, Charles William, *The Suez Canal. Its History and Diplomatic Importance*, New York, s. i., 1931.

Hanning Speke, John, *Las fuentes del Nilo*, Madrid, Murcia y Martí, Imprenta de la Galería Literaria, 2 volúmenes, Biblioteca Madrileña, 1875.

Hanning Speke, John, *Viaje de los capitanes Speke y Grant de Zanzíbar a Alejandría*, Valencia, s. i., 1876.

Herold, Cristóbal, *Bonaparte en Egipto*, El Cairo, La Autoridad Egipcia Pública del Libro, 1986.

Heyworth-Dunne, James, *An introduction to the history of education in Modern Egypt*, London, Frank Cass, 1968, pp. 346-347.

Hoskins, Halford Lancaster, *British Routes to India*, New York, Published by Longmans, Green y Company, 1928.

Huelin, Emilio, *Revista Cronicón científico popular: revista para todos de novedades y progresos científicos e industriales, notables, que ofrecen universal interés e importancia*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, (1872), pp. 444-445.

Husni, Husein, *Le canal de Suez et la Politique Egyptienne*, Montepellier, s. i., 1923.

Ibrahim Nosir, Aida, *Haraka našr al-kutub fī Mišr fī l-qarn al-tāsi ‘ ašr (El movimiento de publicación de libros en Egipto en el siglo XIX)*, El Cairo, La Autoridad Egipcia Pública del Libro, 1994.

Ibrahim, Saad Eddin, *Al Mar’a al-Misriya wa-l- Hayat al-Ama (La mujer egipcia y la vida pública)*, El Cairo, Ibn Khaldun Centro de Estudios para el Desarrollo, 1996.

La Ilustración Española y Americana, Año XXXI, sábado 28 de enero de 1871, número VII.

La Ilustración Española y Americana, Año II, número V, Madrid, 1871.

La Ilustración Española y Americana, Año II, número VII, “La novela del Egipto. Carta a su autor, el Sr. D. José de Castro y Serrano.”, Madrid, febrero de 1871.

La Ilustración Española y Americana, Año XXXI, primer semestre de 1887, Tomo I.

La Ilustración Española y Americana, Año XXXI, 08 de diciembre de 1889, tomo II, Año XXXIII, número XXV, p. 342, número XLV.

La Ilustración Española y Americana, Año XXXI, 8 de Julio de 1889, Tomo II, Año XXXIII, número XXV, p. 342, número XLV.

La Ilustración Española y Americana, Año XL, número V, Madrid, 1896.

El Imparcial, domingo 2 de febrero de 1896. Año XXX, número 10, p. 323.

Ismail, Said, *Tā’rīj al-fikr al-tartībī fī Miṣr al-ḥadītha* (*Historia del pensamiento educativo en el moderno Egipto*), número 26 de la serie de la historia de los egipcios, El Cairo, La Autoridad General del Libro, 1989.

Issawi M. A, Charles, *Egypt an economic and social analysis*, London, Oxford University Press, 1947.

Izaguerre, Juan, *Cartas sobre los sucesos acaecidos en Egipto durante el período de la guerra*, Barcelona, s. i., 1883.

J. Navarro, Joaquín, *Paseo de la fragata Berenguela por el canal de Suez*, Madrid, s. i., 1870.

Kabil, Mohamed, *Muqaddima ‘an al-mūsīqā* (*Una Introducción a la música*), El Cairo, Dirección General de los Palacios de Cultura, 2009.

Kostolany, André, *Suez. Le Roman d’une entreprise*, s. i., sin año.

Lafuente, Modesto, Contestación de Antonio Cabanilles en *Discursos leídos en la sesión pública de la Real Academia de la Historia en la recepción de Don Modesto Lafuente*, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1853.

Laguna, Marcos, *Viaje de los señores duques de Madrid a Egipto y Palestina*, Madrid, Imprenta Vda. de Minuesa y Ríos, 1895.

Lamb Kenney, Charles, *The Gates of the East. Ten Chapters on the Isthmus of Suez Canal*, London, s. i., 1857.

Lara Peinado, Federico, *Un cultivador de la egiptología: José Ramón Mélida*, Madrid, BAEDE, 1991.

Lasheras Peña, Ana Belén, *España en París. La imagen nacional en las exposiciones universales, 1855-1900*, Santander, Universidad de Cantabria, 2009.

- Latour, Antoine de, *Viaje de S. A. R. Serenísimo duque de Monpensier a Túnez, Egipto, Turquía y Grecia*, Cartas traducidas por Pedro L. A. Dupoy, Sevilla, El independiente, 1849.
- Leon, Edwin de, *The Khedive`s Egypt*, London, s. i., 1877.
- Lesseps, Ferdinand de, *Lettres, Journal et Documents pour servir à l`histoire du canal de Suez*, Paris, 5 volúmenes, t. IV, 1875-1881.
- Lesseps, Fernando de, *Conférence à Nantes sur le Canal Maritime de Suez*, Cercle des Beaux Arts, el 8 de diciembre de 1866, París, 1867.
- Lewis, R., *Gendering Orientalismo Race, Femminity and Representation*, London, s. i., 1996.
- Little, Donald P., "Three Arab critiques of Orientalism", *The Muslim World*, 2 April, (1979).
- Litvak, Lily, "Exotismo arqueológico en la literatura de fines del siglo XIX: 1880-1895", *Anales de Literatura Española*, número 4, Texas, Universidad de Texas, (1985), p. 183.
- Litvak, Lily, *El jardín de Aláh. Temas de exotismo musulmán en España (1880-1913)*, Granada, Don Quijote, 1985.
- Litvak, Lily, *El sendero del tigre: Exotismo en la literatura española del siglo XIX 1880-1913*, Madrid, Taurus, 1986.
- Litvak, Lily, *El Ajedrez de Estrellas. Crónicas de viajeros españoles del siglo XIX por países exóticos (1800-1913)*, Valladolid, Editorial Verde Lis, 2013.
- López García, Bernabé, *Contribución a la historia del arabismo español (1840-1917). Orientalismo e ideología colonial a través de los arabistas españoles*, Una Tesis Doctoral Inédita presentada en la Universidad de Granada, septiembre, 1973.
- López Grande, María José, *Configuración y exhibición de la colección de antigüedades egipcias del Museo Británico. Los primeros años: 1756-1924*, Madrid, Editor Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Historia Antigua, Centro Superior de Estudios de Asiriología y Egiptología, 2001.
- López Grande, María José, *Aventureros, sabios y arqueólogos a la orilla del Nilo. El redescubrimiento del antiguo Egipto*, Madrid, Sociedad Geográfica Española, 2002.
- López Grande, María José, *El viaje a Egipto. Primeros viajeros españoles y primeras miradas de la investigación española hacia las tierras del Nilo*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2004.
- López Grande, María José, *Relatos y estampas de los viajeros del siglo XIX*, Madrid, Platea, 2004.

López Lozano, Miguel, *Estudio acerca de la campaña de los ingleses en Egipto*, Madrid, Imprenta del Memorial de Ingenieros, 1882.

López-Baralt, Luce, *Huellas del islam en la literatura española*, “De Juan Ruiz a Juan Goytisolo”, Madrid, Hiperión, 1985.

López-Vega, Martín y Gómez Carrillo, Enrique, *El viajero modernista*, Gijón, Libros del Peixe, 2002.

Malcolm Reid, Donald, *Cairo University and the making of Modern Egypt*, Cairo, The American University in Cairo Press, 1991.

Malortie, Baron de, Egypt, *Native Rulers and Foreign Interference*, London, Editorial William Ridgeway, 1882.

Manzanares de Cirre, Manuel, *Arabistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Instituto Hispano Árabe de Cultura, 1972.

Marías, Julián, “Solas”, *ABC*, 5.VIII, (1999), p. 3.

Marius, Fontane, *Le Canal Maritime de Suez*, Illustré, París, 1969.

Martín Muñoz, Gema, “La mujer en el islam”, Texto de María Esther Vela, *Revista Gestos*, Editor Triángulo, Madrid, enero, (2002), p. 32.

Martín Valentín, Francisco J., “Notas para una Historia de la Egiptología en España”, *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, Madrid, número 4-5, (1992-1994).

Martín Valentín, Francisco J., “Notas para la historia de la egiptología en España”, Texto publicado en Instituto de Estudios del Antiguo Egipto, *Biblioteca virtual Miguel de Cervantes*: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/notas-para-la-historia-de-la-egiptologia-en-espana-i--0/html/00493430-82b2-11df-acc7-002185ce6064_8.html. La última fecha de acceso a la página 25/01/2014.

Martínez Montávez, Pedro, “Un relato de ficción sobre la apertura del canal de Suez”, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid*, Volumen XXI, Madrid, (1981-1982), pp. 79-88.

Mas y PI, Juan, *Letras españolas*, “Los nuevos románticos”, Buenos Aires, s. i., 1911.

Masiá y Lucas, Hugolino, “Egipto”, *La Iberia*, Madrid, 5 de agosto de 1882.

Masiá Lucas, Hugolino, *Cartas sobre los sucesos acaecidos en Egipto durante el período de la última guerra*, Barcelona, Imprenta de Jaime Jesús, 1883.

Masiá y Lucas, Hugolino, *Los ritos orientales*, Madrid, s. i., 1883.

Masiá y Lucas, Hugolino, “Los ritos orientales”, *La Iberia*, Madrid, 20 de noviembre de 1883.

- Masiá y Lucas, Hugolino, “La guerra de Egipto”, *El Siglo Futuro*, Madrid, 2 de enero de 1884.
- Masiá y Lucas, Hugolino, “Los ritos orientales”, *El Siglo Futuro*, Madrid, 2 de enero de 1884.
- Mélida y Alinari, José Ramón, y López, Isidoro, *El Sortilegio de Karnak: Novela Arqueologica*, Madrid, Editorial Medina, 1880.
- Meulenaere, Philippe de, *Bibliographie raisonnée des témoignages oculaires imprimés de l'expédition d'Égypte*, París, s. i., 1993.
- Mohamed El Shinnawy, Abdelaziz, *Al-Sujra fī ḥafr Qanāt al-Suwais (El trabajo forzoso en la excavación del canal de Suez)*, El Cairo, La Autoridad Nacional Egipcia del Libro, 2010.
- Mohamed Hasan, Abdelbaset, *Ŷamāl al-Dīn al-Afgānī wa-aṭaru-hu fī l-‘ālam al-islāmī al-ḥadīth (Ŷamāl al-Dīn al-Afgānī y su influencia en el mundo islámico moderno)*, Apéndice 3 El discurso de Ŷamāl al-Dīn al-Afgānī en Alejandría en el año 1879, El Cairo, Editorial Wahba, sin año.
- Monroe, J. T., *Islam and the Arabs in Spanish Scholarship (XV Century to the Present)*, Leiden, Brill, 1970.
- Montel, Nathalie, *Ḥafr Qanāt al-Suwais: al-mašrū‘ wa-l-tanfīd (1859-1869) (La Excavación del canal de Suez: el proyecto y la ejecución (1859-1869))*, un estudio en la historia de las prácticas técnicas, El Cairo, s. i., 2005.
- Morales Lezcano, Víctor, *Africanismo y Orientalismo español en el siglo XIX*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a distancia, 1988.
- Morales Lezcano, Víctor, *España y la Cuestión de Oriente*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1992.
- Moreno de la Tejera, Vicente, *Diario de un viaje a Oriente: Argel, Nápoles, Pompeya y el Vesubio, Sicilia, Grecia, el Archipiélago, Turquía y Egipto: viaje verificado a bordo de la fragata de guerra Arapiles*, Madrid, Imprenta Manuel Martínez, 1877.
- Moritz Ebers, George, *El Mundo Ilustrado: biblioteca de las familias: historia, viajes, ciencia, artes y literatura*, Barcelona, T. 1, s. i., 1879.
- Moritz Ebers, George, *Egipto*, Barcelona, Espasa y Cía, 1882.
- Muñoz, Isaac, *La Serpiente de Egipto*, Edición, introducción y notas de Amelina Correa Ramón, Madrid, Diputación de Granada, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1997.
- Muñoz, Isaac, *La Corte de Tetuán*, Madrid, Imprenta Helénica, 1913.

Nasr, Vali, *The Shia Revival: How Conflicts within Islam Will Shape the Future*, New York, Norton, 2006.

El Noble Corán, Editorial Complejo del Rey Fahd para la edición de El Corán, El Medina El Munauarah, Arabia Saudí, 1417 de la Hígera.

Nomeir Seif-ed-Dean, Ibrahim, *England's Opposition to the Suez Canal Project*, Liverpool, s. i., 1934.

Olábarri, Ignacio y Caspistegui, Francisco Javier, *La nueva historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Editorial Complutense, 1996.

Olivé, Pedro María de, *Minerva: nueva descripción de Tierra Santa*, 2ª edición, Madrid, Imprenta de Núñez, 1828.

Omara, Mohamed, *Al-a'māl al-kāmila li-Rifā'a al-Ṭaḥṭāwī (Las obras completas de Rifā'a al-Ṭaḥṭāwī)*, El Cairo, Editorial La Institución Árabe de Estudios y Publicación, sin año.

Omara, Mohamed, *Qāsim 'Amīn wa-taḥrīr al-Mar'a (Qāsim 'Amīn y la liberación de la Mujer)*, El Cairo, s. i., Serie de la media luna, número 352, 1980.

Ortega, José y Moral, Celia del, *Diccionario de Escritores Granadinos (Siglos VIII- XX)*, Universidad de Granada, Granada, Edita e imprime Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, 1991.

Ortiz de Zárate, Domingo, *Viaje por el Istmo de Suez desde China a Europa*, Manila, Colegio de Santo Tomás, 1848.

Paradela, Nieves, “Nuevas cuestiones sobre el discurso feminista árabe” en Fernández Parrilla, Gonzalo y Montoro Murillo, Rosario, *El Magreb y Europa: literatura y traducción*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, p. 25.

Pérez Reoyo, Narciso, *Viaje a Egipto, Palestina y otros países de Oriente*, Lugo, Imprenta de Soto Freire, 1882-1883.

Plutarco, *Vidas paralelas*, volumen IV, Barcelona, Editorial Iberia, 1959.

Pons Mellado, E., *El redescubrimiento de Egipto por españoles: las primeras colecciones del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, s. i., 2001.

Prat de Lamartine, Alphonse Marie-Louis de, *Viaje a Oriente*, Córdoba, Moguer y Marté, 1840.

Prat de Lamartine, Alphonse Marie-Louis de, *Viaje a Palestina*, Valencia: J. M. Cervera, 1844.

Rada y Delgado, Juan de Dios de la, “Estatuas de divinidades egipcias (bronces) que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional”, Madrid, MEA, (1873), Tomo II, págs. 623.

- El Rafeý, Abdelrahman, *'Aşr 'Ismā'īl (La época de Ismail)*, dos tomos, tomo 1, El Cairo, Editorial del Renacimiento, 1932.
- Reeves, N, y Wilkinson, R. H., *Todo sobre el Valle de los Reyes. Tumbas y tesoros de los principales faraones de Egipto*, Barcelona, s. i., 1999.
- Reid, Donald M., *Indigenous Egyptology: The Decolonization of a Profession?*, Published by Journal of the American Oriental Society, Volúmen 105, número 2, April-June, 1985.
- Revista Internacional, Política, Literaria y de Intereses Materiales*, Archivo diplomático y consular de España, Año VII, Madrid 30 de Marzo de 1889, p. 458.
- Riaño y Montero, Juan Facundo, “Apuntes sobre Egipto”, *La Revista de España*, Madrid, T. 14 de junio de 1870, p. 390.
- Rifaat, Mohamed, *The Awakening of Modern Egypt*, First edition, Bristol, s. i., 1947.
- Rimón, Andre, *Jarā'īta al-Qāhira al-'Uṭmānīya (Los planos de El Cairo otomano)*, El Cairo, Editorial Casa del Conocimiento, 1975.
- Ritt, Olivier, *History de l'isthme de Suez*, París, s. i., 1869.
- Rivadeneýra, Adolfo, “Beirut y Damasco”, *La Época*, Madrid, 25 de agosto de 1865, p. 1.
- Rivadeneýra, Adolfo, “La Mezquita de Hebrón”, *La Esperanza*, Madrid, 16 de diciembre de (1867), p. 1.
- Rivadeneýra, Adolfo, “Viaje al interior de Persia”, *La Correspondencia de España*, Madrid, 9-31 de julio de (1882); 1-31 de agosto de (1882); 1-31 de septiembre de (1882); 1-31 de octubre de (1882); 1-30 de noviembre de (1882); 1-31 de diciembre de (1882); 1-20 febrero de (1883).
- Rivadeneýra, Adolfo, “Un viaje por Siria”, *La Época*, Madrid, 4 de marzo de 1865, p. 1.
- Rivadeneýra, Adolfo, “Viaje de Ceylán a Damasco”, reseña crítica por Francisco M. Tubito, *La Ilustración de Madrid*, Madrid, Año 2, número 40, agosto de (1871), pp. 251-253.
- Rivadeneýra, Adolfo, *Cartas sobre la Siria y la Isla de Ceylán*, Madrid, Imprenta M. Rivadeneýra, IX, 1871.
- Rivadeneýra, Adolfo, *Revista Cronicón científico popular: revista para todos de novedades y progresos científicos e industriales, notables, que ofrecen universal interés e importancia*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, (1872), pp. 444-445.
- Rivadeneýra, Adolfo, *Viaje al interior de Persia*, Madrid, Aribau y Cía, 3 volúmenes, 1880.
- Rivière Gómez, Aurora, *Orientalismo y Nacionalismo Español, Estudios Árabes y Hebreos en la Universidad de Madrid (1843-1868)*, Edita Instituto Antonio de Nebrija de estudios

sobre la Universidad, Universidad de Carlos III de Madrid, Madrid, Editorial Dykinson, 2000.

Romer, J., *Los últimos secretos del Valle de los Reyes. Una singular aventura arqueológica*, Barcelona, s. i., 1985.

Rothstein, Arnold, *Egypt's Ruin*, 2.^a edición, El Cairo, s. i., 1936.

Roux J., Charles, *L'Isthme et le canal de Suez. Historique, État Actuel*, 2 volúmenes, París, s. i., 1901.

Ruiz de Almodóvar, Caridad, *Historia del movimiento feminista egipcio*, Granada, Universidad de Granada, 1989.

Saavedra, Eduardo, "Viajes. Las fiestas de inundación en Egipto", *La academia: Semanario Ilustrado Universal*, Madrid, T. 2, número 6, agosto de (1877), pp. 83-86.

Sabry, Mohamed, *L'Empire égyptien sous Ismaïl et l'Ingérence anglo-française*, (1863-1879), Paris, s. i., 1933.

Said, Edward W., *Orientalismo*, Traducción de María Luisa Fuentes, Barcelona, Imprenta Liberduplix, 2008.

Sales Ferré, M., *Compendio de Historia Universal.- Edad Prehistórica y Período Oriental: I, IX*, Madrid, s. i., 1883.

Sammarco, Angelo, *La verità sulla questione del Canale di Suez*, Roma, s. i., 1939.

Santos Otero, Aurelio, *Los evangelios apócrifos. Colección de textos griegos y latinos. Versión crítica, estudios introductorios y comentarios*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1991.

Santos y Aauri, Eusebio, *Diario del viaje desde Madrid a Manila en las islas Filipinas por la vía del istmo de Suez que de orden del gobierno de S. M. hizo a principios de 1844*, Madrid, Imprenta Memorial de Ingenieros, XVIII, 1851.

El Sayed Abdelhamid, Nabil, *Al-ayānib wa-'aṭru-hu fī l-muḡtama' al-miṣrī 1882-1922 (los extranjeros y su influencia en la sociedad egipcia 1882-1922)*, Una tesina de máster, El Cairo, Universidad de Ain Shams, 1976.

Seco de Lucena, Luis, *Orígenes del orientalismo literario*, Santander, Publicaciones de la Universidad Internacional Menéndez Playo, 1963.

El Shayal, Gamal El Din, *Tā'rīj al-tarḡama wa-l-ḡaraka al-taqāfiya fī Miṣr Muḡammad 'Ālī (Historia de la traducción y el movimiento cultural en Egipto de Mohamed Alí)*, El Cairo, Editorial Dar el Pensamiento Árabe, sin año.

Scheidnagel, Manuel, *Aquende y allende de Suez*, con un prólogo de Juan Puerta y Vizcaíno, Madrid, Ramón Angulo, 1890.

Scheidnagel, Manuel, *Paseos por el mundo*, 2.^a edición, Corr. y Aum., Manila, Chfre y Cía, 1888.

Sepúlveda y Ramos, Francisco, “El Cairo”, *El Museo de las Familias*, Madrid, T. 8, (1850), p. 252.

El Shennawi, Abdel Aziz, *Dawr Al-Azhar fī l-muqawwama al-ša‘bīya li-l-iḥtillāl al-faransī* (*El papel de Al-Azhar en la resistencia popular a la ocupación francesa*), Investigaciones del Congreso Internacional para la historia de El Cairo, 1969, Casa de los Libros, 1970.

Shaarawi, Huda: *Harem Years: the memoirs of an Egyptian feminist (1879-1924)*, London, Virago Press, 1986.

Silvestre, Henri, “1854-1869: avec carte et pièces justificatives”, *L’isthme de Suez*, Marseille, Imprenta de Cayer et Cie, 1 de diciembre de (1869), p. 1.

Soliman Mohamed El Sahn, Samy, *Al-Ta‘līm wa-l-taḡyīr al-iḡtimā‘ī fī l-qarn* (*La enseñanza y el cambio social en Egipto en el siglo XIX*), El Cairo, La Autoridad Egipcia Pública del Libro, 2000.

Sousa, Pedro, *Siete años en África: aventuras de un renegado... en Marruecos, Argelia, el Sahara, Nubia, Abisinia*, Madrid, Cuesta, sin año.

Stanley, Enrique M, “El Continente misterioso”, *El Mundo Ilustrado*, Biblioteca de las familias: historia, viajes, ciencias, artes, literatura, Barcelona, s. i., 1879, p. 1.

Stanley, Enrique M, *En el África tenebrosa: historia de la expedición emprendida en busca y auxilio de Emin gobernador de la provincia ecuatorial Egipcia*, Barcelona, Espasa y Cía, 1891.

Stanley, Henry Morton y Stanley, Dorothy, *The Autobiography of Sir Henry Morton Stanley*, G.C.B, New York, Cambridge Library Collection, Published in the United States of America by Cambridge University Press, 2011.

Tager, Jac, y Gendi, Jorge, *’Ismā‘īl ka-mā taṣawwuru-hu al-waṭā’iq* (*Ismail como figura en los documentos*), El Cairo, Editorial Casa de los Libros, 1945.

Tagore, Rabindranath, *Oriente y Occidente (epistolario)*, Barcelona, Editorial Juventud, 1968.

Testa, Le Baron I. de, *Recueil des traités de la Porte Ottomane avec les Puissances étrangères*, Paris, Ernest Lebroux, Editeur, 10 vols., T. II, 1901.

Toda y Güell, Eduardo, “El Sr. Toda en Egipto”, *Revista de Geografía Comercial*, Madrid, número 25-30, julio-septiembre de (1886), págs. 78-81.

Toda y Güell, Eduardo, “A través del Rif”, *Revista de Geografía Comercial*, Madrid, número 31, enero de 1887, pp. 127-128.

Toda y Güell, Eduardo, “Españoles en Egipto”, *Revista de Geografía Comercial*, Madrid, número 35, abril de 1887, pp. 246-247.

Toda y Güell, Eduardo, “La felahina: (Egipto)”, *Ilustració catalana*, Barcelona, número 125, diciembre de 1884, pp. 371-374.

Toda y Güell, Eduardo, “Lo Califa Hakin: (Egipto)”, *Ilustració catalana*, Barcelona, número 114, julio de (1884), pp. 195-202.

Toda y Güell, Eduardo, “La fiesta de Mahmal: (Egipto)”, *Ilustració catalana*, Barcelona, número 119, septiembre de 1884, pp. 282-283.

Toda y Güell, Eduardo, “Excursiones por el Bajo Egipto”, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, Madrid, Año 11, t. 21, número 3, septiembre de 1886, pp. 237-245.

Toda y Güell, Eduardo, “A través de Egipto”, *El Imparcial*, Madrid, 12 de agosto de 1889, p. 1.

Toda y Güell, Eduardo, *A través de Egipto*, Madrid, Ilustraciones de José Riudavets, El Progreso, 1889, XI, 470 págs.

Toda y Güell, Eduardo, “La vida en el celeste imperio”, *La Época*, Madrid, 15 de abril de 1892.

Torrijos, Manuel, *El imperio de Marruecos, su historia, geografía, topografía, estadística, religión, costumbres, arte*, Madrid, Biblioteca de la Ilustración Universal, 1859.

Uriarte, Carmen, *Las relaciones hispano-turcas durante la guerra civil española: 1936-1939*, Bilbao, Universidad del País Vasco, V. III, 1996.

Voisin Bey, François-Philippe, *Le canal de Suez*, 7 vols., Paris, s. i., 1902-1906.

Volney, G. F., *Viaje por Egipto y Siria. Durante los años de 1783, 1784 y 1785*, Tomo II, Paris, Imprenta de Julio Didot, 1830.

Wilson, Arnold, *The Suez Canal. Its Past, Present and Future*, London, Published by Oxford University Press, First Edition, 1933.

Ŷarīda Fallāh, *Tatawwur al-Awtān wa-l-taḥaddur al-Tām (El periódico del Fellah, El desarrollo de las patrias y la perfecta urbanización)*, número 198, p. 1, 26/10/(1889).

Yousef, *El Sayed, Ŷamāl al-Dīn al-Afgānī wa-l-Tawra al-Šāmila (Ŷamāl al-Dīn al-Afgānī y la revolución total)*, El Cairo, La Autoridad Egipcia General del Libro, 1999.

Zaky, Abdelrahman, *Al-Ŷaiš al-Miṣrī fī ‘ahd Muḥammad ‘Ālī Bāšā al-Kabīr (El ejército egipcio en el reinado de Mohamed Ali Bajá el Grande)*, El Cairo, s. i., 1939.

Zidan, Jorgi, *Tā’rīj al-’ādāb al-luġa al-’arabīya (Historia de las letras de la lengua árabe)*, El Cairo, Editorial El Helal, sin año.